

The image shows three Black Hawk helicopters in a line, flying over a city street. The helicopters are dark in color, and their rotors are blurred, suggesting motion. The city below is a mix of old, multi-story buildings and a lower, more modern-looking structure with a sign that says "TRIUNFO". The sky is a pale, hazy blue. The overall scene is one of a military operation in an urban environment.

BLACK HAWK
D E R R I B A D O

mark bowden

Lectulandia

«*¡Super Seis Uno cayendo!*»

Mogadiscio, Somalia, domingo 3 de octubre de 1993. Noventa y nueve soldados de élite estadounidenses están atrapados en medio de una ciudad hostil. Cae la noche y miles de enemigos armados los rodean. Los heridos mueren desangrados. Las municiones y las provisiones se están acabando. Este es el relato de cómo y por qué llegaron allí y de su lucha por salir vivos. La dramática narración del periodista Mark Bowden, ganador de varios premios literarios, reproduce esta experiencia terrible a través de los ojos de los jóvenes que combatieron en aquella batalla. Bowden reúne aquí los testimonios de entrevistas, retransmisiones radiofónicas y videos considerados secretos.

Una mirada fidedigna, turbadora y profunda del terror y la euforia del combate destinada a convertirse en un clásico de los reportajes bélicos.

Lectulandia

Mark Bowden

Black Hawk derribado

La batalla de Mogadiscio

ePUB v1.0

minicaja 24.08.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Black Hawk Down*
Mark Bowden, 1999.
Traducción: Sofía Noguera Mendía
Diseño portada: minicaja

Editor original: minicaja (v1.0)
Documento base: Mónica y Héctor
ePub base v2.0

Para mi madre, Rita Lois Bowden, y en recuerdo de mi padre, Richard H.
Bowden



BLACK HAWK



LITTLE BIRD

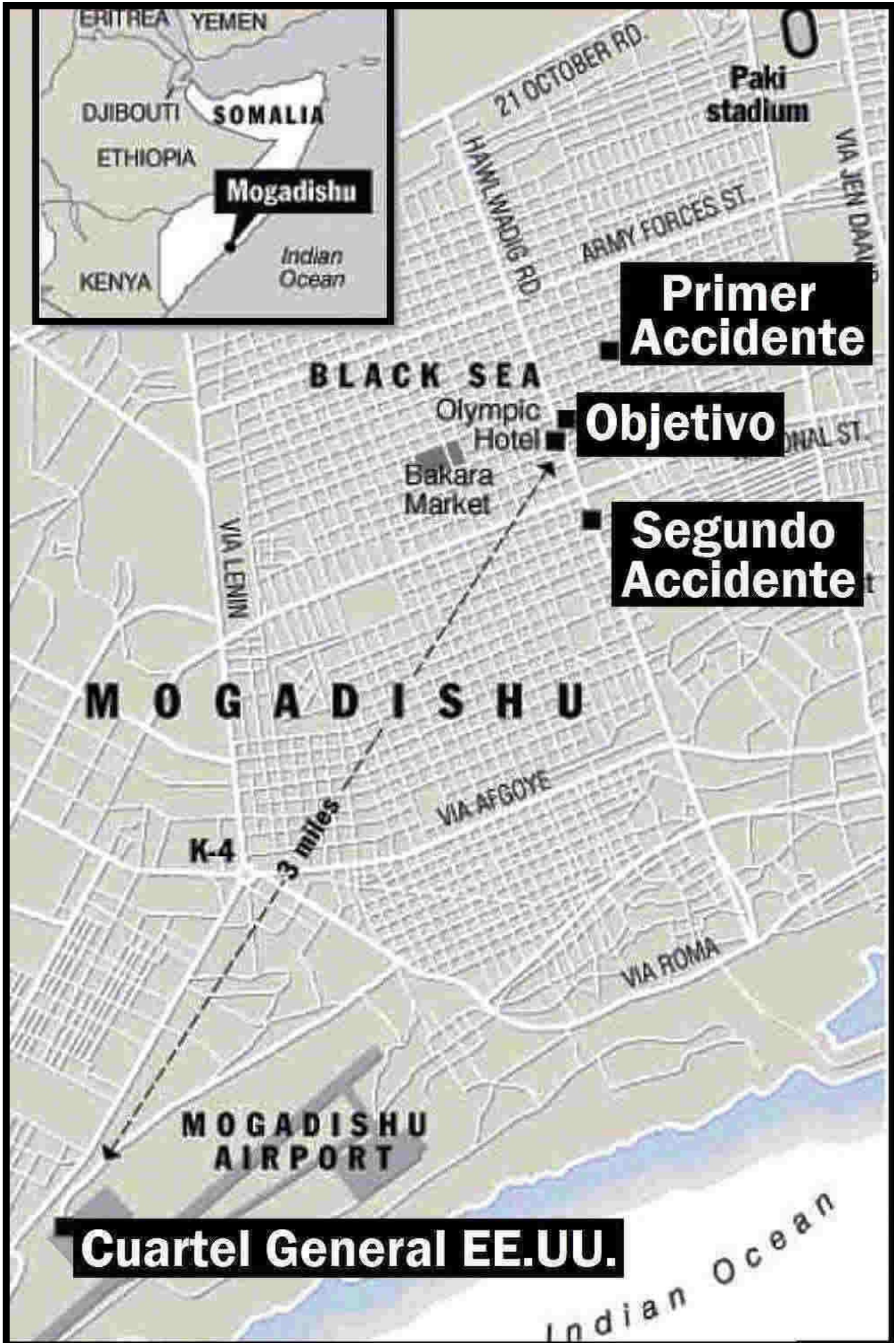


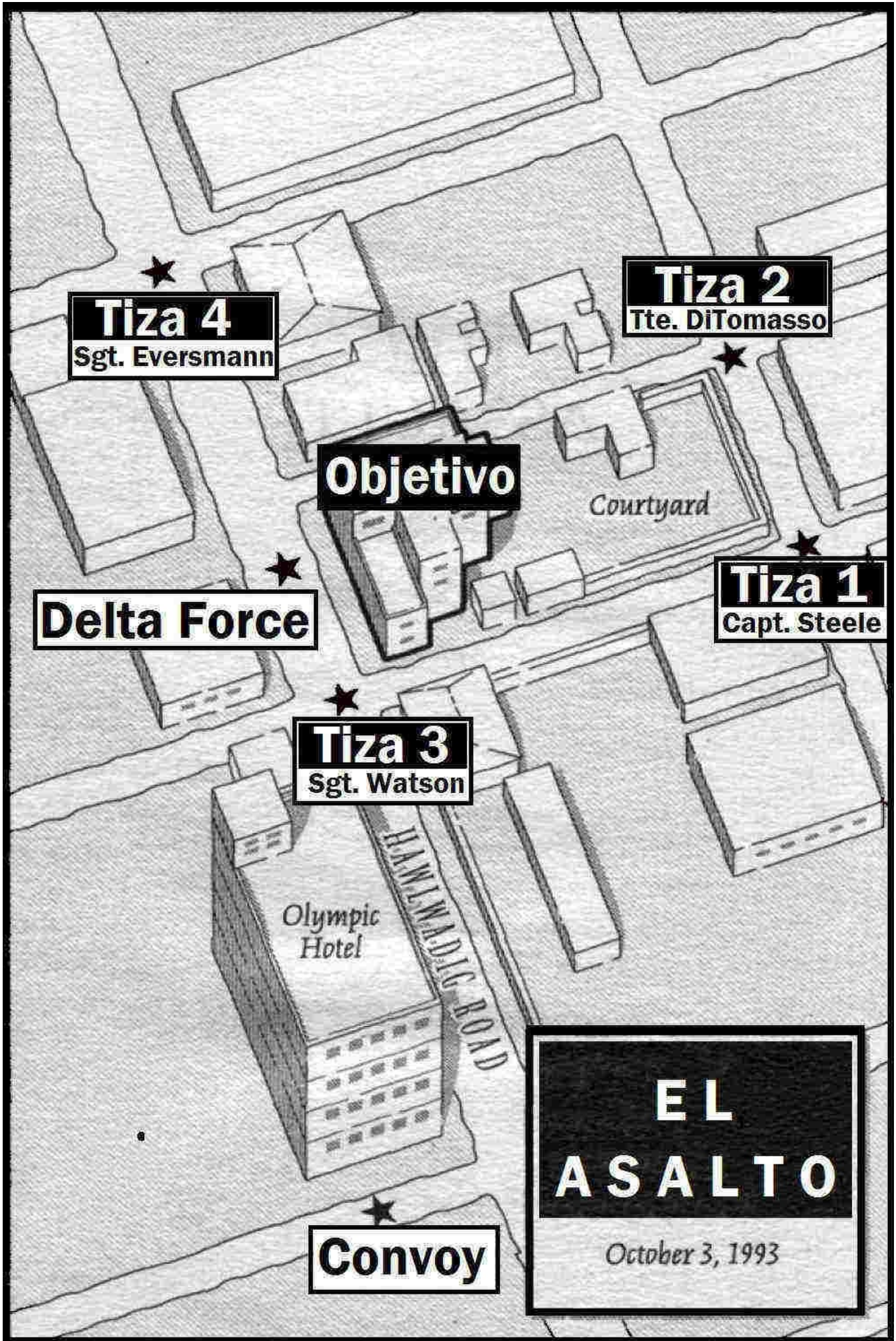
HUMVEE

«No importa lo que piensen los hombres de la guerra», dijo el juez. La guerra no ha dejado de existir. Es lo mismo preguntar a los hombres lo que piensan de la piedra. La guerra siempre estuvo aquí. Antes de que apareciera el hombre, la guerra ya lo esperaba. El oficio más remoto esperando al último trabajador».

Cormac McCarthy
BLOOD MERIDIAN

**EL
ASALTO**





1

Matt Eversmann rezó un avemaria cuando despegaron. Estaba sentado, apretujado entre los dos oficiales de vuelo, con las rodillas de sus largas piernas a la altura de los hombros. Frente a él, encastrados a cada lado del helicóptero Black Hawk, viajaba su «tiza»,^[1] doce hombres jóvenes que llevaban chalecos antibalas con bolsillos y compartimientos sobre unos uniformes oscuros de campaña.

Conocía tan bien sus rostros que era como si fueran sus hermanos. Los muchachos mayores de la tripulación, al igual que Eversmann, un sargento mayor que, a los veintiséis años, hacía ya cinco que servía en el Ejército, llevaban años viviendo y adiestrándose juntos. Algunos habían compartido la instrucción básica, la escuela de saltos y la de los Rangers. Habían viajado por todo el mundo, Corea, Tailandia, América Central... se conocían mejor que muchos hermanos. Juntos, se habían emborrachado, metido en peleas, dormido en el suelo de la selva, saltado de aviones, escalado montañas, lanzado por ríos encrespados con el corazón en la boca, se habían tomado el pelo constantemente por las novias o la falta de ellas, habían salido corriendo de Fort Benning en medio de la noche para buscarse en algún baretucho o club de *striptease* de la Victory Drive después de haberse emborrachado y quedarse dormidos o sacado de sus casillas a algún camarero. Mediante todos estos avatares, se habían preparado para un momento como aquél. Era la primera vez que el sargento larguirucho ocupaba un puesto de mando y estaba muy nervioso.

«Ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte, amén.»

Era la tarde del 3 de octubre de 1993. La Tiza Cuatro de Eversmann era parte de un cuerpo formado por Rangers del Ejército de Estados Unidos y operadores de la fuerza Delta, y estaba a punto de saltar de forma inadvertida sobre un grupo de líderes del clan Habr Gidr en pleno corazón de Mogadiscio, la capital de Somalia. Este clan decadente, gobernado por el señor de la guerra Mohamed Farrah Aidid, había provocado a Estados Unidos de América y estaba, sin duda alguna, perdiendo soberanía. El objetivo de aquel día eran dos lugartenientes de Aidid. El plan era capturarlos y encarcelarlos junto con el número creciente de jefes del clan beligerante en una isla situada a la altura de Kismayo, una ciudad de la costa sur de Somalia. La parte que le correspondía a la Tiza Cuatro en esta misión de llegar, ver y vencer era simple. Cada una de las cuatro tizas de los Rangers tenía adjudicada una esquina de la manzana donde se hallaba el objetivo del asalto. Los hombres de Eversmann iban a saltar a tierra deslizándose por unas cuerdas rápidas hasta la esquina noroeste a fin de establecer allí una posición de bloqueo. Con los Rangers en las cuatro esquinas nadie entraría en la zona donde actuaba la Fuerza Delta, y nadie podría salir.

Lo habían hecho docenas de veces sin problema, en las prácticas y durante seis misiones previas del destacamento especial. Eversmann tenía una imagen mental

clara de la secuencia de la acción. Sabía qué dirección debía tomar una vez pusiera el pie en tierra y dónde estarían sus hombres. Los que saltaran del helicóptero se reunirían en el lado izquierdo de la calle. Los que bajasen por la derecha se reunirían a la derecha. Acto seguido se dispersarían en las dos direcciones, el médico y los más jóvenes en el centro. El soldado raso Todd Blackburn era el cadete del helicóptero de Eversmann, un muchacho recién salido de un instituto de Florida que ni siquiera había asistido a la escuela de los Rangers. Tendría que vigilarlo. El sargento Scott Galentine era mayor que él pero carecía también de experiencia en Mogadiscio. Realizaba una sustitución y acababa de llegar de Benning. La responsabilidad de estos jóvenes rangers suponía una pesada carga para Eversmann. En aquella ocasión eran dos a quienes vigilar.

Como era el jefe de una de las tizas, llevaba con él los auriculares cuando tomó asiento en la parte delantera. Eran voluminosos, contaban con un micrófono y se conectaban a un enchufe situado en el techo mediante un cable largo y negro. Se quitó el casco y se encasquetó los auriculares sobre las orejas.

Uno de los oficiales de vuelo le tocó el hombro.

—Matt, no te olvides de quitártelos antes de saltar —le dijo a la vez que señalaba el cable.

Después se asaron estacionados sobre el caluroso alquitrán del aeródromo por un espacio de tiempo que les pareció una hora, durante la cual estuvieron respirando los humos acres del diésel y el sudor que rezumaba bajo el chaleco antibalas y todo el equipo que llevaban; mientras jugueteaban ansiosamente con sus armas y todos se imaginaban que, con toda probabilidad, la misión iba a ser abortada antes de que tuvieran ocasión de pisar tierra. Eso era lo que acostumbraba pasar. Por cada misión real, había veinte alarmas falsas. Cuando llegaron a Mogadiscio, cinco semanas antes, su entusiasmo era tan grande que, cada vez que subían a bordo, se intercambiaban gritos de júbilo entre un Black Hawk y otro. Pero aquellas salidas no sólo se habían convertido en rutina sino que, por regla general, no desembocaban en nada.

Era un número ingente tanto de hombres como de máquinas los que estaban a la espera de la palabra clave para entrar en acción. Había cuatro impresionantes Little Birds AH-6, helicópteros de ataque con dos asientos y burbuja frontal capaces de volar prácticamente a cualquier lugar. En esta ocasión, por primera vez, los Little Birds iban cargados de cohetes. Estaba previsto que dos de ellos realizasen el barrido inicial sobre el objetivo y que otros dos asegurasen la retaguardia. Además, cuatro Little Birds MH-6 contenían bancos a cada lado para trasladar a la punta de lanza de las fuerzas de asalto, el Escuadrón C de la Fuerza Delta, uno de los tres elementos operativos de la unidad formada por comandos ultrasecretos del Ejército. A esta fuerza de ataque, le seguían ocho Black Hawks, unos helicópteros alargados destinados a llevar a las tropas. Dos de ellos transportaban a los asaltantes de la

Fuerza Delta y a su comandancia terrestre, cuatro servían para llevar a los Rangers (Compañía B, 3.^{er} Batallón del 75.^o de Infantería del Ejército, el Regimiento Ranger procedente de Fort Benning, en Georgia), otro iba a trasladar a un equipo CSAR (Equipo de Búsqueda y Rescate en Combate) de primera categoría, y el último a dos comandantes de la misión, el teniente coronel Tom Matthews, encargado de coordinar a los pilotos del 160.^o SOAR (Regimiento Aéreo para Operaciones Especiales) procedente de Fort Campbell, en Kentucky; y el teniente coronel de la Fuerza Delta Gary Harrell, cuya responsabilidad recaía sobre los hombres en tierra. El convoy terrestre, alineado y a la espera junto a la entrada principal del objetivo, estaba formado por nueve Humvees, unos vehículos de carrocería ancha sustitutos de los jeeps para transporte militar terrestre, y tres camiones de cinco toneladas. Estos últimos se utilizaban para evacuar de allí a los prisioneros y a las fuerzas de asalto. Los Humvees daban cabida a los Rangers, a los operadores de la Fuerza Delta y a cuatro miembros del Equipo Seis del SEAL (Tierra, Mar y Aire), parte de la rama de las fuerzas especiales de la Marina de guerra. Contando los tres aviones de vigilancia y el destinado a espiar, que volaba por encima de los demás, había diecinueve aeronaves, doce vehículos y alrededor de ciento sesenta hombres. Un ejército impaciente sobre una cuerda tensa.

Había señales de que esta vez iba en serio. El general William F. Garrison, al mando de la Fuerza Ranger de Asalto, había salido a despedirlos. Era la primera vez que lo hacía. Garrison, un hombre alto, delgado y de pelo cano, que vestía el uniforme de campaña y llevaba su sempiterno medio puro apagado colgándole de la comisura, había paseado de helicóptero en helicóptero y detenido ante cada uno de los Humvees.

—Id con cuidado —decía con un acento tejano que le hacía arrastrar las palabras. Inmediatamente se desplazaba hasta el siguiente hombre.

—Buena suerte.

Luego al otro.

—Tened cuidado.

El mar de fondo que producían todos aquellos motores en marcha hizo temblar la tierra y aceleró los pulsos de los hombres. Resultaba excitante formar parte de todo aquello, la flor y nata de la fuerza militar estadounidense. Pobre del que se pusiera en su camino. Cargados con granadas y municiones, agarrados al acero de sus armas automáticas, con el corazón latiéndoles con fuerza bajo los chalecos antibalas, esperaban con una embriagadora mezcla de esperanza y miedo. Hacían un repaso mental de última hora a la lista de verificaciones, rezaban, comprobaban las armas por tercera vez, ensayaban la precisa coreografía táctica, realizaban pequeños rituales... cualquier cosa susceptible de disponerles para la batalla. Todos sabían que aquella misión podía tomar un cariz no deseado. Se trataba de una incursión, que no

carecía de audacia pues iba a producirse a plena luz del día, al barrio Mar Negro, el mismísimo corazón del territorio Habr Gidr, en el centro de Mogadiscio y baluarte del señor de la guerra Aidid. El objetivo era una casa de tres plantas de piedra, enjalbegada y coronada por una azotea; una moderna casa modular situada en uno de los pocos lugares de la ciudad donde todavía quedaban edificios grandes e intactos, y a la cual rodeaban manzanas y manzanas de viviendas con tejados de hojalata y paredes de piedra fangosa. En aquel laberinto formado por calles sucias e irregulares y callejuelas flanqueadas de cactus, vivían cientos de miles de miembros pertenecientes al citado clan. Carecían de planos decentes. Puro país tercermundista.

Los hombres habían visto cargar misiles en los AH-6. Garrison no lo había hecho en ninguna de las misiones anteriores, lo que significaba que se preveían problemas. En mayor cantidad que de costumbre, los hombres habían llenado de munición, recámaras cargadas y granadas los bolsillos y cartucheras disponibles de los arneses, y dejado atrás cantimploras, bayonetas, gafas de visión nocturna, así como cualquier otro artefacto considerado un lastre para una rápida incursión diurna. No les preocupaba la perspectiva de meterse en apuros. En absoluto. Les apetecía. Ellos eran unos predadores, unos vengadores duros, imparables e *invencibles*. Pensaban que, después de seis semanas de rutina, por fin iban a dar una patada de verdad a algún culo somalí.

Eran las 15:32 cuando el jefe de las tizas que estaba en el Black Hawk de cabeza, el *Súper Seis Cuatro*, oyó por el intercomunicador que el piloto, el brigada Mike Durant, anunciaba con una voz suave y llena de satisfacción:

—A por la jodida *Irene*.

Y el ejército se lanzó a la acción elevándose desde el destartado aeropuerto junto al mar para meterse en el paisaje azul y envolvente del cielo y el océano índico. Se abrieron camino con facilidad por una franja cubierta de arena blanca y avanzaron a baja altura aunque velozmente sobre unas olas grandes y seguidas que formaban crestas apenas perceptibles paralelas a la orilla. En formación cerrada se ladearon y sobrevolaron el litoral suroeste. De cada helicóptero se vislumbraban, colgando de los bancos y de las puertas abiertas, las botas de los excitados soldados.

Mogadiscio, cuyos límites se extendían hacia un horizonte desértico y envuelto en la calima, resplandecía tanto al sol vespertino que parecía como si se hubiera abierto demasiado el objetivo destinado a fotografiar el mundo. La antigua ciudad portuaria, vista desde cierta distancia, con sus callejuelas de arena ocre y sus tejados de hojalata oxidada y tejas españolas, tenía un tono castaño rojizo. Las únicas estructuras altas que todavía seguían en pie tras años de guerra civil eran las floridas torres de las mezquitas, pues el islam era lo único que Somalia consideraba sagrado. Había muchos matorrales cuya altura no sobrepasaba las azoteas y, entre ellos, muros altos de pálidas tonalidades amarillas, rosas y grises; restos a su vez en vías de extinción de

una bonanza previa a la guerra civil. Situada a lo largo de la costa, limitaba al oeste con el desierto y al este con un reluciente mar azul verdoso que podía haber pasado por un adormilado lugar de veraneo en el Mediterráneo.

Conforme los helicópteros sobrevolaban la ciudad para planear hacia la derecha y luego hacia el norte a lo largo del extremo oeste, Mogadiscio se extendía bajo ellos en toda su terrible realidad, una catástrofe, la capital mundial de las cosas que han llegado al desastre. Las pocas calles asfaltadas estaban en estado ruinoso, cubiertas de montañas de basura y escombros y de esqueletos oxidados de vehículos quemados. Los muros y edificios que no habían sido reducidos a pilas de cascotes grises aparecían acribillados. Los postes de teléfono se inclinaban formando ángulos siniestros semejantes a tótems vudú coronados por tiasas ramificaciones; en realidad, cabos de los alambres cercenados (arrancados hacía tiempo para ser vendidos en el floreciente libreado negro). En los espacios públicos, los pedestales de piedra que antaño habían albergado la estatua del heroico dictador, Mohamed Siad Bafte estaban vacíos, si bien aquel recuerdo nacional no se había saqueado. Por un fervor revolucionario sino para vender el bronce y el cobre como chatarra. Los pocos edificios del antiguo y orgulloso Gobierno y de la universidad que todavía seguían en pie estaban ocupados ahora por refugiados. Todo cuanto era de valor había sido saqueado, incluso los marcos metálicos de las ventanas, las manillas y las bisagras de las puertas. Por la noche, en las ventanas del tercero y cuarto pisos del Instituto Politécnico brillaban fuegos de campamento. Todo espacio abierto estaba ocupado por densos e improvisados poblados de desheredados, barracas redondas hechas con palos y cubiertas con capas de andrajos y chozas construidas con pedazos de madera encontrados entre los escombros y trozos de hojalata oxidada. Desde arriba, ofrecían el aspecto del estado avanzado de una enconada putrefacción urbana.

En su helicóptero, *Súper Seis Siete*, Eversmann repasaba el plan mentalmente. Cuando pisaran tierra, los chicos D, de la Fuerza Delta, habrían tomado la casa objetivo, habrían rodeado a los prisioneros somalíes y estarían disparando a quien fuese tan estúpido que se resistiera. Les habían asegurado que en la casa había dos peces gordos, a quienes la fuerza de asalto había identificado como «personalidades de primera fila», hombres clave de Aidid. Mientras los chicos D hacían su trabajo y los Rangers mantenían a raya a los curiosos, el convoy terrestre compuesto por camiones y Humvees se abriría paso a través de la ciudad hacia el objetivo. Una vez allí, debían meter a los prisioneros en los camiones. El equipo de asalto y las fuerzas de bloqueo tenían que saltar por las cuerdas rápidas detrás de ellos para emprender juntos el regreso y pasar el resto de aquella tarde de domingo en la playa. Se calculaba que tardarían una hora, aproximadamente.

Para hacer sitio a los Rangers en los Black Hawks, se habían retirado los asientos de la parte posterior. Los hombres que no estaban en las puertas iban sentados en

bidones de municiones o sobre paneles Kevlar a prueba de artillería aérea extendidos en el suelo. Vestían uniformes de campaña, llevaban chalecos de Kevlar, casco y veinte kilos, entre equipo y munición, sujetos a los arneses colocados en el chaleco. Todos disponían de gafas y gruesos guantes de piel. Con todos aquellos pertrechos, incluso el más delgado parecía voluminoso, robótico y amedrentador. Cuando vestían camiseta y pantalón, ambos de color marrón claro, el uniforme habitual en la base, la mayoría parecían lo que eran: adolescentes con acné (la edad media era diecinueve años). Estaban orgullosísimos de ser Rangers. Les ahorraba la mayor parte de la entumecedora rutina del día a día sin combate que volvía locos a muchos alistados en el Ejército. Los Rangers se adiestraban para la guerra de forma intensiva. Estaban más capacitados, eran más rápidos y los primeros «¡Los Rangers abren el camino!» era su lema. Para llegar allí se habían alistado voluntarios como mínimo en tres ocasiones, para las fuerzas terrestres, las aéreas y los Rangers. Eran la flor y nata, los jóvenes soldados más motivados de su generación, habían sido seleccionados para encajar con el ideal del Ejército; todos eran hombres y, de modo revelador, la mayoría de raza blanca (sólo había dos negros en una compañía compuesta por ciento cuarenta hombres). Algunos eran soldados profesionales, como el teniente Larry Perino, de la promoción de 1990 de West Point. Otros eran perfeccionistas en busca de un reto, como el especialista John Waddell de la Tiza Dos, quien se había alistado tras acabar el instituto en Natchez, Misisipí, con una media de ocho. Unos eran temerarios en busca de retos físicos. Otros querían superarse después de haber ido a la deriva tras abandonar los estudios, o haber tenido problemas con las drogas, la bebida, la ley, o las tres cosas. Estaban más endurecidos que la mayoría de los jóvenes de su generación, quienes aquel domingo de principios de octubre hacía semanas que habían iniciado el semestre en la universidad. A la mayoría de aquellos Rangers los trataron a patadas alguna que otra vez, conocían el sabor del fracaso. Pero no eran gandules. Se habían esforzado para estar allí, probablemente más que en toda su vida. Aquellos con pasados turbulentos tomaban medidas severas consigo mismos. Bajo su apariencia de duro de pelar, casi todos eran formales, patriotas e idealistas. Aceptaban en sentido literal al Ejército y su consigna: «Sé todo lo que puedas ser».

Se consideraban superiores a los soldados corrientes. Con sus cuerpos musculosos, el característico corte de pelo (a cero, con los lados y el cogote completamente afeitados) y el saludo *Hoo-ah*, que lanzaban en un gruñido, creían ser lo más patriótico del Ejército. Muchos aspiraban, si llegaban a conseguirlo, a formar parte de los Boinas Verdes, a ingresar en la Fuerza Delta, los robustos supersoldados del contraespionaje que encabezaban aquel contingente. Sólo a los buenos se les invitaría a ello y sólo uno de cada diez pasaría la prueba de selección. En aquella antigua y masculina jerarquía, los Rangers estaban unos peldaños por encima de la base de la pirámide, pero los escalones superiores pertenecían a los chicos D.

Los Rangers sabían que el camino más seguro para alcanzar la cima era adquirir experiencia en el combate. Hasta aquel momento, Mogadiscio había sido un aburrimiento. La guerra estaba siempre a punto de suceder. A punto de producirse. Incluso las misiones, por muy excitantes que fueran, les supieron a poco. Los somalíes, a quienes llamaban *skinnies*, por flacos, o *sammies*, por ser negros, les habían disparado algún que otro tiro aislado, lo suficiente para sacar a los Rangers de sus casillas y provocar una buena lluvia de balas como revancha, pero nada que pudiera calificarse de genuino tiroteo.

Que era precisamente lo que ellos querían. Todos. Si pasaba alguna duda por su cabeza, la ataban corto. Al principio, muchos tenían tanto miedo como cualquier hijo de vecino, pero habían expulsado el temor. Sobre todo en la instrucción Ranger. Una cuarta parte de los que se alistaban voluntarios abandonaban, lo suficiente para que quienes al final salían con su charretera de ranger se sintieran plenamente dichosos por lograrlo con tan pocos años. El débil se suprimía. El fuerte avanzaba. Después, semanas, meses y años de adiestramiento constante. Los *Hoo-ahs* no veían el momento de ir a la guerra. Eran un equipo estrella de fútbol que, habiendo soportado durísimas, agotadoras y peligrosas sesiones de entrenamiento durante doce horas al día, siete días a la semana, durante años, nunca tenía la oportunidad de jugar un partido.

Ansiaban la batalla. Se pasaban de mano en mano unos libros en rústica manoseados que eran relatos o biografías de soldados que vivieron conflictos anteriores, muchos escritos por ex rangers, saboreaban el tono afectuoso y de camaradería de su historias y, si bien se lamentaban de la suerte que habían corrido quienes la habían palmado, se habían quedado inválidos o mutilados, se identificaban con los que sobrevivieron merecidamente. Escudriñaban viejas fotos, las mismas en todas las guerras, de jóvenes con aspecto sucio y cansado, medio vestidos con uniformes de combate del Ejército, con placas de identificación colgadas al cuello y con los brazos ceñidos unos a otros por los hombros en tierras exóticas. Se veían a sí mismos en aquellas instantáneas, rodeados de sus compañeros, haciendo su propia guerra. Era «la prueba». La única que contaba.

El sargento Mike Goodale, de permiso en Illinois, intentaba que su madre —enfermera— lo entendiera. Ella mostró escepticismo ante su bravuconería.

—¿Quién iba a querer ir a la guerra por propia voluntad? —preguntó.

Goodale le explicó que era como si una enfermera, después de prácticas y estudios, nunca tuviera la oportunidad de trabajar en un hospital. Era exactamente lo mismo.

—Todo el mundo quiere estar seguro de que puede hacer bien el trabajo para el que se ha preparado —concluyó.

Al igual que los jóvenes de los libros, a ellos les ponían a prueba una y otra vez.

Pertenecían a otra generación, a un nuevo turno de Rangers. Su turno.

Carecía de importancia que los hombres que iban en los helicópteros no tuvieran mucha cultura y que fueran incapaces de hacer una redacción en el instituto sobre Somalia. Aceptaron los principios del Ejército sin titubeos. Los señores de la guerra habían asolado de tal manera la nación al enfrentarse entre ellos que su pueblo se estaba muriendo de hambre. Cuando el mundo enviaba alimentos, los malvados señores de la guerra los interceptaban y mataban a quienes osaban detenerlos. Y entonces los países desarrollados decidieron dejar caer el martillo, es decir, invitar a los chicos malos del planeta para poner orden. Eso decía Nuff. Lo poco que habían visto desde su llegada en agosto no había alterado esta percepción. Mogadiscio era como el mundo postapocalíptico de las películas de *Mad Max* de Mel Gibson, gobernado por bandas errantes de gamberros armados. Estaban allí para poner fin a las maldades de los señores de la guerra y restaurar la cordura y la civilización.

Eversmann siempre había querido ser un ranger. No estaba muy seguro de cómo se sentía al estar en un puesto de mando, aunque fuera provisional. Ganó el honor por defecto. El sargento de su pelotón tuvo que marcharse a casa porque alguien de su familia había caído enfermo. Y luego, el joven que lo reemplazó fue víctima de un ataque epiléptico y también tuvo que ser repatriado. Eversmann era el mayor que les seguía. Aceptó el puesto sin convicción. Aquella mañana, en la misa oficiada en la sala de rancho, había rezado por ello.

Por fin a bordo, Eversmann casi reventó de energía y de orgullo al observar al ejército. Era una fuerza militar de vanguardia. Sobrevolando ya en círculos y a cierta altura del objetivo, se hallaba el servicio de información más hábil que pudiera ofrecer EE.UU., constaba de satélites, un avión espía Orion P3 que alcanzaba grandes alturas, y tres helicópteros OH-58 de observación coronados con un pólipo bulboso de algo más de metro y medio y parecidos a los Little Birds de abombado frontal. Los aparatos de observación iban equipados con cámaras de vídeo y radiofonía y el general Garrison, al igual que los oficiales de categoría superior apostados en el Centro de Operaciones instalado en la playa de donde partiera la expedición, se emplearían para seguir el curso de los acontecimientos en directo. Sin duda, los directores de cine y los guionistas tenían que devanarse los sesos para imaginar las habilidades más relevantes de los militares estadounidenses y, sin embargo, allí estaba a punto de estallar la acción real. Se trataba de una máquina militar de finales del siglo XX, engrasada y equipada. Lo mejor de EE.UU. se iba a la guerra, y el sargento Matt Eversmann iba con ellos.

Sobrevolarían el objetivo en tres minutos. Eversmann llevaba los auriculares puestos y escuchaba la mayoría de las frecuencias en uso y la sintonía de la comandancia, que conectaba a los mandos de tierra con Matthews y Harrell, quienes sobrevolaban en círculo a bordo del Black Hawk encargado del mando y control, y con Garrison y los otros jefazos del Centro de Operaciones. Los pilotos conectaban con el comandante de las Fuerzas Aéreas Matthews, y la Fuerza Delta y los Rangers tenían sus propias conexiones internas. Mientras durase la misión, el resto de frecuencias de emisión de la ciudad quedaría bloqueado. En medio del constante ruido producido por los parásitos, Eversmann oía una confusa superposición de voces tranquilas, las de los diferentes elementos que se preparaban para el asalto.

Mientras los Black Hawks descendían sobre la ciudad desde el norte para la aproximación final, los Little Birds de avanzadilla se acercaban al objetivo. Aún se estaba a tiempo de abortar la misión.

Unos neumáticos que ardían en la calle cerca del objetivo hicieron cundir el pánico durante unos momentos. A menudo los somalíes quemaban neumáticos para indicar que surgirían problemas y así avisaban a la milicia. ¿Cabía la posibilidad de que estuvieran dirigiéndose hacia una emboscada?

—¿Sabéis si esos neumáticos llevan ardiendo un buen rato o los acaban de prender? Cambio —preguntó el piloto de un Little Bird.

—Arden desde esta mañana, lo hemos visto sobrevolando la zona —contestó el piloto de uno de los aparatos de observación.

—Dos minutos —informó el piloto del *Súper Seis Siete* a Eversmann.

Los Little Birds se colocaron en posición de «rebote», un salto repentino y una caída en picado para sobrevolar la casa objetivo con los cohetes y las armas apuntando hacia abajo. Una a una, las distintas unidades repetirían «Lucy», la palabra en clave que daría comienzo al asalto: *Romeo Seis Cuatro*, coronel Harrell; *Kilo Seis Cuatro*, capitán Scott Miller, al mando de la fuerza de asalto Delta; *Barbero Cinco Uno*, el veterano piloto Randy Jones, suboficial jefe que iba a la cabeza en el helicóptero de combate AH-6; *Julieta Seis Cuatro*, capitán Mike Steele, el comandante ranger a bordo de la aeronave de Durant; y *Uniforme Seis Cuatro*, teniente coronel Danny McKnight, al mando del convoy terrestre encargado de evacuarlos a todos. El convoy estaba estacionado a unas manzanas de distancia.

—Aquí *Romeo Seis Cuatro* a todos los elementos. Lucy. Lucy. Lucy.

—Aquí *Kilo Seis Cuatro*, a por la jodida Lucy.

—Aquí *Barbero Cinco Uno*, a por la jodida Lucy.

—*Julieta Seis Cuatro*, a por la jodida Lucy.

—Aquí *Uniforme Seis Cuatro*, a por la jodida Lucy.

—*Todos los elementos, Lucy.*

Eran las 15:43. En la pantalla del Centro de Operaciones, los comandantes veían mejor que nadie aquel concurrido barrio de Mogadiscio. El Hotel Olympic era el punto más prominente, un edificio blanco de cinco plantas que parecían bloques rectangulares apilados con terrazas cuadradas en cada piso. A una manzana hacia el sur, había otra construcción del mismo estilo. Los dos proyectaban largas sombras en la avenida Hawlwadig, la ancha calle asfaltada donde se hallaban. En los cruces donde unas callejuelas sucias cruzaban Hawlwadig, una tierra arenosa inundaba el pavimento. A la luz del atardecer, la tierra se volvía de un llamativo color anaranjado. En los patios interiores y entre algunas de las casas más pequeñas había árboles. El edificio objetivo del asalto estaba al otro lado de la calle Hawlwadig, a una manzana al norte del hotel. El tipo de construcción también estaba formado por bloques apilados en forma de L; el edificio tenía tres plantas en la parte posterior y dos, acabadas en azoteas, delante. Detrás, en el lado sur, había un pequeño patio rodeado, al igual que el largo bloque, por un alto muro de piedra. Automóviles, peatones y carros de burros se agitaban delante, en Hawlwadig. Era una tarde de domingo normal y corriente. La zona que rodeaba el objetivo estaba a sólo unas manzanas del mercado Baleara, el más concurrido de la ciudad. Acostumbrados ya a la presencia de helicópteros, quienes deambulaban ni siquiera levantaron la vista cuando los primeros dos Little Birds avanzaron inexorablemente desde lo alto, procedentes del norte, para ladearse acto seguido dirección este y salir de escena.

Ningún helicóptero disparó.

—Un minuto —informó el piloto del *Súper Seis Siete* a Eversmann.

Los operadores de la Fuerza Delta debían llegar primero y tomar el edificio. Los Rangers les seguirían después de bajar de los Black Hawks por una cuerda rápida y formar un perímetro alrededor del bloque blanco del asalto.

La Fuerza Delta viajaba en unos bancos situados fuera de los almacenes abombados de los cuatro Little Birds MH-6. En cada helicóptero iba un equipo formado por cuatro hombres. Llevaban gruesos chalecos negros antibalas y unos cascos de yoquei hechos de material plástico sobre unos auriculares y un micrófono delante que los mantenía en constante contacto oral entre ellos. No portaban insignia alguna en los uniformes. Asomados a la calle mientras se acercaban deprisa y a baja altura, observaron a la gente, sus asombrados rostros vueltos hacia arriba, sus manos, su actitud, y se preguntaban qué pasaría cuando tocaran suelo. Los Little Birds estaban a punto de posarse y el pánico empezó a cundir entre el gentío. Personas y vehículos empezaron a dispersarse en todas las direcciones. El viento que levantaron los potentes rotores tumbó a algunas personas y les levantó a unas cuantas mujeres los llamativos trajes. Algunos rangers que estaban todavía a bastante altura vieron que había gente en la calle que gesticulaba furiosa en su dirección, como si los

estuvieran invitando a bajar hasta las calles y pelear.

En medio de gruesas nubes de polvo, los dos primeros Little Birds aterrizaron casi de inmediato al sur del blanco en la angosta y deteriorada callejuela. La atmósfera estaba tan cargada que ni los pilotos ni los hombres sentados en los bancos laterales podían ver nada de lo que sucedía abajo. Uno de los helicópteros descubrió que el primero se había apropiado del sitio que originalmente le correspondía para aterrizar, y se vio obligado a ladearse a la derecha y realizar un rápido giro en círculo hacia el oeste para posarse enfrente del blanco.

El sargento primero Norm Hooten, un jefe de equipo que iba en el cuarto Little Bird, notó que al quedar suspendidos la hoja del rotor melló la parte lateral del blanco. Como se imaginaron que el aparato había bajado cuanto podía, Hooten y su equipo le dieron una patada a la cuerda rápida y saltaron para alcanzarla con la intención de bajar lo que quedaba de camino deslizándose por ella. Fue la cuerda rápida más corta del mundo. Estaban sólo a poco más de treinta centímetros del suelo.

Fueron directos hacia la casa. Asaltar un lugar así era la especialidad de la Fuerza Delta. La velocidad resultaba crítica. Cuando una casa repleta de gente se llenaba repentinamente de explosiones, humo y fogonazos, los que estaban dentro se asustaban y desorientaban durante un rato. La experiencia indicaba que la mayoría se tiraba al suelo y se refugiaba en los rincones. A condición de que los Delta pudieran capturarlos en ese momento de desconcierto, la mayoría seguía las simples pero severas órdenes sin rechistar. Los Rangers habían observado a los chicos D en acción en varias misiones y los operadores se movían con tal velocidad y autoridad que resultaba difícil imaginar que nadie tuviera la suficiente presencia de ánimo para resistirse. Sin embargo, apenas unos segundos podían cambiar las cosas. Cuanto más tiempo disponían los de dentro para comprender lo que ocurría, más difícil resultaba someterlos.

El primer grupo de asalto que aterrizó en la calle sur, a las órdenes del sargento primero Matt Rierson, lanzó inofensivas granadas detonantes al patio interior y abrieron de un empujón la puerta metálica de acceso. Subieron corriendo una escalera situada en la parte posterior y se adentraron en la casa mientras gritaban a los de dentro que se echaran al suelo. El grupo de Hooten, formado por cuatro hombres, junto con el que mandaba el sargento primero Paul Howe, cargaron hacia el lado oeste del edificio, que daba a la avenida Hawlwadig. Los hombres de Hooten entraron en una tienda con abigarrados dibujos de máquinas de escribir, plumas, lápices y otros artículos de oficina pintados en las paredes frontales, la Olympic Stationery Store. Dentro había seis o siete somalíes que, en respuesta a las órdenes ladradas, se apresuraron a arrojar al suelo con los brazos extendidos al frente. Hooten ya oía algún que otro disparo esporádico fuera, muchos más de lo que había

escuchado en misiones previas. El grupo de Howe entró en la siguiente puerta calle abajo. El sargento, un hombre con una muy buena musculatura, le dio a un somalí que estaba fuera una patada en la parte baja de las piernas que le hizo caer. Howe barrió la estancia con su CAR-i 5, un arma negra de aspecto futurista que llevaba incorporada una escopeta con acción de bombeo sujeta a la orejeta de la bayoneta en la parte delantera. Era importante imponer el control inmediato. No encontró más que un almacén lleno de sacos y trastos viejos.

Como los dos grupos sabían que buscaban una residencia, se apresuraron a regresar a la calle. Corrieron en dirección sur por Hawlwadig y giraron a la izquierda para encaminarse al patio que sus otros compañeros ya habían allanado. Doblaron la esquina en medio de una tormenta de polvo que iba en aumento. Los helicópteros Black Hawks ya estaban llegando.

El primero, donde iban el comandante Delta de tierra y un elemento de apoyo, fulguró a la luz del sol y, mientras el capitán Miller y los otros comandos a bordo se descolgaban por la cuerda, quedó suspendido a una manzana al norte del blanco situado en la avenida Hawlwadig. Junto con otro Black Hawk lleno de asaltantes constituiría la segunda ola de asalto. Detrás de ellos, iban los Rangers en cuatro Black Hawks; deslizándose por las cuerdas, debían alcanzar las respectivas posiciones en las cuatro esquinas de la manzana con el objetivo de formar el perímetro externo del asalto.

Descolgaron las cuerdas del Black Hawk *Súper Seis Seis*, suspendido sobre la esquina suroeste, y la Tiza Tres empezó a bajar a la calle en grupos de dos, un hombre desde cada lado del aparato. Un oficial de vuelo le gritaba «¡No tengas miedo!» a cada uno de los que salían por su lado de la aeronave. El sargento Keni pensó mientras se agarraba a la cuerda: «Que te jodan, tío, tú te quedas aquí tan tranquilo».

El *Súper Seis Siete* estaba suspendido a bastante altura sobre Hawlwadig, a dos manzanas dirección norte, y su piloto le dijo a Eversmann:

—Preparaos para lanzar las cuerdas.

La Tiza Cuatro se hallaba a unos doscientos metros de altura. Nunca se habían deslizado por la cuerda desde tan alto, y sin embargo el polvo de la calle llegaba a las puertas abiertas. Esperaban a que los otros cinco Black Hawks se situaran en posición y a Eversmann le pareció que era muy peligroso mantener inmovilizado el aparato durante tanto tiempo. Los hombres oían las detonaciones del tiroteo incluso en medio del ruido del rotor y de los motores. Un Black Hawk colgado en el cielo de aquella forma resultaba un blanco perfecto. Las cuerdas de nailon, de ocho centímetros de grosor, estaban enrolladas delante de cada puerta. El artillero Dave Diemer esperaba en la puerta de la derecha junto con el sargento Casey Joyce. Cuando, a la orden del piloto, arrojaron las cuerdas afuera, una fue a parar encima de un vehículo, lo que

retrasó el ataque aún más. El Black Hawks dio una sacudida hacia delante para que la cuerda se soltara.

—Nos hemos quedado un poco cortos respecto a la posición deseada —le informó el piloto a Eversmann.

Estaban, más o menos, a una manzana al norte de la esquina adjudicada.

—No importa —replicó el sargento, quien creía que estarían más seguros en tierra.

—Nos hemos quedado cien metros cortos —advirtió el piloto.

Eversmann le indicó con el pulgar que todo iba bien.

Los hombres empezaron a saltar. Los artilleros situados en las puertas gritaban:

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera!

Eversmann sería el último en saltar. Se sacó los auriculares y durante un momento el ruido del helicóptero, las explosiones y los disparos de tierra lo dejaron sordo. Por regla general, Eversmann se ponía tapones en los oídos, pero aquel día no los había cogido porque sabía que llevaría auriculares. Los colgó de la cantimplora y buscó las gafas. En su lucha contra la excitación y la confusión, todos sus movimientos se ralentizaban. Después de ponerse las gafas, permanecería atento a las instrucciones del oficial de vuelo y dejaría los auriculares sobre el asiento antes de salir. La cinta de las gafas se rompió. En un intento de recomponerla, forcejeó con ella mientras el último de sus hombres saltaba; como le había llegado el turno de deslizarse por la cuerda, arrojó las gafas y saltó; pero arrancó el cable de los auriculares y los llevó consigo en su salida del helicóptero.

No se había dado cuenta de lo altos que estaban. En los entrenamientos nunca habían efectuado un descenso por la cuerda tan largo. A pesar de los gruesos guantes de piel, el roce le quemaba y las palmas le escocían, además, agarrado a la cuerda cuan largo era, se sentía vulnerable y los segundos se le hacían eternos. Se acercaba ya al suelo cuando, a través del polvo arremolinado bajo sus pies, vio que uno de sus hombres estaba boca arriba en el suelo al pie de su cuerda. A Eversmann le dio un vuelco el corazón. ¡Habían herido a alguien! Sujetó fuerte la cuerda para no aterrizar sobre el muchacho. Se trataba del soldado más joven. Eversmann puso pie en tierra junto a él y los oficiales de vuelo en el avión soltaron las cuerdas, que cayeron retorciéndose golpeando el pavimento. Cuando los Black Hawks se alejaron, el ruido y el polvo empezaron a desvanecerse, y se abrió paso el olor a almizcle característico de la ciudad y el de la podredumbre.

Blackburn sangraba por la nariz y los oídos. Lo atendía el soldado raso Mark Good, enfermero. El muchacho tenía un ojo cerrado y el otro abierto. Le salía sangre de la boca y emitía un gorgoteo. Yacía sin conocimiento. Good lo había asistido aplicando sus conocimientos de urgencias, pero aquello se le escapaba de las manos. Era la herida más grave que veía el destacamento especial en Somalia.

A Blackburn no le habían disparado, había caído. De alguna forma le había fallado la cuerda. Una bajada de unos quince metros en línea recta hasta la calle. Acababan de asignarle el puesto de ayudante del artillero 60 en la tiza y, como portaba una gran cantidad de munición, soportaba demasiado peso para bajar por la cuerda rápida. Esto, sumado a los nervios, la altura de la cuerda por la que debía descolgarse... fuese lo que fuese, no se sostuvo. Daba la impresión de haberse reventado por dentro. Eversmann se alejó de allí e hizo un rápido recuento de su tiza.

Hawlwadig tenía una anchura aproximada de quince metros y, como el resto de Mogadiscio, estaba llena de escombros. La nube de polvo era más fina y ya podía ver que sus hombres se habían retirado a cada lado de la calle contra los muros de piedra fangosa. Eversmann permanecía en medio de la calzada con Blackburn y Good. Hacía calor, y la arena se le pegaba a los ojos, la nariz y las orejas. Les estaban disparando, pero sin precisión. Resultaba extraño, pero al principio, el sargento no se había percatado de ello. Cuando las balas vuelan por encima de la cabeza de uno llaman la atención, pero él estaba demasiado preocupado para advertirlo. Sólo entonces se dio cuenta. Las balas emitían un sonoro chasquido al pasar, como si se rompiera un palo de nogal seco. Era la primera vez que le disparaban. «O sea que es esto», pensó. Como resultaba un blanco perfecto, consideró preferible ponerse a cubierto. Entre él y Good cogieron a Blackburn por debajo de los brazos y la cabeza, intentando que el cuello no se torciera, y lo arrastraron hasta la parte oeste del cruce, donde se agazaparon detrás de dos automóviles aparcados allí.

Eversmann gritó a su operador de radio, el soldado raso Jason Moore, que estaba calle arriba, que conectase con el capitán Mike Steele en la emisora de la compañía. Steele y dos tenientes, Larry Perino y Jim Lechner, habían llegado hasta allí deslizándose por la cuerda junto con el resto de la Tiza Uno en la esquina sureste del objetivo. La Tiza Cuatro estaba en la esquina noroeste. Los minutos pasaban. Moore le contestó a gritos que no podía conectar con Steele.

—¿Qué quieres decir que no puedes contactar con él?

Moore se limitó a encogerse de hombros. El mascador habitual de tabaco, aquel matón de Princeton, en Nueva Jersey, llevaba unos auriculares bajo el casco que le permitían hablar sin levantar las manos. Antes de salir, había pegado el interruptor de encendido y apagado del micrófono al rifle —«un toque elegante», pensó—. Sin embargo, al deslizarse por la cuerda, no se había dado cuenta de que el cable de conexión rozaba con ésta. La fricción lo había quemado. Pero Moore todavía no lo sabía y por lo tanto no entendía por qué sus llamadas no eran atendidas.

Eversmann probó el walkie-talkie que llevaba consigo. Steele seguía sin contestar, pero tras varios intentos el teniente Perino hizo su aparición en la línea. El sargento sabía que aquél era su primer combate, y la primera vez que estaba al mando, así que se esforzó por hablar despacio y claro. Explicó que Blackburn había

caído y estaba herido, grave. Debían evacuarlo. Eversmann trató de transmitir urgencia sin alarmismo.

—*Repíte* —dijo Perino.

La voz del sargento iba y venía en la radio y Eversmann repitió sus palabras. Una pausa. A continuación, se oyó de nuevo la voz de Perino.

—*Repítelo todo otra vez, cambio.*

Eversmann gritó entonces al repetir: —¡Hombre herido! ¡tenemos QUE EVACUARLO CUANTO ANTES!

—*Tranquilízate* —replicó Perino.

Sus palabras sacaron de quicio a Eversmann. Era el colmo del descaro.

Como resultado de la llamada, aparecieron dos enfermeros de la Fuerza Delta por la avenida Hawlwadig: los sargentos primero Kurt Schmid y Bart Bullock. Estos hombres, más experimentados, se apresuraron a echarle una mano a Good. Schmid le introdujo un tubo en la garganta para ayudarlo a respirar. Bullock clavó una aguja en el brazo del muchacho y le conectó una bolsa de suero intravenoso.

El tiroteo era cada vez más intenso. Los oficiales que observaban las pantallas en el centro de mando tenían la impresión de haber metido un palo en un avispero. Observar una batalla en tiempo real era algo asombroso y desconcertante a la vez. Las cámaras que podían captar la lucha desde arriba mostraban montones de somalíes levantando barricadas por todas partes e incendiando neumáticos para atraer ayuda. Miles de personas se lanzaban a las calles, muchas armadas. Salían corriendo de todos lados y se dirigían al mercado Bakara, donde los muchos helicópteros que veían en el cielo marcaban claramente el lugar de la ciudad donde se libraba el combate. Procedentes de los lugares más lejanos, aparecían vehículos con individuos armados. Daba la impresión de que la mayor parte acudía por el norte y, por consiguiente, se dirigía hacia la posición de Eversmann y de la Tiza Dos, cuyos hombres habían aterrizado en la esquina situada más al noreste.

Los chicos de Eversmann se desplegaron en abanico y disparaban en todas las direcciones salvo hacia el edificio blanco del asalto. Al otro lado de la calle, donde los enfermeros atendían a Blackburn, el sargento Casey Joyce apuntaba con su M-16 hacia la multitud creciente de la parte norte. Doblando las esquinas de varias manzanas calle arriba, se acercaban somalíes en grupos de doce o más, y otros, más cerca, entraban y salían disparando de las callejuelas adyacentes. Aunque las armas de los estadounidenses les imponían respeto, ellos se abrían paso poco a poco. Un estricto y comprometido reglamento limitaba a los Rangers. Sólo podían dispararle a quien les apuntara con un arma, al menos en teoría. Era evidente que les disparaban y que calle abajo había somalíes armados. Pero los que portaban armas se entremezclaban con los que iban desarmados, entre ellos mujeres y niños. Por regla general, los no combatientes, cuando oyen disparos o explosiones, se dan a la fuga.

Sin embargo, en Mogadiscio, cuando se producía un disturbio, la gente se precipitaba al lugar de los hechos. Hombres, mujeres, niños e incluso ancianos y enfermos. Ser testigo se había convertido en un imperativo nacional. Los rangers que los veían desde arriba rogaban en silencio a los mirones que, por todos los demonios, se alejaran de allí.

Los hechos no se desarrollaban según el guión mental de Eversmann. Su tiza aún se hallaba a una manzana al norte de su posición. Creía que no tendrían dificultad alguna para deslizarse hasta allí al tomar tierra; sin embargo, la caída de Blackburn y la inesperada intensidad del tiroteo no lo había hecho posible. El tiempo jugaba malas pasadas. Habría sido difícil explicarlo a alguien que no estuviera presente. Parecía que los acontecimientos se sucedían a un ritmo frenético; sin embargo, sus percepciones se ralentizaban; los segundos eran minutos. No tenía idea de cuánto tiempo había transcurrido. ¿Dos minutos? ¿Cinco? ¿Diez? Costaba creer que las cosas se hubieran puesto tan mal en tan breve intervalo de tiempo.

Sabía que los chicos D actuaban con gran celeridad. No dejaba de mirar atrás para ver si el convoy terrestre se marchaba. Era demasiado pronto, pero a pesar de todo seguía mirando, sin perder la esperanza, pues ello habría significado que se acercaban al final de la misión. Debía de haberse girado una docena de veces cuando vio al primer Humvee doblando la esquina a unas tres manzanas calle abajo. ¡Qué alivio! Pensó que tal vez los chicos D habían acabado y se podrían marchar todos de allí.

Schmid, el enfermero de la Fuerza Delta, había examinado a Blackburn más detenidamente, y estaba preocupado. Como mínimo, el chico tenía una herida grave en la cabeza, y la parte posterior del cuello estaba muy inflamada. Podía tratarse de una fractura. Levantó la vista hacia Eversmann.

—Necesito con urgencia una camilla, sargento. Si no lo sacamos de aquí lo antes posible, morirá.

Eversmann llamó a Perino de nuevo.

—Escucha, es vital que evacuemos a este muchacho, o morirá. ¿Puedes mandarme a alguien hasta aquí?

No, los Humvees no podían llegar allí. Así se lo dijo Eversmann al enfermero de la Fuerza Delta.

—Escucha, sargento, tenemos que sacarlo de aquí —replicó Schmid.

Y Eversmann llamó a dos sargentos de su escuadra, Casey Joyce y Jeff McLaughlin, quienes se acercaron corriendo. Se dirigió al mayor de los dos, McLaughlin, y le gritó por encima del cada vez más intenso estruendo del combate.

—¡Tenéis que llevar a Blackburn hasta los Humvees que están cerca del blanco!

Desenrollaron una camilla y depositaron a Blackburn en ella. Cinco hombres fueron con él, Joyce y MacLaughlin a la cabeza, Bullock y Schmid detrás, y Good corriendo al lado para sostener la bolsa del suero conectada al brazo del muchacho.

Corrían agachados. MacLaughlin creía que Blackburn no lo resistiría. Era un peso muerto en la litera, y sangraba por la nariz y la boca. Todos gritaban: «¡Aguanta! ¡Aguanta!». Pero a juzgar por su aspecto, ya había abandonado.

Se veían obligados a dejar la camilla en el suelo para devolver los disparos. Corrían unos pasos, dejaban a Blackburn en el suelo, disparaban, volvían a levantarlo y avanzaban unos metros para, acto seguido, volver a depositarlo en el suelo.

—Tenemos que conseguir que los Humvees lleguen hasta nosotros —dijo Schmid—. Si seguimos levantándolo y bajándolo así vamos a matarlo.

Joyce se ofreció para ir a buscar un Humvee. Echó a correr.

3

En las pantallas y por los altavoces del Centro de Operaciones, parecía que todo se desarrollaba con normalidad. El centro de mando era un edificio de dos plantas encalado situado junto al hangar de la base aérea del destacamento especial Ranger. En cierta ocasión le cayó un mortero y el tejado estaba derrumbado por un lado. Le sobresalían tantas antenas y cables que los soldados lo llamaban el puerco espín. En el primer piso, desembocando en un pasillo largo, tres habitaciones estaban ocupadas por los oficiales de mayor graduación, con los auriculares puestos y con los ojos clavados en las pantallas de televisión. El general Garrison, instalado en la parte posterior de la sala de operaciones, mascaba su puro y permanecía pendiente de todo. Las imágenes a color del conflicto llegaban procedentes de las cámaras instaladas en el avión espía Orion y en los helicópteros de observación, y funcionaban cinco o seis frecuencias radiofónicas. Seguramente Garrison y su equipo contaban con más información instantánea sobre esta batalla que ningún otro comandante en la historia pero, salvo observar y escuchar, poco era lo que podían hacer. Mientras la acción continuara, los hombres en el puesto de lucha eran quienes debían tomar cualquier decisión. El cometido del general consistía en permanecer por encima de la situación y pensar uno o dos pasos por delante. En el caso de que las circunstancias empeoraran, podía llamar a la base de la ONU situada al otro lado de la ciudad y donde esperaban las tropas de la 10.^a División de Montaña, tres compañías del Ejército regular con diferentes grados de preparación. Hasta el momento no había sido necesario. Aparte de un ranger herido, la misión iba según lo previsto. En el instante en que supieron de la caída de Blackburn, los chicos D que se hallaban en el interior de la casa objetivo les comunicaron por radio que habían encontrado a los hombres que estaban buscando. La operación iba a ser un éxito.

Corrían un riesgo al meterse en el barrio Mar Negro de Aidid a plena luz del día. El cercano mercado Bakara era el centro del mundo Habr Gidr. Estar en la puerta contigua era como meter un dedo en el ojo al señor de la guerra. Las fuerzas de Naciones Unidas destinadas en Mogadiscio, formadas por paquistaníes desde que los Marines estadounidenses se retiraran en mayo de aquel año, no se acercaban a aquella parte de la ciudad. Era el único lugar donde las fuerzas de Aidid podían organizar un conflicto serio en corto espacio de tiempo, y Garrison conocía el peligro que conllevaba atacar allí. El compromiso de Washington con respecto a Somalia no iba a resistir muchas pérdidas estadounidenses. Lo habían advertido en un comunicado hacía apenas unas semanas:

«Si nos acercamos al mercado Bakara, aunque salgamos victoriosos del tiroteo que sin duda se desencadenará, seguramente perderemos la guerra.»

La hora también era un riesgo. El destacamento especial de Garrison prefería

trabajar de noche. Eran los superpilotos del SOAR 160, los cuales se hacían llamar los Cazadores Nocturnos, quienes conducían sus helicópteros. Eran expertos en volar a oscuras. Con las gafas de visión nocturna, eran capaces de viajar en una noche sin luna como si fuera mediodía. Los pilotos de la unidad habían participado en casi todas las operaciones bélicas terrestres estadounidenses desde Vietnam. Cuando no estaban en combate, practicaban, y sus aptitudes eran asombrosas. Aquellos pilotos no conocían el miedo y podían entrar y salir con sus helicópteros de lugares donde habría resultado difícil introducirlos incluso con una grúa. La oscuridad hacía que la velocidad y la precisión de los chicos D y de los Rangers fueran más que mortales. La noche les proporcionaba otra ventaja. Muchos somalíes, sobre todo los jóvenes que patrullaban Mogadiscio en vehículos «técnicos» que contenían ametralladoras de calibre 50 en la parte posterior, eran adictos al *khat*, una anfetamina suave parecida al berro. La cúspide del círculo se situaba a media tarde. La mayoría empezaba a mascar hacia mediodía y al atardecer ya estaban colocados, excitados y deseosos de acción. Entrada la noche, era todo lo contrario. Los que mascaban *khat* ya no servían para nada. Por consiguiente, la misión de aquel día requería ir al peor sitio de Mogadiscio y a la peor hora posible.

A pesar de ello, la oportunidad de capturar a los dos hombres principales de Aidid era demasiado tentadora para dejarla escapar. Habían realizado ya tres misiones a la luz del día sin problemas. El riesgo formaba parte del trabajo. Eran audaces; por eso estaban allí.

Los somalíes habían sido testigos de seis asaltos y, por consiguiente, sabían a qué atenerse. El destacamento especial los había mantenido en vilo. Tres veces al día, hubiera o no misión, Garrison hacía subir a los hombres a los helicópteros y los mandaba a dar una vuelta sobre la ciudad. Al principio, los rangers disfrutaban como locos. Se metían en tropel al fondo de un Black Hawk y se aferraban a la vida. Aquellos Cazadores Nocturnos de primera descendían en picado hasta baja altura, y a gran velocidad, y se inclinaban lateralmente de forma tan brusca que se les revolvían las entrañas. Casi rozaban las calles al volar bajo la línea de los tejados, pasaban como rayos entre las paredes y la gente de ambos lados a los que veían borrosos, y luego se elevaban cientos de metros para volver a precipitarse hacia abajo en medio de los gritos de los hombres. El cabo Jamie Smith escribió a su familia de Long Valley, Nueva Jersey, que aquellos «vuelos donde los ponían a prueba eran como subir en una montaña rusa de Six Flags». Pero después de tantos vuelos, ya no tenía gracia.

Garrison también había tomado la precaución de variar las tácticas empleadas. Por regla general, llegaban en helicópteros y se marchaban en medios de transporte terrestres, pero a veces iban con estos últimos y la vuelta la hacían con helicópteros. En ocasiones la ida y la vuelta se llevaba a cabo en helicópteros o en vehículos. Así

cambiaban el esquema. Por encima de todo, la tropa era buena. Era experimentada y estaba bien entrenada.

Tuvieron la oportunidad de capturar a Aidid en más de una ocasión, pero no era esto lo único que pretendían. Las seis misiones anteriores infundieron miedo en las filas del Habr Gidr y, más recientemente, habían eliminado a las personas clave del señor de la guerra. Garrison consideraba que, hasta la fecha, lo habían hecho muy bien, a pesar de ciertos artículos periodísticos que los trataban de chapuceros. Cuando, en la primera misión, arrestaron a un grupo de empleados de Naciones Unidas (capturaron a los «empleados» en una zona prohibida y en posesión de contrabando procedente del mercado negro), la prensa los calificó de los Keystone Kops. Garrison fotocopió los artículos y los envió a la base. Este tipo de cosas aún soliviantaba más a los muchachos, pero para el público y los oficiales de Washington, tan preocupados por la forma en que se manipulaban las noticias en la CNN, el destacamento especial era, por el momento, un fracaso. Les asignaban lo que parecía ser una misión fácil, capturar al señor de la guerra, el prepotente somalí Mohamed Farrah Aidid o, si ello no era posible, desmontar su organización, pero tras seis semanas el éxito de la operación no se veía ni en pintura. La paciencia estaba disminuyendo y la presión por ver progresos era cada vez mayor.

Aquella mañana, en su despacho, Garrison le daba vueltas al asunto. Era como intentar darle a una bola de béisbol con los ojos vendados. Tenía un destacamento que podía lanzar sobre un edificio, cualquiera, de Mogadiscio sólo con avisarles con unos minutos de antelación. No eran unos cualesquiera, eran más rápidos, más fuertes, más inteligentes y más expertos que cualquier soldado del mundo.

No tenía más que indicar un edificio como blanco, y los chicos D se apoderarían de él tan rápidamente que los malos se verían atrapados antes de que el sonido de las granadas detonadoras y las cargas explosivas dejaran de resonar en sus oídos. Podían evacuarlos mediante camiones o helicópteros.

Los Keystone Kops eran un grupo de artistas del cine mudo que representaban la imagen estereotipada del guardia de aquellos tiempos, que se metía en mil situaciones del género vulgarmente denominado astracanada, antes de que la milicia del barrio tuviera tiempo para ponerse los pantalones. Los hombres de Garrison eran capaces de hacer todo eso y, además, filmar un vídeo en color de toda la operación con fines didácticos (y para presumir un poco en el Pentágono), pero resultaba imposible hacerlo si los espías que tenían en la ciudad no les proporcionaban la información adecuada.

Durante tres noches seguidas se habían preparado para atacar la casa donde se suponía iba a estar Aidid, o a punto de llegar (así se lo habían comunicado sus espías). Cada vez había sido una falsa alarma.

Garrison sabía desde el primer momento que el servicio de información iba a ser

un problema. El plan inicial consistía en que un espía somalí, intrépido e informado, el jefe de las operaciones locales de la CIA, le regalase a Aidid, poco después de que llegara el destacamento especial, un elegante bastón esculpido a mano. Dentro de la empuñadura del bastón se ocultaba una luz con cabeza buscadora. Parecía algo bastante seguro hasta que, el día que llegó Garrison al país, el teniente coronel Dave McKnight, su jefe del Estado Mayor, le informó de que su maravilloso cooperante se había pegado un tiro en la cabeza jugando a la ruleta rusa. Era un juego estúpido y machista del que participaban los tíos que habían vivido demasiado tiempo en la cuerda floja.

—No está muerto —le dijo MacKnight al general—, pero bastante jodido.

Cuando uno trabajaba con lugareños siempre surgían problemas. Pocas personas lo sabían mejor que Garrison, quien, con el pelo gris cortado al cero, uniforme de campaña, botas de combate, una pistola de 9mm. que llevaba en bandolera dentro de una pistolera, y el medio puro apagado perpetuamente en la comisura de los labios, era la viva imagen del macho militar estadounidense. Hacía tres décadas que Garrison vivía en la cuerda floja. De entre los principales oficiales del Ejército estadounidense, él era uno de los menos conocidos. Había dirigido operaciones secretas en todo el mundo: Asia, Oriente Próximo, África, Centroamérica, el Caribe. Y lo que tenían en común todas estas misiones era que requerían la colaboración de los nativos.

Necesitaban asimismo un bajo nivel de estupidez. El general era un cínico escéptico. Lo había visto casi todo y no esperaba mucho, salvo de sus hombres. Su tosca campechanía encajaba bien con un oficial cuya carrera no se había iniciado como graduado en la academia militar, sino como simple soldado raso. Sirvió dos veces en Vietnam, en parte ayudando a dirigir el tan denostado y brutal programa Fénix, que salió a la luz y acabó con los líderes del Viet Cong. Algo así bastaba para acabar con el idealismo de cualquiera. Garrison llegó a general sin valerse de las tácticas políticas más propias de la estrategia militar y que requería delicados eufemismos y una frecuente ofuscación. Era realista sin dobleces que evitaba la pompa y la ostentación de la vida militar de los altos mandos. Ser soldado era luchar. Era matar a los demás antes de que te mataran. Era abrirse camino mediante la fuerza y la astucia en un mundo peligroso, pasar las de Caín en la selva, vivir entre basura, en condiciones difíciles, soportar privaciones y riesgos que pueden, y así ocurre a veces, matarle a uno. Era un trabajo sucio. Lo cual no significa que no haya hombres que les guste, cuyo objetivo en la vida sea esto. Garrison era uno de éstos. Él aceptó su crueldad. No dudaría en decir: este hombre debe morir. Sin más. Había personas que debían morir. Así funcionaba el mundo real. Lo que más le gustaba a Garrison era un golpe bien realizado, y si las cosas no salían según lo previsto y había que espabilarse, entonces era hora de encontrar el oscuro placer de la contienda. ¿Por qué ser soldado si uno no podía disfrutar de un buen intercambio de tiros capaz de poner

los pelos de punta y hacerle saltar el corazón en el pecho? Que es precisamente lo que hacía que él fuese tan bueno.

No se tomaba demasiado en serio a sí mismo, lo que hacía que inspirase lealtad y afecto. Cuando contaba una historia, y el general era un gran narrador, lo hacía poniéndose en ridículo. Le encantaba explicar que hizo lo imposible para contratar un conjunto de rock (con 5.000 dólares de su propio bolsillo) para distraer a su tropa, inmovilizada durante meses en el desierto del Sinaí en una misión pacificadora y, después de todos los esfuerzos, llegó un soldado ingenuo y le informó alegremente de que el conjunto «perdía aceite». Él se pasó el cabo del cigarro al otro lado de la boca y esbozó una sonrisa avergonzada. Podía incluso bromear sobre su falta de ambición, una rareza en el Ejército. «Muchachos, si seguís haciendo tantas tonterías —se lamentaba ante su equipo ejecutivo—, ¿cómo voy a conseguir llegar a general?» En su carrera ascendente del Centro de Operaciones, había servido una temporada en la Fuerza Delta como comandante. Cuando, a mediados de los ochenta, llegó a Bragg recién ascendido a coronel, de buen principio su corte de pelo al cero inspiró recelo y desdén entre los chicos D, que lucían patillas, barba o bigote y el cabello sobre las orejas, como los civiles. Sin embargo, poco después de su llegada, les sacó de un buen apuro. Se descubrió que algunos de los supersoldados secretos de Norteamérica cargaban sus gastos de viajes secretos internacionales por partida doble, facturaban al Ejército y al Departamento de Estado. El escándalo habría podido acabar con la unidad, ya despreciada por los altos mandos convencionales. El nuevo coronel de la cabeza rapada podría haber ganado puntos y allanado el camino de su ascenso expresando ira y poniendo orden en el cuartel; por el contrario, Garrison puso en peligro su carrera, pues defendió a la unidad y limitó el castigo a los que más se habían aprovechado. Salvó el pellejo de un buen número de soldados, y los hombres no lo olvidaban. Con el tiempo, su despreocupado estilo a lo llanero solitario y su confianza natural contagió a toda la unidad. En su mayoría, eran muchachos procedentes del barrio suburbano de Nueva Jersey y que, tras unas semanas en la Fuerza Delta, usaban botas puntiagudas, mascaban tabaco y hablaban como los vaqueros.

Hacía seis semanas que Garrison vivía en el Centro de Operaciones, la mayor parte del tiempo en un pequeño despacho privado que daba a la sala de operaciones y donde podía estirar sus largas piernas, poner los pies sobre el escritorio y aislarse del ruido. Este era uno de los mayores problemas en una *actividad* como aquélla. Uno debía apartar las señales del ruido. No había nada del general en aquel espacio privado, ni fotos ni recuerdos. Era así como él vivía. Podía marcharse de aquel edificio sin previo aviso y no dejar atrás ninguna huella.

Se trataba de concluir el trabajo y desaparecer. Hasta entonces, la operación había requerido una dedicación completa. El general contaba con una caravana situada en la

parte posterior, adonde se retiraba a intervalos irregulares para robar unas cinco horas de sueño, pero normalmente acampaba en su puesto de mando, alerta, listo para la acción.

Un ejemplo de ello fue la noche anterior. Primero les informaron de que Aidid, a quien le habían asignado como nombre de guerra Oso Yogui, tenía previsto visitar al jeque Aden Adere en su propiedad situada en la parte alta del Mar Negro. Se lo había dicho a un espía del lugar un sirviente que trabajaba allí. Unas potentes cámaras enfocaban el lugar desde el Orion, aquel antiguo y achaparrado avión espía de la Marina propulsado por cuatro hélices que no dejaba de sobrevolar en círculo la ciudad, y los dos pequeños helicópteros de Garrison destinados a la observación despegaron. La tropa se pertrechó. Como el recinto de Aden Adere era uno de los blancos previstos en sus planes, el tiempo de preparación era cero. Pero no podían pasar a la acción, o Garrison no quería pasar a la acción, sin una información más precisa. El destacamento especial ya había pasado vergüenza demasiadas veces. Antes de lanzarse al asalto, Garrison quería que dos cooperantes somalíes entrasen en la finca y vieses a Aidid con sus propios ojos y que, acto seguido, colocaran unas luces estroboscópicas infrarrojas junto al edificio que debían asaltar. Los informantes lograron entrar en el recinto, pero salieron poco después sin haber cumplido la misión. Explicaron que había más guardias que de costumbre, tal vez cuarenta. Ellos insistían en que Aidid estaba en la finca, ¿por qué entonces los Rangers no se ponían en movimiento? Garrison pidió que uno de ellos regresara con las luces estroboscópicas, localizara al maldito Oso Yogui y marcara el condenado lugar. Fue entonces cuando los cooperantes confesaron que no podían volver a entrar. Era de noche, las nueve pasadas, y las puertas de acceso al recinto, como cada día a estas horas, estaban cerradas. Los guardias solicitaban una contraseña que los espías ignoraban.

Lo cual, tal vez, se debía sólo a la mala suerte. Garrison, aunque a regañadientes, anuló otra misión. Los pilotos y las tripulaciones volvieron a tierra con sus helicópteros y los soldados se despojaron del equipo y volvieron a sus catres.

Más tarde, llegó otro boletín. Los mismos espías somalíes decían que Aidid había abandonado el lugar en un convoy de tres automóviles con los faros apagados. Añadían que uno de ellos había seguido al *convoy* en dirección oeste, hacia el Hotel Olympic, pero que lo habían perdido cuando los vehículos doblaron al norte para dirigirse a la calle Zi de octubre. Parecía tener sentido, salvo que los dos OH-58 todavía permanecían en el mismo lugar, equipados con cámaras de visión nocturna que alumbraban la escena como una luna teñida de verde, ¡y ni ellos ni nadie que observara las pantallas en el Centro de Operaciones veían nada!

«Por todo ello, se ha producido cierta fatiga tanto entre [el grupo de espías locales] como en el destacamento especial», escribió a mano aquella mañana

Garrison sentado a su escritorio en el Centro de Operaciones, a fin de desahogar un poco la frustración que se había apoderado de él a lo largo de cuarenta y tres días. El informe iba dirigido al general de infantería Joseph Hoar, su comandante en el CENTCOM (Central de Mando estadounidense, ubicada en la base MacDill de las Fuerzas Aéreas en Tampa, Florida).

«Por regla general, [el grupo de espías locales] tiende a creer que un informe de segunda mano procedente de un particular que no es miembro del equipo debería bastar para ser considerado un servicio de información. No soy de la misma opinión. Asimismo, cuando un miembro del equipo [del grupo de espías locales] ofrece una información diferente de lo que observan nuestros helicópteros (que nosotros observamos en el Centro de Operaciones), por supuesto, inclino la decisión de atacar hacia lo que en realidad vemos, y no hacia lo que alguien nos cuenta. Hechos como el de ayer noche, en que el Equipo z aseguraba que Aidid acababa de abandonar el recinto en un convoy compuesto por tres vehículos, cuando sabemos que ningún automóvil salió de la propiedad, tienden a debilitar todavía más la confianza.»

Demasiadas llamadas supuestamente precisas y muchos fallos rayanos en el fracaso. Demasiado tiempo entre misiones. En seis semanas habían realizado seis ataques. Y varias de estas misiones no podían calificarse de éxitos sonados. Después de la primera incursión, en que arrestaron a nueve empleados de Naciones Unidas en Lig Ligato, en Washington se armó un buen revuelo. El presidente de los jefes del Estado Mayor, Colin Powell, dijo poco después: «No sabía dónde meterme». Estados Unidos se disculpó y los presos quedaron en libertad.

El 14 de septiembre, la tropa tomó por asalto lo que resultó ser la residencia del general somalí Ahmen Jilao, un aliado próximo de Naciones Unidas y el hombre que preparaban para dirigir las proyectadas fuerzas policiales somalíes. La tropa estaba impaciente y tenía ganas de atacar, cualquier cosa. Con esta predisposición de ánimo, no hicieron falta muchas excusas para lanzarse al ataque. Uno de los rangers creyó haber distinguido a Aidid en un convoy de automóviles fuera de la embajada italiana, se replegó la fuerza de asalto y arrestaron al muy asombrado general Jilao y a treinta y ocho hombres. Nuevas disculpas. Todos los «sospechosos» fueron puestos en libertad. Al día siguiente, en un cable donde se detallaba la debacle para los oficiales de Washington, el enviado estadounidense Robert Gosende escribió: «Tenemos entendido que hubo desperfectos en algunos edificios... Los implicados han pedido disculpas al general Jilao. No sabemos si la persona que se confundió por el general Aidid era el general Jilao. Resultaría difícil confundir a este último con Aidid. Jilao es treinta centímetros más alto que Aidid y de piel clara. Aidid es de complexión delgado y de marcados rasgos semitas. Jilao tiene sobrepeso y cara redonda... Nos preocupa que este episodio pueda llegar a oídos de la prensa».

No fue así en aquella ocasión, pero en los círculos oficiales el destacamento

especial volvía a parecerse a los Keystone Kops. Poco importaba que todas y cada una de estas misiones fueran difíciles y peligrosas en grado sumo, una obra maestra de coordinación y ejecución. Hasta el momento ningún hombre había sido gravemente herido. Poco importaba que su última incursión hubiera dado como resultado la captura de Osman Atto, el financiero de Aidid y miembro de su círculo íntimo. Washington estaba impaciente. El Congreso quería que los soldados estadounidenses estuvieran en casa, y la administración Clinton no quería tener a Aidid como líder en Somalia. Agosto había dado paso a septiembre y éste a octubre. A tenor de los deseos de Estados Unidos y del mundo, un día más era un día demasiado largo para que el señor de la guerra, de quien la embajadora de Naciones Unidas en Estados Unidos, Madeleine K. Albright, había dicho que era un «gángster», les siguiera fastidiando.

Aunque la cautela supusiera la pérdida de oportunidades, Garrison no podía permitirse otra metedura de pata. Sabía que sus superiores e incluso algunos hombres de su propio equipo pensaban que se mostraba demasiado indeciso a la hora de escoger las misiones. ¿Qué se podía esperar con un trabajo tan precario en el terreno?

«En principio, atacaremos si [un miembro del grupo de espías locales] informa que ha visto a Aidid o a sus lugartenientes, si las escenas de nuestro RECCE [reconocimiento] se aproximan a lo que se nos indica, y si el informe es lo bastante actual para ser puesto en práctica», escribió Garrison en este memorándum dirigido a Hoar. «No hay ningún sitio en Mogadiscio al que no podamos acceder y triunfar en un combate. Pero hay muchos lugares adonde podemos ir y hacer el ridículo.»

Y precisamente aquel día, como si fuera maná, se habían cumplido los rígidos criterios del general.

Cada domingo por la mañana, el clan Habr Gidr organizaba un mitin junto a la tribuna de autoridades en la vía Lenin, desde donde lanzaban insultos a Naciones Unidas y a sus mandados los estadounidenses. Uno de los principales oradores de aquella mañana era Omar Salad, el principal consejero político de Aidid. Como el clan todavía no había descubierto que los Rangers incluían en sus objetivos a los altos mandos de la banda de Aidid, Salad no intentaba esconderse.

Era una de las «Personalidades de Primera Fila» de Naciones Unidas. Cuando la manifestación se disolvió, los estadounidenses vieron desde arriba su Toyota Land Cruiser blanco y otros automóviles que se dirigían hacia el norte, al mercado Bakara. Observaron que Salad entraba en una casa situada a una manzana al norte del Hotel Olympic. Hacia las 13:30, un espía somalí confirmó por radio que Salad iba a reunirse con Abdi «Qeybdiid» Hassan Awale, el, aparentemente, ministro del Interior de Aidid. ¡Dos blancos de primera! Era posible que Aidid estuviera también allí pero, como siempre, nadie lo había visto con sus propios ojos.

En lo alto del cielo, el Orion dirigió las cámaras al barrio mar Negro y los

helicópteros de observación despegaron. Se situaron sobre el barrio para observar la calle. Las pantallas de televisión del Centro de Operaciones mostraban gente y vehículos deambulando por las calles, una típica tarde de fin de semana en el mercado.

A fin de marcar el lugar exacto donde se reunían Salad y Qeybdid, ordenaron a un cooperante somalí que se dirigiese con su coche, un pequeño sedán plateado con rayas rojas en las puertas, hasta el hotel, que bajase, levantase el capó e inspeccionara el interior como si hubiera sufrido una avería. De esta forma, las cámaras de los helicópteros podrían localizarlo. Acto seguido, debía continuar en el automóvil dirección norte y detenerse delante de la casa donde se hallaban los líderes del clan. El informante hizo lo ordenado, pero se quedó tan poco tiempo con el capó abierto, que los helicópteros no pudieron localizarlo.

Le pidieron que repitiera la operación. Esa vez, debía dirigirse al edificio en cuestión, bajar y levantar el capó. Garrison y sus hombres veían desarrollarse esta representación en sus pantallas. Cuando el cooperante hizo su aparición en las imágenes dirigiéndose al norte por la avenida Hawlwadig, las cámaras de los helicópteros proporcionaron una clara visión a color de la abigarrada escena.

El coche se detuvo delante de un edificio junto al hotel. El informante bajó y levantó el capó. No había lugar a confusión.

Fue corriendo la voz por la base y los Rangers y los Delta empezaron a equiparse. Los jefes de la Fuerza Delta se reunieron para planear el ataque, utilizaron mapas hechos con fotos instantáneas procedentes de los aviones de observación para decidir la forma en que iban a tomar el edificio por asalto, y dónde iban a situarse las posiciones de bloqueo de los Rangers. Se entregaron copias del plan a todos los jefes de las escuadras y se volvieron a verificar los helicópteros. Sin embargo, cuando Garrison se preparaba para asaltar, todo quedó en suspenso.

El cooperante se había detenido lejos del blanco. Estaba en la calle adecuada, pero se asustó. Se puso nervioso ante la idea de acercarse demasiado a la casa en cuestión, así que se detuvo en la misma calle pero unas casas más abajo y levantó el capó. A pesar de las escrupulosas precauciones de Garrison, poco le faltó al destacamento especial para lanzar un ataque a una vivienda equivocada.

Los comandantes se apresuraron a volver al Centro de Operaciones para reagruparse. Se le ordenó al informante, que llevaba un transmisor-receptor sujeto a la pierna, que rodeara la manzana y que, en esta ocasión, se detuviera de una vez por todas delante del objetivo, ¡maldita sea! Vieron en las pantallas que el vehículo volvía a subir la avenida Hawlwadig. En esta ocasión pasó por delante del Hotel Olympic y se detuvo a una manzana al norte, en el otro lado de la calle. Se trataba de la misma casa donde los helicópteros de observación habían visto entrar a Salad un rato antes.

Eran las tres de la tarde. Los hombres de Garrison informaron al general Thomas

Montgomery, segundo al mando de todas las tropas de Naciones Unidas en Somalia (y comandante directo de la Fuerza de Reacción de la 10.^a División de Montaña), de que estaban a punto de lanzarse al ataque. A continuación, Garrison trató de obtener la confirmación de que no había en las inmediaciones ni personal de Naciones Unidas ni organizaciones benéficas (Organizaciones No Gubernamentales, u ONG); una precaución establecida tras los arrestos de los empleados de Naciones Unidas en la incursión a Lig Ligato. Se ordenó a las aeronaves que salieran del espacio aéreo sobre el blanco. Se les dijo a los comandantes de la 10.^a División de Montaña que mantuvieran una compañía preparada y en alerta. Las fuerzas de información empezaron a embrollar los transmisores y los teléfonos móviles (en Mogadiscio no había un sistema de telefonía regular).

El general decidió en el último momento cargar cohetes en los Little Birds. El teniente Jim Lechner, oficial artillero de la compañía Ranger, había insistido para que así fuera. Lechner sabía que si las cosas se ponían mal en tierra, disfrutaría con la intervención de aquellos cohetes —las dos ranuras que había en los AH-6 portaban cada una seis misiles—. Durante la rápida asamblea de planificación, Lechner volvió a preguntar: —¿Vamos hoy a llevar cohetes? —Roger —le contestó Garrison.

Alí Hassan Mohamed corrió a la entrada de la tienda de su padre, una hamburguesería y confitería, cuando los helicópteros descendieron y se inició el tiroteo. Era un estudiante alto y delgado con pómulos prominentes y rala barba de chivo. Estudiaba inglés y empresariales por las mañanas y por las tardes trabajaba en la tienda, situada junto al Hotel Olympic, en la parte de arriba. La puerta principal estaba en diagonal con respecto a la casa de Hobdurahman Yusef Galle, al otro lado de la avenida Hawlwadig, donde parecía que estaban atacando los Rangers.

Alí miró hacia fuera y vio a soldados estadounidenses deslizándose por cuerdas y llegar a la calle que daba a la avenida Hawlwadig. El comercio estaba en la esquina de esa calle y la entrada a la vivienda familiar se hallaba en ella. Los estadounidenses disparaban apenas tocaban tierra a todo lo que se les ponía por delante. También había somalíes disparándoles. Alí sabía que aquellos soldados no eran como los que les llevaban comida. Éstos eran Rangers. Hombres crueles que llevaban equipos de protección corporal, se sujetaban las armas al pecho y, cuando caía la noche, se pintaban los rostros para tener un aspecto fiero. Avenida arriba, a unas dos manzanas a su izquierda, había otro grupo de Rangers en plena batalla campal. Dos de ellos sacaban de la calle a un tercero que parecía haber muerto.

Los rangers del otro lado de la calle entraron en un patio interior y fueron recibidos a balazos. A continuación, descendió un helicóptero y lanzó ráfagas de fuego desde un arma situada en un lateral que pulverizó la parte de la calle donde él se hallaba. Al hermano pequeño de Alí, Abdulahi Hassan Mohamed, le empezó a salir sangre a borbotones de la cabeza y cayó muerto junto a la puerta de su casa. Abdulahi tenía quince años. Alí lo vio todo. Los soldados salieron corriendo del patio y cruzaron Hawlwadig en dirección a la vivienda de Hobdurahman Yusef Galle, donde se hallaba el resto de soldados.

Alí echó a correr. Se detuvo para ver a su hermano, quien tenía la cabeza rota, abierta como un melón. Acto seguido corrió de nuevo tan rápido como pudo. Fue por la izquierda, calle abajo, para alejarse de los rangers y de la casa que estaban atacando. Al final de la sucia callejuela, dobló de nuevo a la izquierda y corrió por detrás del Hotel Olympic. Las calles estaban atestadas de mujeres y niños que gritaban. La muchedumbre corría en todas direcciones, sorteando personas y animales muertos. Algunos de los que corrían iban hacia el combate y otros se alejaban de él. Había quien no sabía qué camino tomar. Una mujer corría desnuda agitando los brazos y gritando. Arriba, el estrépito de los helicópteros y, alrededor, las detonaciones secas de los disparos.

En las calles, los milicianos de Aidid, gritaban a través de megáfonos:

—*Kasoobaxa guryaha oo iska celsa cadowga!* (¡Salid y defended vuestras

casas!)

Alí no era un combatiente. Había pistoleros, a quienes llamaban *mooryan*, que vivían para conseguir arroz y *khat* y formaban parte de ejércitos privados pertenecientes a hombres ricos. Alí no era más que un estudiante y, a ratos, un tendero que se unía a la milicia del barrio para proteger sus tiendas de los *mooryan*. Pero aquellos rangers estaban invadiendo su tierra y acababan de matar a su hermano. Corrió con rabia y terror por detrás del hotel y, después de doblar otra vez a la izquierda, volvió a la avenida Hawlwadig y se encaminó a casa de su amigo Ahmed, donde tenía escondida su AK-47. Una vez recuperada el arma, se reunió con algunos de sus compañeros. En medio de todo aquel caos, volvieron corriendo a la parte trasera del Hotel Olympic. Cuando llegaron, Alí les contó lo de su hermano y los llevó hasta su tienda-vivienda, decidido a exigir venganza.

Escondidos detrás de un muro en la parte posterior del hotel, dispararon sus primeros tiros a los rangers apostados en la esquina. Seguidamente, agazapándose tras automóviles y casas, se encaminaron a la parte norte. Alí saltaba al frente y disparaba contra los rangers, y corría para ponerse de nuevo a cubierto. Uno de sus amigos lo imitó. A ratos, no hacían otra cosa que sacar los cañones de las armas por la esquina y disparar sin mirar. Ninguno de ellos era un soldado experto.

Los Rangers eran mejores tiradores. El amigo de Alí, Adán Warsawe, dio un paso al frente para disparar y fue alcanzado en el estómago por una bala ranger que le obligó a desplomarse boca arriba. Alí y otro amigo se arriesgaron a recibir una bala por arrastrar a Adán hasta un lugar a cubierto. El proyectil le había agujereado las tripas y la herida se abría paso hacia la espalda, de donde brotaba un chorro de sangre que se extendía por el suelo sucio. Lo arrastraron y dejaron tras de sí un reguero de sangre en la calle. Adán parecía vivo y muerto a la vez, como si estuviera en algún lugar intermedio.

Alí dejó a Adán con dos amigos y se dirigió a la calle siguiente. Su intención era disparar a un ranger o morir en el intento. ¿Por qué hacían aquello? ¿Quiénes eran esos estadounidenses que llegaban y sembraban de balas y muerte su barrio?

Tras la incursión en el almacén que daba a la avenida Hawlwadig, el sargento Paul Howe y tres hombres de su equipo Delta doblaron la esquina y entraron en el recinto objetivo por la puerta sur del patio. Eran las últimas fuerzas de asalto que penetraban en la casa. Un equipo dirigido por Matt Rierson, compañero de Howe, había acorralado a veinticuatro somalíes en el primer piso, entre ellos dos trofeos: Omar Salad y Mohamed Hassan Awale, el portavoz en jefe de Aidid (no Abdi «Qeybdiid» Hassan Awale, sino un líder del clan de igual estatura).

Estaban postrados boca abajo y se mostraban sumisos; el equipo de Rierson les puso unas esposas de plástico en las muñecas.

Howe le preguntó al sargento Mike Foreman si alguien había subido al piso de arriba.

—Todavía no —contestó Foreman.

Así que Howe se llevó a cuatro hombres al segundo piso.

Se trataba de una vivienda amplia construida según los criterios somalíes, paredes enjalbegadas con ladrillos de cenizas y ventanas sin cristales. Cuando llegaron al último escalón, Howe dijo a uno de sus hombres que arrojase una granada detonante a la primera estancia. Explotó y los soldados irrumpieron de la forma en que habían sido adiestrados, cubriendo cada hombre una trayectoria diferente de fuego. No encontraron más que un colchón en el suelo. Estaban examinando la habitación cuando una descarga de ametralladora acribilló el techo y las paredes, y casi rozó la cabeza de uno de los soldados de Howe. Se echaron cuerpo a tierra. Los disparos llegaban de la ventana sureste y procedían de la posición Ranger de bloqueo apostada bajo la ventana. No había duda de que uno de los soldados más jóvenes había visto desde fuera a alguien que se movía en el ventanal y disparaba. Algunos de esos chicos no sabían muy bien qué edificio era el blanco.

Era lo que había temido. Los Rangers habían defraudado a Howe. ¿No se suponía que era el cuerpo de Infantería número uno del Ejército? A pesar de todo el bombo que se daban y de la gilipollez del *Hoo-ah*, sabía que los más jóvenes no estaban bien entrenados y en combate eran un peligro en potencia. ¡Algunos acababan de salir del instituto! Tenía la impresión de que, durante la instrucción, estiraban el cuello para mirarlo a él y a sus hombres en lugar de prestar atención a su propia, y muy valiosa, parte del trabajo.

Y aquella tarea exigía más. Exigía todo lo que uno tenía, y más... porque a menudo el precio del fracaso era la muerte. Por eso les gustaba tanto a él como a sus chicos D. Eran lo que los diferenciaba de los otros hombres. La guerra era fea y mala, no había duda, pero así funcionaban las cosas en el planeta. Los estados civilizados utilizaban métodos no violentos para resolver las diferencias, pero ello dependía de la

voluntad de los implicados para ceder. Allí, en el menos civilizado Tercer Mundo, no habían aprendido a ceder, por lo menos hasta que se derramaba mucha sangre. La victoria era para quienes estaban dispuestos a luchar y morir. Los intelectuales podían teorizar y escribir hasta quedarse sin pulgares, pero en el mundo real, el poder fluía del cañón de un arma. Si se quería que las masas famélicas de Somalia pudiesen ser alimentadas, había que deshacerse de hombres como Aidid, quienes se servían del hambre para vencer. Se podía mandar al lugar personas bienintencionadas de gran corazón, se podía rezar y cantar sensibleras canciones cogidos de la mano, e invocar a los grandes dioses CNN y BBC, pero el único medio para abrirse camino hasta los recién nacidos de grandes ojos, era hacer acto de presencia con más armas. Y, en este mundo real, nadie tenía más o mejores armas que Estados Unidos. Si debían prevalecer los ideales bienintencionados de la humanidad, hacían falta hombres capaces de llevarlos a la práctica. Los hombres Delta.

Operaban estrictamente en secreto. El Ejército ni siquiera pronunciaba la palabra «Delta». Cuando había que referirse a ellos, eran los «operadores» o «Los Temibles D». Los Rangers, que los veneraban, los llamaban los chicos D. La discreción, o por lo menos la práctica de la misma, era capital para sus objetivos. Permitía que los soñadores y los políticos dispusieran de los dos métodos. Podían permanecer en escena mientras entre bastidores se hacía el trabajo sucio. Si algún terrorista del Tercer Mundo o un señor colombiano de la droga debía morir, y de pronto resultaba que moría, ¡qué feliz coincidencia! Los oscuros soldados volverían a sumirse en las sombras. Si se les preguntaba cómo lo hacían, no lo decían. Ni siquiera existían, ¿comprenden? Eran nobles, silenciosos e... invisibles. Hacían el trabajo más importante de Norteamérica, y sin embargo rehuían el reconocimiento, la fama y la fortuna. Eran los caballeros modernos, los auténticos.

Howe no se esforzaba mucho por ocultar el desprecio que sentía por las órdenes inferiores de soldados, lo cual más o menos incluía a todo el Ejército regular de Estados Unidos. El y los demás operadores vivían como civiles y, aunque era habitual verlos en Fort Bragg, eso es lo que decían ser cuando se les preguntaba. Uno trababa conocimiento con un muchacho que mataba el tiempo por los bares de Bragg, tenía el rostro muy bronceado, los bíceps desarrollados, cuello ancho de boxeador, llevaba un reloj Casio gigante y mascaba tabaco, pero contaba que era programador informático y que trabajaba para una agencia contratada por el Ejército. Se llamaban por sus apodos y evitaban los saludos así como los demás ritos de la vida militar. En la Fuerza Delta, los oficiales y los suboficiales se trataban como iguales. Un punto común a toda la unidad era el desdén por las manifestaciones habituales propias de la posición social del Ejército. Ellos estaban por encima de los rangos, así de simple. Llevaban el cabello más largo que los regulares. En algunas misiones debían pasar por civiles y era más fácil si el corte era normal, pero suponía también un orgullo

para ellos, una de sus ventajas. Un hombre de la unidad con aptitudes artísticas había hecho un dibujo que mostraba al típico chico D vestido para el combate con un objeto dentro de la pistolera, pero no una pistola, sino un secador de pelo. Cada año tenían que posar para un retrato destinado al Ejército oficial, y para ello debían cortarse el pelo al estilo de los Rangers. Lo detestaban. Tenían que ponerse de acuerdo antes del viaje a fin de armonizar mejor con los *Hoo-ahs*, y los cortes de pelo se añadían a lo que ya tenían que aguantar; tenían los lados de la cabeza y los cogotes tan blancos como la barriga de una rana. Eso les permitía un cierto grado de libertad personal y de iniciativa, algo insólito en el Ejército, sobre todo en combate. El precio de todo esto, por supuesto, era que vivían en peligro y se esperaba de ellos que hicieran lo que no podían llevar a cabo los soldados regulares.

Pocas eran las cosas que impresionaban a Howe del Ejército regular. Tanto él como otros de su unidad se habían quejado al capitán Steele, el comandante ranger, sobre la disposición de sus hombres. No habían conseguido nada. Steele tenía su propia forma de hacer las cosas, y ese era el método tradicional del Ejército. A Howe le parecía que el capitán, un fornido *lineman* que iba siempre de punta en blanco y que había formado parte del equipo de fútbol americano en la Universidad de Georgia, era un bufón arrogante e ineficaz. Howe había sido alumno de la escuela Ranger y conseguido la charretera correspondiente, pero no tardó en saltar por encima de los Rangers en cuanto se cualificó para la Fuerza Delta. Desdeñaba a los Rangers porque creía firmemente que lo que formaba buenos soldados era la instrucción peldaño a peldaño y no la estúpida actitud machista que personificaba el conjunto del espíritu *Hoo-ah*. De los ciento veinte hombres de su promoción (ciento veinte soldados excepcionales y muy motivados) que intentaron ingresar en la Fuerza Delta, sólo trece superaron la selección y el entrenamiento. Howe tenía la constitución propia de un comprometido practicante de culturismo, y una cabeza sutil, viva y analítica. Muchos rangers lo consideraban espeluznante. El desprecio que sentían por sus métodos estropeaba las relaciones entre las dos unidades en la base.

Y las aprensiones de Howe con respecto a las tropas más jóvenes de apoyo se habían confirmado. ¡Estaban disparando a sus propios hombres! Junto con sus soldados, abandonó la estancia y subieron para despejar la azotea que coronaba la parte frontal de la casa. La rodeaba una pared de cemento de unos sesenta centímetros de alto con decorativos listones verticales. Cuando los hombres Delta se desplegaron en abanico a la luz del sol, vieron que, de otra azotea situada una manzana al norte, estallaba la pequeña bola de fuego naranja procedente de un AK-47. Conforme se agazapaban detrás del pequeño muro para ponerse a cubierto, dos hombres de Howe abrieron fuego.

A continuación, estalló otra ronda de ráfagas de ametralladora. En el perímetro del muro había rendijas de medio centímetro de ancho. Howe y sus hombres se

pusieron en cuclillas y rezaron para que una ráfaga no pasara por un hueco o rebotara en la casa. Eran varias ráfagas. Deducían por el sonido y el impacto que los disparos salían de una M-249, o SAW (arma automática para pelotones), y en esta ocasión de la posición de bloqueo Ranger al noreste. Los Rangers se hallaban en pleno fuego cruzado, pues como estaban sobreexcitados y asustados, cuando vieron a los hombres armados, abrieron fuego. Howe estaba furioso.

Llamó por radio al capitán Scott Miller, el comandante Delta sobre el terreno que estaba abajo en el patio. Le dijo que conectara con Steele de inmediato y le ordenara que sus hombres dejaran de disparar a los suyos.

6

El soldado raso John Stebbins echó a correr en cuanto sus pies pisaron el suelo. Antes de subir a bordo del helicóptero, el capitán Steele le había tocado en el hombro.

—Stebbins, ¿conoces las reglas para la comunicación?

—Sí, Roger, señor. Las conozco.

—Vale. Yo bajaré por la cuerda detrás de ti, así que será mejor que te apartes.

Stebbins se había pasado todo el vuelo atormentado ante la perspectiva de que el fornido capitán, cargado hasta los dientes de artefactos bélicos, pudiera caerle sobre el casco. Después de bajar por la cuerda, se apartó tan deprisa de la base que tropezó con el artillero del M-60 en la Escuadra Uno, y los dos cayeron al suelo. Stebbins tardó en levantarse, mientras el polvo se desvanecía, y distinguió al resto de su equipo junto a un muro a su derecha.

Estaba asustado. No podía sacarse de encima la sensación de que aquello era demasiado bueno para ser verdad. Él, un veterano en la compañía Ranger a la edad de veintiocho años, que se había pasado los últimos cuatro años de su vida intentando ir al combate, hacer algo interesante o trascendental, y de repente, sin saber muy bien cómo, después de una increíble sucesión de súplicas, halagos y una suerte monstruosa, estaba de verdad librando un combate. ¡Él, el bajo pero corpulento Johnny Stebbins, el encargado de hacer el café y el papeleo en el cuarto de instrucción de la compañía, en la guerra!

Su viaje hasta aquella callejuela trasera de Mogadiscio empezó en una panadería de su ciudad natal, Itaca, estado de Nueva York. Stebbins era un muchacho bajito y rechoncho, tenía los ojos color azul pálido, cabello rubio y una piel tan blanca y pecosa que jamás adquiriría siquiera la más mínima sombra oscura cuando se exponía al sol. Allí, en Mogadiscio, lo único que había conseguido era quemarse y que su piel adquiriera una tonalidad rosa fuerte. Había ido a la Universidad de San Buenaventura, donde se había especializado en comunicaciones con la esperanza de trabajar como periodista radiofónico, lo que en realidad hizo por salarios irrisorios en varias emisoras locales del aquel estado septentrional de Nueva York. Cuando en la panadería le ofrecieron el puesto de panadero mayor, el jornal le bastó para echar por tierra su carrera radiofónica. Y empezó a hacer pan y a soñar con aventuras. Aquellos anuncios de «Sé todo lo que puedas ser» que se emitían durante los partidos de fútbol americano le llegaron al alma. Stebbins fue a la universidad gracias a una beca ROTC (Cuerpo de Adiestramiento para Oficiales de Reserva), pero había tantos alféreces en el Ejército cuando él acabó que no le pudieron destinar al servicio activo. Cuando estalló la Tormenta del Desierto en 1990, para colmo de su mala suerte, el contrato que tenía como guardia nacional había vencido. Empezó a buscar una forma de salir del horno y entrar en la guerra. Se inscribió en tres listas de voluntarios para el

servicio en el Golfo y no le contestaron. Se casó, su mujer tuvo un niño y el jornal en la panadería dejó de cubrir los gastos. Lo que necesitaba era un plan de asistencia médica. Esto, y un poco de acción. El Ejército ofrecía las dos cosas. Por consiguiente, se alistó como soldado raso.

—¿Qué quieres hacer en el Ejército? —le preguntó el encargado de reclutamiento.

—Quiero saltar de aviones, disparar y comprar en el economato militar.

Le enviaron de nuevo a realizar la instrucción básica (ya había realizado el programa ROTC). Tuvo que llevar a cabo el RIP (Programa de Adoctrinamiento Ranger) dos veces porque se lesionó en uno de los saltos y tuvo que reciclarse de nuevo. Cuando obtuvo el título se imaginó que se iba a pasar la vida saltando, entrenando, descendiendo de los helicópteros por una cuerda junto con los otros chicos más jóvenes, salvo que alguien de más arriba observó que en su ficha personal aparecía un título universitario y, todavía mejor, conocimientos de mecanografía. Fue destinado a un escritorio en el centro de instrucción de la Compañía Bravo. Stebbins se convirtió en el secretario de la compañía.

Le dijeron que iba a ser sólo durante seis meses. Permaneció allí dos años. Llegó a ser conocido como un buen ranger del «centro de instrucción», y llegó a caer en todas las tentaciones propias del trabajo de oficina. Mientras los otros rangers fuera del campamento escalaban montañas, saltaban de los aviones y trataban de batir récords mediante marchas forzadas a través de densos espacios, el viejo Stebby estaba sentado detrás de un escritorio, fumaba un cigarrillo tras otro, comía rosquillas y engullía café. Era el bebedor de café más ávido de la compañía. Los demás solían gastarle bromas: «¡Uy sí, el especialista Stebbins, el que arrojará café al enemigo!». Ja, ja. Cuando la compañía fue destinada a Somalia, a nadie le sorprendió que el viejo Stebby fuera uno de los que se quedaron en Fort Benning.

—Quiero que sepas que no se trata de nada personal —le dijo el sargento a pesar de que no había forma de disfrazar el insulto implícito—. Pero no podemos llevarte, eso es todo. El número de plazas en el avión es limitado y, además, te necesitamos aquí.

¿Cómo podía haber afirmado de forma más clara que, cuando se trataba de la guerra, Stebbins era el último mono de la compañía Ranger?

Fue de nuevo exactamente lo mismo que con la Tormenta del Desierto. Alguien de arriba no quería que John Stebbins fuera a la guerra. Ayudó a sus amigos a hacer el equipaje y, cuando al día siguiente se informó de que el cuerpo había llegado a Mogadiscio, se sintió todavía más abandonado que cuando, dos años antes, miraba por la noche en la CNN las últimas noticias sobre el Golfo. Por lo menos no estaba solo. Al sargento Scott Galentine también lo habían dejado atrás. Durante algunos días, anduvieron por ahí abatidos. Entonces llegó un fax de Somalia.

«Stebby, será mejor que prepares tus bártulos —le decía el comandante—. Te vas a la guerra.»

Galentine recibió el mismo mensaje. Un par de rangers habían sido heridos, aunque leves, en un ataque con morteros y debían ser reemplazados.

Camino del aeropuerto, Stebbins pasó por casa para despedirse de su esposa. Se produjo la escena de lágrimas que tanto había esperado. Cuando llegó al aeropuerto, le dijeron que se podía ir a casa, no marcharían hasta el día siguiente. Media hora después de la emotiva despedida, el señor y la señora Stebbins estaban juntos de nuevo. Él se pasó la noche temiendo que una llamada telefónica anulara la orden.

Pero esto no sucedió. Al cabo de un día, él y Galentine estaban en la base de Mogadiscio. En honor a su llegada, les ordenaron que hicieran cincuenta flexiones, un recibimiento ritual cuando se entraba en zona de combate. Stebby estaba que no cabía en sí de gozo. ¡Lo había conseguido!

Como no había suficientes chalecos Kevlar (los chalecos antibalas de los Rangers), le dieron uno de los grandes y voluminosos chalecos negros que llevaban los chicos D. Cuando se lo puso se sintió como una tortuga. Le advirtieron que no traspasara la valla sin su arma. Sus compañeros le pusieron al día sobre el tinglado. Le dijeron que no hiciera explotar los morteros. Los *sammies* rara vez aciertan. Habían estado en cinco operaciones hasta la fecha y siempre había sido pan comido. «Vamos muchos, —le explicaron—, nos movemos deprisa, los helicópteros ahuyentan a todo el mundo de la escena, dejamos que los chicos D entren y hagan su trabajo. Todo lo que hacemos es proporcionar seguridad.» Le dijeron que tuviera cuidado con los somalíes que se escondían detrás de las mujeres y los niños. Las piedras eran un peligro. Stebbins estaba nervioso y excitado.

Y entonces le dieron la noticia. Estaban contentos de que él estuviera allí y todo eso, pero de hecho no iba a salir con los demás muchachos en las misiones. Su trabajo iba a consistir en permanecer en la base y montar guardia. *Mantener la seguridad del perímetro*. Era esencial. Alguien tenía que hacerlo.

¿Quién sino él?

Stebbins desahogó la ira que sentía por el mundo con una especie de huelga de celo. Se tomó el trabajo de vigilante tan en serio como pudo. Era más pesado que el plomo. Registraba a todos y cada uno de los somalíes de la cabeza a los pies, a la entrada y a la salida. Registraba cada camión, cada carro, trepaba a los vehículos y hacía levantar el capó. Le molestaba no poder encontrar un medio de registrar los grandes tanques de los camiones cisterna. Intel había dicho que los *skinnies* introducían de contrabando armas pesadas a través de la frontera con Etiopía. Les decían que los etíopes comprobaban todos los camiones. Stebbins dudaba que registraran los camiones cisterna. Cabían muchísimas granadas propulsadas por cohetes (RPG) en la parte trasera de uno de esos trastos.

Consiguió mediante artimañas entrar en los helicópteros para los vuelos de pruebas; se sujetaba fuerte la correa del casco conforme se empinaban a baja altura y deprisa sobre la ciudad, y disfrutaba como un niño en una feria el día de Carnaval. Se imaginaba que esto era toda la acción que iba a conseguir... y comparado con servir el café en el centro de instrucción allí en Benning, no estaba mal.

Y, aquella mañana, cuando apareció el ordenanza del Centro de Operaciones y gritó «¡Preparaos!», entró también uno de los jefes del pelotón con noticias frescas.

—Stebbins, el soldado Sizemore tiene un codo infectado. Acaba de llegar del consultorio del médico. Vas a reemplazarlo.

Iba a ser el ayudante del artillero 60, el soldado de primera clase Brian Heard. Stebbins recorrió a toda prisa la base y negoció el cambio de su voluminoso chaleco en forma de caparazón de tortuga por uno de Kevlar. Se guardó munición extra en las cartucheras y reunió algunas granadas de fragmentación. Después de observar a los muchachos más expertos, dejó la cantimplora, pues sólo iban a estar fuera un par de horas, y embutió en la cartuchera todavía más cargadores M-16. Se hizo con un cinturón que contenía trescientas ráfagas de munición M-60, y forcejeó en un intento de introducir más en la riñonera, donde guardaba las gafas y los guantes que necesitaba para deslizarse por la cuerda. Desistió. Iba a necesitar un sitio donde meterlos cuando se los quitara. Trataba de pensar en todo. Intentaba mantener la calma. ¡Pero maldita sea, era tan excitante!

—Háblame, Steb. ¿Cómo estás? ¿En qué piensas? —dijo el sargento Ken Boorn.

Este último tenía su catre junto al de Stebbins y se dio cuenta de que su amigo estaba demasiado nervioso. Le dijo que se relajase. Que no se obsesionase. Su trabajo consistía en cubrir el sector que le adjudicasen y apuntar con su rifle, y proporcionar municiones a los artilleros 60 cuando lo necesitaran. Seguramente ni siquiera les haría falta.

—Vale, está bien —dijo Stebbins.

Antes de dirigirse al Black Hawk, Stebbins se detuvo junto a la puerta principal de la base para fumar el último cigarrillo e intentar controlar los nervios. Por fin había llegado el momento que durante tanto tiempo había aguardado. Sabía que aquella zona de la ciudad era peligrosa. Cabía la posibilidad de que fuera la misión más arriesgada hasta la fecha ¡y era la primera para él! Tenía la misma sensación en el estómago que cuando estaba a punto de saltar por primera vez en la escuela de aviación. «Voy a pasar por esta experiencia —se dijo para sus adentros—. Voy a morir». Uno de los chicos D le dijo:

—Mira, durante los diez primeros minutos vas a estar acojonado. Y después, estarás deseando que ellos tengan pelotas para atreverse a dispararte.

Stebbins había oído lo que se contaba sobre las misiones anteriores, que los somalíes eran unos adversarios que disparaban y echaban a correr... No había forma

de que se involucrasen en un combate de verdad. Durante los vuelos de pruebas, jamás habían visto armas grandes. Aquello iba a ser una especie de reyerta urbana con armas cortas. «Estoy rodeado de tipos que saben lo que se llevan entre manos. No me pasará nada».

Mientras saltaba a tierra frente al objetivo y escuchaba disparos en la lejanía, supo que había llegado la hora de la verdad. Se apartó del artillero de la 60 y corrió hasta el muro. Tenía asignada una esquina que daba al sur y desde la cual debía cubrir una callejuela que parecía vacía. Era un estrecho y sucio pasaje, apenas lo bastante ancho para que pasara un vehículo, y formaba un declive hacia el centro que partía de unos muros de piedra enfangados hasta un bordillo central. Como era habitual, no faltaban los escombros ni el metal oxidado por todas partes, junto con esto, matas de cactus. Escuchó a su alrededor algún que otro ruido seco aislado y dedujo que era el tableteo producido por disparos a un par de manzanas, aunque el sonido se oyera más cercano. O tal vez el aire le jugaba una mala pasada. También oyó un ruido peculiar, un *tchiu... tchiu... tchiu...* y comprendió que se trataba de ráfagas que pasaban silbando calle abajo. ¿Y aquel sonido seco? Eran balas que volaban tan cerca que podía oír su zumbido.

Calle arriba de donde se hallaba Stebbins, el capitán Steele distinguió lo que probablemente era la fuente de las ráfagas que cruzaban su posición. Había un francotirador a una manzana al oeste en la azotea del Hotel Olympic, el edificio más alto de la zona.

—¡Smith! —ordenó Steele.

El cabo Jamie Smith llegó corriendo. Era el mejor tirador de la escuadra. Steele señaló al tirador de arriba y le dio a Smith una palmada de ánimo en el hombro. Los dos hombres apuntaron. El blanco estaba a una distancia que requería un disparo largo, casi ciento cincuenta metros. No pudieron ver si le habían alcanzado pero, después de sus disparos, no volvieron a ver al somalí en la azotea.

En el otro extremo del callejón, escondidos detrás de la carrocería volcada de un coche incendiado, se agazapaban los sargentos Mike Goodale y Aaron Williamson. Sus armas estaban apoyadas en el esqueleto de aquél, inclinado hacia el centro de la calle. Las callejuelas disponían de arceles arenosos y abruptos en el centro y, en los lados, los muros de piedra de los patios interiores o casitas también de piedra. Había árboles de pequeño tamaño detrás de alguno de los muros y, al norte, la estructura cuadrada del edificio objetivo del asalto por detrás —que, en esa parte, contaba con tres pisos—. La gruesa cuerda por la que descendieron aparecía cuan larga era en medio de la calle. La tierra del suelo, que manchaba los muros y daba al aire de baja altura un tinte oxidado, era de color naranja. A Goodale le llegaba el olor y el sabor del polvo mezclado con el de la pólvora de las armas. Escuchaba los disparos al otro lado de la manzana, pero su rincón aún estaba bastante tranquilo.

Goodale nunca añoraba por su casa, pero, allí, en cuclillas, se preguntó cómo había llegado hasta allí. Antes de marcharse a Somalia, se había prometido con una chica, Kira, que conoció en su primer y catastrófico año en la Universidad de Iowa. Los dos escaparon de Pekin, Illinois, para matricularse en una de las mejores universidades del Medio Oeste, pero no tardaron en salir de allí, sin título pero dispuestos a enderezar sus vidas. Para Mike supuso alistarse en el Ejército; para Kira, encontrar un empleo de bajo nivel en una agencia de publicidad. Se veían con frecuencia cuando él estaba en Benning, pero como los Rangers fueron a Texas para recibir instrucción antes de desplegarse en Somalia, hacía más de dos meses que no se veían, desde que decidieron unir sus vidas. Hasta el día anterior no había tenido ocasión de llamarla desde que se marcharon de Fort Benning, y le había salido el contestador automático. Podría telefonarla de nuevo a la noche, y le había dejado el mensaje de que estuviera pendiente de su llamada.

«Kira, te quiero tanto que me hace daño —escribió aquella mañana—. Me resisto a telefonarte de nuevo porque sé que te echaré de menos todavía más. Por otra parte, me muero de ganas de oír tu voz.»

Un somalí que se hallaba a menos de cien metros calle abajo a su izquierda asomó la cabeza detrás de un muro y disparó una ráfaga con una AK-47. Goodale y Williamson se vieron envueltos en polvo. El primero, más cerca del tirador, se dejó llevar durante unos instantes por el pánico creyendo que los disparos procedían del sur. A fin de evitar la lluvia de balas a su alrededor y encontrar un lugar más adecuado para esconderse, se incorporó y se alejó corriendo del automóvil incendiado. No había donde cobijarse. Se agazapó detrás de una tubería que sobresalía del suelo. Tenía veinte centímetros de ancho y algo menos de alto y se sintió ridículo refugiado allí, pero no había ningún otro sitio. Cuando los disparos cesaron, se incorporó y fue a reunirse de nuevo con Williamson tras el coche, justo a tiempo, pues el somalí reinició el tiroteo.

Goodale vio que la lluvia de balas pasaba junto al vehículo, donde estaba Williamson con el rifle, y que una de ellas le cercenaba a su amigo la punta de un dedo. La sangre salpicó el rostro de Williamson, quien gritó y lanzó una retahila de maldiciones. Goodale se inclinó para comprobar primero la sangre en la cara de su compañero y acto seguido la mano.

A pesar de la hemorragia y del dolor, Williamson parecía más enfadado que herido.

—¡Como vuelva a sacar la cabeza, le doy! —afirmó.

Incluso con el dedo seccionado, Williamson alzó tranquilamente su M-16 y esperó, sin moverse, lo que parecieron minutos.

Cuando el hombre que estaba calle abajo se asomó de nuevo, Williamson disparó y dio la impresión de que al somalí le explotaba la cabeza y caía desplomado. Con la

mano sana Williamson chocó los cinco con su compañero y ambos lanzaron algunos gritos de victoria.

Al cabo de un rato, volvieron a disparar y mataron a otro somalí. El hombre había entrado precipitadamente en el callejón pero huyó de allí como alma que lleva el diablo al verlos. Como según corría la amplia camisa se hinchó hacia atrás y dejó al descubierto una AK, se apresuraron a dispararle. Cinco rangers lanzaron ráfagas de balas al mismo tiempo. El hombre yacía en la calle a media manzana de distancia y Goodale se preguntó si lo habrían matado. Consultó con el médico si no deberían comprobar su estado, y ayudarlo si estaba herido, pero el médico sacudió la cabeza y dijo:

—No, está muerto.

Goodale se quedó muy impresionado. Había matado a un hombre, o por lo menos contribuido a ello. Se sentía desconcertado. De hecho, el somalí no pretendía matarle cuando disparó, así que no había sido en defensa propia. ¿Cómo podía justificar lo que acababa de hacer? Observó al hombre tumbado en medio de la suciedad, sus ropas estaban revueltas a su alrededor y él permanecía tendido en una extraña postura donde le habían derribado los proyectiles. Una vida, así, terminada. *¿Era esto correcto?*

En su esquina, a noventa metros al este de Goodale y Williamson, el teniente Perino veía a unos niños somalíes caminar calle arriba en dirección a sus hombres e indicar sus posiciones a un tirador escondido tras una esquina. Los soldados arrojaron granadas detonadoras y los niños se dispersaron.

—¡Eh, señor! Están volviendo —advirtió el sargento ametrallador Chuck Elliot.

Perino hablaba por radio con el sargento Eversmann sobre Blackburn, el ranger caído del helicóptero. El teniente transmitía a su vez la información y las preguntas de Eversmann al capitán Steele, quien estaba al otro lado de la calle. Perino le dijo a Eversmann que esperara, dio un paso al frente y lanzó a los pies de los niños una ráfaga de su M-16. Los pequeños echaron a correr.

Minutos después, una mujer subía despacio por el callejón en dirección a donde ellos estaban.

—¡Eh, señor! ¡Veo a un tipo con un arma bajo el brazo detrás de la mujer! —gritó Elliot.

Perino le dijo que disparase. Del rifle 60 salió un ruido bajo y estridente. Los hombres llamaban «cerdo» a esta arma.

Los dos, el hombre y la mujer, cayeron muertos.

El soldado John Waddell descendía por la cuerda rápida en la esquina noreste del bloque blanco del ataque y frenaba la bajada para evitar caer sobre el soldado Shawn Nelson, el artillero de la Tiza Dos, que por regla general tardaba un par de segundos más que los otros en descolgarse junto con su enorme arma. En una misión de entrenamiento, Waddell aterrizó sobre el chico que le precedía, y el que le seguía inmediatamente después les golpeó a los dos. Y se había partido la lengua de un mordisco.

Todo fue a pedir de boca. Waddell tocó el suelo con los dos pies y se apresuró a correr hasta un muro en el lado derecho de la calle, tal como se lo había dibujado el teniente Tom DiTomasso. La Tiza Dos estaba a una manzana al este de donde se suponía que aterrizaría la Tiza Cuatro del sargento Eversmann. El teniente estaba preocupado porque no podía ver a la última tiza. Logró comunicar por radio con el sargento en apuros, y éste le explicó que habían saltado a una manzana al norte de su posición. DiTomasso envió a unos hombres hasta una manzana más al norte para ver si distinguían a la Tiza Cuatro desde aquella calle, pero no tardaron en regresar apresuradamente e informar que en esa dirección se estaba formando un gran grupo de somalíes.

Según corría para tomar una posición contra la pared, Waddell se sorprendió al descubrir que a pesar de todo el equipo, las armas y las municiones que acarrea no se veía frenado en la marcha. El conjunto resultaba voluminoso y pesado porque su equipo incluía una SAW. Era un objeto de prestigio, una ametralladora muy llevable que podía matar a setecientas ráfagas por minuto. En circunstancias normales, así pertrechado, tenía la impresión de que la gravedad se multiplicaba. Pero Waddell se sorprendió cuando, al correr en cuclillas en busca de un muro, notó sólo los brazos y las piernas algo entumecidos, nada más. Imaginó que era la adrenalina desprendida por la excitación y el miedo, y lo asimiló con su habitual y tranquila objetividad.

Waddell era, en cierta forma, un solitario, un joven preciso cuyo cabello oscuro se le erizaba con el corte habitual de los Rangers. Después de un mes al sol ecuatorial, sólo el rostro, el cuello y los brazos tenía morenos. El estúpido reglamento exigía llevar siempre camiseta. Él era nuevo en la Compañía Bravo, otro de los chicos del rifle con sólo dieciocho años. A pesar de haber finalizado los estudios en el instituto, en Natchez, Misisipí, con una media más que honrosa, decidió, ante la indignación de sus padres, dejar de lado la universidad y alistarse en el Ejército para saltar desde aviones, escalar montañas y participar en actividades de alto riesgo propias de una unidad de Infantería de elite.

Hasta aquel momento la vida en el cuerpo Ranger colmaba sus expectativas, pero también le abría el apetito para la acción. Durante el despliegue en Mogadiscio, se

pasó la mayor parte del tiempo esperando y leyendo. Se tragaba las novelas de ficción. Aquel día había empezado el último capítulo de una novela de John Grisham que le tenía enganchado. Encontró un lugar tranquilo sobre uno de aquellos contenedores cónicos Conex con la idea de terminarla. Pero lo llamaron para que se equipara en vistas a una posible misión. La cual fue anulada cuando estaban todos sentados en el avión preparados para despegar. En vista de ello, se desembarazó del equipo y volvió al contenedor con el libro bajo el brazo, pero lo volvieron a llamar para un vuelo de pruebas. Se pertrechó de nuevo, efectuó el vuelo, volvió a desnudarse, y estaba inmerso otra vez en el famoso último capítulo cuando los llamaron para aquella misión. Tenía la sensación de que el mundo entero se había confabulado para que no terminase el libro.

Una vez todos en tierra, los Black Hawks se alejaron y ellos abandonaron las cuerdas; el teniente ordenó al equipo de Waddell que se dispusiera a cubrir a Nelson, quien había colocado su «cerdo» en un bípode sobre una ligera elevación de la calzada y ya estaba disparando de forma ininterrumpida. Las dos ametralladoras de la Tiza Dos tendían a protagonizar la mayor parte del fuego.

Nelson ya había utilizado bastante el arma antes de abandonar siquiera el helicóptero. Miraba hacia abajo desde la puerta abierta cuando vio a un hombre que, con una AK, avanzaba hasta la mitad de la calle y abría fuego contra el aparato a través de una nube de polvo. Nelson le disparó seis ráfagas y no advirtió que estaba herido hasta que lo vio desplomado en el suelo. Imaginó que le había dado él o que el oficial de vuelo junto a él le había disparado con la metralleta.

Mientras Nelson descendía por la cuerda, advirtió que a su alrededor llovían proyectiles procedentes de ráfagas de ametralladora. No muchas, pero con que le alcanzase una bala ya era suficiente. Esta idea le sacó de quicio. Siempre resultaba difícil frenar la bajada por la cuerda rápida llevando sujeta aquella enorme ametralladora 60, y Nelson cayó al llegar al suelo. El sargento de Estado Mayor Ed Yurek corrió hasta él para ayudarlo a ponerse en pie y acompañarlo hasta un muro.

—Joder, cómo se ha acelerado eso —comentó Nelson.

Se instaló cerca del centro de la calle de cara al oeste. Más arriba, a su derecha, había una callejuela donde vio a unos somalíes con armas apuntando en su dirección. Los disparos de Nelson los ahuyentaron, menos a uno, un anciano con una cabellera afro blanca y frondosa, que, un poco más abajo, parecía tan concentrado disparando hacia el oeste que no se percataba de la enorme ametralladora que había en el callejón a su izquierda. Estaba todavía demasiado lejos para disparar, pero Nelson advirtió que el hombre se volvía en su dirección. El artillero de la 60 supo lo que el anciano intentaba hacer. DiTomasso había hecho correr la voz de que la Tiza Cuatro se hallaba a una manzana noroeste de su posición. Era evidente que el viejo buscaba un punto estratégico para disparar a Eversmann y a sus hombres.

—¡Dispárale! ¡Dispárale! —le apremió su ordenanza.

—No, fíjate —dijo Nelson—. Viene directo hacia nosotros.

Y, en efecto, el hombre del cabello afro se encaminaba en su dirección. Se cobijó detrás de un árbol a cuarenta metros de distancia para esconderse de los rangers de Eversmann, pero ajeno a lo que le acechaba a su izquierda. Introducía un nuevo cargador en su arma cuando Nelson le disparó una docena de ráfagas. Eran ráfagas «bofetada», balas de titanio forradas de plástico que podían penetrar el blindaje. Atravesaron al hombre, pero éste se puso en pie, sacó su arma y llegó a disparar un par de tiros a Nelson. El ametrallador estaba impresionado. Le disparó otras doce ráfagas al hombre que consiguió gatear hasta agazaparse tras el árbol. En aquella ocasión no devolvió los disparos.

—Creo que has acabado con él —dijo el ayudante del ametrallador.

Pero Nelson veía al afro moverse detrás del arbusto. El anciano estaba arrodillado y, evidentemente, vivo. Nelson lanzó otra ráfaga y la corteza de la parte inferior del árbol se desprendió hecha añicos. El afro se desplomó de lado sobre la calle. Su cuerpo se estremeció, al fin muerto. Nelson se quedó asombrado de lo difícil que podía ser matar a un hombre.

Mientras esto sucedía, Waddell subió lenta y cautelosamente hasta ponerse junto a Nelson. Se tumbaron boca abajo. A su lado, Waddell observaba el cuerpo del somalí a quien dispararon desde el helicóptero. A fin de encontrar un lugar más apropiado para cubrir a Nelson, Waddell se dirigió a un muro situado en la parte sur de la callejuela. Al ponerse en movimiento, vio a otro somalí que doblaba una esquina al oeste y le disparaba a Nelson, concentrado en su duelo por el hombre del cabello afro blanco. Waddell disparó al somalí. Tanto en los libros como en las películas, cuando un soldado disparaba a un hombre por primera vez, pasaba por un momento de examen de conciencia. Waddell no perdió un segundo en ello. Se limitó a reaccionar. Pensó que el hombre había muerto. Sólo se había doblado sobre sí mismo. Nelson se sobresaltó con el disparo de Waddell y no vio caer al herido. Waddell señaló hacia donde había caído y el ametrallador se incorporó, levantó la voluminosa arma y disparó unas cuantas ráfagas más para asegurarse. Acto seguido los dos corrieron a ponerse a cubierto.

Encontraron un lugar detrás de un vehículo quemado. Nelson miró por debajo en dirección norte y vio a un somalí con un arma tumbado boca abajo en la calle entre dos mujeres arrodilladas. El tirador tenía el cañón de su arma colocado entre las piernas de las mujeres, y cuatro niños estaban sentados encima de él con descaro. Se hallaba escudado por no combatientes, con lo cual aventajaba total y cínicamente a la decencia de los estadounidenses.

—Vigila, John —le dijo Nelson a Waddell conforme se disponía a salir corriendo para echar un vistazo.

—¿Qué pretendes hacer? —preguntó Waddell.

—No puedo acceder a ese tipo con tanta gente en medio.

Por consiguiente, Nelson lanzó una granada detonadora y el grupo se dispersó tan deprisa que el somalí abandonó el arma en el suelo polvoriento.

Varias granadas cayeron sin hacer mucho ruido en la callejuela. Eran del viejo estilo soviético, parecían latas de sopa metidas en un palo de madera. Algunas no explotaron, pero un par sí lo hicieron. La deflagración se produjo a cierta distancia y ninguno de los rangers fue alcanzado. Nelson gritó a DiTomasso y señaló un muro de ladrillos en el lado este de la calle.

El teniente y tres rangers cruzaban la calle hasta una puerta entornada que daba a un aparcamiento. DiTomasso arrojó una granada al aire antes de que él y otros rangers se precipitaran a su interior. Encontraron e hicieron prisioneros a cuatro somalíes que estaban de pie sobre el techo de un automóvil y disparaban por encima del muro.

Si bien el tiroteo no era intenso, el sargento Yurek estaba muy impresionado. Tenía veintiséis años y era un veterano irascible con un negro sentido del humor y una gran debilidad por los animales, en especial los gatos. En Georgia, donde vivía, tenía varios felinos y en Mogadiscio había adoptado una carnada de gatitos que encontró en la base. Cuando los chicos D se quejaron de que los gatos maullaban durante la noche, y amenazaron con silenciarlos, Yurek se puso muy duro al respecto. Nadie tocaría a los mininos sin pasar por encima de su cadáver.

No le gustaba la idea de disparar a nada o a nadie, pero aceptaba que fuera necesario. Hasta la fecha, en Mogadiscio, los *skinnies* se limitaban a disparar algún tiro que otro a la buena de Dios para luego echar a correr, lo cual ya le iba bien a Yurek. Pero el tiroteo de aquel día, desde el principio, era pertinaz y subía en intensidad. Yurek imaginó que el blanco de aquel día debía de albergar a gente de alta prioridad. Tal vez el propio Aidid. La Tiza Dos disparaba en tres direcciones a la vez, al oeste, al este y, en especial, al norte. Yurek había derribado a un somalí que disparaba desde una torre baja en dirección noreste. Luego, uno de los enfermeros de la tiza gritó desde el otro lado de la calle a la vez que señalaba un endeble cobertizo hecho de hojalata al este de su perímetro en la intersección.

—¡Hay gente en el cobertizo!

Una mala noticia. Yurek cruzó la calle corriendo, se reunió con el enfermero y, juntos, arremetieron contra la puerta.

Estuvo a punto de caer sobre un grupo compacto de niños aterrorizados y una mujer que era, así lo parecía, su profesora.

—¡Todos al suelo! —gritó Yurek con el arma todavía en ristre y preparada.

Los niños se echaron a llorar aterrorizados, y Yurek no tardó en comprender que debía ir con más cuidado. El tigre en la guarida de los gatitos.

—Sentaos en el suelo —rogó—. ¡Sentaos en el suelo!

Pero como los lamentos no cesaron, Yurek se agachó con sumo cuidado y depositó el arma en el suelo. Le indicó a la profesora mediante un gesto que se acercara. Dedujo que debía de tener unos dieciséis años.

—Siéntate —le dijo pronunciando despacio—. Siéntate —repitió con un gesto indicativo de las manos.

La muchacha no las tenía todas consigo pero acabó obedeciendo. Yurek señaló a los niños con el dedo y les indicó mediante gestos que hicieran lo mismo. Obedecieron. Luego recogió el arma, se dirigió a la profesora y, marcando cada palabra como suele hacer la gente cuando intenta en vano comunicarse a través de una barrera idiomática, dijo:

—Y ahora, tenéis que quedaros aquí. Independientemente de lo que oigáis o veáis, no os mováis de aquí bajo ningún concepto.

Ella sacudió la cabeza y él confió en que significara sí. Antes de alejarse, le dijo al enfermero que permaneciera junto al cobertizo y que impidiera que nadie más quisiera comprobar lo que había dentro disparando.

Desde la posición donde se hallaba, detrás del coche, Nelson escudriñó una de las calles que salían de su cruce y vio que un hombre armado irrumpía montado en una vaca. En torno a ésta había otros ocho hombres, unos armados, otros no. Resultaba el más extraño grupo bélico que jamás hubiera visto. No sabía si echarse a reír o disparar. Él y el resto de los rangers empezaron a disparar al unísono.

El somalí subido a la vaca cayó al suelo y los otros echaron a correr. El animal fue el único que se quedó donde estaba.

Y, en aquel momento, un helicóptero Black Hawk pasó por encima y abrió fuego con una metralleta. La vaca quedó partida en dos. Enormes pedazos de carne volaron por los aires en medio de salpicaduras de sangre. Cuando la metralleta dejó de disparar y se alejó la sombra del helicóptero, lo que había sido del animal yacía en el suelo humeando.

Por muy terrorífica que pudiera ser aquella escena, la presencia de aquellas metralletas en el cielo resultó muy tranquilizadora para los hombres apostados en las calles. Se hallaban en una ciudad extraña y hostil cuyos habitantes querían asesinarlos, cabalgaban armados en su dirección montados sobre animales y llegaban en masa procedentes de todas las direcciones, las balas silbaban cerca de sus oídos, gritos de horror y olor de sangre y carne quemada mezclado con polvo y estiércol... y la reconfortante aparición de un gran Black Hawk con el rítmico ruido de sus rotores y el terrible poder de sus armas de fuego les recordaba la invencible fuerza que había detrás de ellos, les recordaba su inminente liberación, les recordaba su hogar.

Los somalíes, en número creciente, se dirigían hacia el norte. A cierta distancia parecían miles. Unos grupos reducidos probaban al sur, hacia la posición de la Tiza

Dos. A sólo una manzana y media de distancia, se desplazaba otro grupo. Unas quince personas. Nelson intentó apuntar su ametralladora sólo a los armados, pero había demasiada gente y, por otra parte, los que portaban armas abandonaban el grupo para disparar y luego volvían a meterse en él; por consiguiente, sabía que o bien dejaba que los hombres continuaran disparando o atacaba al gentío. Lo consideró y optó por lo último. El grupo se dispersó tras dejar algunos cuerpos en el suelo, pero apareció otro mayor. Parecían llegar ahora en enjambres desde el norte, como si los hubieran echado de otro lugar. Se acercaban con rapidez, estaban sólo a unos cien metros calle arriba, algunos ya disparaban. En esta ocasión, Nelson no tuvo tiempo de sopesar las alternativas. Le dio rienda suelta a la 60 y sus ráfagas cercenaron el grupo como una guadaña. Un Little Bird barrió la zona y le lanzó una pared llameante de plomo. Los que no se desplomaron, huyeron. Si un minuto antes había un grupo de gente, al siguiente no se trataba más que de un ensangrentado montón de muertos y heridos.

—¡Cielo santo, Nelson! —exclamó Waddell—. ¡Cielo santo!

En la puerta principal del objetivo del ataque, el sargento de Estado Mayor Jeff Bray, un CCT (técnico de control en combate) de las Fuerzas Aéreas, le disparó a un somalí que se acercó a él corriendo y disparando una AK-47. Bray formaba parte de una unidad de operaciones especiales perteneciente a las fuerzas aéreas y que incluía a cuatro hombres expertos en coordinar las comunicaciones tierra/aire, como él mismo, y a paracaidistas (PJ) y temerarios enfermeros especializados en rescatar a los pilotos que se habían estrellado. El otro CCT de la unidad, el sargento Dan Schilling, iba con el convoy de tierra. Los dos paracaidistas estaban a bordo del Black Hawk con el CSAR, junto con doce rangers y chicos D. Bray estaba asignado al elemento Delta de mando que había bajado por la cuerda procedente de un Black Hawk a una manzana al oeste del blanco. El hombre al que acababa de disparar acudía haciendo fuego hacia él desde una callejuela. ¿Qué estaba pensando? ¿Cómo podía alguien ser tan mal tirador?

Detrás de Bray, en la casa, los asaltantes de la Fuerza Delta reunían a los prisioneros somalíes. Les obligaban a tumbarse boca abajo en el patio y les ponían las esposas de plástico. Además de los dos objetivos primordiales, en el grupo se hallaba Abdi Yusef Herse, lugarteniente de Aidid. El botín era mejor de lo esperado. El sargento Paul Howe inspeccionó las habitaciones de la casa y disparó un tiro de escopeta a un ordenador que había en el primer piso. El sargento Matt Rierson, cuyos hombres habían capturado a los prisioneros, era el responsable de conducirlos hasta los vehículos. Howe, el sargento Norm Hooten y sus hombres volvieron a subir al segundo piso para cubrir la operación desde las ventanas y la azotea.

En el Centro de Operaciones, el general Garrison y su equipo, pendientes de las imágenes de las cámaras aéreas, supieron que los chicos D habían hecho su trabajo cuando vieron que el equipo de Howe se dirigía a la azotea. Salvo por el ranger caído, todo había ido sobre ruedas. Los Rangers realizaban su trabajo en las posiciones de bloqueo. Eran las 15:50 horas. Toda la tropa estaría de regreso al cabo de diez minutos.

Cuando los helicópteros despegaron del cuartel general de los Rangers, el sargento Jeff Struecker esperó varios minutos en su Humvee junto con el resto del convoy terrestre cuyos vehículos aguardaban con los motores apagados detrás de la puerta principal. Él era el cabeza de una columna formada por doce vehículos, nueve Humvees y tres camiones de cinco toneladas. Tenían que dirigirse hasta un punto situado detrás del Hotel Olympic y esperar a que los chicos D diesen su trabajo por concluido en la casa blanca del asfalto.

Struecker, un cristiano contumaz de Fort Dodge, en Iowa, conocía mejor la ciudad que la mayoría de los muchachos. Su pelotón motorizado había bajado por saltos de agua y pasado otras peripecias a diario. Había participado en la invasión de Panamá y creyó conocer el Tercer Mundo. Pero nada lo había preparado para Somalia. Había basura por todas partes. La quemaban en las propias calles junto con neumáticos. Siempre estaban quemando neumáticos. Era una de las cosas misteriosas que hacían. Prendían fuego asimismo a los excrementos de animales para obtener combustible destinado a calentar un guiso de olor fortísimo. Struecker tenía la sensación de que la gente de allí se pasaba el día tumbada a la bartola, sin hacer nada, que veía pasar el mundo por fuera de sus andrajosos y raídos sombreros redondos y de sus chabolas de hojalata. Las mujeres, muchas con dientes de oro, se ataviaban con largos y holgados vestidos de brillantes colores, y los ancianos llevaban camisas sueltas de algodón y sandalias de plástico. Los que se vestían al modo occidental llevaban ropas que parecían sacadas de los baúles del Ejército de Salvación en la época disco. Cuando los rangers se paraban para registrar a los hombres, solían encontrar una gruesa bola de *khat* en los bolsillos posteriores. Cuando sonreían dejaban al descubierto unos dientes manchados de negro y naranja de mascar esa hierba. Les daba un aspecto salvaje o demente. A Struecker todo eso le daba asco. Parecía una existencia sin propósito. La miseria abyecta resultaba impresionante.

Había lugares en la ciudad donde las organizaciones benéficas repartían comida cada día, y les habían dicho a los rangers que no se acercasen por allí durante las horas de actividad. Struecker se acercaba bastante porque quería conocer la razón. No había miles, sino docenas de miles de personas, multitudes apiñadas en torno a aquellos puestos de comidas a la espera de un poco de limosna. No era gente que pareciese estar muriéndose de hambre. Algunos somalíes pescaban, pero a juzgar por las apariencias, la mayoría había olvidado lo que era trabajar. Algunos eran agradables. Las mujeres y los niños se acercaban a los vehículos de los rangers con sonrisas y las manos extendidas, pero en ciertas zonas de la ciudad los hombres blandían los puños cerrados en su dirección. Muchos soldados les arrojaban a los niños MRE (comida lista para comer). Todos sentían lástima por los niños, y por los

adultos, desprecio.

Resultaba difícil imaginar qué interés podía tener Estados Unidos por aquel lugar. Struecker tenía veinticuatro años y era soldado, por consiguiente, no era nadie para cuestionar semejantes asuntos. El trabajo asignado para aquel día consistía en guiar la columna hasta la avenida Hawlwadig, cargar en los vehículos a los prisioneros y a las fuerzas de asalto y de bloqueo y devolverlos a la base. Detrás de él estaba el segundo Humvee de su equipo, conducido por el sargento Danny Mitchell. Detrás de este último, un Humvee de cargamento al cargo de los chicos D y miembros del SEAL, que debían dirigirse al blanco para reforzar al equipo de asalto que ya estaba allí. Detrás del vehículo de los SEAL, iba otro Humvee, tres camiones, y otros Humvees, entre ellos el que llevaba al teniente coronel Danny McKnight, al mando del convoy. Junto a Struecker, en el asiento delantero del Humvee, iba el conductor, el soldado de primera Jeremy Kerr. En la parte posterior, un ametrallador, el sargento Dominick Pilla, uno de los más populares de la compañía; en la torreta, el soldado de primera Brad Paulson, que portaba una ametralladora del calibre 50, y el soldado raso Tim Moynihan, ayudante ametrallador.

Dom Pilla era un muchacho grande y fuerte de Nueva Jersey (tenía aquel acento *joy-zee* típico de aquella zona por el uso del sonido zeta) que gesticulaba cuando hablaba y gracioso de nacimiento. Le gustaba gastar bromas tontas. Había comprado unos petarditos que metía en los cigarrillos que explotaban a medio fumar en una humareda y un estallido sobresaltador. Y él se desternillaba de risa. Normalmente las personas que gastaban este tipo de bromas resultaban pesadas, pero no era el caso de Pilla. La gente se reía con él. La salida más popular de sus aptitudes cómicas eran las pequeñas parodias que preparaban él y Nelson y donde ridiculizaban a los comandantes. Alcanzaron tal éxito que Nelson y Pilla no tenían más remedio que repetir las actuaciones en cada despliegue. Una de las más preferidas era la representación del «entrenador» Steele.

Al igual que cualquier comandante duro, la relación de Steele con sus hombres era compleja. Lo respetaban, pero a veces los sacaba de sus casillas. Steele había sido «bloqueador», un delantero ofensivo, en el equipo Georgia Bulldog que jugó el campeonato mundial en 1980 con el entrenador Vince Dooley. El fútbol americano había formado el carácter del oficial a lo largo de sus treinta y dos años de vida. A algunos muchachos les molestaba su abierto fervor cristiano y su afición a las metáforas relacionadas con el fútbol americano. De los chicos grandotes de su sección decía que eran sus «placajes defensivos», y los muchachos más delgados eran sus «anchos receptores» o «retaguardias de apoyo». Le encantaba colocar a los muchachos amontonados en *melée* con las manos extendidas hacia el centro para las exclamaciones, y repetía frases de los discursos previos a los partidos que hacían los grandes entrenadores de la NFL. Asimismo, se había contagiado del ferviente

cristianismo practicado por los deportistas como una parte de la subcultura del fútbol americano. Steele solía parar a los muchachos para preguntarles «¿Vas a misa los domingos, hijo mío?». Algunos consideraban que exageraba un poco. Jamás lo llamaban «entrenador» a la cara, salvo durante las parodias. Entonces no había límites.

Nelson era el guionista, pero Pilla la estrella. Si bien era alto y tenía una constitución de halterofílico, debía ponerse algunas camisetas debajo de la ropa para aproximarse al volumen de Steele. Improvisaban algo gracioso para el casco y le pintaban un Bulldog, y luego Pilla lo sacaba de allí. Tenía una presencia cómica natural. La parodia empezaba con Pilla/Steele solo en su despacho practicando bloqueo y placaje, para ir yendo poco a poco de capa caída. Steele se reía con buen talante la mayoría de las veces. Pero en una de las representaciones, Nelson y Pilla dejaron entrever, con el regocijo gratuito típico de los vestuarios, que podía haber algo inconfesable entre el capitán y su siempre leal segundo en el mando, el teniente Perino. Esto hizo que los chicos se partiesen de risa, pero en esta ocasión el entrenador no se rió. Posteriormente, Nelson y Pilla recibieron una buena bronca por «representar estilos de vida alternativos». Visto de forma retroactiva, a Nelson y a Pilla les pareció tan divertido que habría podido ser el tema perfecto para una escena en su siguiente parodia.

Struecker y el resto de la columna calcularon la hora de partir para llegar detrás del Hotel Olympic antes de que empezara el asalto. Vieron que la flota se alejaba sobre el océano y no salieron de la base hasta que los helicópteros informaron por radio de que ya giraban hacia tierra. Struecker, el responsable de dirigir el convoy, dobló una esquina equivocada. Había estudiado la copia del plano en la base y pensó que lo tenía controlado, pero una vez en la ciudad todo resultó mucho más confuso. Las calles parecían iguales y no había letreros susceptibles de ayudarles. Se desplazaban deprisa. Se dirigieron al noreste por la vía Gesira hacia la rotonda K-4 y luego al norte por la vía Lenin hasta la tribuna de los militares durante los desfiles. Acto seguido giraron a la derecha en la calle Nacional, siguieron hacia el este, doblaron luego al norte en una calle paralela a la avenida Hawlwadig y se dirigieron hacia las instalaciones blanco del asalto. Pero Struecker dobló a la izquierda antes de hora, el vehículo de Mitchell fue detrás de él, pero el resto del convoy no lo siguió.

—¡Eh! ¿Dónde diantres os habéis metido, chicos? —gritó la voz del sargento de sección, Bob Gallagher, por la radio.

—Ya llegamos —aseguró Struecker—. Nos hemos equivocado de calle. Ahora vamos.

¡Qué contrariedad! Struecker consiguió que su Humvee y el de Mitchell se abrieran paso por entre el laberinto de calles, y se reunió con el resto del convoy en el hotel.

Antes de que el convoy llegara al lugar previsto, el jefe de tráfico John Gay, un SEAL que iba sentado detrás en el lado izquierdo del tercer Humvee, oyó un disparo y sintió un fuerte impacto en la cadera derecha. Sobresaltado y dolorido, gritó que le habían disparado.

Continuaron en línea recta, según lo planeado, hasta el blanco, donde el sargento mayor Tim Oso Martin, el operador Delta que iba sentado junto a Gay, saltó del vehículo y lo rodeó para ver qué había pasado. El resto de los hombres se dispersaron en torno a los automóviles. Martin se apresuró a abrir los pantalones a Gay y le examinó la cadera antes de darle la buena noticia. El tiro había dado en el cuchillo del SEAL. Había hecho pedazos la hoja, pero había desviado la bala. Martin retiró algunos ensangrentados trozos de hoja de la cadera de Gay y luego vendó diligentemente la herida. Gay bajó cojeando del vehículo, se puso a cubierto y empezó a devolver los disparos.

Struecker recibió la orden de evacuar a Blackburn, el ranger caído del helicóptero. El sargento Joyce había ido a buscar ayuda para Blackburn y a los hombres que acudían con la camilla. El Humvee SEAL, conducido por el sargento mayor Chuck Esswein, subió por Hawlwadig y el ranger herido fue introducido por la puerta posterior. Dos enfermeros subieron con él. El sargento de la Fuerza Delta, John Macejunas, se sentó delante de la escopeta junto a Esswein. El Humvee de Struecker, con su ametralladora calibre 50 en la torreta, tomó la delantera, y el de Mitchell, que contaba con un lanzador de granadas de fuego racheado en la torreta, cerraba la marcha.

—Aquí Uniforme Seis Cuatro —dijo por radio McKnight al avión de los mandos—. Tengo un herido grave. Estoy mandando tres vehículos, en uno de ellos va el herido.

—Os lo dejaré allí dentro de cinco minutos —informó Struecker.

El teniente coronel dijo que el resto no tardaría en volver. La misión estaba a punto de finalizar.

Los tres vehículos emprendieron el regreso a la base a través de las calles que vibraban con tiros y explosiones. En esta ocasión Struecker sabía por dónde debía ir. Había trazado una ruta de regreso muy simple. A unas cuantas manzanas de distancia estaba la calle Nacional. Podían seguirla hasta la rotonda K-4 y, desde allí, doblar en dirección a la playa.

Salvo que las cosas se habían puesto peor. Habían empezado a aparecer bloqueos y barricadas en el camino. Algunos los sortearon, otras las atravesaron. Uno de los enfermeros, el soldado Good, sujetaba la bolsa del gotero intravenoso de Blackburn con una mano y disparaba su CAR-15 con la otra. Arriba, en el Humvee de Struecker, el artillero de la torreta, Paulson, hacía girar frenéticamente su ametralladora del calibre 50 a fin de enganchar a los que les disparaban desde los dos lados. Struecker

ordenó al artillero de la M-60, Pilla, que concentrase los disparos en la derecha y dejara la responsabilidad de la izquierda a Paulson. No querían ir demasiado deprisa porque un viaje con un bamboleo brusco no beneficiaría en nada a Blackburn.

Pilla fue alcanzado cuando giraban para introducirse en la calle Nacional. Murió en el acto. La bala le entró por la frente, le salió por detrás y le voló la parte posterior del cerebro. Su cuerpo se desplomó sobre el regazo de Moynihan, quien, cubierto de la sangre y el cerebro de su amigo, gritó horrorizado.

—¡Le han dado a Pilla!

En aquel momento, les llegó la voz del sargento Gallagher por la radio.

—¿*Cómo van las cosas?*

Struecker hizo caso omiso de la radio y le gritó a Moynihan por encima del hombro.

—¡Cálmate! ¿Qué le ha pasado?

No podía abarcar con la vista todo el espacio que había entre él y la puerta posterior.

—¡Está muerto! —gritó Moynihan presa de la histeria.

—¿Cómo sabes que está muerto? ¿Acaso eres médico?

Struecker se volvió para echar una rápida ojeada por encima del hombro y vio que toda la parte posterior del vehículo estaba manchada de sangre. Pilla estaba tumbado sobre el regazo de Moynihan.

—¡Le han dado en la cabeza! ¡Está muerto! —dijo Moynihan.

—Tranquilízate —rogó Struecker—. Vamos a tener que seguir luchando hasta que lleguemos.

Al cuerno lo de conducir con precaución. Struecker le dijo al conductor que se apresurara y confió en que Esswein les siguiera. Veía RPG volando por la calle. Daba la sensación de que toda la ciudad les disparaba.

Les llegó de nuevo la voz de Gallagher:

—¿*Cómo va todo?*

—No quiero hablar del asunto.

A Gallagher no le gustó la respuesta.

—¿*Tenéis alguna baja?*

—Una.

Struecker trató de dejarlo así. Por lo que él sabía no había muerto nadie más de los suyos, y no quería ser el primero en emitir una noticia de esta índole por las ondas. Sabía que los operadores radiofónicos, en el área de combate, podían escuchar su conversación. Había altavoces en algunos vehículos y en los helicópteros podían oírlo todo. Los operadores de radio en tierra escuchaban todas las frecuencias. Los hombres, cuando están en pleno combate, se beben la información como si fuera agua, de hecho se vuelve más importante que el agua. A diferencia de la mayoría de

aquellos muchachos, Struecker había combatido antes, en Panamá y en el golfo Pérsico, y sabía que los soldados luchaban mejor cuando las cosas estaban de su parte. Una vez se torcían, resultaba difícil recuperar el control. Los hombres se dejaban llevar por el pánico. Era lo que sucedía en aquellos momentos a Moynihan. El pánico era un virus en combate, y letal.

—*¿Quién es y cuál es su estado?* —preguntó Gallagher.

—Pilla.

—*¿Cuál es su estado?*

Struecker apretó un momento el micrófono mientras se debatía consigo mismo, luego contestó de mala gana:

—Está muerto.

Ante el sonido de esta palabra todo el tráfico radiofónico, hasta entonces muy activo, quedó paralizado. Siguió segundos de silencio.

Alí Hussein estaba en su farmacia de Labadhagal Bulal, situada al sur del tiroteo.

Se dirigió a la escalera frontal por donde se accedía al local y vio a hombres armados pertenecientes a la milicia de Aidid que corrían hacia el lugar de la contienda. Algunos formaban parte de la milicia y otros no eran más que ciudadanos pertrechados con sus propias armas.

Hussein quería ver lo que ocurría, pero tenía miedo de que el local fuera saqueado si lo dejaba desatendido. Se quedó en lo alto de la escalera y advirtió que el sonido de los disparos se acercaba lenta pero inexorablemente a su calle.

Al cabo de un momento vio que unos vehículos del Ejército, estadounidense, tres, descendían por la calle a toda velocidad. Disparaban las enormes armas que llevaban detrás. Se metió de un salto en la tienda y cerró de golpe la puerta de metal justo cuando unas balas sonaron en el exterior. Como sabía por conflictos anteriores que era el lugar más seguro de la casa, se dirigió rodando por el suelo a una pared lateral contra la que se apoyó, y las balas entraron en la tienda a través de las ventanas conforme los vehículos pasaban a gran velocidad.

Luego se alejaron y con ellos el estruendo de los disparos.

El pequeño convoy se apresuró a dejar la calle principal y durante un trecho no sólo circularon sin intercambio de tiros, sino que, además, el mar estaba ya a corta distancia. Pero cuando se hallaban ya cerca de la zona portuaria, vieron que había miles de somalíes por las calles. A Struecker se le encogió el corazón. Ya no eran objeto de intensos tiroteos, ¿pero cómo iba a lograr que los tres vehículos cruzaran por allí?

Apenas se introdujeron entre el gentío, el conductor redujo la velocidad a paso de tortuga y se puso a tocar la bocina. Struecker le dijo que no se detuviera bajo ningún concepto. Lanzó algunas detonadoras delante del vehículo y se apartó bastante gente; luego le indicó al artillero de la calibre 50 que abriese fuego por encima de las cabezas de la muchedumbre. El mar estaba al otro lado.

Struecker intentó comunicarse con los médicos por radio, pero como no consiguió que ninguno contestara, accedió a la frecuencia de los mandos.

—Necesito un médico con urgencia —dijo.

El ruido de la ametralladora ahuyentó a la mayoría de la gente y el vehículo recobró la velocidad anterior. Cabía la posibilidad de que el Humvee atrepellara a alguna persona. Esto o piedras y escombros en la calle. Struecker no volvió la vista atrás para verlo. Alcanzaron una furgoneta abierta que circulaba despacio y con somalíes colgados de su parte posterior. Como no se apartó para dejarlos pasar y no había suficiente espacio para adelantarla, Struecker le dijo a su conductor que arremetiera contra ella. Cuando el Humvee la embistió, un hombre cuyas piernas colgaban por la parte de atrás gritó de dolor y luego se introdujo rodando en el interior de la furgoneta, que acabó por apartarse del camino.

—¿Podéis mandarnos a un médico para que nos espere en la entrada? —pidió Struecker por radio.

Entraron en el recinto de la base aliviados y exhaustos. Habían pasado las de Caín. Varios rangers, de su Humvee y de otros, heridos. Pilla, muerto. Pero para ellos, por fin, todo había pasado.

Sus ocupantes, manchados de sangre y desconcertados saltaron atropelladamente. A Struecker le asombró lo que vio en la base. Esperaba llegar a un remanso de paz y, en cambio, todo el mundo en torno a él parecía presa del frenesí.

Oyó por el altavoz a un comandante que gritaba a alguien:

—¡Vigila lo que pasa y escucha mis órdenes!

Algo había sucedido.

El equipo médico llegaba en su vehículo. Uno de los médicos entró en el Humvee y le dio la vuelta a Pilla.

—No pierdas el tiempo con él —le dijo Struecker—. Está muerto.

Y el médico se dirigió al Humvee de Esswein para recoger a Blackburn. Struecker, por su parte, tomó a uno de los ordenanzas por el brazo y le dijo:

—Escucha, hay un hombre muerto en la parte trasera de mi vehículo. Ocúpate de que lo saquen de allí.

El sargento se quedó observando cómo sacaban a Pilla del Humvee. La coronilla había desaparecido. El rostro estaba blanco, deformado y se había hinchado tanto que parecía redondo. No se parecía a Pilla.

El soldado Clay Othic disparó a un pollo. Cuando llegó el momento de que todos los vehículos se pusieran en movimiento y empezaran a cargar prisioneros, en la avenida Hawlwadig se desencadenó un lío del demonio. La gente corría en todas las direcciones, les disparaban hombres con AK-47, las granadas abrían vías de humo en el aire y detonaban con explosiones ensordecedoras y, en medio de todo, una bandada de pollos se precipitaba hacia el arma de Othic. Una de las aves se convirtió en un montón de plumas después de ser alcanzada por una ráfaga procedente de una ametralladora del calibre 50. El «Pequeño Cazador» no era la primera vez que cazaba.

Othic era el muchacho más bajo de la compañía y tenía aspecto de adolescente, por eso le asignaron (por el procedimiento habitual) al arma de mayor tamaño, una «Ma-Deuce», la ametralladora Browning M-2 del calibre 50, montada en la torreta de su Humvee. Othic se había hecho famoso ya al principio del despliegue cuando, inadvertidamente, robó el Humvee personal del general Garrison. La torreta del suyo se había quedado atascada y el sargento le dijo que intentara conseguir otro que «encontrara por ahí» a la vez que señalaba el hangar de los vehículos. Y Othic fue y se llevó el que estaba más cuidado de todos. Lo volvieron a dejar en su sitio antes de que el general lo descubriera.

Lo llamaban el Pequeño Cazador porque cuando estaban en Estados Unidos, mientras los otros muchachos frecuentaban los bares de Auburn y de Atlanta en sus ratos libres, Othic, originario de Missouri, durante la temporada de caza desaparecía en los bosques de las inmediaciones de Fort Benning con su rifle y regresaba con un pato salvaje o un venado, que limpiaba en los barracones y luego llevaba a la sala del rancho. Tenía una capacidad poco común de disfrutar de todo. Disfrutaba incluso estando de guardia frente al recinto de la base, donde lo más interesante que podía hacer era confiscar carretes a la gente que pasaba por alto las señales que prohibían hacer fotografías, que resultaba ser precisamente casi todo el mundo que llevaba una cámara. Tenía una colección de rollos intactos fuera en la alambrada envueltos como si fuera un tesoro.

Othic plasmaba la estancia en Mogadiscio en un pequeño diario que guardaba celosamente en la mochila. Dirigía todos los relatos a sus padres, y tenía previsto regalárselo cuando regresara a casa. Con respecto a la confiscación de los carretes de fotografías, escribió lo siguiente, para lo cual había tomado prestadas algunas referencias de *Star Trek*: «Entrada al Sistema, Fecha Star 3 de septiembre de 1993 17 horas. Acabo de dar por finalizada otra de mis guardias en la puerta principal, si bien ha sido una de las más interesantes. Hemos confiscado un videocasete y tres carretes en 2. horas, la gente no puede hacer fotografías de lo nuestro, y se ponen hechos una

furia cuando se los quitamos. Es curioso porque tenemos letreros que lo indican, pero ellos intentan hacernos la pirula de todas formas. ¡Ja! ¡Has perdido, estúpido!»

La afición de Othic por la escritura hacía que fuese todavía más molesto el hecho de que no recibiera tantas cartas como los demás y, en particular, que no tuviera una novia con la que cartearse. Los chicos que no tenían novia se sentían tan solos que no desperdiciaban la ocasión de leer las cartas que sus compañeros recibían de sus amigos. Claro que no toda la correspondencia era agradable. El sargento Raleigh Cash, de Oregón, recibió una carta de despedida durante su estancia en Mogadiscio. Una bomba. La muchacha le mandó una caja de zapatos con todas sus cosas, CD, casetes, fotos, y otros restos de una relación muerta, un plantón de los buenos, y allí, en la base. Todos se rieron a su costa despiadadamente, pero en cierta forma eso le ayudó a sobrellevarlo. Sin embargo, el sentimiento general era que cualquier tipo de carta de una mujer era mejor que no recibir ninguna. El soldado Eric Spalding, un muchacho de Missouri que era su mejor amigo, recibía unas muy agradables y se las dejaba leer a Othic. Era bonito, pero hacía que este último diera una impresión patética. Estaba pensando en pedirle a su hermana que le escribiera una carta bien picante sólo para tener alguna propia con que poder presumir.

Él y Spalding se habían hecho buenos amigos y planeaban volver juntos a Missouri en la furgoneta de Othic apenas volvieran a su país. Othic trabajó para el Servicio de Inmigración y Naturalización como agente, y quería, cuando se licenciara, encontrar un trabajo allí. Le dijo a Spalding que tal vez su padre pudiera hacer algo para que él también entrara. Confiaban en estar de vuelta en Missouri a tiempo para la temporada de caza del venado, en otoño.

Los dos envidiaban a los chicos D. Desde su llegada a Mogadiscio los Rangers se pasaban el tiempo disparando en los campos de tiro, corriendo «divertidos» circuitos de ocho kilómetros, haciendo guardias, etcétera, mientras que los operadores sí que se lo pasaban en grande. Como ejemplo, estaban las palomas. Al principio, cuando la tropa llegó allí, las palomas habían tomado posesión de los barracones y se cagaban a voluntad sobre los hombres, los catres y el equipo. Cuando uno de los chicos D se quedó hecho un asco al sentarse sobre su catre para limpiar el arma, la fuerza de élite declaró la guerra. Solicitaron escopetas de perdigones. No hubo clemencia para las aves. Los chicos D triangularon el fuego y organizaron una buena carnicería de sangre y plumas sobre los catres de los demás. ¿No sabían esos muchachos cómo matar el tiempo en un despliegue o qué? Todos tenían armas de reglamento con cañones armados manualmente y esas cosas. Los fabricantes de armas los equipaban de la misma forma que Nike vestía a los deportistas. Algunas veces, los de la Fuerza Delta requisaban un Black Hawk y se iban zumbando con gran estrépito a cazar verracos salvajes, mandriles, antílopes y gacelas en la selva somalí. Regresaban con colmillos como trofeo, así como de animales salvajes con que organizaban barbacoas.

Lo llamaban «instrucción de campo». Sin embargo se pasaban mucho. Uno de ellos, Brad Hallings, se pavoneaba por la base con un collar hecho de dientes de verraco. El bajito pero fornido Earl Fillmore cogió unos colmillos, se los pegó en el casco y luego se estuvo exhibiendo desnudo haciendo poses típicas de un señor somalí de la guerra.

Como Othic y Spalding no tenían muchas distracciones, habían encontrado algo que ellos podían cazar. Spalding era un buen tirador y muchas noches su trabajo consistía en esconderse agazapado en lo alto de una viga y observar la ciudad con unas gafas de visión nocturna a través de un agujero del tamaño de una uva que había en la pared. Othic le hacía compañía allí arriba y charlaban para pasar el rato. Desde aquel escondrijo veían más de cerca que los otros muchachos las ratas que campaban a sus anchas por el techo. Mogadiscio era un paraíso para las ratas; no había existido una recogida regular de basura en lo que llevaban de historia. Los dos amigos se las arreglaron para montar una ingeniosa trampa con dos botellas de agua Evian, un alambre y el contenido de una caja de comida lista para comer. Othic lo relató así en su diario:

«... Buenas noticias, los Grandes Cazadores Blancos (Spalding y yo) capturaron a una rata grande, vieja y asquerosa en una de sus trampas (de él a decir verdad, pero esto es una operación conjunta). La caza de la rata mereció la felicitación de todos.»

El gran deseo de Othic, mayor incluso que el de irse a casa, era participar en más misiones. Habían luchado. Hubo una gran actividad al principio, pero a finales de septiembre el ritmo había decrecido. Othic escribió:

«18:30 horas. Otro día sin misiones y ya empiezo a estar harto. Hemos salido no obstante para la sesión de tiro, como si esto fuera de algún consuelo para nosotros. También les estuvimos tirando a los maniqués, así que estoy empezando a ser un buen adepto a hacer diferentes sistemas de instrucción... Mañana llega el correo (¡toquemos madera!). Soy consciente de que estos apuntes se están volviendo más y más aburridos, pero es que todo se está volviendo demasiado familiar, lo cual es malo porque conducirá a una laxitud que puede resultar peligrosa. Es difícil mantenerse alerta cuando todo se convierte en rutina, ¿comprendéis?»

La noche del 25 de septiembre, los *skinnies* derribaron un Black Hawk de la 101 División. Murieron tres miembros de la tripulación cuando el helicóptero abatido ardió en llamas, pero el piloto y el copiloto se salvaron. Intercambiaron disparos con unos tiradores en la calle hasta que un somalí cooperante los metió en un vehículo y los sacó de allí.

Othic estaba de guardia aquella noche.

«Cuando inicié mi guardia a las dos de la madrugada, yo y otro compañero vimos una bola naranja en llamas que se desplazaba por el cielo, luego descendió y se produjo una gran explosión y hubo una segunda explosión, —escribió—. Hoy la

bandera ondeaba a media asta por los tres hombres de la 101 muertos en el ataque, los derribó una RPG... Luego, mientras cargaban los cuerpos en el avión que los conducirá a casa, ha habido una ceremonia por los compañeros caídos. Te hace pensar en tu propia mortalidad.»

Ocho días más tarde, apostado en la torreta de un Humvee detrás de un fusil ametrallador del calibre 50, Othic no tuvo tiempo para reflexionar sobre su mortalidad. Estaba esperando junto a una esquina a una manzana al sur del edificio blanco del asalto, escuchaba el cada vez más intenso tiroteo y ansiaba hacer intervenir su arma en el combate. Pero como su vehículo tenía por misión atender la retaguardia, era el último del convoy de tierra y el arma apuntaba calle abajo en dirección contraria a la acción. Le preocupaba sobre todo perderse el tiroteo. Y entonces el convoy empezó a ponerse en movimiento. Cuando su Humvee dobló para meterse en la avenida Hawlwadig, le disparó al pollo.

Había tanta confusión, que a Othic le costaba orientarse. Como montones de personas sin armas copaban las calles, empezó a disparar pero prestando mucha atención. Le disparó a un somalí armado apostado en la entrada del hotel. Acabó con otro en la callejuela situada al oeste del hotel. El hombre se detuvo en medio de la calle y su vista se cruzó un momento con la de Othic cuando miró hacia atrás por encima del hombro. Las ráfagas del calibre 50, capaz de abrir un agujero del tamaño de una cabeza en un ladrillo, partió al hombre en dos. A fin de inutilizar el arma del muerto que yacía junto a él, le disparó a aquélla unas cuantas ráfagas más. Cuando vio en la calle, hacia el sur, a unas personas arrastrando neumáticos y escombros para hacer una barricada, giró la torreta y disparó unas ráfagas en aquella dirección. Todos se dieron a la fuga.

Había demasiado fuego cruzado para que Othic pudiera darse cuenta de lo que ocurría. A su alrededor llovían las balas y las granadas. Veía una nube de humo y un resplandor y luego seguía con la vista el grueso arco de la granada conforme ésta ascendía a gran velocidad. Casquillos de cobre reforzados se amontonaban en torno a la torreta. Una ráfaga somalí dio en la pila y uno de los casquillos reforzados saltó hacia arriba y le golpeó en la cara. Othic se asustó cuando otras dos ráfagas les dieron a las cajas de municiones que había junto a él. Alguien la tenía tomada con él. Se puso a disparar a discreción. Había un dicho Ranger que decía: «Cuando las cosas se ponen mal, el mal es cíclico».

Eric Spalding, el amigo de Othic también originario de Missouri, estaba en uno de los camiones cinco toneladas que iba en la columna pero más atrás. Para proteger de las minas a los que viajaban en la parte posterior, el camión llevaba detrás unos sacos de arena, sin ningún armamento más. Spalding iba en el asiento del pasajero y, considerando que su mejor defensa era una buena ofensiva, empezó a disparar apenas el convoy dobló la esquina en dirección al blanco. Le dio a un somalí armado situado

en la escalera del Hotel Olympic, y, luego, los blancos llegaron tan deprisa como él podía apuntar y disparar. No había tiempo para considerar sobre lo que sucedía. El tiroteo empezó rápida y aceleradamente.

Al sargento John Burns, que iba en un Humvee detrás del camión de Spalding, le costó comprender la envergadura del combate. Tanto él como los demás rangers esperaban encontrarse con lo normal en aquellas misiones, uno o dos somalíes armados que disparaban y salían corriendo. Por consiguiente, cuando vio a un nativo que disparaba una RPG desde un numeroso grupo de mujeres, Burns saltó del Humvee para darle alcance pero se enganchó el pie en el estribo de la puerta y cayó de bruces cuan largo era sobre el polvo de la calle. Logró ponerse en pie, empezó a perseguir al hombre con el lanzagranadas RPG y, cuando lo tuvo en el campo de mira, se apoyó en el suelo sobre una rodilla y le disparó. El somalí cayó y Burns, inmerso en su papel de pequeño cazador, corrió hasta el lugar y lo agarró por la camisa con la intención de llevarlo donde estaban los prisioneros. Sin embargo, cuando empezó a arrastrar al herido, advirtió el intenso tiroteo a su alrededor y, horrorizado, vio a diez somalíes armados que doblaban la esquina del hotel.

Burns comprendió que estaba en medio de un combate de grandes dimensiones. Soltó la camisa del hombre herido y echó a correr de vuelta al Humvee, donde sus compañeros, que lo observaban estupefactos, se habían agachado y disparaban.

En el Humvee que iba detrás, el soldado Ed Kallman sintió una subida de adrenalina cuando el vehículo llegó a la esquina y se metió en plena barahúnda. Se había alistado en el Ejército en busca de impresiones fuertes después de haberse estado aburriendo mortalmente en el instituto de Gainesville, en Florida. Se empieza en el Ejército con la perspectiva del combate real, pero poco a poco la dura instrucción y disciplina de los Rangers hacen que uno acabe deseándolo. Y allí estaba. La guerra. El hecho real. Sentado detrás del volante y observando a través del parabrisas, Kallman tuvo que recordarse a sí mismo que aquello no era una película y, esta realidad, le llenó en un primer momento de un júbilo macabro e infantil. Vio una estela de humo procedente de una RPG por el rabillo del ojo y la siguió con la vista mientras pasaba velozmente por su vehículo y detonaba contra uno de los camiones cinco toneladas que tenía delante. Cuando el humo se desvaneció, vio al sargento del Estado Mayor Dave Wilson, uno de los dos únicos hombres de color de la compañía Ranger, apoyado contra el muro de una casa situada junto al camión. Wilson tenía las piernas extendidas frente a él y éstas aparecían salpicadas de sangre roja y brillante. Kallman estaba horrorizado ¡Uno de sus compañeros! Se aferró al volante y, con unas repentinas y enormes ganas de ponerse otra vez en movimiento, clavó la vista en el vehículo que tenía delante.

Desde la torreta del Humvee de cola, Othic había visto el resplandor del lanzagranadas. Hizo girar su calibre 50 y barrió el lugar derribando a un grupúsculo

de somalíes frente al tirador.

A continuación, se abatió sobre su antebrazo derecho algo que parecía un bate de béisbol. Le cogió desprevenido. Oyó el crack, sintió el golpe y, cuando bajó la vista, vio un agujero en el brazo. El hueso se había roto.

—¡Me han dado! ¡Me han dado! —gritó.

Empezó a descargar la calibre 50 de forma cíclica, disparaba sin parar por espacio de un minuto, y derribó árboles, muros y a cualquiera que se pusiera por delante, al lado o detrás de ellos, hasta que el sargento Lorenzo Ruiz se irguió en la torreta y le quitó el arma.

En el cruce donde se hallaba el sargento Eversmann las cosas seguían yendo mal para la Tiza Cuatro. El soldado Blackburn se había caído del helicóptero, habían aterrizado en un lugar alejado del objetivo y, además, obligados a quedarse allí, no alcanzaban a acceder a la posición correcta. Había mandado a cinco hombres con la litera de Blackburn y ninguno de ellos había regresado.

Para colmo, el sargento Galentine estaba herido.

Galentine era un muchacho de Xenia, Ohio, que, al finalizar el instituto, estuvo seis meses manejando una prensa en una planta de moldeado de caucho antes de decidir que había algo más que hacer. Se alistó el día que dio comienzo la guerra del Golfo, pero ésta se acabó antes de que él hubiera dado fin a la instrucción básica. Desde entonces esperaba la ocasión de un combate de veras. Tuvo un gran disgusto cuando a él y a Stebbins los descartaron de aquel despliegue. Sin embargo ahora estaba allí, por fin, en pleno combate. Le afectó de una forma extraña. Se quedó atontado. Él y su compañero, el soldado Jim Telscher, se quedaron sentados entre dos automóviles mientras los disparos levantaban polvo entre ellos. Telscher se había golpeado el rostro con su propio rifle al bajar por la cuerda rápida y tenía la boca ensangrentada. Poco a poco, las balas fueron rompiendo los cristales de los dos automóviles y reventaron los neumáticos. Galentine y Telscher permanecieron detrás de los parachoques posteriores mirándose el uno al otro con cara de tontos.

Galentine no estaba asustado. No pensaba que podían matarlo. Se limitó a dirigir su M-16 hacia alguien calle abajo, apuntó al centro y disparó varias ráfagas. El hombre se desplomó. Igual que en las prácticas de tiro, pero más guay.

Cuando empezaron a dispararles desde direcciones diferentes, él y Telscher echaron a correr hasta una callejuela adyacente. Una vez allí, Galentine se encontró frente a frente con una somalí. Corría por la callejuela y miraba horrorizada al soldado a la vez que forcejeaba con una puerta para entrar en una casa. El primer instinto de Galentine fue dispararle, pero no lo hizo. La mujer tenía los ojos abiertos de par en par. El muchacho fue objeto de una conmoción momentánea. Le puso en evidencia su estupidez. Aquello no era un juego. Había estado a punto de matar a aquella mujer. Ella abrió la puerta y se metió dentro.

Acto seguido, con el rifle sujeto al hombro por una correa que le rodeaba el cuerpo, se puso a cubierto detrás de otro vehículo en la calle principal. Escogía blancos entre un grupo de cientos de personas que caminaban en tropel por la calle y se desplazaba hacia su posición. Estaba disparando cuando notó un golpe doloroso y tan fuerte en la mano izquierda que el arma giró en torno a él. Su primer impulso fue el de enderezarla, pero cuando alargó la mano para hacerlo vio que el pulgar colgaba del antebrazo, sujeto sólo por una tira de piel.

Tomó el pulgar y lo presionó contra la mano.

—¿Estás bien, Scotty? ¿Estás bien? —preguntó Telscher.

Eversmann lo había visto, el M-16 que giraba como una peonza y unas salpicaduras junto a la mano izquierda de Galentine. Vio que éste se sujetaba la mano y luego dirigía la vista al otro lado de la calle donde él estaba.

—¡No vengas aquí! —gritó Eversmann porque había mucho fuego cruzado en el centro de la calle—. ¡No cruces!

Galentine echó a correr, aunque había oído al sargento. De alguna forma, el desgarrado líder de la escuadra situado al otro lado de la calle significaba seguridad. Corría pero no parecía avanzar, como en un sueño. Notaba los pies pesados y lentos y, si las balas zumbaban a su alrededor ni las oía ni las veía. Se arrojó al suelo el último par de metros, avanzó rodando y se apoyó contra el muro, junto a Eversmann.

El sargento seguía enfrentándose a la muchedumbre. Había unos Humvees en la calle detrás de él, frente al edificio objetivo del asalto. Delante, daba la sensación de que la mitad de la ciudad de Mogadiscio acudía en tropel y se les echaba encima. Los hombres se precipitaban en medio de la calle, disparaban ráfagas con sus AK y luego se ponían a cubierto. Veía el resplandor revelador y el humo de las RPG que les lanzaban en su dirección. Las granadas echaban humo y explotaban con una larga lengua de fuego y una deflagración destructora. Del otro lado de la calle, el calor de la explosión se desparramaba por el aire y dejaba una estela de olor a polvo cáustico que se les metía en la boca y en la nariz. En un momento dado, volaron tantos proyectiles que levantaron polvo al golpear en el suelo y mellaron los bordes de las casas, y se hizo una ola tal de estruendo y energía que el sargento podía incluso verla acercarse. Les sobrevoló un Black Hawk y Eversmann se puso en pie y extendió su largo brazo en dirección al fuego. Acto seguido, vio a un oficial de vuelo sentado en la parte trasera detrás de una metralleta y que el arma escupía ráfagas de fuego en dirección a unos grupos situados calle arriba y, por un corto espacio de tiempo, desde allí no llegó ningún proyectil. ¡Qué buenos nuestros chicos!

A la izquierda de Eversmann, el soldado Antón Berendsen estaba echado en el suelo boca abajo y disparaba un M-203, un lanzagranadas montado bajo el cañón de un rifle automático M-16. Berendsen apuntaba al este, a los somalíes que se asomaban y disparaban desde la parte posterior de las chabolas de hojalata oxidada que de vez en cuando sobresalían de los muros de piedra. Unos segundos después de que apareciera rodando Galentine, Berendsen se sujetó el hombro.

—¡Oh cielo santo! ¡Me han dado! —exclamó a la vez que levantaba la vista hacia Eversmann.

Con el brazo colgando junto al cuerpo y retirándose con la otra mano trocitos de porquería que tenía en la cara, Berendsen corrió hacia el muro y se apoyó en él junto a Galentine.

Eversmann se puso en cuclillas junto a los dos hombres y se dirigió primero a Berendsen, el cual, todavía inquieto, no dejaba de mirar el lado este del callejón.

—Ber, dime dónde te han herido —dijo Eversmann.

—Creo que me han dado en el brazo.

Berendsen alcanzó la recámara del lanzagranadas con la mano buena. No podía abrirla con una mano. Eversmann, impaciente, le abrió la recámara.

—Hay un tipo justo allí —explicó Berendsen.

Eversmann estaba muy ocupado con la herida y no levantó la vista. Mientras forcejeaba para levantar el chaleco de Berendsen y abrirle la camisa para calibrar la envergadura de la herida, el soldado, con una sola mano, disparó una ráfaga con el 203. Vio que la granada del tamaño de un puño surcaba el aire en forma de espiral hacia una chabola que estaba a unos cuarenta metros de distancia. La destruyó en medio de un gran fogonazo de luz, ruido y humo. Dejaron de salir tiros procedentes de aquel lugar.

No parecía que la herida de Berendsen fuese grave. Eversmann se volvió a Galentine, que estaba con los ojos abiertos de par en par como si hubiera sufrido una conmoción. El pulgar le colgaba bajo la mano.

El sargento cogió el trozo de dedo y se lo puso en la palma de la mano.

—Scott, sujétalo —dijo—. Mantén la mano levantada y no sueltes el pulgar, amigo.

Galentine sujetó el pulgar con los otros dedos.

—Mantén la mano en alto. Todo irá bien.

Llegó un enfermero corriendo a fin de atender al herido. Cuando vio el pulgar cortado se le cayó el vendaje de campaña al suelo. Con la mano sana, Galentine sacó un vendaje nuevo del botiquín médico y se lo dio al enfermero. La mano herida escocía. Era la misma sensación que cuando uno golpeaba mal la pelota de béisbol en un día gélido.

—No se preocupe, sargento Galentine, se pondrá bien —dijo Berendsen que sangraba junto a él.

A Eversmann sólo le quedaba el especialista Dave Diemer, un tirador SAW que estaba encarado al este. Como Diemer realizaba el trabajo de tres hombres, Eversmann fue a echarle una mano. Eversmann alzó el rifle automático M-16, distinguió a un somalí armado calle abajo y lanzó una ráfaga. Cayó en la cuenta de que era la primera vez que disparaba desde que había bajado por la cuerda.

Eversmann pensó que aquello era de locos, pero que las cosas todavía no iban demasiado mal. Hizo un esfuerzo por mantener la calma, no perder de vista cuanto sucedía. Puso una rodilla en el suelo detrás de un vehículo junto a Diemer. Pensaba a gran velocidad. Tenía tres rangers heridos, aunque sólo uno grave, y además había logrado evacuarlo. No había que temer ni por la vida de Galentine ni por la de

Berendsen.

Se rompieron unos cristales y algunos fragmentos saltaron sobre él y Diemer. Un somalí corría y se situaba en el centro de la calle a sólo un par de cientos de metros e hizo explotar el vehículo. Diemer dio un salto hasta ponerse detrás de la rueda posterior en el lado del pasajero y le disparó a su vez una rápida ráfaga. El somalí se desplomó con fuerza en la calle convertido en un montón de carne arrugada.

Eversmann le informó por radio al teniente Perino que habían herido a otros dos hombres, pero que no necesitaban ser evacuados con urgencia.

—¡Sargento Eversmann! —le llamó Telscher desde el otro lado de la calle—. Snodgrass está herido.

El soldado raso Kevin Snodgrass, el ametrallador, agazapado detrás de un coche había recibido una ráfaga que primero había impactado en el automóvil o rebotado en la calle. Eversmann vio que Telscher se inclinaba sobre Snodgrass. El ametrallador no emitía sonido alguno. No parecía que tuviera nada de cuidado.

Entonces Diemer le dio una palmada en el hombro.

—¿Sargento?

Eversmann se volvió cansinamente. En el rostro de Diemer había una expresión de pánico.

—Creo que acabo de ver que le daban a un helicóptero.

B L A C K

H A W K

D E R R I B A D O

RUTA DEL CONVOY PERDIDO

Preguntan por la dirección al helicóptero

4

Armed Forces Road

McNight y Schilling se separan temporalmente del convoy

2

Regreso a la base

5

2 veces pasan por delante

Accidente

Objetivo

Hotel Olympic

Descubren que les mandan en dirección contraria

1

El convoy espera tras el Hotel

3

Segundo Accidente

National Street

1

Mohamed Hassan Farah oyó los helicópteros que se acercaban procedentes del norte. Llegaban como siempre, a baja altura y haciendo mucho ruido. Generalmente lo hacían de noche. Sólo se oía el silbido de los rotores. No se les veía nunca a menos que se detuvieran sobre la manzana donde uno vivía. Entonces descendían tanto que el ruido golpeaba en los oídos y el impulso de los rotores arrancaba los arbustos del suelo arenoso y succionaba los tejados de hojalata de las chabolas, que salían volando por los aires en medio de un gran estruendo. Incluso entonces, los helicópteros no se podían ver más que como un difuso contorno contra el cielo oscuro. Volaban negro sobre negro, como la muerte.

En aquella ocasión, era diferente. Era de día, media tarde. Cuando los oyó, Farah fue presa del pánico y de la ira. Salió de la casa y los vio pasar velozmente agitando árboles y haciendo temblar tejados. Sabía que eran rangers porque éstos siempre iban con las botas colgando de las puertas abiertas. Contó alrededor de una docena, pero iban demasiado deprisa para asegurarlo. Vibró la tierra blanda y seca bajo sus sandalias.

A causa de un ataque con helicópteros tres meses antes, el 12 de julio (antes de que llegaran los Rangers), aún se estaba reponiendo de las heridas sufridas durante el mismo. Tanto Farah como los demás miembros de su clan se alegraron de la intervención de Naciones Unidas en diciembre del pasado año. Prometía aportar estabilidad y esperanza. Sin embargo, la misión había degenerado en odio y derramamiento de sangre. Creía que los estadounidenses actuaban engañados al proporcionar su intervención al secretario general de Naciones Unidas Boutros-Ghali, enemigo desde hacía mucho tiempo del Habr Gidr y del líder del clan, el general Mohamed Farrah Aidid. Estaba convencido de que Boutros-Ghali intentaba resurgir el Darod, un clan rival. Y, desde el 12 de julio, el Habr Gidr permanecía en guerra con Estados Unidos.

En la mañana de aquel día, los helicópteros estadounidenses QRF, diecisiete en total, rodearon la casa de Abdi Hassan Awale, llamado Qeybdid. Dentro de la vivienda, en una sala grande del segundo piso, estaban reunidos casi cien de sus hombres: miembros del clan, intelectuales, ancianos y jefes de la milicia. Había que tratar un asunto urgente. Hacía cuatro semanas que el Habr Gidr estaba bajo la vigilancia de Naciones Unidas, desde que en una sangrienta emboscada llevada a cabo por el clan murieran veinticuatro soldados paquistaníes.

El clan lo tenía muy difícil, pero estaban acostumbrados a ello. El Habr Gidr era un rival secular del Darod, el clan del ex dictador Mohamed Siad Barre, quien había gobernado Somalia bajo el terror durante veinte años. Como diplomático egipcio, Boutros-Ghali estaba en contra de las fuerzas revolucionarias de Aidid. Barre fue

derrocado en 1991, pero el Habr Gidr no pudo consolidar su poder político. Y ese mismo Boutros-Ghali, mediante Naciones Unidas, volvía a intentar derrotarlos. Así es como ellos lo veían. Por consiguiente, vivían como lo habían hecho durante muchos años, escondiéndose de los que ostentaban el poder, a la espera del momento propicio y a la búsqueda de oportunidades para atacar.

Aquel día de julio, los responsables del clan se hallaban reunidos para hablar sobre la forma de responder a la iniciativa de paz de Jonathan Howe, el almirante estadounidense retirado que dirigía la misión de Naciones Unidas en Mogadiscio. Los somalíes de mediana edad estaban sentados sobre alfombras en el centro de la sala. Los mayores se instalaron en las sillas o sofás dispuestos en torno a la estancia. Entre los ancianos presentes había líderes religiosos, ex jueces, profesores, el poeta Moallim Soyán y el más anciano de los líderes del clan, el jeque Haji Mohamed Imán Aden, de más de noventa años. Detrás de los ancianos, de pie y apoyados contra la pared, estaban los más jóvenes. Muchos vestían ropa occidental, camisas y pantalones, pero la mayoría llevaba la tradicional prenda somalí, una falda abigarrada de algodón con varias capas de tela superpuesta llamada *ma-awis*.

Eran los miembros mejor preparados culturalmente del clan. Desde que en Somalia tanto el orden como el Gobierno se derrumbaron, los intelectuales tenían poco trabajo. Por consiguiente, una reunión como aquella suponía un gran hito, una oportunidad para discutir sobre la dirección de las cosas. Aidid no estaba presente. Permanecía oculto desde que hacía unas semanas Naciones Unidas registraban y allanaban la mayoría de las casas que pudieran constituir su residencia. Qeybdid y algunos de los presentes eran sus consejeros más próximos, políticos de línea dura, hombres con las manos manchadas de sangre. Algunos eran los responsables de los ataques a las tropas de Naciones Unidas y de la masacre de los paquistaníes. También había moderados, hombres que se consideraban realistas.

Gobernar un país empobrecido como Somalia no significaba nada sin vinculaciones amigas con el resto del mundo. Los miembros del Habr Gidr eran capitalistas entusiastas. Muchos de los presentes eran hombres de negocios que deseaban reanudar el flujo de la ayuda internacional y los lazos comerciales con los poderes de Estados Unidos y Europa. Les molestaba el obstruccionismo y el juego cada vez más peligroso que se traía entre manos Aidid con Naciones Unidas. En medio del ambiente de confrontación que se vivía en Mogadiscio, no era muy probable que prevaleciesen sus argumentos, pero había personas entre los reunidos en la casa de Abdi que estaban allí para defender la paz.

Farah, un somalí de unos treinta años, calvo y hablador, formaba parte los moderados. Ansiaba cierta normalidad en su país y lazos amigos con naciones que pudieran ayudar a Somalia. Farah era ingeniero y cursó parte de sus estudios en Alemania. Veía una oportunidad en las ruinas de Mogadiscio. Ante él se abría toda

una vida de reconstrucción importante y lucrativa. Pero también estaba convencido de que quien se merecía gobernar el país (y el único que iba a desviarle valiosos contratos de ingeniería) era su compañero en el clan, Aidid. Naciones Unidas pretendían tratar a todos los señores de la guerra y a los clanes de la misma forma cuando no eran iguales.

Farah estaba en el perímetro de la sala con los más jóvenes, pero en lugar de quedarse en pie, tenía apoyada una rodilla en el suelo entre dos sofás, lo que probablemente le salvó la vida.

El misil TOW está diseñado para atravesar el casco blindado de un tanque. Se trata de un proyectil bifásico de más de una tonelada y media con aletas en el centro y detrás que arrastra un cable de cobre tan fino como un cabello. El cable permite que el TOW sea teledirigido en el vuelo de forma que pueda seguir con precisión la trayectoria del láser que va al blanco. Equipado con una carga amoldada dentro de su punta redondeada, cuando impacta arroja un chorro de plasma, cobre fundido, que arde a través de la capa exterior de su blanco, con lo cual el proyectil puede penetrar y descargar dentro toda su carga explosiva. La explosión es tan potente que desmembra a cualquiera que esté cerca, y arroja afilados fragmentos metálicos en todas direcciones.

Lo que Farah vio y oyó fueron un resplandor de luz y una violenta deflagración. Se incorporó y dio un paso adelante antes de escuchar el *whoo-osh* de un segundo proyectil. Otro resplandor y otra explosión. Fue arrojado al suelo. La estancia se llenó de un humo denso. Intentó avanzar pero los cuerpos le bloqueaban el camino, una pila sangrienta de un metro de alto formada por hombres y fragmentos humanos. Entre los que murieron instantáneamente, estaba el nonagenario jeque Haji Imán. A Farah le asombró ver, a través del humo, que Qeybdid, sangrando y quemado, seguía de pie en el centro de la carnicería.

En otro lado de la sala, la onda explosiva había dejado a Abdullahi Ossoble Barre aturdido. Tenía la sensación de que los hombres que estaban más cerca de la explosión se habían evaporado. En cuanto recuperó la presencia de ánimo, se puso a buscar a su hijo.

Aquellos que sobrevivieron al primer estallido, palpaban a tientas la pared en busca de la puerta cuando estalló el segundo misil. La atmósfera, llena de humo oscuro, olor a pólvora, sangre y carne quemada, estaba muy viciada. Farah encontró la escalera, se incorporó y, apenas puesto el pie en el primer escalón, explotó un tercer proyectil que desintegró la caja de la escalera. Bajó a trompicones hasta el primer piso. Aturdido, se sentó y se tocó en busca de huesos rotos o alguna herida. Vio que sangraba de una enorme abertura en el antebrazo. Sentía un dolor lacerante en la espalda, donde la metralla le había perforado en varios puntos. Avanzó a gatas. Encima de él, se produjo otra explosión. Luego otra y otra. En total los proyectiles

lanzados fueron dieciséis.

Barre encontró a su hijo con vida, atrapado en el piso de arriba, bajo un montón de cuerpos mutilados. Empezó a tirar de los hombres para sacarlos de allí y parte de sus cuerpos quedaron en sus manos. Logró liberar a su hijo, quien estaba semiinconsciente, con gran esfuerzo y tirando de las piernas. Como advirtieron entonces que los estadounidenses de los helicópteros estaban tomando la casa por asalto, él y su hijo se quedaron quietos en medio de aquella carnicería y fingieron estar muertos.

Farah se arrastró hasta que encontró una puerta que diera al exterior. Vio que uno de sus compañeros salía corriendo de la casa, y en el cielo los helicópteros, Cobras en su mayoría, pero también algunos Black Hawks. El cielo estaba plagado de ellos. Unas estelas rojas salían de las pequeñas ametralladoras de los Cobras. Farah y quienes se hallaban en la puerta tenían que tomar una decisión. A algunos les sangraba la boca y los oídos. Podían quedarse en la vivienda en llamas o desafiar en el exterior las armas de los helicópteros.

—Salgamos juntos —propuso uno de los hombres—. Algunos sobreviviremos y otros moriremos.

En los tres meses transcurridos desde entonces casi se había recuperado de las heridas. Pero en aquellos momentos, mientras oía la fuerza de helicópteros estadounidenses que retumbaban sobre su cabeza, recordó la conmoción, el dolor y el terror. La rabia se apoderaba de él y de sus amigos cuando lo recordaban. Era positivo que el mundo interviniese para alimentar a los hambrientos, e incluso que Naciones Unidas ayudaran a que Somalia consiguiera un gobierno pacífico. Pero mandar a los Rangers estadounidenses a lanzarse sobre su ciudad matando y secuestrando a sus líderes, eso era demasiado.

Bashir Haji Yusuf oyó los helicópteros mientras se encontraba en su casa con unos amigos; mascaban *khat* y disfrutaban del *fadikudirir*, las tradicionales horas vespertinas dedicadas a discusiones entre hombres, debates y risas. Aquel día estaban hablando de «la situación», que era prácticamente de lo único que hablaban. Sin Gobierno, sin tribunales, sin ley y sin universidades, en Mogadiscio no había trabajo para los abogados, pero Yusuf nunca carecía de argumentos.

Se pusieron en pie para ir a mirar. También Yusuf vio las piernas colgando y supo que se trataba de Rangers. Todos ellos despreciaban a los Rangers y a los Black Hawks, cuya presencia sobre la ciudad parecía sempiterna. Volaban en grupos, a todas las horas del día y de la noche; picaban y volaban tan bajo que destruían barrios enteros, derribaban los puestos de los mercados y aterrorizaban al ganado. A las mujeres que caminaban por la calle se les levantaban los amplios y abigarrados vestidos. La fuerte corriente de aire que provocaban llegaba incluso a arrancar a los niños de los brazos de sus madres. En una de las batidas, una mujer estuvo gritando

frenéticamente por espacio de casi media hora hasta que llegó un intérprete para escuchar y explicar que los helicópteros al aterrizar habían hecho que su hijo cayera al suelo. Los nativos se quejaban de que los pilotos se quedaban suspendidos de forma deliberada sobre las duchas y los lavabos públicos que carecían de tejado. Los Black Hawks bajaban en picado hasta las rotondas de mucho tráfico y creaban una enorme confusión, luego se impulsaban hacia arriba dejando a la gente abajo envuelta en polvo y exhausta. Los habitantes de Mogadiscio se sentían maltratados y acosados.

A Yusuf los estadounidenses le habían decepcionado. Había cursado parte de sus estudios en Estados Unidos y tenía muchos amigos allí. Lo que más le preocupaba era que él sabía que lo hacían con buena intención. Sabía que sus amigos de Carolina del Sur, donde había asistido a la universidad, veían en esta misión de Somalia un esfuerzo para poner fin al hambre y al derramamiento de sangre. Ellos no veían nunca lo que sus soldados realmente hacían en la ciudad. ¿Cómo iban a cambiar las cosas aquellas sangrientas incursiones de los Rangers? «La situación» era tan vieja y tan complicada como su propia vida. La guerra civil había destruido toda apariencia con el antiguo orden de las cosas. En aquella nueva y caótica Somalia, las inestables alianzas y los odios de sangre entre los clanes y subclanes eran como los dibujos que el viento esculpía en la arena. A menudo, ni el propio Yusuf comprendía qué sucedía. ¿Y ahora aquellos estadounidenses, con sus helicópteros, sus armas dirigidas por láser y los Rangers con sus tropas de choque iban a solucionarlo todo en unos pocos días? ¿Capturarían a Aidid y todo iba a ir bien? Trataban de destruir un clan, la organización social más antigua y eficiente conocida por el hombre. ¿No se daban cuenta los estadounidenses de que, por cada jefe que capturasen, docenas de hermanos, primos, hijos y sobrinos se disponían a ocupar su lugar? Los obstáculos no hacían más que fortalecer la determinación del clan. Aun en el supuesto de que el Habr Gidr quedara reducido o destruido, ¿no se conseguiría con esto elevar al clan que le siguiera en importancia? ¿O esperaban los estadounidenses que en Somalia, de repente, surgiese una democracia jeffersoniana hecha y derecha?

Yusuf sabía que no tenía sentido la displicencia —o rabia— de que hacía gala la emisora de Aidid, cuando decía que Naciones Unidas y los estadounidenses habían ido a colonizar Somalia y querían quemar el Corán. Sin embargo, en los meses transcurridos desde el ataque a la casa de Abdi, había llegado a compartir la rabia popular hacia las fuerzas estadounidenses. El 19 de septiembre, después de que una banda de somalíes atacara a un grupo de ingenieros que formaban parte de un equipo de bulldozers de la 10.^a División de Montaña, los helicópteros Cobra pertenecientes al QRF lanzaron misiles TOW y fuego de cañones al gentío que acudió en tropel al oír los gritos, y mataron a cien personas. Los helicópteros eran una presencia temida en la ciudad. Yusuf recordaba que, una noche, estaba en la cama con su mujer embarazada, cuando llegaron los Black Hawks. Uno de ellos quedó suspendido

encima de su vivienda. Las paredes temblaron, el ruido era ensordecedor y él temió que el tejado, al igual que otros en la ciudad, fuese succionado. En medio del estrépito, su esposa cogió su mano y se la colocó sobre el vientre.

—¿Lo notas? —preguntó.

Percibió las patadas de su hijo en su seno, como si se debatiera asustado.

Como además de ser abogado hablaba inglés, Yusuf fue el encargado de liderar el grupo de nativos para extender una queja formal a la base de Naciones Unidas. Les dijeron que no podían hacer nada respecto a los Rangers. No estaban bajo la jurisdicción de Naciones Unidas. No se tardó en culpar a los Rangers de cualquier muerte asociada con la lucha entre ellos. Los somalíes decían en broma con amargura que Estados Unidos habían ido a llevarles comida con el simple propósito de cebarlos para el sacrificio.

Yusuf vio que la escuadra aérea reducía la velocidad a dos kilómetros de distancia, al norte, Sobre el mercado Bakara. Si se dirigían al mercado, se produciría un gran desastre. Los helicópteros sobrevolaban en círculo el Hotel Olympic.

En aquel momento, oyó que empezaba el tiroteo.

2

Casi todos los Rangers vieron desplomarse al *Súper Seis Uno*.

El soldado John Waddell, el ametrallador de la SAW en la Tiza Dos, había empezado a relajarse, más o menos, en la esquina noreste. Escuchaba las detonaciones de los tiros en las otras posiciones de las tizas en torno al edificio blanco del asalto, pero después de que Nelson, operador de una ametralladora M-60, acabara con aquel grupo de somalíes, había vuelto la tranquilidad a su posición. Waddell oyó que el teniente DiTomasso decía por radio que se preparaban para subir a los vehículos, lo que significaba que los chicos D debían de haber terminado su tarea en la vivienda objetivo. Cuando estuviera de vuelta en la base todavía le quedarían un par de horas de luz, tiempo suficiente para encontrar un lugar soleado en lo alto de un contenedor Conex y terminar la novela de Grisham.

En aquel momento se produjo una explosión en el cielo. Waddell miró hacia arriba y vio que un Black Hawk se retorció de forma extraña en pleno vuelo.

—¡Eh! ¡Aquel helicóptero se cae! —gritó uno de los hombres al otro lado de la calle.

—¡Han derribado un helicóptero! —gritó Nelson.

Lo había visto todo: El fogonazo de la granada propulsada por cohete que le dio al Black Hawk *Súper Seis Uno* que estaba encima de él.

Todos escucharon el estruendo. Se resquebrajó la cola con el fogonazo y el rotor dejó de girar en medio de un rechinamiento horrible seguido de un estentóreo *chug-chug-chug*. El helicóptero siguió avanzando pero luego se estremeció y empezó a descender en barrena. Primero lentamente, luego cobrando velocidad.

3

Ray Dowdy notó una sacudida, nada importante, aunque sí lo bastante fuerte para que diese un brinco en su asiento situado detrás de la metralleta en la parte izquierda del *Súper Seis Uno*. Dowdy llevaba una tercera parte de su vida dedicado a mantener y volar helicópteros del Ejército. Conocía los Black Hawks casi mejor que nadie en el mundo, y el golpe no le pareció demasiado grave.

Probablemente había sido una RPG. Desde que los chicos D habían accedido a bordo mediante cuerdas, la atmósfera se había densificado a causa de las estelas de humo, lo que suponía una preocupación creciente. El Black Hawk de la QRF caído la semana anterior había sido alcanzado por una RPG. Se incendió por el impacto. Este incidente hizo que se reconsiderase la forma en que se hacían las cosas, incluso aunque no se produjera percance alguno en las seis misiones previas del destacamento especial. Algunos pilotos reclamaban más flexibilidad, pero sus mandos querían que no se apartaran de las normas.

El suboficial jefe Cliff Wolcott, el piloto del *Súper Seis Uno*, no se quejaba por cualquier cosa. Con su imperturbable calma se había ganado el apodo de «Elvis», por esto y por ser un fan incondicional del último y fallecido ídolo del rock. En la puerta de su cabina había pintada una tosca caricatura del perfil de Elvis Presley, y debajo las palabras «Terciopelo Elvis». Era un piloto de gran popularidad. Él y la tripulación del Black Hawk decidieron embarcarse en varios safaris aéreos no autorizados y, después de matar y descuartizar a un jabalí de ochenta kilos de peso (Wolcott ayudó a esconder el cadáver de los comandantes), volvieron a salir y mataron a una docena más para organizar una barbacoa sorpresa para el destacamento especial. Hubo un tiroteo tan intenso con ocasión de aquella cacería que un francotirador hizo un agujero en el rotor del helicóptero. Wolcott cargó con las culpas, pero no le importó, porque el asado de jabalí supuso un gran acontecimiento para los muchachos, que llevaban más de un mes comiendo comida preparada o de la cafetería. Wolcott les trajo un antílope de ochenta kilos y tenía previsto hacer un trofeo con la cabeza. Wolcott era el tipo de piloto que se quejaba a sus oficiales de vuelo diciéndoles que a él le gustaría cambiarse por ellos: «Yo tengo que pilotar el helicóptero mientras vosotros, tíos, os lo pasáis en grande ahí detrás».

Sus hazañas eran legendarias. Había volado en misiones secretas adentrándose cientos de kilómetros tras las líneas enemigas en Irak durante la guerra del Golfo, teniendo que repostar en vuelo e infiltrando tropas en busca del emplazamiento de los misiles SCUD propiedad de Saddam Hussein.

Cuando explotó la granada, el *Súper Seis Uno* orbitaba a baja altura sobre el objetivo, iba a una velocidad que oscilaba entre cincuenta y setenta nudos y procuraba no sobrevolar las mismas calles a cada vuelta.

Detrás iban Dowdy, el otro oficial de vuelo, el sargento del Estado Mayor Charlie Warren y cuatro tiradores sentados sobre unos bidones de municiones. Estaban muy ocupados seleccionando blancos en tierra, los oficiales de vuelo con las metralletas y los tiradores con sus rifles de reglamento. Al principio sólo disparaban a los somalíes armados que se dirigían hacia la zona cercana al blanco, pero a medida que se intensificó el volumen del tiroteo, empezaron a apuntar a cualquiera que llevara un arma. Como la mayoría de los hombres armados permanecían en medio del gentío, Dowdy no tardó en barrer a grupos enteros de *sammies*.

Le parecía justificado. Cuando cayó el Black Hawk de la QRF, la turba somalí mutiló los cadáveres de los oficiales de vuelo. Dado que aquélla era la primera misión desde entonces, y como tripulante de un Black Hawk, Dowdy estaba en plena revancha. Cada vez que veía que un somalí caía bajo sus armas, él gritaba el nombre de uno de los hombres muertos en aquel suceso aéreo, algo que había prometido hacer solemnemente. Dowdy no era muy selectivo con respecto a sus blancos. Se imaginaba que, llegado aquel punto, cualquiera que se estuviera dirigiendo hacia el lugar del combate no lo hacía para llevar flores.

Mató a un somalí con los mejores disparos de toda su vida. Una ráfaga le dio al hombre en la nalga izquierda y la otra se desparramó por la parte derecha del pecho. El somalí echó a correr, pero luego se tambaleó, dejó caer el arma y se desplomó en la calle.

—*Buen disparo, Ray* —le dijo el piloto Wolcott por el intercomunicador.

Cuando estaba a punto de quedarse sin municiones, después de lanzar miles de ráfagas, Dowdy se inclinó hacia la parte derecha del avión, donde iba Warren, para coger más de los bidones de su compañero.

—Ey, he detectado a un tipo que iba con una RPG —dijo Warren—. Está a las cinco dirigiéndose a las seis.

Esto significaba, teniendo en cuenta que el helicóptero giraba a la izquierda, que el tipo debía de aparecer en el lado de Dowdy de un momento a otro. Sin embargo, este último no podía distinguirlo.

—¿Está junto a una casa o algo que me puedas describir?

Warren iba a contestar cuando notaron la sacudida. Dowdy, después de aquel par de segundos pensando que todo iba bien, supo que tenían problemas cuando el helicóptero empezó a descender en barrena. Se agarró al asiento y miró en dirección a la cabina. Dowdy sabía que el procedimiento correcto de emergencia cuando era alcanzado un rotor de cola consistía en tirar de las palancas del control eléctrico para apagar los motores. Así se eliminaba el momento de torsión que hacía que la aeronave girara en la dirección contraria a los rotores.

Oyó que Elvis le preguntaba al copiloto, el suboficial jefe Donovan *Toro* Briley:

—¡Eh, Toro! ¿Vas a apagar los motores o qué?

Wolcott lanzó esta pregunta en la forma burlona que le caracterizaba. Briley ya estaba tirando de las palancas. Y lo hizo con tanta fuerza que se sacudió todo el aparato.

Seguían bajando en barrena. El segundo giro en redondo fue más violento. Todo sucedía en segundos, pero a Dowdy le pareció mucho más largo.

Elvis retransmitió por última vez.

—*Seis Uno cayendo.*

Dowdy y Warren les gritaron a los chicos D que estaban detrás que se pusieran delante y aguantaran. Los oficiales de vuelo iban sentados donde podían absorber parte del impacto, pero los tiradores se hallaban sentados sin respaldo y, por consiguiente, sin protección. El impacto podía romperles la columna vertebral. Los operadores se arrastraron fuera de los bidones de municiones y se despatarraron en el suelo, lo mejor para que el impacto no les diese de lleno en el cuerpo. A medida que los giros se volvían más rápidos, buscaban algo donde agarrarse. El sargento primero Jim Smith, se sujetó con una mano a una barra situada detrás del asiento de Warren y, en aquel momento, el cada vez más acelerado giro hizo que los pies le salieran volando por la puerta. Se dislocó el brazo en medio de un gran dolor, pero él aguantó firme.

Dowdy miró hacia abajo y observó que no llevaba abrochado el cinturón de seguridad.

El helicóptero golpeó el tejado de una casa; luego capotó con fuerza para estrellarse de bruces en la calle y quedarse volcado sobre el lado izquierdo.

Mudo de asombro, Nelson vio caer el helicóptero.

—¡Oh, cielo santo! ¡Chicos, mirad esto! —gritó—. ¡Mirad! —¡Oh Dios! —susurró Waddell, quien resistió a la tentación de ponerse en pie y mirar la caída del helicóptero y se limitó a volverse para mirar por el rabillo del ojo.

—¡Ha caído! ¡Se ha estrellado! —gritó Nelson.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el teniente DiTomasso a la vez que se acercaba corriendo.

—¡Acaba de caer un helicóptero! —contestó Nelson—. Tenemos que ir. ¡Tenemos que ir ahora mismo!

La noticia se propagó rápidamente por la radio, voces que se superponían con la mala noticia. No se fingía ya la inexpresiva calma militar, aquella monotonía obligatoria que transmitía *todo bajo control*. Se elevaron voces cargadas de sorpresa y temor.

—*¡Se ha estrellado un Black Hawk! ¡Se ha estrellado un Black Hawk!*

—*¡Se ha estrellado un helicóptero en la ciudad! ¡El Seis Uno!*

—*¡Le ha dado una RPG!*

—*¡El Seis Uno!*

—*Se ha estrellado un helicóptero, al noreste del blanco. Tenéis que ir hasta allí y comprobar lo que ha ocurrido.*

—*¡Roger, un helicóptero abatido!*

Era algo más que un accidente de helicóptero. Ponía en duda la creencia que tenía el destacamento especial de que eran justificadamente invulnerables. Los Black Hawks y los Little Birds eran su triunfo en aquel lugar dejado de la mano de Dios. Eran los helicópteros, más que los rifles y las ametralladoras, lo que mantenía alejada a la turba. ¡Los somalíes no podían derribarlos!

Pero habían sido testigos de ello, habían visto que el helicóptero descendía en barrena, que se estrellaba, que uno de los chicos D caía con las piernas al aire sujeto sólo por una mano.

El *Súper Seis Uno* rompió el tejado de la casa de Abdiaziz Alí Aden al estrellarse. Éste era apenas un adolescente con cabello abundante y espeso y brillante piel negra; uno de los once hijos de la familia, de los cuales ocho vivían todavía en la casa situada a seis manzanas al este del mercado Bakara. El domingo por la tarde casi todos se quedaban en casa huyendo del ardiente sol, y hacían la siesta o descansaban después de haber comido tarde.

Aden oyó los helicópteros acercarse a baja altura, tan baja que arrancó el gran árbol que había en el patio central de la casa de piedra. Luego oyó los disparos al oeste, cerca de Hawlwadig, la avenida que pasaba delante del Hotel Olympic a tres manzanas de distancia. Echó a correr en dirección al estruendo, cruzó la calle Marehan donde se hallaba su vivienda y luego tomó la calle Wadigley manteniéndose junto a los edificios de la parte norte de aquélla. El cielo estaba negro a causa del humo. A medida que se acercaba al hotel, se oían cada vez más fuertes los tableteos y los estallidos de las armas de fuego. Había helicópteros encima de él, de algunos salían lenguas de fuego procedentes de las armas. Corrió dos manzanas con la cabeza agachada y pegado a la pared, hasta que vio los camiones y los Humvees estadounidenses, que llevaban ametralladoras y disparaban en todas las direcciones.

Los rangers iban con equipos de protección corporal y cascos con gafas. Aden no podía ver ninguna parte de ellos que pareciese humana. Eran como guerreros futuristas salidos de una película estadounidense. La gente corría como loca en busca de un lugar donde esconderse. Había una fila de somalíes esposados a quienes hacían subir a unos camiones. En la calle, somalíes muertos y un burro tumbado de lado cuya carretilla con agua estaba volcada pero todavía sujeta a él.

Se sintió aterrorizado. Conforme empezaba a emprender el camino de vuelta a su casa, un Black Hawk pasó por encima de él volando a ras de los tejados. Levantó una ruidosa ráfaga de viento y el remolino causado por sus rotores barrió la callejuela polvorienta como si de un violento huracán se tratara. A través del polvo así levantado, Aden vio que un miliciano somalí con una RPG se introducía en la callejuela y se agachaba apoyándose sobre una rodilla.

El miliciano esperó a que el helicóptero hubiera pasado. Acto seguido apuntó el cañón hacia arriba y le disparó a la aeronave por detrás. Aden vio que del extremo del cañón salía un gran fogonazo y, a continuación, observó que la granada ascendía e iba a explotar en la parte posterior del helicóptero rompiéndose como consecuencia la cola. Empezó a girar sobre sí mismo y estaba tan cerca que él podía ver al piloto dentro que se debatía con los mandos. Estaba inclinado hacia Aden cuando golpeó el tejado de su casa en medio de un gran estruendo. Luego, también con una gran y sonora explosión y envuelto en una densa nube de polvo, se estrelló en la calle y se

quedó tumbado de lado.

Ante el temor de que la vivienda hubiera quedado derruida y su familia hubiese muerto, echó a correr hacia allí. Encontró a sus padres y hermanos atrapados bajo una ancha hoja del techo de hojalata. Habían podido salir fuera y estaban contra la pared oeste cuando el helicóptero pasó golpeando el tejado y éste se derrumbó sobre ellos. No estaban gravemente heridos. Aden se abrió paso por delante del enorme armazón negro del helicóptero derribado que, al haber caído de lado, era la parte inferior del casco y lo que él veía. Ayudó a retirar el tejado que había caído sobre su familia. Como tenían miedo de que el helicóptero explotase, echaron a correr por la calle Marehan, una calle ancha, polvorienta y llena de baches donde se hallaba su casa, hasta la vivienda de un amigo situada tres puertas más arriba.

Cuando, transcurridos unos minutos, no se produjeron ni explosión ni llamas, Aden volvió a la casa para controlar. En Mogadiscio, si uno dejaba la casa abierta y sin vigilancia corría el riesgo de que se la saquearan. Entró por la puerta principal y se detuvo en el patio junto al árbol arrancado. El muro que daba a la calle donde se había estrellado el helicóptero era ahora un montón de piedras y escombros polvorientos. Aden vio que un soldado estadounidense saltaba fuera del fuselaje de la aeronave, y luego otro armado con un rifle automático M-16. Se volvió y salió corriendo por la puerta hasta un Volkswagen verde aparcado junto al muro en la misma calle donde se había estrellado el helicóptero. Se metió a gatas debajo de él y se hizo un ovillo.

El soldado estadounidense vio a Aden al doblar la esquina, lo miró con mayor detenimiento, sin duda para comprobar si iba armado, y luego siguió su camino. Se detuvo cerca de la parte frontal del coche (Aden habría podido tocarle las botas al soldado) y apuntó el arma a un somalí armado con un M-16 situado al otro lado de la calle. Los dos hombres dispararon al unísono pero no cayó ninguno. Al somalí se le encasquilló el arma y el estadounidense no disparó. Cruzó corriendo la calle Marehan, para acercarse más, y le disparó. La bala fue a parar a la frente del somalí. El estadounidense se aproximó y, a pesar de que el otro se hallaba desplomado en el suelo, le disparó tres veces más.

En el intervalo, procedente de una callejuela junto a la casa, llegó corriendo una robusta mujer somalí, delante del soldado. Este, sobresaltado, disparó el arma. La mujer cayó de bruces, desplomándose como un saco y sin poder siquiera extender los brazos para frenar la caída.

Empezaron a llegar más somalíes armados que disparaban al estadounidense, quien se apoyó en el suelo sobre una rodilla y les disparó a su vez; muchos cayeron, pero las balas somalíes también le alcanzaron.

Otros salían de sus escondites para dirigirse hacia el lugar del accidente. Un helicóptero aterrizó en la misma calle Marehan y los somalíes se dispersaron. Parecía

imposible que un helicóptero pudiera caber en un lugar tan reducido Era uno de los pequeños. El ruido del helicóptero era ensordecedor y levantó polvo a su alrededor. Aden no podía respirar. Después el tiroteo se intensificó.

Uno de los pilotos estaba asomado fuera del aparato y apuntaba su arma hacia el sur, a la cumbre de la colina. Otro corrió desde el helicóptero hasta el que se había estrellado. El tiroteo se intensificó todavía más. El estruendo era tal que el ruido del helicóptero y de las armas no era más que un estallido continuo. Las balas le dieron al viejo coche y lo acribillaron. Aden se encogió todavía más y deseó que se le tragase la tierra.

6

Las cámaras de los tres helicópteros de observación captaron el desastre en primer plano y a color. El general Garrison y su equipo miraban las pantallas en el Centro de Operaciones. Vieron avanzar al Black Hawk de Wolcott lentamente, una sacudida y una humareda cerca del rotor de cola, la caída del *Súper Seis Uno* con unas rotaciones violentas y dos giros lentos en dirección de las agujas del reloj con el morro hacia arriba hasta que la parte inferior chocó contra el tejado de una casa de piedra y se estrelló de frente con mucha violencia. El impacto hizo que los rotores principales se rompieran y saltaran por los aires. El casco del Black Hawk acabó tumbado de lado contra el muro de una estrecha calle en medio de una nube de polvo.

Como todo transcurrió en un breve intervalo de tiempo, nadie pudo considerar las implicaciones del accidente, pero la sensación tenebrosa de que todo estaba perdido que invadió a los oficiales pendientes de la pantalla iba más allá de la inmediata suerte de los hombres que iban a bordo.

Habían perdido la iniciativa. La única forma de recuperarla consistía en intensificar la fuerza en el lugar del suceso, pero ello requería tiempo y maniobras, lo cual significaba bajas. Ya había bajas en el helicóptero derribado. No había tiempo para reflexionar sobre las causas o las consecuencias. Si la aeronave de Elvis había caído incendiada, lo único que podía hacer el general por el momento era evacuar a todo el mundo con los prisioneros tal como estaba planeado y montar una segunda misión para recoger los cuerpos y asegurarse de que el helicóptero quedaba destruido por completo, porque había objetos delicados que el Ejército no quería que cayesen en manos de nadie.

Pero al ver que los hombres salían trepando de lo que quedaba y que la improvisada batalla proseguía en sus inmediaciones, Garrison casi saltó de alegría. Los siguientes pasos formaban parte de una contingencia ensayada con anterioridad. Otro Black Hawk iba a ocupar el lugar del *Súper Seis Uno* en la zona del blanco, y la aeronave del CSAR se acercaría para desembarcar a su equipo. Quince hombres tendrían por misión prestar asistencia médica de emergencia y proteger a los supervivientes de la catástrofe, pero no podrían entretenerse mucho pues se estaban acercando al lugar del suceso montones de somalíes procedentes de todas las direcciones. Para controlar la situación iban a hacer falta todos los hombres que había en tierra. La misión había sido proyectada con la velocidad como imperativo básico: llegar rápidamente, marcharse rápidamente. Ahora estaban atrapados. Toda la tropa que estaba en el edificio objetivo del asalto y en el convoy iba a tener que luchar para abrirse camino hasta el lugar del suceso. Tenían que moverse de prisa, antes que las fuerzas de Aidid llegaran allí y los cercaran. En caso de que esto ocurriera, no habría esperanza ni para los supervivientes del accidente ni para el equipo del CSAR. La

Fuerza Delta y los Rangers eran lo mejor que podía ofrecer el Ejército. Había llegado el momento de ser puestos a prueba.

Resultaba fácil imaginar que cualquier otra fuerza compuesta de ciento cincuenta hombres atrapados en una ciudad hostil y sitiados por un populacho fuertemente armado habría tenido muy pocas posibilidades de sobrevivir. Estaban en el ojo del huracán. Los observatorios aéreos mostraban neumáticos en llamas que lanzaban negras columnas de humo por todo el perímetro de la zona en contienda. Varios miles de somalíes armados se dirigían en tropel hacia aquellas estelas procedentes de todas direcciones, motorizados y a pie. Levantaban barricadas, cavaban trincheras en las calles, y armaban trampas para los vehículos estadounidenses en un intento de sitiarlos. Las calles que rodeaban al objetivo y al lugar del suceso ya estaban atestadas. El círculo se cerraba.

Se ordenó a las tropas de la 10.^a División de Montaña de la ciudad que se movilizaran de inmediato. Se preveía una buena lucha armada.

—Debemos ir —le dijo Nelson al teniente DiTomasso—. Tenemos que ir sin pérdida de tiempo.

Desde la posición del Tiza Dos en la esquina nordeste del edificio blanco del asalto, Nelson podía determinar muy bien dónde se había estrellado el *Súper Seis Uno*. Veía a montones de somalíes corriendo en aquella dirección.

—No, tenemos que quedarnos aquí —replicó el teniente.

—Hay miles de personas allí —argumentó Nelson, para quien el inminente desastre podía más que la deferencia por el rango.

—No te muevas —dijo DiTomasso.

—Voy —replicó Nelson.

Al otro lado de la calle se asomaban armas a una ventana y, en aquel momento, advirtió que dos chicos somalíes corrían y que uno de ellos llevaba algo en la mano. Nelson se apoyó en el suelo con una rodilla y disparó una ráfaga con la M-60. Los dos muchachos cayeron. Uno llevaba un bastón. El otro se puso en pie y se alejó cojeando en busca de refugio.

El especialista Waddell sentía la misma necesidad de correr al lugar del suceso. Habían oído hablar de la forma en que los somalíes mutilaban los restos mortales de los hombres derribados del otro Black Hawk. Decidieron que nunca más volvería a pasarles una cosa semejante a sus muchachos.

DiTomasso sujetó a Nelson. Consiguió contactar con el capitán Steele por radio.

—Sé adonde está. Voy para allí —dijo el teniente.

—No, espera —replicó Steele.

Comprendía la prisa por ayudar, pero si el Tiza Dos se marchaba, el perímetro del edificio asaltado quedaría descompuesto. Intentó conectar con la red de mandos, pero las ondas estaban ocupadas y no oía nada. Esperó quince segundos.

—¡Tenemos que ir! —le gritó Nelson a DiTomasso—. ¡Ya!

Se disponía a echar a correr cuando contestó Steele.

—De acuerdo, id para allá —le dijo a DiTomasso—. Pero que alguien se quede.

—¡Está bien, Nelson! —gritó—. Marchaos.

Algunos hombres corrieron en pos de Nelson, pero el teniente fue detrás y retuvo al sargento Yurek en medio de la calle. Tenía previsto dejar allí a la mitad del tiza.

—Te quedas aquí defendiendo el puesto —le dijo a Yurek.

Ocho Rangers se desplazaron al trote. DiTomasso alcanzó a Nelson y a su M-60 a la cabeza. Waddell iba en la retaguardia con su SAW. Avanzaban con las armas en alto y listas. Conforme corrían, los somalíes les disparaban descontrolados desde las ventanas y las puertas, pero sin acertar. A medio camino de su carrera hacia el este, Nelson se agachó, se apoyó sobre una rodilla y abrió fuego sobre el gentío que se

desplazaba paralelamente a ellos pero una manzana al norte.

Cuando doblaron la esquina tres manzanas más arriba, se encontraron con una amplia calle de tierra que bajaba hasta el cruce de la callejuela donde se hallaba el *Súper Seis Uno*. Ante el asombro de Nelson, delante de ellos, había aterrizado un Little Birds. Sus rotores giraban en un espacio tan pequeño que las puntas se encontraban tan sólo a unos centímetros de los muros de piedra.

Los suboficiales jefes, Keith Jones y Karl Maier, que pilotaban el *Little Bird Estrella Cuatro Uno*, buscaron y encontraron el *Black Hawk* derribado minutos después de que cayera. Por lo aplastada que estaba la parte delantera de la aeronave, pensaron que probablemente tanto Elvis como Toro estaban muertos. Jones vio a uno de los soldados, el Staff sergeant Daniel Busch, apoyado contra una pared, le sangraba el estómago y se hallaba rodeado de varios somalíes que estaban tumbados en el suelo.

Habría resultado más fácil aterrizar en el amplio cruce cerca de Busch, pero Jones no quería ser un blanco desde cuatro direcciones diferentes. Hizo avanzar el helicóptero por la calle entre dos casas de piedra y lo posó en una pendiente. Él y Maier dieron una sacudida cuando tocaron tierra.

Apenas aterrizaron, se les acercaron unos *sammies*. Los dos pilotos abrieron fuego con los revólveres que llevaban. Entonces, el sargento Smith, el operador que había estado colgado de una mano mientras el *Black Hawk* caía, y el segundo de los dos soldados que Abdiaziz Alí Aden había visto salir del avión estrellado (Busch había sido el primero) aparecieron junto a la ventanilla de Jones.

Por encima del estruendo, el primero formó con los labios las siguientes palabras dirigidas a Jones:

—Necesito ayuda.

El brazo le colgaba flácido. Jones saltó fuera y siguió a Smith hasta el cruce después de indicarle a Maier que debía controlar la aeronave y cubrir la parte alta de la callejuela.

En aquel momento, el teniente DiTomasso y sus hombres doblaron la esquina y se encontraron cara a cara con el *Little Bird*. Maier estuvo a punto de dispararle al teniente. Cuando el piloto bajó el arma, DiTomasso, asombrado, se dio una palmada en el casco para indicar que quería el recuento de las bajas.

Maier le indicó mediante un gesto que no lo sabía.

Nelson y el resto de rangers corrían pendiente abajo y se enganchaban bajo las hélices del *Little Bird*. Nelson vio a Busch una manzana más abajo recostado en un muro con una herida bastante fea en el estómago. El tirador Delta tenía la SAW sobre el regazo y una pistola del calibre 45 en el suelo, frente a él. Cerca había somalíes inermes. Busch, profundamente religioso, le dijo a su madre antes de marcharse a Somalia: «Un buen soldado cristiano no está más que a un piñoneo del cielo». Nelson reconoció en él al muchacho que tan bien jugaba al scrabble y ganaba a los contendientes en la base. Un pobre chico perdió cuarenta y una partidas seguidas con él. Su regazo era ahora una masa sanguinolenta, su rostro estaba blanco como el papel.

Nelson disparó a uno de los somalíes que todavía respiraba, y se agazapó detrás de los cuerpos para protegerse. Cogió la pistola del calibre 45 de Busch y la guardó en el bolsillo. El enorme casco del Black Hawk estaba a su derecha en el callejón, al otro lado de la calle. Los somalíes que trepaban al avión se dieron a la fuga apenas vieron que los rangers doblaban la esquina.

Mientras el resto de la escuadra se dispersaba para formar un perímetro, Jones y Smith arrastraron el cuerpo flácido de Busch hacia el Little Bird. Jones ayudó a Smith a subir al reducido espacio detrás de la cabina, luego se agachó, aupó a Busch y lo atendió sobre las rodillas de Smith. Jones le aplicaba los primeros auxilios y Smith rodeaba con sus brazos al tirador Delta más gravemente herido que él.

Habían dado a Busch bajo la placa de acero del equipo de protección corporal que cubría el vientre. Tenía los ojos grises y desorbitados. Jones sabía que no se podía hacer nada por él.

El piloto bajó para subir de nuevo a su asiento. Oyó por la radio al comandante de las Fuerzas Aéreas Matthews desde el helicóptero C2.

—*Cuatro Uno. Sal de ahí. Sal inmediatamente.*

Jones tomó la palanca de mando y le dijo a Maier:

—Ya lo tenemos. —Y por la radio—: *Cuatro Uno llegando.*

Bajo el zumbido constante de los rotores, el suboficial jefe Mike Durant distinguió la voz de su amigo Cliff, arraigada en medio de la superposición de llamadas urgentes en sus auriculares.

—*Seis Uno derribado.*

Así de simple. La voz de Elvis estaba llena de una extraña calma, flemática.

Durant y su copiloto, el suboficial jefe Ray Frank, sobrevolaban en círculos una tierra yerma al norte de Mogadiscio en el *Súper Seis Cuatro*, un Black Hawk idéntico al que pilotaba Elvis. Tenían detrás a dos oficiales de tripulación, el Staff sergeant Bill Cleveland y el sargento Tommie Field, quienes esperaban detrás de sus momentáneamente silenciosas armas. Durante años, no habían hecho gran cosa más que prepararse para la batalla con rigor; ahora estaban allí y lo único que hacían era volar en círculos sobre la arena, a cuatro minutos en avión de donde se desarrollaba la acción.

La sombra de su helicóptero se deslizaba sobre el plano y vacío paisaje. Al norte de la calle 21 de Octubre, Mogadiscio se terminaba bruscamente para convertirse en arena y monte bajo. Desde allí hasta el horizonte abrasador, no había más que árboles achaparrados y espinosos, cactus, cabras y camellos en medio de un nebuloso mar de arena.

Durant pensó en sus amigos, Elvis y Toro. Eran profesionales, soldados veteranos. Parecía increíble que un montón de simples somalíes hubiera logrado derribarlos en pleno vuelo. Toro Briley había visto acción desde Corea hasta la invasión de Panamá. Durant recordó que había visto a Toro enfadado la noche anterior. Tuvo la posibilidad de llamar a casa, la primera vez desde hacía meses, pero dio con el maldito contestador automático. Cielos, ya sería mala suerte si...

Durant siguió dando vueltas de forma rutinaria. Cada vez que se ladeaba hacia el oeste tenía la sensación de volar hacia el sol.

Abajo, en Mogadiscio, las noticias eran malas pero no catastróficas. Era una contingencia. Habían practicado desde que llegaron con el propio helicóptero de Elvis, de hecho... Lo cual era raro. Ni siquiera resultaba tan sorprendente, por lo menos para los pilotos, quienes habían agudizado los sentidos ante el peligro de forma más intensa que la mayoría de los pilotos. Muchos rangers eran casi unos niños. Crecieron en la mayor potencia mundial, y consideraban aquellos helicópteros modernos y cargados de tecnología los símbolos del poder militar de Estados Unidos, casi invulnerable en una población del Tercer Mundo como Mogadiscio.

Era un mito que sobrevivió al derribo del Black Hawk de QRF. Aquello se atribuía a un golpe de buena suerte. Se suponía que las RPG eran para combates en tierra. Apuntar al cielo con una de ellas era difícil y peligroso, casi suicida. El

violento impacto de retroceso podía matar al tirador y la granada sólo se elevaría trescientos metros, con mucho ruido y una estela indicadora de humo apuntada hacia el tirador. Por consiguiente, si no le daba el impacto de retroceso sin duda lo haría una de las armas de tiro rápido del Little Bird. Resultaban inútiles contra un helicóptero que se movía tan rápido y volaba a baja altura, así proseguía la lógica. Y el Black Hawk era, qué diantre, casi indestructible. Lo podían machacar sin que cambiase un ápice su rumbo. Estaba proyectado para permanecer en el aire pasara lo que pasara.

Por consiguiente, la mayoría de los soldados de Infantería que viajaban en los helicópteros consideraban el percance del Black Hawk como una posibilidad entre un millón. Los pilotos, no. Desde que se estrellara el primer Black Hawk habían visto más a menudo aquellas estelas de humo ascendentes y explosiones aéreas. Caerse fue considerado de repente de posible a probable y acabó formando parte de sus pesadillas. Sin embargo, eso no desalentaba a Durant y a los pilotos en lo más mínimo. Correr riesgos era su cometido. La 160.^a de SOAR, los Cazadores Nocturnos, llevaban a los soldados más elitistas de entre los militares estadounidenses a uno de los lugares más peligrosos del planeta.

Durant era un hombre sólido. De corta estatura, moreno y en plena forma física, cuando estaba de pie caminaba más tieso que un huso y plantaba los pies más abiertos que los hombros, como si temiera que alguien fuera a derribarlo. Si tenía un aspecto más descansado que la mayoría de los jóvenes alojados en la base, era porque se había agenciado un lugar para dormir en la diminuta zona destinada a la cocina en una caravana detrás del Centro de Operaciones. Todos los pilotos dormían en caravanas, lo cual resultaba un lujo relativo si se comparaba con los costes de la base. Como volar requería precisión y estar siempre alerta, sin mencionar la responsabilidad para con la tripulación y los aparatos de alta tecnología que valían millones de dólares de valor, Garrison consideraba que unos pilotos bien descansados era algo prioritario. Durant lo había hecho mejor que la mayoría. La caravana para cocinar tenía aire acondicionado. A cambio, él debía montar su camastro cada noche y limpiar el lugar para los cocineros, pero valía la pena.

Durant llevaba mucho tiempo con los Cazadores Nocturnos y era un veterano de las misiones nocturnas a baja altura en la guerra del Golfo Pérsico y la invasión de Panamá. Había nacido en Berlín, New Hampshire, y, además de ser atleta, jugador de fútbol estadounidense y jockey, tenía fama de gracioso. La edad y la experiencia le habían cambiado. La mayoría de sus vecinos de Tennessee, situada justo encima de la frontera del estado de Kentucky, donde se hallaba la base de los Cazadores Nocturnos en Fort Campbell, ni siquiera sabía cómo se ganaba la vida. A menudo su propia familia desconocía dónde estaba.

Resultaba difícil seguirle la pista. Si Durant no participaba en una misión real

como aquella, estaba en algún lugar del mundo haciendo prácticas para una de ellas. Las prácticas definían la vida de los Cazadores Nocturnos. Ensayaban todo, incluso colisionar. Cuando terminaban, volaban a algún sitio nuevo y practicaban una y otra vez, una y otra vez. Sus movimientos en el laberinto electrónico de las cabinas estaban tan bien ensayados que parecían instintivos.

El día que enviaron a la unidad de Durant a Somalia, les avisaron con dos horas de antelación. Tiempo suficiente para irse a casa y pasar quince minutos con su mujer, Lorrie, y con su hijo Joey, de un año. Carecía de importancia que sus padres tuvieran previsto visitarlos al día siguiente para pasar un largo fin de semana con ellos, que esta visita hubiera sido planeada hacía tiempo, que Joey cumpliera un año al cabo de tres días, que Lorrie tuviera que reanudar sus estudios de pedagogía una semana después, o que la casa que estaban construyendo estuviera a medio terminar (y Durant haciendo de subcontratista). Lorrie sabía demasiado sobre el asunto y no protestó. Se limitó a cooperar y le ayudó a hacer las maletas. No lo parecía a primera vista, pero Durant también era un sentimental. Congeniaba con los componentes de la temeraria unidad de aviación, hombres cuya lealtad era tan firme como la bandera, pero lo que sentía por su mujer y su hijo, que empezaba a gatear, estaba más cerca de la superficie que con algunos de aquellos chicos. Había hombres en su unidad que hacían el ridículo diciendo lo duro que era marcharse pero que, en secreto, vivían para las misiones y sólo eran felices cuando estaban en peligro. Durant no era así. Era difícil dejar a Lorrie y a su bebé, perderse la visita de sus padres y la fiesta de cumpleaños. Lo esperaba con tanta ilusión... Telefonó a sus padres para comunicárselo, y para decirles lo mucho que lo sentía. No podía decir adonde se dirigía. Ni siquiera tuvo tiempo de hacer una lista de lo que había que hacer en la casa nueva (la enviaría por correo electrónico desde Mogadiscio, una forma de usar demasiado el número de bites que tenía asignados en el correo por lotes). Durant se quedó un momento con la bolsa de viaje en la puerta de su casa con aquella postura erguida que le era característica, se despidió de Lorrie con un beso y se fue a la guerra. Hasta las despedidas tenía bien ensayadas.

Durant sabía que, después de haber sido derribado Elvis, iban a suceder tres cosas en breve. Las fuerzas de tierra iban a desplazarse hasta el lugar del suceso. Se ordenaría al *Súper Seis Ocho*, el helicóptero CSAR, uno de los Black Hawk en la operación de contención con Durant, que proporcionara un equipo de médicos y francotiradores. Le pedirían a su helicóptero, el *Súper Seis Cuatro*, que ocupase la vacante de Elvis volando en círculos bajos sobre el lugar de la acción para proporcionar fuego de cobertura.

De momento, esperaban y volaban en círculos. En una misión como aquella, con tantas aeronaves en el aire, abandonar la disciplina significaba convertirse en un peligro mayor que el enemigo.

Para Durant, quedaba atrás la peor parte de su misión. Introducir al Tiza Uno, a quince hombres de la fuerza terrestre, había significado descender en medio de una nube opaca de polvo hasta la altura de los tejados sobre el objetivo, sortear postes y cables y escudriñar a través del morro redondo del aparato y del remolino marrón para mantener el equilibrio mientras los hombres se deslizaban por las cuerdas hasta el suelo. Durant no podía hacer otra cosa que mantenerse firme aunque a ciegas, y rezar para que ninguno de los otros helicópteros que volaban a su alrededor en medio de la nube se viera obligado a cambiar de programa o variar la trayectoria. Una misión tan compleja como aquella requería una coreografía tan cuidada como la de un ballet, aunque mucho más peligrosa. Continuamente morían hombres practicando ejercicios como aquél, pero mucho menos sorteando RPG y disparos con armas cortas. Durant había introducido en la zona al Tiza Uno sin incidentes. Se suponía que el resto era fácil.

A partir de aquel momento nada iba a ser fácil.

El almirante Jonathan Howe tuvo la primera sospecha de que algo andaba mal en Mogadiscio cuando los controladores del tráfico aéreo de la base de Naciones Unidas obligaron al avión donde iba él a esperar un rato volando en círculos sobre el mar antes de aterrizar.

Howe volvía de un viaje a Djibouti y Addis Abeba, donde había tenido diferentes reuniones para explorar la posibilidad de someter a Aidid pacíficamente. Cuando estaban listos para aterrizar, Howe vio que, en el hangar situado junto a la base del destacamento especial de los Rangers, unos helicópteros de ataque estaban repostando y cargando municiones. En tierra, telefoneó a su jefe del Estado Mayor. Le informaron sobre el asalto de los Rangers y sobre el helicóptero derribado. El edecán le explicó que se había desencadenado una batalla campal en la ciudad y que, probablemente, iba a permanecer retenido un rato en el aeropuerto.

Howe era un hombre delgado con cabello cano cuya tez pálida ni siquiera había adquirido un tono rosado después de siete meses en Mogadiscio. Sus hombres comentaban en broma que era por los muchos años pasados a bordo de submarinos, si bien durante su distinguida carrera naval había estado al mando de navíos de superficie, de todos los tipos, desde buques de guerra hasta portaaviones. Era un misterio, pero parecía inmune a la luz de sol, el de Somalia incluido. Los panfletos propagandísticos de Aidid se referían a él como «Howe, el Monstruo»; sin embargo, su flema propia de un diplomático y sus modales corteses desmentían el apodo. Ostentó el cargo de consejero delegado para la seguridad nacional con el presidente Bush y colaboró con la transición en la Casa Blanca para la administración Clinton, y el nuevo equipo quedó tan impresionado que lo sacaron de un agradable retiro en Florida para que asumiera la nada envidiable tarea de supervisar la cada vez más complicada transición en Somalia. Era el hombre de Boutros-Ghali en Mogadiscio, el responsable efectivo de la misión en tierra.

No era un destino fácil. Howe había pasado meses durmiendo en un catre en su despacho del primer piso de la derruida embajada de Estados Unidos. Durante algún tiempo, contó con un cobertizo con tejado de hojalata, pero los bombardeos regulares solían llevar a él y a los otros civiles al recinto situado dentro de los muros de piedra del edificio principal. No había lavabos en la embajada, y eran tan escasos los portátiles instalados fuera, que los hombres se paseaban con botellas de plástico para sus necesidades menores. Hacían tres comidas al día en una cafetería de las bases. Una historia que, aparecida en el *Washington Post*, insinuaba que el personal de Naciones Unidas gozaba de lujosas instalaciones, provocó en ellos amargas sonrisas.

Howe había sido el artífice principal del envío de los Rangers a Mogadiscio. El verano anterior, había presionado tanto a sus amigos de la Casa Blanca y del

Pentágono para obtener un destacamento especial con la finalidad de derribar a Aidid, que en Washington lo llamaban Jonathan Ahab. Estaba convencido de que si conseguían desembarazarse del señor de la guerra —no se trataba de matarlo, sino de capturarlo y tratarlo como a un criminal de guerra—, aflojaría el intrincado nudo de odios tribales origen de la guerra, la anarquía y la carestía.

Cuando llegó allí ocho meses atrás, se quedó impresionado ante el estado de la ciudad. Era un lugar salvaje. Todo estaba manga por hombro, nada funcionaba, todo cuanto tuviera valor había sido saqueado y no existía una cabeza visible por encima de aquel caos. No se trataba de un país a nivel cero, sino bajo cero. Incluso habían destruido los mismísimos medios de recuperación. La precaria situación del lugar se reflejaba en el gran número de víctimas de las minas terrestres, hombres, mujeres y niños que se arrastraban por las calles con muletas. La intervención de Naciones Unidas había terminado con el hambre, pero ¿adonde se encaminaría Somalia a partir de ahí? Los esfuerzos para constituir un gobierno de coalición al margen de los clanes rivales del país estaban todavía lejos de ir bien encaminados. Nueve de cada diez somalíes estaban desempleados y quienes trabajaban lo hacían en su mayor parte para Naciones Unidas y Estados Unidos. Desde la perspectiva del almirante, las luchas partidistas llegaban más allá de lo racional o incluso de lo comprensible. Sentía desprecio por los responsables, por hombres como Aidid, Alí Mahdi y los otros señores de la guerra, los líderes que, supuestamente, debían levantar Somalia.

Howe no tardó mucho en comprender que el poder compartido no entraba en los planes de Aidid y de su Alianza Nacional de Somalia (ANS), el brazo político-militar del Habr Gidr. Como habían sido el motor de la derrota de Barre dos años atrás, Aidid y su clan consideraban que había llegado su turno de gobernar. Habían adquirido este derecho con sangre, la antigua moneda del poder. Alí Mahdi y los líderes de las facciones menores estaban entusiasmados con los planes de reconstrucción del país. ¿Por qué no iban a estarlo? Naciones Unidas les ofrecía participar de un poder que jamás podrían arrebatarle a Aidid por sus propios medios.

Mientras en el país permaneció la fuerza militar de la UNITAF (Unidad del Destacamento Especial), compuesta por treinta y ocho mil hombres de los cuales la espina dorsal eran los Marines y la 10.^a División de Montaña, los señores de la guerra dejaron de luchar entre ellos. Pero cuando el 4 de mayo los últimos marines abandonaron el país y la 10.^a División fue relegada, bajo el nombre de QRF, a tareas de apoyo, la situación, como era de prever, se deterioró. El incidente más grave se produjo el 5 de junio con el asesinato de veinticuatro paquistaníes. Al día siguiente, Naciones Unidas declararon que la ANS era una facción fuera de la ley, y manifestaron oficialmente que Aidid quedaba excluido del proceso de reconstrucción del país. Durante las semanas que siguieron, Howe autorizó una recompensa de 25.000 dólares por el señor de la guerra, a la vez que los helicópteros de combate

arrasaban la emisora de Aidid, Radio Mogadiscio, y las tropas asaltaban el recinto donde se hallaba la residencia del señor de la guerra. Para nada. El Habr Gidr se consideró insultado por la miserable cantidad de dinero que se ofrecía por su jefe. Respondieron con una desafiante recompensa de un millón de dólares por la captura de la Bestia Howe. Radio Mogadiscio siguió retransmitiendo su propaganda con antenas móviles y el astuto antiguo general se evaporó en la ciudad.

Aidid mantuvo la presión. Desde su reducto del sur, se lanzaban diariamente ráfagas de mortero a la base de Naciones Unidas. Aterrorizaban y ejecutaban a los somalíes que trabajaban en la misión de Naciones Unidas. Su nombre, Aidid, significaba «el que no tolera insulto alguno». Había estudiado en Italia y en la antigua Unión Soviética, y servido como jefe del Estado Mayor del Ejército y luego embajador en India par Siad Barre antes de volverse contra el dictador y derrocarlo. Aidid era delgado, de aspecto frágil y rasgos semíticos, era calvo y tenía unos ojos pequeños y negros. Podía ser encantador, pero también despiadado. Howe creía que Aidid tenía dos personalidades distintas. Un día era todo sonrisas, cálido, simpático, moderno, educado, de mentalidad abierta, gran sentido del humor y capaz de hablar varios idiomas. Tenía catorce hijos que vivían en Estados Unidos. (Uno, Hussein, era reservista de la Marina y había estado en Somalia con las fuerzas UNITAF en la intervención del pasado diciembre.) Este lado cosmopolita de Aidid era lo que había hecho albergar en un principio esperanzas de éxito. Pero al día siguiente, sin una razón aparente, los ojos de Aidid no mostraban más que odio. Había ocasiones en que incluso sus edecanes más próximos lo evitaban. Este era Aidid, el hijo de un criador somalí de camellos que alcanzó el éxito siendo un asesino inteligente y despiadado. Carecía de escrúpulos a la hora de ordenar un asesinato, incluso tratándose de su propia gente. Howe tenía pruebas de que sus secuaces incitaban a la manifestación y luego disparaban contra sus propios partidarios a fin de acusar a Naciones Unidas de genocidio. No cabía duda de que Aidid utilizaba el hambre como un arma contra los clanes rivales, pues interceptaba envíos de alimentos procedentes de todo el mundo y se apoderaba de ellos. El señor de la guerra también conocía la importancia del terror: destripaban y despellejaban a los soldados paquistaníes muertos.

Howe estaba indignado, y su posición de que había que detener a Aidid era inexorable. El almirante estaba acostumbrado a hacer las cosas a su modo. No era un trallazo, pero cuando le daba a algo no cejaba. Muchas personas expertas en la vieja África consideraban que este rasgo no encajaba con aquella parte del mundo. En Somalia, los señores de la guerra que hoy se peleaban podían ser entrañables viejos amigos al día siguiente. Howe se mostraba inflexible. Si carecía de los medios para acabar con Aidid, los encontraría. Todavía tenía amigos, amigos en lugares muy altos, amigos que estaban en deuda con él, que lo habían convencido para que aceptase aquel destino. Uno de ellos era Anthony Lake, el consejero de seguridad

nacional del presidente Clinton. Otra era Madeleine Albright, la emisaria estadounidense para Naciones Unidas, que era una descarada entusiasta del Ordenamiento del Nuevo Mundo. Había muchísimos políticos, diplomáticos y periodistas que, entusiasmados con el éxito contra Saddam Hussein y la caída de la Unión Soviética, albergaban grandes esperanzas de que en el nuevo milenio hubiera mercados capitalistas y libres en el mundo entero. El gran y sin par bastón estadounidense podía enderezar los errores del mundo, alimentar a los hambrientos y democratizar el planeta. Pero los generales, muy en especial el saliente presidente de los cojefes de Estado de Colin Powell, exigían razones más sólidas para que sus soldados murieran. Howe encontraba algunos aliados en la Administración, pero una oposición estricta de los jefazos del Pentágono.

Cuando en junio Washington no accedió a su petición de Fuerzas Delta, él dio comienzo a un trabajo inútil para apresar a Aidid con las fuerzas que ya estaban allí. Al principio, con la finalidad de no dañar a inocentes, helicópteros provistos de altavoces anunciaban las inminentes acciones de Naciones Unidas, un gesto que la mayoría de los somalíes consideraba ridículo. Después de lanzar un aviso de esta índole, una fuerza multinacional asaltó la propiedad de Aidid el 17 de junio. Tropas italianas, francesas, marroquíes y paquistaníes registraron casa por casa, y los franceses y los marroquíes formaron un cordón de hombres armados alrededor del recinto. Aidid no tuvo dificultad en escapar. Los relatos callejeros decían que el general había escapado ante las narices de las tropas de Naciones Unidas envuelto en una sábana como un cadáver en un carro tirado por un burro. No sólo Naciones Unidas fueron incapaces de capturar a Aidid, sino que, además, lo convirtieron en un héroe popular.

La decisión de atacar la casa de Abdi el 12 de julio reflejaba la creciente frustración de Naciones Unidas. Después de la emboscada a los paquistaníes, el clan intensificó sus ataques con francotiradores y morteros. El comandante turco de las tropas de Naciones Unidas, general Cevik Bir, y su segundo, el estadounidense general de división Thomas Montgomery, querían quitarle el ratón al gato. Iba a ser un ataque sin previo aviso, una oportunidad para decapitar la cabeza de la ANS. Los principales miembros del clan solían reunirse en la casa de Abdi. El plan consistía en que unos helicópteros la rodearan desde el aire, le lanzaran misiles TOW y cañones, y acto seguido asaltarán la vivienda para capturar a los supervivientes.

Howe se opuso. Preguntó por qué no podían hacer que las tropas rodearan el lugar y se ordenara a los de dentro que salieran, o por qué no tomar la casa por asalto y capturarlos a todos. Le contestaron que estas opciones pondrían en peligro a las fuerzas de Naciones Unidas. Como ninguna de las unidades apostadas en el país era capaz de controlar un cordón «saneado», lanzar un aviso sería contraproducente. Los oficiales se limitarían a huir, como había hecho Aidid con anterioridad. Y, además, la

fuerza carecía de la capacidad de realizar el tipo de tácticas relámpago que usaban los del Cuerpo Delta. Howe cedió cuando el Pentágono y la Casa Blanca autorizaron el ataque.

Había diversidad de opiniones sobre el número de somalíes muertos en el ataque. Mohamed Hassan Farah, Abdullahi Ossoble Barre, Qeybdid y otros allí presentes afirmaban que eran 73 los muertos, entre ellos mujeres y niños que estaban en el primer piso. Dijeron que hubo cientos de heridos. Los informes que recibió Howe después del ataque situaban el número de muertos en 20, todos hombres. El comité internacional de la Cruz Roja situó el número de muertos en 54, con un total de 250 bajas. Pero la muerte de cuatro periodistas occidentales, que se abalanzaron sobre la casa de Abdi para cubrir la noticia del ataque y murieron a manos de una furiosa turba somalí, no tardó en eclipsar la disputa sobre el número de muertos somalíes.

Los asesinatos de los periodistas concentraron la ira mundial contra los somalíes, pero en Mogadiscio la impresión y la rabia estaban puestas en el ataque sorpresa. La masacre reforzó la posición de Aidid y menoscabó en gran manera la imagen humanitaria de Naciones Unidas. Los moderados opuestos a Aidid se solidarizaron con él. Desde el punto de vista del Habr Gidr, Naciones Unidas y, en particular, Estados Unidos, habían declarado la guerra.

Howe siguió insistiendo para que le enviaran Fuerzas Delta. Era la salida más directa que él veía. En Fort Bragg pilotos de los Cazadores Nocturnos y oficiales Delta idearon un plan en junio que sólo precisaría veinte hombres. Se introducirían en el país subrepticamente y utilizarían los helicópteros y el equipamiento de los QRF. Los servicios informativos descubrieron que Aidid seguía haciendo apariciones públicas y se movía por Mogadiscio con su conspicua escolta de asesores. Pero ni en julio ni en agosto hubo luz verde por parte de Washington.

Los ruegos de Howe fueron atendidos en agosto, cuando unas minas terrestres accionadas por control remoto mataron a cuatro soldados estadounidenses y, luego, dos semanas más tarde, hirieron a otros siete. El presidente Clinton, de vacaciones en Martha's Vineyard, consintió por fin. Los Delta acudirían a Somalia. Aidid se convirtió en la ballena blanca de Norteamérica.

El destacamento especial de los Rangers llegó el 23 de agosto con una misión prevista para realizarse en tres fases. La Fase Uno, que iba a durar hasta el 30, era sólo para que la tropa se instalase y habituase al lugar. La Fase Dos, prevista hasta el 7 de septiembre, se concentraría exclusivamente en localizar y capturar a Aidid. El Estado Mayor sospechaba que sería coser y cantar, porque sólo propagar la noticia sobre las intenciones de los Rangers había mandado a toda velocidad a Aidid bajo la tierra. La Fase Tres tenía como objetivo la estructura formada por los mandos de Aidid. Este era el meollo de la misión del destacamento especial Ranger. Si los chicos D no podían apresar al señor de la guerra, le iban a poner de patitas en la calle.

En un principio, Howe había previsto una pequeña unidad de operadores clandestinos, pero le alegró muchísimo poder contar con un destacamento especial al completo, 450 hombres. Soportó con paciencia sus primeros tropezones. A medida que transcurría septiembre, a pesar de los fallos técnicos, el destacamento fue logrando algunos éxitos. Howe se quedó contento el 21 de septiembre, cuando un asalto sorpresa a la luz del día a un convoy de vehículos dio como resultado la captura de Osman Atto, traficante de armas y banquero jefe de Aidid, quien acabó encarcelado junto con un número creciente de otros SNA cautivos en una isla situada frente a la costa de la ciudad sureña y portuaria de Kismayo, en tiendas de campaña militares y rodeados de alambradas.

Aidid percibía la tensión. Un líder del Habr Gidr que cooperaba con las fuerzas de Estados Unidos les dijo: «Él [Aidid] está muy tenso. La situación ahí fuera está muy tensa». A finales de agosto, el señor somalí de la guerra le mandó una carta al ex presidente Jimmy Cárter en la que le rogaba que intercediese con el presidente Clinton. El general quería una comisión independiente «compuesta por hombres de estado, académicos y juristas de renombre y procedentes de países diferentes» para investigar las acusaciones sobre que él fuera el responsable del incidente acaecido el 5 de junio (Aidid afirmaba que había sido un alzamiento espontáneo de los habitantes de Mogadiscio que temían que Naciones Unidas atacaran Radio Mogadiscio). También pidió una solución negociada a la situación estancada que tenía con Naciones Unidas.

Cárter llevó este mensaje a la Casa Blanca y Clinton recibió de buen agrado la sugerencia y dirigió sus esfuerzos a resolver el conflicto pacíficamente. El Departamento de Estado empezó con discreción a trabajar en un plan para interceder a través de los gobiernos de Etiopía y Eritrea. El plan exigía un inmediato cese el fuego y que Aidid desapareciera de Somalia hasta que se llevase a cabo la investigación internacional. Establecía una nueva ronda de conversaciones para la reconstrucción de país en noviembre. Howe, por su parte, en Mogadiscio, hizo un sondeo discreto entre los veteranos del Habr Gidr, alarmados por el reciente giro de los acontecimientos. Tanto Howe como sus partidarios en Washington estaban convencidos de que la repentina flexibilidad de Aidid era el resultado directo de la presión ejercida por Garrison.

La razón del viaje que había hecho Howe aquel fin de semana había sido la paz. Durante el largo viaje sobre las tierras secas y yermas, conforme observaba la sombra del avión que corría delante de éste por las dunas, tenía la sensación de que, por fin, Naciones Unidas estaban negociando desde una posición de poder.

Después de dar vueltas sobre el agua por espacio de casi una hora, el avión de Howe pudo por fin aterrizar en la base de los Ranger a última hora de la tarde del domingo. Sabía que se había desencadenado una buena batalla, pero no tuvo una idea

clara del conflicto hasta que llegó a la base de Naciones Unidas algo más tarde. El general Montgomery estaba organizando un enorme convoy internacional para acudir al rescate de los rangers y los pilotos caídos.

Como Howe no podía hacer gran cosa, buscó un lugar donde instalarse y se puso a observar. Montgomery no daba abasto. Los malasios y los paquistaníes, que eran los que contaban con los equipamientos necesarios, no querían saber nada del mercado Bakara. Se trataba de las mismas tropas que abandonaron las calles de la ciudad apenas se hubieron marchado los Marines. Querían ayudar, pero se amilanaban ante la idea de enviar los grandes vehículos blindados a la boca del lobo. En aquellas zonas tan densamente pobladas, teniendo que desplazarse despacio por las calles estrechas, lo blindado era muy vulnerable.

Los italianos, cuya lealtad había sido puesta en duda durante la intervención, estaban, no obstante, dispuestos a ayudar, al igual que los indios, que tenían tanques propios que podían lanzar al combate. Como iban a necesitar tiempo para que los italianos y los indios estuvieran en posición, Montgomery seguía presionando a los malayos y a los paquistaníes.

Howe no pudo dejar de preguntarse qué habría ocurrido si, como él había solicitado de forma apremiante, la matanza de las tropas paquistaníes el 5 de junio hubiera obtenido una respuesta internacional tan determinada como aquélla. A pesar de todo, estaba contento de verla ahora. Era una lástima que el destacamento especial hubiera dado un traspíe, pero en cuanto la carnicería llegara a su fin, tal vez apeteciera a Washington librarse de ese general arribista de una vez por todas.

La noticia de que en la ciudad se estaban produciendo graves disturbios se extendió con rapidez entre el personal somalí de la embajada de Estados Unidos. Abdi Karim Mohamud era secretario para Brown & Root, una compañía estadounidense que proporcionaba servicios de mantenimiento a la fuerza militar internacional. Era un universitario de veintinueve años cuando fue derribado el régimen de Barre. Desde entonces, había continuado los estudios por su cuenta. Llevaba gafas con montura metálica, hablaba un inglés perfecto, se vestía con camisas del color azul de las camisetas de la Universidad de Oxford pulcramente planchadas y tenía un aire de eficiencia entusiasta y bienintencionada con la que se había ganado mayor responsabilidad. Era también un par de ojos y oídos inteligentes para el Habr Gidr, el clan al que pertenecía.

Cuando empezó la misión humanitaria, Abdi albergó grandes esperanzas con respecto a Naciones Unidas. Encontró un trabajo y parecía que el esfuerzo era bueno para su país. Pero cuando dieron comienzo los ataques a su clan y al general Aidid, y cuando, cada semana, aumentaba el número de somalíes muertos o heridos, se dio cuenta de que la intervención era un asalto gratuito a su país. El 12 de julio, el día del ataque a la casa de Abdi, tuvo ocasión de ver a algunas de las víctimas del bombardeo que llevaron a la embajada de Estados Unidos. Los hombres somalíes, ancianos de su clan, estaban ensangrentados, anonadados y necesitaban asistencia médica. En cambio, los estadounidenses los fotografiaron, les interrogaron y luego los encarcelaron. Abdi no abandonó su trabajo, pero por razones diferentes.

Oía oleadas de estallidos de arma de fuego en la ciudad, y advirtió de que el combate estaba en el mercado Bakara.

En Brown & Root, mandaron a casa a los somalíes.

—Algo ha sucedido —le dijeron a Abdi.

Abdi vivía con su familia entre el mercado y la rotonda K-4, al norte de la base Ranger. Los precarios y pequeños autobuses, siempre tan atestados de pasajeros que los soldados estadounidenses los llamaban «Klingon Cruisers» (una remembranza a *Star Trek*), todavía circulaban por la vía Lenin. Se intensificó el tiroteo y el cielo se llenó de helicópteros que volaban a gran velocidad y baja altura por encima de los tejados y se movían en órbitas circulares sobre la zona del mercado. Unas balas volaron sobre su cabeza cuando llegaba a casa. Su padre estaba allí, así como su hermano y hermana. Estaban en el patio interior de la casa apoyados contra un muro de cemento, que era el lugar donde siempre se refugiaban cuando volaban las balas.

Abdi tuvo la sensación de que había cien helicópteros en el cielo. Los disparos eran continuos y parecían dirigirse hacia todos los rincones. La milicia de Aidid habría atacado desde cientos de lugares allí en aquella zona tan densamente poblada,

y no en cualquier lugar. Pero la lucha hacía estragos en todas las direcciones. Abdi se dio cuenta de que, por muy malo que fuera, se acostumbraba a los disparos al cabo de un rato. De todas formas, parecía que todas las balas pasaban por encima de ellos. Al cabo de una hora de permanecer con su familia junto al muro, se impacientó y se echó a caminar alrededor de la casa y a mirar a través de las ventanas. Luego se aventuró a salir.

Algunos vecinos decían que los Rangers habían capturado a Aidid. Muchos corrían en dirección al combate. Como Abdi quería verlo por sí mismo, se unió al gentío que se desplazaba hacia allí. Tenía unos parientes que vivían a unas cuantas manzanas del Hotel Olympic y ansiaba saber si les había pasado algo. Con todos aquellos proyectiles y explosiones resultaba difícil creer que alguien en la zona del mercado estuviera con vida.

Cuando se aproximaron al tiroteo había una confusión terrible en las calles. Hombres, mujeres y niños muertos tendidos en el suelo. Abdi vio a un soldado estadounidense en una callejuela, tumbado en el suelo, con una pierna ensangrentada y esforzándose para ponerse a cubierto. Pasó una mujer corriendo frente a Abdi, y el estadounidense disparó. La somalí fue abatida pero logró apartarse de la calle. Abdi doblaba corriendo una esquina cuando Little Birds se precipitó en la callejuela. Se apretó contra un muro y unas balas acribillaban en hilera el centro del callejón después de pasar por encima de él. No había sido una buena idea aventurarse fuera de casa. Cómo podía haber imaginado semejante locura. Cuando pasó el helicóptero, un grupo de somalíes armados con rifles corrieron hasta la esquina en un intento de encontrar un ángulo adecuado para disparar al estadounidense.

Abdi corrió a refugiarse en casa de un amigo. Le dejaron entrar y se tendió en el suelo con los demás.

Durante los minutos que precedieron a la caída del *Súper Seis Uno*, los rangers y los operadores Delta que estaban en la casa blanco del asalto se estaban preparando para partir. Tardaban más de lo previsto. En primer lugar, estaba el ranger herido, Blackburn, caído de un Black Hawk. Tres Humvees habían sido separados del convoy terrestre para llevar a aquél a la base, y el sargento Pilla había muerto durante el trayecto. Cuando se fueron los tres vehículos, el convoy se quedó esperando.

Todos los hombres habían oído a los veteranos hablar de «la niebla de la guerra», que describía cómo los planes mejor diseñados se iban al cuerno apenas se iniciaba el tiroteo; sin embargo, resultaba asombroso comprobar lo difícil que era llevar a cabo incluso el cometido más simple. El sargento del Estado Mayor, Dan Schilling, el CCT de las Fuerzas Aéreas que iba en el Humvee que abría la marcha del convoy, se cansó de esperar y fue a ver qué era lo que estaba demorando todo. Resultó que los chicos D esperaban junto con los prisioneros alguna señal del convoy, mientras que éste aguardaba a que aquéllos salieran. Después de ir arriba y abajo varias veces, Schilling consiguió poner las cosas de nuevo en marcha.

Schilling era un hombre lacónico del sur de California, un delgado y atlético ex reservista del Ejército que, hacía ocho años, se jugó su soldada y su rango para alistarse en las Fuerzas Aéreas y comprobar si era capaz de pasar el riguroso proceso de selección para convertirse en controlador de combate. Era el camino más rápido para acceder a las operaciones especiales que ofrecía el Ejército, además parecía divertido. Los CCT estaban especializados en adentrarse en lugares peligrosos y dirigir ataques aéreos localizados. Como esta misión requería una estrecha coordinación entre las fuerzas de tierra y las de aire, a Schilling le habían asignado acompañar al comandante del convoy, el teniente coronel Danny McKnight. Era exactamente la clase de aventura que había deseado Schilling. Tenía treinta años, llevaba seis de veterano en operaciones especiales y aquel día estaban ganándose el plus de peligrosidad. Se agitaba nerviosamente mientras introducían a los somalíes esposados en uno de los *flatbeds*. El resto de la fuerza de asalto se encaminaba a pie al lugar del siniestro. Cuanto más tiempo estuviera el convoy esperando en plena calle más vulnerables se volvían. Cada minuto de retraso proporcionaba a la milicia de Aidid y a la turba armada tiempo par agruparse. Se percibía un incremento claro y constante del volumen de fuego. Desde el principio habían previsto treinta minutos de operación. Si podían llegar y marcharse en aquel espacio de tiempo, seguramente todo iría bien. Schilling consultó su reloj. Hacía treinta y siete minutos que estaban en tierra.

Entonces se estrelló el *Súper Seis Uno* y todo cambió. Les ordenaron que se dirigiesen al lugar del suceso, enseguida.

Ya había heridos en casi todos los vehículos. Un humo espeso, olor a pólvora y llamas llenaban la atmósfera, y en los callejones, en la calle principal y delante de algunos edificios de la avenida Hawlwadig había cuerpos y miembros de somalíes. Había carros volcados y carrocería acribillados y ardiendo. Uno de los tres camiones de cinco toneladas destinados al transporte estaba en llamas. Le alcanzó e inutilizó una RPG, y una granada termita se había incendiado para acabar de destruirlo. Las explosiones habían provocado grandes agujeros en los muros del Hotel Olympic y de los edificios colindantes. Los proyectiles habían derribado muchos árboles. En las callejuelas y en los cruces, el suelo arenoso embebía los charcos de sangre y había adquirido una tonalidad marronácea. El ruido era ensordecedor pero, como se intensificaba poco a poco, los hombres se habían acostumbrado a él. Un ruido seco o la lasca de una piedra cercana sembraba la alarma, pero el mero sonido de armas de fuego ya no detenía a nadie. Se desplazaban con cautela pero sin miedo entre el estruendo. En particular, McKnight parecía ajeno al peligro. Como si no pasara nada fuera de lo normal, se paseaba con toda tranquilidad por las calles y entre los hombres puestos a cubierto. No tardó en indicar a los rangers mediante gestos que se guareciesen en los vehículos.

—Aquí Uniforme Seis Cuatro [McKnight]. Estoy listo para la evacuación... He cargado todo lo que he podido aquí y estoy preparado para dirigirme al lugar del siniestro, cambio.

—Roger, adelante, ve para allá [teniente coronel Gary Harrell, comandante del escuadrón Delta en el Black Hawk C2]. Las calles están despejadas. Nos informan de que hay un tiroteo de francotiradores procedentes del norte del lugar del siniestro.

Roger: Desde aquí iremos a la derecha y nos dirigiremos al lugar del suceso al este, cambio.

Parecía bastante sencillo. Dos manzanas al norte, tres manzanas al este. El convoy se puso en marcha, seis Humvees y los dos camiones *flatbed* restantes. Había tres Humvees delante de los camiones y tres detrás de éstos. Estos últimos llevaban grandes paneles fluorescentes de color naranja en el techo para que los helicópteros de vigilancia pudieran seguirles la pista. Las aeronaves serían sus ojos en el cielo y los guiarían por la ciudad. Se encaminaban a la fase más sangrienta de la batalla.

Mientras el piloto del Black Hawk Mike Durant realizaba sus giros de contención vio, al dirigir su *Súper Seis Cuatro* de vuelta hacia el sur, que un Little Bird ascendía desde el lugar del suceso. Delante se hallaba el blanco y reluciente frontal del Hotel Olympic, uno de los pocos edificios altos de la ciudad situado frente al objetivo del asalto. En la lontananza, estaba la verde extensión, que iba oscureciendo, del océano índico. El humo se elevaba y giraba sobre los tejados alrededor del hotel, señal que marcaba el lugar de la lucha. Los Black Hawks y los Little Birds se desplazaban a través de la oscura neblina como insectos predadores, y se lanzaban y disparaban hacia la refriega.

Entonces oyó la esperada llamada radiofónica para *Súper Seis Ocho*, el Black Hawk CSAR. Vio que se alejaba en dirección al sur.

Momentos después el teniente coronel Matthews, desde el helicóptero de control, le dictó sus propias órdenes.

—*Súper Seis Cuatro, aquí Alfa Cinco Uno, cambio.*

—*Aquí Súper Seis Cuatro. Adelante.*

—*Roger, Seis Cuatro, sube y reúnete con Seis Dos en su órbita.*

—*Seis Cuatro dirigiéndose hacia el interior.*

Mientras volaba a gran velocidad y baja altura sobre la ciudad, Durant podía vislumbrar a través de los remolinos nebulosos de humo y polvo, la acción que se desarrollaba bajo la cabina burbuja de su helicóptero. La nítida estructura cuadrada que habían configurado un rato antes, es decir, los rangers apostados en las cuatro esquinas del objetivo, se había desmantelado por completo. Resultaba difícil encontrar un sentido a la acción que se desarrollaba abajo. Veía la zona donde se había metido el helicóptero de Elvis en general, un barrio denso formado por casitas de piedra con tejados de hojalata en medio de un laberinto de callejones sucios y amplios cruces, pero el Black Hawk estaba metido entre casas en un lugar tan estrecho que no podía distinguirlo. Advirtió pequeñas columnas de Rangers que se desplazaban por las callejuelas, medio agachados a la defensiva, con los rifles en ristre y listos para disparar, poniéndose a cubierto e intercambiando disparos con las olas de somalíes que también corrían en aquella dirección. Durant se dio la vuelta en la cabina para indicar a los oficiales de tripulación que cargaran sus armas, dos miniguns de 7,62mm. y seis cañones capaces de disparar cuatro mil ráfagas por minuto, pero les advirtió que no dispararan hasta que descubrieran dónde estaban los suyos. Durant descendió con una maniobra circular hasta ocupar el lugar que Elvis había dejado vacante y situarse al otro lado de donde se hallaba el *Súper Seis Dos*, el Black Hawk pilotado por el suboficial jefe Mike Goffena y el capitán Jim Yacone, e intentó sintonizar con ellos.

—Seis Cuatro, *indica posición* —dijo Goffena.

—Estamos a unos dos mil doscientos metros de vosotros al norte.

—*Seis Cuatro, no perdáis de vista el lado oeste.*

—Roger.

Se trataba de mantener una «cobertura baja», un círculo móvil sobre la zona de la batalla. Durant oyó por radio que la aeronave CSAR había sido alcanzada, pero que logró hacer subir por la cuerda al equipo de rescate y había conseguido elevarse. Goffena y Yacone ya estaban señalando blancos para los tiradores de Durant, pero resultaba difícil orientarse visualmente. El asiento de Durant se hallaba situado en el lado derecho del avión y, como volaba en el sentido contrario de las agujas del reloj, ladeándose a la izquierda, lo que veía la mayor parte del tiempo era cielo. Era enloquecedor. Cuando se puso a volar horizontalmente, lo hacía tan bajo y tan rápido que era como mirar a través de un tubo. Bajo sus pies, pasaban rápidamente tejados de hojalata oxidada, árboles, automóviles y neumáticos en llamas. Por todas partes había Rangers y somalíes corriendo. No sabía con certeza si le disparaban. Es decir que, debido al estruendo de los motores y el ruido de la radio, Durant desconocía si les atacaban o no. Suponía que así era. Ya habían alcanzado a dos helicópteros. Él hacía todo lo posible para que su Black Hawk fuera un blanco más desafiante, para ello, además de todo lo que ya tenía que hacer y escuchar, variaba tanto la velocidad como la altitud.

Fue en el cuarto o quinto círculo, cuando lo que estaba sucediendo abajo empezaba a tener sentido, notó que el helicóptero chocaba con algo duro.

Como un rebote invisible.

Después de haber dejado al soldado Blackburn, el ranger caído del helicóptero, al cargo de la reducida columna de rescate que lo debía llevar hasta la base, los sargentos Jeff McLaughlin y Casey Joyce tomaron de regreso la avenida Hawlwadig para reunirse con su elemento, Tiza Cuatro. No llegaron muy lejos. Un somalí armado apostado en una callejuela les entretuvo, pues se asomaba y disparaba para esconderse antes de que ellos tuvieran tiempo de devolver los disparos. McLaughlin cubrió el callejón para que Joyce pudiera situarse en el lado opuesto. Se colocaron uno a cada lado de la callejuela y se apostaron con una rodilla en el suelo para abatir al tipo. Desde lejos, los somalíes parecían iguales, de piel negra, con enormes y desaliñadas matas de cabello, largos pantalones abombachados y camisas sueltas y enormes. Mientras que la mayoría disparaba tiros indiscriminadamente y luego echaban a correr, otros eran de una persistencia terrible. De vez en cuando, alguno, en su huida, desembocaba en la zona abierta, y siempre lo derribaban. Aquél era listo. Se asomaba lo justo para apuntar y disparar, acto seguido se escondía otra vez detrás de la esquina. McLaughlin intentó adelantarse. Cuando apareciese la cabeza del tirador, le lanzaría una ráfaga que hubiera apuntado con antelación, y el somalí se apresuraría a ocultarse de nuevo.

McLaughlin estaba resuelto a acabar con él. Detrás de una esquina, sujetó la M-16 con firmeza y apuntó al lugar del callejón donde no tardaría en aparecer el tirador. El sudor le cegaba la vista. Estaba tan ensimismado en aquel duelo fútil que perdió la noción del tiempo y del espacio y se sobresaltó cuando un sargento de escuadrón gritó su nombre.

—¡Eh, Mac! ¡Ven aquí!

El convoy avanzaba por la calle detrás de él, en dirección norte por Hawlwadig. Parecía que todo el mundo lo estuviera esperando. Buscó a Joyce con la mirada pero también parecía haberse marchado. Ya había subido a uno de los vehículos. McLaughlin cruzó la calle y se puso a trotar junto a la parte más alejada de uno de los Humvees, ya pasado el callejón de la contienda. El vehículo estaba abarrotado.

—¡Sube al capó! —gritó uno de los hombres que había dentro.

McLaughlin ya tenía una de sus largas piernas levantada cuando se le ocurrió que era una idea nefasta. Aquellos vehículos eran imanes para las balas. Se imaginó abriéndose paso a través de aquella terrible locura que se había desencadenado montado encima de un Humvee. Ya era malo tener que andar por una de aquellas calles, pero mucho peor convertirse en un blanco perfecto —six-five Ranger— allí arriba. Rodeó el vehículo, abrió la puerta y apremió al soldado Tory Carlson para que le dejara espacio. Así lo hizo y McLaughlin trepó hasta el asiento y colocó la M-16 en el borde de la ventana posterior derecha, que estaba abierta.

Cien metros más adelante, el convoy llegó a la altura de lo que quedaba, del sitiado Tiza Cuatro del sargento Eversmann. Éste y sus hombres permanecían inmobilizados desde que Blackburn cayera del helicóptero. Había visto estrellarse al otro helicóptero. Si se ponía de pie, como era muy alto, Eversmann podía ver los restos del *Súper Seis Uno* desde una de las callejuelas que cruzaba en diagonal hacia el este. El capitán Steele había ordenado por radio al sargento que trasladase su tiza hasta allí a pie.

«Roger», había contestado Eversmann... queriendo decir, «sí, de acuerdo». Pero no tenían muchas posibilidades de marcharse a otro lugar. Desde lejos veía hombres con cascos, chalecos antibalas y uniformes de camuflaje en torno a los restos de la aeronave, así que sabía que los estadounidenses habían llegado allí. Estaban bastante cerca y podía ordenar a sus hombres que dirigieran sus disparos en aquella dirección. De todas formas se había quedado reducido a sólo cuatro o cinco soldados capaces de seguir combatiendo.

El convoy llegó como una respuesta al avemaria que había rezado al despegar. Eversmann vio a su amigo el sargento Mike Pringle en la torreta del Humvee que mandaba McKnight y manejaba la calibre 50 con la cabeza tan agachada que miraba por debajo del arma. A pesar de la situación, le arrancó una sonrisa a Eversmann.

—¡Eh, sargento, subid! Nos dirigimos al lugar del siniestro —gritó McKnight.

—El capitán Steele quiere que vayamos a pie, está ahí mismo — replicó Eversmann a la vez que señalaba el lugar con la mano.

—Ya lo sé —dijo McKnight—. Subid. Vamos hacia allí.

Schilling se ocupó de cubrir la parte alta de la avenida Hawlwadig mientras Eversmann y sus hombres cruzaban la calle. El jefe del tiza condujo a sus hombres a bordo de los vehículos ya repletos; para ello subieron primero a los heridos amontonándolos literalmente en la parte trasera sobre otros muchachos, y luego buscó lugar para los otros. Era el último hombre que quedaba en la calle cuando McKnight le gritó que se diera prisa. Eversmann repasó mentalmente la lista de nombres, resuelto a responder por todos y cada uno de los hombres de su tiza. Les había perdido la pista a McLaughlin, a Joyce y a los médicos que había mandado con Blackburn, pero no estaban ni en su intersección ni manzana abajo. La columna circulaba de nuevo. No podía hacer otra cosa que subir a la parte trasera de un vehículo. Aterrizó sobre alguien y se quedó tumbado boca arriba mirando al cielo conforme se desplazaban por las calles todavía llenas de somalíes que les disparaban, y cayó en la cuenta de que era un blanco perfecto y que ni siquiera podía devolver los disparos. Pensó que le iban a disparar y que no había nada que pudiera hacer para impedirlo. A pesar de lo vulnerable que se sentía, era un alivio estar de nuevo con los otros y moverse. Si estaban juntos y se movían significaba que el final estaba cerca. El avión siniestrado estaba a sólo unas manzanas de distancia. Una vez allí se

organizaría mejor para el viaje de regreso.

Mientras Eversmann se ocupaba de sus hombres, Schilling corría hasta el centro de la calzada para recoger las cuerdas rápidas del Tiza Cuatro, todavía extendidas en la avenida Hawlwadig. El destacamento especial había hecho instrucción para recuperar las cuerdas, que medían siete centímetros y medio de ancho y eran difíciles de reemplazar. A pesar del fuego cruzado, consiguió hacerse con una. Como era un trabajo arduo arrastrarla de vuelta y él sudaba, tenía sed y estaba cansado, le pidió a John Gay, un SEAL que iba en un Humvee detrás de él, si podía ayudarlo con la otra. Gay estaba agazapado a cubierto y estaba devolviendo los disparos. Le lanzó a Schilling una mirada de asombro y luego puso los ojos en blanco.

—¡Olvídate de las jodidas cuerdas! —gritó.

Schilling cayó en la cuenta de que acababa de arriesgar su vida por un ramal largo de nailon trenzado. Regresó al Humvee sorprendido de sí mismo. Cuando el convoy volvió a ponerse en marcha, el tiroteo era más intenso que en ningún otro momento. Las balas rebotaban en los lados blindados de los vehículos y a cada momento pasaba silbando la estela humeante y titubeante de una RPG. Schilling distinguió un burro atado a un olivo en un callejón. El animal, angustiado y con las largas orejas dobladas hacia atrás y la cola recta hacia abajo, permanecía muy quieto en medio de aquella vorágine. Había visto al burro al principio cuando llegaron y supuso que al final acabarían alcanzándolo. Según se alejaban, lo volvió a mirar, todavía de pie inmóvil e ileso.

Ninguno de los que iban en los vehículos de detrás sabía adonde iban. Muchos hombres no sabían que un helicóptero había sido derribado. Uno de ellos era Eric Spalding, el ranger que fabricó aquella trampa tan eficaz para las ratas de la base. Spalding iba en el asiento del pasajero en la cabina del segundo camión, el que transportaba a los prisioneros. Cuando se pusieron en movimiento, supuso que ya estaba, que la misión había concluido. Iban camino de casa. Al volante iba el soldado John Maddox. Habían levantado el parabrisas frontal para que Spalding pudiera abrir fuego hacia delante.

Apoyó el M-16 fuera de la ventanilla del camión. Aunque era un tirador experto, había dejado de lanzar ráfagas precisas una después de la otra. Había tantos blancos, tanta gente que le disparaba... Daba la sensación de que se hubiera declarado en Mogadiscio el Día de Matar a un Estadounidense. Parecía como si todos los somalíes de la ciudad estuvieran en las calles para cargárselos. Había gente en las callejuelas, en las ventanas, en las azoteas. Sin embargo Spalding seguía disparando con el rifle. Luego, mientras reemplazase el cartucho del rifle con una mano, utilizaría la pistola Beretta de 9mm. para tirar con la otra. Lo único que quería era salir de allí. Cuando la columna dobló a la derecha, se preguntó qué estaban haciendo. ¡La misión se había acabado! ¿Por qué no tomaban el camino de regreso? No había tiempo para encontrar

a alguien susceptible de contestar a su pregunta.

Después de avanzar dos manzanas al este, el convoy volvió a girar a la derecha. Les habían perdido la pista a los hombres que se desplazaban a pie al lugar del siniestro. El convoy llevaba dirección sur, se dirigía hacia el objetivo y hacia la calle Nacional, la carretera asfaltada por la que habían llegado. Por lo menos Spalding pensó que era allí adonde se dirigían. La mayoría (de las calles de Mogadiscio parecían iguales, caminos de tierra naranja, con grandes baches en el centro, montones de sospechosos escombros, deteriorados muros de piedra bombardeados con morteros a cada lado, olivos achaparrados, matorrales de cactus y callejuelas sucias que los atravesaban. Los cruces eran un problema. Cada vez que el camión se aproximaba a un callejón, Spalding se asomaba fuera, se apoyaba en el ardiente capó y abría fuego mientras la cruzaban. No oía otra cosa que el ruido de los proyectiles de las armas automáticas y las balas volando en torno al sonido metálico cuando le daban al camión.

Una mujer que llevaba un vestido suelto de color morado pasó corriendo por el lado del conductor. Maddox tenía la pistola apoyada en el brazo izquierdo y le disparaba a casi todo lo que se movía.

—¡No dispires! —gritó Spalding—. ¡Lleva un niño!

La mujer se volvió de golpe. Sin soltar al bebé que llevaba en un brazo, levantó una pistola con la mano libre. Spalding le disparó sin titubear. Le lanzó cuatro ráfagas más hasta que cayó. Esperaba no haberle dado al niño. Ellos se movían y no podía ver si le había alcanzado o no. Pensó que tal vez sí le había dado. Llevaba al bebé en el brazo derecho delante de ella. ¿Por qué una madre iba a hacer una cosa así con un niño en los brazos? ¿En qué estaría pensando? Spalding no podía entenderlo. Tal vez lo único que quería era alejarse, pero vio el camión, se asustó y alzó el arma. No había tiempo para preocuparse de ello.

Mike Goffena, piloto de un Black Hawk, iba detrás del *Súper Seis Cuatro* cuando la granada alcanzó a este último. Le arrancó un trozo del rotor de cola. Goffena vio que se escapaba el aceite en medio de una fina bruma, pero el mecanismo quedó intacto y parecía que todo seguía funcionando.

—*Seis Cuatro*, ¿estáis bien? —preguntó Goffena.

El Black Hawk es un avión de mucho peso. En aquel punto el de Durant pesaba alrededor de diecisiete mil libras, y el rotor de cola estaba a cierta distancia de donde él estaba. La pregunta llegó antes siquiera de que se hubiera dado cuenta de lo que había pasado.

Goffena explicó que le había alcanzado una RPG y que la parte de la cola estaba dañada.

—*Roger* —contestó Durant con tranquilidad por la radio.

Al principio no parecía que le hubiera pasado algo al helicóptero. Llevó a cabo una comprobación rápida de todos los instrumentos y las lecturas eran correctas. Sus oficiales de tripulación, Cleveland y Field, estaban ilesos sentados detrás. Por consiguiente, pasada la primera impresión, Durant se sintió aliviado. No pasaba nada. Goffena le dijo que había perdido el aceite y parte de la caja de engranajes en el rotor de cola, el sólido Black Hawk estaba construido para volar sin aceite durante un rato en caso necesario, y todavía se mantenía estable. Matthews, el comandante al cargo de la parte aérea de la misión, también había visto el impacto desde el helicóptero C2 que volaba en círculo. Le dijo a Durant que posara el Black Hawk en tierra y el piloto del helicóptero alcanzado salió del círculo hacia la izquierda que estaba realizando y tomó rumbo al aeródromo, que se hallaba al suroeste a cuatro minutos de vuelo. Sólo como medida de precaución, tomó nota de que había una gran zona verde abierta hacia la mitad de camino, es decir, que si se veía obligado a aterrizar antes de una hora había un sitio donde hacerlo. Pero el helicóptero volaba bien.

Goffena siguió a Durant a lo largo de unos mil quinientos metros, hasta que ya tuvo la tranquilidad de que el *Súper Seis Cuatro* podía regresar sin problemas. Apenas había empezado a dar la vuelta cuando vio que el rotor de cola, entero, la caja de engranajes y setenta u ochenta centímetros del ensamblaje vertical de la aleta se convertían en un contorno borroso para acabar evaporándose.

Dentro del *Súper Seis Cuatro*, tanto Durant como el copiloto, Ray Frank, advirtieron que el armazón vibraba. Oyeron que el eje de fricción del engranaje, en su agonía, silbaba de forma rápida y acelerada. Luego vino un gran estruendo cuando se rompió de cuajo. Sin la mitad superior de la aleta de cola, un peso enorme se descargó de la parte posterior del armazón, y el centro de gravedad de éste cayó en picado y, como consecuencia, el helicóptero empezó a entrar en barrena. Después de

diez años de volar, la reacción tanto de Durant como de Frank fue instintiva. Para que el armazón se ladeara a la izquierda, había que apretar suavemente el pedal izquierdo con el pie. Durant se percató entonces de que ya había estado pisando el pedal izquierdo hasta el fondo y el avión todavía giraba velozmente hacia la derecha (sin rotor de cola no había forma de detenerlo). Los giros eran más rápidos de lo que Durant hubiera imaginado nunca. Los detalles de la tierra y del cielo se volvían borrosos como los dibujos en una peonza. Afuera sólo veía cielo azul y tierra marrón.

Durant intentó hacer algo con los controles. Frank, sentado junto a él, tuvo la presencia de ánimo de hacer lo correcto. Las palancas del sistema eléctrico de los motores estaban en el techo de la cabina. Frank tuvo que luchar contra la gran fuerza centrífuga de los giros para levantar los brazos. En aquellos segundos frenéticos, logró tirar hacia atrás una palanca y detener de este modo un motor, y tirar de la otra hasta la mitad. Durant gritó por la radio:

—¡Nos estrellamos! ¡Bajamos! ¡Raaaaay!

De pronto disminuyó el ritmo de los giros descendentes en picado. Justo antes del impacto el morro se levantó. Fuera por alguna razón aerodinámica o por algo que Durant o Frank hicieran dentro de la cabina, el helicóptero que caía en picado se enderezó. Gracias a que la velocidad de los giros disminuyó a la mitad y que el avión se niveló bastante, el Black Hawk hizo un aterrizaje muy duro pero horizontal.

Horizontal era crítico. Significaba que había una posibilidad de que los hombres del helicóptero estuvieran aún con vida.

MOGADISCIO

ARMY
FORCES

ARMY
FORCES

**Primer
Accidente**

**Hotel
Olympic**

Objetivo

**Mercado
Bakara**

**Super 64
Segundo
Accidente**



Jousuf Dahir Mo'alim estaba cerca del hombre que lanzó la granada. Se ocultaba detrás de un árbol en una callejuela que rodeaba el Hotel Bar Bakin, un pequeño edificio de piedra blanca situado a una manzana dirección sur del Hotel Olympic. Se guareció detrás del árbol para esconderse del Black Hawk que estaba sobre él. Simultáneamente, uno de sus hombres, parte de una milicia compuesta por veintiséis hombres que habían acudido corriendo desde el pueblo vecino Hawlwadigli, se arrodilló en medio del callejón y apuntó hacia lo alto con un arma rusa antitanque que llevaba. Se había montado el tubo con un conducto metálico, el cual estaba soldado en el extremo posterior a un ángulo a fin de que el efecto del retroceso no afectara al cuerpo del tirador.

—¡Si fallas, disparo otra ráfaga! —gritó Mo'alim.

Eran combatientes veteranos y, si bien luchaban contra los estadounidenses sin remuneración alguna, la mayor parte eran mercenarios. El padre de Mo'alim murió en 1984 en la guerra entre Somalia y Etiopía y reclutaron al hijo, que entonces contaba quince años, para ocupar su puesto. Era un joven esquelético cuyo cuerpo se perdía en una camisa y unos pantalones demasiado grandes, tenía unos pómulos muy hundidos y una perilla que sobresalía de la estrecha barbilla. Por espacio de dos años había sido soldado de Siad Barre, pero cuando cambió la corriente de aquella insurrección, se fue de su unidad para unirse a las tropas rebeldes de Aidid. Era experto en muchos combates callejeros, pero ninguno tan encarnizado como aquel.

Había organizado a los hombres de su pueblo, un laberinto de sucios y sinuosos senderos flanqueados de cactus en torno a unas chozas de harapos y barracas cubiertas de hojalata al sur de la zona del mercado Bakara, en una milicia irregular de alquiler. Permanecían aliados a Aidid, porque pertenecían, al igual que él, al clan Habr Gidr. Casi todos defendían a su pueblo de bandas merodeadoras de jóvenes luchadores. Proporcionaban seguridad a todo aquel que estuviera dispuesto a pagar, lo cual incluía, de vez en cuando, a Naciones Unidas y otras organizaciones internacionales. A veces, ellos mismos iban en busca de algo que saquear. A los hombres como Mo'alim y su banda los llamaban *mooryan*, o bandidos. Vivían con las armas, sobre todo los M-16 y las rusas AK-47 que se podían comprar en el mercado por un millón de chelines somalíes, o unos doscientos dólares. También usaban armas antitanque, desde bazucas de la Segunda Guerra Mundial hasta las más seguras y precisas RPG fabricadas en Rusia. Cobraban por sus servicios, en arroz o en *khat*. La droga causaba estragos. Otra acepción para los *mooryan* era *dai-dai*, o «rápido-rápido» por su carácter inquieto y sus tics nerviosos. Eran unos guerreros temerarios y, en muchos casos, morían jóvenes. Pero en aquellos momentos, todos los *mooryan* del sur de Mogadiscio tenían un enemigo común. Algunos habían empezado a

llamarse a sí mismos «Revengers»,^[2] como juego de palabra de rangers.

Sabían que la mejor forma de menoscabar la seguridad de los estadounidenses era derribar uno de sus helicópteros. Éstos eran el símbolo del poder de Naciones Unidas y de la impotencia del pueblo somalí. Cuando llegaron, los Rangers parecían invencibles. Los Black Hawks y los Little Birds eran casi invulnerables en comparación con el pequeño armamento que constituía la mayor parte del arsenal somalí. Estaban pensados para castigar con impunidad desde lejos. Cuando los Rangers hacían su aparición, bajaban de prisa de los helicópteros, se apoderaban de sus prisioneros y desaparecían antes de que se constituyera una fuerza significativa para combatirlos. Si se desplazaban por tierra, lo hacían en convoys blindados. Pero todo enemigo muestra su punto débil por la forma en que lucha. Para los hombres de Aidid, era evidente dónde flaqueaban los Rangers. No estaban dispuestos a morir.

Los somalíes tenían fama de desafiar el fuego enemigo, de llevar a cabo asaltos frontales, casi suicidas. Crecían dentro de clanes y les ponían el mismo nombre que sus padres y sus abuelos. Iniciaban un combate con astucia y coraje y se entregaban a la salvaje emoción que proporcionaba. Retirarse, incluso ante un devastador fuego enemigo, se consideraba impropio de hombres de verdad. Para el clan, estaban siempre listos para morir.

Para matar a los Rangers, había que hacerles resistir y luchar. La respuesta estaba en derribar un helicóptero. Parte de la superioridad falsa de los estadounidenses, su reticencia a morir, significaba que harían cualquier cosa por protegerse mutuamente, algo que era intrépido pero a veces también imprudente. Aidid y sus lugartenientes sabían que, si podían derribar un helicóptero, los Rangers se movilizarían para proteger a su tripulación. Formarían un perímetro alrededor y esperarían la llegada de ayuda. Tal vez no los fuesen a atacar pero podían hacer que se desangrasen y murieran.

Los hombres de Aidid recibieron algunas directivas expertas para derribar helicópteros de los soldados fundamentalistas islámicos, venidos clandestinamente de Sudán, los cuales tenían experiencia en luchar con helicópteros rusos en Afganistán. En esta misma línea de esfuerzo, decidieron concentrar todo su arsenal en las RPG, el armamento más potente que le quedó a Aidid después de los ataques aéreos a sus tanques y armas de mayor tamaño. Esto era problemático. Las granadas explosionaban cuando impactaban, pero era difícil alcanzar un blanco en movimiento con ellas, y por esta razón en muchas se reemplazaron los detonadores por temporizadores para que explotasen en medio del aire. Así no haría falta un disparo directo para dañar un helicóptero. Los consejeros fundamentalistas les enseñaron que el rotor de cola en un helicóptero es la parte más vulnerable. Por consiguiente, se entrenaron para dejar pasar el aparato y luego dispararle por detrás. Además de incómodo, era peligroso apuntar con los tubos al cielo, y suicida hacerlo desde las

azoteas. Desde los helicópteros no se tardaba en localizar a un hombre armado en una azotea, por regla general antes de que aquél tuviera ocasión de apuntar el arma y disparar. Por esta razón, los soldados de Aidid idearon otros métodos para disparar al cielo sin peligro desde tierra. Cavaron unos agujeros profundos en las polvorientas calles. El tirador debía tumbarse en posición supina con la parte posterior del tubo apuntando hacia el agujero. En ocasiones, arrancaban un arbolito y lo apoyaban en el agujero, luego el tirador se cubría con una tela verde para poder tumbarse bajo el árbol a la espera de que un helicóptero sobrevolara el lugar.

Le dieron al primer Black Hawk la madrugada del 25 de septiembre cuando todavía era oscuro, pero el aparato no formaba parte de una misión de los Rangers. El éxito les envalentonó. La próxima vez que acudiesen en gran número, ellos estarían preparados. Sólo debían alcanzar a uno.

Cuando el 3 de octubre Mo'alim oyó que llegaban los helicópteros a baja altura, fue a buscar su M-16 y reagrupó a su banda. Se dirigieron corriendo hacia el norte y, después de haberse dispersado en grupos de siete u ocho, cruzaron la calle Nacional y rodearon el Hotel Olympic por detrás a través de zonas que conocían bien. El cielo estaba atestado de helicópteros. Los pequeños grupos de Mo'alim intentaban mantenerse juntos en medio de la muchedumbre que se desplazaba en su dirección. Sabían que los estadounidenses, aunque los distinguieran, no se atreverían tanto a dispararles si los veían rodeados por civiles desarmados. Llevaban sábanas y toallas sobre los hombros para cubrir las armas y los rifles automáticos iban pegados a los costados de los cuerpos. Era uno de los muchos grupos de milicianos que se dirigían con premura al combate.

Fue en el cruce que había al sur del hotel en la avenida Hawlwadig donde el grupo de Mo'alim tuvo su primer encuentro con unos rangers que iban en un Humvee. Se acercaron sin llamar la atención y les dispararon a los estadounidenses pero apareció un helicóptero que abrió fuego y mató al miembro de mayor edad de la compañía, un hombre gordinflón de mediana edad al que llamaban «Alcohol».

Mo'alim sacó a rastras su flácido cuerpo de la calle y la escuadra se reagrupó una manzana más al sur, detrás del Hotel Bar Bakin.

Desde allí vieron caer el primer helicóptero. Los hombres lanzaron salvajes exclamaciones de júbilo. Continuaron avanzando y disparando, pero siempre manteniéndose a unas dos manzanas de los rangers. Estaban todavía al sur del objetivo cuando un miembro del grupo de Mo'alim se arrodilló en plena calle, apuntó a otro Black Hawk, y disparó. La granada alcanzó el rotor de atrás, cuyos trozos volaron con la explosión. Luego, durante unos instantes, no sucedió nada.

Mo'alim tuvo la sensación de que el helicóptero caía muy despacio. Estuvo volando un rato como si nada se hubiera dañado y luego, bruscamente, se inclinó hacia delante y empezó a descender en barrena. Cayó en Wadigley, una calle situada

en un barrio muy poblado al sur del suyo. El estallido provocó gritos exaltados entre la muchedumbre. Mo'alim vio que a su alrededor la gente cambiaba de dirección. Momentos antes, la muchedumbre y los combatientes se desplazaban hacia el norte, hacia el Hotel Olympic y donde se había estrellado el primer Black Hawk. En esos momentos, todos en torno a él corrían apresuradamente dirección sur. Y él, el soldado veterano con barbas de chivo, echó a correr con ellos de nuevo a través de su propio pueblo de Hawlwadigli, conforme blandía el arma y gritaba:

—¡Dad la vuelta! ¡Deteneos! ¡Hay hombres dentro y pueden dispararnos!

Algunos lo escucharon y se pusieron detrás de Mo'alim y de sus hombres. Otros continuaron corriendo hacia delante. Alí Hussein, quien regentaba una farmacia cerca del lugar donde había caído el helicóptero, vio que sus vecinos se hacían con armas y corrían en aquella dirección. Agarró por el brazo a su amigo Alí Mohamed Cawale, propietario del restaurante Black Sea. Cawale llevaba un rifle. Hussein lo sujetó por los hombros.

—¡Es peligroso! ¡No vayas! —le gritó.

Pero el olor a sangre estaba en el aire. Cawale se desasíó de los brazos de Hussein y se reunió con la multitud que corría.

En circunstancias normales, y dado que estaban tan cerca del primer avión estrellado, el convoy se habría dirigido sin demora al lugar del suceso abriéndose paso a tiros. Pero como contaban con aquella ayuda aérea, los boinas verdes estaban a punto de demostrar cuánto puede perjudicar la información a los soldados en el campo de batalla.

Desde el Black Hawk C2, que sobrevolaba la zona, Harrell y Matthews veían a quince hombres armados avanzar a buen paso por las calles paralelas a la del convoy formado por ocho vehículos. Los somalíes podían avanzar al mismo ritmo que los vehículos porque éstos, los camiones y Humvees, se tenían que parar en cada intersección. Cada conductor debía esperar hasta que el vehículo que le precedía sorteara por completo el fuego cruzado antes de arriesgarse a atravesarlo. Quedarse en la zona abierta era suicida. Cada vez que el convoy se rezagaba les daba tiempo a los grupos de tiradores a llegar hasta la calle siguiente y organizar una emboscada a los vehículos cuando pasaran disparando. El convoy estaba completamente acribillado. Como desde arriba Harrell y Matthews podían ver las manzanas y las plazas donde los somalíes se amontonaban para sorprender al convoy, guiaron a éste de forma que se mantuviera alejado.

Había una complicación añadida. Volando a unos tres mil metros de altura sobre el helicóptero C2, se hallaba el Orion, el avión espía de la fuerza aérea, el cual, gracias a las cámaras de vigilancia que llevaba, se hacía una idea de las tribulaciones que estaba padeciendo el convoy. Pero sus pilotos tenían una desventaja. No estaban autorizados a comunicarse con el convoy. Sus indicaciones eran transmitidas al comandante del Centro de Operaciones, quien se comunicaba por radio con Harrell en el helicóptero de mando. Sólo entonces se enviaba la advertencia del avión al convoy en tierra. Esto suponía un retraso vergonzoso. Los pilotos del Orion tenían una perspectiva directa sobre el lugar del siniestro. Decían: «¡Girar a la izquierda!». Pero cuando la instrucción llegaba a McKnight en el Humvee de cabeza, ya habían sobrepasado la esquina en cuestión. Atendían entonces a la orden tardía y doblaban más abajo en la calle errónea. Arriba, sobrevolando el combate, los comandantes que lo miraban por las ventanillas o en las pantallas, no podían oír el tiroteo y los gritos de los hombres heridos, o sentir el impacto de las explosiones. Desde el cielo, daba la impresión de que el avance del convoy estaba dentro del orden previsto. La imagen visual no siempre transmitía lo desesperado de la situación.

Eversmann, todavía tumbado de espaldas, indefenso, en la retaguardia de la columna, notó que el vehículo, como él esperaba, giraba a la derecha después de haberlos recogido en su posición de bloqueo. Sabía que el helicóptero siniestrado estaba a sólo unas manzanas de distancia en aquella dirección. Pero le sorprendió que

el Humvee llevara a cabo un segundo giro a la derecha. ¿Por qué se dirigían al sur? Era fácil perderse en Mogadiscio. Las calles no estaban diseñadas como las nítidas cuadrículas propias de un urbanista. Cuando uno creía que una calle iba a conducirlo a una determinada plaza, de repente se desviaba en dirección distinta. Hubo otros giros. Al cabo de un rato, el lugar del siniestro, tan cerca que Eversmann lo vio desde su posición en la avenida Hawlwadig, se perdió en medio del avispero.

El convoy se dirigía hacia el sur cuando se estrelló el helicóptero de Durant. En el Humvee de cabeza, McKnight recibió un mensaje radiado del teniente coronel Harrell.

—*Danny, los disparos de las RPG han tumbado otro Hawks al sur del Hotel Olympic. Necesitamos que llevéis a todos primero allí. Necesitamos que la QRF nos ayude, cambio.*

—*Aquí Uniforme. Comprendido. Aparato derribado al sur del Hotel Olympic. De acuerdo, y veremos qué podemos hacer después de esto.*

—*Vamos a intentar que la QRF nos preste ayuda. Intenta sacar a todo el mundo de aquel siniestro [Súper Seis Uno], y luego dirigios hasta el otro Hawks derribado, que deberéis atender y vigilar, cambio.*

No iba a resultar una tarea fácil. Se suponía que McKnight debía coger el convoy, con los prisioneros y los heridos, dirigirse al primer helicóptero siniestrado y reunirse con el grueso de la tropa allí. No había suficiente espacio en los atestados Humvees y camiones para los hombres que ya tenía a su cargo. Sin embargo, el plan inmediato requería que el convoy cargase a todos los soldados y se desplazara al sur hasta el segundo helicóptero derribado, recorriendo el camino traicionero por el que estaban pasando.

El intenso tiroteo y el número creciente de víctimas empezó a afectar negativamente a los hombres que viajaban en los vehículos. Algunos de los heridos leves que iban en el de, Eversmann parecían haber entrado en diferentes grados de parálisis, como si el cometido que tenían asignado hubiera llegado a su fin. Otros gemían y gritaban de dolor. Estaban todavía muy lejos de la base.

La situación enfurecía al sargento Matt Rierson, el jefe de la escuadra Delta que había capturado a los prisioneros y que iba con éstos en el segundo camión. Rierson no sabía adonde se dirigía el convoy. Formaba parte del procedimiento normal operativo que todos los vehículos de un convoy conocieran su destino. De esta forma, si el primero era alcanzado, o giraba por donde no debía, el resto podía continuar. ¡Pero McKnight, un teniente coronel más acostumbrado a mandar un batallón que una fila de vehículos, no le había dicho nada a nadie! Rierson veía que los inexpertos conductores de los Humvees se detenían después de pasar un cruce, con lo cual dejaban a los vehículos que los seguían a merced del fuego cruzado. Cada vez que el convoy se detenía, Rierson saltaba a tierra e iba de vehículo en vehículo para

reconducir la situación.

Cuando volvieron a pasar por detrás de la casa asaltada, un proyectil lanzado de una RPG le dio al tercer Humvee de la columna, aquel donde se había metido McLaughlin con calzador. El soldado Carlson, que se había desplazado para dejarle sitio al sargento, oyó que lanzaban una granada en las cercanías. Luego fue un resplandor cegador y un ensordecedor ¡BOOM! El Humvee se llenó de humo negro. Las gafas que había enganchado en la parte superior del casco volaron por los aires.

La granada se había abierto paso a través de la carrocería del vehículo por el tapón de la gasolina, luego había entrado y el impacto arrojó a tres hombres a la calle. Le arrancó a McLaughlin las protecciones para las manos del arma y un trozo de metralla le atravesó el antebrazo. No sintió dolor, sólo la mano entumecida. Se dijo que era preferible esperar a que se despejara el humo para ver qué le había pasado. La metralla le había roto un hueso del antebrazo, le desgarró un tendón y le fracturó un hueso de la mano. No sangraba demasiado y aún podía disparar.

A Carlson le silbaban los oídos, contuvo la respiración en medio de la nube oscura y se palpó en busca de puntos húmedos. Le sangraba el brazo izquierdo. La metralla lo había perforado en varios puntos. Tenía las botas en llamas. Había sido alcanzado un bidón de munición de calibre 50 y oyó que los demás le gritaban: «¡Una patada! ¡Dale una patada!», lo que él hizo antes de inclinarse y darse golpes en los pies a fin de apagar las llamas.

Dos de los hombres caídos a la parte posterior del vehículo estaban gravemente heridos. Uno, el sargento mayor de la Fuerza Delta, Tim «Canoso» Martin, se había llevado lo peor de la explosión. La granada había hecho un agujero del tamaño de una pelota de fútbol estadounidense en la carrocería del Humvee, atravesó los sacos de arena, al propio Martin, y penetró en el bidón de municiones. Había arrancado la mitad inferior del cuerpo de Martin. La explosión le desgarró los muslos, por la parte posterior, al soldado Adalberto Rodríguez, que fue dando traspiés a lo largo de diez metros antes de detenerse. Sus piernas eran un amasijo de sangre y carne. Intentaba ponerse en pie con gran esfuerzo cuando se dio cuenta de que un camión de cinco toneladas iba directo hacia él. Su conductor, el soldado Maddox, desorientado por la explosión de una granada, estaba a punto de atropellado.

El convoy se detuvo y los soldados saltaron para recoger a los heridos. Los enfermeros hicieron lo que estaba en sus manos por Rodríguez y Martin, que daban la impresión de estar mortalmente heridos. Mientras los rangers se dispersaban para cubrir las calles y callejones de las inmediaciones, los heridos fueron subidos a la parte trasera de los vehículos. En una de las calles, el soldado Aaron Hand y el sargento Casey Joyce se vieron envueltos en un furioso tiroteo. Cada uno estaba en un lado de la calle. Spalding, de pie fuera del camión, vio que unas ráfagas de ametralladora hacían añicos la pared que había sobre la cabeza de Hand.

Como éste estaba concentrado en disparar hacia la parte baja de la calle, no advirtió que le llegaban proyectiles desde un ángulo diferente. Spalding le gritó a Hand que volviera a los vehículos, pero había demasiado ruido para hacerse oír. Spalding, desde donde se hallaba, tuvo la sensación de que a Hand le iban a disparar con toda seguridad. Todo lo estaba haciendo mal. Luchaba con mucho valor, pero no se hallaba a cubierto y, además, cambiaba los cargadores con la espalda al descubierto. Spalding era consciente de que debía cubrirlo y llevárselo de allí, pero eso significaba atravesar la calle donde volaba el *piorno*. Vaciló. Luego pensó que no, que no iba a cruzar la calle. Se debatía consigo mismo cuando el SEAL John Gay salió corriendo para ayudar. Gay cojeaba, su cuchillo había desviado una ráfaga de AK-47 dirigida a su cadera. Lanzó varias ráfagas calle arriba y se llevó a Hand al convoy.

Al otro lado de la calle, Joyce estaba apoyado sobre una rodilla mirando al norte, es decir, que estaba haciendo lo correcto. Había encontrado un sitio donde ponerse a cubierto y devolvía el fuego de forma disciplinada, tal y como le habían enseñado, cuando desde una ventana situada encima y detrás de él asomó el cañón de una pistola que empezó a disparar con rapidez. Carlson lo vio. Aunque Joyce hubiera podido oírlo, no había tiempo para lanzarle un grito de aviso. Ruido seco y lluvia de balas; el sargento se desplomó de bruces sobre el polvo.

No había transcurrido un segundo cuando un arma del calibre 50 acribilló la pared en la que estaba la ventana donde había aparecido el arma, y el sargento Jim Telscher, ajeno al tiroteo, corrió de un salto hasta Joyce, lo agarró por la camisa y el chaleco y, sin aminorar el paso, lo arrastró hasta la columna.

Joyce tenía el rostro macilento y los ojos abiertos como platos y desorbitados. Le habían dado en la parte alta de la espalda, donde los chalecos Kevlar antibalas carecían de chapa protectora. La ráfaga le había atravesado el corazón y el torso para salir y alojarse en la parte delantera del chaleco, donde se hallaba la placa blindada. Lo cargaron en la parte trasera del Humvee de Gay, donde un enfermero de la Fuerza Delta, sosteniendo el gotero con una mano, lo atendía frenética y desesperadamente.

—¡Hay que llevarlo a la base de inmediato! ¡Tenemos que evacuarlo o morirá!

El convoy empezó a avanzar de nuevo con movimientos bruscos, dobló primero a la izquierda (dirección este) y luego otra vez a la izquierda, encaminándose de esta forma otra vez hacia el norte. Estaba en una calle situada a una manzana al oeste del lugar donde se hallaba el helicóptero. Para llegar allí, no tenía más que seguir dos manzanas al norte y luego doblar a la derecha. Pero el tiroteo era implacable. En el Humvee de cabeza, fue alcanzado el teniente coronel McKnight. Le entró metralla en el brazo derecho y en el lado izquierdo del cuello.

En la retaguardia del convoy, el sargento Lorenzo Ruiz, el fornido y modesto boxeador de El Paso, que se había hecho cargo de la ametralladora del calibre 50 del soldado Clay Othic después de que éste fuera alcanzado en un brazo, se desplomó

deslizándose fláccidamente sobre los hombres del Humvee.

—¡Le han dado! ¡Le han dado! —gritó el conductor conforme seguía lo más rápido que podía a la columna.

La torreta de su Humvee estaba vacía y el arma giraba a su antojo.

—¡Que suba un quintacolumnista! —gritó uno de los sargentos—. ¡Que suba inmediatamente un quintacolumnista!

Apretujados como estaban, y con Ruiz tumbado sobre ellos, ninguno podía trepar a la torreta desde dentro, así que el soldado Dave Ritchie saltó fuera del vehículo y subió a la torreta desde el exterior. Como no podía agacharse dentro porque el peso muerto del cuerpo de Ruiz lo bloqueaba, tuvo que sujetar el arma inclinándose desde fuera. Y así siguieron, mientras él giraba y disparaba el arma enorme y se sostenía como podía para no caer a la calle.

Mientras, los de dentro empujaron a Ruiz hacia abajo para que Ritchie pudiera instalarse detrás del arma. El sargento mayor John Burns le arrancó el chaleco y la camisa al herido.

—¡Me han dado! ¡Me han dado! —susurraba Ruiz conforme empezaba a toser sangre.

Burns encontró el lugar por donde había entrado la bala, bajo el brazo derecho, pero no consiguió localizar la salida del proyectil. Lo apoyaron contra una radio y un enfermero Delta se apresuró a atenderlo. Ruiz estaba en estado de shock. Como muchos de los que iban en los otros vehículos, se había sacado la placa de cerámica del chaleco antibalas.

Encaramado en la torreta de un Humvee detrás de una Mark-19, una ametralladora lanzagranadas, el cabo Jim Cavaco lanzaba una detrás de otra ráfagas de 40mm. a las ventanas de un edificio desde el cual disparaban. Cavaco arrojaba diestramente granadas a las ventanas del segundo piso, una detrás de otra. ¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

Desde el segundo camión, Spalding gritó:

—¡Bien! ¡Acaba con ellos, Vaco!

Acto seguido, vio que su amigo caía hacia delante. Una ráfaga había alcanzado a Cavaco en la nuca; había muerto en el acto. El convoy volvió a detenerse y Spalding saltó para ayudar a sacar a Cavaco de la torreta. Lo llevaron a la parte posterior del camión de Spalding y lo arrojaron allí, aterrizando sobre las piernas de un ranger herido que gritaba de dolor.

La intensidad del tiroteo era terrorífica. Parecía que los somalíes invadían la calle desde todos los puntos. Desde el Humvee en cabeza, Schilling miraba a la muchedumbre que corría con estupor. Pensaba en a quién podía ocurrírsele transitar por aquellas calles invadidas por proyectiles. Descubrió que dejando rodar granadas por la calle se impedía que los tiradores asomaran sus armas. Intentó ahorrar

munición disparando sólo a los somalíes más cercanos. Cuando se quedó sin arma, un ranger herido le dio los cargadores de sus bolsillos.

Por radio llegó una pregunta optimista procedente del helicóptero de mando, donde no parecían comprender lo desesperada que se había vuelto la situación del convoy.

—*Uniforme Seis Cuatro, ¿habéis evacuado a todo el mundo del lugar del siniestro? Cambio.*

—*Todavía no tenemos contacto positivo con ellos —contestó McKnight—. Nos han disparado mientras nos largábamos de la zona. Algunos heridos, entre ellos yo, cambio.*

—*Roger, quiero que intentes llegar hasta el primer helicóptero accidentado y que te concentres en ello. Cuando hayamos evacuado a todo el mundo de allí, nos dirigiremos al segundo aparato siniestrado e intentaremos una retirada, cambio.*

Esto era, por supuesto, irrefutable, pero McKnight no cejaba.

—*Roger, comprendido. Pueden darme alguna... sólo necesito una dirección y una distancia desde donde estamos, cambio.*

Al principio no hubo respuesta. Las ondas estaban llenas de llamadas relacionadas con la caída de Durant. Cuando volvió a oír a sus comandantes, fue para pedirle a McKnight que indicara el número de rangers recogidos de la Tiza Cuatro de Eversmann. Hizo caso omiso de la pregunta.

—*Romeo Seis Cuatro [Harrell], aquí Uniforme Seis Cuatro. ¿A cuánto estoy del helicóptero accidentado? ¿A qué distancia?*

—*Espera. Ahora te veo bien... Danny, ¿estás todavía en aquella calle principal asfaltada?*

—*Estoy en la calle de salida. Hacia Nacional.*

Aparentemente, Harrell no lo entendió bien. Le dio a McKnight indicaciones como si estuviera todavía en la avenida Hawlwadig, frente a la casa asaltada.

—*Gira al este. Continúa unas tres manzanas al este y luego dos al norte. Hay mucho humo por allí, cambio.*

—*Entendido. Desde mi posición tengo que ir al este durante unas tres manzanas y luego girar al norte, cambio.*

—*Roger, esto es desde la calle asfaltada donde está el Hotel Olympic, cambio.*

Pero McKnight ya estaba a tres manzanas al este de esa calle. —*Estoy en la calle asfaltada al este del Hotel Olympic. ¿Sólo tengo que dejarla y dirigirme al norte?*

—*Negativo. Hay aproximadamente tres manzanas al este, una al norte del edificio uno [el edificio asaltado], cambio.*

En el antepenúltimo Humvee del convoy, donde Ruiz luchaba por su vida, el sargento Burns no podía contactar con McKnight por radio y decidió acercarse a pie. Temía que si no evacuaban a Ruiz de inmediato, el joven texano moriría. Burns advirtió que el tiroteo ensordecedor del principio parecía amortiguado, distante. Sus oídos se habían habituado al ruido. Conforme se dirigía a la cabeza de la columna, vio en la parte trasera de un Humvee atestado a Joyce sangrando y pálido, y a un enfermero que lo atendía frenético. Estaba a punto de llegar al principio del convoy cuando un chico D le detuvo.

—Te han dado —dijo el operador Delta.

—No, no me han disparado.

Burns no había notado nada. El muchacho del cuerpo D deslizó la mano dentro del chaleco de Burns, a la altura del hombro derecho; y el sargento sintió un dolor agudo.

—¿Te cuesta respirar? —preguntó el chico D.

—No.

—¿Sientes opresión en el pecho?

—Me encuentro bien —contestó Burns—. No sabía que me habían dado.

—De todas formas vigila que no te duela nada —aconsejó el chico D.

Burns llegó hasta McKnight, pero como lo vio cubierto de sangre y muy ocupado con la radio, le explicó lo de Ruiz al sargento Bob Gallagher. En opinión de Burns, debían permitir que un Humvee, o dos, volvieran de inmediato a la base con Ruiz, como habían hecho antes con Blackburn. Pero Gallagher sabía que, en aquellos momentos, no podía permitirse el lujo de quedarse sin más vehículos y potencia de fuego. Aún tenían unos cien hombres que los esperaban en las inmediaciones del primer helicóptero siniestrado, además estaba el segundo... Gallagher ya se estaba maldiciendo a sí mismo por haber dejado que aquellos tres vehículos volviesen a la base con Blackburn. Si bien sabía que ello podía suponer una sentencia de muerte para Ruiz, le dijo a Burns que no había ni que pensar en que se marchara nadie.

—Tenemos que llegar hasta el helicóptero siniestrado y allí concentrar a todas las fuerzas —explicó.

Disgustado, Burns inició el regreso a su vehículo caminando a lo largo de la columna. Apenas había avanzado unos pasos cuando el convoy volvió a ponerse en movimiento. Saltó a la parte trasera de un Humvee. Ya estaba atestado. La parte posterior del vehículo se hallaba pegajosa y manchada de sangre. De los rangers amontonados surgían gemidos de dolor. Junto a él, Joyce parecía muerto aunque un enfermero aún lo atendía. El sargento Gallagher gritaba:

—¡Me han arrancado el pulgar! ¡Me han arrancado el pulgar!

Burns no quería permanecer en aquel Humvee. Iban en dirección norte. Algunos hombres estaban al límite. En el Humvee donde se encontraba Burns, el soldado Jason Moore veía que algunos de sus compañeros rangers se limitaban a esconder la cabeza detrás de los sacos de arena. Entre ellos estaban algunos de los más bravucones y bulliciosos de la unidad. Moore, un muchacho fornido procedente de Princeton, Nueva Jersey, tenía mucosidad pegada bajo el labio inferior y saliva oscura en la barbilla sin afeitado. Sudaba y estaba aterrorizado. Una RPG había sobrevolado el vehículo y explotado en medio de un ruido ensordecedor contra el muro *junto al cual circulaban. Las balas zumbaban a su alrededor. Luchó contra* la terrible tentación de tumbarse. Pero se dijo que le iban a disparar de todas formas.

Moore consideraba que, si permanecía incorporado y no dejaba de disparar, por lo menos le atacarían tratando de salvar a los muchachos y a sí mismo. Fue un momento crucial para él, una iluminación en medio de aquel caos. Seguiría combatiendo. No permanecería de brazos cruzados.

Habían herido a Joyce, lo cual causó una profunda conmoción al soldado Carlson, quien notó un repentino golpe y un dolor agudo en la rodilla derecha. Tenía la sensación de que alguien le había clavado un cuchillo en la rodilla para luego adentrarlo en la carne con la ayuda de un mazo. Bajó la vista y vio que sus pantalones estaban empapados de sangre. Rezó una oración y siguió disparando. Había pasado más miedo que en toda su vida y pensaba que sería capaz de morir de terror. El corazón le daba vuelcos en el pecho y le costaba respirar. Los sonidos de los disparos y de las explosiones se le agolpaban en la cabeza junto a la imagen de sus amigos que, uno tras otro, caían abatidos, y de la sangre derramada por doquier, aceitosa, pegajosa, que olía a humedad y cobre; imaginaba que el siguiente iba a ser él. En aquel momento de máximo terror, notó que, de golpe, inexplicablemente, nada importaba. Segundos antes se hallaba paralizado por el pánico y el dolor, y luego... dejó de preocuparse por sí mismo.

Reflexionó sobre ello más adelante y la mejor explicación que encontró fue que su propia vida había dejado de importar. Todo lo que de verdad contaba eran sus compañeros, sus hermanos, que no los hirieran, que no los mataran. Aquellos hombres que lo rodeaban, a algunos de los cuales conocía tan sólo desde hacía unos meses, eran más importantes para él que su propia vida. Como cuando Telscher corrió al descubierto para llevarse a Joyce. Carlson comprendió que había sido un acto heroico. Y al contrario. En cierta forma sabía que Telscher no había tenido que tomar decisión alguna, de la misma manera que él no escogía no tener miedo. Simplemente, le había sucedido, como si hubiera traspasado una barrera. Debía seguir combatiendo porque los otros muchachos le necesitaban.

En el segundo de los tres Humvees que iban detrás de los camiones, el soldado Ed Kallman, al volante, se asombró y alarmó por cuanto veía. Más adelante empezó a

explotar una hilera de árboles situados en la acera, uno detrás del otro, como si contuvieran cargas y alguien las hiciera detonar a un intervalo aproximado de cinco segundos.

Esto, o que alguien, en la creencia de que pudieran ocultar francotiradores, arrancara sistemáticamente con la ayuda de un arma muy potente los árboles de dos pisos de altura. De todas formas, aquellas explosiones que avanzaban en su dirección y que partían los árboles uno a uno le parecieron muy extrañas.

Kallman, quien tan excitado se había sentido una hora antes cuando se encontró en plena batalla por primera vez, en aquellos momentos sólo experimentaba un terror nauseabundo. Hasta aquel instante ni él ni nadie de su vehículo había sido víctima del tiroteo, pero sólo parecía cuestión de tiempo. Veía con espanto que el convoy se desintegraba delante de él. Era un soldado que servía a la nación más poderosa de la tierra. Ya que estaban inmersos en aquel terrible caos, ¿no debía alguien haber intervenido? ¿Dónde estaba la demostración de fuerza mayor? En cierto modo no parecía justo verse reducidos a aquello, a combatir en aquellas calles angostas y sucias, ¡a desangrarse, a morir! Se suponía que esto no debía ocurrir. Veía hombres a quienes conocía, apreciaba y respetaba gritando de dolor en medio de la calle acribillados y mostrando rojos jirones de carne reluciente, soldados que andaban a trompicones entre el humo, sangrando, aturdidos, inconscientes, con las ropas desgarradas. Soldados estadounidenses. Quienes permanecían ilesos llevaban en sus uniformes la sangre de otros. Kallman era joven y un novato en la unidad. Si disparaban a los soldados más veteranos, tarde o temprano le tocaría. Cosa curiosa, el asombro que sentía eclipsaba el miedo. No dejaba de repetirse: «Se suponía que esto no debía ocurrir».

Y le llegó el turno a Kallman. Mientras aminoraba la marcha antes de otro cruce, miró a la izquierda por la ventana abierta y vio una estela de humo dirigiéndose hacia él. Todo ocurrió en un segundo. Supo que se trataba de una RPG y supo que le iba a dar. Y así fue. Se despertó tumbado a la derecha en el asiento del acompañante con los oídos zumbando. Abrió los ojos. Estaba frente a la radio situada bajo el salpicadero. Se incorporó y pisó el acelerador. Delante de él, el convoy giraba a la izquierda y se apresuró a alcanzarlo.

Más tarde, cuando tuvo ocasión de examinar el Humvee, observó que la RPG le había dado a la puerta de su lado, abollada y con un agujero que atravesaba el acero. Era evidente que, tanto él como los demás ocupantes, habían salido bien librados gracias al cristal antibalas que había detrás de la puerta. Kallman tenía la ventana bajada. El armazón exterior del Humvee había absorbido la mayor fuerza de la granada, y como la barrera de vidrio era muy gruesa pudo detenerla. Su brazo izquierdo empezaba a hincharse y a ponerse blanco, pero, por lo demás, se encontraba bien.

Dan Schilling se sentía mejor cuando se movían. Daba la sensación de que el convoy avanzaba palmo a palmo, porque se paraba, avanzaba, se paraba, avanzaba. Cada vez que se detenían se intensificaban los disparos, eran tantas las ráfagas que por momentos parecía que las paredes de ambos lados de la calle estaban siendo limpiadas con chorros de arena. Había un montón de blancos a los que disparar. Arriba, en la torreta, Pringle disparó la calibre 50 contra un grupo de somalíes armados. Schilling observó que uno de ellos, un hombre delgado y alto vestido con una camisa amarilla y portando una AK-47, se desmembraba cuando los enormes proyectiles lo atravesaron. Aparecieron profundas manchas de sangre en la camisa amarilla. Primero se desprendió un brazo. Luego explotaron la cabeza y el pecho del hombre. Los demás somalíes se dispersaron, doblaron la siguiente esquina, donde, como Schilling sabía, los esperarían cuando fueran a cruzar.

Cuando el Humvee llegó a la altura de esa calle, Schilling no dudó en hacer uso de su arma, pues los hombres estaban muy cerca. El primer somalí al que disparó estaba a sólo diez metros de distancia. Se encontraba agachado y en su rostro se reflejaba una mueca de dolor. Tal vez Pringle le disparó antes. Schilling le cosió dos ráfagas al pecho. Le disparó al hombre que estaba junto a él dos veces en el pecho y, conforme lo hacía, notó un golpe y un dolor sordo en el pie derecho. Schilling se examinó la bota mientras atravesaban el cruce. La puerta había recibido dos balas. Una había atravesado el acero exterior pero el vidrio antibalas dentro de aquélla la había detenido. La segunda dio un poco más abajo, y atravesó la puerta.

Ésta, garantizada para detener una ráfaga de una AK-47 de 7,62mm., no detuvo ningún proyectil. El vidrio recibió el primero, y el segundo fue disparado más abajo, es decir, donde podía tener fuerza bastante para herir, pero no la suficiente para traspasar la puerta.

Pringle había colocado las puertas en el vehículo aquella misma mañana. Habían realizado seis misiones sin ellas, que acababan de llegar en un envío procedente de Estados Unidos. Schilling no tenía una idea clara con respecto a ellas. Le gustaba la protección, pero las puertas obstaculizaban la marcha del vehículo por ser muy pesadas. Cuando las comprobó por la mañana una vez instaladas, se dio cuenta de que no podía bajar la ventana y se dispuso a quitar una. Pringle lo detuvo.

—¡Eh, que acabo de ponerlas! —gritó.

Schilling le mostró que la ventanilla se trababa y Pringle cogió un martillo y se limitó a dar unos golpes al marco hasta que la ventana bajó. En aquellos momentos, Schilling se alegró de haber conservado la puerta, pero había desaparecido parte del sentido de invulnerabilidad que había experimentado. Los dos proyectiles la habían atravesado por completo.

Prosiguieron dirección norte por espacio de unas nueve manzanas, hacia la avenida de las Fuerzas Armadas, una de las calles principales y asfaltadas de

Mogadiscio. Habían pasado por el lugar del siniestro, a sólo una manzana al este, sin detenerse. Los helicópteros les indicaron que girasen a la derecha, pero tanto a Schilling como a los demás ocupantes del Humvee de cabeza las callejuelas les parecían demasiado angostas para poder pasar. Cabía la posibilidad de que, si los camiones se quedaban atascados allí, acabaran muriendo todos. Por consiguiente prosiguieron su camino. Cuando pasaron por allí cerca, algunos hombres que iban en el convoy vieron el Black Hawk abatido a sólo una manzana de distancia, pero nadie les había dicho que fuera su objetivo. Muchos de aquellos hombres pensaban todavía que se estaban encaminando de vuelta a la base. Se estaban acercando a la avenida de las Fuerzas Armadas cuando volvieron a detenerse.

Schilling descartó de sus pensamientos sentimientos inútiles. McKnight parecía aturdido y vencido. Le sangraba el brazo y el cuello, y había perdido el talante decisivo que le caracterizaba. Murmuró para sí mismo: «Vamos a seguir circulando por aquí hasta que nos maten a todos, mierda».

Como McKnight parecía paralizado, decidió hacer algo. Utilizando una frecuencia que, según él sabía, usaban los pilotos de los helicópteros para hablar entre ellos, puenteó al Black Hawk C2 y contactó con los helicópteros de observación que volaban en círculos sobre ellos. Coordinar comunicaciones aire-tierra era la especialidad de Schilling. Les pidió que le indicasen el camino hasta el aparato siniestrado. Los helicópteros estaban ansiosos por complacer. Le dijeron que condujera el convoy hacia el este por la avenida de las Fuerzas Armadas y que, luego, girara de nuevo a la izquierda. McKnight autorizó a Schilling a hacerse cargo del avance, y el convoy se puso en marcha de nuevo.

Doblaron a la izquierda desde la avenida de las Fuerzas Armadas y avanzaron en medio de una tormenta de fuego a lo largo de unas siete manzanas hasta que Schilling vio delante los restos, ardiendo lentamente, del cinco toneladas incendiado delante del edificio asaltado. Habían hecho un círculo completo. Schilling no le había dicho al helicóptero de observación hasta cuál de los helicópteros siniestrados quería ir. Como los pilotos podían ver la situación desesperada que se vivía alrededor del aparato abatido de Durant, donde las turbas somalíes empezaban a rodear al Black Hawk derribado y sin protección, tomaron la iniciativa de dirigir el convoy hacia allí. Shilling no lo advirtió hasta que vio de nuevo la casa tomada por asalto y el Hotel Olympic.

—Nos dirigimos al segundo helicóptero siniestrado —le informó a McKnight.

El teniente coronel sólo sabía cuáles eran sus órdenes. Repitió que debían dirigirse adonde estaba el primer helicóptero abatido.

En la red de mandos, sus vagabundeos se habían convertido en comedia negra. La situación iba a complicarse más porque desde la base habían despachado un segundo convoy para la evacuación allí donde se hallaba el helicóptero de Durant.

—*Danny, creo que habéis ido demasiado al oeste en busca del segundo aparato siniestrado. Parece que habéis recorrido unas cuatro manzanas al oeste y cinco al sur, cambio.*

—*Romeo Seis Cuatro [Harrell], aquí Uniforme Seis Cuatro [McKnight]. ¡Dadme instrucciones precisas para girar, bien precisas! ¡Instrucciones precisas!*

—*Uniforme Seis Cuatro, aquí Romeo Seis Cuatro... Tenéis que seguir recto cuatro manzanas al sur, luego girar al este. Hay un humo verde que indica el lugar al sur. Seguid hacia el sur.*

A través de la muy activa frecuencia de los mandos, surgió una voz que suplicaba un poco de orden.

—*¡Basta de dar instrucciones!... ¡Creo que os estáis equivocando de convoy!*

—*Aquí Uniforme Seis Cuatro, me has mandado de vuelta frente al Hotel Olympic.*

—*Uniforme Seis Cuatro, aquí Romeo Seis Cuatro. Tenéis que girar al este.*

Por consiguiente, el convoy giró en redondo. Acababan de cruzar por una emboscada atroz delante del edificio asaltado y, en aquellos momentos, daban la vuelta para volver a pasar por el mismo sitio. Los hombres de los vehículos traseros no entendían nada. ¡Era una locura! Daba la sensación de que estaban intentando que los matasen.

La situación se había deteriorado hasta el punto que Harrell, desde el helicóptero C2, consideraba la posibilidad de soltar a los prisioneros, su botín, el supuesto objetivo de la misión y de toda aquella carnicería. Mandó instrucciones a las unidades Delta de a pie que en aquellos momentos se aproximaban al primer helicóptero siniestrado:

—*Tan pronto como consigamos que os unáis al elemento Uniforme deberéis deshaceros de toda la preciosa carga que lleváis. Vamos a intentar que las fuerzas se reúnan donde está el segundo helicóptero.*

Las voces de los helicópteros que trataban de dirigir al pobre McKnight transmitieron la frustración de sus inútiles vueltas y giros.

—*Uniforme Seis Cuatro, aquí Romeo Seis Cuatro. Siguiente a la derecha. ¡Siguiente a la derecha! ¡Siguiente a la derecha! ¡El callejón! ¡El callejón!*

—*No han doblado donde debían.*

—*Girad a la derecha en cuanto podáis, Uniforme.*

—*Cuidado; vais a encontraros con un tiroteo.*

—*Uniforme Seis Cuatro, aquí Romeo Seis Cuatro.*

—*¡Maldita sea, deteneos! ¡Maldita sea, parad!*

—*¡Girad a la derecha! ¡Girad a la derecha! ¡Estáis en medio del fuego! ¡Daos prisa!*

Los hombres del convoy veían cosas extrañas en medio de aquella confusión

terrible. Adelantaron a una anciana que llevaba dos bolsas de plástico para alimentos y caminaba tranquilamente entre la cortina de fuego. Cuando el convoy se acercó más, la vieja dejó sin prisas las bolsas en el suelo, se metió los dedos en los oídos y continuó caminando. Minutos después, cuando tomaron la dirección opuesta, vieron a la misma anciana. Llevaba de nuevo las bolsas. Las posó en el suelo, se metió los dedos en los oídos y siguió caminando como había hecho antes.

En cada intersección, nuevos somalíes se sumaban a los anteriores, inundaban los dos lados de la calle y disparaban a todos los vehículos que pasaban por allí. Como había hombres a ambos lados, cualquier proyectil que fallaba y no le daba al vehículo sino que pasaba por encima, podía alcanzar a quienes estaban al otro lado. El sargento Eversmann, que había encontrado un cobijo mejor en el fondo de su Humvee, lo observaba anonadado. ¡Vaya estrategia! Tuvo la sensación de que aquella gente no respetaba ni su propia vida. ¡Les importaba un bledo!

La ciudad estaba acabando con ellos manzana a manzana. No había lugar seguro. El aire estaba lleno de trozos de metal caliente arrojados con furia. Escuchaban el terrible ruido seco de las balas cuando entraban en la carne y oían los gritos, y veían que las entrañas de los hombres salían desparramadas y que la palidez de los rostros de sus amigos se intensificaba, y los mejores hombres contraatacaban. Eran los combatientes de elite de Estados Unidos e iban a morir allí, excedidos en número por aquella chusma decidida. Su futuro estaba establecido bajo aquel sol, aquel día y en aquel lugar.

Schilling no podía dar crédito a cuanto veía y, en aquellos momentos, se sentía culpable. Había llevado al convoy en la dirección equivocada, durante parte de aquella calamidad. Aturdido por la confusión, se debatía para convencerse de que sucedía de verdad. No dejaba de murmurar: «¡Vamos a seguir dando vueltas por aquí hasta que estemos todos jodidamente muertos!».

El soldado Spalding se hallaba detrás de la puerta derecha en el primer camión, con el rifle asomado por la ventana y puesto de lado en el asiento para poder disparar más seguido, cuando le sobresaltó un resplandor luminoso bajo las piernas. Parecía como si un rayo láser atravesara la puerta para instalarse en su pierna derecha. Una bala traspasó el acero de la puerta y la ventana, que estaba bajada, y se introdujo, con trozos de acero y cristal, bajo la rodilla y, desde allí, ascendió hasta llegar a la cadera. Se le había clavado el dardo de luz que había atravesado la puerta. Gritó.

—¿Ha pasado algo, te han dado? —gritó Maddox.

-¡Sí!

Y entró otro rayo láser, éste en su pierna izquierda. En esta ocasión, Spalding sintió una sacudida pero no dolor. Se agachó para sujetarse el muslo derecho y sus dedos se ensangrentaron. Estaba triste y asombrado a la vez. La forma en que el láser había pasado. Aún no le dolía. No quería mirar.

—¡No veo nada! ¡No veo nada! —gritó Maddox en ese momento.

El piloto llevaba el casco torcido y las gafas magulladas puestas de lado sobre la cabeza.

—¡Ponte las gafas, estúpido! —le gritó Spalding.

Pero a Maddox le habían dado en la parte posterior de la cabeza. El proyectil debió de golpear el casco, lo que le salvó la vida, pero el impacto tuvo que ser tan fuerte que le dejó ciego. El camión circulaba descontrolado y Spalding, con las piernas heridas, no podía moverse ni hacerse con el volante.

Como lo último que podían hacer era detenerse en el campo de tiro, no quedaba otra solución que gritar instrucciones a Maddox, quien seguía con las manos en el volante.

—¡Gira a la izquierda! ¡A la izquierda! ¡Ahora! ¡Ahora!

—¡Acelera!

—¡Frena!

El camión iba haciendo eses y chocando contra las casas a ambos lados. Atropellaron a un somalí que caminaba con muletas.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Maddox.

—No te preocupes, no ha sido nada, sólo hemos atropellado a alguien.

Y se rieron. No sentían compasión y traspasaban la barrera del miedo. Los dos se reían todavía cuando Maddox frenó y el camión se detuvo.

Uno de los chicos D, el sargento Mike Foreman, saltó de la parte posterior del camión, corrió adelante por la izquierda y abrió la puerta de la cabina salpicada de sangre.

—¡Mierda! —exclamó.

Maddox se deslizó junto a Spalding, quien estaba muy preocupado por sus heridas. En la rodilla izquierda, se apreciaba un agujero redondo, pero no se veía la salida del proyectil. Parecía evidente que la bala se había fragmentado al impactar con la puerta y el vidrio y que sólo la funda se había introducido en la rodilla, aplastado al impactar con la rótula y deslizado bajo la piel hasta llegar a la articulación. El resto de la bala había acribillado la parte inferior de la pierna, que sangraba. Spalding subió las piernas y las apoyó sobre el salpicadero y aplicó un vendaje de campaña sobre una de ellas. Acto seguido apoyó el rifle en el borde de la ventana, cambió el cargador y, según Foreman volvía a poner el vehículo en movimiento, él reanudaba los disparos. Disparaba a todo cuanto se movía.

Para hacer sitio a otros heridos en la parte posterior de su Humvee, el también herido soldado Clay Othic, quien recibiera una bala en el brazo al principio de la contienda, saltó y corrió hasta el segundo camión. Uno de los hombres que viajaba en él le alargó una mano para ayudarlo a subir, pero Othic no podía agarrarse a nada con el brazo roto. Tras varios intentos infructuosos, se dirigió a la cabina, donde el soldado Aaron Hand bajó para dejarle sitio entre él y el conductor, el soldado Richard Kowalewski, un muchacho delgado y tranquilo de Texas al que llamaban «Alfabeto» ante la imposibilidad de poder pronunciar su nombre.

Kowalewski era nuevo en la unidad, y discreto. Acababa de conocer a una muchacha con la que quería casarse y expresado su intención de dejar el regimiento apenas finalizado aquel despliegue al cabo de unos meses. Su sargento intentaba que se quedara. Minutos después de que Othic se deslizara junto a él, Kowalewski recibió un balazo en el hombro y el impacto lo lanzó contra el respaldo. Después de comprobar la gravedad de la herida, se incorporó tras el volante.

—Alfabeto, ¿quieres que conduzca yo? —preguntó Othic.

—No, estoy bien.

Othic forcejeaba en el reducido espacio para aplicar un vendaje de campaña sobre el hombro ensangrentado del conductor, cuando les alcanzó la RPG. Les llegó por la izquierda, cercenó el brazo izquierdo de Kowalewski y se incrustó en su pecho. No explotó. El misil de más de sesenta centímetros de largo se absorbió dentro del muchacho, las aletas sobresalían por su costado izquierdo bajo el brazo perdido, la punta asomaba por el costado derecho. Estaba inconsciente, pero con vida.

Sin conductor, el camión chocó con el que le precedía, donde detrás viajaban los prisioneros y, en la cabina, Foreman, Maddox y Spalding. El impacto arrojó a este último contra la puerta lateral y luego el camión se estrelló contra un muro.

El golpe dejó inconsciente a Othic, que recobró la conciencia cuando el soldado Hand lo zarandeaba gritándole que debía salir de allí.

—¡Está ardiendo! —chillaba Hand.

Aunque la cabina estaba llena de humo, Othic pudo ver el plomo del cohete

asomando brillante de lo que parecían ser las entrañas de Alfabeto. La granada alojada en su pecho no había explotado, pero algo había provocado una detonación. Podía haber sido un fogonazo montado en el chaleco de Kowalewski, o el misil que propulsaba la granada. Hand saltó por encima de su puerta para bajar. Othic quiso agarrar a Kowalewski para sacarlo fuera, pero sólo pudo coger la ropa ensangrentada del conductor que se deslizó húmeda de su pecho partido. Othic bajó a trompicones a la calle y advirtió que tanto su casco como el de Hand habían salido volando. El rifle de este último había quedado aplastado. Se sentían aturridos y mareados. La muerte había pasado zumbando tan cerca que había matado a Kowalewski y les había arrancado los cascos, pero estaban ilesos. Hand se había quedado sordo del oído izquierdo, pero eso era todo. Los dos recuperaron los cascos en la calle; era evidente que habían salido volando por la ventana.

Hand también encontró la parte inferior del brazo de Kowalewski. La mano izquierda y la muñeca. Lo cogió, volvió corriendo hasta el Humvee donde los chicos D habían colocado a Kowalewski y lo metió en un bolsillo del hombre mortalmente herido.

Aún aturrido, Othic subió como pudo a un Humvee. Cuando se pusieron de nuevo en marcha empezó a palpar el suelo con la mano buena, la izquierda, para recoger los proyectiles que se les habían caído de las armas a los muchachos y los fue pasando a los que todavía podían disparar.

Muchos vehículos se estaban quedando sin municiones. Habían gastado miles de proyectiles. Tres de los veinticuatro prisioneros somalíes habían muerto y uno estaba herido. Detrás de los camiones y Humvees todavía en circulación todo estaba impregnado de sangre. Trozos de vísceras se adherían al suelo y a las paredes interiores. El Humvee de cabeza, el de McKnight, tenía dos neumáticos reventados, ambos en el lado derecho. Se suponía que aquellos vehículos podían circular con reventones, pero en ningún caso a una velocidad cercana a la normal. El segundo Humvee de la fila era una ruina casi total. Arrastraba un eje y lo empujaba el cinco toneladas que lo seguía, al que le había alcanzado la granada que acabó con la vida de Kowalewski. El Humvee que conducía un SEAL, el tercero de la hilera, tenía tres neumáticos reventados y estaba tan acibillado que parecía una esponja. El SEAL Howard Wasdin, con dos proyectiles en las piernas, las llevaba apoyadas sobre el salpicadero y estiradas en el capó. Algunos Humvees sacaban humo. El de Carlson tenía un agujero de granada en un lado y cuatro neumáticos reventados.

Cuando la RPG le dio a Kowalewski en la cabina del primer camión, obligó a que todos y todo lo que iba detrás se detuviera. En medio del estruendo y de la confusión, nadie del Humvee de cabeza lo advirtió y, por consiguiente, prosiguieron solos hacia la avenida de las Fuerzas Armadas avanzando en aquellos momentos a poco más de treinta kilómetros hora. Los helicópteros de observación les dijeron que debían doblar

a la derecha (unas siete manzanas atrás, buscando en vano una calle bastante ancha para poder girar a la izquierda, el convoy había pasado por segunda vez cerca del lugar del siniestro, en esa ocasión una manzana al este). Cuando llegaron a la avenida de las Fuerzas Armadas, a Schilling le sorprendió verla desierta. Doblaron a la derecha y habían avanzado cuarenta metros, con la idea de volver a doblar a la derecha y regresar al lugar del siniestro, cuando Schilling vio por la ventana de la derecha que un somalí saltaba a la calle y apuntaba el tubo de una RPG hacia ellos.

—¡RPG! ¡RPG! —gritó.

La enorme torreta del Humvee estaba silenciosa. Schilling se volvió para ver por qué Pringle no disparaba y distinguió al tirador buscando un bidón nuevo de munición. Pringle levantó las manos para cubrirse la cabeza.

—¡Corre! —le gritó Schilling al conductor, el soldado Joe Harosky.

Pero en lugar de evitar la intersección, Harosky se metió de lleno en ella, y fue a parar donde se hallaba el somalí con el tubo de la RPG. Ocurrió en segundos. La granada fue lanzada. Schilling vio una humareda y oyó el característico sonido y la gran bola de la granada dirigiéndose hacia ellos. Se quedó de piedra. Ni siquiera alzó el arma. La granada se precipitó en línea recta al otro lado del Humvee pasando a la altura de la puerta de su lado. Notó el sonido silbante que hizo al pasar.

—¡Atrás! ¡Atrás! —gritó.

Schilling disparó algunas balas, y Pringle estaba de regreso haciendo funcionar la calibre 50 antes de que hubieran despejado la callejuela. Cuando Schilling se volvió preocupado de que hubieran chocado con el Humvee que iba detrás de ellos, descubrió que estaban solos. Harosky retrocedió hasta la avenida de las Fuerzas Armadas, donde dieron media vuelta y tomaron rumbo oeste. Distinguieron al resto de la columna donde la habían dejado, todavía apuntando hacia el norte al borde de la calle principal.

McKnight, que había permanecido en silencio desde que dieran media vuelta junto al Hotel Olympic, pareció recobrase. Descendió del Humvee y fue a conferenciar con el sargento Gallagher junto al capó del vehículo. Este último estaba furioso por la confusión. Pero, mientras discutía con McKnight, lo arrojó al suelo. Se desplomó a los pies de Schilling. De su brazo brotó un chorro de sangre de color rojo brillante. Schilling nunca había visto una sangre tan escarlata. Procedía, evidentemente, de las arterias y salía a chorro. Apretó los dedos en la herida y buscó un vendaje de campaña en su botiquín. Curó a Gallagher lo mejor que pudo, le aplicó gasa Curlex (una gasa muy absorbente usada para detener las hemorragias) y luego le apretó la venda. Durante las semanas que llevaban en Somalia, los PJ, habían enseñado a todos los hombres a aplicar los vendajes de campaña. Practicaron con cabras vivas, disparaban a los animales y luego los hombres los atendían para que sus manos entraran en contacto con heridas verdaderas. La experiencia resultó positiva.

Gallagher regresó a su vehículo, pero Schilling se quedó con su arma. Necesitaba munición.

Llevaban ya dando vueltas por espacio de tres cuartos de hora. McKnight pensaba que ya había llegado el momento de dejarlo. Había muchos más muertos y heridos en el convoy que en las inmediaciones del primer helicóptero siniestrado. Llamó por radio a Harrell.

—*Romeo Seis Cuatro*, aquí *Uniforme Seis Cuatro*. Tenemos muchos vehículos que no pueden avanzar. Bastantes bajas. Va a ser muy difícil llegar al helicóptero siniestrado. Estamos atrapados.

Harrell no cejaba:

—*Uniforme Seis Cuatro*, aquí *Romeo Seis Cuatro*. *Danny*. Necesito que volváis a la zona donde está el aparato. Sé que habéis girado a la izquierda en *Fuerzas Armadas [avenida]*, ¿cuál es vuestra situación?

Pero McKnight y sus hombres estaban hartos.

—Aquí *Uniforme Seis Cuatro*. Tengo muchas bajas, vehículos que apenas funcionan. Tenemos que sacar de aquí a las víctimas inmediatamente.

* * *

Todavía no habían llegado a casa.

Empezaron a moverse, y todos se alegraron cuando corrió la voz de que por fin tomaban la dirección de la base. Quizá, después de todo, alguno lograra salir con vida de aquello.

Desembocaron en la vía Lenin, una calle de cuatro carriles con una medianera que les llevaría a la rotonda K-4 y a casa. Spalding empezó a perder sensibilidad en las yemas de los dedos. Por primera vez en aquella pesadilla sintió pánico. Creyó que debía de estar cayendo en estado de shock. Vio a un niño somalí que no parecía tener más de cinco años que blandía y disparaba una AK-47 apoyándola en la cadera, y de cuyo cañón salían relámpagos deslumbrantes. Alguien disparó al niño y sus piernas volaron por los aires como si resbalara sobre mármol, luego aterrizó en el suelo boca arriba. Sucedió como en una escena a cámara lenta de una película, o un sueño. El chico D que conducía, Foreman, era un tirador de primera. Con una mano manejaba el arma, con la otra conducía. Spalding lo vio abatir a tres somalíes sin siquiera aminorar la marcha. Estaba impresionado.

Notó que las manos se le agarrotaban como si tuviera parálisis cerebral.

—¡Oye, tío! ¡Volvamos de una puñetera vez! —gritó—. No me encuentro muy bien.

—Te estás comportando bien —replicó Foreman.

El Humvee del SEAL John Gay iba en aquel momento a la cabeza. Circulaba

sobre tres llantas, parecía un colador de lo acribillado que estaba y se movía muy despacio. Había ocho rangers heridos y el cuerpo de Joyce detrás, además de Wasdin con las piernas ensangrentadas extendidas sobre el capó (le habían vuelto a disparar en el pie izquierdo). Wasdin iba gritando:

—¡Sacadme de aquí! ¡Sacadme de aquí!

Los *sammies* habían derramado dos grandes tanques de gasolina en la calzada junto con basura, muebles y otros escombros, y habían prendido fuego al conjunto. Como les dio miedo que el Humvee no pudiera retroceder en caso necesario, pasaron a través de los restos en llamas y estuvieron a punto de volcar el sólido vehículo, que se enderezó y siguió avanzando. Les siguió el resto de la columna.

Eran las 17:40 horas. Llevaban en aquellas calles mas de una hora. De los aproximadamente setenta y cinco hombres que componían el convoy, entre soldados, y prisioneros, casi la mitad habían sido heridos por balas o metralla. Otros estaban muertos o cercanos a la muerte. Se acercaban a la rotonda K-4 y se prepararon para tener que resistir otra emboscada.

ATRAPADOS

1

Estaban ocurriendo demasiadas cosas al mismo tiempo, y todas malas. El destacamento especial Ranger llevaba dos horas en una misión que se suponía debía haber durado una. El general Garrison y sus hombres, que estaban en el Centro de Operaciones del aeródromo mirando y escuchando las pantallas de televisión y la radio, así como los comandantes de la unidad Harrell y Matthews, apostados en el Black Hawk C2 y sobrevolando en círculo el lugar del combate, llegaron a la terrible conclusión de que la situación estaba fuera de control.

Su tropa estaba en aquellos momentos diseminada más allá de los límites aceptables. El lugar donde estaba el helicóptero siniestrado de Durant y sus inmediaciones estaban en peligro inminente de ser sitiados. La mayoría de los primeros asaltantes, unos ciento sesenta entre chicos D y rangers, estaban separados en el desmembrado convoy terrestre o dispersados y a pie entre la casa asaltada y el primer helicóptero abatido. Pertenecían a la fuerza militar más poderosa de la tierra pero, mientras no pudieran enviarles otras fuerzas para ayudarlos, estaban desamparados y tenían que defender sus vidas en las calles de la ciudad rodeados por miles de somalíes furiosos y bien armados. Había llegado a la base de la unidad especial una compañía entera de la 10.^a División de Montaña, ciento cincuenta hombres más lanzados a la tarea de llegar al lugar donde se hallaba Durant con su helicóptero, pero tropezaban con los mismos problemas que los otros vehículos que trataban de avanzar a través de emboscadas mortales y barricadas tendidas por toda la ciudad.

Estaban en camino dos compañías más de la 10.^a de Montaña y los cuerpos paquistaníes y malasios de Naciones Unidas habían aceptado contribuir al combate con sus tanques y sus vehículos blindados para el transporte de tropas, pero la logística necesaria para organizar este políglota convoy de rescate era aterradora, y larga de preparar. Dentro de dos horas sería de noche:

Los hombres que se debatían por sus vidas en la ciudad no tenían idea de la visión de conjunto. No podían ver más allá de la cada vez más desesperada lucha que se desarrollaba en su esquina, y todos y cada uno combatían con la esperanza de que los rescates no tardarían más que unos minutos.

Poco antes de que fuera abatido el helicóptero de Durant, el único equipo de rescate que había en el aeródromo se había deslizado por las cuerdas rápidas en el primer lugar donde había caído el aparato, el que estaba a sólo unas manzanas del edificio asaltado. Habían ido hasta allí en el Black Hawk *Súper Seis Ocho*. El sargento técnico de las Fuerzas Aéreas Tim Wilkinson estaba sentado entre los dos oficiales de tripulación en la parte posterior del mismo cuando empezó a pasarse de mano en mano una pizarra blanca. Escrito con unas letras grandes y negras podía

leerse «61 DERRIBADO». La mala noticia produjo una subida de adrenalina. Significaba que la acción no se había acabado.

Llevaban meses haciendo instrucción juntos, una mezcla de soldados de diferentes unidades y ramas. Wilkinson era uno de los PJ de las fuerzas armadas que iba a bordo. Con él iban cinco hombres de la Fuerza Delta y siete rangers. Desde el momento en que aquella misión fue aprobada a principios del verano anterior, aquel equipo formado por catorce hombres se había preparado para aterrizar descolgándose por las cuerdas junto a un helicóptero abatido, primero en Fort Bragg y luego en Mogadiscio. Todo el mundo sabía que cabía la posibilidad de que derribaran a uno de los helicópteros en el ejercicio de una de aquellas misiones, si bien se consideraba tan improbable que, en un principio, no se había contado con el elemento CSAR en el despliegue. Pero Garrison se impuso y aquél fue incluido, pero se siguió considerando que aquel helicóptero era un lujo y un estorbo, al igual que las voluminosas cajas de material y equipo médico de emergencia que el cirujano de la Fuerza Delta, el mayor Rob Marsh, había insistido en acarrear por todo el mundo durante los últimos ocho años. Siempre surgía la tentación de prescindir de tales precauciones incómodas, como la tomada con los chicos D, que entraban en combate con su respectivo grupo sanguíneo impreso en los zapatos. No era cuestión de ser gafe, sino que la prudencia dictaba estar preparado para lo peor. Durante las seis primeras misiones, el equipo CSAR estuvo volando en círculo por espacio de una hora para luego regresar al aeródromo.

Wilkinson y los otros muchachos de la fuerza armada practicaban medicina de emergencia como un deporte extremo. Su trabajo consistía primordialmente en rescatar pilotos cuyo avión se hubiera estrellado y, como no se podía predecir dónde o cuándo se iba a caer una aeronave, en medio del mar o en la cima de una montaña, en una tundra helada o en medio de una ciudad superpoblada, se enorgullecían del lema de su unidad: «En cualquier momento, en cualquier lugar». Estaban entrenados para escalar montañas, escudriñar desiertos y saltar desde aviones a unas altitudes elevadísimas, en caso necesario, bastante detrás de las líneas enemigas a fin de localizar a aviadores perdidos o heridos, rescatarlos y llevarlos a casa. La instrucción que habían recibido estaba pensada para llevarlos más allá de la resistencia humana habitual. Cuando Wilkinson se alistó voluntario a principios de los ochenta, a veces morían hombres incluso durante las pruebas para pasar el examen de PJ. El tenía veinticinco años y era un hombre ávido de toda actividad al aire libre. Tomó la decisión de tirar por la borda una carrera convencional de ingeniero electrónico por algo que le acelerara el corazón. La pesadilla para él era el ejercicio acuático que debía realizar en el centro militar de instrucción perteneciente a los boinas verdes SCUBA. Lo llamaban «pasos». Sobrecargaban a los reclutas con bombonas llenas de agua y los arrojaban así a una piscina honda. Tenían que aguantar la respiración y

«caminar» veinticinco metros hasta el otro extremo sin sacar la cabeza para coger aire. A Wilkinson ya le resultaba difícilísimo recorrer aquella distancia sin desmayarse, pero es que, además, los instructores le frenaban expresamente, le empujaban para que retrocediera, le desorientaban, le quitaban la máscara y las aletas, le golpeaban, le hacían chocar con otros reclutas... todo ello a fin de simular la tensión de un rescate en el mundo real, que se desarrollaba con riesgo para la propia vida y, generalmente, de forma atropellada. Dejarse llevar por el pánico o perder el conocimiento significaba no haber pasado la prueba. Los que conseguían atravesar la piscina, contaban con treinta segundos para tomar aire antes de reemprender el regreso. Esto se repetía una y otra vez hasta que muchos de los que habían pasado la prueba en un principio acababan abandonando. Y éste era sólo uno de los muchos ejercicios sádicos. Quienes pasaban tales pruebas y quienes tenían a sus espaldas años de experiencia en realizar rescates complicados eran unos hombres arriesgados, endurecidos y valientes. Pero en el mundo de los boinas verdes, a los «camisas azules» se les consideraba todavía blandengues. Los chicos D los llamaban los comandos «llegar y besar el santo» porque según la opinión general la vía de los PJ era un atajo para incorporarse en la comunidad de operaciones especiales. En la mayoría de los casos, la fuerza aérea era la rama menos exigente en cuanto a preparación física se refería. Muchos chicos D veían su presencia allí, y la de los cuatro SEAL también, como una sumisión a la rivalidad que había entre los diferentes servicios. Aquello era una operación comunitaria. Todos querían tener la oportunidad de participar en aquella guerra. Muchos de los jóvenes estaban por encima de semejantes mezquindades, pero había suficiente en la base para distraer a Wilkinson durante las semanas que debía estar allí. Era algo con lo que tanto él como los demás especialistas de las Fuerzas Aéreas habían aprendido a vivir.

Apenas Wilkinson leyó la pizarra, tuvo deseos de más información. ¿Dónde había caído el *Seis Uno*? ¿Se había incendiado? ¿Cuántos iban a bordo? Para él, aparte del peligro físico (en ese caso, de recibir un tiro), los rescates eran un reto mental. Las vidas de los accidentados dependían de su capacidad de pensar una vez en tierra. Llevaba dos bolsas pesadas, una contenía el material médico y en la otra había herramientas para hacer un agujero en el fuselaje y liberar a los ocupantes. Gracias a la experiencia adquirida, sabía actuar bajo gran presión y manejar asimismo las herramientas. El resto no era más que improvisación.

El especialista Rob Phipps, el «Phippster», era el ranger más joven de los que iba a bordo. Tenía veintidós años. Para convertirse en hombres más experimentados, la batalla era una necesidad cruel, parte de su trabajo. Habían sopesado los riesgos y, cada uno por distintas razones, los habían aceptado. Para Phipps, la idea de participar era muy excitante. Se le aceleraba el pulso y tenía la impresión de que los sentidos estaban más alerta de lo normal. Con lo único que podía compararlo era con una

droga. Apenas podía permanecer quieto en su asiento. Fue un adolescente problemático de Detroit que no respetaba ninguna regla, se había descontrolado completamente, y lo único que hacía era salir de juerga y beber. Los Rangers eliminaron y canalizaron aquella exuberancia indómita y su bravuconería inútil. Aquí estaba la esencia secreta de toda la disciplina y el espíritu *Hoo-ah*. Uno iba a contar con el permiso de, en la batalla, romper con el mayor tabú social de todos. Matar personas. Se suponía que uno debía matar personas. No siempre se hablaba de ello de forma tan cruda, pero era así; Phipps no se consideraba un sanguinario, pero le habían enseñado y preparado precisamente para un momento como aquél, y estaba deseándolo. Llevaba su CAR-15, con la que podía disparar en sentido ascendente a un promedio de seiscientos proyectiles por minuto, y le habían enseñado a acertar en lo que apuntaba. Una parte de él jamás creyó que contarán realmente con él para la guerra. Y se recordaba a sí mismo: «¡Esto es real!». Se sentía a la vez asustado, excitado y nervioso. Nunca se había sentido de aquel modo.

Cuando el piloto Dan Jollata les anunció hablando por encima del hombro, «Un minuto», los hombres comprobaron las armas sin olvidar las recámaras con las balas y fueron pasando toda la información que les ofrecían los oficiales de vuelo y los que estaban en las puertas y que podían ver lo que pasaba abajo. Estaban sobre el abatido Black Hawk de Wolcott ocho minutos después de haberse estrellado. Jollata llegó hasta allí procedente del norte, estuvo sobrevolando un momento y luego se quedó suspendido sobre la calle a cien metros del suelo. El Little Bird que había ido a rescatar a los dos chicos D heridos había aterrizado sobre la avenida Marehan, pero el Black Hawk era demasiado grande para llegar hasta abajo.

Como estaba sentado en el centro, Wilkinson no podía ver nada. Las indicaciones le llegaban a través del responsable del equipo, el sargento mayor Scott Fales. Se cruzaban las miradas y asentían con la cabeza. Y entonces Jollata dijo que había llegado el momento, arrojaron las cuerdas afuera de una patada y los hombres empezaron a deslizarse por ellas. Cuando le tocó su turno, Wilkinson se dio cuenta que no habían tirado fuera, como estaba previsto, las imprescindibles mochilas. Por consiguiente, él y Fales esperaron hasta que los hombres que los precedían hubieran dejado la cuerda libre para arrojar las mochilas. Antes de saltar, hicieron una última comprobación al interior del aparato ahora vacío.

El retraso les costó caro. Jollata estaba manteniendo la aeronave en suspenso durante aquellos segundos más, cuando una RPG le explotó en el lado izquierdo del fuselaje. El Black Hawk se sacudió violentamente, como si le hubiesen dado un puñetazo fortísimo. De forma instintiva, Jollata empezó a subir y a alejarse.

—Me alejo del lugar. Creo que nos han alcanzado —dijo por radio.

Pero la confirmación ya llegaba de los Little Birds de las inmediaciones.

—*Te han dado.*

—*Detrás de los motores.*

—*Estás echando humo.*

—¡Todavía hay hombres bajando por las cuerdas! —gritó uno de los oficiales de vuelo.

Jollata oía que las hojas del rotor estaban silbando. La metralla de la onda expansiva las había llenado de agujeros. El aparato iba haciendo eses como un borracho. La metralla había dañado la caja principal del rotor y destruido el sistema de refrigeración del motor. Tanto el instinto como la experiencia le dictaban que debía marcharse de allí, enseguida, pero Jollata mantuvo el Black Hawk suspendido durante los restantes segundos que necesitaron Wilkinson y Fales para terminar de deslizarse por las cuerdas.

Estirado cuan largo era en la cuerda, Wilkinson oyó una explosión encima de él, pero estaba tan absorto en salvar su bajada en medio de la nube de polvo marrón que no advirtió que el aparato daba una sacudida hacia delante y luego hacia arriba, y no supo hasta mucho más tarde que la sangre fría de Jollata le había salvado la vida.

—*Sería mejor que intentaras posarte cuanto antes —le aconsejaron desde uno de los helicópteros de arriba—. Tienes un agujero grande encima.*

—Por ahora todos los sistemas están normales, sólo un ligero silbido procedente del sistema del rotor. Creo que conseguiré llegar hasta campo abierto —dijo Jollata.

—*Ten cuidado porque sale humo de la parte alta del rotor. Yo te aconsejo que aterrices en el puerto nuevo. Póstate en cuanto puedas.*

—*Dejad que Seis Ocho haga su maniobra —dijo Matthews desde el Black Hawk C2—. Parece que está bien.*

Apenas Wilkinson y Fales llegaron al suelo, el *Súper Seis Ocho* se fue dando tumbos despacio y a baja altura por encima de la ciudad a la vez que arrastraba una fina estela gris. Jollata se debatía en la cabina para hacerlo volar. Era como conducir un camión en una pista de hielo. El Black Hawk podía sobrevivir sin aceite durante un cierto espacio de tiempo, pero perder el sistema de refrigeración significaba que los mecanismos se iban a quemar. Buscó un campo abierto cerca del puerto.

—He distinguido un campo. Todos los sistemas funcionan con normalidad. Ahora estoy perdiendo fuerza de transmisión.

El sólido Black Hawk siguió adelante. Sobrevolaron el campo abierto y pasaron a ras de la valla que rodeaba la base del aeropuerto. Jollata seguía enfrentado al reto de posar el aparato. Como era consciente de que el helicóptero no soportaría ni un segundo de suspensión, avisó a los oficiales de vuelo que iban detrás que se prepararan para un aterrizaje violento. Pidió por radio que estuviese preparado el equipo de emergencia en tierra y acto seguido, mediante un veloz balanceo a sesenta nudos, dejó caer el aparato con violencia. Lo posó recto sobre las ruedas, que golpearon el suelo con fuerza, pero aunque el Black Hawk se sacudió, se quedó

derecho e intacto.

2

Tan pronto como puso los pies en la calle, Wilkinson oyó el tableteo de los proyectiles. Hacía mucho calor y la nube de polvo le impedía ver. Corrió hasta un muro que había a la derecha y esperó a que se dispersara.

Llevaba un pequeño botiquín, su CAR-15, un arma en el cinto, municiones, la radio, una cantimplora y un equipo de protección corporal. En lugar del casco regular del Ejército estadounidense, el fabricado con material Kevlar, Wilkinson llevaba el casco ligero Pro-Tech de plástico que preferían la mayoría de los chicos D. Por su trabajo tan especializado, tenían que entrar y salir rápidamente de lugares pequeños y, por consiguiente, el riesgo principal era el de golpearse la cabeza, no de que les metieran en ella una bala o metralla. Wilkinson prefería el casco pequeño porque le podía pegar una tira de velero en la parte alta y sujetar allí la linterna.

Wilkinson llevaba una de las pesadas placas de cerámica delante de la protección corporal y, con todo el resto del equipo, su peso total debía de verse aumentado en la mitad de sus setenta y dos kilos; sin embargo, no advertía el peso adicional. En el helicóptero del CSAR habían mantenido una conversación profesional sobre los pros y los contras de llevar las placas de protección. Pesaban mucho y, en algunas ocasiones, la parte delantera superior de la placa les tocaba la barbilla a los hombres cuando estaban sentados en los helicópteros, lo cual resultaba harto incómodo. Debido a que se pasaban la mayor parte del tiempo sentados, la opinión generalizada de los ocupantes del aparato era la de dejarlas a bordo. El material Kevlar de los chalecos ya podía detener tanto metralla como un proyectil de 9mm. Como Wilkinson imaginaba que el arma habitual de los somalíes debía de ser una AK-47, que disparaba unas ráfagas más rápidas, se dejó la placa de delante pero no la posterior. Era un recordatorio de una regla de suma importancia: jamás le des la espalda al enemigo.

Salvo que, en aquella intersección de calles sucias y casas de piedra, parecía que los proyectiles enemigos llegaran de todas partes. No podía ver nada. Se quitó los gruesos guantes de piel para el descenso por las cuerdas, los enganchó al chaleco y esperó a que la nube se redujera lo suficiente para ver dónde estaba.

Habían bajado en la avenida Marehan, una calle ancha y sucia que estaba justo al este del avión siniestrado, si bien Wilkinson todavía no podía ver el *Súper Seis Uno*. En comparación con otros barrios, aquél era residencial. Angostas callejuelas que iban del este al oeste cruzaban esta amplia calle norte-sur. Sabía que el *Súper Seis Uno* estaba en una de aquéllas. Las casas de los alrededores eran de una o dos plantas, de piedra rosada, blanca o gris oscuro, coronadas por tejados de hojalata y la mayoría dispuestas alrededor de un pequeño patio interior. Algunos de los muros exteriores eran de yeso fino y estaban pintados, aunque todos aparecían manchados

con la arena naranja de las calles. La mayoría de las paredes eran desiguales. Pero incluso en el caso de las paredes hechas con los modernos ladrillos de carbonilla, éstos se habían colocado con tal descuido que los muros parecían más bien una pila de piedras amontonadas allí deprisa y corriendo. Era evidente que la mayoría de las construcciones, si bien ambiciosas en algunos casos, era estrictamente «hágalo usted mismo». En los patios había árboles pequeños, y también algunos en la calle.

Vio que algunos de su grupo estaban al otro lado de la calle, en lo alto de una callejuela angosta, y se desplazaban dirección oeste. Las mochilas y las cuerdas estaban todavía en medio de la calle Marehan. Al lado, había un largo fragmento de los rotores estropeados del *Súper Seis Uno*. La fuerza del impacto había lanzado trozos de los rotores a unas manzanas de distancia. Sin dejar de oír el estrépito de los proyectiles a su alrededor, Wilkinson cruzó la calle corriendo y recogió las dos bolsas. Vio el avión accidentado apenas dobló la esquina del callejón. Su tamaño le dejó perplejo. Estaban acostumbrados a ver a los Black Hawks en el aire o en grandes espacios al aire libre. En aquella calle angosta daba una sensación trágica, parecía una ballena arponeada, embarrancada sobre su costado izquierdo. El botalón de cola en forma de T se había torcido y estaba doblado hacia abajo. Así de costado, el aparato debía de tener unos dos metros y medio de altura. Había trozos y piezas del rotor y del motor, piedras y cemento dispersos sobre su superficie. En la parte delantera del helicóptero, bajo la puerta derecha de la cabina, y boca arriba, había un dibujo, que allí parecía fuera de lugar, de un indio con la nariz aguileña y una pluma en la cabeza, y las palabras «Toro Sentado». Recordó que Toro Briley era el copiloto del *Seis Uno*.

Ya había mucho trabajo hecho. El equipo de rescate formado por chicos D y rangers, además del grupo de la Tiza Dos que había acudido procedente del edificio asaltado, habían establecido un perímetro para, básicamente, controlar el callejón por delante y por detrás de la aeronave derribada. El morro chafado apuntaba al este. Dispersos por el suelo, se veían algunos somalíes muertos. Había gente, en muchas ocasiones mujeres o niños, que salían corriendo para recuperar sus armas, y otros se aventuraban unos pasos en la calle para arrastrar los cuerpos y ponerlos a cubierto.

El sargento Fales estaba en la parte delantera del helicóptero aupándose para ver su interior cuando sintió un tirón en la pierna izquierda. Luego llegó el dolor. Tuvo la sensación de que le habían clavado un atizador candente en el músculo de la pantorrilla. Fales, un hombre grandote de ancho rostro que había luchado en Panamá y en la guerra del Golfo, sintió ira además de dolor. Se había preparado durante años para un momento como aquél y, al cabo de apenas tres minutos de estar en tierra, le disparaban. ¿Cómo iba a hacer su trabajo, es decir, dirigir el rescate, con un condenado y enorme agujero en la pierna?

Con una mueca desilusionada en el rostro, saltó del helicóptero. Wilkinson llegó junto a él cuando Fales se dirigía cojeando hacia la cola del aparato. Se apoyaba en el

brazo del sargento primero de la Fuerza Delta, Bob Mabry.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Wilkinson.

—Me han pegado un tiro.

—¿Qué dices?

—Que me han disparado. Una rata bastarda me ha disparado.

Fales y Mabry se agacharon para meterse en el agujero que el helicóptero siniestrado había dejado en el muro sur de la callejuela. Mabry les hizo un corte a los pantalones con las tijeras que llevaba y vio que la bala le había atravesado el músculo de la pantorrilla y había salido por la parte delantera de la pierna. Aparentemente no había roto ningún hueso. Por el aspecto que presentaba, colgajos de tejido muscular desparramados fuera de la herida, imaginaron que debía de doler muchísimo, pero aparte de aquel padecimiento lacerante que había notado justo después del tiro, Fales no sentía nada. El miedo y la adrenalina hacían de anestésicos. Mabry metió el tejido muscular en su agujero, introdujo un poco de gasa en este último y luego aplicó un vendaje de emergencia. Acto seguido, los dos hombres salieron a gatas al callejón y se metieron en un espacio en forma de copa que había detrás del armazón principal del helicóptero y creado por el botalón doblado de cola.

La herida de su compañero aumentó la sensación de urgencia que ya experimentaba Wilkinson. Creyó que tendrían unos cuantos minutos para organizarse antes de que empezaran a atacarles. Por regla general, según su experiencia, las turbas somalíes precisaban entre diez y veinte minutos para coordinar cualquier acción en las calles. Resultaba evidente que en esa ocasión iba a ser diferente. La velocidad era crítica. Mientras se dirigían hacia allí, les habían informado que el cuerpo principal de la fuerza de asalto se iba a desplazar en vehículos desde el edificio asaltado hasta el lugar del siniestro, por consiguiente esperaba su llegada de un momento al otro. Ellos tenían que sacar a los heridos y a los muertos del helicóptero, aplicarles las curas de emergencia necesarias e instalarlos en las camillas antes de que llegase aquél. Y él se había quedado sin el jefe del equipo.

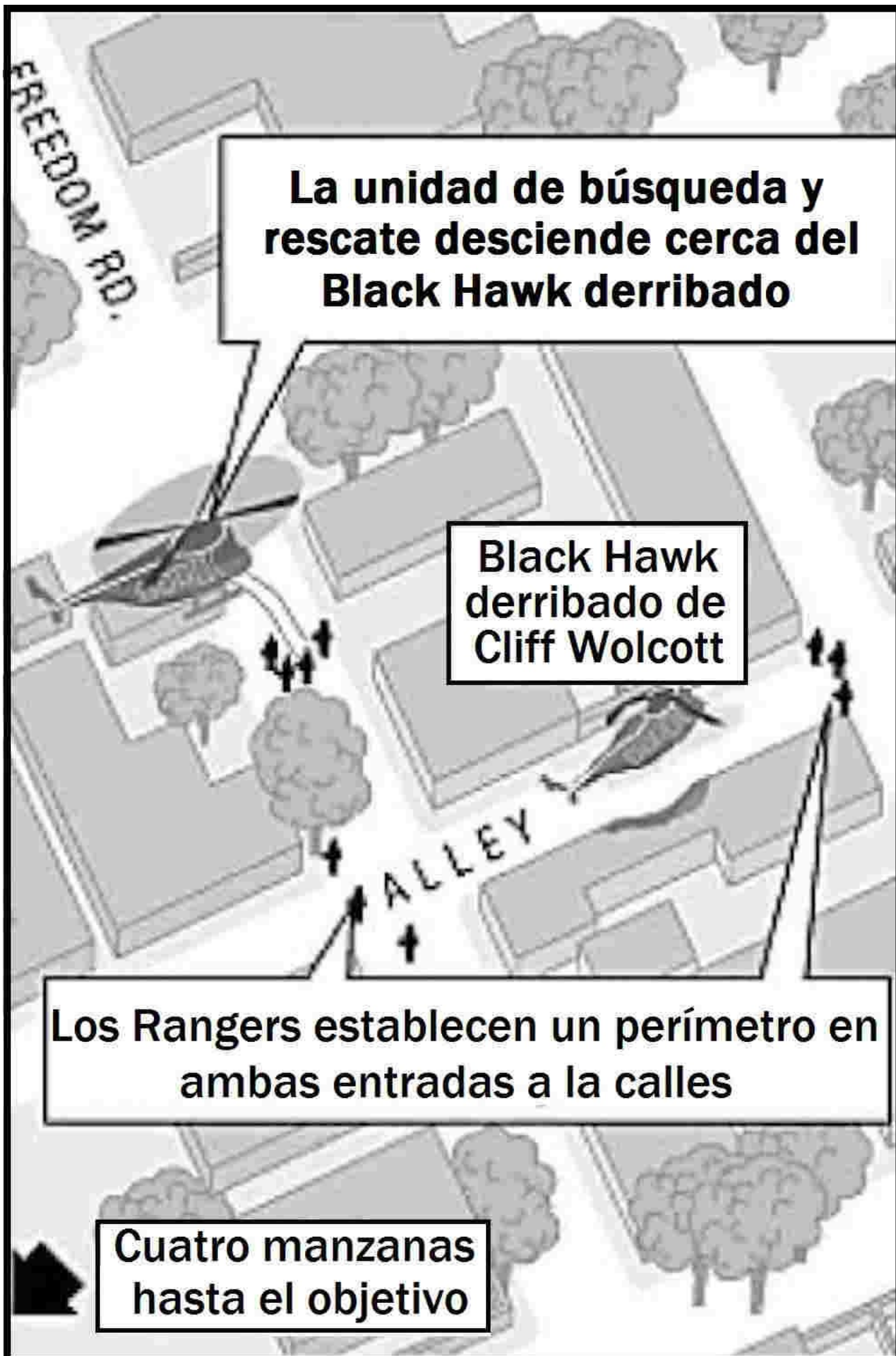
Wilkinson se dirigió a la parte delantera. Un francotirador de la Fuerza Delta, sargento primero James McMahon, que estaba en el *Súper Seis Uno* cuando éste se estrelló, ya estaba en lo alto del aparato y trataba de sacar a Toro Briley. McMahon tenía la cara llena de cortes profundos y amoratada. Parecía llevar una máscara del terror. Era evidente que Briley estaba muerto. Con el impacto, algo que había entrado justo bajo la barbilla le había atravesado la cabeza limpiamente en diagonal. Dentro de lo posible, resultaba fácil acceder hasta él porque estaba sujeto con el cinturón en el asiento derecho, el cual había quedado en la parte superior. Wilkinson ayudó a McMahon a auparlo, sacarlo y poner el cuerpo en tierra. McMahon se introdujo en la cabina y comprobó el estado de Elvis.

—Está muerto —le dijo a Wilkinson.

El PJ quiso verlo él mismo. Le dijo a McMahon que vigilara fuera y luego subió al helicóptero para meterse en él.

Dentro el silencio asustaba. Como no se había producido ningún incendio, no había humo. A Wilkinson le sorprendió que todo estuviera tan intacto. Lo que no había sido sujetado con correas descansaba en aquellos momentos en el lado izquierdo, que se había convertido en la parte inferior. La mayoría de las cosas se habían deslizado hacia el frente y aparecían apiladas contra el respaldo del asiento del piloto. Olía a gasolina y de algunos lugares salía líquido. Pasó el dedo por un fluido que corría por el lado, lo olió y luego lo probó. No era gasolina. Probablemente fluido hidráulico. La luz del sol entraba por las amplias puertas de la derecha, que en aquellos momentos daban al cielo.

Observaba todo esto por la puerta de la derecha, colgado boca abajo. Alargó una mano y le tocó el cuello a Wolcott para comprobar el pulso. Estaba muerto. Los dos pilotos habían recibido lo más fuerte del impacto, aunque Wolcott todavía más porque su lado golpeó el suelo primero. Toda la parte frontal del helicóptero se había doblado hacia el interior aplastándolo de cintura para abajo. Seguía en su asiento. Tenía la cabeza y el torso intactos, pero el resto de su cuerpo se hallaba aprisionado bajo el tablero de instrumentos. Wilkinson quiso deslizar la mano entre el tablero y las piernas del piloto, pero no había espacio ni por arriba ni por abajo. No podía levantarlo o tirar de él para liberarlo. Wilkinson entró en el aparato y se arrastró hasta el asiento del piloto para ver si podía tirarlo hacia atrás o por lo menos reclinarlo, para poder así sacar a Wolcott, pero tampoco parecía dar resultados. Volvió afuera y saltó al polvoriento suelo por la destrozada parte izquierda de la cabina y escarbó para ver si existía una posibilidad de abrir un agujero bajo el fuselaje y sacar el cuerpo de «Elvis» por él. Pero el gran tonelaje del Black Hawk se había hundido en la tierra. No iba a ser fácil sacarlo de allí.



3

Poco antes de que los otros rangers bajaran por las cuerdas hasta el helicóptero siniestrado, Abdiaziz Alí Aden se apresuró a salir de debajo del Volkswagen verde. El delgado adolescente somalí de cabello grueso y abundante vio que el helicóptero golpeaba el tejado de su casa antes de caer en el callejón. Ayudó primero a su familia a ponerse a salvo y luego regresó para proteger la vivienda de los saqueadores pero se encontró en medio de un tiroteo.

Uno de los estadounidenses que habían bajado por la cuerda rápida le cogía un M-16 al hombre al que acababa de disparar. Aden fue presa del pánico cuando el soldado fue hacia él. Salió reptando de debajo del automóvil y se metió corriendo en su casa después de cerrar la puerta de golpe. Se dirigió a una pequeña despensa situada en la parte frontal con dos ventanas: una daba al callejón donde estaba el helicóptero y la otra a la calle Marehan por donde bajaban más rangers. Tanto la esquina como la callejuela hervían de soldados estadounidenses y el tiroteo era estrepitoso, constante y creciente. Como las paredes de su casa eran de piedra resistente se hallaba en lugar seguro, y además en primera fila.

Observó que los soldados estadounidenses subían y bajaban precipitadamente del helicóptero siniestrado. Sacaron a un piloto y lo llevaron hasta la cola. El hombre tenía un profundo y terrible corte que le atravesaba la cara, estaba lívido y era evidente que estaba muerto. Dos rangers instalaron una ametralladora en el techo del Fiat que estaba al otro lado de la calle, lo cual pareció divertir a Aden. Convertía el cochecito en una especie de artefacto técnico. Otro de los soldados empezó a cavar en el vertedero. La familia de Aden y los vecinos se deshacían de la basura mediante unos agujeros o zanjas que cavaban en la calle fuera de sus casas y que usaban como vertederos. Cuando éstos estaban llenos, lo quemaban todo. El soldado se metió en el vertedero. Únicamente la cabeza y el rifle sobresalían de entre los escombros. No dejaba de disparar.

El sargento primero Al Lamb se alegraba de poder contar con aquel agujero. Les estaban disparando desde todas las direcciones y no había muchos sitios donde esconderse. Los *sammies* hincaban sus AK-47 en la parte superior de los muros. Lamb había ido al extremo del callejón, hasta la parte delantera del helicóptero, con un operador de la Fuerza Delta, un ranger, el sargento Mark Belda y el joven y entusiasta soldado Rob Phipps.

Este último había llegado a la calle después de deslizarse por la cuerda junto con el soldado John Belman, y los dos se apresuraron a empujar una puerta para salir de la calle. Tropezaron con una mujer que llevaba un turbante en la cabeza y un vestido a cuadros de color rojo. Se puso a gritar y vieron que le faltaba un diente delante. Phipps distinguió a cinco o seis niños escondidos bajo una cama. La somalí se dejó caer sobre las rodillas y alzó las manos conforme les suplicaba con palabras que ellos no entendieron. Los rangers volvieron entonces a salir a la callejuela, desde donde vieron la cola del helicóptero. De pie junto a este último estaba el sargento McMahon, quien les gritaba detrás de su hinchado y amoratado rostro:

—¡Las doce! ¡Las doce!

Eso significaba que necesitaban mayor cobertura de fuego en la posición de las doce horas. Phipps se instaló junto a la pared de piedra contra la cual había caído el helicóptero. A poco más de veinte metros, había una pequeña intersección cruzada por otro callejón sin asfaltar. En las dos esquinas opuestas, vio unos muros de piedra y, detrás de ellos, un grupo de árboles. A su espalda, sobresaliendo de la parte inferior del aparato y extendiéndose unos metros en dirección al cruce, había un enorme matorral de cactus. Esto y el helicóptero siniestrado ocultaban su posición a cualquiera que estuviera detrás de él. Permaneció alejado de la esquina para no convertirse en un blanco desde el callejón frente a él. Al principio estaba solo, pero como no las tenía todas consigo, llamó al sargento Lamb por su radio portátil y le pidió ayuda. El sargento del Estado Mayor Steven Lycopulus fue hasta él y se agazapó al otro lado del callejón, después del agujero en el muro sur que había hecho el Black Hawk al caer. La pila de piedra y mortero procedente del cemento pulverizado le ofrecía protección por detrás. Pretendían eliminar a los tiradores situados al este y que no dejaban de lanzar regularmente ráfagas en dirección a la parte alta del callejón, e impedir que los *sammies* se acercasen al helicóptero desde aquella dirección. No tuvieron que esperar mucho para poner en práctica el plan. Un hombre vestido con una camisa blanca de algodón, pantalones anchos y sandalias se deslizó subrepticamente en el callejón recto en su dirección, llevaba una AK y caminaba en cuclillas con el arma delante. Phipps le disparó y el hombre se desplomó de costado en la callejuela. A continuación, apareció otro hombre corriendo con la

intención de recuperar el arma. Phipps le disparó. Luego llegó otro. Phipps también le disparó. Después Lamb, Belda, y el soldado Gregg Gould subieron para reunirse con Phipps y con Lycopolus. Belda se colocó junto a Phipps en el callejón. Gould se puso al lado de Lycopolus, y Lamb ocupó el agujero.

La Tiza Dos de los Rangers, que habían llegado los primeros, ocupó la posición de las seis. Se desplegaron en abanico para cubrir las cuatro esquinas del gran cruce situado al oeste del aparato siniestrado. Los cinco hombres situados en la posición de las doce se atrincheraron lo mejor que pudieron para cubrir la pequeña intersección este. Se quedaron cerca del helicóptero. Lamb consideró que, si desplazaba a sus hombres al otro lado del cruce, se podía romper el perímetro y, como consecuencia, correr el riesgo de quedarse aislados.

Daba la impresión de que la mayoría de los proyectiles procedían del grupo de árboles que había a unos veinte metros, detrás del muro alto situado en la esquina sureste al otro lado del cruce. Los proyectiles lanzaban piedra desportillada y arena alrededor de Phipps y los oía acribillar el delgado casco metálico del Black Hawk.

Como Lycopolus y Gould eran los que estaban más cerca del muro, Lamb les dijo que lanzaran granadas por encima de aquél. Éstas fueron explotando una a una, pero no por ello cesó la lluvia de proyectiles. Belda disparó a los árboles con su SAW, mientras Phipps le pasaba granadas a Lycopolus. El sargento del Estado Mayor las lanzó y también éstas explotaron sin causar el efecto deseado. En vista de lo cual, Belda le pasó también sus granadas a Lycopolus. El sargento del Estado Mayor arrojó la primera, que explotó debidamente, y acto seguido lanzó la segunda. Esta vez no se produjo explosión alguna, sino que, por el contrario, al cabo de unos segundos, lo que parecía ser la misma granada volvió hacia ellos volando por encima del alto muro. O bien Lycopolus no le había retirado la tira de seguridad a la última granada que arrojó, o bien ésta tenía un defecto y el somalí situado detrás de la pared tenía en su poder otra granada estadounidense.

Phipps se inclinó hacia delante cuando varias voces gritaron al unísono: «¡Granada!». La explosión fue como un derechazo en el estómago. Se quedó sin aliento. Tuvo la sensación de estar ardiendo, le zumbaron los oídos por la explosión y se le llenaron la nariz y la boca de un sabor metálico, amargo y lacerante. Cuando desapareció la bola inicial de fuego, notaba todavía que las piernas y la espalda le ardían terriblemente. La explosión le había afectado en gran manera. El rostro, ennegrecido, empezaba a abotargarse y tenía los ojos tan empañados que apenas podía abrirlos. Cuando Phipps pudo reaccionar, levantó la cabeza y miró hacia atrás por encima del hombro. A Gould también le habían alcanzado y le sangraban las nalgas. Un somalí había ido corriendo hasta el centro de la calzada y había cogido la AK del montón de muertos y heridos en cuya dirección él había disparado antes. El hombre estaba apuntando cuando uno de los chicos D situado junto al hueco de la

pared lo derribó con un disparo certero. La cabeza del hombre quedó cercenada.

El operador le hizo una seña a Phipps con la mano al tiempo que le gritaba:

—¡Ven! ¡Ven aquí!

Phipps intentó ponerse en pie, pero le flaqueó la pierna izquierda. Volvió a probarlo y cayó de nuevo.

—¡Ven! —gritó de nuevo el chico D.

Phipps empezó a andar a gatas. El ardor era agudo y la pierna izquierda no le respondía. Cuando estuvo lo bastante cerca, el chico D lo agarró por el rostro y tiró de él hasta ponerlo a cubierto.

Phipps estaba aterrorizado.

—¡Jodida mierda! ¡Me han dado! ¡Me han dado!

—No será nada —le tranquilizó el chico D—. Verás como no será nada.

Le rasgó el pantalón y le aplicó un vendaje de campaña.

Se había acabado la fiesta para Phipps. Quedaba relegado del combate.

Al otro lado de la ciudad, a un kilómetro al sudoeste, los pilotos de un Black Hawk, Mike Goffena y Jim Yacone, sobrevolaban en círculo el helicóptero siniestrado de Durant y estaban preocupados. Los hombres del *Súper Seis Cuatro* habían tenido suerte. En aquella zona de la ciudad, había sobre todo casas de piedra, estructuras sólidas, pero el lugar donde cayeran Durant y su copiloto estaba conformado por chabolas hechas con tejidos viejos y cabañas de hojalata, nada resistentes, con lo que el helicóptero podía dar una vuelta de campana. Aquellos aparatos estaban contruidos con amortiguadores capaces de soportar un impacto durísimo, siempre y cuando se aterrizara en posición vertical, lo que había hecho el Black Hawk.

Pero en otro sentido no habían sido tan afortunados. El equipo CSAR había descendido ya por las cuerdas al lugar donde estaba el helicóptero de Wolcott. A nadie se le había pasado por la cabeza que pudiera haber dos aeronaves abatidas. Durant, el copiloto Ray Frank y la tripulación iban a tener que ser rescatados por las fuerzas de tierra, lo que significaba una espera peligrosa. Goffena y Yacone observaban desde arriba y ya veían a los somalíes invadir en gran número callejones y pasajes para encaminarse hacia el helicóptero siniestrado.

Se había solicitado la ayuda de una compañía de la QRF (el 2.º Batallón, la 14 División de Infantería y la 10.^a de Montaña). Bajo el mando del teniente coronel Bill David, ciento cincuenta soldados en nueve camiones dos y medio y una docena de Humvees se dirigirían a la base de los Ranger por una ruta alternativa que les llevaba fuera de la ciudad. Nadie sabía con certeza cómo encontrar el helicóptero siniestrado de Durant. Lo podían ver todo claramente en las pantallas del Centro de Operaciones, pero las imágenes no podían decirles con exactitud dónde estaba el helicóptero abatido. En lugar de limitarse a esperar la llegada de la QRF, Garrison ordenó que se organizase otro convoy de emergencia con la tropa que se pudiera reunir en la base. A su mando estarían los Rangers y los chicos D que habían evacuado al soldado Blackburn y, con ellos, docenas de personal de apoyo (armeros, cocineros, portadores de munición y especialistas en comunicación, además de un controlador de tráfico aéreo perteneciente a las fuerzas aéreas), y todo aquel que estuviera dispuesto a unirse a la batalla.

Cuando este convoy de emergencia abandonaba la base, los pilotos que se hallaban junto al helicóptero siniestrado de Durant estaban convencidos de que la ayuda no llegaría a tiempo para la tripulación del *Súper Seis Cuatro*. Estaban a sólo unos minutos de ser sitiados por una turba somalí violenta y furiosa.

Dos Little Birds y el Black Hawk de Goffena, el *Súper Seis Dos*, trataban de mantener a raya a la muchedumbre. Además de los dos oficiales de vuelo del *Seis*

Dos, había tres chicos D, los francotiradores sargento primero Randy Shughart, el sargento mayor Gary Gordon y el sargento primero Brad Hallings. Como los somalíes cerraban el cerco, los operadores Delta les dijeron a los pilotos que serían más útiles en tierra. Podían contener a la muchedumbre hasta que llegara la ayuda. Yacone pidió autorización para incluirlos.

—*¡Eh, esperad, ni siquiera sabemos todavía si hay alguien con vida!* —Fue la respuesta del coronel Matthews, el comandante del aire que iba sentado junto a Harrell en el helicóptero C2.

Como no oía a la tripulación por la radio, Goffena sobrevoló a baja altura y distinguió a Durant sentado en la cabina y tratando de liberarse de un trozo de tejado de hojalata hundido en las piernas. Estaba vivo. Yacone vio que Ray Frank se movía. Goffena pudo bajar más y captar la mirada frustrada en el rostro de su amigo. Ray había vivido un accidente similar, es decir, donde el rotor de cola quedó destrozado, unos años antes en una misión de instrucción. Había muerto una buena parte de los hombres que iban en aquel helicóptero. Frank se rompió una pierna y se aplastó varias vértebras. Desde entonces, había estado inmerso en una interminable batalla legal. Goffena interpretó la mirada en el rostro de su amigo: «¡No puedo creer que esto me pase otra vez!». En la parte posterior del aparato distinguieron algún movimiento, lo que significaba que Bill Cleveland o Tommy Field habían sobrevivido, tal vez los dos.

Yacone informó a Matthews de que había supervivientes. El coronel le dijo que esperase.

Así las cosas, Shughart, Gordon, Hallings y los oficiales de tripulación del *Súper Seis Dos* hicieron lo que pudieron desde el aire. Había montones de blancos. Parecía que el éxito había envalentonado a los tiradores de las RPG. Cuando Goffena lanzaba al Black Hawk a baja altura, la corriente que producían sus rotores hacía retroceder a los grupos compactos. Cuando la multitud se retiraba, dejaban al descubierto a aquellos con las RPG, quienes parecían decididos a no ceder un palmo. Se convertían así en blancos fáciles para los francotiradores. El problema estribaba en que, apenas los tiradores los abatían, otros aparecían corriendo y recogían sus armas.

Goffena advirtió asimismo que cada vez que bajaba hasta poca altura provocaba más disparos. Tanto él como Yacone oían el ruido de las balas que acribillaban las paredes metálicas de la aeronave. De vez en cuando veían afuera y arriba un arco resplandeciente que trazaba una línea brillante frente a la cabina, eran los proyectiles que perforaban las hojas del rotor y echaban chispas. Goffena empezó a volar a más velocidad e intentó mantenerse en la parte sur del aparato siniestrado, donde el tiroteo no parecía tan intenso. Sin embargo, esto era también arriesgado. Sabía que, al sur, había un barrio llamado Villa Somalia, conocido por albergar una milicia de Aidid.

Se comunicaron por radio, y pidieron ayuda urgente.

—Alfa Cinco Uno [Matthews], aquí *Súper Seis Dos* [Yacone], vamos a necesitar refuerzos para cubrir el lugar del siniestro número dos.

Les aseguraron de forma repetida que el rescate era inminente.

Uno de los pilotos del Little Bird informó:

—Vamos a tener que matar a gente aquí abajo, en caso contrario no vamos a poder mantenerla a raya. No han quedado suficientes hombres a bordo para ocuparse de ello.

—*Roger, esperad, nos estamos ocupando del asunto... Bien, escuchad, aquí Adam Seis Cuatro [Garrison], hay un pequeño elemento Ranger que se va a poner en marcha dentro de un minuto para dirigirse al segundo siniestro. Alguien tiene que guiarles.*

6

Dale Sizemore escuchaba la radio y se estaba volviendo loco. Aquéllos eran sus hermanos, sus compañeros rangers que estaban bloqueados en la ciudad y recibiendo de lo lindo. Oía gritos de dolor y miedo en boca de hombres duros. Era la gran batalla para la que se habían estado preparando todos durante muchos años; ¡y él estaba allí dando vueltas como un tigre alrededor de la radio con un maldito brazo escayolado!

Unos días antes, Sizemore se había lastimado en el codo mientras mataba el tiempo en la base. Los oficiales del destacamento especial habían retado a los suboficiales a un partido de voleibol, pero antes de la competición los rangos inferiores les habían tendido una emboscada a sus comandantes y los habían atado con unos estiradores con esposas flexibles y una cinta dúctil. A continuación los sacaron a la pista de voleibol, les echaron agua por encima y los humillaron. Pero no todos los mandamases fueron pacientes. Steele, un comandante ranger, desencadenó la pelea que uno habría esperado de un ex linier del equipo campeón nacional de fútbol estadounidense de Georgia, y varios oficiales del cuerpo Delta resultaron todavía más difíciles de reducir. Sizemore fue el primero en golpear a Harrell, el teniente coronel de los Delta, y fue como darle un puñetazo a una roca. Sizemore era un joven de fuerte musculatura y piernas como columnas y un luchador más que decente en el instituto; sin embargo, Harrell lo arrojó al suelo como si fuera un peso pluma. Al caer se golpeó en el codo, pero Sizemore no le dio mayor importancia. Entre él y otros cinco rangers lograron reducir a Harrell. Al día siguiente, iban en un helicóptero para un viaje de inauguración sobre la ciudad cuando Sizemore se volvió a golpear el codo y advirtió que estaba blando e hinchado.

El viernes de madrugada, dos días antes del asalto, se despertó en su catre bajo la mosquitera porque tenía el codo tan hinchado y dolorido que no podía dormir. Se tomó cuatro Motrins y se quedó sentado dando cabezadas hasta la hora de levantarse. Por la mañana, lo llevaron en helicóptero al hospital situado en la vieja embajada de Estados Unidos, donde le diagnosticaron celulitis y bursitis y le practicaron una incisión de unos diez centímetros de ancho a fin de drenar la articulación. Le dieron unos puntos de sutura, le escayolaron, le conectaron un gotero con antibiótico y le dijeron que el lunes siguiente lo repatriarían a Fort Benning.

Sizemore estaba muy triste. Había estado solo en la cama del hospital mirando por la ventana otra brillante mañana africana, sorprendido por lo mucho que iba a echar de menos aquel lugar. De hecho, era la primera zona de combate real para él, y le encantaba. El grandote y rubio tirador SAW de Illinois lucía tanto el distintivo como la palabra «ranger» tatuados en el muy musculoso hombro izquierdo. Sus camaradas eran su familia.

¿Y la base? ¡Cielos, la vida en la base era la repera! Seguían entrenándose a diario

y no se libraban de las guardias, y otras mierdas del estilo, pero desde que llegaron a Mogadiscio ni siquiera los pringados del Ejército regular podían llenar todo el tiempo libre. No paraban de jugar al voleibol. Un almacén vacío con paredes de cemento y techo alto resultó ser un lugar perfecto para practicar pingpong. Habían organizado un concurso de *gin rummy* (el pequeño y astuto soldado Othic iba en cabeza muy destacado), y largas sesiones de juegos de mesa como risk, scrabble y stratego. Cuando no estaban de instrucción o realizando alguna que otra tarea, se dedicaban a leer, jugar al Gameboy, mirar vídeos, escribir a casa o mataban el tiempo como podían. A Sizemore le encantaba irse a un lugar situado detrás y hacia la mitad de la base donde soplaba constantemente la brisa del mar, allí se colocaba los auriculares y se aislaba una hora de vez en cuando. Además, estaba la playa. Aunque hubiera tiburones en el mar... una playa era una playa. Como vivían rodeados de arena y de polvo y las duchas estaban racionadas a una cada dos días, parecía lógico que prevaleciera más o menos la costumbre de ir a la playa, por lo menos si se comparaba con los hábitos normales de los Rangers, que no solían practicar este tipo de actividad.

Cualquiera que no fuera un ranger, consideraría que las instalaciones eran austeras. Cada hombre contaba sólo con el espacio correspondiente a un rectángulo de un metro y medio por dos metros y medio que pudiera llamarlo suyo. Se había creado un protocolo informal con respecto al espacio mencionado; los muchachos pedían permiso antes de pisarlo o atravesarlo. Los catres tenían unas estacas delgadas de madera en cada esquina, de las cuales podían colgar por la noche la mosquitera a fin de mantener fuera a los feroces mosquitos somalíes. Los propios barracones estaban hechos un asco. Olían al olor típico a almizcle del Tercer Mundo. Como la pista con todos los helicópteros estaba delante de las grandes puertas siempre abiertas de la fachada, la constante brisa salada que llegaba hasta allí se aromatizaba con el carburante a chorro y el aceite. Los hombres debían guardar las armas envueltas para preservarlas del polvo fino y de la arena que lo invadían todo. El techo tenía goteras y las delgadas paredes estaban agujeradas; por consiguiente, cuando llovía, entraba agua por todas partes. Algunos habían colocado sacos de arena en su espacio para protegerse del agua, lo cual convertía el espacio cavernoso en madrigueras que incrementaban la sensación de hogar. Los muchachos de las Fuerzas Aéreas se habían organizado un apañado espacio a modo de club-casa en la parte posterior de los barracones. Antes de llegar al muro posterior, aparecía una enorme bandera estadounidense que colgaba del techo y, al lado, un póster hecho por ellos y que mostraba el estandarte de su unidad, 3.^o Batallón, 75.^o Regimiento.

A la tripulación de los diferentes helicópteros le correspondía la parte situada justo frente a la entrada de la puerta principal, los chicos D ocupaban el rincón del barracón a la izquierda de aquélla y el resto era para los Rangers, los compañeros de

Sizemore. Su banco estaba en el centro, hacia la parte posterior. Podía apoyar los pies en la mochila y ver a las ratas que se escabullían por el intrincado techo u observar a unos halcones con crías en un árbol de fuera que se dejaban caer en picado y le hincaban el pico a las palomas a media altura.

¿Y qué podía ser más chulo que vivir con los operadores de la Fuerza Delta, los temidos D? Ellos eran los verdaderos profesionales, totalmente antiortodoxos. En el vuelo que duró dieciocho horas a bordo del gigante Starlifter C-141, si bien los camisas azules de las Fuerzas Armadas insistieron en que todos permanecieran sentados, los chicos D se tomaron la orden por el pito del sereno. Apenas hubieron despegado, sacaron mantas térmicas (el brillante suelo metálico del avión se vuelve frío como el hielo a elevadas alturas) y ponchos aislantes, se pusieron tapones en los oídos, repartieron antifaces, se tomaron Bombarderos Azules (pastillas de Halcyon) y se pusieron a dormir. Les enseñaban pequeños trucos, como colocar esparadrapo en la arandela de las granadas para que ninguna pieza del equipo se enganchara en ella accidentalmente. Cuando iban al combate, se ponían rodilleras, con lo cual les resultaba más fácil y era más rápido arrodillarse y disparar, y permanecer en esa posición durante horas en caso necesario. Si hacía mucho calor, no se paseaban con todo el equipo de batalla. Iban con camisetas, o sin ellas, pantalones cortos y chancletas. Todos iban con gafas de sol. Si se habían acostado tarde, hacían la siesta. Cuando salían para una misión, se llevaban las armas que consideraban necesarias y dejaban el resto en la base. Entre los chicos D, para todos los que tenían una graduación de sargento primero o superior, el rango no significaba nada. Todos ellos, oficiales y suboficiales, se llamaban por el nombre de pila o el apodo. Les habían enseñado a pensar y a actuar por sí mismos. Nada se hacía en consideración al reglamento; les guiaba su propia experiencia. Conocían sus armas, sus tácticas y su trabajo mejor que nadie y, básicamente, hacían su propia vida, lo cual suponía algo extraordinario en el Ejército de Estados Unidos.

Algunos operadores, como el rubio Norm Hooten o el achaparrado Earl Fillmore o el macizo Paul Howe, hacían con ellos sesiones de instrucción en las que les enseñaban los puntos más refinados de la lucha letal. Hooten enseñó al especialista Dave Diemer a disparar mejor su SAW trucada desde la cadera, y consiguió que uno de los armeros de la Fuerza Delta le montara una empuñadura a medida para él. Les proporcionaron a algunos muchachos unas bolsas especiales negras de lona para enfundar una SAW, lo cual evitaba que el bombo del lanzagranadas se saliera al bajar por la cuerda (como ocurría a veces). Cosas útiles. Fillmore, que era uno de los operadores más jóvenes a sus veintiocho años, les enseñó la forma de dejar inconsciente a un hombre mediante una patada fuerte en el muslo, golpeándole en la arteria femoral. Howe les mostró las técnicas para ponerse a cubierto en zona urbana y el modo de asaltar una casa. Era genial.

El operador del cuerpo Delta Dan Busch había sido ranger hasta hacía poco, antes de volverse más introvertido. Algunos hombres lo conocían de antes. Busch había cambiado mucho. En primer lugar, ahora era Dan, no el sargento Busch. Algunos muchachos de la Compañía Bravo lo consideraban un bravucón. Busch siempre estaba dispuesto a armar la gorda. En Mogadiscio parecía otra persona. Aquel hombre, antes extravagante, se había vuelto religioso y blandengue, completamente distinto. Se pasaba mucho tiempo en su reducto, donde se dedicaba a limpiar tranquilamente sus armas y batir al scrabble a todo aquel que se prestara a jugar con él.

Algunos eran soldados legendarios, como el cachazudo veterano Tim Martin, que contaba con un humor ágil y lacónico, una gran mancha roja de nacimiento y «Canoso» como apodo, lo cual le encajaba muy bien porque empezaba a tener el cabello blanco. Tenía más de cuarenta años y había participado en casi todos los conflictos, públicos o secretos, desde Vietnam. Llevaba en el Ejército más de veinte años. Nada le confundía o desconcertaba. Estaba casado y tenía tres hijas en Estados Unidos, y decía que pensaba retirarse el año siguiente y montar un negocio. Pero el más enrollado era «Mazo» John Macejunas, un ex ranger nada pretencioso y simpático cuyo cabello era rubio y su tez tan curtida que parecía un surfista. Mazo no era tan corpulento como los demás hombres, pero su físico redefinía el concepto de estar en forma. Tenía tan poca grasa en el cuerpo y estaba tan bronceado que parecía una guía andante de musculatura masculina. En contraste con el cachazudo Canoso, el ritmo del motor de Mazo estaba siempre puesto en la quinta velocidad. Se entrenaba muchísimo, hacía flexiones, abdominales, levantamientos de piernas, contracciones y se castigaba tanto con otros ejercicios de su propia invención, que los Rangers lo consideraban una especie de mutante del esfuerzo. Incluso los otros chicos D sentían admiración por él. Se decía que no conocía lo que era el miedo.

A pesar de que habían hecho instrucción juntos un par de veces, los rangers no habían tenido ocasión de frecuentar a esos muchachos con anterioridad. Era como una tutoría diaria en soldadesca librada por los mejores de la profesión.

Lo peor de la vida en la base, por supuesto, era la falta de mujeres. Había mujeres por allí, pero todas eran enfermeras que trabajaban en diferentes lugares de la base o en las instalaciones de Naciones Unidas, y estaban estrictamente fuera de su alcance. Esto resultaba muy duro. Tenían acceso a cantidad de pornografía, como es de suponer, y muchos rangers practicaban la masturbación de forma despreocupada. Muchos lo hacían discretamente, pero algunos adoptaban una especie de actitud desafiante y cruda, y se ponían de pie junto a su catre y anunciaban: «Me voy al retrete a hacerme una paja». El especialista John Collett, un tirador de SAW que carecía de todo pudor en cuanto a este asunto, se jactaba de su repertorio, y describía nuevas técnicas onanísticas. «¡Tíos, teníais que haberme visto anoche. ¡No os miento,

me quedé sin aliento!» Asimismo indicaba lugares nuevos e inusuales para masturbarse. Collett afirmaba haber tenido una «paja-arnés», es decir, haberse masturbado colgado del arnés de un paracaídas. Daba lástima. Uno de los PJ de las Fuerzas Aéreas recibió una muñeca hinchable por correo y casi nadie se rió. Toda aquella obsesión sexual bajo presión hacía que se hicieran más tonterías propias de los adolescentes que de costumbre. Una noche, el cabo Jim Cavaco apareció con un trozo de nailon atado en la punta del pene, sujetaba el cordel con delicadeza entre dos dedos y le explicaba a todo el mundo: «Voy a sacar a pasear un poco a mi pollita».

Jugaban mucho al risk, un juego de mesa donde unos ejércitos con códigos de colores luchaban para conquistar el mundo. Era estupendo para matar el tiempo porque cada partida duraba horas. El soldado primero Jeff Young, un muchacho alto y rubio que iba siempre con unas enormes gafas encaramadas sobre una nariz demasiado pequeña para su rostro alargado, que era RTO (operador de radioteléfono) y procedía del estado interior de Nueva York, se había pasado la vida jugando al risk con sus cinco hermanos y sabía tanto que sus compañeros formaban equipos para ganarle. Young y su sargento, Mike Goodale, les habían pedido el juego prestado a los chicos D poco después de su llegada, pero lo habían monopolizado de tal manera que el escuadrón Delta había pedido que les mandaran otro. Young y Goodale lo colocaban delante de sus estanterías y, por regla general, era el mismo grupo de jóvenes que miraban inclinados sobre ellos. Alrededor del tablero, soldados rasos, sargentos e incluso oficiales, todos, olvidaban los rangos. Bromeaban unos con otros, se gritaban mutuamente, como una pandilla de muchachos.

Hasta los bombardeos nocturnos con morteros era una especie de juego. Los *skinnies* lanzaban dentro del recinto vallado unos morteros que aterrizaban con un ruido seco y estrepitoso, como algo muy grande que cayese dentro del enorme hueco formado por un ingente montón de hojalata. En un primer momento asustaba a los muchachos. Se echaban al suelo o buscaban cobijo. Pero los *skinnies* tenían una puntería tan mala que rara vez acertaban y, al cabo de un rato, los hombres se limitaban a echarse al suelo y gritar con entusiasmo cada vez que aterrizaba un mortero. Alguien, probablemente Dom Pilla, descubrió que si se levantaba la gran puerta que cerraba la nevera portátil de soda y agua y luego se la dejaba caer, hacía un ruido muy parecido a un mortero. Mandó a un par de muchachos a meterse dentro antes de que todo el mundo se percatase del juego. Transcurrido un rato, cuando oían el ruido, ni siquiera se molestaban en arrojar al suelo. Gritaban entusiasmados. Una noche, un mortero explotó tan cerca que Sizemore vio las chispas de la metralla en el muro exterior de la base. Se limitaron a aplaudir y a chillar. Al otro lado de la calle, el asustado personal médico de las Fuerzas Aéreas, que no eran precisamente unos tipos endurecidos por las batallas, se cogían de la mano y cantaban cánticos religiosos conforme los enloquecidos *Hoo-ahs* al otro lado gritaban como posesos. Los hombres

de los barracones habían incluso iniciado una quiniela. Por un dólar se podía escoger entre un espacio de tiempo de diez minutos y, si el mortero caía durante ese intervalo, se ganaba la apuesta. Por consiguiente, después de gritar todos entusiasmados, corrían a comprobar quién había ganado. A nadie se le ocurrió pensar qué harían con el pote si el mortero caía sobre el ganador.

La sala de cine contaba con tres aparatos de televisión y tres de vídeo. La cadena CNN era la favorita. En ocasiones se emitían sus propias misiones. De hecho, cuando el destacamento regresó de su primera misión con los prisioneros somalíes esposados, se quedaron de piedra al ver que, antes de haber tenido siquiera tiempo para despertarse, aparecían en la pantalla, su misión de alto secreto había sido filmada a distancia mediante cámaras infrarrojas. Ninguno contestó nunca a las preguntas de los periodistas, y se reían y quejaban entre ellos por la forma tan ultrajantemente equivocada en que se publicaba todo, tanto en la prensa como en la televisión.

Las Fuerzas Armadas contaban con dos emisoras de radio, una que ponía casi siempre música country y la otra que dividía su programación entre música «blanca», en su mayoría rock clásico, y música «negra», principalmente rap. Los Rangers, que a diferencia de los muchachos de la 10.^a División de Montaña, cuya base estaba situada al otro lado de la ciudad, eran casi todos blancos, se desternillaban de risa con las dedicatorias durante el espacio «negro»: «*Escuchad hermanos y hermanas, yo soy el artista de segunda generación 4-U pinchando un disco para Regina en la 271.^a División de Intendencia y que le dedica Dope Gangsta en la 33.^a. ¡Paz!*». Después de cenar, solían ver vídeos, unas colecciones que les enviaban en cajas y que prácticamente desgastaban de tanto pasarlas, siendo la mayoría del estilo acción y aventura heroica. Una semana disfrutaron de un festival de James Bond, una película diferente cada velada. Una de las pocas y nuevas adquisiciones fue *El último mohicano*; una noche, unos cuantos acababan de verla dos veces seguidas cuando apareció el capitán Steele que, al ver los créditos finales, anunció que nunca la había visto. Rebobinaron la cinta y la vieron por tercera vez.

La mayoría de los días en que no salían a realizar ninguna misión, se dedicaban a instrucción, lo cual era absolutamente genial. Se dirigían al norte de la ciudad donde comenzaba el desierto y hacían volar objetos o practicaban arrojando granadas o cohetes a determinados blancos, o perfeccionaban su puntería con diferentes armas automáticas. En las dunas fuera de Mogadiscio había muchos más objetos y munición que de costumbre, y no tenían todas las restricciones propias del campo de tiro que había en la base. Allí, al aire libre, bajo el tórrido sol y vestidos con los uniformes de campaña y los sombreros de camuflaje para el sol que les caían flojos sobre la frente, parecían unos niños demasiado grandes para su edad jugando a los soldaditos... con balas y granadas de verdad. Era lo que hacía que la calidad de ser un ranger fuera tan especial. Era soldadesca real. Pura y dura. Era mucho más divertido que la

universidad. Sizemore y los demás muchachos que se alojaban en aquel barracón estaban viviendo una aventura. Estaban en África, y no detrás de un escritorio, de una caja registradora o de un pupitre mirando por la ventana un campus aletargado. Hacían cosas como saltar de aeroplanos, descolgarse por las cuerdas rápidas de los helicópteros, descender acantilados... cosas como las que estaban haciendo allí, y haciéndolas bien, como correr tras un sanguinario señor de la guerra en una ciudad exótica del Tercer Mundo.

Sizemore le había pedido al médico que le dejara volver al barracón para pasar allí el último día con su unidad, y estaba terminando de recoger sus cosas en la enfermería para estar listo al regreso de los helicópteros, cuando ingresaron dos hombres a los que una mina controlada remotamente les había herido cuando patrullaban la ciudad en un Humvee. Había un chico de la 10.^a División de Montaña herido leve y un intérprete de somalí-inglés al que habían partido en dos. Desde la cintura para abajo había desaparecido. Sus entrañas yacían junto a él en la camilla rodante.

Sizemore jamás había visto una cosa igual. Uno de los brazos del hombre colgaba balanceándose a un lado de la camilla, sujeto al tronco sólo por un trozo de carne. ¿Quién era aquella gente? ¿Qué les hacía pensar que no iban a pagarlo?

Cuando llegó al barracón, había unos jóvenes que se equipaban para la misión. Sizemore hervía de frustración y contrariedad. Todos los muchachos decían que la lucha estaba al rojo vivo. ¿Y si tenían razón? ¿Había llegado hasta allí para perderse lo mejor? En su lugar mandaban al especialista Stebbins, el secretario de la sala de instrucción de la compañía. ¡Stebbins! Sizemore no daba crédito a su mala suerte.

En el barracón bullía el nerviosismo. Incluso el sargento Lorenzo Ruiz, el boxeador, estaba inquieto. Por regla general, nada alteraba a Lo.

—Tengo un mal presentimiento, Dale —dijo.

Ruiz y Sizemore eran muy buenos amigos. No tenían nada en común pero, por alguna razón, empezaron a llevarse a las mil maravillas años atrás. Ruiz era un muchacho duro de El Paso, en Texas, un ex boxeador aficionado que se alistó en el ejército después de que un juez le diera a escoger entre el ejército o la cárcel. En el regimiento Ranger, Ruiz reorganizó su vida y se superó a sí mismo. Estaba casado y tenía una niña pequeña. Sizemore, por su parte, no era más que un típico muchacho suburbano, una especie de mujeriego (sus compañeros lo apodaban «Adonis» por sus labios carnosos, sus grandes ojos azules y los anchos hombros). Pero Ruiz era un romántico. A veces, cuando salía de copas con los muchachos, su genio explotaba en un momento dado para, al cabo de un minuto, tener que secarse una lágrima y decir sorbiendo por la nariz y acento mexicano: «Os quiero, chicos». Ruiz era supersticioso y había luchado contra la premonición de su muerte en Somalia. Sizemore no era supersticioso, pero hizo un pacto con su amigo, seguirle la corriente. Los dos

escribieron unas cartas póstumas para las respectivas familias, que sólo deberían enviarse en caso de fallecimiento. Como medida de seguridad, se las habían intercambiado. La de Sizemore iba dirigida a su madre, a su padrastro y a una tía, y les decía lo mucho que los quería. Ruiz escribía a su mujer que la quería y le daba instrucciones a su hermano, Jorges, para que se ocupara de su madre y de su abuela. Los dos escribieron que habían muerto haciendo lo que deseaban. No era necesario añadir mucho más. Aquella tarde, cuando Ruiz se disponía a cumplir con su misión en el barrio Mar Negro, le recordó a Sizemore la carta.

—¡Cierra el pico! —replicó este último—. Estarás de vuelta dentro de unos minutos.

Pero en aquellos momentos Ruiz estaba con los demás muchachos pasándolas moradas (lo que no sabía Sizemore era que su amigo ya estaba mortalmente herido). Sizemore se preguntó dónde estaría Ruiz, y cómo se las apañaban Goodale y Nelson. Estaba preocupado por Stebbins. ¡Cielo santo, Stebby era quien les hacía el café! Él, probablemente el mejor hombre en la unidad con una SAW, estaba allí, y el secretario de la compañía se iba a librar su batalla. Sizemore estaba pegado a la radio fuera del Centro de Operaciones junto con otros muchachos que se habían quedado porque habían salido para una expedición acuática poco antes de que se preparase la misión en curso. Este grupo tenía sus respectivos Humvees aparcados en semicírculo fuera de las grandes y abiertas puertas frontales del barracón, preparados para ponerse en marcha si fuera necesario.

* * *

Lo que oía por la radio, palabras y sonidos, tenían para el especialista Steve Anderson un efecto diferente. Le daba miedo. Eran tantas sus ganas de ser soldado que ocultó sufrir de asma agudo cuando se alistó. Llevaba siempre consigo el inhalador. El primer día de instrucción básica les advirtieron a todos de forma muy rigurosa de que cualquier droga se consideraba contrabando y que si pescaban a alguien en posesión de alguna se vería metido en un buen, buen lío. Pasaron una caja por todo el cuartel y les dijeron que tenían una última oportunidad, una amnistía, para deshacerse de todo lo que pudieran tener. Anderson fue presa del pánico y arrojó en la caja su inhalador, pero luego, tres o cuatro días más tarde, sufrió un ataque de asma tan terrible que tuvo que confesar y lo mandaron al hospital. Al día siguiente, el sargento instructor dijo a Sizemore y a los demás chicos del pelotón que Anderson había muerto.

Al cabo de un mes, en la escuela de vuelo, Sizemore distinguió de pronto a un fantasma alto y delgado que era ayudante de cocina, y se frotó los ojos para ver mejor. Anderson no sólo había sobrevivido al ataque de asma, sino que alguien en la

cadena de mando había admirado tanto su determinación que le habían dejado quedarse y le habían devuelto el inhalador.

Sin embargo, en aquellos momentos, enfrentado a la perspectiva de una batalla campal de aquella envergadura, el pánico que transmitía la radio cundió en Anderson. Todo el mundo hablaba el doble de lo habitual, como si necesitaran estar en contacto, como si la radio fuera una red para impedir su caída libre. Anderson no lo demostraba, pero estaba temblando. Tenía el estómago revuelto y le inundaba un sudor frío. «¿Voy a tener que ir allí?», se preguntaba. Hasta aquella misión, nadie había resultado gravemente herido. Las misiones eran muy divertidas. Cuando el megáfono anunciaba «¡En marcha!», él siempre pensaba: «Acción, fabuloso». Igual que sus camaradas. En aquel momento, no.

El horror se hizo realidad cuando el convoy formado por los tres Humvees del sargento Struecker llegó a toda velocidad y acribillado, y los enfermeros sacaron el cuerpo destrozado del soldado Blackburn, el ranger caído desde el helicóptero hasta la calle. El especialista Brad Thomas salió de uno de los vehículos con los ojos inyectados en sangre. Vio a Anderson y le dijo de forma entrecortada:

—Pilla ha muerto.

Thomas lloraba y Anderson notó que él también empezaba a hacerlo. El miedo era palpable. Anderson se alegró de estar en un lugar seguro. Se avergonzaba de sí mismo, pero era esto lo que sentía.

Sin embargo, no era el único. Poco después de haber bajado el cuerpo de Pilla y a Blackburn, recibieron la orden de volver a la ciudad. Se había estrellado un segundo Black Hawk, el de Durant, y corrían el peligro de verse sitiados por los somalíes. Se enteraron por la radio de que Casey Joyce, otro compañero, había muerto. Mazo y el SEAL que había acompañado de vuelta a Blackburn, estaban rearmados y preparados. Anderson no advertía vacilación alguna en esos muchachos. Pero los rangers más jóvenes, todos, estaban temblando.

Brad Thomas no podía creerlo. Estaba en la playa con Joyce y Pilla cuando los llamaron para aquella misión. Dentro de la compañía Ranger, Thomas, Joyce, Pilla, Nelson y otros pocos eran los mejor avenidos. Eran algo mayores que los otros y tenían un poco más de experiencia. Tanto Joyce como Thomas estaban casados. Antes de enrolarse, este último estuvo en la universidad unos cuantos años para estudiar guitarra clásica. Alborotaban menos que los demás y, cuando se trataba de correr riesgos, seguían haciéndolo gustosamente pero de forma menos entusiasta.

Thomas vio a su amigo Pilla muerto y pensó durante el resto de aquella insensata caravana de regreso a la base que él no iba a poder seguir adelante. Cuando llegaron se sintió aliviado. Imaginó que se había dado la misión por finalizada. La situación se había descontrolado y los otros muchachos iban a aparecer de un momento al otro. Desde un punto de vista emocional, la batalla había sido librada.

Por consiguiente, cuando Struecker se acercó y ordenó a los hombres que se rearmasen, porque volvían a salir, Thomas no podía dar crédito a lo que oía.

¿Cómo podían volver a aquel infierno? A duras penas habían escapado con vida. ¡Toda la maldita ciudad trataba de matarlos!

Struecker notó que le daba un vuelco el corazón. Sus vehículos estaban llenos de agujeros. Había restos de sangre y cerebro de Pilla en la parte posterior de su Humvee. Cuando sacaron el cuerpo ya no parecía que fuera el de Pilla. La parte alta de la cabeza había desaparecido y el rostro estaba grotescamente hinchado y desfigurado. Los hombres de Struecker estaban profundamente impresionados.

Mazo, el inflexible luchador de la Fuerza Delta, tomó a Struecker y se lo llevó a un lado.

—Escuche, sargento, tiene que limpiar su vehículo. Si no lo hace, a sus muchachos les va a dar un ataque.

Y Struecker se acercó despacio a su pelotón.

—Escuchad, chicos. No tenéis que hacerlo si no queréis. Lo haré yo mismo si es necesario. Pero tenemos que limpiar esto ahora mismo porque se nos ha ordenado que volvamos allí lo antes posible. Los demás que vayan a abastecerse de nuevo. Id vosotros a por más munición.

Struecker preguntó a su tirador del calibre 50:

—¿Me ayudas a limpiarlo? No tienes que hacerlo si no quieres.

Juntos fueron a buscar cubos de agua y, con la ayuda de esponjas, retiraron la sangre, los restos de cerebro y rascaron las manchas del interior.

Sizemore lo vio todo y se puso furioso.

—Me voy con ellos —anunció.

—No puedes, estás herido —replicó el sargento Raleigh Cash, al cargo del pelotón que había ido a la expedición acuática.

Sizemore no discutió. Iba vestido con pantalones cortos de gimnasia y una camiseta, y ya había empaquetado su equipo en vistas al viaje a casa del día siguiente; sin embargo, entró corriendo en el barracón y, después de ponerse los pantalones y la camisa, se apoderó del primer equipo perdido por ahí que pudo encontrar. Encontró un chaleco antibalas que le iba tres tallas demasiado grande para él y un casco que le bailaba alrededor de la cabeza como una ensaladera. Cogió su SAW, introdujo munición en los bolsillos y bolsas y, con las botas sin abrochar y la camisa desabrochada, llegó corriendo al convoy y saltó al Humvee de Cash.

—Voy con vosotros —le dijo a este último.

—No puedes ir con esa escayola en el codo.

—Entonces me la quito.

Entró a toda prisa en el barracón en busca de unas tijeras. Cortó la juntura interior del yeso y se lo retiró. Luego volvió y se instaló de nuevo en el vehículo.

Cash se limitó a sacudir la cabeza.

Anderson admiró el entusiasmo de Sizemore y se sintió más avergonzado de sí mismo. Había dejado prestado su propio equipo, pero se sentía mortificado. No sabía si sentirse más avergonzado de su miedo o de la aceptación incondicional de las órdenes recibidas.

Cuando llegó el momento de subir a los vehículos él volvió a obedecer, asombrado de su propia pasividad. Iba a ir a Mogadiscio y arriesgar su vida, pero no por pasión, solidaridad o patriotismo, sino porque no se atrevía a negarse. No exteriorizó nada de todo eso.

No todo el mundo se mostraba tan pasivo. Brad Thomas se llevó a Struecker a un lado.

—Oye, chico, no quiero volver allá, te lo digo de verdad.

El sargento había contado con que algo así sucediera, y lo había temido. El sabía cómo se sentía por tener que volver a la ciudad. Era una pesadilla. Las palabras de Thomas expresaban los sentimientos de todos. ¿Cómo podía obligar a aquellos hombres a volver al campo de batalla, sobre todo a los que habían vivido un infierno para regresar a la base? El sargento sabía que los jóvenes estaban pendientes de él para ver cómo iba a tratar el asunto. Struecker era un ranger modelo, fuerte, modesto, obediente, duro y estrictamente celoso del reglamento. Era como el primero de la clase. Los oficiales lo adoraban y ello significaba que algunos de los hombres lo miraban con cierta envidia. Así desafiado, esperaban que Struecker explotase.

Por el contrario, se apartó un poco con Thomas y se puso a hablarle despacio, de hombre a hombre. Intentó tranquilizarlo, pero Thomas ya estaba tranquilo. Struecker se percató de ello, el hombre había decidido que había dado todo lo que podía dar. Thomas se había casado hacía sólo unos meses. Nunca fue uno de los bravucones del regimiento. Era una decisión racional. No quería volver y que lo mataran. La ciudad entera disparaba contra ellos. ¿Hasta dónde podían llegar? Por muy caro que fuera el precio que iba a pagar por echarse atrás, y para un ranger iba a ser un precio elevado, a Struecker le pareció que Thomas tenía muy clara su decisión.

—Escucha —empezó a decir este último—, comprendo lo que sientes. Yo también estoy casado. No te consideres un cobarde. Sé que estás asustado. Yo estoy que me cago de miedo. Tampoco había estado nunca en una situación similar. Pero tenemos que ir. Es nuestro trabajo. La diferencia entre ser un cobarde y un héroe no estriba en si uno tiene miedo o no, sino en lo que uno hace cuando está presa de él.

No pareció que a Thomas le gustara la respuesta. Se alejó, pero cuando estaba a punto de ponerse en marcha, Struecker observó que había subido a su vehículo junto con los demás hombres.

—Tú irás en cabeza y nos guiarás —le ordenó el teniente Larry Moore a Struecker—. Nos llevaremos estos tres camiones de cinco toneladas, tus dos vehículos delante, los dos míos en la retaguardia. El helicóptero siniestrado está en esta zona —prosiguió conforme señalaba un punto entre la rotonda K-4 y el edificio asaltado—. No lo sabemos con certeza. Debes mantener esta emisora abierta —añadió a la vez que le mostraba la frecuencia de su radio—, y tenemos un helicóptero cuyo piloto te indicará adonde debes dirigirte. —Está bien —asintió Struecker.

Se acercó uno de los secretarios de la compañía, el sargento Mark Warner.

—Sargento, ¿puedo acompañarles?

—¿Tienes un arma y munición suficiente?

—Afirmativo.

—Adelante, colócate en el asiento posterior.

Otros voluntarios se instalaron en los vehículos del convoy. El especialista Peter Squeglia, el armero de la compañía, se pertrechó para la batalla y saltó a un camión. Se había lastimado un tobillo cuando jugaba al rugby en la playa con unos muchachos de Nueva Zelanda unos días antes y lo habían relegado a hacer guardias en el barracón. Ni se le pasó por la imaginación utilizar un tobillo hinchado como excusa para permanecer al margen. Por consiguiente, estaba en aquellos momentos sentado con su M-16 apuntando hacia fuera por la ventanilla del pasajero en un camión de cinco toneladas, y se preguntaba por qué se metía en aquella situación. Uno se alistaba en el Ejército y se ofrecía voluntario para el cuerpo Ranger sobre todo porque estaba dispuesto a entrar en combate, pero en aquel momento y siendo tan joven no se contaba con que le acabasen tomando la palabra. Si bien nunca había entrado en combate, Squeglia se consideraba más realista que la mayoría de sus camaradas rangers. Algunas de las bravuconadas que había visto durante las semanas anteriores le habían quitado las ganas. Solía advertir a sus amigos que aquello iba en serio, que en una de éstas alguno de ellos podía acabar estirando la pata. Pero todos se reían de él. Bien, y ahora como mínimo uno de ellos estaba definitivamente muerto (había visto el cuerpo de Pilla cuando lo bajaban del Humvee), y él se iba a adentrar en lo más reñido de la batalla. Era un domingo por la tarde de principios de otoño, el clásico momento cuando allá en casa, él y sus compañeros se dedicaban a mirar el fútbol estadounidense por la televisión para luego salir un rato a tomar copas en los bares de Newport, en Rhode Island, e intentar ligar con las chicas, pero él, un muchacho listo de veinticinco años llamado Peter Squeglia, estaba allí con el rifle preparado y en un camión que iba a introducirse en las calles de Mogadiscio donde, por lo que parecía, toda la población indígena pretendía matarlo. El camión se puso en marcha.

Cuando Struecker traspasó la puerta este de la base, esperó las instrucciones del Black Hawk C2 que sobrevolaba la zona.

—*Tienes que girar a la izquierda y seguir hasta el primer cruce, donde volverás a doblar a la izquierda.*

Struecker giró a la izquierda en la calle Tanzania, pero cuando se acercaba al cruce los tirotearon de todas partes. No estaban a más de ochenta metros de la puerta posterior de la base.

En el Humvee anterior al de Struecker, el sargento Raleigh Cash gritó:

—¡Acción a la izquierda!

El tirador de su torreta giró en redondo para enfrentarse a seis somalíes armados y Cash, que iba delante en el asiento del copiloto, oyó la explosión del fuego y los proyectiles que pasaban cerca silbando y detonando. A Cash le habían enseñado que si uno oía un ruido seco significaba que la bala había pasado cerca de su cabeza. Un silbido, que a él le sonaba como el ruido que se hacía al golpear el cable tirante de un poste de teléfono con un palo, significaba que la bala había fallado por un margen superior. Una descarga cerrada y estruendosa contestó a los disparos.

En el otro de los Humvees de retaguardia, Steve Anderson, el que había acabado consintiendo a regañadientes, oyó la erupción del tiroteo y se le revolvió el estómago. Luego se dio cuenta de que casi todo lo que oía eran las armas de los Rangers. Cualquier somalí armado se enfrentaba a una aplastante lluvia de plomo estadounidense, calibres 50 en tres de los Humvees, así como las SAW y todos los M-16 concentrados en los camiones.

Anderson intentó también disparar con su SAW, pero ésta se le atascó. Tiró y volvió a tirar de la manivela de carga en un intento de desobstruirla, pero no se movió. Entonces, se apoderó del M-16 que llevaba el conductor y apuntó hacia la parte posterior del vehículo. Un momento antes de hacerlo, vio a un somalí con un rifle que desaparecía corriendo por una puerta pero era demasiado tarde para disparar con precisión.

Los vehículos de cabeza se llevaban la peor parte. Una granada propulsada por cohete *pasó rozando* por encima del techo del Humvee de Struecker con un ruido metálico y explotó al otro lado de la calle contra un muro de cemento en medio de una perturbación tal que el vehículo de ancho cuerpo se quedó levantado sobre dos ruedas. Entonces su tirador de la calibre 50 devolvió el fuego a una concentrada ráfaga de tiros prodecentes de unas AK-47. El sargento pensó que aquel *sammy* no era un gran experto en el arte de la emboscada. La idea era dejar que pasara el vehículo de cabeza, bloquear a la columna y abrir fuego. Los camiones sin armas y suelos acolchados para el transporte de tropa que iban en el centro cargados con cocineros, secretarios y otros voluntarios serían blancos enormes y vulnerables. Al abrir fuego sobre los vehículos de cabeza le daban al convoy la oportunidad de

retroceder antes de que las cosas empeorasen.

Struecker gritó a su conductor que diera marcha atrás. Los que seguían tendrían que adivinarlo. Chocaron contra la parte delantera del Humvee al que precedían y luego este conductor hizo a su vez marcha atrás y le dio al primero de los camiones. Al final todos comprendieron el mensaje.

—Tenéis que encontrarnos otra ruta —les dijo a sus ojos en el cielo.

—*Retroceded hasta el principio y girad a la derecha en lugar de a la izquierda. Por ahí podréis llegar.*

Struecker llevó a la columna hasta la entrada de la base y, en esta ocasión, doblaron a la derecha. Delante, amenazadora, había una barricada inmensa. Aunque muchos de los que les disparaban eran aficionados, no cabía duda de que había mentes militares y expertas entre ellos. Aquella barricada no era algo espontáneo. Habían previsto las rutas que podía tomar un convoy procedente de la base y habían montado barreras de basura, trastos viejos, muebles, carrocerías de automóviles, trozos de cemento, alambres y todo aquello que les viniera a mano. Contenían también neumáticos en llamas que lanzaban nubes revueltas en el cielo cada vez más oscuro. Struecker notaba el hedor de la goma ardiendo. El convoy sabía que el *Súper Seis Cuatro* se había estrellado a poco menos de un kilómetro y medio de distancia, delante de ellos.

Durant dijo después que oía el ruido de una calibre 50, que casi con toda certeza procedía del Humvee de Struecker. El piloto creía que el rescate era inminente. Pero el convoy no pudo acercarse más. Al otro lado de la barricada, entre donde estaban ellos y el siniestrado Black Hawk de Durant, se hallaba el muro de cemento que rodeaba un extenso gueto formado por cabañas y senderos. Struecker sabía que él podría pasar por encima de la barricada, pero ni pensar que los camiones que lo seguían pudieran conseguirlo. Además, imaginando que se lograra, no habría forma de cruzar el muro de cemento.

—*¿Ves dónde arden aquellos neumáticos? Allí es donde está el helicóptero. A unos cien metros después de aquéllos.*

—Tendrás que encontrarnos otra ruta —replicó Struecker.

—*No hay otra ruta.*

—Pues tienes que encontrar una. Piensa en un camino para llegar hasta allí.

—*La única ruta es rodear toda la ciudad y llegar por detrás.*

—Está bien. La tomaremos.

Struecker sabía que cada minuto era vital. Durant y su tripulación no aguantarían mucho. Pareció una eternidad el tiempo que tardaron los cinco toneladas en dar la vuelta en la angosta calle. A pesar de que no se andaban con chiquitas pues arremetían contra las paredes y los objetos que se ponían en su camino. Mientras los camiones se esforzaban en dar la vuelta, la mayoría de los hombres saltaron a la calle

para defender el convoy. El sargento Cash estaba con una rodilla hincada en el polvo cuando recibió un golpe en el pecho que lo hizo caer. Tuvo la sensación de que le habían dado un puñetazo en la parte alta del hombro. Se metió la mano dentro de la camisa, en busca de sangre. No había. La bala había rozado la parte frontal de la placa pectoral y le había arrancado las correas del arnés con bolsillos y compartimientos, y ahora colgaba sólo de unos hilos.

Squeglia vio que un proyectil arrancaba el retrovisor lateral del camión en el lado del conductor, y devolvió el fuego disparando su M-16 por encima del pecho del conductor. A fin de desahogar su creciente rabia, Sizemore descargaba sobre todo lo que veía. Anderson, en busca de blancos específicos, mantenía la cabeza agachada. Disparó varias veces, pero no creía haberle dado a nadie.

Cuando por fin lograron estar colocados hacia la dirección deseada, el convoy avanzó por una carretera que rodeaba la ciudad hacia el sudoeste, a lo largo de la cual tuvieron que atravesar una única lluvia de balas de AK-47. Desde lo alto de una elevación, vieron el helicóptero de Durant. Estaba abajo, en un pequeño llano, y parecía fácil acceder hasta allí.

Arriba, en el Black Hawk, Goffena y Yacone veían que los dos convoys tenían problemas. El maltrecho convoy principal al mando del teniente coronel McKnight se dirigía hacia la rotonda K-4 y, por consiguiente, se alejaba de los dos aparatos siniestrados, y el convoy de emergencia compuesto por cocineros y voluntarios no se acercaba precisamente demasiado.

Volvieron a pedir autorización para hacer intervenir a sus francotiradores Delta. Se habían quedado sólo con dos. El sargento Brad Hallings se había puesto al frente de una de las metralletas del *Súper Seis Dos* después de que hirieran a uno de sus oficiales de vuelo. Iban a necesitarlo allí.

El capitán Yacone se volvió en su asiento para discutir la situación con los dos operadores Delta.

—La situación se está poniendo muy fea, muchachos —les dijo gritando por encima de los motores del helicóptero y del ruido del tiroteo—. Al segundo convoy le están disparando de forma intensiva y, además, no tiene pinta de poder llegar donde está el helicóptero. Mike y yo hemos detectado un campo de entre veinticinco a cincuenta metros del lugar donde están ahora. Entre medio hay montones de chozas y barracas. Una vez lleguéis allí, podéis agazaparos y esperar a los vehículos, o intentar llevar a los heridos a una zona abierta, donde podríamos ir luego para recogeros.

Tanto Shughart como Gordon indicaron que estaban listos para bajar.

En el helicóptero de mando, Harrell consideraba la petición. Era demasiado arriesgado, tal vez imposible. Sin embargo, un par de soldados armados y bien preparados podían contener a una turba indisciplinada de forma indefinida. Shughart y Gordon eran expertos en matar y seguir vivos. Eran soldados cabales y profesionales, preparados para llevar a cabo misiones duras y peligrosas. Veían una oportunidad allí donde otros sólo veían peligro. Al igual que los otros operadores, se enorgullecían de permanecer tranquilos y eficientes incluso en situaciones de extremo peligro. Vivían y se entrenaban de modo interminable para momentos como aquél. Si existía una posibilidad de conseguirlo, ellos dos se creían capaces de hacerlo realidad.

En el helicóptero C2, sentados uno junto al otro, Harrell y Matthews sopesaban la decisión. El equipo aéreo de rescate al completo estaba ya en tierra, donde se hallaba el primer aparato siniestrado. El convoy terrestre iba a tardar mucho en llegar hasta Durant y su tripulación. Sin embargo, dejar que Shughart y Gordon saltasen era como mandarlos a la muerte. Matthews bajó por un momento el volumen de las radios.

—Escuchad, son vuestros muchachos —le dijo a Harrell—. Son los dos únicos que nos quedan. ¿Qué queréis hacer?

—¿Vosotros qué sugerís? —preguntó Harrell.

—Podemos hacer que vayan o que no vayan. Por lo que puedo ver, nadie más va

a conseguir llegar hasta ese lugar.

—Que vayan —decidió Harrell.

Mientras hubiera la más mínima posibilidad, estaban obligados a dársela a la tripulación del avión estrellado.

Cuando el oficial de vuelo de Goffena, el sargento mayor Masón Hall, informó a los hombres de que había llegado el momento de saltar, Gordon sonrió débilmente y levantó los pulgares excitado en señal de asentimiento.

Había un pequeño claro detrás de una de las chozas. Aunque lo rodeaba una valla y estaba lleno de trastos viejos, les serviría. Goffena hizo una pasada por encima a baja altura, luego se elevó cerca del suelo para volar sobre la valla y los escombros allí amontonados. No pudo deshacerse de éstos lo suficiente para aterrizar y mantuvo entonces el aparato en suspenso a un metro y medio del suelo mientras Shughart y Gordon saltaban.

El primero se quedó un momento enganchado en el cable de seguridad que lo conectaba al helicóptero y tuvieron que cortarlo para liberarlo. El segundo tropezó mientras echaba a correr para ponerse a cubierto. Para indicar que estaba desorientado, Shughart agitó las manos. Se habían despistado al saltar y estaban agazapados en una postura defensiva mientras trataban de dar con el rumbo correcto.

Goffena volvió a hacer una pasada baja a la vez que se asomaba por la puerta y les señalaba el camino. Uno de los oficiales de vuelo lanzó una granada de humo en la dirección del aparato siniestrado.

Los operadores levantaron los pulgares y empezaron a caminar en aquella dirección.

A más de una milla al nordeste, en la posición inicial de bloqueo de la Tiza Dos, la batalla perdía fuerza para el sargento Ed Yurek. Después de haber irrumpido en el pequeño colegio somalí, donde convenció con buenas palabras a los niños y a la profesora de que se echaran al suelo, a Yurek le habían dejado al cargo del resto de su tiza después de que el teniente DiTomasso y ocho rangers se fueran corriendo a ayudar a los tripulantes del primer helicóptero siniestrado. Yurek vio que el convoy terrestre se marchaba. Como el combate se desplazaba hacia el lugar donde estaba el Black Hawk siniestrado a tres manzanas al este, la esquina de Yurek quedó tan tranquila que hasta le entró miedo. Al haberse marchado el teniente y el operador de radio, se había quedado sin contacto con la emisora radiofónica de los mandos. Le inquietaba que todo el destacamento los hubiera olvidado.

Utilizó su radio personal para llamar a DiTomasso.

—¿Qué hago, mi teniente?

—*Tienes que abrirte camino hasta mí.*

—Roger, señor. ¿Dónde está?

—*Vete hasta la calle ancha que tienes a tres manzanas al este, luego dobla a la izquierda. Nos verás enseguida.*

—Roger.

Era y no era una buena noticia. Parecía que por fin encontraban un rincón tranquilo en Mogadiscio. Se habían ido familiarizando con los ángulos de tiro y los lugares de posible peligro y encontrado el adecuado refugio. Los niños del pequeño colegio permanecían quietos como ratones. Yurek les vigilaba para que no se movieran. No le hacía ninguna gracia tener que abandonar una esquina que parecía haberse vuelto segura y tranquila para salir a aquella ciudad peligrosa donde no cesaban de volar los proyectiles y la metralla de las RPG. Oían el intenso tiroteo procedente de las inmediaciones del aparato siniestrado; apenas se pusieran en pie y empezaran a caminar se quedarían al descubierto. DiTomasso y los primeros hombres que habían ido calle abajo contaban por lo menos con el elemento sorpresa. Yurek y los hombres a su cargo iban a formar el segundo equipo que se exponía. No le cabía duda de que algún *sammy* les estaría esperando.

—Vamos, muchachos. ¡Nos tenemos que marchar! —informó de mala gana a los hombres.

Empezaron a caminar hacia el oeste calle abajo. Llevaban las armas listas y apuntando y marchaban a paso rápido en fila india en el lado sur de la callejuela. Procuraban ir unos metros apartados de las paredes de piedra de aquella cara del callejón. La inclinación natural era ir lo más cerca posible de la pared. Ésta sugería por lo menos un margen de seguridad. Pero el sargento mayor Paul Howe, uno de los

chicos D, les recomendó que no lo hicieran. Les explicó que las balas recorren las paredes. Si el enemigo concentraba los disparos en una calle, los muros a sendos lados actuaban como embudos. De hecho, algunas balas podían recorrer una pared por espacio de treinta metros. En realidad, quedarse pegado a los muros era más peligroso que estar en medio de la calle.

Cuando llegaban a las esquinas, se detenían y se cubrían los unos a los otros. Yurek corría mientras sus hombres disparaban de forma disuasiva al norte y al sur. Luego cubrían al siguiente. Así cruzaban.

No pasó mucho tiempo antes de que se abriese la galería de tiro. Los *sammies* se asomaban de pronto por ventanas, puertas o esquinas y disparaban ráfagas de armas automáticas. Con toda evidencia la mayoría eran aficionados. Los culatazos y el deseo de permanecer a cubierto significaban que era poco probable que acertasen a darle a alguien. Yurek se imaginó que aquellos tipos sólo trataban de no hacer el ridículo delante de su pandilla. Disparaban una ráfaga al aire con la cabeza vuelta y los ojos cerrados, arrojaban el arma y echaban a correr. En alguno de estos casos, Yurek ni siquiera se molestaba en devolver los tiros. Sin embargo, ciertos hombres que aparecían de repente en las ventanas eran diferentes. No disparaban al instante. Apuntaban. Se lo tomaban en serio. Supuso que formaban parte de la milicia de Aidid. Por regla general, había un miliciano por cada cuatro o cinco tiradores.

De forma invariable, Yurek y sus hombres disparaban primero. A lo largo de las largas y aburridas semanas que precedieron a esta misión, estuvieron practicando casi a diario. El capitán Steele insistió en ello. Disponían de cantidades ilimitadas de munición y, en el desierto, montaban diferentes campos de tiro, el de hilera incluido. En la práctica, los blancos surgían inesperadamente. Tenían diferentes formas y colores. Las reglas eran: disparad si veis el triángulo azul, pero esperad si se trata de un cuadrado verde. Yurek notaba cuánto le habían ayudado todas aquellas prácticas. Él y sus hombres se metieron en una serie continuada de fuego cruzado. Le disparó a un hombre que estaba en la puerta de una casa a tres metros de distancia. El somalí, un hombre melenudo, cubierto de polvo y vestido con unos pantalones marrones abombachados y una camisa azul de algodón ligero, se había asomado a la calle con una AK y había apuntado. No disparó al instante, y esto fue lo que acabó con él. Conforme Yurek apretaba el gatillo, sus miradas se cruzaron. El somalí se desplomó hacia delante en el callejón sin haber tenido la oportunidad de disparar. Era el segundo hombre al que Yurek había disparado en su vida.

El especialista Lance Twombly disparaba la enorme arma SAW desde la cadera contra un hombre. El *sammy* surgió de una esquina con una AK y empezó a disparar. Tanto él como el ranger se tirotearon mutuamente a una distancia máxima de cincuenta metros. Twombly vio que sus proyectiles, unos cuarenta, desportillaban las paredes y levantaban polvo alrededor de su blanco, pero no llegó a darle al somalí.

Tampoco el somalí alcanzó a Twombly. El primero huyó corriendo. Twombly se limitó a seguir su camino a la vez que se maldecía por ser un tirador tan malo.

Yurek no podía creer en su buena suerte cuando recorrieron tres manzanas completas sin que le dispararan a ninguno de sus hombres. En el cruce de la calle principal miró cuesta abajo y vio a Waddell apoyado contra el muro en el mismo lado de la calle donde él se hallaba. Al otro lado de la calle en la esquina opuesta, detrás de un árbol enorme y un coche, estaban Nelson y el sargento Alan Barton, los cuales habían llegado descolgándose por una cuerda desde el helicóptero CSAR. Twombly descendió por aquel lado de la calle y cruzó la avenida para sumar su SAW a la M-60 de Nelson. Junto al vehículo había dos somalíes muertos tirados en el suelo cuan largos eran. Al otro lado, en diagonal con respecto a Waddell, había un pequeño Volkswagen verde. DiTomasso y algunos hombres del helicóptero CSAR estaban allí agazapados.

Yurek cruzó corriendo la calle hasta el coche para reunirse con DiTomasso. Cuando pasó por delante de la callejuela vio el helicóptero abatido a su derecha. Justo cuando llegaba, el Volkswagen empezó a estremecerse por el impacto de los proyectiles, *tung tung tung tung*. Fuera cual fuera el tipo de arma, sus balas atravesaban el auto. Yurek y los demás se arrojaron al suelo. No podía decir de dónde procedían los tiros.

—¡Nelson! Nelson, ¿qué demonios es? —gritó desde el otro lado de la calle.

—¡Es una ametralladora! —le contestó a gritos Nelson.

Yurek y DiTomasso se miraron y abrieron los ojos de par en par.

—¿Dónde está? —le gritó a Nelson.

Nelson señaló calle arriba, y Yurek se asomó con precaución por detrás del coche. Había tres somalíes muertos en la calle. Yurek se agachó y los arrastró para amontonarlos juntos y poder deslizarse a su izquierda y mantenerse a cubierto. Vio a tres somalíes apostados en el suelo al norte, calle arriba, detrás de una ametralladora montada en un trípode. Desde aquella posición, el arma controlaba la calle. No podían ver a Nelson detrás del árbol al otro lado de la calle, pues no había sido tan insensato para exponer su posición.

Yurek tenía una LAW (arma ligera antitanque) sujeta a la espalda con correas y que había llevado consigo en todas las misiones desde hacía semanas. Era un lanzacohetes ligero de plástico desechable (pesaba sólo un kilo doscientos gramos). Después de soltar las correas, trepó encima del coche, se inclinó hacia delante y apuntó a través de la mira del arma. Calculó que debían de estar a unos doscientos metros de distancia. El cohete salió con la fuerza de la onda explosiva retroactiva y Yurek lo vio salir zumbando hasta su blanco y explotar en medio de un gran resplandor y un enorme estrépito. El arma se fue volando por los aires.

Estaba aceptando las felicitaciones por su disparo cuando se reanudó el *tung tung*.

Era evidente que el cohete había aterrizado a corta distancia, lo bastante cerca para que el arma volara y levantara una nube de polvo, pero estaba claro que no lo suficiente para destruir o detener a los tiradores. Los vio arriba, en la calle, de rodillas detrás del arma, que habían vuelto a enderezar en el trípode. Yurek recogió una LAW que alguien había dejado por allí cerca, pero estaba doblada y chafada. No logró abrirla. En vista de lo cual, cargó un cartucho 203 de 40mm. en el lanzagranadas montado bajo el tambor de su M-16. En esta ocasión apuntó mejor. De hecho, fue posible observar que la espiral del grueso proyectil 203 daba en el blanco, y en esta ocasión de lleno en el centro. Supuso que el arma había quedado destruida. Cuando se disipó el humo, la vio en el suelo entre los dos hombres. Nadie más apareció para recuperarla. Yurek y los demás no le quitaron la vista de encima hasta la caída de la noche.

Barton y Nelson estaban tras un árbol en la esquina nordeste del amplio cruce situado al oeste del helicóptero siniestrado. Había un pequeño Fiat aparcado contra el árbol. Daba la impresión de que su dueño lo había dejado con el tapón de la gasolina apoyado contra el árbol para evitar que los ladrones espabilados y emprendedores de Mogadiscio le robaran la gasolina haciendo sifón. La ametralladora de Nelson asomaba por encima del techo del auto, y las cintas con los cartuchos colgaban de los lados. Procedente de los dos somalíes muertos en la calle junto al coche, la sangre formaba charcos de color rojo oscuro en la tierra.

—No puede ser mucho peor que esto —dijo Barton.

Justo en aquel momento, en medio de un resplandor brillante y una explosión ensordecedora, explotó una RPG contra el muro de enfrente, lo que les arrancó unas sonrisas. La risa era un bálsamo. Mantenía el pánico a raya y parecía acudir con facilidad. En aquellas circunstancias extremas, el solo hecho de actuar con normalidad se convertía en algo divertido. Si todavía podían reír estaban bien. No cabía duda de que el tiroteo era mucho más intenso de lo que jamás habían esperado que se produjese en Mogadiscio. Nadie había previsto una lucha seria de aquella envergadura. Nelson se preguntó dónde estaban sus amigos Casey Joyce, Dom Pilla y Kevin Snodgrass, y cómo les iría.

Estaban lloviendo RPG. Caían del norte y se estrellaban en los lados de los edificios de piedra, salpicando las paredes en medio de explosiones brillantes, como alguien que lanzara bolas de fuego.

—¡Cielo santo, Twombly, esto es irreal! —exclamó Nelson.

Se agazapó detrás de una rampa de cemento de unos sesenta centímetros de altura, situada entre el árbol y el muro, y manipulaba su M-60 cuando surgió un somalí tras una choza de hojalata a unos tres metros calle arriba y les disparó a él y a Twombly. Nelson supo que era hombre muerto. Los proyectiles se estrellaron entre sus piernas y pasaron cerca de su rostro. Twombly abatió al hombre.

Nelson vio en la boca de Twombly estas palabras:

—¿Estás bien?

—No lo sé —fue la respuesta.

Como Twombly había disparado su SAW a unos sesenta centímetros enfrente del rostro de Nelson, el calor le había chamuscado primero las mejillas y la nariz. La explosión le retumbó en los tímpanos, lo dejó ciego y la cabeza le zumbaba todavía.

—Duele —se quejó Nelson—. Ni oigo ni veo. ¡No vuelvas a disparar tu jodida arma tan cerca de mí!

En aquel momento, otro somalí les disparó y Twombly se apresuró a devolver el fuego con su rifle por encima de la cabeza de Nelson. Y este último estuvo durante

horas sin oír nada.

El sargento Paul Howe y los tres hombres de su equipo Delta estaban de vuelta en la azotea de la casa asaltada cuando vieron a unos quinientos metros al nordeste que el grupo CSAR descendía por la cuerda procedente de un Black Hawk. Se dieron cuenta de que una RPG le había alcanzado mientras los hombres bajaban por las cuerdas y se quedaron admirados por la forma en que, incluso después del impacto, el piloto mantuvo el helicóptero estabilizado hasta que los últimos hombres llegaron al suelo. Howe supo que algo andaba mal, pero como no tenía conexión radiofónica con la emisora de mando y, además, estaba demasiado ocupado dentro de la casa asaltada para advertir que habían abatido a un Black Hawk, no sabía por qué los hombres cSar se descolgaban por las cuerdas.

Cuando el comandante de tierra, el capitán Scott Miller, le dijo que bajara se enteró de lo ocurrido.

—Nos vamos a desplazar hasta allí para controlar la zona —le explicó Miller.

Le contó que el convoy terrestre, que estaba descargando a los prisioneros somalíes delante del edificio, iba a dirigirse hasta el lugar del siniestro. Los demás lo harían a pie. La Tiza Uno de los Rangers, al mando del capitán Steele, iría en cabeza. Seguirían los operadores, y la Tiza Tres de los rangers apostados en el extremo sur de la casa, al cargo del sargento Sean Watson, cubrirían la retaguardia.

Howe se enteró de que el combate se estaba poniendo de mal en peor fuera en las calles. La idea de cruzar a pie la zona donde había visto que descendía la tripulación del helicóptero CSAR ponía los pelos de punta. Pensó que iba a ser bastante movido.

El capitán Steele vio que los operadores salían en avalancha del patio interior y se dirigían al este hacia él, lo que constituía una situación nueva para el comandante ranger. Él y sus hombres habían sido entrenados para proteger al cuerpo Delta, pero las dos unidades no se comunicaban. Cada una contaba con su propia cadena de mando, sus propias e independientes conexiones radiofónicas y, lo más importante, su propia manera de actuar. Y los habían juntado para aquel desplazamiento hasta el Black Hawk abatido. Steele y Miller discutieron brevemente la forma de proceder y decidieron que los Rangers debían tomar las posiciones de vanguardia y retaguardia.

La columna formada por ochenta hombres se puso en marcha apenas unos minutos después de que el malparado convoy del teniente coronel McKnight abandonase el edificio asaltado. Mientras el convoy vagaba desesperadamente perdido por la ciudad y era tiroteado, y mientras el Black Hawk de Durant se estrellaba a un kilómetro y medio al suroeste, la fuerza de chicos D y de Rangers pasaban dificultades según se desplazaban a pie hacia el lugar del primer siniestro.

No habían recorrido ni una manzana cuando al sargento Aaron Williamson le alcanzó un proyectil. Ya le habían herido con anterioridad, la bala le había arrancado

la punta del dedo índice, pero él había seguido luchando. El teniente Perino oyó que alguien gritaba y, cuando se volvió, vio que Williamson se retorció en el suelo y, a la vez que se sujetaba la pierna izquierda, gemía y gritaba.

—Tengo un hombre herido —informó Perino a Steele por radio.

—*Recogedlo y seguid avanzando* —ordenó Steele.

Cuando Howe y su equipo adelantaron a Williamson, había cinco rangers inclinados alrededor del hombre herido.

—¡Seguid avanzando y dejad que el enfermero se ocupe de ello! —les gritó Howe.

Llevaron a Williamson de nuevo calle arriba hasta uno de los Humvees del convoy terrestre a punto de emprender la marcha.

El especialista Stebbins, el secretario de la compañía que vivía su primera misión, estaba en el frente. Su posición de bloqueo había estado en la esquina sudeste y en aquellos momentos se desplazaban hacia el este. Caminaba rápida pero precavidamente y manteniéndose algo apartado de las fachadas como habían aconsejado los chicos D. A cada pocos metros calle abajo se abría una puerta que daba a un pequeño patio. Cuando Stebbins llegó a la altura de una de estas puertas, salió corriendo del edificio un somalí y Stebbins le disparó. Fue instintivo. El hombre le había sobresaltado. *Bang bang*. Dos disparos. El hombre se dobló sobre sí mismo hasta quedarse sentado con las manos agarrándose el pecho y expresión asombrada. Acto seguido se desplomó hacia delante y empezó a balancearse y a gemir. Era un hombre alto con cabello corto. Iba vestido con la típica camisa azul eléctrico con mangas largas y cuello grande. La mayoría de los *sammies* iban sucios y llevaban ropas andrajosas, pero aquel hombre vestía bien e iba limpio. Llevaba unos pantalones de pana acampanados y en el cinturón una enorme hebilla de metal troquelado. Parecía completamente fuera de lugar. Stebbins le había disparado, así de simple. Era la primera vez que lo hacía.

Todo ocurrió en segundos pero pareció mucho más largo. Stebbins se estaba preparando para volver a dispararle cuando el soldado Carlos Rodríguez le sujetó el arma.

—No desperdiciéis munición con él, Stebby —le dijo—. Sigue avanzando.

Steele, que llevaba una radio sujeta a su amplia espalda mediante correas, iba cada vez más rezagado con respecto al teniente Perino y el resto de la Tiza Uno. La idea era mantenerse desplegados y proporcionarse mutua cobertura cuando atravesaban los cruces. Pero enfrente, ante la consternación de Steele, la formación quedó destartalada. Los chicos D hacían caso omiso de las órdenes para la marcha y seguían avanzando. Habían entrenado a aquellos hombres para pensar por sí mismos y actuar de forma independiente en las batallas, y eso es lo que hacían en ese momento. Todos los operadores contaban con unos auriculares radiofónicos bajo sus

pequeños cascos de plástico parecidos a los de yoquei (Steele los llamaba «cascos de monopatín») y un micrófono alrededor de la boca. Así podían por regla general mantenerse siempre en contacto mutuamente. Cuando las radios no funcionaban o cuando el nivel de ruido era demasiado alto, como en aquellos momentos, los chicos D se comunicaban con gran pericia mediante señas. Los rangers de Steele tenían que conformarse con las órdenes que les gritaban sus oficiales y los jefes de equipo. Eran más jóvenes, menos expertos y estaban aterrorizados. Algunos se limitaban a seguir a los operadores en lugar de permanecer con sus grupos. Steele vio que la integridad de la unidad se colapsaba antes de que hubieran recorrido dos manzanas.

Era típico de los problemas que había tenido con la Fuerza Delta desde el principio. Para bien o para mal, las actitudes y prácticas de los comandos de elite empezaron a influir en los Rangers cuando se pusieron a alternar en la base. Al poco tiempo, allí donde uno mirase veía un soldado jovencito con gafas de sol y camisa arremangada. Los soldados rasos hacían guardia con casco, chaleco antibalas, shorts de gimnasia y las camisetas marrones de reglamento. Los soldados más jóvenes empezaron a impacientarse cada vez más con lo que ellos consideraban una formalidad sin sentido típica de los robots Rangers.

Cuando Steele tomó medidas al respecto, muchos pensaron que era porque su capitán se sentía amenazado por los chicos D. Durante el año que precedió a aquel despliegue, el fornido ex linier supuso un tormento para sus hombres, fue el más duro, el más macho de todos. Cuando el especialista Dave Diemer derrotó a todos los contendientes en una competición de lucha libre, Steele lo tomó por banda, lo venció y lo dejó lamentándose de que el capitán lo había engañado. Steele dejaba entrever con una actitud de disculpa que podía derrotarle a uno sólo con las manos si no fuera por su devoción estricta a Jesús y a la disciplina del Ejército. Se mostraba inflexible incluso cuando sus suboficiales pensaban que llegaba la hora de descansar, como aquella vez en Fort Bragg cuando ordenó a los hombres que se levantaran después de medianoche porque habían ido a la cama, con el permiso de sus sargentos de pelotón, sin limpiar sus armas después de una misión de entrenamiento muy severa que duró varios días. Pero poco importaba lo duro que fuese Steele; por supuesto, eran los chicos D quienes ocupaban el pináculo absoluto de la cadena que alimentaba la actitud varonil. La mayoría de ellos eran suboficiales y no sólo su presencia bajaba los humos de las manifestaciones normales del machismo bronco, sino que se mostraban serena y abiertamente no impresionados por el rango de Steele.

El desdén era mutuo. Steele aceptaba que aquellos operadores fueran buenos en sus respectivos trabajos, pero no le impresionaban. En su opinión, resultaba difícil aceptar su conducta propia de civiles y su actitud despreciativa para con la disciplina Ranger. Por supuesto, era una buena idea fomentar la iniciativa individual y las opiniones creativas en los combates,' pero algunos de esos muchachos se alejaban

tanto de las normas tradicionales del Ejército que parecía insano. Podían resultar cómicamente arrogantes. Por ejemplo, cuando se presentó una lista de posibles blancos, los chicos D formaron varios equipos. Cada uno tenía encomendado el diseño de un plan de asalto. Como sus hombres estaban involucrados en los planes, Steele asistió a la reunión donde se presentaron los diferentes esquemas. La experiencia del capitán con respecto a sus propias sesiones de planificación era como sigue: uno se sentaba, tomaba notas y formulaba preguntas sólo para asegurarse de que lo había anotado todo correctamente y luego se marchaba no sin antes haber saludado. Las reuniones de los chicos D eran un verdadero barullo. Un grupo presentaba un plan y alguien intervenía diciendo que por qué, que era lo más estúpido que había escuchado en su vida, lo que provocaba una brusca réplica al estilo «¡Anda ya que te den...!», que no tardaba en degenerar en un griterío general. Steele tenía la sensación de que iban, de un momento a otro, a adoptar las posturas clásicas de Kung Fu para resolver sus diferencias.

Steele podía imaginarse lo que pasaría si una compañía de rangers funcionase de esta manera. Algunos de sus hombres eran todavía unos muchachos. Por lo que sabía el capitán, la mayoría salía de toda una vida de estar tumbados en sofás, a la vez que comían Fritos y veían el canal MTV. La instrucción básica Ranger había formado razonablemente bien a la mayoría, pero la media en la Compañía Bravo tenía todavía un largo camino que recorrer antes de cualificarse como un soldado profesional. Había buenas razones, y el tiempo había demostrado que eran válidas para la disciplina *Hoo-ah*.

Resultaba fácil advertir por qué Steele estaba destinado a la parte del perdedor en la pugna por la popularidad con los chicos D. La mayoría de sus hombres no se paraba a considerar en causas. Lo veían solamente como un conflicto de ego.

Como en aquella ocasión en que Steele estaba con sus hombres en misa y vio que el sargento Delta Norm Hooten llevaba un rifle con el seguro quitado. El reglamento Ranger requería que todas las armas, cargadas o no, estuvieran siempre con el seguro puesto mientras estaban en la base. Era una regla sobre todo de sentido común, un principio básico para llevar armas sin peligro.

Le dio un golpecito en el hombro al operador rubio y se lo hizo notar mediante un gesto de la mano.

Hooten levantó el dedo índice y le dijo:

—Esto es mi seguro.

Puso a Steele en evidencia frente a sus hombres.

Y el colapso que el capitán había temido se estaba produciendo cuando más delicada era la situación. No había nada que él pudiera hacer al respecto. Cuando sus hombres pasaron atropelladamente, Steele retrocedió hasta casi el centro de la fila. Se aclararían las cosas una vez en el lugar del siniestro. Si lo podían encontrar. Nadie

sabía con seguridad dónde estaba.

En orden cerrado, Howe y su equipo Delta iban delante de la tropa. Howe veía balas que rebotaban en el suelo y levantaban polvo, otras que rozaban las paredes y arrancaban lascas de cemento. Estaba lejos de preocuparse por permanecer en formación. La calle era una zona mortal. Sobrevivir significaba moverse como si uno tuviera el cabello en llamas. Había llegado el momento de practicar con el ejemplo. El objetivo era abrirse paso hasta el helicóptero siniestrado, y cada segundo era vital. Si no lograban reunirse, habría entonces dos fuerzas débiles en lugar de una sola y fuerte. Dos perímetros que defender en lugar de uno. Por consiguiente, avanzaban rápida pero también astutamente. Mientras avanzaba, Howe pensó que había que aprovechar todos y cada uno de sus disparos y que siempre debía tener una pared detrás de él. El campo de batalla en el que se hallaban tenía 3 60 grados; por consiguiente, si conseguía que detrás de él hubiera un muro habría un ángulo menos desde el que podrían dispararle. En cada cruce, él y sus hombres se detenían, observaban y escuchaban. ¿Daban las balas en los muros? ¿Rebotaban en las calles? ¿Iban los tiros de izquierda a derecha o de derecha a izquierda? Cualquier experiencia vivida, por nimia que pareciese así como todo conocimiento práctico eran útiles en aquellos momentos para seguir con vida. ¿Eran balas de ametralladoras o de AK? Como una AK contaba sólo con veinticinco o treinta proyectiles por cargador, si uno esperaba el respiro, el *sammy* estaría recargando mientras uno corría. Lo más importante era no dejar de avanzar. Una de las cosas más difíciles de este mundo es alcanzar un blanco en movimiento.

Él y sus hombres se habían pasado años entrenándose entre ellos, luchado juntos en Panamá y en otros lugares, y se movían con confianza y autoridad. Howe consideraba que eran los soldados perfectos para aquella situación. Habían aprendido a ir más allá de la confusión, a levantar una cortina mental. La única información que llegaba completa era la más crítica de aquel mismísimo momento. Howe podía pasar por alto la detonación de un rifle o el estallido de un proyectil cercano. Por regla general, se trataba sólo de alguien que disparaba al aire. Para hacerle reaccionar hacían falta lascas volando de una pared cercana. Conforme marchaban calle abajo realizaban una rutina fluida: comprobar posibles amenazas, encontrar un lugar seguro adonde ir a continuación, disparar, avanzar, comprobar posibles amenazas... La clave estaba en no dejar de avanzar. Con la intensidad de disparos que había en la calle, detenerse significaba morir. El mayor peligro estribaba en quedar bloqueados.

Los Rangers seguían atravesando los cruces a la carrera lo mejor que podían. Stebbins y el soldado y tirador de la 60 Brain Heard avanzaban a su altura, tranquilizados por estar cerca de los chicos D. «Esos muchachos sabían cómo seguir vivos. Stebbins no dejaba de repetirse: Esto es peligroso, pero saldremos de ésta. Todo irá bien». En los cruces se agachaba sobre una rodilla y disparaba mientras el

hombre de delante corría. Acto seguido el de detrás le daba un golpe en el hombro y él despegaba, con los ojos cerrados, corriendo y rezando por todo lo que más quería.

El sargento Goodale, que en una ocasión se había jactado delante de su madre de lo mucho que ansiaba entrar en combate, estaba aterrorizado. Esperaba su turno para echar a correr y cruzar la calle cuando uno de los chicos D le dio un palmada en el hombro. Goodale lo reconoció: era el bajito y corpulento Earl, sargento primero Earl Fillmore, un buen tío. Éste debía de haber advertido lo asustado que estaba Goodale.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí, estoy bien.

Fillmore le guiñó un ojo y le dijo:

—No te preocupes. Saldremos de ésta, muchacho.

Esto tranquilizó a Goodale. Creía a Fillmore.

Para cuando hubieron recorrido tres manzanas, los hombres de Howe les habían tomado mucha delantera. Con ellos iban Stebbins, Heard, Goodale, Perino, el cabo Jamie Smith y otros rangers. Doblaron a la izquierda en la calle Marehan, donde se terminaba la callejuela. Como la amplia y polvorienta calle ascendía primero ligeramente para luego descender por espacio de varias manzanas, cuando efectuaron el giro se hallaron justo en la cresta de la colina. Calle abajo dirección sur vieron a unos *sammies* que corrían por todas partes. Por encima de la cresta hacia el norte, Howe vio la señal de humo procedente de donde debía de haber ocurrido el siniestro. Estaban a unos doscientos metros de distancia.

En aquel cruce había una lluvia de tiros. proyectiles de rifles automáticos y RPG procedentes de todas las direcciones. Howe notó que la tropa estaba en peligro de quedarse atrapada y dividida. Antes de aventurarse recto hacia abajo por el lado izquierdo, le gritó al capitán Miller que estaba detrás de él en la calle:

—¡Seguidme!

Stebbins y algunos otros rangers así lo hicieron. Perino, Goodale, Smith y otros fueron detrás del grupo Delta de Hooten que cruzó la calle y empezó a bajar a lo largo del muro derecho. Justo detrás de ellos, estaba el equipo Delta del sargento primero John Boswell.

Una RPG explotó en la pared junto a la cual estaban Howe y sus hombres. Este notó el impacto de la presión en los oídos y el pecho, y se dejó caer sobre una rodilla. A uno de sus hombres le alcanzó un trozo de metralla en el costado izquierdo. Howe abrió de una patada una puerta que daba a una casa de un solo ambiente situada a su izquierda. Él y sus hombres habían aprendido a moverse como si el mundo les perteneciese. Toda vivienda era su casa. Si necesitaban cobijo, le daban una patada a una puerta. Cualquiera que se atreviese a amenazarlos era hombre muerto. Así de sencillo. Dentro no había nadie. Tomaron aliento y volvieron a cargar las armas. Resultaba agotador correr con todo aquel equipo. El chaleco antibalas era como llevar

un traje isotérmico. Sudaban profusamente y les costaba respirar. Howe sacó el cuchillo y rasgó por detrás la camisa de su compañero a fin de inspeccionar la herida. El hombre tenía en la espalda un agujero de cinco centímetros que formaba un anillo hinchado y amoratado. Casi no había sangre. La inflamación había cerrado el agujero.

—Puedes seguir —le dijo Howe, y salieron por la puerta para ponerse de nuevo en movimiento.

* * *

Goodale se puso a la altura de Perino, vio los familiares uniformes de campaña calle abajo y se regocijó interiormente. «¡Lo han conseguido!» Apenas entrasen en contacto, llegaría el convoy y podrían salir todos de aquel infierno. El sol empezaba a ocultarse. Goodale le había prometido a su novia, Kira, que la llamaría aquella noche. Tenía que estar de vuelta a tiempo para telefonarla.

Goodale corrió hasta ponerse detrás del sargento Chuck Elliot, agazapado en una esquina de la primera intersección de la pendiente y disparaba hacia el este. Goodale apuntó su arma hacia abajo, en la calle Marehan. Vio a Howe y a sus hombres avanzar al otro lado de la calle, en las sombras. El sol todavía proporcionaba gran luminosidad al lado de la calle donde se hallaba Goodale. Como estaban en una pendiente, podía disparar por encima de las cabezas de sus compañeros a los somalíes que, calle abajo, pululaban a tres o cuatro manzanas al norte. Era un disparo largo, pero no tenía otros blancos. Se le ocurrió que no había nadie que disparara hacia la izquierda, la callejuela al oeste. Le cegaba mirar en aquella dirección. Goodale entornó los ojos para mirar a la luz y estaba efectuando algunos tiros de contención cuando notó un dolor agudo. Se le agarrotó la pierna derecha y se cayó hacia atrás, encima de Perino.

—¡Ay! —gritó.

Una bala le había entrado en el muslo derecho y, después de atravesar éste, había dejado una enorme herida de salida en la nalga derecha. Lo primero que le pasó por la mente a Goodale fue una historia que le habían contado sobre un muchacho de la 10.^a División de Montaña que perdió una mano la semana anterior cuando un proyectil detonó la granada en la LAW que llevaba y tuvo que forcejear para sacársela del hombro.

Perino no comprendía qué hacía Goodale.

—¿Dónde estás herido? —preguntó.

—En el mismísimo culo.

Goodale dejó caer la LAW y le gritó a Elliot:

—¡Ahí hay una LAW!

Elliot la recogió.

Perino llamó de nuevo por radio a Steele, que estaba entonces siguiendo la pista a la columna.

—Capitán, tengo otro herido.

—Cogedlo y seguid —insistió Steele.

Sin embargo, Perino avanzó hasta el otro lado del cruce con algunos de los otros rangers de la Tiza Uno y dejó a Goodale con el sargento Bart Bullock, el mismo enfermero que poco antes en el combate había ayudado a atender con una primera cura al ranger Todd Blackburn después de que éste se cayera desde el Black Hawk. Los dos, Bullock y el enfermero Kurt Schmid se habían reunido con sus unidades Delta en la casa asaltada después de haber enviado a Blackburn de vuelta a la base en el convoy formado por tres Humvees (en el cual habían matado al sargento Pilla). Schmid estaba en aquellos momentos avanzando a una manzana al norte con Perino y otros rangers. Goodale estaba echado de espaldas sobre el suelo cuando Bullock se inclinó sobre él.

—Te han dado —le dijo Bullock—. Pero estás bien. Ningún problema.

Goodale estaba disgustado. Final del partido. Era la misma sensación que había tenido cuando se lesionaba jugando al fútbol estadounidense. Le sacaban a uno del campo y todo acabado. Era decepcionante, pero si lo ocurrido había sido particularmente duro también podía ser un alivio. Se quitó el casco, pero una RPG pasó volando a menos de dos metros frente a él para explotar en medio de un estruendo increíble a unos seis metros de distancia. Se volvió a poner el casco. Estaba claro que aquel juego no había terminado.

—Tenemos que salir de esta calle —dijo Bullock.

Arrastraron a Goodale hasta un pequeño patio interior y el equipo Delta encabezado por el sargento Hooten se introdujo allí con ellos. Goodale le pidió a Bullock su cantimplora, que el enfermero le había quitado junto con el resto del equipo. Bullock la sacó de la mochila de Goodale y descubrió que estaba atravesada por un limpio agujero de bala, la misma que le había pasado por el cuerpo. Aún había agua en la cantimplora.

—Querrás guardarla de recuerdo —dijo Bullock.

Con los hombres en la retaguardia de la columna, el objetivo primordial del capitán Steele era consolidar su fuerza Ranger y volver a establecer cierto orden. El tiempo era esencial. Le habían dicho que, probablemente, el convoy iba a llegar al lugar del siniestro antes de que lo hicieran él y sus hombres. Acababa de oír por la radio que se había estrellado otro Black Hawk (el de Durant), lo que significaba que todo era más urgente. Desde el helicóptero C2, Harrell explicó:

—*Vamos a intentar que todo el mundo quede consolidado en el helicóptero siniestrado del norte, evacuar luego a todos desde el norte para desplazarnos al sur, cambio.*

Cuando llegaron los vehículos, a pesar de que Steele debía dar razón de unos sesenta hombres, en aquellos momentos sólo tenía una idea vaga de dónde estaban todos ellos.

Cuando llegó al cruce en lo alto de la pendiente, atravesó corriendo hasta el lado derecho de la calle con el teniente James Lechner y algunos otros rangers. El sargento Watson y el resto de la Tiza Tres fueron los últimos en doblar la esquina.

Steele coronó la ligera pendiente y empezó a bajar la colina. Apenas había recorrido diez metros cuando una lluvia de proyectiles le obligó tanto a él como a sus acompañantes a tirarse al suelo. Se echó boca abajo, con el amplio rostro casi pegado a la tierra. A su izquierda, estaba el sargento Chris Atwater, su operador radiofónico. Tumbado a la izquierda de este último, estaba el teniente Lechner, el segundo en el mando de Steele. Atwater y Steele, los dos corpulentos, intentaron ponerse a cubierto detrás de un árbol que tenía un tronco de unos treinta centímetros de ancho.

A unas tres zancadas a su derecha, el jefe del equipo Delta, Hooten, estaba en la puerta de acero que daba al pequeño patio donde Bullock había arrastrado a Goodale. Steele observaba a otro grupo de operadores que intentaban abrirse paso calle arriba delante de él. Quiso seguirlos, pero justo entonces uno de los chicos D, Fillmore, empezó a dar traspiés. El pequeño casco se le levantó y cayó hacia atrás, y de su cabeza empezó a brotar sangre. Su estado era letal. Fillmore se desplomó.

Un operador lo agarró y lo arrastró hasta un callejón estrecho. Entonces le dispararon, en el cuello.

Steele tuvo la sensación de que la gravedad de la situación había llegado a su punto álgido. Era irreversible.

Mohamed Sheik Alí se movió rápidamente por su vecindario. Alí llevaba luchando por aquellas calles desde hacía ya una década, desde los catorce años, cuando fue entrenado por el ejército de Siad Barre. Se movió la mayor parte del tiempo entre la multitud, saltando de escondite a escondite para mantenerse lo suficientemente lejos de convertirse en un buen blanco, mientras que de vez en cuando disparaba una ráfaga de su AK. Si los americanos lo vieron, vieron a un hombre de baja estatura, con el pelo lleno de polvo, los dientes de un color marrón anaranjado de tanto mascar *khat* y los ojos bien abiertos por los efectos de la droga y la adrenalina.

Sheik Ali era un pistolero profesional, un asesino, un hombre que había luchado para y contra el dictador, y que luego se había puesto a la venta. La mayoría de los somalíes consideraban al jeque Alí y a los hombres como él como una plaga. Eran temidos y despreciados. Pero ahora, con los Rangers preparados para luchar, los hombres como él volvían a estar bien valorados. Para él, los americanos eran un enemigo más al que disparar, y no uno particularmente valiente. Alí estaba convencido de que si los Rangers no tenían helicópteros que les ayudasen desde el aire, él y sus hombres les rodearían y matarían con facilidad, con sus propias manos incluso.

Disfrutaba de la lucha. No habría tregua. Los chalecos negros que llegaron con los Rangers eran asesinos especialmente despiadados. Cuando llegaron al mercado de Bakara habían entrado en su casa sin ser invitados y ahora tendrían que aceptar su castigo. Sheik Alí era un ferviente seguidor de las emisiones de radio y de la propaganda impresa por el SNA de Aidid que decía que los estadounidenses querían obligar a todos los somalíes a convertirse al cristianismo, a que renunciasen al islam. Querían hacer de ellos unos esclavos.

Cuando abatieron el helicóptero, se alegró mucho y echó a correr hacia allí. A diferencia del resto de la gente, él no se desplazó en línea recta hasta el aparato siniestrado. Sabía que habría hombres armados a su alrededor y que los Rangers llegarían hasta allí. No iba a resultar fácil acercarse.

Sheik Alí formaba parte de una serie de milicias irregulares que se movían entre la muchedumbre que había empezado a formar un amplio perímetro en las inmediaciones del helicóptero abatido. Subía corriendo una calle en paralelo con los rangers que avanzaban. Se dirigía a gran velocidad hasta una esquina, esperaba y disparaba cuando pasaban aquéllos, y acto seguido volvía a ponerse a la carrera hasta la siguiente calle y allí los volvía a esperar. Como él no se veía frenado por el chaleco y el equipo y no le disparaban desde todos los ángulos, podía moverse más rápidamente y con mayor libertad que los rangers. Cuando llegó al perímetro formado

alrededor del helicóptero siniestrado, vio allí a un gran gentío, combatientes como él, pero sobre todo gente que había acudido sólo por curiosidad, mujeres y niños. Los estadounidenses disparaban calle abajo de forma indiscriminada a todo el mundo. Sheik Alí vio caer a mujeres y niños.

Él y varios hombres de su grupo se agazaparon tras un árbol para disparar a los estadounidenses cuando éstos empezaron a descender la cuesta en dirección a la callejuela donde se hallaba el helicóptero abatido. Desde allí vio que una bala le daba a un ranger en la cabeza, uno de aquellos chalecos negros con casco pequeño. Un compañero intentó ponerlo a cubierto arrastrándolo y también él recibió un tiro en la nuca.

Sheik Alí y sus hombres se pusieron en marcha. Rodearon sigilosamente el barrio donde estaba el aparato siniestrado y retrocedieron hacia abajo en dirección a la calle Marehan. Sheik encontró un árbol y se tumbó boca abajo detrás de él. En su lado de la calle, a unas dos manzanas al sur, había estadounidenses escondidos detrás de un coche, un árbol y una pared, respectivamente. Había más en el mismo cruce al otro lado de la calle. Entre él y los estadounidenses había más combatientes, en su mayoría locos armados que no sabían luchar. Sheik Alí esperó a cubierto la oportunidad de disparar un tiro limpio.

Llevaba casi dos horas de intercambiar disparos con los estadounidenses cuando su compañero, Abdikadir Alí Nur, fue alcanzado. Un estadounidense que se encontraba más abajo en la calle detrás de una M-60 acribilló a Nur y por poco le cercenan la mitad izquierda del cuerpo. Cuando una ráfaga de una M-203 explotó cerca, parte de metralla se incrustó en el rostro de Sheik Alí.

Entonces ayudó a trasladar a su amigo a un hospital.

Al soldado David Floyd siempre le había gustado el olor a pólvora usada. Le recordaba su hogar. Siendo niño (de lo cual no había transcurrido tanto tiempo puesto que sólo tenía diecinueve años), en Carolina del Sur, salía a cazar con su padre y le gustaba recoger los cartuchos vacíos de la escopeta y olerlos.

En aquellos momentos, ese olor, que lo envolvía todo, tenía un significado diferente. Había corrido con los demás entre el tiroteo de la calle, doblando las esquinas detrás de un grupo de chicos D y saltando en busca de protección en el lado izquierdo de la calle. Incrédulo, se refugió en una esquina que daba al sur junto a un montón de hojalata.

Había supuesto un gran esfuerzo avanzar sin detenerse. Una buena parte de Floyd deseaba convertirse en una bolita y esconderse en algún lugar. Sabía que sería un suicidio dejar de luchar, pero estaba muy asustado. Tanto que se había meado en los pantalones. Se decía que ya estaba en la guerra. Era como una película, con la diferencia de que era real y que él estaba en medio. No podía creer que estuviera en un combate de verdad y que hubiera gente disparándole, intentando matarlo. Se dijo que iba a morir en aquella calle sucia de África. Era un momento demasiado frenético para pensar en semejantes cosas; sin embargo, a Floyd le pasó repentinamente por la cabeza la imagen de su casa en una mañana de domingo a principios de otoño, y sus padres desayunando sin tener la más mínima idea de que su adorado hijo David estaba a diez mil kilómetros de distancia luchando por su vida en aquella ciudad de locos de la que jamás habían oído hablar, y de la que mucho menos se habían preocupado nunca. «¿Qué demonios estoy haciendo aquí?» La presencia de los chicos D ayudaba a mantener estos impulsos controlados. Ellos fomentaban el impulso opuesto, que también estaba allí, que era el de luchar con todas sus fuerzas, hacer uso de todo proyectil, granada o cohete al alcance de la mano, utilizar la instrucción recibida para causar el mayor número de estragos posibles. Porque todo aquello le estaba enloqueciendo. Ver que uno de sus hermanos ranger moría por una bala justo a su lado (había visto caer a Williamson, gritando) le ponía... bueno, le cabreaba bastante. Por consiguiente, en pugna con la necesidad de meterse debajo de una piedra estaba aquella furia, aquella rabia de animal acorralado, algo así como «vosotros, hijos de puta, lo habéis querido y ahora lo vais a tener».

Vio entonces que le daban a Fillmore. Algo totalmente imprevisto. Aquellos muchachos sabían defender su vida. «Vaya mierda.» Si empezaban a matar a los chicos D, ¿qué probabilidades iba a tener el soldado de primera David Floyd de salir con vida de aquello?

Estaba apoyado contra la pared oeste, disparaba su arma de forma bastante repetida hacia la pendiente de la calle Marehan y pensaba mientras tanto que la pila

de hojalata que lo rodeaba no era un cobijo adecuado. En medio de la calle, justo en el centro, el especialista John Collett se había arrastrado hasta ponerse detrás de un montículo y cubría de forma soberbia la parte sur con su SAW. Al otro lado de la calle, el sargento Watson, con otro grupo de rangers.

El sargento Watson animaba al grupo con su especial sentido del humor. Cuando una ráfaga de tiros chocó contra el muro situado detrás de él, Watson se limitó a mirar a los muchachos con los ojos cómicamente abiertos. «¡Oh, mierda», dijo de tal forma que obligó a los demás a sonreír. Su lema era: «Estamos en la mierda, pero ¡que los jodan!».

El sargento Keni Thomas era el más cercano a Fillmore cuando éste fue herido.

—¿Puedes ir a avisar a un enfermero? —le gritó Hooten.

Thomas volvió corriendo hasta Watson, quien sólo oyó la última parte de lo que dijo. Sabía que no iban a poder sacar a Fillmore de allí, pero no tuvo el valor de decirlo a Thomas.

—Ve adelante y pregúntale al capitán —dijo.

Por consiguiente, Thomas se acercó corriendo todo lo que pudo y le gritó a Steele:

—Tenemos un herido con una bala en la cabeza. ¡Tenemos que evacuarlo!

Mediante un gesto, Steele le indicó a Thomas que esperara un momento mientras hablaba por radio. A continuación, le preguntó:

—¿Es uno de los nuestros?

¿No eran todos uno de los nuestros?

—Un Delta —contestó gritando Thomas.

Thomas estaba muy angustiado. Jamás había visto a un hombre con un disparo en la cabeza.

—Tranquilízate —le dijo Watson a Thomas cuando volvió.

De hecho, el sargento había dicho que tal vez lo pudieran meter en un vehículo. ¿Dónde demonios estaban esos vehículos? Cuando se pusieron en marcha hacia el helicóptero siniestrado el convoy estaba en la calle, detrás de ellos.

Thomas corrió de nuevo hasta Hooten.

—Aquí no puede aterrizar un helicóptero —le dijo Thomas—, pero tal vez podamos conseguir un Humvee.

—No hace falta —replicó Hooten—. Está muerto.

Cosa extraña, Thomas no experimentó una gran emoción. Estaba furioso con el capitán Steele por haberle preguntado si era uno de los suyos. También se sentía fracasado.

Collett estaba encantado con su sitio en el centro de la calle Marehan. Nadie lo diría. Los hombres que había a cada lado de la calle pensaban que sé había vuelto loco. Pero Collett había deducido por los proyectiles que chocaban sobre su cabeza

que detrás del montículo estaba a cubierto. Tenía la impresión de que quienes recibían los tiros eran los muchachos que estaban de pie y moviéndose. Contaba con buenos ángulos, pero sólo había sitio para un hombre. Cuando el soldado George Siegler empezó a acercarse en cuclillas, Collett le gritó:

—¡Siegler, vuelve adonde estabas!

Éste no discutió. Se apresuró a darse media vuelta y regresar junto a la pared.

Las balas atravesaban el refugio de hojalata de Floyd. Como el sol estaba bajo en el cielo, junto a la explosión vio unos dardos de luz que atravesaban de pronto el metal. Daba la sensación de que alguien le disparaba con un láser. Entonces vio que, en el otro lado de la calle, contra el mismo muro donde le habían dado a Fillmore, era alcanzado el soldado Peter Neathery. Estaba tumbado disparando su ametralladora M-60 cuando empezó a gritar y a rodar por el suelo conforme se sujetaba el brazo derecho. El soldado Vince Errico lo reemplazó en la ametralladora, y unos segundos después dejó escapar un grito. También a él le dieron en el brazo derecho. Los dos, él y Errico se hallaban en aquellos momentos tumbados en el suelo y quejándose de dolor. Era evidente que el lado derecho del muro cercano al cruce, el lugar donde habían *matado a Fillmore* y donde habían herido a los dos hombres era un punto clave para el fuego enemigo. Pasar por allí era pedir un disparo.

La bala desgarró el bíceps a Neathery. Sangraba profusamente. El doctor Richard Strous examinó la herida con calma mientras Neathery levantaba la vista hacia Thomas.

—Maldita sea, sargento, espero que me manden a casa por esto.

—¿Duele? —preguntó Thomas.

—¡Joder, si duele! Pero estoy bien. Creo en Dios.

—Eso está bien —dijo Thomas—. Él también cree en ti.

Thomas se hizo cargo de la M-60. Se puso a escudriñar el lado oeste, buscando desesperadamente al tirador que se la tenía jurada. Floyd y el especialista Melvin Dejesus hacían lo mismo desde su punto aventajado en la sombra. Floyd estaba angustiado. «Nos van a matar como a moscas», pensaba. Con un ruido seco, cayó un casquillo de latón en la calle, delante de ellos. Debía de haber rodado del tejado de hojalata de la casa donde ellos estaban apoyados. Quienquiera que estuviera allí arriba, tenía una clara visión sobre los hombres apostados en la soleada pared este. Floyd se puso de pie. No era tan alto que pudiera ver arriba del tejado, pero podía alcanzarlo con su SAW. Colocó el arma más o menos paralela a la azotea y lanzó una larga ráfaga. Oyó un sonoro estrépito y un grito. Cesaron los disparos procedentes de aquella dirección.

Alguien más disparaba desde un patio situado al sur. Thomas había agotado toda la munición de la 60 que quedaba, ya había arrojado una granada en el patio, y Floyd y Dejesus lanzaban ráfagas hacia allí sin resultado alguno. Veían enormes fogonazos

procedentes de una pared baja hecha de ladrillos con arbustos en su interior.

—¡Utiliza la LAW! —gritó Floyd.

Thomas tenía un lanzagranadas desechable sujeto a la espalda, pero como era tan ligero y se utilizaba poco resultaba fácil olvidar que se llevaba.

Miró a Floyd de forma interrogativa.

—¡La LAW! ¡La LAW! ¡En la espalda! —gritó Floyd a la vez que le señalaba la espalda con un gesto.

Las cejas de Thomas se alzaron de modo teatral, parecía estar diciendo: «¡Oh, claro!».

Se desabrochó la correa que sujetaba el tubo, lo extendió y pulsó el disparador. El cohete convirtió el patio en una bola de fuego. El sargento Watson vio que Thomas, el mismo hombre que tan preocupado había estado por Fillmore unos minutos antes, se alegraba del disparo. Había resuelto su problema. A Watson le dio que pensar lo muy resueltos que podían ser los hombres y, al mismo tiempo, la gran capacidad de recuperación que tenían.

* * *

El especialista Mike Kurth ayudaba a vendar a Errico y vio caer una granada que luego pasó rodando delante de él. Lo primero que llamó su atención fue la estela de humo, después la forma de la piña en el suelo, al lado del montículo que ocultaba a Collett.

—¡GRANADA! —gritaron varios hombres al unísono.

Todos ellos, Kurth, Errico, Neathery y el enfermero Strous, se arrojaron al suelo y rodaron sobre sí mismos lo más deprisa que pudieron. El soldado Jeff Young se echó hacia atrás para agarrar a Strous y apartarlo de en medio, pero la explosión arrancó al enfermero de sus manos.

Cuando explotó, Kurth se notó arrojado con fuerza al suelo y algo parecido a un resplandor de calor y luz detrás de él. Estaba en el lugar adecuado. La onda expansiva pasó por encima de él. Notó su sacudida y su calor, y el sabor amargo y químico de la ignición, pero en los instantes frenéticos que siguieron a la explosión, movió brazos y piernas y vio que no estaba herido. Los demás muchachos podían no haber sido tan afortunados. Collett, sin duda alguna, estaba muerto. Antes de que se dispersara el humo, Kurth se incorporó con movimientos vacilantes.

—Strous, ¿estás bien? —preguntó. —Sí.

—¿Neathery? —Sí.

—¿Errico? —Sí.

—¿Young?

—Estoy bien.

Dejó a Collett para nombrarlo el último.

—Sí, amigo, estoy bien —contestó su amigo.

El montículo de la calle había dirigido la explosión hacia arriba y, por consiguiente, la había alejado de él.

A Strous le había entrado metralla en la pierna y a Young un trozo en la bota, pero aparte de esto todos estaban ilesos.

Un poco más abajo en la pendiente, en el lado soleado de la calle, más allá de una chabola de hojalata que sobresalía de una de las casas, el capitán Steele aún estaba en el suelo con el segundo en el mando, Lechner, y su operador radiotelefónico, Atwater. El sargento Hooten se hallaba en la puerta de un patio interior a unos tres metros a la derecha de Steele. Daba la impresión de tratar de llamar la atención del capitán.

Floyd vio el cañón de un M-16 que sobresalía de una esquina un poco más abajo en su mismo lado de la calle y que apuntaba a los dos oficiales ranger.

Lo que Hooten intentaba decir a Steele era que había escogido el peor sitio para detenerse. A Fillmore y a uno de los otros operadores les habían dado en aquel lugar.

Steele le indicó a Hooten mediante un gesto de la mano que esperase. Hablaba por radio. Se preguntaba dónde diablos se habían metido los vehículos. Mientras los rangers de Steele y los operadores Delta corrían por las calles en un intento de abrirse camino hasta el primer helicóptero siniestrado, el convoy terrestre vagaba perdido y cada vez con más bajas. Pero Steele no estaba enterado de ello. Sólo sabía que se habían marchado de la casa asaltada al mismo tiempo. Steele y sus hombres llevaban bloqueados unos diez minutos. Si aquellos vehículos hacían acto de presencia podrían marcharse todos de aquel lío en el que estaban metidos.

Junto a Steele, Lechner y Atwater proporcionaban cobertura de fuego. Al principio tuvieron problemas porque el aerofaro UHF de emergencia procedente del Black Hawk derribado y a una manzana de distancia, anulaba la señal de la radio UHF de Atwater. Lechner pudo por fin comunicarse a través de uno de los Little Birds de ataque en la frecuencia radiofónica FM. El piloto, el suboficial jefe Hal Wade, dijo a Lechner que colocasen grandes paneles color naranja para marcar sus posiciones. Lechner pasó la voz.

Una vez situados los paneles en la calle, Wade descendió en medio de un gran estruendo sobre la calle Marehan por encima de los tejados bajos. Collett hundió el casco en el pecho. Los proyectiles llovían desde todas las direcciones mientras el Little Bird pasaba como un rayo, pero el helicóptero no disparaba. Wade soportaba el tiroteo porque quería asegurarse de dónde estaban sus fuerzas antes de devolver el fuego. Subió el helicóptero para luego hacer un rápido giro y descender en medio de un gran estruendo a la calle. Se produjo otra explosión rápida de proyectiles, pero tampoco entonces disparó Wade. Ya tenía una idea clara de dónde se hallaba su gente en tierra. El Little Bird de Wade hizo otro giro brusco. En esta ocasión, sus armas sí reaccionaron al bajar.

Después de la primera tanda de proyectiles a Steele se le metió arena en un ojo a causa del impacto de una bala en el polvoriento suelo. Lechner se volvió a la izquierda. Pensó que el disparo procedía del otro lado de la calle, pero Steele rodó a su derecha y se fijó en la pared de hojalata que había detrás de él. El disparo había sonado tan fuerte que estaba convencido de que aquel había sido su lugar de procedencia. Lo primero que pensó fue que uno de los rangers heridos que se hallaban detrás de él disparaba a través de la pared. Se apartó rodando un poco más, lo que no era fácil con la enorme radio sujeta con correas a su espalda.

Entonces, con una sonora detonación, se hicieron dos agujeros más en la hojalata; se levantó polvo y Lechner lanzó un grito.

Primero notó un latigazo y luego un golpe aplastante, como si le hubiera caído un yunque en la parte inferior de la pierna. El dolor era insoportable. Se agarró el muslo y bajó la vista al agujero de la pierna. La bala le había entrado por la tibia y salido por el tobillo, produciéndole un desgarramiento en el pie bajo el agujero de salida.

Habían sido tres ráfagas. Steele y Atwater reaccionaron a la primera rodando por el suelo para alejarse, pero no había sido el caso de Lechner. Steele aún rodaba por el suelo cuando oyó gritar a Lechner. No se produjeron más disparos. Hooten gesticulaba frenéticamente desde la puerta para indicarle a Steele que entrara. Atwater estaba entre Lechner y él y la puerta estaba cerrada, así que Steele se puso en pie y corrió hasta allí. Había un reborde en la base de la puerta con el que tropezó. El fornido capitán aterrizó de bruces en el patio. Atwater llegó volando detrás de él.

Steele vio a Atwater y gritó:

—¡Tenemos que ir a buscar a Lechner!

Se puso en pie dispuesto a salir de nuevo cuando vio que Bullock, que había corrido a la calle para ayudar, arrastraba hacia la puerta al quejumbroso teniente cuya pierna era un verdadero amasijo de carne.

Steele le cogió el micrófono a Atwater. Se puso a gritar con unas palabras que le salían en frases entrecortadas y con una voz que contrastaba mucho con las sosegadas y tranquilas de los pilotos y de los comandantes de las Fuerzas Aéreas, y que reflejaba el drama en tierra.

—*Romeo Seis Cuatro*, aquí *Julieta Seis Cuatro*. Somos víctimas de un intenso fuego de armas pequeñas. Necesitamos ayuda AHORA, y empezar la evacuación.

Harrell contestó en un tono uniforme, aunque cargado de cierta impaciencia.

—*Aquí Romeo Seis Cuatro. COMPRENDO que debéis ser evacuados. He hecho TODO LO QUE HE PODIDO para haceros llegar esos vehículos, cambio.*

Steele habló con voz débil:

—Roger, comprendido. Para tu información acaban de herir al elemento de mando [Lechner]. Tengo más bajas, cambio.

El sargento Goodale, al que habían arrastrado hasta el patio poco después de que le hirieran en el muslo y la nalga, había oído los alaridos de Lechner. Era un sonido espantoso, el peor que jamás emitiera un hombre. Era extraño, pero su propia herida no le dolía demasiado. La de Lechner tenía un aspecto terrible. Todavía gritaba cuando lo llevaron dentro. Goodale ayudó a retirar la radio al teniente. Unos minutos antes, después de ser herido, Goodale había conectado con Lechner para decirle que ya no podría seguir llamando a la ayuda aérea. Por esta razón, Lechner había estado llamando a Wader. Y en aquellos momentos allí estaba el teniente, que gritaba en medio de su agonía con la parte alta del muslo intacta pero la parte inferior, a partir de la rodilla, colgando grotescamente hacia un lado. Estaba blanco como un fantasma. Goodale se mareó todavía más cuando vio que se iba formando un charco

bajo la pierna. La sangre brotaba de la herida como si se vertiera de una jarra.

Más o menos a la misma hora, a unos dos kilómetros y medio al suroeste, después de que su helicóptero aterrizara de panza en un pueblo paupérrimo de cabañas de telas y hojalata, Mike Durant, el piloto del Black Hawk *Súper Seis Cuatro* recobró el conocimiento. Algo andaba mal en su pierna derecha. Tanto él como su copiloto, Ray Frank, habían permanecido inconscientes durante unos minutos, como mínimo, si bien no lo sabían con exactitud. Durant estaba inclinado hacia la derecha. Se había roto el parabrisas y había algo sobre él, una enorme hoja de hojalata. Resultaba excepcional, pero el Black Hawk parecía estar intacto. Las hojas del rotor no se habían doblado. Su asiento, montado sobre unos amortiguadores, se había caído; se había desplomado hasta quedar en la posición más baja y estaba ladeado hacia la derecha. Se imaginó que era porque habían estado bajando en barrena durante la caída. Los amortiguadores se habían desplomado y los giros mandaron el asiento hacia la derecha. Debía de haber sido la combinación de la sacudida y del impacto lo que le había provocado la rotura del fémur. Éste debió de golpear contra el borde del asiento.

El Black Hawk había aplastado una choza ya endeble. No había nadie dentro, pero en la adyacente yacía inconsciente y sangrando una niña de dos años, Howa Hassan. Un trozo de metal se había desprendido del helicóptero y le había hecho un profundo agujero en la frente. A su madre, Bint Abraham Hassan, le había caído encima algo muy caliente, tal vez aceite, y tenía quemaduras graves en el rostro y en las piernas.

Los pilotos accidentados comprobaron su estado. Frank tenía la tibia izquierda rota.

Durant hizo algo que después le costó justificar. Se quitó el casco y los guantes. Luego el reloj. Cuando iba a volar, siempre se retiraba la alianza porque se podía enganchar en remaches e interruptores. La guardaba metida en la correa del reloj. Aquel día, se quitó el reloj, retiró de éste el anillo y dejó ambos en el salpicadero.

Tomó su arma, una MP-5K, una pequeña ametralladora alemana de 9mm. Los pilotos las llamaban SP, o las hélices del *skinny*.

Frank intentó dilucidar lo que había ocurrido durante el accidente.

—No he podido mantenerlas estiradas.

Y explicó cómo había forcejeado para incorporarse y tirar de las palancas del control de energía mientras ellos caían. Añadió que había vuelto a hacerse daño en la espalda. Se lastimó por primera vez en un accidente acaecido unos años atrás. A Durant también le dolía la espalda. Los dos sospecharon que se habían aplastado las vértebras. Todo esto fue lo que salió a la luz en los primeros momentos transcurridos desde que recobraron el sentido.

Durant cayó en la cuenta de que, con la pierna y la espalda rotas, iba a ser incapaz de salir del helicóptero. Apartó de un empujón la hoja de tejado y decidió defender su posición a través del parabrisas roto. Parecía que estaban en una diminuta explanada, a un metro de las chozas que los rodeaban. Frente a ellos, una cabaña de diversos e irregulares trozos de metal ondulado y, junto a ella, un pasaje angosto y sucio. A un lado, otra pared endeble apedazada al igual que la casa. Durant recordaba haber visto a Frank sentado junto a la puerta opuesta, y a punto de empujarla para abrirla. Fue la última vez que lo vio.

Entonces aparecieron Shughart y Gordon. Durant no salía de su asombro. Los tenía delante. O él había estado un buen rato inconsciente o era asombroso lo rápido que ellos habían llegado. No conocía muy bien a ninguno de los dos operadores Delta, pero reconoció sus rostros. Cuando los vio sintió un gran alivio. Ya había pasado todo. Imaginó que formaban parte de uno de los equipos de rescate. Primero había pensado llevarse la radio arriba para poder comunicar la situación, pero como sus rescatadores ya estaban allí, no hacía falta. Shughart y Gordon se mostraban tranquilos. Había disparos, en su mayoría procedentes de los helicópteros. Los chicos D se asomaron dentro y se pusieron a izar con delicadeza a Durant; como si tuvieran todo el tiempo del mundo, uno lo levantó por las piernas y el otro por el torso, luego lo dejaron en el suelo tumbado de lado junto a un árbol. No sentía mucho dolor. Tenía detrás el fuselaje del aparato y, a continuación, una pared, así como otra a su izquierda detrás de la cola del helicóptero; por consiguiente, Durant estaba en una posición perfecta para cubrir todo el lado derecho de aquél.

Advirtió que a los oficiales de vuelo les había tocado la parte más contundente del impacto. Detrás no había amortiguadores como los que él y Frank tenían instalados delante. Vio a los operadores sacar a Bill Cleveland del fuselaje. Tenía los pantalones cubiertos de sangre y deliraba.

A continuación, los chicos D se dirigieron al otro lado del helicóptero para ayudar a Field. Durant no podía ver los pies bajo el fuselaje porque el tren de aterrizaje se había aplastado con el impacto. La panza del helicóptero estaba en el suelo. Supuso que organizaban un perímetro en la zona, estudiando la forma de evacuarlos o buscando un lugar donde pudiera posarse otro helicóptero para recogerlos. Los *skinnies* empezaban a asomar las cabezas por la esquina del lado del aparato donde estaba Durant. Sólo alguno de vez en cuando. Habían disparado una ráfaga y ellos se pusieron a cubierto. Como su arma seguía atascándose, expulsó el cargador para que la siguiente vez disparase bien. Pero luego volvió a bloquearse. Los disparos al otro lado del helicóptero se intensificaron. Todavía no había caído en la cuenta de que sólo estaban aquellos dos chicos D y que no había ningún equipo de rescate.

Cuando Mo'alim llegó al barrio donde se había estrellado el segundo helicóptero, los caminos que conducían hacia allí ya estaban sembrados de cuerpos. Los helicópteros disparaban y, como Mo'alim había esperado, aún había estadounidenses alrededor del helicóptero capaces de luchar.

Sólo había un acceso directo, y Mo'alim sospechaba que estaba tomado. Siguió intentando contener a la muchedumbre, pero la gente estaba furiosa y desenfrenada. El delgado y barbudo jefe de la milicia se agazapó detrás de un muro y esperó a que le alcanzasen otros de sus hombres para organizar un ataque coordinado.

Cada vez que sobrevolaba el aparato siniestrado, Mike Goffena en el *Súper Seis Dos* advertía que aumentaba el número de personas que lo rodeaba. Shughart y Gordon, junto con la tripulación del helicóptero, se habían organizado y formaban un perímetro alrededor del aparato abatido. Era evidente que no querían desplazar a la tripulación a un terreno abierto. Se hallaban atrincherados a la espera de refuerzos. Goffena oía por radio los problemas que tenían los convoys de rescate.

Se había incrementado la lluvia de balas que acribillaban su aeronave y él mismo era objeto de ráfagas regulares de RPG. Como ya había dos Black Hawks abatidos, los otros pilotos les aconsejaban que se alejaran del lugar.

—*A unos doscientos metros detrás de vosotros ha habido una detonación.*

—*Una RPG ha pasado justo por debajo, Súper Seis Dos.*

Pero Goffena seguía absorto en el drama que se desarrollaba en tierra, y trataba de hacer algo al respecto.

—*¡Ese lugar se está poniendo muy peligroso!* —rogó su copiloto el capitán Yacone, por la radio—. *¡Tenemos que sacar a esos hombres de allí!*

—*Roger, Seis Dos, ¿podéis decirnos cuál es la situación?*

—*Nos están acribillando con artillería de RPG, y toda a corta distancia.*

Yacone seguía enviando fuego directo de refuerzo desde los pequeños helicópteros de ataque, apuntando donde los grupos de somalíes eran más compactos. Al comandante aéreo Matthews no le gustaba lo que veía desde el Black Hawk C2. Las estelas de humo de las RPG se arqueaban hacia arriba de forma regular y procedían de entre la muchedumbre que se apretujaba en torno a la zona donde se hallaba el helicóptero de Durant. Había ordenado que los pilotos de los Little Birds los mantuvieran en suspenso sobre la escena, para que los copilotos fueran entresacando blancos portadores de M-16.

—*¡Termina ya con esa mierda!* —dijo—. *Al final os van a abatir también a vosotros.*

La batalla había llegado a su punto más confuso. Había dos enclaves distintos con sendos aparatos abatidos. Un equipo de rescate, el de Cliff Wolcott, llegó hasta el primero, y se había ordenado que toda la fuerza de asalto, así como el primer convoy terrestre se dirigiera hacia allí. Un segundo convoy, éste de rescate, salió de la base Ranger y no había llegado muy lejos. Vagaban por las inmediaciones del helicóptero siniestrado, pero no lograban aproximarse. En este lugar tenían alguna probabilidad de poder defenderse, pero en el de Durant, incluso con los dos chicos D que habían acudido descolgándose por la cuerda, no iban a aguantar mucho sin ayuda.

Goffena sobrevoló a baja altura y en círculo el Black Hawk abatido de Durant. Cada vez que se orientaba al oeste le cegaba el sol. Tenía ganas de que se pusiera más

deprisa. En la oscuridad, con la tecnología que tenían, los pilotos y la tripulación de los helicópteros podían ver mientras que no sería ése el caso del adversario. Si el Black Hawk de Goffena y los Little Birds podían tener a raya a la muchedumbre hasta que anoheciera, los hombres que había en tierra tenían alguna posibilidad de salvación.

La turba de abajo llenaba en aquellos momentos los accesos que daban a la calle principal. Cada vez que Goffena sobrevolaba la zona a baja altura mucha gente se dispersaba, pero volvían a cerrar filas detrás de él. Era como pasar una mano por encima del agua. Veía claramente las RPG que pasaban volando junto a su helicóptero. Vio que herían a uno de los chicos D.

—Aquí *Seis Dos* —dijo el copiloto Yocane por radio—. El elemento terrestre en el segundo punto no cuenta con seguridad alguna en estos momentos. Hay un hombre fuera del helicóptero.

Seguidamente, al cabo de unos momentos, otro ruego:

—¿Hay alguna fuerza terrestre dirigiéndose al segundo helicóptero en estos momentos?

—*Negativo, ahora no.*

En uno de los giros hacia el sol, que se iba poniendo lentamente, el helicóptero de Goffena chocó con lo que daba la impresión de ser un tren de mercancías. Un estruendoso estallido. Pareció que el cielo se hubiera abierto. Había volado ladeado en un giro muy empinado, a poco más de nueve metros de los tejados y a una velocidad de ciento diez nudos, y lo siguiente que supo es que la aeronave estaba plana. Vio frente a él lo que parecía ser un trozo grande de hoja de rotor, pero cuando se fijó mejor vio una grieta en el parabrisas. Durante unos segundos, no supo si estaba en el aire o en tierra. Las pantallas de la cabina estaban en blanco. Se hizo el silencio durante unos instantes. Luego oyó todos los chillidos y pitidos del sistema de alarma del aparato, cuya intensidad fue aumentando gradualmente, como si alguien subiera el volumen (más tarde comprendió que el primer estallido de la RPG lo había dejado sordo, y que no era el volumen lo que subía, sino él que recobraba poco a poco el oído). Las alarmas le indicaban que los motores estaban muertos y que los rotores se habían detenido... pero daba la sensación de que seguían volando.

Goffena advirtió que la RPG les había dado en el lado derecho. No podía decir si había sido delante o detrás. Ignoraba si en la parte posterior había quedado alguien con vida (a sus oficiales de vuelo, los sargentos Paul Shannon y Masón Hall, no les alcanzó la explosión, pero el sargento Brad Hallings, el artillero Delta, tenía una pierna ensangrentada y acribillada de metralla). El capitán Yacone, el copiloto de Goffena, aparecía desplomado en su asiento con la cabeza caída sobre el pecho. No sabía si Yacone estaba muerto o herido. Comprobó que realmente seguían volando, y como Goffena estaba bastante alerta todavía se dio cuenta de que se trataba de una

secuencia de la caída. Lo había practicado en los simuladores. Estaban en vuelo, pero bajando con rapidez.

Vio una calle abajo, un callejón. Si pudiera mantener el helicóptero en dirección a aquella callejuela podrían deslizarse hasta ella. Era tan estrecha que los rotores se romperían pero con un poco de suerte impactarían de pie, lo cual era la clave. Mantenerse en vertical. Vio unas casas de piedra á la izquierda y que la calle no era tan estrecha como creyó al principio, pero había una fila de postes a la derecha que no iba a poder sortear... Tal vez sólo se golpeará el sistema derecho de los rotores y tal vez sólo se rompiesen los rotores. Goffena vio los postes por la ventanilla derecha y, estaba a sólo seis metros de altura, cuando Yacone resucitó y se puso a gritar por radio que se estaban estrellando y facilitó los datos de situación. Mientras se preparaban para el impacto, Goffena empezó de forma instintiva a tirar de la palanca de control para mantener el morro del helicóptero hacia arriba, y se dio cuenta de que... ¡el helicóptero respondía! ¡No estaba muerto! Los controles no funcionaban adecuadamente, pero él tenía cierto dominio sobre ellos, el suficiente para mantenerlo en el aire. Pasaron volando por encima de la callejuela y de los postes. Goffena mantuvo el morro del aparato hacia arriba y éste siguió volando. No sabía cuánto tiempo permanecerían en vuelo. ¿Se estaban parando los motores? ¿Cuánto tiempo aguantarían los controles? Pero el helicóptero se mantenía horizontal, y la energía subsistía. La calle que tenía delante se acabó de repente y lo que se abrió frente a él a lo lejos era lo que el piloto reconoció como las nuevas instalaciones portuarias, ¡territorio amigo! El helicóptero perdía velocidad y descendía de forma gradual. Pasó justo por encima de la valla que rodeaba el puerto y dirigió la aeronave hacia abajo. Tocaron tierra a unos quince nudos y estaba a punto de felicitar-se por un aterrizaje perfecto cuando el helicóptero, en lugar de avanzar para detenerse, se inclinó a la derecha y el metal se incrustó en la arena produciendo un chirrido. La parte principal derecha del tren de aterrizaje había desaparecido. El helicóptero derrapó y Goffena tuvo miedo de que dieran una vuelta de campana, pero por suerte acabó parándose y él pudo desconectar todo.

Cuando saltó fuera de la cabina para comprobar la suerte de la tripulación, vio la forma familiar de un Humvee que se dirigía hacia ellos a gran velocidad.

Mike Durant seguía pensando que la situación estaba controlada. Tenía la pierna rota pero no le dolía. Estaba tumbado de espaldas, apoyado contra un equipo de supervivencia junto a un árbol pequeño y hacía uso del arma para mantener alejados a los *skinnies* que de vez en cuando asomaban la cabeza en la diminuta explanada. Entre la pared de su derecha y la cola del helicóptero sólo había unos cuatro metros y medio. A Durant le pareció admirable la posición en que lo había dejado el chico Delta.

Oía disparos al otro lado del helicóptero. Sabía que Ray Frank, su copiloto, estaba herido, pero vivo. Y, además, estaban los dos chicos D y su oficial de vuelo, Tommy Fields. Se preguntó si este último estaría bien. Supuso que, al otro lado del aparato, había como mínimo cuatro hombres y probablemente otros pertenecientes al equipo de rescate. Sólo era cuestión de tiempo que apareciesen los vehículos para evacuarlos.

A continuación oyó que uno de los operadores, Gary Gordon, gritaba que le habían alcanzado. Un simple y rápido grito de rabia y dolor. No volvió a escuchar la voz de nuevo.

El otro, Randy Shughart, volvió adonde estaba Durant.

—¿Hay armas a bordo? —preguntó.

Sí. Los oficiales de vuelo llevaban M-16. Durant le dijo dónde las guardaban y el otro hombre subió a la aeronave y, después de rebuscar, volvió con ellas. Le entregó a Durant el arma de Gordon, una CAR-15 cargada y lista para disparar.

—¿Cuál es la frecuencia de apoyo en la radio de supervivencia? — preguntó Shughart.

Fue entonces, por primera vez, cuando Durant cayó en la cuenta de que estaban atrapados. El piloto notó un alarmante retortijón en las tripas. Si Shughart preguntaba la forma de establecer comunicaciones, significaba que él y el otro tipo habían acudido solos. ¡Ellos eran el equipo de rescate! ¡Y acababan de herir a Gordon!

Le explicó a Shughart el procedimiento básico para la radio de emergencia. Había un canal llamado Bravo. Escuchó mientras Shughart llamaba.

—Necesitamos ayuda —dijo Randy.

Le dijeron que la fuerza de refuerzo estaba en camino. Seguidamente, Shughart le deseó suerte, cogió las armas y regresó al otro lado del helicóptero.

Durant fue presa del pánico. Tenía que mantener a los *skinnies* alejados. Como oyó sus voces detrás de la pared, disparó a la hojalata. Se sobresaltó porque, hasta aquel momento, él había estado disparando tiro a tiro, pero la nueva arma era de ráfagas. Dejaron de oírse las voces. Luego dos somalíes intentaron trepar por el morro del helicóptero. Les disparó y los vio saltar, pero no supo si les había dado o

no.

Un hombre trató de subir por la pared y Durant le disparó. Otro hombre dobló subrepticamente la esquina con un arma y Durant le disparó también.

Entonces se produjo una descarga al otro lado del helicóptero que duró alrededor de dos minutos. En medio del estruendo, oyó que Shughart gritaba de dolor. Luego, silencio.

En el cielo, los comandantes, preocupados, observaban la escena.

—*¿Tenéis visión sobre el lugar del segundo avión siniestrado?*

—Nativos que deambulan alrededor del lugar.

—*¿Nativos?*

—Afirmativo, cambio.

La radio quedó en silencio.

El terror se apoderó de Durant. Oyó el rumor que producía la enfurecida muchedumbre. El accidente había dejado la explanada llena de restos y oyó ruido de pies arrastrándose conforme la turba los apartaba como si de una terrible fiera se tratara.

No hubo más disparos. Los otros debían de haber muerto. Durant sabía de lo que era capaz de hacer una turba somalí enfurecida, cosas horribles, indecibles. Eso era lo que le esperaba a él. La segunda arma estaba vacía. Tenía aún una pistola sujeta con una correa en el costado pero ni siquiera se le ocurrió cogerla.

¿Por qué preocuparse? Todo se había terminado. Estaba acabado.

Un hombre se asomó caminando por delante del helicóptero. Pareció asombrado de encontrar a Durant. El hombre gritó y llegaron corriendo otros *skinnies*. Había llegado la hora de morir. Durant colocó el arma vacía sobre el pecho, dobló las manos sobre ella y levantó los ojos al cielo.

Desde un helicóptero habían herido a Hassan Yassin Abokoi en el tobillo mientras estaba entre el gentío cerca del helicóptero abatido. En aquellos momentos estaba sentado bajo un árbol y observaba. Al principio, el tobillo le había escocido mucho, y estaba entumecido. Sangraba profusamente. Odiaba los helicópteros. Aquel mismo día, un cohete disparado desde uno de ellos había volado la cabeza de su tío. Le arrancó la cabeza de los hombros, como si jamás hubiera estado allí. ¿Quiénes eran aquellos estadounidenses que sembraban fuego y muerte entre ellos, que fueron para darles de comer pero luego habían empezado a matar? Quería acabar con aquellos hombres caídos del cielo, pero a los que no soportaba.

Desde donde estaba, Abokoi veía al gentío rodear a los estadounidenses. Sólo uno permanecía con vida. Gritaba y agitaba los brazos cuando lo agarraron por las piernas y empezaron a llevárselo lejos de la aeronave a la vez que le iban arrancando la ropa. Vio que sus propios vecinos clavaban cuchillos en los cuerpos de los estadounidenses y les arrancaban las extremidades. Luego vio gente que corría y desfilaba con los miembros de los estadounidenses.

Cuando Mo'alim rodeó corriendo la cola del helicóptero, le sorprendió encontrarse con otro estadounidense, un piloto. El hombre no disparó. Colocó el arma sobre el pecho y dobló las manos sobre ella. La muchedumbre adelantó a Mo'alim y empezó a darle patadas y a golpearle, pero el combatiente barbudo se sintió de pronto protector. Agarró el brazo del piloto, disparó un tiro al aire y le gritó al gentío que retrocediera.

Uno de sus hombres golpeó ferozmente el rostro del piloto con la culata de su rifle, y Mo'alim lo apartó de un empujón. El piloto estaba herido y ya no podía pelear. Los Rangers habían capturado durante meses a somalíes y permanecían prisioneros. Estarían dispuestos a intercambiarlos, tal vez a todos, por uno de ellos. El piloto valía más vivo que muerto. Ordenó a sus hombres que formasen un círculo alrededor del piloto para protegerlo de la turba, que tenía sed de venganza. Varios hombres de Mo'alim se inclinaron y empezaron a arrancarle la ropa a Durant. El piloto tenía una pistola sujeta al costado, y un cuchillo, y temían que tuviera otras armas escondidas; además, sabían que los estadounidenses llevaban faros en las ropas para que los helicópteros pudieran localizarlos. Por todo ello, fueron quitándole capas de ropa.

Durant mantuvo la mirada en el cielo mientras la turba se cerraba sobre él. Gritaban frases que él no entendía. Un hombre le golpeó el rostro con la culata de un rifle y le rompió la nariz y le aplastó el hueso que rodeaba el ojo. La gente tiraba de sus brazos y de sus piernas, y otros empezaron a arrancarle la ropa. No sabían cómo funcionaban los cierres automáticos de plástico del equipo y él alargó la mano y los abrió. Se entregó a ellos. Le quitaron las botas de un tirón, luego el chaleco antibalas, y la camisa. Un somalí le abrió a medias la cremallera del pantalón, pero cuando vio que Durant no llevaba calzoncillos (por comodidad en aquel calor ecuatorial), volvió a subirla. También le dejaron la camiseta marrón. No dejaron de darle patadas y golpes. Un joven se agachó y agarró la placa verde de identidad que Durant llevaba colgada al cuello. La puso en el rostro de Durant y gritó:

—¡Ranger, Ranger, Ranger, habéis matado a Somalia!

Alguien le arrojó en el rostro un puñado de tierra que se le metió en la boca. Le ataron un trapo o una toalla alrededor de la frente y los ojos, y la gente lo izó en el aire, medio llevándolo y medio arrastrándolo. Notó que el extremo roto del fémur rasgaba la piel detrás del muslo y salía hacía fuera. Lo golpeaban de todas partes, le daban patadas, puñetazos, culatazos. No podía ver adonde lo llevaban. Estaba sumergido en una enorme ola de odio y rabia. Alguien, supuso que una mujer, le agarró el pene y los testículos y tiró de ellos con fuerza.

Y en esta agonía terrorífica Durant dejó ir su cuerpo. Ya no estaba en el centro de la turba, estaba en ella, o por encima de ella, tal vez.

Observaba a la gente que lo atacaba. Distanciado. Ya no sentía dolor alguno, el miedo disminuyó y perdió el conocimiento.

**EL
ÁLAMO**

PRIMER ACCIDENTE

Situación de las tropas

Tropa de salvamento

Tiza 2

Tte. Perino y Smith

Capt. Miller

Sgt. Howe

Sgt. Hooten

Capt. Steele

← 3 blocks to target building

1

El paracaidista de la fuerza aérea Tim Wilkinson volvió a meterse en el helicóptero accidentado para liberar el cuerpo del piloto Cliff Wolcott. Quizá había alguna forma que no había advertido al principio para apartar el asiento y tener así más sitio y un ángulo más adecuado. Pero fue inútil.

Volvió a salir al exterior. Se arrodilló sobre el aparato en medio del estruendo que producían los disparos de las armas automáticas, metió la cabeza por las puertas abiertas de la derecha para observar por dentro la parte posterior del helicóptero. Según su información, se habían ocupado de todo el mundo que iba a bordo. Sabía que el Little Bird que había aterrizado poco después del accidente había rescatado un rato antes a los hombres que quedaban dentro. Wilkinson buscaba, por consiguiente, equipo secreto o armas que debieran ser destruidos o retirados. Los PJ habían aprendido a borrar velozmente los bancos de memoria de cualquier equipo electrónico que contuviera datos confidenciales. Todo el equipo eléctrico y electrónico, y todas las piezas que no se habían sujetado descansaban en el lado izquierdo del aparato, que ahora se había convertido en el fondo.

En el montón, advirtió un trozo de uniforme de campaña.

—Creo que aquí todavía queda alguien —le dijo al sargento Bob Mabry, un enfermero Delta del CSAR.

Wilkinson se introdujo un poco más y vio un brazo y un guante de vuelo. Le habló al montón de restos y se movió un dedo del guante. Wilkinson se metió de nuevo en el aparato siniestrado y se puso a apartar restos y equipo hasta liberar al hombre allí enterrado. Se trataba del segundo oficial de vuelo, el artillero de la izquierda, Ray Dowdy. Aunque el asiento se había desprendido en parte y sus goznes habían cedido, estaba intacto y en su sitio. Cuando Wilkinson liberó el brazo de Dowdy de debajo del montón, empezó a apartarse él mismo cosas de encima. Todavía no había hablado y parecía medio inconsciente.

Mabry se deslizó hasta la parte inferior del aparato y trató, sin éxito, de introducirse en él por la puerta izquierda, ahora abajo. Desistió y se metió por las puertas superiores, como había hecho Wilkinson para liberar a Dowdy. Mientras los tres hombres permanecían dentro del helicóptero, una lluvia de balas atravesó su fuselaje. Tanto Mabry como Wilkinson se pusieron a bailar involuntariamente ante la intensa serie de estallidos y ruidos estrepitosos. Como si de una tormenta de nieve se tratara, empezaron a volar en torno a ellos trozos de metal, de plástico, de papel y de tela. Luego, silencio. Lo primero que hizo Wilkinson, según él mismo recuerda, fue tomar conciencia de que estaba todavía con vida. Comprobó si tenía alguna herida. Una en la cara y otra en el brazo. Daba la impresión de que había recibido un golpe o un pinchazo en la mejilla. Ninguno había salido completamente ileso. Mabry había

sido alcanzado en la mano. Dowdy había perdido las puntas de dos dedos.

El oficial de vuelo se miraba sin comprender la mano ensangrentada.

Wilkinson puso su mano sobre los dedos que sangraban y dijo:

—Está bien, ¡salgamos de aquí!

Mabry arrancó los paneles Kevlar del suelo y los colocó de pie apoyados en el lado del helicóptero por donde habían atravesado las balas. En lugar de arriesgarse a ser blanco del fuego saliendo por arriba, se abrieron paso por la esquina posterior de la puerta izquierda después de abrir un boquete en la arena seca. Sacaron a Dowdy por allí.

Los dos rescatadores volvieron a meterse dentro. Wilkinson en busca de equipo para destruir, Mabry para recuperar los paneles Kevlar y colocarlos alrededor de la cola del aparato donde habían establecido un punto donde reunir a las víctimas. El fuego llegaba sobre todo de arriba abajo y viceversa por la callejuela.

Esperaban la llegada del convoy terrestre de un momento a otro.

El sargento Fales, herido, se hallaba demasiado ocupado disparando y no advirtió los paneles Kevlar. Llevaba un vendaje de emergencia que le rodeaba la pantorrilla y un gotero intravenoso en el brazo; yacía tumbado junto al brazo del ala rota y buscaba objetivos.

Wilkinson asomó la cabeza por arriba.

—Scott, ¿por qué no te pones detrás del Kevlar?

Fales puso cara de sorpresa. Había estado tan absorto disparando que no había visto que ponían los paneles detrás de él.

—Buena idea —dijo.

Un agujero de bala tras otro agujero de bala atravesaban el brazo del ala rota.

Wilkinson recordó la película *El Idiota* de Steve Martin, donde el personaje retrasado que interpretaba Martin, ajeno a que los malos le disparaban, observaba sorprendido que los proyectiles agujereaban una hilera de latas de aceite. Gritó las palabras de Martin en la película:

—¡Oodian las latas! ¡Manteneos alejados de las latas!

Los dos hombres se echaron a reír.

Después de instalar a unos cuantos hombres más, Wilkinson volvió a deslizarse en la cabina desde abajo para ver si había alguna forma de levantar y sacar el cuerpo de Wolcott. No la había.

Llegó una granada. Era una del tipo ruso que parecen una lata de sopa clavada en un palo. Rebotó en el coche, luego en el casco y la radio del especialista Jason Coleman, y aterrizó en el suelo.

Nelson, que estaba todavía sordo a causa de la oportuna explosión producida por la ametralladora de Twombly, retiró su M-60 del techo del automóvil y se echó al suelo, como hicieron los hombres a ambos lados del cruce. A fin de protegerse de la onda expansiva, permanecieron agachados casi un minuto. No pasó nada.

—Supongo que era una mala —dijo el teniente DiTomasso.

Al cabo de treinta segundos, llegó rodando otra granada en el espacio abierto que había entre el coche y el árbol al otro lado de la calle. Por segunda vez, Nelson apartó el arma del coche, se tiró al suelo y se alejó rodando de la granada. Todos se hicieron un ovillo una vez más, pero tampoco en esta ocasión explotó. Nelson pensó que ya habían agotado toda la suerte asignada. Él y Barton regresaban sigilosamente al coche cuando cayó una tercera granada entre ellos. Nelson, para protegerse de la explosión que en esta ocasión no iba a fallar, colocó el casco boca abajo y blandió el arma hacia delante. Abrió la boca, cerró los ojos y respiró hondo. La granada crepitó. Se quedó inmóvil durante veinte segundos antes de levantar la vista hacia Barton.

—Mala —dijo éste.

Yurek tomó la granada y la arrojó calle abajo.

Alguien había comprado un lote de granadas en mal estado. Posteriormente, Wilkinson encontró tres o cuatro más sin explotar dentro del fuselaje del helicóptero.

Las fuerzas estadounidenses situadas alrededor del Black Hawk abatido de Wolcott se dispersaban a lo largo de un perímetro en forma de L que se extendía hacia el sur. Un grupo de treinta hombres se había reunido alrededor del avión siniestrado en el callejón, en la base norte de la L. Cuando se enteraron de que el convoy terrestre se había perdido y, por consiguiente, se retrasaría, empezaron a trasladar a los heridos a la casa de Abdiaziz Alí Aden (quien seguía escondido en la habitación trasera) a través del boquete que había abierto el helicóptero al caer. Al oeste de la callejuela (en el ángulo de la L) estaba la calle Marehan, donde permanecían atrincherados Nelson, Yurek, Barton y Twombly al otro lado de la calle en la esquina noroeste. En el lado este de esa esquina, se hallaban los más próximos al helicóptero, es decir, DiTomasso, Coleman, Belman y el capitán Bill Coultrop y su operador radiofónico. El resto de la fuerza terrestre se extendía al sur en la calle Marehan, a lo largo del palo largo de la L que ascendía cuesta arriba. Steele y una docena de rangers, junto con los equipos Delta, treinta hombres en total, estaban juntos en un patio interior situado en el lado este de la calle Marehan, a media manzana hacia arriba de la siguiente al sur, separados del grueso de la fuerza por media manzana, un callejón

amplio y otra manzana larga. El equipo Delta del sargento Howe, junto con un grupo de rangers entre los que se hallaba el especialista Stebbins, seguido por el grupo líder Delta al mando del capitán Miller, habían cruzado el callejón más ancho y se desplazaban hacia abajo junto a la pared oeste hacia la posición de Nelson. El teniente Perino también había cruzado el callejón y bajaba la cuesta a lo largo del muro este junto con el cabo Smith, el sargento Chuck Elliot y varios hombres más.

A medida que Howe se acercaba a la posición de Nelson, le pareció que los rangers se limitaban a estar escondidos. Dos de sus hombres cruzaron corriendo la callejuela para decirle a los rangers que empezaran a disparar. Nelson y los demás todavía estaban recobrándose del susto de las granadas que no habían explotado. Las balas desportillaban las paredes que los rodeaban, pero era difícil advertir de dónde procedían. Los miembros del equipo de Howe ayudaron a convencer a Nelson y a los otros para organizar campos de tiro, y colocaron a Stebbins y al ametrallador soldado Brian Heard en la esquina sur del mismo cruce orientados al oeste.

El capitán Miller llegó a la altura de Howe, llevando consigo a su técnico de comunicaciones y a otros miembros de su elemento, además del sargento del Estado Mayor Jeff Bray, un controlador bélico de las Fuerzas Aéreas. Como el fuego era muy intenso en aquella esquina, Howe decidió que había llegado el momento de salir de la calle. En su lado de la manzana había una puerta metálica que daba a un patio situado entre dos edificios. Empujó sin éxito la puerta, que tenía dos hojas que se abrían hacia dentro. Howe pensó en colocarle una carga pero, dado el gran número de soldados que había en las inmediaciones y la falta de un lugar donde ponerse a cubierto, la explosión podía herir a muchas personas. Así que el fornido sargento y Bray lanzaron sus cuerpos contra la puerta. El lado de Bray cedió.

—Sígueme por si me disparan —dijo Howe.

Se precipitaron al patio y recorrieron la casa por ambos lados revisando habitación por habitación. Howe observaba a sus moradores fijando los ojos a la altura del pecho y comprobando las manos. Éstas lo decían todo. Las únicas manos que encontró estaban vacías. Perteneían a un hombre, a una mujer y a algunos niños, una familia compuesta por unas siete personas, aterrorizadas. Permaneció en la puerta apuntándoles con el arma en la mano derecha y mientras, con la ayuda de la mano izquierda, les indujo sin brusquedad a salir de la estancia. Tardaron un poco, pero al final salieron despacio y pegados los unos a los otros. Le pusieron las esposas de plástico a toda la familia y luego los condujeron a una pequeña habitación lateral.

Howe inspeccionó el lugar con mayor atención. Las manzanas de aquel barrio de Mogadiscio consistían casi siempre en casas de piedra de una planta agrupadas de forma irregular alrededor de espacios abiertos o patios. La manzana donde se hallaba en aquel momento constaba de un patio pequeño, de una anchura similar a la longitud de dos automóviles. En el lado sur había una casa de dos plantas, y otra de una en la

cara norte. Howe pensó que aquel lugar debía de ser el más seguro de los alrededores. El edificio más alto les protegería de las balas y de las ráfagas de RPG. En el extremo oeste, había una especie de cobertizo. Howe se puso a examinarlo todo de forma sistemática, llevó a cabo un rastreo muy concienzudo, fue de habitación en habitación y buscó las ventanas que pudieran proporcionarles un lugar estratégico para disparar en dirección oeste en la callejuela. Encontró varias, pero ninguna que ofreciese un ángulo bueno. La callejuela de la cara norte (la misma donde se había estrellado el helicóptero pero una manzana al oeste) era demasiado estrecha. Sólo tenía una visibilidad de unos quince metros a cada lado, y todo lo que veía era pared. Cuando regresó al patio, el capitán Miller y los demás hombres habían empezado a reunir víctimas en ese lugar. Les iba a servir como puesto de mando y punto de reunión para los heridos durante el resto de la noche.

Cuando volvieron a entrar en el patio, un sargento mayor que iba con Miller le dijo a Howe que salieran a la calle y ayudaran a su equipo. A Howe no le gustó nada aquella orden. Consideraba que, en aquel punto, él era el líder de facto en tierra, el que dirigía la estrategia, el movimiento y la lucha. Habían conseguido un lugar seguro por el momento, contaban con tiempo para que los comandantes recobrasen el aliento y consideraran la situación. Estaban en un lugar malo, pero no crítico. El siguiente paso consistía en buscar la forma de fortalecer la posición, extender el perímetro, identificar otros edificios susceptibles de ser ocupados para proporcionarles mejores líneas de fuego. La orden del sargento de tropa era la de un hombre sin una idea clara de lo que había que hacer.

Aunque Howe tenía una constitución de luchador, poseía gran capacidad de reflexión. Ello turbaba a veces su relación con la autoridad (en especial, la costumbre arbitraria y desesperante que tenía el Ejército de dar el mando a hombres novatos y poco cualificados). Howe no era más que un sargento primero cuyas preocupaciones, supuestamente, eran de menor envergadura, pero él veía con mucha claridad todo el conjunto, mejor que la mayoría. Después de haber sido seleccionado para la Fuerza Delta, conoció y luego se casó con la hija del coronel Charlie A. Beckwith, el fundador y primer comandante de dicha fuerza. Se conocieron en un bar junto a Fort Bragg y cuando él le dijo que era civil, Connie Beckwith, a su vez ex oficial del Ejército en aquella época, asintió con un gesto concedor de la cabeza.

—Escucha —dijo—, sé para quién trabajas, así que deja de fingir. Mi padre fue el creador de esa unidad.

Ella tuvo que enseñarle el permiso de conducir para demostrarle quién era.

No es que Howe tuviera la ambición de conseguir un liderazgo convencional en el Ejército. Lo que él quería era que los oficiales hicieran caso de sus consejos pero que luego lo dejaran en paz. A menudo se quedaba pasmado de los fallos que tenían los superiores.

Como ejemplo, aquel tinglado montado en Mogadiscio. Era estúpido. En la base, las puertas frontales de los barracones no se cerraban nunca y, por consiguiente, los *sammies* contaban con una clara panorámica del interior a todas las horas del día y de la noche. Además, como la ciudad ascendía gradualmente desde el puerto, cualquier somalí con paciencia y unos prismáticos podía supervisar su estado de preparación. Cada vez que se ponían en pie para pertrecharse y marcharse por la ciudad corría la voz antes siquiera de que estuvieran instalados en los helicópteros. Por si eso no fuera suficiente, estaban los italianos, de entre los cuales algunos simpatizaban abiertamente con los súbditos de su antigua colonia, y que parecían mandar señales con sus faros a la ciudad cuando los helicópteros despegaban. Nadie tenía los huevos de hacer algo al respecto.

Luego estaban los morteros. Daba la impresión de que el general Garrison los consideraba poco más que una molestia. Durante los primeros bombardeos con morteros, había paseado como si tal cosa con el cigarro apretado entre los dientes, divertido por la forma en que todos los hombres se agazapaban para ponerse a cubierto. «¡Esos ridículos y meones morteros!», decía. Una actitud que estaba bien, salvo que, como Howe lo veía, si los *sammies* llegaban a organizarse y conseguían lanzar unos cuantos proyectiles en los barracones, el precio iba a ser muy alto. Se preguntaba si el tejado de hojalata era lo bastante grueso para que los proyectiles detonaran en él, pues, de lo contrario, la metralla y los trozos del tejado metálico se iban a colar a través de las rendijas, o bien el propio proyectil hendiría el tejado y explotaría en el suelo de cemento en medio de todo el mundo. Era algo que le rondaba por la cabeza muchas noches cuando se iba a dormir. Luego estaba la poca seguridad que había en el perímetro exterior. A las horas de comer, todos los hombres hacían cola fuera de la sala de rancho, separada de una carretera muy concurrida por una delgada pared metálica. Un coche bomba colocado junto a aquella pared a la hora adecuada del día podía acabar con la vida de docenas de soldados.

Howe no ocultaba su indignación por estos hechos. Y en aquel momento, le ponía furioso que le ordenaran hacer algo sin sentido en medio del mayor combate de su vida. Empezó a retirar las municiones, las granadas y las LAW a los rangers heridos que había en el patio. Howe tenía la sensación de que la mayoría de soldados no captaban lo desesperado de su situación. Era una forma de negación. No podían dejar de considerarse una fuerza superior, con todo controlado; y sin embargo, estaba claro que los papeles se habían cambiado. Estaban rodeados y los otros eran mucho más numerosos. Resultaba absurda la sola idea de respetar en aquellos momentos las reglas jerárquicas.

—¿Vas a arrojar granadas? —preguntó el sargento mayor de tropa, sorprendido al ver que Howe se metía todas las que encontraba en los bolsillos del chaleco.

—No nos pagan para que las llevemos de vuelta —replicó Howe.

Aquello era la guerra. El juego en aquellos momentos consistía en matar o ser asesinado. Salió dando grandes y ruidosas zancadas a la calle y se puso a buscar somalíes a quienes disparar.

Descubrió que uno de los rangers, Nelson, disparaba con un revólver a la ventana del edificio que con tanto trabajo Howe había conseguido despejar y ocupar. Nelson había visto a alguien que se movía en la ventana y, como les disparaban desde todas las direcciones, empezó a atacar hacia allí.

—¿Qué haces? —le gritó Howe desde el otro lado de la callejuela.

Nelson que no podía oírle, le contestó gritando a su vez:

—¡He visto a alguien allí!

—¡Mierda, claro! ¡Son los nuestros!

Nelson no se enteró hasta más tarde de por qué Howe agitaba los brazos en su dirección. Cuando lo supo se sintió mortificado. Nadie le había dicho que los Delta estaban en aquel espacio, pero, no podía negarlo, disparar sin haber identificado el blanco era un pecado mortal.

Furioso, Howe empezó a desahogar su cólera con los rangers. En su opinión, no combatían con suficiente ímpetu. Cuando vio que Nelson, Yurek y los demás elegían de forma selectiva como blanco a los somalíes armados en medio del gentío, en el otro extremo de un edificio que había en el mismo lado de la calle donde él estaba, Howe lanzó una granada sobre el tejado de aquél. Fue un lanzamiento impecable, pero la granada no explotó. Así que arrojó otra, que explotó donde la muchedumbre se hallaba congregada. Luego observó que los rangers intentaban dispararle a un hombre armado asomado por detrás de un cobertizo a una manzana al norte, y disparaba para luego volver a ponerse a cubierto. El sargento Delta hizo volar una de sus minigranadas del tamaño de una pelota de golf sobre la posición de los rangers. Explotó detrás del cobertizo y el hombre no volvió a aparecer. Howe tomó entonces una LAW y la lanzó al otro lado de la calle. Aterrizó en el brazo del especialista Lance Twombly, quien yacía tumbado boca abajo a un metro o metro y medio de la pared de la esquina. La LAW le dejó el antebrazo amoratado. Twombly se apresuró a arrodillarse, enfadado, y se volvió para oír que Howe le gritaba:

—¡Dispara a ese hijo de su madre!

Apoyado sobre una rodilla, Howe no dejaba de maldecir con amargura mientras disparaba. Toda la situación le sacaba de quicio, los malditos somalíes, sus jefes, los idiotas de los rangers... incluso su munición. Después de tomarles una delantera progresiva como había aprendido tras innumerables horas de instrucción, es decir, encuadrándolos en su punto de mira y calculando unos centímetros por delante de ellos, apuntó a tres somalíes que corrían al otro lado de la calle a dos manzanas al norte. Lanzó dos o tres ráfagas aumentando rápidamente su delantera a cada disparo. Era un tirador experto y pensó que les había alcanzado, pero no podía asegurarlo

porque los hombres siguieron corriendo hasta que cruzaron la calle y desaparecieron de su vista. Le molestó. Su arma era el rifle de infantería más sofisticado del mundo, un CAR-15 de reglamento, y estaba disparando la nueva bala de 5,56 milímetros de casquillo no sintetizado. Éste tenía una indentación de carburo de tungsteno en la punta, y agujereaba el metal, pero precisamente este poder de penetración significaba que sus balas atravesaban los blancos. Cuando los *sammies* estaban cerca, podía ver lo que sucedía cuando les disparaba. Las camisas se levantaban en el punto del impacto, como si alguien hubiera pinchado y arrancado la tela. Pero con las balas de casquillos no sintetizados era como clavarle a alguien un pico helado. La bala hacía un agujero pequeño y limpio y, a menos que le diera en el corazón o la espina dorsal, no bastaba para detener a un hombre en su carrera. Howe creía que debía dispararle a un tipo de cinco a seis veces sólo para llamar su atención. Solían tomarle el pelo a Randy Shughart porque descartó el rifle moderno y su munición y llevaba un M-14 de la época de Vietnam, que disparaba tiros de 7,62mm. sin el poder de penetración del nuevo casquillo no sintetizado. Cuando vio a aquellos *sammies* que no dejaban de correr, Howe pensó que Randy era el soldado más listo de la unidad. Tal vez su rifle era más pesado y, comparativamente, poco manejable, además provocaba ligeros culatazos, pero por su madre que derribaba a un hombre con una sola bala y, en medio de un combate, un tiro era a veces todo lo que le quedaba a uno. Si se dispara a alguien, se quiere ver a ese alguien muerto; no se quiere pasar las siguientes cinco horas preguntándose si se le ha dado o si le está esperando a uno entre los matorrales.

Howe se hallaba en un buen lugar. No tenía nada delante o detrás de él susceptible de detener una bala, pero había un árbol a unos seis metros al sur contra la pared oeste de la calle que impedía que pudieran verle desde esa dirección. El árbol grande al otro lado del callejón donde Nelson, Twombly y los otros estaban apostados impedía que lo vieran desde el norte. Por consiguiente, el fornido sargento Delta se podía arrodillar a un metro y medio de la pared y escoger blancos en el norte con toda impunidad. Así era en la batalla. Había unos lugares más seguros que otros. En la parte superior de la cuesta, estaba Hooten tumbado boca abajo y con una lluvia de balas a su alrededor, cuando vio que Howe y sus hombres cruzaban la intersección. Pensó que cómo podían estar haciendo aquello. Según el ángulo visual, en algunos puntos se podía poner uno en pie y combatir sin dificultad, mientras que, a pocos metros de distancia, el fuego podía ser tan intenso que no se podía hacer otra cosa que agacharse para protegerse y permanecer oculto. Howe reconocía que había encontrado una zona segura. Disparaba con método y ahorraba munición.

Cuando vio que Perino, Smith y Elliot descendían con sigilo hasta una posición similar al otro lado de la calle, se imaginó que intentaban hacer lo que él. Salvo que en aquel lado de la calle no había árboles donde ponerse a cubierto.

Les gritó con voz impaciente, pero en medio del ruido no le oyeron.

3

Perino y sus hombres se desplazaban más abajo, hacia una pequeña cabaña de hojalata, un porche, que sobresalía de la pared hecha con piedra gris irregular. Estaban a diez metros de la callejuela donde yacía el *Súper Seis Uno*. Perino, graduado en West Point en la promoción de 1990, a los veinticuatro años no era mucho mayor que los rangers a los que mandaba. Su grupo se había destacado del capitán Steele y de la mayoría de la fuerza Ranger. Habían logrado con penurias atravesar el último cruce antes del helicóptero siniestrado después de que hirieran a Goodale. Habían despejado el primer patio por el que pasaron en aquella manzana, y luego Perino había enviado a varios hombres de vuelta a la calle para que prosiguieran calle Marehan abajo. Sabía que estaban próximos a reunirse con el teniente DiTomasso y el equipo CSAR, lo cual había sido el objetivo cuando iniciaron aquel avance. La cabaña estaba a unos pasos cuesta abajo desde la puerta del patio.

El sargento Elliot ya estaba al otro lado de la cabaña. El cabo Smith se agazapaba detrás y Perino lo hacía a menos de un metro de Smith. La intensidad del fuego enemigo era tal que todo resultaba confuso. Las balas parecían llegar desde todos los rincones. La pared se desportilló sobre la cabeza de Perino y algunos trozos cayeron con fuerza sobre su casco. Vio a un somalí armado al otro lado de la calle, a veinte metros al norte de la posición de Nelson y que éste no podía ver a causa del árbol detrás del cual se hallaban escondidos. Perino vio el fogonazo y dedujo que allí se originaban algunos de los disparos que recibían. Era difícil atinarle al tipo con un disparo de rifle, pero Smith tenía un lanzagranadas en su M-16 capaz de lanzar un proyectil 203 lo bastante cerca para herirlo. Se desplazó para darle a Smith una palmada en el hombro, pues había demasiado ruido para comunicarse de otra forma que no fuera cara a cara, cuando las balas empezaron a atravesar la cabaña en medio de un gran estruendo. El teniente estaba apoyado sobre una rodilla y una de ellas cayó entre sus piernas y levantó un montón de tierra.

Nelson vio que herían a Smith al otro lado de la calle. El corpulento cabo había corrido calle abajo y se había puesto sobre una rodilla en el suelo para empezar a disparar. La mayoría de los hombres en aquella esquina oyeron que la bala le había dado, un ruido seco y desagradable. Al principio, Smith parecía sólo sorprendido. Rodó de lado por el suelo y, como si hablara de otro, comentó extrañado:

—Estoy herido.

Desde donde se hallaba Nelson, no daba la impresión de que Smith estuviera grave. Perino le ayudó a apoyarse contra una pared. Pero para entonces Smith gritaba:

—¡Estoy herido! ¡Estoy herido!

Por el sonido de su voz, el teniente dedujo que era presa de fuertes dolores.

Cuando hirieron a Goodale, éste pareció no sentir casi nada, pero la herida de Smith era diferente. Gemía. Estaba muy mal. Perino le colocó un vendaje de emergencia en la herida, pero la sangre salía con fuerza de ella.

—¡Tengo aquí un hombre que se desangra! —gritó al otro lado de la calle.

El enfermero Delta, sargento Kurt Schmid, se apresuró a cruzar corriendo la calle Marehan. Juntos arrastraron a Smith de nuevo al patio interior.

Schmid rasgó la pernera del pantalón. Cuando le retiró el vendaje de emergencia, una sangre brillante y roja se proyectó fuera de la herida casi en forma de chorro. Aquello era fatal.

—Tío, esto duele de verdad —le dijo el joven soldado a Perino.

El teniente salió otra vez a la calle y se dirigió de nuevo hasta donde estaba Elliot.

—¿Dónde está Smith? —preguntó Elliot.

—Está en el patio muy malherido.

—¡Mierda! —exclamó Elliot.

Vieron que el sargento Ken Boorn era alcanzado en el pie. Luego el soldado Rodríguez se alejó rodando por el suelo con su ametralladora, sangraba, gritaba y se sujetaba la entrepierna. No le dolía, pero cuando puso la mano en los genitales éstos parecían una masa informe y la sangre brotaba espesa entre sus dedos. Gritó asustadísimo. Habían sido heridos ocho de los once rangers de la Tiza Uno de Perino.

En el extremo norte de la misma manzana se produjo una enorme explosión y Stebbins cayó desplomado al suelo. Nelson lo vio más de cerca. Una RPG se había incrustado en la pared de la casa al otro lado del callejón, cerca de donde estaban Stebbins y Heard. La granada estalló en medio de un brillante resplandor rojo y arrancó un trozo de pared de más de un metro de largo. El estruendo que se produjo en el angosto callejón fue terrible. Les dolían los oídos. Y una enorme nube de polvo lo envolvió todo. Vio, y también Perino y Elliot desde el otro lado de la calle, que tanto Stebbins como Heard yacían tumbados de espaldas. Nelson los creyó muertos. Pero Stebbins se removió y se levantó despacio, cubierto de arriba abajo de polvo blanco, tosiendo y frotándose los ojos.

—¡Agáchate, Stebbins! —gritó Heard.

Así que también él estaba bien.

Las balas llovían alrededor de Perino y de Elliot con una frecuencia creciente. Llegaban en ráfagas largas y caían con un ruido seco entre ellos, pasaban sobre sus cabezas, mellaban el cobertizo de hojalata en medio de un agudo sonido metálico y atravesaban el metal. Los proyectiles levantaban polvo en el lado de su calle. Como había previsto Howe, era una posición muy mala.

—Eh, señor, creo que sería una buena idea si nos metiéramos en aquel patio —sugirió Elliot.

Luego le cogió del brazo y los dos se refugiaron en el patio donde Schmid

trabajaba frenéticamente para salvar a Smith.

Este último estaba consciente, aterrorizado y sufría mucho. El enfermero había intentado primero una cura directa en la herida, pero había visto que ello resultaba doloroso y, evidentemente, inútil. La brillante sangre roja brotaba a borbotones del agujero que tenía Smith en la pierna. El médico trató de detener la hemorragia introduciendo Curlex en el agujero. Luego comprobó el estado general de Smith.

—¿Tienes alguna otra herida? —le preguntó.

—No lo sé.

Schmid buscó otra herida pero no encontró ninguna.

El enfermero tenía treinta y un años. Había nacido en una familia de militares y se había prometido no serlo nunca, pero acabó alistándose un año después de graduarse en el instituto. Ingresó en los Boinas Verdes y decidió convertirse en médico porque imaginó que así tendría buenas oportunidades laborales cuando dejase el Ejército. Era bueno en ello y su preparación progresaba. Hasta el momento podía decirse que tenía el nivel de cualquier auxiliar de médico, y era mejor que muchos de ellos. Como parte de su adiestramiento, trabajó en la sala de urgencias de un hospital de San Diego, y había realizado incluso alguna operación menor bajo la supervisión de un cirujano. En cualquier caso, tenía los suficientes conocimientos para saber que Jamie Smith corría un gran peligro si no se detenía la hemorragia.

Deducía el recorrido de la bala. Había entrado por el muslo y subido hasta la pelvis. Un tiro en la pelvis era uno de los peores. La aorta se divide en la parte baja del abdomen y forma a la derecha y a la izquierda las arterias ilíacas. Cuando la arteria ilíaca emerge de la pelvis se escinde en las arterias exterior y femoral, las primeras vías para que la sangre llegue a la mitad inferior del cuerpo. Era evidente que la bala había atravesado uno de los vasos sanguíneos femorales. Schmid aplicó una cura directa en el abdomen de Smith, sobre la pelvis, donde se divide la arteria. Explicaba lo que hacía. Ya había inyectado en el brazo del herido catorce dosis con unas agujas anchas de sonda y estrujaba la bolsa de plástico para reemplazar el suero. La sangre formaba un charco oleoso que brillaba con debilidad en el suelo sucio del patio.

El enfermero se consolaba ante la seguridad de que iba a llegar la ayuda de un momento al otro. Otro tratamiento táctico, aunque muy arriesgado, era empezar a practicarle una transfusión al herido. En contadas ocasiones se realizaban transfusiones en el campo de batalla. Era un arma de doble filo. Los enfermeros llevaban bolsas de suero, pero no de plasma. Si quería hacerle una transfusión a Smith, tendría que encontrar a alguien con el mismo grupo sanguíneo e intentar una transfusión. Pero esto era susceptible de crear más problemas. Podía reaccionar mal a la transfusión. Schmid decidió no probarlo. Se suponía que el convoy de rescate estaba a punto de llegar. Lo que aquel ranger necesitaba era un médico, y pronto.

Perino comunicó con el capitán Steele por radio.

—No podemos seguir avanzando. Tenemos muchos heridos y no podemos llevarlos a todos.

—*Tenéis que seguir —le dijo Steele.*

—No PODEMOS avanzar más —replicó Perino—. Solicito autorización para ocupar un edificio.

Steele le dijo a Perino que siguiera intentando avanzar. De hecho, dentro del patio estaban a unos dieciséis metros del teniente DiTomasso y de la fuerza CSAR, pero Perino no tenía forma de saberlo. Trató de comunicar con DiTomasso por radio.

—Tom, ¿dónde estáis?

DiTomasso le explicó su posición, para lo cual le indicó puntos destacados.

—Es que no veo nada —dijo Perino—. Estoy en un patio.

DiTomasso lanzó una granada de humo rojo y Perino vio la estela roja que se elevaba tortuosa en el cielo cada vez más oscuro. Dedujo por la inclinación de la estela que estaban separados por unos cincuenta metros, lo cual, en aquella zona letal era una gran distancia. En la radio, Steele seguía insistiendo para que conectara con DiTomasso.

—*Necesitan vuestra ayuda —dijo.*

—Escuche, señor, tengo tres hombres heridos, incluyéndome a mí. ¿Cómo voy a poder ayudarlo?

Al final, Steele cedió.

—*Roger, asegure el edificio y defiéndalo.*

Schmid seguía trabajando de forma frenética en la herida de Smith. Había pedido a Perino que le ayudase presionando sobre la herida para que él pudiera usar las manos. Perino metió dos dedos hasta los nudillos en la herida. El herido gritó y la sangre salpicó al teniente, quien tragó saliva con fuerza y apretó más. Estaba mareado. La sangre salía a borbotones.

—¡Ay, mierda! ¡Ay, mierda! ¡Me estoy muriendo! ¡Me estoy muriendo! —gritaba Smith, consciente de que tenía una hemorragia arterial.

El enfermero le hablaba, intentaba tranquilizarle. La única forma de detener la hemorragia consistía en encontrar la arteria femoral desgarrada y atarla. En caso contrario, era como tratar de parar una manguera de bombero apretándola a través de un colchón. Le dijo a Smith que se echara hacia atrás.

—Esto te va a doler mucho —le dijo Schmid al ranger en tono de disculpa—. Voy a tener que hacerte más daño, pero debo hacerlo para ayudarte.

—¡Dame un poco de morfina para el dolor! —pidió Smith, consciente y alerta a lo que le estaban haciendo.

—No puedo —le explicó Schmid.

En su estado, la morfina podía matarlo. Después de haber perdido tanta sangre, la

presión estaba muy baja. La morfina le bajaría todavía más el ritmo cardíaco y le ralentizaría la respiración, lo cual era lo último que necesitaba.

El joven ranger gritaba de dolor conforme el enfermero rasgaba con las dos manos la entrada de la herida. Schmid trataba de olvidar que lo que tenía entre sus dedos eran terminaciones nerviosas vivas. Era difícil. Había creado un vínculo emocional con el paciente. Estaban juntos en aquello. Sin embargo, para salvar al joven ranger, debía tratarlo como si fuera un objeto inanimado, una máquina estropeada que precisara reparación. Siguió profundizando en busca de la arteria. Si no conseguía encontrarla, con toda probabilidad Smith moriría. Recorrió la parte superior abierta del muslo, alargó los dedos hasta la pelvis según apartaba capas de piel, de grasa, de músculo y vasos sanguíneos, tanteando a través de charcos de brillante sangre roja. No podía encontrarla. Era evidente que, una vez cortado, el extremo superior de la arteria se había replegado hacia el abdomen. El enfermero se detuvo. El herido caía en estado de coma. El único recurso en aquel punto era abrir a la altura del abdomen, buscar la arteria rota y ligarla. Pero eso significaría todavía más dolor y más pérdida de sangre. Cada vez que metía la mano en la herida, Smith se desangraba más. Schmid y Perino estaban cubiertos de sangre. Había sangre por todas partes. Resultaba difícil creer que a Smith le quedase alguna gota dentro.

—Duele mucho, mucho —no dejaba de gemir—. Duele mucho.

Al cabo de un rato tanto sus palabras como sus movimientos se volvieron más lentos, más fatigados. Había entrado en estado de coma.

Schmid seguía junto a él. Le había inyectado seis litros de fluido en el cuerpo y se estaba quedando sin bolsas. Lo había intentado todo y se sentía desesperado, frustrado y furioso. Tuvo que abandonar la estancia. Dejó a otro hombre al cargo de seguir presionando en la herida y salió para hablar con Perino. Los dos hombres estaban llenos de sangre.

—Si no lo saco de aquí inmediatamente se va a morir —rogó Schmid.

El teniente volvió a comunicar con Steele.

—Señor, necesitamos un medio de transporte para evacuarlo. Un Little Bird u otra cosa. Es para el cabo Smith. Tenemos que evacuarlo de inmediato.

Si bien resultaba difícil, Steele consiguió transmitirlo a la emisora de los mandos. Eran casi las cinco de la tarde y oscurecía. Todos los vehículos habían regresado a la base aérea. Steele se enteró de que no había ayuda por el momento. Y ni que pensar en la posibilidad de que bajara otro helicóptero en la zona donde se hallaban.

El capitán llamó a Perino y le dijo que, de momento, Smith iba a tener que resistir.

Stebbins temblaba de miedo. El hecho de tener a sus compañeros en torno a él le permitía seguir adelante. Se podía estar preparado para las imágenes, los sonidos y los olores de la guerra, pero para su horror, la sangre, los desgarradores gritos de dolor, aquella sensación letal que acechaba en el hombro y lanzaba su aliento en el oído, para esto no había instrucción posible. Las cosas parecían estar en precario equilibrio en un borde, amenazando en cada momento con descontrolarse. ¿Era aquello lo que tanto había deseado? Un veterano sargento de tropa le dijo en una ocasión: «Cuando empieza la guerra, el soldado quiere con todas sus fuerzas estar en ella, pero cuando está allí, quiere con todas sus fuerzas estar en casa».

Junto a Stebbins, una ráfaga de disparos tocó la M-60 de Heard, y la puso fuera de uso de forma permanente. Heard sacó su pistola de 9mm. y disparó. Si miraba con atención hacia el oeste calle abajo al sol poniente, Stebbins veía las camisas blancas de los combatientes somalíes. Se podían contar a docenas. Unos grupos salían corriendo de entre los demás, lanzaban una descarga hacia la parte alta del callejón y, acto seguido, volvían a esconderse. Por encima de su hombro derecho, al otro lado de la calle Marehan y hacia la parte inferior de la callejuela, oía a los chicos del equipo de rescate, le estaban dando martillazos al fuselaje del helicóptero, en un intento continuado de liberar el cuerpo de Wolcott. El cielo se oscurecía y todavía no había señales del convoy terrestre. De hecho, habían visto los vehículos a unas cuantas manzanas al oeste una hora antes. ¿Dónde estaban?

Todo el mundo temía la llegada de la oscuridad. Una clara ventaja que tenían los soldados estadounidenses cuando combatían era la tecnología de visión nocturna con la que contaban, los NOD (aparatos de observación nocturna), pero los habían dejado en la base. Los NOD iban colgados del cuello cuando no se utilizaban y seguramente no pesaban más de cuatrocientos gramos, pero abultaban, eran incómodos y muy frágiles. La decisión de dejarlos para una misión diurna entraba dentro de la lógica. Pero en aquellos momentos se enfrentaban a la noche sedientos, agotados, heridos, con escasez de municiones y sin su mayor ventaja tecnológica. Stebbins, el secretario de la compañía, miraba afuera la gigantesca bola naranja que descendía despacio detrás de los edificios al oeste y se imaginaba una cafetera llena de café recién hecho esperándolo en algún lugar de por allí.

Como los Little Birds se habían ya familiarizado con el suelo y podían realizar pasadas regulares con las metralletas, era mucho lo que hacían para mantener a raya a los somalíes aglomerados en aquella zona. Los pequeños helicópteros bajaban en picado casi hasta el nivel del suelo y volaban entre las casas disparando las metralletas. Era todo un espectáculo. Cuando los cohetes explotaban se oía un ruido de desgarramiento y el suelo se ponía a temblar. Twombly admiraba uno de

semejantes pases cuando el sargento Barton le dijo que los pilotos seguían llamando para que colocaran más marcadores en las calles a fin de destacar mejor las posiciones de los estadounidenses.

—Has de coger esto —le explicó Barton mientras sostenía un triángulo fluorescente de plástico—, y lanzarlo allí en medio.

Señaló el centro de la calle.

Twombly no quería ir. Había tanto metal volando por la calle que ya parecía un suicidio aventurarse a ir en busca de cobijo, así que mucho más correr hasta el centro. Le pasó por la cabeza negarse a la orden de Barton, pero rechazó la idea tan pronto como llegó. Si él no lo hacía, otro tendría que hacerlo. No sería justo. Se había alistado para ser un ranger, no podía echarse atrás sólo porque las cosas se ponían feas. Tomó el triángulo naranja con furia, corrió unos pasos y lo lanzó al centro de la calle. Luego fue a agacharse en un lugar protegido.

—¡No funcionará! —le gritó Barton.

Le explicó que los remolinos producidos por los rotores cuando los helicópteros hacían sus pasadas para disparar tumbarían la señal.

—Tienes que asegurar el triángulo, ponerle una piedra encima.

Furioso, y muy asustado, Twombly hundió la cabeza en el pecho y volvió a meterse en la calle.

Nelson recuerda que le emocionó el valor de su amigo. En el momento en que Twombly echó a correr de nuevo el tiroteo era tan intenso en la calle y había tanto polvo en el aire que Nelson no podía verlo. Pensó que no iba a volver a ver a Twombly. Sin embargo, segundos después, el fornido hombre de New Hampshire apareció dando traspiés hacia atrás y sudando profusamente, pero intacto.

De detrás de un muro surgió tambaleándose un anciano que disparaba con furia una AK. Los rangers de las tres esquinas le apuntaban con sus armas. Aquel hombre parecía frágil y tenía una melena de cabello blanco y una barba larga y frondosa con manchas verdes a los dos lados de la boca, sin duda del *khat*. Era evidente que estaba borracho, colocado o tan flipado que no sabía lo que pasaba. Sus disparos estaban tan lejos de dar en el blanco que los rangers al principio sólo se asombraron, pero luego se echaron a reír. El anciano giró sobre sí mismo de forma precaria y lanzó una ráfaga a la pared, lejos de todo blanco. Twombly acabó con él mediante una ráfaga de su SAW.

A medida que avanzaba el combate veían cosas realmente extrañas. En medio de la lluvia de proyectiles, el soldado David Floyd vio una paloma gris que aterrizaba en medio de la calle Marehan. El ave se puso a rebuscar entre la porquería de forma indolente y luego se pavoneó un par de metros por la calle ajena a toda la furia que se desencadenaba a su alrededor. Y luego se marchó volando. Floyd la vio alejarse con melancolía. Un burro que arrastraba un carro atravesó despacio la intersección cuesta

arriba, en medio de uno de los campos de fuego más intensos (cerca de donde habían matado a Fillmore), luego cruzó la calle saliendo ileso; al cabo de unos minutos regresó trotando y no cabía duda de que iba confuso y desorientado. Resultaba cómico. Nadie podía creer que el burro no fuera alcanzado. Ed Yurek observaba la escena con pena, y asombro. «Dios ama a este burro», pensó. Más cerca del helicóptero siniestrado, una mujer corría por el callejón conforme gritaba y señalaba la casa situada en la esquina sureste donde habían sido trasladados muchos heridos. No le alcanzó ni un solo proyectil. No iba armada. Sin embargo, cada vez que se ponía a cubierto, una intensa lluvia de fuego caía sobre el lugar donde ella señalaba. Después de haberlo hecho dos veces, uno de los chicos D apostado detrás del ala del *Súper Seis Uno* dijo:

—Si esa bruja vuelve, le voy a meter un tiro en el cuerpo.

El capitán Coultrop aprobó la idea mediante un gesto de asentimiento con la cabeza. Ella volvió a repetir la operación, y el chico D le disparó.

La mujer del turbante azul, una somalí muy robusta de brazos y piernas gruesos apareció corriendo por la calle acarreado lo que parecía ser un cesto pesado en los brazos. Llevaba un vestido blanco y azul brillante que se le hinchaba por detrás según corría. Todos los rangers que había en la esquina le dispararon. Todos, Twombly, Nelson, Yurek y Stebbins abrieron fuego. Howe disparó desde un poco más arriba de la cuesta. Al principio ella se tambaleó, pero siguió caminando. Luego, conforme recibía más balazos, se desplomó al suelo y del cesto fueron derramándose RPG. Los disparos cesaron. Como había recibido varios, se quedó tumbada en medio del polvo hecha un ovillo y respirando con dificultad por espacio de un buen rato. La mujer logró ponerse a gatas, agarró una RPG y empezó a arrastrarse. En esta ocasión, la intensa descarga de los rangers la partieron literalmente en dos. Un grueso proyectil 203 le voló una pierna. Se derrumbó por unos momentos en un charco de sangre, luego volvió a ponerse en movimiento. Era estremecedor y, sin embargo, algunos rangers se rieron. Nelson pensaba que aquella mujer ya no parecía siquiera un ser humano, se había transformado en una masa monstruosa y sangrante, digna de una película de terror. Más tarde, antes de que anocheciera del todo, volvió a mirar en aquella dirección. Había un gran charco de sangre en la calle, ropa y el cesto, pero las RPG y lo que quedaba de la mujer había desaparecido.

Cuando el sol se deslizó detrás de los edificios situados al oeste, las sombras cayeron sobre el callejón y tanto a Stebbins como a Heard les resultó más fácil localizar a los *sammies* que les disparaban desde puertas y ventanas. Sus fogonazos les revelaban claramente sus posiciones. Stebbins trataba de economizar municiones. Heard disparaba ahora con un M-16. Casi sordo, le dio una palmada a Stebbins en el hombro y gritó:

—Steb, sólo quiero decirte, por si no salimos de ésta, que lo estás haciendo

estupendamente.

Después la tierra en torno a ellos se puso a temblar. Stebbins oyó unos ensordecedores *¡cabang! ¡cabang! ¡cabang!*, el ruido de unos enormes proyectiles que habían roto atravesándola la pared de piedra de la esquina donde se habían puesto a cubierto. Se vio envuelto en humo. La pared que había sido su cobijo durante más de una hora empezó a desmoronarse. Alguien con una ametralladora en la parte inferior de la callejuela les apuntaba, y echaba abajo su posición. Después de la primera descarga ensordecedora, Stebbins salió al callejón y devolvió el fuego a la ventana donde había visto el fogonazo. Fue a agacharse de nuevo detrás de su esquina, apoyó una rodilla en el suelo y siguió disparando al mismo sitio.

¡Cabang! ¡Cabang! ¡Cabang! Otras tres ráfagas ensordecedoras explotaron de nuevo en la esquina y del impacto Stebbins cayó de espaldas y se quedó sentado en el suelo. Fue como si alguien hubiera tirado de él por detrás con una cuerda. No sintió dolor, sólo se le cortó la respiración. Las explosiones o la forma en que había caído al suelo le habían dejado sin aliento. Estaba aturdido y otra vez cubierto por el polvo blanco procedente del mortero pulverizado de la pared. Estaba indignado. «¡Ese hijo de su madre por poco me mata!», pensó.

—¿Estás bien, Stebby? ¿Estás bien? —preguntó Heard.

—Estoy bien, Brian. Puedo seguir.

Furioso y lanzando una retahíla de maldiciones, Stebbins se incorporó y salió de nuevo al callejón para seguir disparando a la ventana.

El sargento Howe, el jefe del equipo Delta, observaba estupefacto la escena desde la parte alta de la calle. No podía creer que el ranger careciera del sentido común para encontrar un lugar mejor donde ponerse a cubierto. Nelson tenía la sensación de que a Stebbins le habían introducido un interruptor en el cuerpo. Por segunda vez en una hora, creyó que Stebbins había muerto. Pero el secretario de suaves modales dio un salto hacia arriba. Era un hombre nuevo, un animal salvaje, bailaba y gritaba como un poseso. Nelson, Twombly, Barton y Yurek estaban también disparando en aquellos momentos a la misma ventana, cuando se produjo un gran estruendo y una explosión terrible que hizo que tanto Stebbins como Heard se pusieran a gritar y desaparecieron en medio de una bola de fuego.

«Esto ha sido para Brian y Stebby.»

Cuando Stebbins recobró el sentido estaba tumbado de espaldas. Sentía lo mismo que antes, como si le hubieran dado un puñetazo en el plexo solar. Jadeó para recuperar la respiración y notó en la boca un sabor a polvo y humo. Miró hacia arriba y vio, a través del remolino, el azul del cielo cada vez más oscuro y dos nubes. Entonces surgió de entre medio el rostro de Heard.

—Stebby, ¿estás bien? ¿Estás bien, Stebby?

—Ay, Brian, sí estoy bien —contestó—. Pero déjame aquí tumbado un par de

minutos.

—De acuerdo.

Aquella vez, cuando ordenó sus pensamientos, surgió el sentido común. Necesitaban ayuda en aquel sitio. La mayor parte de la esquina había volado por los aires. Stebbins se imaginó que las piedras desportilladas de la pared le habían golpeado en el pecho, lo bastante fuerte para dejarle inconsciente, pero no lo suficiente para atravesarle el chaleco antibalas y herirle de gravedad. Los *sammies* habían montado un arma servida por una dotación e iba a hacer falta algo más que un M-16 para silenciarla. Mientras se incorporaba, oyó que Barton, al otro lado del callejón, solicitaba ayuda por radio. Entonces escuchó una voz a la altura de su oreja, justo detrás. Uno de los chicos D estaba en la ventana del edificio de la esquina, la misma ventana a la que Nelson había disparado un rato antes. La voz sonaba tranquila y lejana, como la de un surfista.

—¿Desde dónde está disparando ese tío, amigo?

Stebbins le señaló la ventana.

—Bien, la tenemos cubierta. Agachad las cabezas.

Desde dentro del edificio, el artillero Delta disparó tres ráfagas de 203 a la ventana indicada. Se produjo una explosión inmensa dentro del edificio. Stebbins se imaginó que el proyectil había detonado alguna especie de escondite de municiones, porque hubo un resplandor en todo el primer piso del edificio demasiado brillante y sonoro para una ráfaga de 203. Luego todo quedó a oscuras. De la ventana salía humo negro.

A continuación reinó la calma. Stebbins, Heard y los muchachos que estaban al otro lado de la callejuela felicitaron a gritos al chico D por su disparo impresionante. De nuevo apoyado sobre una rodilla, un poco más allá detrás de la pared destrozada, Stebbins veía el resplandor de luces a lo lejos y recordó que se hallaban en medio de una ciudad grande y que, en algunas partes de ésta, la vida proseguía con normalidad. Había algunas hogueras en dirección al Hotel Olympic, donde habían descendido por las cuerdas. Parecía que había pasado un siglo. Pensó que tal vez, ahora que era de noche, los *sammies* dejarían descansar las armas y se irían a sus casas, y así él y sus compañeros podrían volver a la base para terminar allí la velada. ¿No sería estupendo?

Alguien gritó al otro lado del cruce que todo el mundo debía dirigirse a toda prisa al helicóptero siniestrado. Como caía la noche, la fuerza iba a desplazarse hacia la base. Uno a uno, los hombres de la esquina cruzaron corriendo la intersección. Stebbins y Heard esperaron su turno. La intensidad de fuego había disminuido. «Perfecto, lo peor de la guerra ya ha pasado», pensó Stebbins.

Este oyó entonces algo que producía un silbido en el aire y se volvió a tiempo de ver que, lo que parecía una piedra, se estaba precipitando sobre él. Le iba a dar en la

cabeza. Se agachó, volvió el casco hacia el misil, y acto seguido desapareció en medio de fuego y luz.

El sargento Fales, el paracaidista herido, recibió una llamada para un enfermero. Necesitaban a alguien urgentemente al otro lado de la amplia intersección situada al oeste del helicóptero abatido. El soldado Rodríguez sangraba mucho a causa de una herida de bala en la entrepierna. Todos los hombres retrocedían a los varios puntos donde se congregaba a los heridos. El enfermero Kurt Schmid estaba en el patio de la parte alta de la calle atendiendo al cabo Smith. Nadie al otro lado de la calle Marehan contaba con la preparación adecuada para tratar una herida tan grave como la de Rodríguez. Con la pierna curada deprisa y corriendo y extendida sin vida ante él, Fales estaba apoyado detrás de los paneles de Kevlar cerca del brazo de la cola del helicóptero.

Su compañero Tim Wilkinson, que había atendido a algunos heridos, le había hecho reír. Los dos enfermeros de la Fuerza Aérea se quejaban desde hacía tiempo de que iba a ser poco probable que ellos asistieran a un combate de verdad en aquel despliegue.

Wilkinson le había dado una palmada a Fales en el hombro cuando las balas volaban sobre ellos y le dijo:

—Ten cuidado con las cosas que deseas.

Wilkinson seguía trabajando bajo la impresión de que el convoy terrestre (que hacía rato estaba de regreso en la base, desmembrado, con heridos e incluso muertos) iba a llegar de un momento al otro. Pensaba que su trabajo debía consistir en mantener a todos los heridos juntos y en literas, listos para ser cargados apenas llegaran los camiones. Cuando ordenó a Fales a primera hora de la tarde que se instalara en una camilla, el sargento mayor se había resistido.

—¡Eh, ya sabes cómo hemos quedado! ¡Así que sube! —insistió Wilkinson.

Fales se instaló en una camilla a regañadientes y le sujetaron con las correas, pero como el tiempo pasaba y los vehículos no aparecían, acabó desabrochándose él mismo para recuperar su arma y ponerse de nuevo a disparar. En aquel momento, había oído la llamada procedente del otro lado de la calle.

—Necesitan un enfermero, Wilky.

Las balas y las ráfagas de RPG constituían una barrera mortal entre su posición y los hombres situados al otro lado de la calle Marehan. Wilkinson cerró su botiquín y se dirigió hacia el cruce. Entonces se detuvo. Si tenía miedo, había relegado esa emoción. Desde que los proyectiles acibillaron el interior del helicóptero y lo llenaron de una ventisca de polvo y trozos de objetos, Wilkinson había dejado de preocuparse por las balas y se concentraba en su trabajo, que le exigía tanto que el resto quedaba olvidado. Trabajaba deprisa y con resolución. Había más cosas que hacer de lo que él podía abarcar. Era como si no pudiera pensar en las dos cosas a la

vez, el peligro y el trabajo. Así que se concentró en el trabajo. En aquel momento, se volvió a su amigo y manifestó sin expresión en el rostro una petición absurda y deliberadamente cinemática.

—Cúbreme —le dijo.

Y se puso a correr y a correr, se abrió paso por la amplia calle con la cabeza agachada mientras el volumen de fuego se intensificaba de pronto. Más tarde, sus compañeros decían bromeando que no le habían alcanzado porque iba tan despacio que los *sammies* habían calculado mal su velocidad y apuntado demasiado por delante de él. Según el enfermero, lo único que había pensado era en llegar sano y salvo al otro lado de la calle. Una vez dentro del patio que hacía las veces de puesto de mando de los Delta, empezó a observar a los heridos para decidir a quién atender en primer lugar. Era evidente que Rodríguez necesitaba ayuda urgente. Sangraba profusamente y estaba muy asustado. Wilkinson trató de tranquilizarlo.

El enfermero rasgó el uniforme del herido para calibrar el daño. A Rodríguez le había alcanzado una bala que había entrado por la nalga, atravesado la pelvis y, después de arrancarle un testículo, había salido por la parte superior del muslo. Lo primero era detener la hemorragia. Sabía que, si se había visto afectada la arteria femoral (como en el caso de Smith, al otro lado de la calle), pocas probabilidades había de detener la hemorragia. Wilkinson empezó a aplicar vendas de campaña y a obstruir la herida de salida con gasas Curlex. Vendó la zona bien fuerte con vendajes Ace. A continuación, Wilkinson deslizó unos pantalones neumáticos de caucho en las piernas y la pelvis de Rodríguez, y los bombeó con aire para presionar todavía más en la herida. La hemorragia cesó. Sedó a Rodríguez con morfina y le inyectó un goteo para reponer fluidos, que no tardó en agotar al intentar mantener las constantes del soldado estabilizadas.

Conectó por radio con Fales.

—Chicos, ¿os queda más suero?

Le contestaron que sí y él les dijo que pusieran los frascos de plástico en una bolsa y arrojaran ésta lo más lejos que pudieran en su dirección. Mientras miraba al otro lado de la calle cómo uno de los hombres se preparaba para el lanzamiento, cayó en la cuenta de que era una mala idea. Volvió a llamar y les dijo que no la lanzaran. Si las bolsas se rompían y abrían, o si les alcanzaba una bala, iban a desperdiciar un suero precioso. Si la bolsa se abría, él tendría que permanecer unos minutos en medio de la calle Marehan para recogerlo todo. Decidió que era preferible desafiar la calle dos veces a toda velocidad que detenerse en medio de ella.

Cruzó corriendo, también en esta ocasión avanzando a lo que parecía paso de tortuga, y de nuevo llegó ileso. Los hombres que observaban desde sus posiciones atrincherados alrededor del cruce se quedaron estupefactos ante el valor de Wilkinson. Éste le dijo a Fales que en esa ocasión iba a tener que volver fuera como

fuera. El estado de Rodríguez era crítico. Había que evacuarlo de inmediato. Wilkinson lo atendería hasta que llegara el momento. A continuación, acunando los sueros en los brazos, hundió la cabeza en el pecho y cruzó corriendo la calle por tercera y última vez. También entonces, llegó intacto.

Cuando entró precipitadamente en el patio, uno de los chicos D le dijo:

—Cielos, es bien cierto que Dios adora a los enfermeros.

Se hacía de noche a gran velocidad. Entre todos ayudaron a Wilkinson a llevar a Rodríguez y a los otros a un cuarto interior. Se enteró de que el convoy que había salido a rescatarlos había tenido que dar media vuelta, y que iban a tener que pasar la noche allí.

Wilkinson buscó al capitán Miller.

—Escucha, tengo un herido en estado crítico —le dijo—. Tiene que ser evacuado de inmediato. Los demás pueden esperar, pero él necesita que se lo lleven.

Miller le lanzó una mirada que significaba: «*Estamos en un mal sitio, ¿qué puedo decir?*».

6

El especialista Stebbins tenía los ojos cerrados pero, sin embargo, vio el rojo brillante cuando explotó la granada. Notó las llamas abrasadoras y luego entumecimiento.

Olió a pelo quemado, a polvo y a cordita caliente, y él se caía rodando, rodando, junto con Heard, hasta que los dos quedaron sentados derechos y mirándose el uno al otro.

—¿Estás bien? —preguntó Heard al cabo de un largo momento.

—Sí, pero me he quedado sin arma.

Stebbins gateó hasta su posición en busca del arma. La encontró hecha trozos. Había un cañón pero ningún guardamanos. El aire estaba todavía cargado de polvo; notaba que éste le subía por la nariz, se le metía en los ojos y en la boca. También notaba sabor a sangre. Imaginó que se había roto el labio.

Necesitaba otra arma. Con la intención de recuperar el rifle de uno de los heridos, se puso en pie para dirigirse a la puerta del patio donde se habían refugiado los chicos D, pero volvió a caerse. Parecía que se le habían dormido la pierna y el pie izquierdos. Después de haberse caído por segunda vez, se dirigió al patio despacio, arrastrando la pierna. En la puerta estaba su compañero que le decía a uno de los chicos D:

—Mi amigo Steb está todavía ahí afuera.

Stebbins le puso una mano en el hombro.

—Brian, estoy bien.

Wilkinson sujetó a Stebbins, cuyo aspecto daba miedo. Estaba sucio y cubierto de polvo y tierra, tenía los pantalones quemados casi por completo y sangraba de unas heridas tanto en la parte superior como inferior de la pierna. Estaba aturdido y no parecía haberse percatado de las heridas sufridas.

—Sólo necesito sentarme unos minutos —dijo—. Luego estaré bien.

El enfermero ayudó a Stebbins a llegar cojeando hasta el cuarto trasero donde habían congregado a los demás heridos. Estaba oscuro, y Stebbins olió a sangre, a sudor y a orina. La RPG que había explotado fuera había hecho que en la casa se prendiera fuego por un momento y, como consecuencia, había una gruesa capa de humo negro que pendía del techo hasta media altura. La ventana estaba abierta para airear la estancia y todo el mundo se sentaba en el suelo. Había tres somalíes apiñados los unos contra los otros en un sofá. Rodríguez estaba en la esquina gimiendo y respirando de forma entrecortada y sonora. Llevaba el gota a gota conectado en el brazo y aquellos pantalones hinchables especiales en torno a sus piernas y caderas. «Jodido el que ha lanzado esa mierda de disparo», pensó.

Heard estaba discutiendo con el enfermero:

—Mira, sólo tengo un pequeño arañazo en la muñeca. Estoy bien. De verdad. Con una venda pasaré y podré seguir.

Los somalíes se pusieron en el suelo y Wilkinson tumbó a Stebbins en el sofá, luego empezó a cortarle la bota izquierda con unas enormes tijeras.

—¡Eh, las botas no! —se quejó el herido—. ¿Por qué lo haces?

Suave y lentamente, Wilkinson retiró la bota junto con el calcetín, y Stebbins se quedó pasmado al ver un trozo de metal del tamaño de una pelota de golf metido en el pie. Hasta aquel momento no había advertido que había sido alcanzado. Había notado que tenía los pantalones quemados y chamuscados pero, entonces, gracias a la luz blanca del enfermero, vio que los pedazos descamados y ennegrecidos que recorrían la pierna, ¡eran piel! No sentía dolor, sólo entumecimiento. El fuego de la explosión había cauterizado al instante todas sus heridas. Vio que tenía toda la parte izquierda del cuerpo quemada.

Uno de los chicos D asomó la cabeza por la puerta y señaló la luz blanca de la linterna.

—Eh, tío, tienes que apagar esa linterna —dijo—. Fuera está oscuro y debemos ir con mucho tacto.

A Stebbins le hizo gracia la palabra, «tacto», pero luego pensó en ello —tacto, tácticas—, y tenía mucho sentido.

Wilkinson apagó la luz blanca y encendió una linterna roja.

Stebbins echó la mano atrás para buscar los cigarrillos en su mochila, descubrió que el paquete también se había quemado. Wilkinson vendó el pie a Stebbins.

—Se ha acabado la acción para ti —le dijo—. Escucha, ahora lo notas dormido, pero luego te dolerá. Sólo puedo darte una pastilla de Percocet. —Se la dio junto con un poco de agua yodada en una taza. También le alargó un rifle—. Aquí tienes un arma. Puedes cubrir esta ventana.

—De acuerdo.

—Pero como tu consejero sanitario, creo mi deber advertirte que los narcóticos y las armas de fuego no van bien juntos.

Stebbins se limitó a sacudir la cabeza y sonreír.

Procedentes de la callejuela, le seguían llegando distintos ruidos por la ventana. Sin embargo allí no había nadie. Sus nervios le jugaban una mala pasada. En una o dos ocasiones, gritó aterrorizado y disparó unas cuantas ráfagas a través de la ventana, pero no eran más que sombras.

Los disparos de Stebbins, así como la explosión esporádica de una RPG contra el muro exterior, sacó a Rodríguez de su inconsciencia. Lanzó una carcajada y gritó por la ventana que los somalíes eran unos tiradores malísimos. Por muy grave que fuera su herida, no sentía dolor, sólo se notaba incómodo. Le preguntó a Wilkinson un par de veces si le iba a reducir un poco la presión. El enfermero contestó que no.

Se acercó uno de los chicos D y le preguntó a Stebbins de dónde procedía la RPG que le había dado, ¿de qué dirección? Stebbins no podía decirlo con certeza.

—Creo que de la parte oeste, calle abajo —contestó.

No obstante, aquella era la dirección hacia donde él miraba, y él tenía todas las heridas detrás. Stebbins recordó entonces que se había vuelto y mirado hacia atrás cuando había visto que el proyectil iba hacia él. Debía de haber llegado desde detrás de él.

—No, del este. Pero no desde el lugar del helicóptero —dijo—. Desde más arriba de la calle.

Al final, se quedó allí sentado, con los pantalones destrozados, abrazado al rifle, escuchando la respiración jadeante de Rodríguez y a la mujer somalí que se quejaba, con palabras que él no entendía, de que su marido tenía las esposas de plástico demasiado apretadas. Cayó en la cuenta de que tenía que orinar con urgencia. Como no había lugar alguno adonde hacerlo, dejó escapar el líquido allí donde estaba sentado. Le sentó de maravilla. Miró a la familia somalí y les dedicó una débil sonrisa.

—Lo siento por el sofá —les dijo.

El soldado David Floyd, todavía en la calle, le disparaba a todo aquello que se moviera. Al principio dudaba en tirar a la muchedumbre cuando ésta se apiñaba cuesta abajo en el sur, pero después de ver que le alcanzaban al Delta Fillmore, al teniente Lechner y a tres o cuatro camaradas, disparaba a todo aquel que se le pusiera a tiro. El mundo que lo rodeaba entraba en erupción y devolver los tiros parecía la única respuesta sensata. Pero por mucho que él o el especialista Melvin Dejesus acribillasen la parte inferior de la calle Marehan, el gentío seguía surgiendo. En la calle, todavía tumbado en el pequeño montículo en medio de ésta, el especialista John Collett hacía lo mismo. Estaban en el punto más al sur del perímetro y no sabían lo que ocurría alrededor del helicóptero siniestrado, y en ninguna otra parte. Cuando Floyd le disparaba a alguien con ráfagas de su SAW, veía que los cuerpos se retorcían, como si hubieran recibido una descarga eléctrica. Normalmente, sólo daban un par de pasos antes de desplomarse.

Una bala, un trozo de metal u otra cosa le alcanzó. Floyd se incorporó de un salto, pero de inmediato se dejó caer por miedo a quitarle la vista de encima a la calle que tenía delante, y descubrió que tenía los pantalones desgarrados desde la entrepierna hasta la bota, pero la bala ni siquiera lo había arañado. Era evidente que aquella había atravesado la pared de hojalata.

—¡Uf! —exclamó a la vez que miraba a Dejesus entre agradecido y asustado.

Le silbaban los oídos, pero por alguna razón aún podía oír. Dejesus empezaba a alucinar. Se estaba poniendo cada vez más nervioso y decía que no aguantaba más allí. Tenía que moverse. El y Floyd se habían sentido a salvo durante cierto espacio de tiempo agazapados detrás de la pared del cobertizo situado en el lado oeste de la calle y envuelto en sombras, pero cuando oscureció, Dejesus ya no aguantó agachado. Estaba de pie y saltaba arriba y abajo. Decía que necesitaba hacer algo. Tenía un mal presentimiento. Había de estar en otro sitio. ¡Enseguida!

Floyd tuvo ganas de abofetearle.

—¡Quieres dejar el culo quieto! —le gritó.

Mientras, al otro lado de la calle Marehan los hombres les hacían señas para que se metieran en el patio. El capitán Steele había desistido de alcanzar a los tenientes Perino y DiTomasso en la manzana siguiente. Quería que todos los hombres en el extremo sur del perímetro se reuniesen en el patio. Ya había tres equipos Delta y un buen número de heridos en el pequeño espacio, entre ellos Neathery y Errico, ambos con heridas de bala en el brazo, y Lechner, que aullaba por el dolor que le causaba la destrozada parte inferior de la pierna derecha. Goodale seguía intentando comunicarse por radio mientras un enfermero le introducía Curlex en la herida de la nalga. El patio era un paraíso, pero la amplia calle que lo separaba de Floyd, Dejesus,

y de los otros miembros de la Tiza Tres aparecía amenazante como un abismo infranqueable.

Uno a uno, echaron a correr en su dirección. El soldado George Siegler fue el primero. Luego Collett se incorporó de un salto del lugar que ocupaba en medio de la calle y corrió hasta la puerta. El soldado Jeff Young, cuyas gafas le saltaban en la nariz y cuyas piernas se elevaban mucho, fue el siguiente en cruzar corriendo. A cada hombre, Floyd y Dejesus, que habían vuelto a agacharse, disparaban hacia el sur para proporcionar fuego de cobertura. Al final, sólo quedaron Floyd y Dejesus.

—Ahora vas a cruzar tú —le dijo Floyd a su compañero.

Dejesus asintió.

—Pero, ven y escúchame. Cuando hayas cruzado, no entres por la puerta, ¿entiendes? Te das media vuelta y empiezas a disparar, porque apenas hayas cruzado me tocará a mí. ¿De acuerdo?

Dejesus asintió de nuevo. Floyd no estaba muy seguro de que lo hubiera entendido.

Debió de haber disparado unos cincuenta tiros mientras Dejesus corría. Y su amigo no lo olvidó. Antes de entrar en el patio, Dejesus se volvió, se apoyó sobre una rodilla y empezó a disparar. Conforme corría, Floyd tenía la sensación de tener plomo en las botas. Los pantalones rotos se agitaban en torno a él como si fuera una falda y, como no llevaba calzoncillos, se sentía desnudo en más de un sentido mientras sus piernas se movían por la calle. Le parecía que, mientras corría, la puerta del patio retrocedía.

Pero lo consiguió.

Una hora antes, al otro lado de la ciudad, en el aeródromo de los Rangers, habían llegado los camiones procedentes del convoy perdido cargados con los heridos y los muertos. Era el tipo de catástrofe para la cual el mayor Rob Marsh se había preparado desde hacía mucho tiempo, siempre con la esperanza de que él nunca lo vería. Se alistó en el Ejército en 1976 como enfermero de los Boinas Verdes, y luego ingresó en la Facultad de Medicina de la Universidad de Virginia. Su padre, John Marsh, era por aquel entonces ministro de las Fuerzas Armadas. Marsh era cirujano de las Fuerzas Aéreas en Texas cuando conoció al general Garrison. Los dos hicieron buenas migas desde el principio. Unos años más tarde, siendo ya comandante de la Fuerza Delta, Garrison le propuso a Marsh el puesto de cirujano de la unidad (sin duda consciente de la conexión familiar). Ante el temor de que la oferta tuviera más que ver con su padre que con su destreza como cirujano, Marsh rechazó la oferta. Pero cuando volvió a proponérselo un año más tarde, aceptó. Desde entonces, ocho años atrás, no había dejado de ser el médico de la unidad.

Una de las innovaciones que más orgullo podía producirle eran cuatro cajas médicas grandes, de hecho unos baúles de un metro veinte por sesenta centímetros, que contenían bolsas de suero gota a gota, gasas, vendas, vaselina, agujas, sondas... todo lo necesario para el tratamiento inicial de las heridas. En lugar de llenar los baúles con todo el equipo de forma indiscriminada, Marsh y sus hombres habían organizado quince bolsas Ziploc separadas en cada uno, cinco paquetes para los heridos graves y diez para las heridas menores. La idea era calibrar la gravedad de una herida y luego seleccionar el paquete adecuado. Marsh había visto hacer esto al ejército británico durante la guerra de las islas Malvinas. Hacía años que los Delta llevaban siempre consigo los baúles, no siempre de buena gana. Los oficiales se quejaban del espacio que ocupaban en las plataformas de carga, y en más de una ocasión habían intentado deshacerse de ellos. Por lo que Marsh había visto, eran siempre los oficiales con experiencia bélica real como Garrison quienes salían en defensa de salvar sus baúles. Y aquel día, por primera vez, los necesitaban.

Marsh había estado rondando por el Centro de Operaciones toda la tarde desde que la misión empezara a hacer aguas. Al principio, Garrison había permanecido apartado, sin dejar de mascar su puro apagado y escuchando y observando con tranquilidad. No era propio de él estar interfiriendo continuamente. Algunos de los altos mandos insistían en mangonearlo todo, pero a Garrison eso no le gustaba. Cuando se inició aquel despliegue, el general pronunció un breve discurso durante el cual explicó que, por primera vez en su carrera, estaba al mando de unos hombres a quienes, en su opinión, no necesitaba dirigir. Sabían cómo mandarse a sí mismos. Garrison les dijo que su trabajo consistía sólo en proporcionarles todo lo que

necesitaran y permanecer fuera de su camino. Sin embargo, cuando la situación empeoró, el general se desplazó a la parte delantera de la sala.

Marsh tuvo que abandonar el Centro de Operaciones para atender al soldado Blackburn, quien no se había roto el cuello al caer del Black Hawk como temía el enfermero. El joven ranger había sufrido un traumatismo en el cráneo y el cuello, y tenía algunos huesos rotos. Marsh lo estaba atendiendo cuando le llegó la noticia de que se había estrellado un Black Hawk en la ciudad. Regresó al Centro de Operaciones para enterarse mejor y se encontró allí con un buen revuelo. Los comandantes parecían estar pegados a las pantallas de televisión. Garrison se había involucrado por completo. Estaba claro que la situación se había descontrolado.

Avisaron al hospital militar de campaña situado en la embajada de Estados Unidos a fin de que se preparase para recibir heridos. Discutieron la posibilidad de enviar a los hombres allí, pero al final se decidió llevar a cabo una primera cura en la tienda de campaña de Marsh. Estaba preparado. Contaba con dos cirujanos, un enfermero anestesista y dos médicos ayudantes. Los enfermeros de las instalaciones quirúrgicas móviles pertenecientes a la Fuerza Aérea y situadas en un anexo, se prestaron voluntarios para ayudar. Se instaló un área de selección fuera de la tienda. Los casos más urgentes pasaban dentro. Los que podían aguardar se colocaban detrás, en una zona de espera. A los que estaban en estado crítico, próximos a la muerte y más allá de toda ayuda, se les llevaba a un lugar apartado cerca de la ambulancia, alejados de los otros heridos. Marsh decidió que la ambulancia de su unidad sería para los muertos. Allí hacía fresco y los cuerpos estarían a la sombra y fuera de la vista. El cuerpo de Pilla ya estaba allí.

Cuando el convoy se detuvo aquello parecía una escena sacada de un horripilante cuadro medieval. La parte posterior de uno de los camiones de cinco toneladas se abrió a una masa de hombres que sangraban, gritaban y gemían. Griz Martin estaba sentado a un lado y, aparte de tener las piernas destrozadas, se sujetaba las entrañas con las manos, consciente pero aturdido. En muchos de los casos ni siquiera había tiempo de aplicarles un simple vendaje a los heridos. Marsh sólo disponía de unos segundos para emitir su juicio mientras los camilleros sacaban a los heridos. El soldado Adalberto Rodríguez, que había volado por los aires y a quien luego habían atropellado, fue llevado al interior de la tienda. A un sargento Delta, con la pantorrilla izquierda arrancada de un proyectil, lo trasladaron detrás para esperar. El sargento Ruiz entró en la tienda de campaña con una herida en el pecho que le supuraba. Algunos heridos rangers parecían idos. Daban vueltas por la zona de espera renqueando. Marsh observó que todos llevaban sus armas. Pidió al capellán que empezase a reunir a los muchachos y hablase con ellos.

El enfermero Delta, sargento primero Don Hutchinson, planteó a Marsh el estado de Griz. Hutch y Griz estaban muy unidos.

—Está muy malherido, doctor.

Otros chicos D se habían acercado para estar con Griz, quien se hallaba semiinconsciente a causa de la herida que, a juicio de Marsh, era mortal. Se había quedado sin la zona central de cuerpo y, cuando Marsh trató de darle la vuelta, vio que toda la parte posterior de su pelvis había desaparecido. Griz estaba en un nivel tres, yendo a cuatro, en estado de conmoción. El color había desaparecido de su rostro. Era evidente que había perdido gran cantidad de sangre. Resultaba asombroso que todavía estuviera vivo, y mucho más semiinconsciente, pero cuando Marsh le tomó la mano, Griz se la estrechó más fuerte de lo que nunca le habían apretado. Habría debido calificarlo «crítico» o de muerte segura, y mandarlo junto a la ambulancia, pero como todos aquellos muchachos de la unidad se habían reunido allí y le presionaban, le urgían a que hiciera algo, Marsh se vio obligado a actuar. Estaba seguro de que era inútil, pero de todas formas Griz tenía suerte de contar con todo aquel apoyo.

Marsh envió a la tienda de campaña al soldado Kowaleski, el conductor ranger a quien la RPG que no había estallado le había penetrado en el pecho. Aunque resultara extraño aún daba señales de vida. Dentro, el capitán Bruce Adams, general cirujano, examinó el cuerpo destrozado del soldado y se estremeció ante el panorama que encontró. Kowaleski había perdido el brazo izquierdo (uno de los enfermeros de las Fuerzas Aéreas lo encontró, para su horror, en el bolsillo de los pantalones donde lo había colocado el especialista Hand). Mientras un enfermero le retiraba la ropa, Adams trató de restablecerle la respiración. Encontraron la herida por donde había entrado la RPG a un lado del pecho y, cuando levantó un trozo de piel bajo el brazo derecho, Adams vio el afilado extremo anterior de la granada.

Marsh se acercó para un segundo y rápido diagnóstico y dijo a Adams:

—Este chico está en estado crítico. No pierdas más tiempo con él.

El sargento primero Randy Rymes, experto en municiones, había sido asignado para llevar a los agonizantes a la parte de atrás. Fue él quien advirtió que Kowalewski tenía una bomba activa metida en el pecho. El detonador estaba en la punta, justo bajo el brazo derecho. En lugar de llevarlo junto a la ambulancia, Rymes y otro soldado construyeron un búnker con sacos de arena y colocaron el cuerpo del moribundo dentro. A continuación, Rymes se tumbó boca abajo junto al búnker y alargó la mano para retirar delicadamente la punta de la granada de bajo la piel del hombre.

Mientras tanto, los comandantes del Centro de Operaciones observaban horrorizados a los triunfantes somalíes que invadían el lugar donde estaba el segundo helicóptero siniestrado, el de Durant, y recibían llamadas histéricas para que enviaran un helicóptero para evacuar a Smith y a Carlos Rodríguez del sitio donde se había estrellado la primera aeronave. Tenían a noventa y nueve hombres atrapados en la

ciudad y ninguna fuerza de rescate en camino. Sabían que sería temerario mandar otro Black Hawk a la zona para evacuar a los dos rangers heridos de gravedad. La intensidad del fuego era mucho mayor allí que en cualquier otro lugar de Mogadiscio, y los somalíes ya habían derribado cuatro Black Hawks. Garrison contaba con pilotos dispuestos a intentarlo, pero carecía de sentido que mataran a más hombres por salvar a dos.

Hasta aquel día, había resultado fácil creer que Aidid, el señor somalí de la guerra, careciera de un amplio respaldo. Pero aquella lucha se había convertido en algo semejante a un levantamiento popular. Parecía que toda la ciudad quería ayudar a matar a los estadounidenses. Quemaban barricadas en todas partes. Era obvio que Aidid y su clan habían estado esperando el momento oportuno, aquél. En el segundo helicóptero siniestrado, visto desde arriba, no había señales de Shughart, Gordon, Durant o la tripulación del *Súper Seis Dos*, sólo un gentío muy activo de excitados somalíes que acudían en tropel hacia el helicóptero. Hubo un rayo de esperanza cuando los helicópteros de observación detectaron los faros localizadores que Durant y su copiloto Ray Frank portaban en sus trajes de vuelo, pero aquello duró poco pues no tardaron en darse cuenta de que los astutos milicianos de Aidid habían arrancado los faros a los pilotos y corrían por toda la ciudad con ellos para despistar a los helicópteros.

En cuanto a los hombres de las inmediaciones del primer aparato siniestrado, no parecían tener problemas. Aquellos noventa y nueve hombres eran algunos de los soldados más duros del mundo. Su preparación era soberbia, iban bien armados y podían ser muy feroces. Se habían apoderado de aquel barrio y nadie se lo iba a quitar, mucho menos un ejército no armado de Mogadiscio.

A menos que se quedaran sin municiones, o que sucumbieran a la deshidratación. El helicóptero C2 empezó a llamar para pedir ayuda poco antes del anochecer.

—Necesitamos nuevas existencias... bolsas intravenosas, y agua... Por supuesto necesitamos que lleguen lo más deprisa que puedan. Nuestros chicos en tierra se están quedando sin municiones.

—Romeo Seis Cuatro [Harrell], *aquí* Adam Seis Cuatro [Garrison]. *¿Quiere que pongamos existencias en un helicóptero?*

—Si pueden. Metan suministros en un helicóptero. Intenten que vaya al aparato siniestrado del norte. Se están quedando sin municiones, frascos de suero y agua, cambio.

Pocos rangers se habían molestado en llevar consigo las cantimploras. Hacía varias horas que corrían y luchaban en medio de un calor sofocante. Si iban a tener que aguantar toda la noche necesitarían algo más que buena disposición y profesionalidad. Por consiguiente, incluso a riesgo de empeorar la situación, Garrison ordenó la intervención de un Black Hawk. Podían arrojar agua, municiones y material

médico, y, a ser posible, posarse y recoger a los dos rangers en estado crítico. En el Centro de Operaciones, la mayoría de oficiales creía que el helicóptero iba a ser derribado apenas despegase. O cabía también la posibilidad de un aterrizaje forzoso en plena calle Marehan. En cualquier caso, los hombres en tierra conseguirían la munición y el agua.

El Black Hawk *Súper Seis* pilotado por los suboficiales jefes Stan Wood y Gary Fuller, descendieron atravesando la oscuridad después de las siete de la tarde y guiado por las luces estroboscópicas infrarrojas colocadas en la amplia calle al sur del lugar del accidente. Mientras descendía el helicóptero, el fuego de ametralladora se recrudeció en los puntos situados alrededor del perímetro ranger, y empezaron a volar las RPG. Los hombres que estaban dentro de patios y casas se extrañaron de lo cerca que se producía el tiroteo de donde se hallaban, en algunos casos al otro lado de los muros. Los remolinos producidos por los rotores del Black Hawk levantaban una violenta tormenta de arena.

Se mantuvo suspendido por espacio de unos treinta segundos, de los cuales, en lo que respectaba al sargento Howe, sobraban veintiocho. Temió que los fuera a aplastar y contuvo el aliento mientras el ensordecedor aparato se cernía sobre la manzana. El sargento primero Delta Alex Szigedi, que había sobrevivido al convoy perdido un rato antes aquella misma tarde, se apiñaba en la parte posterior del helicóptero con otro operador para arrojar por la borda las bolsas con los botiquines que contenían agua, munición y suero. El helicóptero estaba siendo acribillado a balazos. Alcanzaron a Szigedi en el rostro. Las balas agujerearon las paletas del rotor y el motor, que empezó a perder líquido. Una ráfaga atravesó la caja de engranajes. El *Súper Seis* siguió volando. Cuando se elevó y alejó, los hombres se apresuraron a salir de los edificios para recoger los suministros.

En el Centro de Operaciones, oyeron a Wood que anunciaba, con voz tranquila:

—*Reabastecimiento completado.*

La tropa inmovilizada había recibido suministros para la noche.

El combate continuaba con toda su crudeza en tres manzanas del centro de Mogadiscio. La manzana situada al sur del helicóptero siniestrado estaba ocupada en dos puntos. El equipo CSAR y los rangers de la Tiza Dos del teniente DiTomasso, treinta y tres hombres, se habían desplazado a través de la pared que el *Súper Seis Uno* había derrumbado en su caída. Empezaban a extenderse hacia el sur ocupando habitaciones y patios adyacentes. Abdiaziz Alí Aden seguía escondido en una de aquellas habitaciones interiores. El teniente Perino había conducido a sus hombres hasta un patio situado en la misma manzana a través de una puerta al lado este de la calle Marehan. El y ocho soldados estaban agrupados donde el sargento Schmid atendía al cabo Smith, quien se apagaba poco a poco. Si bien no les separaba más que un metro, Perino no sabía aún con certeza dónde estaba el helicóptero derribado o a qué distancia se hallaba de DiTomasso. El capitán Miller y su contingente de chicos D y de heridos rangers se encontraban en el patio que Howe había habilitado en el lado oeste de la calle Marehan. Los veinticinco hombres de Miller se habían dispersado por aquella manzana y guarecido en habitaciones que daban al patio. La tercera manzana estaba al otro lado de una amplia callejuela situada al sur y en el mismo lado de la calle de Perino. Allí, en el patio donde se habían refugiado poco antes, el capitán Steele y tres equipos Delta seguían inmovilizados por no poder abrirse paso hacia el aparato siniestrado.

La distribución tosca de las fuerzas resultaba problemática. A los pilotos de los Little Birds, los que realizaban frecuentes pases para peinar la zona con disparos, les costaba cada vez más separar con claridad sus posiciones de las del enemigo. Desde el Black Hawk C2, el teniente coronel Harrell le pidió por radio al capitán Miller:

—*Scotty, ¿podrías reunir a todo el mundo en un perímetro pequeño y cerrado? Para nosotros es un problema que los muchachos estén dispersos. Y marcad vuestras posiciones. Debemos saber con exactitud dónde estáis. ¿Hay algún modo de hacerlo? Cambio.*

Miller explicó que Steele era reacio a desplazarse hacia arriba, y que los equipos Delta que estaban con Steele también se hallaban inmovilizados a causa del intenso tiroteo.

—*Roger, sé que es muy duro y que estáis haciendo cuanto podéis, pero tratad de reunir a todo el mundo en un solo sitio y que haya un solo interlocutor en ese lugar.*

Miller transmitió la petición a los jefes acorralados junto con Steele. Luego, antes de anochecer, ordenó al sargento Howe que se desplazara al otro lado de la calle Marehan para introducirse en el patio de enfrente y cubrir la calle. A Howe le pareció una idea pésima. No aportaba nada para mejorar su posición. Había permanecido afuera en la calle por espacio de largos períodos durante la tarde y tenía su propio

plan. Steele y los otros inmovilizados en el extremo de aquel perímetro tan tosco debían desplazarse hacia arriba y concentrarse con ellos. De esta forma se acortaría la pata larga de la L, conseguirían una sola y fuerte posición que defender y proporcionarían a los Little Birds un área de una manzana claramente definida alrededor de la cual poder trabajar. Podrían establecer posiciones de fuego fuertes y engranadas en cada una de las esquinas clave, tanto delante y detrás del helicóptero abatido, como en el extremo sur de la manzana. Después de haber inspeccionado la parte exterior, Howe había visto tres edificios que podían tomar por asalto y ocupar, para extender su perímetro de fuego. Una casa de dos plantas situada en la esquina noroeste del cruce cercano a la cola del helicóptero habría proporcionado una plataforma de tiro susceptible de hacer retroceder a los tiradores somalíes unas cuantas manzanas al norte. En opinión de Howe era tan obvio que aquel era el camino a tomar que le sorprendía que los comandantes de tierra no lo hubieran puesto en práctica todavía. Por el contrario, Howe veía que estaban agobiados. Lo habían seguido hasta el patio y se habían apropiado del sitio, de la misma forma que Steele ahora se establecía en una posición inútil alejada en el sur. Toda la instrucción recibida por Howe suponía que para sobrevivir era básico fomentar el espíritu de seguir adelante a pesar de todo. Se debía evaluar constantemente la posición y trabajar para mejorarla.

Howe era consciente de que no valía la pena discutir. Él y tres hombres de su equipo cruzaron corriendo la calle en grupos de dos. Irrumpieron por la puerta frontal en una casa de dos habitaciones que se dispusieron a desalojar. No había nadie. A través de una ventana enrejada situada en la parte posterior, Howe vio a Perino y su grupo. Uno de los hombres de Howe rompió los barrotes y derribó con toda facilidad la débil pared de piedra para abrir un paso que comunicara con los otros. Perino y Schmid sujetaron al moribundo cabo Smith a una tabla y lo metieron en la habitación por la ventana. Allí estarían protegidos de las granadas lanzadas por encima de las paredes.

Howe opinaba que su posición era un asco. Desde la puerta de entrada, sólo veía las esquinas de los callejones del sur y del norte. En lugar de extender el campo de fuego, ¿no veía más de veinte metros en cada dirección!

Con sólo escuchar las preguntas y las órdenes que se gritaban por la radio, Howe tenía la sensación de que quienes estaban al mando andaban muy despistados. Ocurrían demasiadas cosas. Lo veía en sus rostros. Sobrecarga emocional. Cuando eso sucedía era posible ver los ojos empañados de los hombres. Se encerraban en sí mismos. Se volvían reactivos.

Como ejemplo, los tan ponderados Rangers. Muchos estaban combatiendo pero nadie les decía lo que debían hacer y, con toda certeza, ellos no lo sabían. La mayoría estaban escondidos en cuartos traseros de la casa situada a una manzana al sur, junto

con Steele, su comandante, a la espera de ver cuál iba a ser el siguiente paso. Howe suponía que en aquella casa había más de dos docenas de hombres capaces y varias armas pesadas. ¿Qué demonios hacían? Parecía que por lo menos en esto tanto él como Miller e incluso los comandantes de los helicópteros estaban de acuerdo. Steele y sus hombres debían recoger a los heridos y desplazarse cincuenta metros cuesta abajo para consolidar el perímetro y unirse a la maldita lucha. Pero Steele no se movía. Daba la impresión de que los rangers veían a los chicos D como a sus hermanos mayores y que, como sus hermanos mayores estaban allí, todo iba a ir sobre ruedas.

El fuego se calmó después de que saliera la luna. Ésta proyectaba difusas sombras en la calle. El Little Bird encargado de peinar la zona con proyectiles iluminaba el cielo con balas trazadoras y cohetes. El metal de las metralletas llovía sobre los tejados de latón como si alguien golpeará el lateral de un cubo metálico vacío. Aún había cuerpos de somalíes en medio de la calle. Howe observó que los *sammies* se llevaban arrastrando a sus heridos y muertos con gran pericia. Sin embargo, dejaban los cuerpos en el mismo sitio a menos que éstos estuvieran en medio de la calle. Con las armas, lo mismo. Si había un arma en el suelo, acababa desapareciendo si no estaba rota. Eran unos luchadores callejeros muy listos. A pesar suyo, Howe sentía una admiración profesional. Eran disciplinados y suplían la falta de armas sofisticadas y tácticas con determinación. Sabían ocultarse muy bien. Por regla general, todo lo que uno veía de un tirador era el cañón del arma y su cabeza. Cuando cayó la noche y los aficionados se fueron a casa, el fuego se volvió menos frecuente pero más certero.

Poco después de salir la luna, Howe se sobresaltó ante unas voces altas procedentes del otro lado de la esquina norte de su puerta, donde Stebbins y Heard habían sido heridos. Primero pensó que se trataba de los rangers. ¿Quién más podía ser tan bruto como para hablar tan alto en medio de la calle? Pero se suponía que todos ellos estaban reclusos en edificios. Se quitó uno de los tapones para el oído y prestó atención. Las voces hablaban somalí. Se debían de haber quedado medio sordos, como todo el mundo, a causa de las explosiones y no advertían lo fuerte que estaban hablando. En ocasiones, los combatientes necesitaban dos o tres días para recuperar el oído por completo. Cuando tres somalíes doblaron la esquina, uno de los chicos D que estaba al otro lado de la calle alumbró al que iba en cabeza con una linterna. Como un mapache sorprendido en un cubo de basura, sus ojos se abrieron de par en par. Howe descansó el rifle en la jamba de la puerta, apuntó al segundo hombre y empezó a disparar el arma automática a fondo ampliando el campo de tiro al tercer hombre mediante un movimiento suave. Los tres somalíes se agacharon de golpe. Dos de ellos lograron ponerse en pie y arrastraron al tercero hasta volver a doblar la esquina.

Howe y los otros operadores los dejaron marchar. No querían exponer sus posiciones de tiro con más fogonazos. Howe volvía a estar disgustado con su munición de 5,6. Cuando derribaba a un hombre, quería que éste no volviera a levantarse.

Cuando Steele y sus hombres se guarecieron en el patio la confusión era total. El ruido terrible: disparos, explosiones de granadas, rotores de helicópteros, llamadas radiofónicas, hombres que gritaban, lloraban, gemían y se chillaban los unos a los otros en un intento de oír por encima del estruendo, cada uno con una necesidad más perentoria que el anterior. El aire estaba lleno de humo, pólvora y polvo. El pobre teniente Lechner tenía destrozada la pierna derecha, le sangraba a mares y vociferaba de dolor. El patio debía de tener cinco metros de ancho por seis de largo. Entrando a la derecha había dos habitaciones, otras dos a la izquierda y enfrente había un porche cubierto y al que una vistosa celosía de cemento separaba de la mitad abierta del patio. La primera habitación a la izquierda estaba llena, desde el suelo hasta el techo, de neumáticos. En la primera de la derecha estaba la familia que vivía allí. Les habían registrado, esposado y colocado en un rincón. Steele tenía a cinco hombres heridos detrás de la celosía. Dos de ellos, Goodale y Lechner, ya no podían caminar. Los enfermeros seguían atendiendo a Lechner. Steele tenía tres grupos de chicos D mezclados con sus hombres y ninguno le prestaba atención, lo que complicaba todavía más la situación.

En un momento dado, los chicos D hablaron de sacar una ametralladora a la calle, fuera de la puerta del patio. Todos llevaban rifles. El especialista Collett escuchaba nervioso cómo discutían. Él era un artillero de SAW, y el único ametrallador que no había sido herido. Si mandaban a alguien fuera, sería a él. Se había pasado más de una hora agazapado detrás de una piedra en medio de la calle Marehan y ahora que por fin estaba felizmente a cubierto, lo último que quería era volver a salir. Lo haría, pero tenía miedo.

—No pienso mandar a nadie ahí afuera —les dijo Steele.

Collett lanzó un silencioso suspiro de alivio.

Steele gritó a su sargento primero, Sean Watson, que fuera a ver si había alguna puerta trasera en la casa. Pensaba que, como el tiroteo delante era tan intenso, cuando se marcharan, sería preferible hacerlo por otra salida. Watson le dijo que no había puertas traseras.

Podía hablar por radio con sus tenientes, Perino y DiTomasso, pero no sabía con certeza la distancia que los separaba. DiTomasso se pasó unos minutos intentando orientar al capitán por radio, pero habían llegado procedentes de distintas direcciones y ninguno conocía el barrio; por consiguiente, la discusión no llevaba a ningún lugar. Steele tenía la impresión de jugar a aquel juego infantil donde cada uno debía ponerse ante una pizarra y hacer un dibujo según las instrucciones que le iba dando el profesor, siendo el objetivo del juego ver lo diferentes que salían todos los dibujos. De hecho, Steele no estaba a más de cincuenta metros de Perino, al cual sólo lo

separaba de DiTomasso una endeble pared interior de unos veinte centímetros de grosor. Podían haber estado a kilómetros de distancia los unos de los otros.

Por temor a que uno o más de sus hombres se hubiera quedado rezagado en medio de la confusión, Steele estaba desesperado por tener información de dónde habían ido a parar todos ellos. Les había perdido la pista al sargento Eversmann y a la Tiza Cuatro. Lo último que sabía era que les había ordenado dirigirse caminando al lugar del helicóptero siniestrado. No sabía que les había recogido el convoy de tierra y que luego las habían pasado moradas antes de regresar a la base, donde se hallaban en aquellos momentos. Perino y DiTomasso le habían dado una relación de quién estaba con ellos y Perino había visto que Rodríguez y Boren eran introducidos en el centro donde se hallaban congregados los heridos al otro lado de la calle Marehan. Pero ¿qué había sido de Stebbins y de Heard? Steele no contaba con una conexión radiofónica directa con el capitán Miller, por lo cual retransmitía sus peticiones de información al helicóptero C2, que a su vez las comunicaba a Miller.

—*Kilo Seis Cuatro [Miller], aquí Romeo Seis Cuatro [Harrell]. Él [Steele] está solicitando situación del ranger Stebbins y del ranger Heard. Cree que están con vosotros. ¿Puedes confirmarlo? Cambio.*

El helicóptero C2 informó debidamente a Steele:

—*Roger, Julieta, la respuesta es afirmativa. Tienen a esos dos rangers con ellos, cambio.*

Era una buena noticia. Pero nadie parecía saber el paradero de la Tiza de Eversmann. Steele empezaba a considerar el siguiente paso cuando Perino volvió a retransmitir sobre Smith. El capitán sabía que era inútil seguir pidiendo que mandaran otro helicóptero, pero también que no era él quien estaba cubierto con la sangre de Smith, viendo cómo la vida del joven se desvanecía.

—*Voy a pedirlo, pero va a ser muy difícil que pueda aterrizar un helicóptero —*dijo Steele.

—*Delante tenemos un cruce muy amplio —*dijo Perino—. *Ahí puede posarse uno perfectamente.*

Steele se comunicó con la emisora de mando.

—*Romeo Seis Cuatro, aquí Julieta Seis Cuatro. Necesitamos transporte para evacuación AHORA. Tenemos un herido en estado muy grave que no va a poder resistirlo.*

Al cabo de unos minutos recibió la contestación.

—*Roger, comprendido. Vamos a insistir para que la QRF llegue allí tan pronto como sea posible. Dudo que podamos enviar un Hawks para que todo el mundo pueda ser evacuado, cambio.*

* * *

El enfermero Kurt Schmid había retransmitido una petición de sangre después de haber visto el grupo sanguíneo de Smith en la placa de identificación. Cuando se hubo marchado el Black Hawk con el nuevo abastecimiento, se acercó al jefe del equipo Delta, Paul Howe.

—¿Han mandado sangre?

—No —le contestó Howe.

Schmid se imaginó que debían de andar cortos de plasma después de tratar a todas las víctimas del convoy perdido. Había oído por la radio que en la base los médicos extraían sangre a donantes para poder atender las demandas.

Aunque pensaba que carecía de sentido, siguió atendiendo a Smith. Contaba con Perino y otros del patio se turnaban para hacer presión sobre la parte baja del abdomen y mantener la arteria femoral apretada. Al final el enfermero había cedido y le daba morfina a través del goteo intravenoso. El cabo se había calmado un poco. Aún estaba consciente, aunque pálido y distante. Había empezado a hacer las paces con la muerte. Perino creía que, aunque Smith estaba ahora tranquilo y débil, seguía alerta y tenía miedo. Hablaba de su familia. Su padre había sido ranger en Vietnam, y había perdido una pierna en combate. Su hermano pequeño, Mike, tenía previsto alistarse e ingresar en la academia Ranger. El gemelo de Mike, Matt, también quería alistarse. Jamie se había educado queriendo ser sólo eso de mayor.

Había jugado al fútbol americano y al *lacróse* en el instituto adonde asistió en el norte de Nueva Jersey y aprovechó lo suficiente las clases para graduarse, lo cual ya fue bastante para él. Ni los libros ni el colegio le habían interesado; sabía lo que quería ser. Nada pudo disuadirlo. Ni siquiera el miedo que su padre, también llamado James, intentó inculcarle explicándole con pelos y señales los horrores que había visto y vivido en Vietnam. Tres años atrás, cuando Smith estaba todavía en la instrucción básica, le había escrito a su padre: «Hoy, cuando volvíamos de comer he visto a dos rangers que caminaban por la zona de la compañía. El sueño de ser uno de esos tipos con uniformes desteñidos de campaña y gorra negra es lo que me ayuda a seguir adelante».

Smith pedía al enfermero que se despidiera en su nombre de sus padres y del resto de la familia, y que les dijera que pensaba en ellos mientras moría y que los quería. Rezaron juntos.

—Aguanta —le decía Schmid al cabo agonizante—. Estamos intentando sacarte de aquí. Hago todo lo que puedo.

De vez en cuando se alejaba del enfermo y le decía a Perino:

—Necesitamos ayuda. Se está muriendo.

Pero ¿cómo comunicar la urgencia con todo lo que pasaba? El abastecimiento había proporcionado más suero y Schmid lo suministraba al enfermo, pero el muchacho había perdido demasiada sangre. Necesitaba un médico y un hospital.

Aunque tampoco estaba claro que eso pudiera salvarlo. Apenas le quedaba un soplo de vida.

Cuando salió la luna, Steele se censuró por haber permitido que sus hombres no llevaran consigo los aparatos de visión nocturna. El, el inflexible tirano que era como un robot que seguía al pie de la letra los reglamentos Ranger, había descuidado aquella vez el procedimiento habitual por lo que parecían razones de peso; y en aquellos momentos luchaban por sus vidas, era de noche, y carecían de la ventaja tecnológica más significativa que tenían sobre el adversario. Como nunca, tenía allí la ilustración perfecta de por qué no se debía jamás dejar de lado el reglamento.

Sin embargo, en la base, parecía tan obvio que el sargento Goodale había ridiculizado al soldado Jeff Young por haberse siquiera atrevido a preguntar por ellos mientras se pertrechaban para marcharse.

—Young, piensa un poco. ¿Qué hora es?

—Casi las tres de la tarde.

—¿Cuánto han durado nuestras misiones?

—Unas dos horas.

—¿Es aún de día a las cinco?

—Sí, señor.

—Entonces, ¿por qué quieres llevarte los aparatos de visión nocturna?

Steele se sentía mortificado por su estupidez. En una hora o dos estaría oscuro como boca de lobo. Echó una rápida ojeada al patio para ver si alguien, tal vez por casualidad, llevaba los aparatos de visión nocturna. Nadie. Fuera de la puerta metálica medio entornada estaba oscuro como en una caverna. Desde donde se hallaba, en la segunda habitación situada en el extremo norte del patio (que parecía ser la cocina), Steele veía que la luz de la luna reflejaba el azul de los cañones, asomados fuera de las puertas, de las armas de sus hombres. Los fue llamando uno a uno para asegurarse de que ninguno se había quedado dormido.

Miller no sabía muy bien lo que ocurría manzana abajo. Después de transmitir su idea de que Steele y sus hombres se desplazaran hacia la parte superior de la pendiente, Steele había declinado el ofrecimiento de hablar con Miller por medio del auricular de uno de los chicos D. Desde la posición del mando Delta, no llegaba ninguna información sobre lo que pasaba con Steele. Había cierta preocupación de que el capitán estuviera herido, pues el mando Ranger había comunicado que el «elemento de mando» había sido alcanzado y nadie sabía si se refería a él (Steele había hablado de Lechner). Miller había retransmitido la petición de que Steele desplazara a parte de sus hombres, si no hasta el otro lado del cruce, hasta el edificio situado en la esquina de su manzana, donde podrían ayudar a cubrir el cruce sur. El responsable de los Ranger había oído la forma en que lo apremiaban desde el helicóptero de mando, argumentando que para los Little Birds sería más fácil realizar

sus pases para disparar si las fuerzas estaban en un perímetro más reducido. La idea de abandonar la relativa seguridad de su patio fortificado para volver a la calle no resultaba en absoluto atractiva; sin embargo, cuando el helicóptero C2 lo solicitó a su vez, Steele aceptó.

Comunicó con Perino por radio y le pidió que arrojase una bengala azul desde el patio donde se hallaba hasta la calle.

—Roger, ya está fuera —anunció el teniente.

Steele se asomó brevemente a la calle. Le sorprendió lo cerca que estaba la luz, sólo a una corta carrera calle arriba.

Volvió a comunicar con Harrell por radio.

—Vale. Hoo-ah.

Acto seguido se dirigió al sargento Watson para decirle que se preparase para el desplazamiento. Waston estaba aturdido.

—¡Uy, señor, no, no! —exclamó con voz débil—. Ni hablar.

Watson le explicó que consideraba que la idea era una locura. Apenas pusieran un pie en la calle, podían esperarse una lluvia de balas y de granadas. Tenían cinco hombres heridos, y a dos de ellos (Lechner y Goodale) había que llevarlos. Además, también debían acarrear el cuerpo de Fillmore. Si querían moverse deprisa, significaba cuatro hombres para cada litera, lo cual suponía un blanco importante para los artilleros somalíes. ¿Qué tenía de malo la posición que tenían? El fuego se había hecho menos violento e iba a resultar difícilísimo asaltar aquel patio. Si se quedaban donde estaban, contaban con un perímetro mayor. ¿Por qué moverse?

Los rangers escuchaban nerviosos la discusión. Como un solo hombre, tomaron partido por Watson. El soldado Floyd pensaba que Steele estaba loco de sugerir siquiera moverse. A Goodale no le gustaba en absoluto la idea de dar semejante paseo subido en una litera. Moverse resultaba innecesario y peligroso. Suponía ir a por más problemas cuando ya tenían un montón de ellos. Steele respiró profundamente y reconsideró el proyecto.

—Creo que tenéis razón —le dijo a Watson.

Discutió el asunto con los chicos D y luego llamó a Harrell por radio.

—Por ahora no vamos a poder movernos, no podemos con tantos heridos.

Fue una noticia frustrante para el capitán Miller. Nadie había dispuesto con claridad quién estaba al mando en tierra. Si una parte de los hombres de Steele se desplazaban aunque fuera sólo hasta el extremo de su manzana, conseguirían una mejor cobertura sobre la calle que los separaba. Harrell se negó a ordenarle a Steele que llevase a cabo el desplazamiento.

—*Si permanecéis separados no podré daros apoyo —le dijo Harrell a Steele—. Tú eres el jefe en tierra y tú tienes que decidir.*

Steele había tomado su decisión, no había más que hablar. Cuando uno de los

operadores volvió a ofrecerle sus auriculares para que pudiera hablar con Miller, los apartó mediante un gesto de la mano. Por consiguiente, en la práctica había dos fuerzas separadas inmovilizadas, y sus respectivos comandantes no se hablaban entre ellos.

Aunque Steele había decidido no moverse, Miller acabó desplazando a sus propios hombres. Steele se enfadó cuando los chicos D se disponían a marcharse. Si partían, iban a reducir en más de la mitad el número de hombres disponibles en aquella posición. Consideraba que carecía de sentido y observó la partida de Miller con una expresión de ¡anda y jódete! dirigida a él y a sus hombres. Pero no hizo nada para detenerlos.

Los operadores se pusieron en fila en el patio. Cuando el primer grupo formado por cuatro hombres se precipitó a la oscuridad, todo el barrio entró en erupción. Sonó como si la ciudad de Mogadiscio hubiera reaccionado de golpe para ver lo que ocurría. Al cabo de unos segundos, los cuatro chicos D irrumpieron de nuevo en el patio como rayos después de tropezar en el mismísimo borde metálico que había en el umbral y donde también se había dado Steele durante la tarde. Fueron a parar todos en tropel al suelo y los cañones de sus armas se enredaron unos con otros conforme se desenmarañaban.

Steele se sintió aliviado de que nadie hubiera resultado herido, y los observó reagruparse con moderada satisfacción.

—*Eh, capitán, tenemos que sacar a Smith de aquí. Está empeorando —volvió a pedir Perino por radio.*

—Roger —dijo Steele.

Sabía que estaba desahuciado, pero consideraba que le debía a Smith cuanto menos intentarlo. Volvió a conectar con la emisora de los mandos. Hizo un llamamiento a Harrell.

—*Romeo Seis Cuatro, aquí Julieta Seis Cuatro. Nuestro chico se está consumiendo deprisa. Hay un cruce amplio y adecuado como zona de aterrizaje aquí afuera.*

—*¿Puedes señalarla, Julieta? ¿Es bastante grande para que se pose un Hawks?*

Steele contestó que así era y que podía señalarla. Esperó la decisión unos instantes. Notó la frustración en la voz de Harrell cuando éste regresó.

—*Hemos mandado un Hawks allí para el abastecimiento y lo han acribillado tanto que el aparato está inservible. Creo que si mandamos otro MH [MH-60, un Black Hawk] sólo vamos a conseguir tener otro helicóptero abatido, cambio.*

—*Aquí Julieta Seis Cuatro. Roger. ¿Cuál es el tiempo aproximado de llegada de los vehículos blindados?*

No hubo respuesta por espacio de unos minutos. Steele volvió a llamar, consciente de que estaba presionando mucho.

—Romeo, aquí *Julieta*.

—*Adelante, Julieta*.

—Roger. ¿Tenéis un tiempo aproximado de llegada para mí?

—*Estoy trabajando en ello, mantente a la espera* —replicó Harrell, en cuya voz se notaba la irritación.

Steele oyó entonces que este último intercedía por él en el Centro de Operaciones.

—*Tenemos dos heridos graves [Carlos Rodríguez estaba también en estado crítico] que se van a morir si no los sacamos de allí. No creo que sea bastante prudente enviar un helicóptero. ¿Pueden conseguir un tiempo aproximado de llegada para la fuerza terrestre de reacción? Cambio.*

Luego, unos minutos más tarde:

—*Si la QRF no llega pronto, tendremos unos muertos en acción en lugar de unos heridos en acción. ¡Que ese general de brigada [Greg Gile, el comandante de la 10.^a División de Montaña] haga mover el culo a su gente!*

Desde el punto de vista de la comandancia, aparte de la situación lamentable de Smith y de Rodríguez, no tenía mucho sentido volver precipitadamente a meterse en la boca del lobo. Debido a las barricadas y a las emboscadas que habían hecho regresar a los convoyes previos, los comandantes consideraban que el siguiente tampoco iba a contar con mayores posibilidades. Tenían previsto volver pero con una tropa importante, con cientos de hombres conducidos por tanques paquistaníes y camiones blindados malasio. Pero llevaría tiempo reunir y organizar esta fuerza. Dijeron a Harrell que tardarían como mínimo una hora (de hecho precisaron tres) para ponerse en marcha. Harrell informó a su vez:

—*No podrán estar allí hasta dentro de una hora. Creo que tardarán algo más de una hora.*

Steele le dijo que una hora era demasiado tiempo. El comandante de las Fuerzas Aéreas explicó:

—*Roger. Me gustaría mandar un helicóptero pero me temo que si lo hago lo único que vamos a conseguir es perder otro aparato, cambio.*

Nadie quería dar por desahuciados a los dos jóvenes soldados. En el Centro de Operaciones, los generales volvían a considerar la idea de que aterrizase un helicóptero para evacuar a Smith y a Rodríguez. Los pilotos estaban dispuestos a intentarlo. Preguntaron de nuevo a Miller y a Steele si podían asegurar que había una zona de aterrizaje para que el Black Hawk pudiera posarse y volver luego a despegar. Perino salió y lo consultó con el sargento Howe, quien le dijo que un helicóptero podía aterrizar, pero estaba seguro de que no iba a conseguir salir de allí.

Se consultó al puesto de mando Delta del capitán Miller. Éste contestó:

—*Podemos tratar de asegurar un lugar, pero hay RPG por todas partes. Va a ser muy difícil que un helicóptero pueda llegar y luego marcharse. Me temo que sólo*

vamos a conseguir perder otro aparato.

De mala gana, Harrell transmitió el veredicto.

—Vamos a tener que aguantar como podamos con los heridos y confiar en que la fuerza terrestre de reacción llegue a tiempo.

Steele comunicó la mala noticia a Perino.

—Es demasiado arriesgado —le dijo.

Al cabo de poco rato, Smith empezó a hiperventilar y luego se le paró el corazón. El enfermero Schmid utilizó todos los recursos de emergencia a su alcance. Intentó la reanimación cardiopulmonar en varias rotaciones, compresiones y ventilaciones, luego inyectó drogas en el corazón del ranger. No sirvió de nada. Había muerto.

Harrell seguía insistiendo para que acudiese la fuerza terrestre de rescate.

—Tenemos a unos muchachos que van a morir si no los sacamos de aquí, y no es posible que venga un helicóptero, cambio.

Eran alrededor de las ocho cuando Steele recibió otra llamada por radio de Perino.

—No se preocupe más por el transporte, señor. Es demasiado tarde.

Steele transmitió la noticia a la emisora de mando.

—Uno de los heridos graves se ha convertido en muerto en acción.

* * *

La muerte de Smith afectó en gran manera al enfermero Schmid. El cabo había pasado de ser un ranger alerta y fuerte que se quejaba de estar herido a ser un hombre muerto en las manos del enfermero.

Como era el enfermero jefe en aquella posición, tenía otros hombres a quienes atender y no le quedó tiempo para obsesionarse, pero la prolongada agonía de Smith y su posterior muerte lo iban a atormentar durante años. Manchado todavía con la sangre de Smith, se hizo cargo de los demás. Se sentía agotado, frustrado y deshecho. ¿Había sido culpa suya? ¿Habría debido buscar a alguien e intentar una transfusión directa al principio, cuando esperaba que el rescate iba a ser inminente? Examinó cada paso realizado en el tratamiento de la herida de Smith, se interrogó por segunda vez, se culpó por todas y cada una de las decisiones que habían resultado erróneas y que habían hecho perder un tiempo precioso.

Al final, consiguió tranquilizarse. Schmid creía que si hubiese podido enviar a Smith a la base, se habría salvado. No estaba convencido de ello, pero estaba bien pensarlo así.

También Steele se sintió perturbado por la noticia de la muerte de Smith. Todavía no sabía nada de Pilla, tampoco de sus hombres que se habían marchado con el convoy perdido y habían muerto, Cavaco, Kowalewski y Joyce. Había visto a

Fillmore morir de un balazo, pero Smith era uno de los suyos. Era la primera vez que perdía a un hombre. Steele consideraba a sus hombres como suyos, no del ejército o del regimiento. Suyos. Era su responsabilidad instruirlos, dirigirlos y mantenerlos con vida. Y ahora iba a tener que enviar a uno de ellos a casa, el adorado joven hijo de alguien, en un ataúd envuelto en una bandera. Se acercó al sargento Watson caminando despacio y se lo contó en voz baja. Decidieron que no iban a decírselo a los otros chicos todavía.

* * *

Goodale se mostraba muy optimista para ser alguien con un segundo agujero en el trasero. Se daba importancia con la cantimplora atravesada por una bala. No le dolía el muslo agujereado por un proyectil que le había dejado una herida muy fea en la nalga derecha. No resultaba muy elegante. Floyd, tras llegar jadeando después de que todos los hombres se hubieran refugiado en el patio procedentes de la calle, le echó una ojeada al Curlex que el enfermero había introducido en la herida de Goodale y dijo:

—Te gusta tener el culo en alto, ¿eh, Goodale?

En la misma habitación trasera estaba Errico, un ametrallador que se había herido en los dos brazos cuando manipulaba su arma, y Neathery, a quien habían herido en el brazo cuando reemplazó a Errico. Neathery estaba desesperado. La bala le había destrozado el bíceps y el tríceps y no podía mover el brazo.

Uno de los heridos, al borde de la histeria, gritaba:

—¡Vamos a morir aquí! —no dejaba de repetir—. ¡No volveremos a casa!

—¡Cállate, joder! —le dijo el sargento Randy Ramaglia, y el hombre guardó silencio.

En peor estado estaba Lechner, a quien le estaban suministrando morfina con suero. Cuando el sargento Ramaglia entró por primera vez en la oscura habitación posterior, se metió en lo que parecía ser un charco caliente. Luego cayó en la cuenta de que se trataba de la sangre de Lechner. El cuarto olía a sangre, un hedor fuerte a almizcle unido a un ligero matiz metálico, como cobre, un olor que ninguno de ellos olvidaría nunca.

En un momento dado, volvió Watson en busca de más munición. Estaban casi a la mitad del suministro que habían guardado dentro.

—Si quieres tengo algunas granadas detonadoras —propuso Goodale.

—No, Goodale, no quiero granadas detonadoras —dijo con una ligera ironía—. Ahora ya no queremos asustarlos. Ahora vamos a matarlos.

Al igual que los demás, Goodale se sentía frustrado ante la tardanza del convoy de rescate. Le había pedido a Steele un tiempo estimado de llegada, el capitán le dijo

que se lo iba a decir pero el tiempo pasaba y Goodale volvió a preguntar. Steele le dio un nuevo plazo, luego también éste fue sobrepasado.

—¡Atwater! —le gritó al radiotelegrafista de Steele—. Escucha, le he prometido a mi novia que iba a llamarla esta noche y si no lo hago me voy a ganar una buena bronca, así que haz lo posible para que salgamos de aquí.

Atwater se limitó a dedicarle una triste sonrisa.

—¡Eh, cabronazos, será mejor que os agachéis y os estéis callados! —exclamó uno de los chicos D—. Como entre una RPG por aquella ventana posterior estáis todos jodidos.

Corrió la voz sobre la muerte de Smith.

—¿El cábo Smith? ¿Qué le ha pasado a Smith? —preguntó Goodale.

—Ha muerto.

La noticia dejó a Goodale anonadado. Él y Smith eran amigos íntimos. Los dos se creían más listos que los demás, unos sabelotodos, siempre dispuestos a la pulla, pero Smith era el mejor.

Siempre hacía reír a los chicos. Antes de que los llamaran a filas para aquel despliegue, Smith le había confiado a Goodale que había conocido a una chica y que quería casarse con ella. Hablaban mucho de la compra del anillo, algo que Goodale soportaba por Kira. La decisión de Smith de declararse los acercaba más. Les elevaba a un nivel de masculinidad más serio de lo que les rodeaba, unos jóvenes gallitos fanfarrones. Pasaban mucho tiempo juntos en los barracones jugando al risk o matando el tiempo. «¿Smitty estaba muerto?»

* * *

El soldado George Siegler vigilaba a los somalíes que encontraron en la casa. Los llevaron a todos al rincón más alejado del cuarto, un dormitorio. Había una cama y una mesilla de noche. El soldado con cara de niño, pues no parecía tener más de quince años, apuntaba su M-16 a dos mujeres, un hombre y cuatro niños. Los adultos estaban arrodillados. La más joven, una mujer en estado muy avanzado de embarazo, lloraba. Los demás estaban esposados, pero no así esta última porque no podía sostener a su bebé con las manos atadas. No dejaba de indicar mediante gestos que tenía sed, y Siegler le dejó su cantimplora. Al principio lloraban todos los niños. Los mayores parecían tener entre seis y diez años. Uno era una criatura. Al cabo de un rato dejaron de llorar. Lo mismo hizo la mujer embarazada después de beber. No podían comunicarse, pero Siegler confiaba en que entendiera que no pretendía hacerles daño.

A medida que transcurría la noche, la situación se fue tranquilizando. Mientras no dejasen entrever ninguna luz, no les disparaban en el patio. Antes, las balas entraban

por la puerta abierta e iban a estrellarse en la celosía del porche, pero los tiros habían cesado. Al cabo de unas horas, el especialista Kurth liberó a Siegler de la vigilancia de los prisioneros. Bañado en sudor y sediento, se instaló en una silla. Por la tarde, cuando habían salido para la misión, Kurth tuvo ganas de orinar pero no lo hizo pensando que estarían de vuelta al cabo de una hora más o menos. Acabó tumbándose de lado en la calle detrás de una choza de hojalata y orinó mientras los proyectiles llovían a su alrededor y él pensaba que se la estaba jugando.

Toda aquella experiencia aterradora le afectaba de una forma que no acababa de entender. Cuando estaba en la calle, agazapado detrás de una piedra que en ningún caso tenía el tamaño suficiente para proporcionarle cobijo, pensó en muchas cosas. Lo primero, en largarse del Ejército. Luego, conforme las balas pasaban por encima de su cabeza y levantaban nubes de polvo a su alrededor, lo reconsideró. Se dijo que no podía abandonar el Ejército, que dónde iba a tener que hacer algo como aquello. Y allí mismo, en aquel mismo momento, decidió volver a alistarse otros cuatro años.

A medida que avanzaba la noche, de hora en hora, todo se volvía más tranquilo. Seguían recibiendo informes de situación del hombre de las Fuerzas Aéreas que estaba calle arriba y controlaba las distintas emisoras radiofónicas. El convoy llegaría en media hora. Luego, al cabo de cuarenta y cinco minutos, «el convoy tardará una hora». Cuando por fin éste se puso en movimiento, se oyó a lo lejos un intenso tiroteo. Kurth tenía la boca seca. Todos estaban sedientos. Notaban en las bocas el gusto a polvo y pólvora y las lenguas estaban pegajosas e hinchadas. Nada en el mundo les hubiera sabido mejor que una botella de agua fría. De vez en cuando, llegaba un Little Bird volando bajo y en medio de un gran fragor, y se producía un estallido de disparos y explosiones sonoras, y el metal procedente del helicóptero rebotaba en el tejado de hojalata y llovía en el patio. Luego volvía a reinar tanto silencio que Kurth oía su propia respiración y los latidos continuos y acelerados de su corazón.

De hecho, el especialista Waddell no llegó a ponerse a cubierto junto con el resto de los hombres. Cuando anocheció y todo el mundo entró en patios y casas, el teniente DiTomasso le dijo que se hiciera cargo de la seguridad en el lado oeste del agujero hecho por el Black Hawk derribado. Desde donde estaba tumbado, detrás de unos escombros, podía ver el lado opuesto detrás del brazo de la cola doblada del helicóptero. El sargento Barton se acurrucaba al otro lado del agujero y apuntaba su arma al este, más allá de la parte frontal del aparato.

Unas horas antes, por la tarde, Waddell fue presa del pánico ante la idea de que no pudieran marcharse antes de que se hiciera de noche. Sin embargo, al llegar el crepúsculo ansió que el sol acabara de ponerse. Parecía que no iba a hacerlo nunca. Imaginaba que, al caer la noche, cesaría el tiroteo y podrían respirar mejor. Observaba a los Little Birds que rugían cuando pasaban disparando por la callejuela al este y les rociaban con casquillos metálicos. Sus cohetes sacudían el suelo. El ruido que hacían era comparable al desgarrar de una pieza gigante de Velero, y luego el resplandor y la tremenda explosión. Se sentía bien al saberlos cerca. Así es como los quería. Cerca.

Uno de los chicos D echó a correr, trepó al helicóptero y sacó munición SAW para Waddell y Barton, asimismo encontró un par de aparatos de visión nocturna que le dio al primero. Con ellos puestos, Waddell podía ver toda la calle hasta pasado el cruce al oeste y utilizar el aparato láser para apuntar, lo cual le hacía sentir mucho mejor. El pequeño Fiat verde que tan eficazmente había servido de protección al otro lado del cruce para Nelson, Barton, Yurek y Twombly estaba completamente agujereado. Waddell oía por radio seguir prometiendo el envío de la columna de rescate. Estarían allí en veinte minutos. Luego, una hora después, se había convertido en cuarenta minutos. Al cabo de un rato, se había convertido en objeto de bromas.

—¡Ya llegan! —decían los chicos, y se echaban a reír.

A pesar de estar a unos kilómetros de distancia, Waddell oyó, media hora antes de la medianoche, a la inmensa columna compuesta por tanques, vehículos blindados, camiones y Humvees, iniciar su marcha por la ciudad. O bien el convoy se había visto envuelto en un gran combate, o estaba iluminándolo todo a su paso, porque Waddell podía seguir la pista de sus movimientos por el ruido de disparos y por la forma en que el cielo se iluminaba sobre él. No pensó en el peligro o en las probabilidades que tenían de que los sitiaran o mataran. Pensó en cosas estúpidas. Le habían citado para una prueba de educación física al día siguiente y se preguntó si, cuando volvieran, tendría todavía que hacerla. Preguntó a Barton.

—Eh, sargento, ¿voy a tener que hacer la prueba de educación física mañana?
Barton sacudió la cabeza.

También acudió a la mente de Waddell la novela de Grisham que estaba leyendo antes de marcharse. Estaba impaciente por terminar el libro. ¿Era su destino morir y no poder leer nunca las pocas páginas que le quedaban?

Durante la noche, más o menos cada media hora, Barton lo llamaba en voz baja:

—¿Estás bien?

Si pasaba más rato sin que Waddell tuviera noticias suyas, lo llamaba él a su vez:

—Sargento, ¿estás bien?

Era poco probable que ninguno de los dos se quedara dormido. Antes de medianoche, cesaron los disparos y durante ciertos períodos de tiempo los Little Birds dejaron de hacer sus pasadas, con lo cual empezó a reinar el silencio. Fue entonces cuando oyó a lo lejos a la columna de apoyo que se ponía en camino. Como Waddell era uno de los pocos rangers que había llevado consigo una cantimplora llena de agua, en lugar de utilizar su hueco en el arnés con munición, se la pasó a los demás, que la acogieron con avidez.

«¿Cuándo demonios nos van a sacar de aquí?» Eso era lo que el especialista Phipps quería saber. Se hallaba junto al resto de los heridos en una habitación interior, pequeña, polvorienta y llena de humo, situada en el edificio contiguo donde estaba el helicóptero abatido; le dolían la espalda y la pantorrilla derecha a causa de las heridas de metralla y escuchaba el ruido producido por los disparos y las explosiones afuera conforme se preguntaba cuándo iba a irrumpir un *sammy* de mirada salvaje y le iba a volar la cabeza. No sabía lo que pasaba. El especialista Gregg Gould estaba allí adentro con él. Un poco de metralla se había incrustado en el culo de Gould, tenía un aspecto harto ridículo con el trasero vendado y en alto; además, no dejaba de hablar de su novia, de cuánto la echaba de menos y de las ganas que tenía de verla cuando fuera a casa... todo lo cual todavía deprimía más a Phipps, que no tenía novia.

—Todo saldrá bien. Tío, cuando salgamos de aquí me voy a beber una buena cerveza —dijo Phipps en un intento de cambiar de tema, pero no funcionó.

El especialista Nick Struzik también estaba con ellos. Le habían disparado en el hombro derecho. Phipps lo había visto cuando, poco antes de que él mismo fuera herido, sangrara apoyado contra el muro de piedra, y recordó que le había impresionado mucho, como si alguien le hubiera dado una bofetada. Struzik fue el primer herido de entre sus compañeros. El estado del sargento del Estado Mayor Mike Collins era grave. Una bala le había roto el peroné y la tibia de la pierna derecha. La bala había entrado por debajo de la rótula y salido por la parte posterior de la pierna, quedando destrozada. Collins sentía muchísimo dolor y sangraba profusamente. Phipps pensó con tristeza que el viejo sargento Collins no iba a poder contarlo. No podía creer que todos hubieran dejado los aparatos de visión nocturna en la base. Siempre les habían proporcionado aquella sensación tan chula de «estamos aquí para daros una patada en el culo» que habían sentido en previas misiones

nocturnas, porque suponía una gran ventaja que uno pudiera ver a los hijos de puta y ellos no pudiesen verle a uno. Una buena lección aprendida. Todos sorbían de las bolsas del gota a gota porque estaban sedientos, pero sólo para humedecerse la boca. Era empalagoso, pero por lo menos era líquido. Luego, después de la llegada del helicóptero con abastecimiento, pudieron beber unos cuantos sorbos de agua.

Cuando se hizo evidente que iban a permanecer allí un buen rato, el sargento Lamb se llevó con él al sargento Ron Galliette y juntos exploraron todas las puertas que daban al patio interior. Detrás de una de ellas que abrieron de una patada, había dos mujeres, una muy vieja, y tres bebés. La mujer joven quiso huir. No era más que una adolescente, tal vez dieciséis años, y parecía demasiado diminuta y delgada para haber dado vida al niño que con tanta fuerza estrechaba entre sus brazos. Llevaba un vestido azul brillante con un reborde dorado. El bebé iba envuelto en los mismos colores. La muchacha se iba desplazando hacia la puerta. Lamb le dijo al sargento Yurek que la vigilara. Cada vez que este último apartaba la vista, ella volvía a acercarse a la puerta. Cuando él alzaba el rifle, ella se sentaba de nuevo. Yurek le habló.

—Escucha, si quisiéramos haceros daño ya lo habríamos hecho, así que estáte tranquilita —le dijo, pero era evidente que ella no había entendido una sola palabra.

A pesar de ello, el sargento volvió a intentarlo. Le explicó que, de momento, estaba más a salvo dentro que fuera. Lo único que tenía que hacer era quedarse sentada. Tan pronto como pudieran marcharse, lo harían. Cuando ella volvió a hacer un movimiento en dirección a la puerta, él la empujó hasta el rincón con la ayuda del rifle.

—¡No, no, no! ¡Tienes que quedarte aquí! —gritó en un intento de asustarla y que no se moviera, y la mujer le contestó con palabras que él no entendió.

Había un grifo en la pared que no cerraba bien y salía constantemente agua de él. Yurek recogió un poco en su cantimplora y se la pasó a la mujer. Ella volvió el rostro y se negó a cogerla.

—Como quieras —dijo él.

Lamb contó quince heridos, además del cadáver del copiloto del *Súper Seis Uno*, Donovan Briley. Como precisaban de más espacio, pusieron una pequeña carga en la pared del fondo. La piedra y el cemento eran tan débiles que uno podía simplemente empujar las paredes para que se desplomaran; por consiguiente, la carga voló un buen pedazo e hizo un bonito agujero de más de un metro veinte de alto por unos sesenta centímetros de ancho. Todo el mundo se asustó cuando explotó, en particular la mujer somalí vigilada por Yurek. Fue presa de un ataque de nervios. Incluso Twombly, que había puesto la carga, se sobresaltó. Pensó que tenía una mecha de treinta segundos, pero como era de sólo veinte segundos, dio un brinco de medio metro cuando estalló. El nuevo agujero daba al cuarto que comunicaba con el patio central de la manzana,

donde había estado Perino en un principio. Por consiguiente, aunque por casualidad, la unidad de DiTomasso y la de Perino se habían encontrado. El impacto de la explosión derrumbó parte de la pared exterior sobre Waddell y Barton, que estaban fuera junto al helicóptero abatido.

Nelson se había quedado tan sordo que ni siquiera oyó la explosión. Desde que Twombly disparara su Saw delante de su cara, no dejaban de silbarle los oídos. Nelson contempló la carnicería que lo rodeaba y se sintió loca e increíblemente afortunado. ¿Cómo era posible que no le hubieran herido? Resultaba difícil describir lo que sentía... Era como una epifanía. Cerca de la muerte, jamás se había sentido tan completamente vivo. Había habido en su vida unas décimas de segundo en que sintió que la muerte lo había rozado, como cuando otro coche surge a toda velocidad de una curva cerrada y está a punto de chocar con uno de frente. Toda aquella tarde había vivido con aquella sensación, de que la muerte le lanzaba su aliento en plena cara como el viento ardiente de una granada al otro lado de la calle, minuto tras minuto, y así durante tres horas o más. Con lo único que podía compararlo era con la sensación que experimentaba a veces cuando hacía surfing, cuando estaba dentro del tubo de una enorme ola y todo a su alrededor era energía y movimiento y una fuerza terrible lo arrastraba y todo lo que él podía hacer era concentrarse intensamente en mantener el equilibrio para cabalgar hacia fuera. Los surfistas lo llamaban «el cuarto verde». El combate era otra puerta a aquel cuarto. Un estado de conocimiento mental y físico. Durante aquellas horas en la calle no había sido Shawn Nelson, no tuvo conexión con el mundo convencional, ninguna factura que pagar, ningún vínculo emocional, nada. Sólo un ser humano que conservaba la vida de una milésima de segundo a la otra, que bosquejaba un aliento tras otro, consciente de que cada uno podía ser el último. Presentía que jamás iba a poder ser el mismo. Siempre había sabido que algún día moriría, de la forma en que todo el mundo sabe que morirá, pero en aquel momento su realidad le había marcado. Y no suponía algo aterrador o morboso. Sentía algo más parecido al consuelo. Le hacía sentir más vivo. No tenía remordimientos por la gente a la que había disparado y matado en la calle. Ellos intentaban matarlo. Estaba contento de permanecer con vida y de que los otros estuvieran muertos.

Se inició el traslado de los heridos a la habitación mayor que había abierto la carga de Twombly y había que pasar al sargento Collins por el agujero en una camilla. Para ello, no sólo tenían que sujetarlo a ésta con correas, sino además ponerlo de lado para que pudiera pasar. Conforme se disponían a preparar el traslado de esta forma, Collins protestó.

—¡Eh, chicos, que tengo una pierna rota!

—Lo siento —le replicó Lamb—. Pero tenemos que pasarte por el agujero.

Collins gritaba de dolor mientras lo trasladaban hasta los hombres que estaban al otro lado.

Hicieron lo mismo con el cuerpo de Toro Briley en una camilla. Nelson había visto a Briley jugar a cartas y reírse en la base aquella misma mañana. En el accidente, se había abierto la cabeza, cercenada de oreja a oreja bajo la barbilla. El cuerpo estaba todavía caliente y sudoroso, pero habría adquirido una tonalidad gris enfermiza. El corte en la cabeza tenía unos doce centímetros de ancho y ya no sangraba. Cuando levantaron el achaparrado pero robusto cuerpo hasta la litera, la parte superior de la cabeza cayó hacia atrás de forma grotesca. Lamb recordaba haberlo visto correr en pantalón corto, era un hombre fuerte. «Cielos, qué día más triste», pensó. Una vez lo hubieron pasado por el agujero, Lamb lo atravesó a su vez y, después de bajar el cadáver de la litera, lo apoyó contra la pared. La cabeza del piloto la golpeó y se oyó un ruido sordo que casi hizo vomitar a Lamb. Luego deslizó el cuerpo para que quedase plano y, cuando llegase la rigor mortis, no se doblara por la cintura.

Abdiaziz Alí Aden acechaba en la oscuridad. Los rangers se habían instalado en su casa. Podía ver las estrellas a través de la pequeña abertura que había hecho el helicóptero al chocar en el techo. Los rangers habían colgado lámparas rojas en los árboles y en las azoteas de las casas. Nunca había visto unas luces semejantes. El fuego seguía siendo intenso en las calles y procedía de todas direcciones. Los helicópteros bajaban en picado hasta poca altura y acribillaban las azoteas con sus proyectiles. Oía a los estadounidenses de dentro que hablaban con los helicópteros por radio para indicarles adonde debían disparar.

No sabía muy bien qué era más peligroso, si quedarse en la casa con todos aquellos rangers al otro lado del muro o huir corriendo en medio de la noche a riesgo de recibir una bala en el cuerpo. Así se estuvo debatiendo hasta que el fuego remitió y decidió marcharse.

Trepó a lo alto de un muro exterior y desde allí saltó a la callejuela. Había cuatro personas muertas allí donde aterrizó, dos hombres, una mujer y un niño. Echó a correr, pero apenas había recorrido unos cuantos metros, cuando por detrás de él apareció rugiendo y volando un helicóptero y las balas levantaron tierra al dar en el suelo y rebotaron en las paredes. Hundió la cabeza entre los hombros y siguió corriendo, sorprendido de no haber sido alcanzado.

El paracaidista Tim Wilkinson vigilaba a los hombres heridos del capitán Miller instalados en un patio al otro lado de la calle Marehan. Estaba sentado en la puerta de entrada al patio con una pistola en la mano. Sólo se oían esporádicas explosiones de armas de fuego. De vez en cuando, bajaba un helicóptero en medio de un gran fragor e iluminaba el cielo fuera de la ventana.

Stebbins encendió un cigarrillo con una cerilla y Wilkinson, sobresaltado, se dio media vuelta con la pistola y le apuntó.

—Sólo estaba encendiendo una colilla, sargento.

Se hizo un momento de silencio, luego los dos sonrieron conscientes de que pensaban lo mismo.

—Ya lo sé, ya lo sé —dijo Stebbins—. Es malo para mi salud, ¿no es eso?

Ya muy entrada la noche, Norm Hooten y los otros chicos D, al mando de cuyos equipos estaban el sargento primero John Boswell y Jon Hale, junto con un grupo de rangers a cuya cabeza se hallaba el sargento Watson, abandonaron el patio del capitán Steele, el situado en el punto más al sur con respecto a los demás, y se introdujeron en la angosta callejuela agachados y pegados a la pared norte, donde habían dejado el cuerpo de Fillmore a última hora de la tarde. Llegaron a la conclusión de que, como la situación se había calmado, podían desplazarse como quería el capitán Miller al edificio de la esquina en el extremo norte de la manzana donde ya estaban. Desde allí, podían cubrir el amplio callejón que iba de este a oeste y que separaba a las dos tropas atrapadas. En el patio quedaron solamente Steele junto con los heridos y sólo cuatro o cinco hombres sanos, pero los demás no se iban muy lejos.

A ninguno de los rangers le hizo gracia la idea de marcharse. Uno, un sargento, se negó en redondo a abandonar el patio, incluso cuando Steele se lo ordenó. El hombre se limitó a alejarse y a quejarse de que algo le había lesionado un ojo. Le dijeron que volviese y ayudase con los heridos.

Los sargentos Thomas y Watson siguieron a los chicos D por la calle y, detrás de ellos, Floyd, Kurth, Collett y varios hombres más. Floyd descubrió un burro muerto a un lado de la calle fuera de la puerta y se agazapó detrás de él. Los chicos D subieron la calleja y se metieron en el edificio de la esquina a través de una ventana que estaba a un metro del suelo. Cuando Floyd llegó, ya habían pasado el cadáver de Fillmore por la ventana.

Floyd tropezó con algo. Cayó al suelo y encontró la CAR-15 de Fillmore. Notó la sangre seca descamándose en sus manos. También halló el casco con sus auriculares y el correspondiente micrófono, así como otros objetos de su equipo. Lo estaba recogiendo todo cuando Watson se asomó por la ventana.

—¿Qué demonios estás haciendo, Floyd? ¡Deja ya de hacer el tonto y mete el culo por la ventana!

A Floyd le costó mucho saltar por la ventana con todos aquellos pertrechos. Watson tiró de él y aterrizó en un espacio mucho mayor que donde estaban el capitán Steele y los otros. El cuerpo de Fillmore yacía en medio de la luz de la luna. Los chicos D le habían esposado brazos y pies para que resultara más fácil transportarlo. Enfrente de la ventana por la que habían entrado había otra en la pared y, como les separaba de los heridos, rompieron los postigos para poder hablar con mayor facilidad de un lado al otro.

Los chicos D colocaron luces estroboscópicas infrarrojas alrededor del nuevo espacio a fin de señalar éste a los helicópteros. Floyd revisó el patio y encontró un bidón lleno, de una capacidad aproximada de unos doscientos cincuenta litros bajo un

grifo que perdía. Primero lo olió por si era gasolina, luego metió un dedo y lo lamió después. Era agua. Habían advertido muy seriamente a Kurth y a los demás hombres que no bebieran agua del grifo. Los médicos les dijeron que nada podía enfermarlos más deprisa. «Bueno — decidió Kurth—, al cuerno con los matasanos.» Si se ponía enfermo, bien, ya se preocuparía de ello. Llenó su cantimplora y bebió unos tragos justo para mojarse la garganta.

Acto seguido, él y el sargento Ramaglia, que estaba en la habitación del otro lado del callejón, empezaron a pasar cantimploras arriba y abajo con la ayuda de un palo de escoba. El sargento reunió todas las que pudo y las fue pasando después de introducir el palo por el asa del tapón de plástico que iba enroscado a la embocadura de la cantimplora. Una a una, Floyd las fue llenando todas con el agua del bidón.

Luego, se sentó con Collett y charlaron en susurros durante largo rato. Como los chicos D ya cubrían todas las ventanas y las puertas, ellos no tenían nada que hacer. La luna estaba alta y reflejaba una luz suave sobre el cuerpo de Fillmore en medio del patio. Collett no dejaba de consultar su reloj. Después, Floyd, con los pantalones que se agitaban alrededor de las caderas desnudas, se puso a curiosear por el patio. En el suelo, junto a su bota, encontró una funda nueva para un M-16.

—Eh, Collett, mira esto.

Les habían dicho que todos los somalíes usaban armas viejas y destartadas, pero aquella funda aún tenía la grasa de embalaje.

Collett estaba aburrido. No podía creerlo, ¿aburrido en una zona de combate? ¿Cómo podía ser? Toda la situación resultaba extraña, demasiado extraña para ser verdad. Ni en broma les iba a creer nadie cuando lo contasen en casa. Escuchaban las batidas de los helicópteros encima de ellos y el cada vez más cercano fragor de las armas conforme el gigantesco convoy de rescate se debatía para abrirse paso hasta ellos.

—¡Eh, Floyd!

—Dime...

—Tengo una idea.

-¿Qué?

—¿Jugamos para un «jack somalí»?

Floyd no daba crédito a lo que oía. Collett estaba sugiriendo que apostaran. Era un viejo juego entre los rangers: conseguir un «jack» en lugares exóticos. Los muchachos fanfarroneaban de haber obtenido un «jack tailandés», o un «jack egipcio», o un «jack C-5».

Se echaron a reír.

—Collett, tú estás flipado del todo. Loco como una cabra —dijo Floyd.

—No, tío. Piensa en ello. Serías sin lugar a dudas el primer chico de tu bloque. ¿Cuántas personas pueden decir que han conseguido uno de éstos? ¿Eh?

Desde arriba, los comandantes observaban la zona en contienda mediante cámaras infrarrojas y sensibles al calor que esbozaban las manzanas en monocromo. Veían a montones de somalíes que se movían alrededor del perímetro en grupos de una docena o más y seguían disparándoles desde los helicópteros. Los milicianos de Aidid transportaban en camiones a más combatientes desde otras partes de la ciudad. Los Little Birds pasaban volando bajo y acribillaban las paredes en medio de la noche. Uno de los helicópteros disparó a un somalí armado con una RPG que debía de llevar cartuchos de reserva en la espalda. Le metieron en el cuerpo un cohete de casi siete kilos que lo mató y debió hacer estallar la munición de reserva, porque saltó por los aires como un petardo. Cuando el helicóptero volvió a la base para repostar encontraron trozos de su cuerpo pegados al parabrisas.

El sargento Goodale, sentado de lado para que la nalga vendada no tocara el suelo, reanudó su trabajo de coordinar las batidas de los helicópteros desde el patio del capitán Steele. Desde donde estaba sentado no podía ver nada, pero hacía las veces de agencia distribuidora para todos los operadores de radio que pedían que se hiciera fuego. El decidía qué lugar precisaba de más ayuda y se lo transmitía al helicóptero de mando.

A última hora de la tarde, le informaron de que dos fuerzas muy numerosas de somalíes se desplazaban del sur al norte.

Por primera vez Steele fue presa del pánico. «A lo mejor no vamos a poder salir de aquí», pensó. Si una fuerza somalí tomaba por asalto el patio, él y sus hombres iban a matar a muchos, pero no podrían detenerlos. Dio una vuelta para asegurarse de que todos sus hombres estaban despiertos y preparados. Se maldecía por haber dejado que bajasen de los helicópteros sin llevar las bayonetas, otro objeto que exigía el reglamento táctico pero del que ellos habían prescindido para evitar más peso. ¿Quién habría pensado que iban a necesitar bayonetas? Asomó la cabeza por el cuarto interior donde estaba Goodale con el resto de los heridos y le informó con humor macabro:

—Si ves a alguien que entra por esta puerta y no gritan «¡Ranger! ¡Ranger! », te adelantas y los matas, porque si no seremos nosotros los que la palmemos.

Goodale se quedó de piedra. La tranquilidad le había llevado a sentirse a salvo. Razonó para sus adentros: «Está bien, es posible que muera aquí. Preferiría que no fuera así pero si ha de suceder, entonces quiere decir que tiene que pasar y no hay nada que yo pueda hacer para impedirlo». Y pensó también que era terrible haber entregado la responsabilidad de su vida, de su mismísima existencia, al Gobierno de Estados Unidos, y que por eso tal vez estaba respirando su último aliento en aquella mierda de cuarto interior, en aquella calle inmunda del jodido Mogadiscio de

Somalia. Recordó cuánto había deseado ir a la guerra, ver el combate, y luego pensó en todas aquellas espectaculares películas bélicas y documentales sobre batallas que había visto. Sabía que nunca vería de nuevo uno de esos filmes con la misma percepción. Porque la gente se moría de verdad. Descubrió que la mejor forma de aceptar el trance en el que se hallaba era asumir que ya estaba muerto. Ya estaba muerto. No hacía más que seguir cumpliendo con su deber.

Una manzana más arriba, el sargento Yurek estaba apostado en una ventana y observaba en dirección este el callejón del helicóptero abatido.

Todo aparecía dibujado con suaves sombras azules, la pálida tierra de la callejuela, las hojas de los cactus y una pared de unos dos metros y medio de alto con una valla justo fuera de ella, a una distancia menor a la de la longitud de dos automóviles. Yurek creyó haber oído que se acercaba alguien y trató de permanecer lo más quieto que pudo. Luego vio que la cerca se sacudía. Se llevó el M-16 al hombro y apuntó a lo alto de la valla, entonces un *sammy*, y luego otro, se auparon ágilmente y se pusieron sobre la pared adyacente, con toda evidencia en busca de un lugar adecuado para saltar al suelo. El sargento pensó que aquello iba a ser pan comido. Uno de los hombres lo divisó justo antes de que apretara el gatillo. Antes de que las ráfagas de Yurek lo derribaran y arrojaran al otro fuera de la pared hacia atrás, tuvo tiempo de dar un grito y preparar el arma. Una de las armas de los hombres cayó junto a Yurek. Oyó un ruido al otro lado y luego volvió a reinar el silencio.

Cuando el sargento Howe se asomó a la calle principal, se sintió todavía metido en una trampa. Había estado inmovilizado en una posición nefasta y, por primera vez, empezó a tener la sensación de que tal vez no iba a salir de allí con vida.

Los somalíes habían estado enviando grupos de entre tres a seis hombres por las callejuelas para investigar sobre sus posiciones y enterarse exactamente de dónde estaban. Howe vio a algunos de ellos y supo con certeza lo que estaban haciendo. Uno asomó su arma por la esquina y disparó en dirección a la posición de Miller situada enfrente, luego, con la esperanza de ver las balas trazadoras que guiaran su fuego, se quedó aguardando. Al ver que nadie lanzaba ninguna, se decidió a doblar la esquina. Howe dejó que bajara tranquilamente la calle hasta que estuviera frente a su posición antes de dispararle, porque si fallaba y el hombre no moría, podía regresar con los suyos para señalar su posición. Se convertirían entonces en un buen y gran blanco para una RPG. Cuando ya se preparaba para hacer fuego, lo hicieron dos chicos D al otro lado de la calle y derribaron al hombre, que no volvió a levantarse. Al mismo tiempo, iluminaron a un grupo de cinco somalíes que se preparaban para doblar la esquina. Heridos, se marcharon arrastrándose calle arriba.

En cierto sentido, el silencio resultaba más desconcertante que el previo estruendo propio de la batalla. Resultaba difícil no imaginar que se formaban amplios grupos de somalíes al otro lado de las esquinas. Howe pensaba que, si se producía una repentina

avalancha de un grupo bastante numeroso, corrían el peligro de que los rodeasen. Se puso a preparar mentalmente una lista de las medidas que tomaría en aquel combate final. Pensaba tomar tantas como fuera humanamente posible. Tenía aún seis o siete cargadores para su CAR-15, además de su calibre.45 y munición para la escopeta. Haría fuego con el rifle hasta quedarse sin balas, luego con la escopeta, después con la pistola, y finalmente haría uso del cuchillo. Con un poco de suerte, encontraría algún arma enemiga.

Howe reunió a su equipo y les dijo que no abriesen fuego sobre los somalíes hasta que éstos estuvieran confiados calle abajo, como él había hecho. Todos debían ahorrar munición, seleccionar con cuidado cada disparo. Los demás operadores debían informar por radio cuando hacían uso de sus armas, decirse los unos a los otros a qué tiraban y dónde, y si habían dado en el blanco después de apuntar. Eso les servía para seguir la pista de los lugares conflictivos que iban surgiendo. La noche había llegado a una coyuntura crítica.

Los Little Birds se hicieron cargo de los dos importantes elementos somalíes que se acercaban. Goodale oyó que uno de los helicópteros recorría rugiendo la calle Marehan y, a continuación, el tableteo de sus armas y el tan satisfactorio *\boom!* de un cohete.

—¡Ese elemento fuera de juego! —gritó Goodale.

Otra batida eliminó la segunda amenaza.

El sargento Bray, el controlador bélico de las Fuerzas Aéreas en la posición de Miller, pidió que el helicóptero bombardeara la casa de dos plantas contigua al patio que ocupaban. Ese edificio los dominaba en altura y además contaba con una entrada independiente al otro lado de la esquina. Si había somalíes en esa casa, les resultaría muy fácil dispararles desde abajo. El edificio era adyacente al patio del puesto de mando Delta y no estaba a más de veinte metros frente a la posición de Howe, lo que significaba que hacía falta un tiro fenomenal para acertar el blanco sin herir a ninguno de los estadounidenses en tierra. Los hombres de Howe señalaron el edificio con luces láser para el piloto del Little Bird, quien les preguntó por radio si estaban seguros de que querían que hicieran fuego con sus metralletas tan cerca. Desde el aire, era como trazar una línea fina entre dos posiciones amigas.

—Agachad las cabezas —advirtió el piloto.

Su disparo dio de lleno donde estaba la señal. Después de observar cómo las metralletas derribaban la casa, se volvió a uno e sus compañeros y le dijo:

—¡No intentes repetir esto en casa!

Al cabo de un rato, aparecieron dos somalíes caminando por en medio de la calle como si estuvieran dando un paseo. La luna estaba alta en esos momentos e iluminaba la escena con una luz similar a la de una tarde nublada. Una distancia de unos cuarenta metros separaba a los hombres. Howe vio pasar al primer hombre por

delante de su posición. Intentó tapar la luz de su arma con la tapa infrarroja pero, por un momento, brilló accidentalmente la luz blanca fuera de la puerta. Vio que el hombre se volvía y buscaba dónde se había originado el resplandor. Howe apartó el calibre 45. No quería dispararle al hombre con el rifle porque había chicos D en el edificio de enfrente y las balas podían atravesar la calle después de haber dado al somalí. Asimismo, sabía que el segundo hombre vería con claridad el fogonazo tanto del rifle como de la escopeta. Howe pidió por radio que uno de sus hombres disparase al hombre apenas éste hubiera salido del perímetro. Cuando el hombre se alejaba, uno de los hombres apostado al otro lado de la calle le disparó en la parte derecha inferior de la espalda. El hombre giró sobre sí mismo con expresión atónita e, inmediatamente, otras cuatro balas lo hicieron caer. A Howe le molestó que se hubieran necesitado tantos proyectiles para derribar a un solo hombre. El segundo somalí pasó por el mismo sitio unos minutos después y también abrieron fuego sobre él.

A medianoche el convoy de rescate ya estaba cerca. Los hombres atrapados oían el sordo retumbar de casi cien vehículos, entre tanques, camiones blindados para transporte de tropa y Humvees. El trueno de sus armas se iba acercando poco a poco. Al cabo de un rato, el ritmo de los disparos sonaba como un largo solo de batería en una canción de rock muy heavy metal. Era la llegada colérica de Estados Unidos de América, los pasos del gran dios del rojo, el blanco y el azul.

Era el sonido más cojonudo del mundo.

C. N. N. A.



1

Michael Durant oía los disparos procedentes del gigantesco convoy de rescate que entraba en la ciudad en medio de un gran fragor. El piloto herido del Black Hawk estaba tumbado boca arriba y atado con una cadena de perro sobre el frío suelo de baldosas de un pequeño cuarto octogonal sin ventanas. El aire, la luz de la luna y los ruidos se filtraban a través de unas aberturas en forma de cruz situadas en el tercio superior de las paredes de cemento. Notaba gusto de polvo en el aire y olía a sangre, a pólvora y a sudor. La habitación no estaba amueblada y sólo tenía una puerta, que estaba cerrada.

Cuando la enfurecida turba se abalanzó sobre él creyó que iba a morir. Todavía ignoraba la suerte de los otros tres hombres que formaban su tripulación, el copiloto Ray Frank y los oficiales Tommy Field y Bill Cleveland, o de los dos chicos D que habían tratado de protegerlos. No sabía cómo se llamaban.

Perdió el conocimiento cuando los somalíes se lo llevaron. Tuvo la impresión de que abandonaba su cuerpo, que observaba la escena desde fuera de sí mismo y, en lo peor del caos y del terror, eso le había tranquilizado. Pero esta sensación no duró mucho. Recobró el sentido cuando, con la cabeza envuelta en un harapo, lo arrojaron en la parte posterior de un camión para transporte de tropas y, aunque esperaba morir en cualquier momento, le sorprendió estar aún vivo. Estuvieron circulando largo rato. El camión avanzaba y se detenía, avanzaba y se detenía. Calculó que habían transcurrido tres horas desde el accidente cuando llegaron a aquel lugar, le retiraron el trapo y le ataron las manos con la cadena.

Lo que Durant no sabía era que ya no estaba con el primer grupo que se había apoderado de él. La intención de Yousef Dahir Mo'alim, el líder de la milicia de un pueblo vecino, que le había salvado de la turba enfurecida después de que ésta arrollara y matara a los otros, era llevar a Durant a su pueblo y entregarlo a los jefes del Habr Gidr. Sin embargo, cuando se alejaban del avión siniestrado, les detuvo una banda de *mooryan* disidentes que iban mejor armados y llevaban detrás un técnico con una ametralladora. Este grupo no consideraba que el piloto herido fuera un prisionero susceptible de ser intercambiado por líderes de clanes que habían sido capturados, sino un rehén. Sabían que alguien pagaría dinero para recuperarlo. Dado que esta banda excedía tanto en número como en armamento a los hombres de Mo'alim, éstos renunciaron, aunque de mala gana, a Durant. Así funcionaban las cosas en Mogadiscio. Si Aidid quería recuperar al piloto, tendría que luchar por él, o pagar.

A Durant le dolía la pierna derecha a la altura del fémur fracturado y notaba que la sangre rezumaba dentro de los pantalones donde un extremo del hueso roto había atravesado la piel durante el intento de linchamiento. Era un dolor soportable, y no

sabía si esto era bueno o malo. Estaba todavía con vida, lo que significaba que el hueso no había roto una arteria. Lo que realmente le preocupaba era la espalda. Temía haberse roto una vértebra durante el accidente.

Después de un ligero forcejeo, logró liberar una mano de la cadena. Sudaba tanto que la mano se deslizó con facilidad fuera de aquella cuando pudo relajarla. Tuvo una sensación de triunfo que le animó en gran manera. De una forma muy modesta, había luchado. Podía limpiarse la nariz y los ojos, estirar la pierna rota y, dentro de lo que cabía, ponerse un poco más cómodo. A continuación volvió a deslizar la mano en la cadena para dar la sensación de que seguía atado.

En un momento dado oyó que varios vehículos blindados pasaban justo por el exterior. Oyó disparos y pensó que estaban a punto de rescatarlo o de matarlo. Se produjo un tiroteo feroz. Oyó el sordo bombardeo de un lanzagranadas automático Mark 19, así como la explosión de lo que sonaba como misiles TOW. Jamás había sido la víctima de un intenso fuego de artillería y le impresionó lo potente y aterrador que era. Las explosiones se acercaban cada vez más. El nerviosismo entre los *skinnies* que lo tenían prisionero se fue incrementando. Todos eran hombres jóvenes con unas armas que parecían oxidadas y mal conservadas. Escuchó que se gritaban entre ellos y que discutían. En varias ocasiones, un par de ellos irrumpió en el cuarto y lo amenazaron. Uno hablaba algo de inglés.

—Tú matar somalíes. Tú morir somalíes, ranger —dijo.

Durant no pudo comprender lo otro que decían pero adivinó que le pegarían un tiro antes de dejar que los estadounidenses que se acercaban se lo llevaran.

Escuchaba la batalla entablada con esperanza y temor a la vez. Luego el ruido se alejó para irse apagando. A pesar del peligro, se sintió decepcionado. ¡Habían estado tan cerca!

Al cabo de un momento, asomó por la puerta el cañón de un fusil. Sólo el cañón. Durant advirtió el movimiento por el rabillo del ojo y volvió la cabeza justo cuando resplandeció y en la habitación sonó un disparo. Notó el impacto en el hombro izquierdo y en la pierna izquierda. Le echó una ojeada al hombro y, además de sangre, vio el extremo posterior de una bala que sobresalía de la piel. Era evidente que aquella primero había dado en el suelo y luego rebotado en su dirección ya sin la fuerza suficiente para entrar por completo. Un fragmento de metralla se le clavó en la pierna.

Sacó la mano de la cadena y trató de sacar el proyectil del hombro. Fue un movimiento automático, un reflejo, pero se quemó los dedos cuando la tocó e hizo una mueca de dolor. Estaba todavía caliente. Las yemas de los dedos se le chamuscaron.

«A ver si aprendes la lección, hay que esperar a que se enfríe», pensó.

2

La noticia de la gran batalla en Mogadiscio llegó a Washington cuando allí era la mañana del domingo. Llevaban algunas horas de combate cuando el general Garrison recibió una llamada del general Wayne Downing, un viejo amigo que era comandante en jefe de las Operaciones Especiales de Estados Unidos. Después de correr por la mañana temprano, Downing pasó por su despacho en la Base MacDill de las Fuerzas Aéreas de Tampa, y decidió hacer una llamada a su amigo que estaba en Mogadiscio para saber cómo andaban las cosas por allí. Hacía unas dos horas que duraba la lucha. Garrison le resumió en pocas palabras lo que había ocurrido hasta ese momento. La misión en sí había sido un éxito, habían capturado a dos de los lugartenientes de Aidid y a un buen número de miembros de menor categoría, pero habían sido derribados dos helicópteros, el tiroteo era intenso y los muchachos estaban todavía en medio del combate. Después de preguntarle a su amigo si había algo que él pudiera hacer, Downing colgó el teléfono. Lo último que necesitaba su amigo en aquel momento era alguien que anduviera dándole la lata a veinte mil kilómetros de distancia.

Downing difundió la noticia. Aquella misma mañana, el consejero de Seguridad Nacional, Tony Lake, recibió un sucinto resumen en la Casa Blanca, dos lugartenientes de Aidid capturados, dos helicópteros derribados, la operación de rescate en marcha. Lake estaba entonces más preocupado por lo que sucedía en Moscú, donde el presidente Boris Yeltsin se defendía de un golpe de Estado de la derecha. El presidente Clinton no mencionó Mogadiscio en la conferencia de prensa de aquella mañana, que se celebraba en el mismo momento en que el destacamento especial Ranger quedaba atrapado en torno al primer helicóptero siniestrado. Tanto Clinton como el resto de los estadounidenses fueron ajenos al drama que se desarrollaba en el lejano Mogadiscio. Después de la conferencia de prensa, el presidente voló a San Francisco para una gira de conferencias ya planificada y que iba a durar dos días.

En esta ocasión, Garrison hizo todo lo posible para que la fuerza que mandó a la ciudad fuera demoledora. Si Aidid quería jugar, el ejército de Estados Unidos jugaría. Centrados en veintiocho camiones blindados malasios y cuatro tanques paquistaníes, el convoy ascendía a cien vehículos y tenía una longitud de más de tres kilómetros, y contaba con tanta potencia de fuego que podían en caso necesario abrirse su propio camino. El teniente coronel Bill David fue el responsable de reunir rápidamente esta fuerza en el Puerto Nuevo, situado en la costa a unos tres kilómetros al norte de la base Ranger.

Cuando a David le confiaron la misión, su primera reacción fue: «¡No estarán hablando en serio!» Sus hombres, dos compañías de fusileros de la 10.^a División de

Montaña, que sumaban cien hombres, estaban ya en el aeropuerto. La compañía Charlie de David, los «Tigres», habían recogido a algunos heridos leves en la emboscada de la rotonda K-4 cuando intentaban llegar al helicóptero siniestrado de Durant, pero aparte de esto, estaban frescos y ansiosos de participar en la lucha. La Compañía Alfa, bajo el mando del capitán Drew Meyerowich, se unió a ellos. Los vehículos blindados eran estupendo, de acuerdo, pero ¿qué iba a hacer David con los malasios y los paquistaníes? Se reunió con el general Gile, segundo en mando de la 10.^a Convinieron que cuando sus hombres se juntasen con las tropas extranjeras en el Puerto Nuevo, les pedirían a los malasios que retirasen a su propia infantería de los camiones blindados y meterían en éstos a las tropas estadounidenses. Sería algo así como: «Muchas gracias, nos quedamos con sus vehículos y sus conductores, pero no necesitamos a sus hombres». David intuía la reacción.

—¿Esos chicos hablan inglés? —preguntó.

—La mayoría de los oficiales hablan un poco —le contestó Gile—. Además, habrá oficiales de enlace para facilitar el proceso.

A David le bullía la cabeza cuando salió del Centro de Operaciones. Al oficial del Ejército Regular (West Point, promoción del 75), nativo de San Luis, le acababan de asignar a sus cuarenta años de edad la misión de su vida. Hacía dos meses que estaba en Mogadiscio, al mando de un batallón de pacificadores destinado a apoyar a las fuerzas de Naciones Unidas. Nunca le había hecho mucha gracia la presencia del destacamento especial Ranger bajo el mando de Garrison, que había llegado e iniciado sus misiones secretas al margen de la estructura militar ya organizada. Las unidades del Ejército Regular admiraban el elitismo de los Boinas Verdes, pero también les molestaba. Las divisiones convencionales no gozaban ni con mucho del mismo dinero para la instrucción, o de la misma libertad para escoger las misiones. No resultó fácil para los orgullosos oficiales y hombres de la 10.^a, que contaban con su propia y distinguida historia bélica, ver al destacamento especial Ranger aparecer en Mogadiscio y quitarles los honores. Desde que la osada misión empezó a ir mal, no costó mucho considerarla una temeridad. ¿Qué estaban haciendo en el barrio Mar Negro, aquella zona de Aidid tan popular, a plena luz del día? ¿Dónde estaba la reserva? Y David y sus hombres, a veces despreciados por el cuerpo de elite, tenían por misión sacarles las castañas del fuego a los Delta y a los rangers.

Debía trasladar a sus hombres, junto con lo que se había dado en llamar el «Pelotón de los Cocineros», formado por voluntarios y restos de las fuerzas originales de asalto, al Puerto Nuevo en el norte, y una vez allí negociar con los malasios y los paquistaníes, desarrollar un plan y entonces hacer que sus subordinados lo comunicaran a todo el convoy. Seguidamente tenía que conducirlos hasta la ciudad y mantenerlos juntos en la oscuridad conforme se abrían camino hasta los dos helicópteros siniestrados.

Mientras los comandantes organizaban el plan, los rangers asignados a la columna de rescate se carcomían de impaciencia. ¡Eran sus compañeros los que seguían allí atrapados! Los que habían estado en la lucha sabían lo cruenta que se había vuelto la batalla. Habían ayudado a trasladar a sus camaradas heridos o muertos desde los Humvees y los camiones del convoy perdido hasta el hospital de campaña, donde el doctor Marsh y su equipo de médicos y enfermeros luchaban con todas sus fuerzas para salvarles la vida. Los rangers sabían que los muertos eran Pilla, Cavaco y Joyce. En estado grave estaban Blackburn, Ruiz, Adalberto, Rodríguez y el operador Delta Griz Martin. Había otros muchos heridos. Era una escena espantosa. Además, los soldados ilesos estaban tan salpicados de sangre que parecían también heridos.

Algunos asistentes médicos se acercaron al sargento Eversmann, quien había estado al mando de la Tiza Cuatro y había vuelto junto con sus hombres en el convoy perdido. Eversmann no estaba herido, pero la mayoría de los hombres de su tiza sí. Al igual que en el trayecto de vuelta, le tocó ir apretujado con los heridos en la parte posterior de un Humvee, y además iba con el uniforme apelmazado de sangre. Cuando llegaron a la base y empezó a ayudar a bajar a los heridos, dos enfermeros lo agarraron y empezaron a cortarles los pantalones.

—¡Eh, dejadme en paz! —exclamó—. ¡Estoy bien!

No le hicieron ningún caso, porque había hombres realmente heridos que protestaban de la misma forma.

—Escuchad, no tengo nada. ¡Ocupaos de ellos! —gritó a la vez que señalaba a los que esperaban atención.

Eversmann estaba destrozado. Había sido un día larguísimo, y toda aquella sangre, y todos aquellos hombres, ¡sus hombres!, mutilados, le partía el corazón. Costaba mucho mantenerse sereno. Estaba discutiendo con los enfermeros y los médicos cuando uno, ya maduro, lo apartó de los demás.

—Sargento, ¿cómo se llama?

—Matt Eversmann.

—Bien, Matt, escuche. Tiene que tranquilizarse.

—Roger.

—Vamos a atender a esos muchachos. Se pondrán bien. Pero usted tiene que tranquilizarse.

—¡Estoy tranquilo! —gritó Eversmann, aunque era evidente que no lo estaba—. ¡Sólo quiero que se ocupen de ellos!

—Lo que estos chicos necesitan ahora de usted es saber que no ha perdido la calma. No deben verle nervioso porque eso los inquietará más.

Eversmann cayó en la cuenta de que estaba haciendo el ridículo.

—De acuerdo —dijo.

Se quedó allí un momento, indeciso, luego se volvió y se dirigió caminando despacio a los barracones. Resultaba difícil librarse de todas las emociones del combate. Se sentía sacudido como después de un terremoto. Era escalofriante tener que identificar la muerte. Casey Joyce era uno de sus hombres. La última vez que había visto a Joyce corría hacia el convoy con la camilla que portaba a Blackburn. Después, le había perdido la pista. Y luego había visto su cara pálida y tirante, vacía de vida. Durante el combate no hubo tiempo para reaccionar al terror o retroceder ante lo que resultaba grotesco. Pero ahora todo salía a la luz.

Le ayudó mucho que el teniente coronel McKnight le pidiera que reforzase el perímetro de seguridad en el aeropuerto. Había el temor de que, en medio del caos, Aidid aprovechase para asaltar la base. Por consiguiente, Eversmann se guardó todas sus meditaciones y se fue a trabajar. Todavía le quedaban seis hombres sanos de su tiza. Los puntos de sutura que el especialista Sizemore tenía en el codo, donde antes se había quitado el yeso para unirse a la lucha, estaban abiertos y sangraban; sin embargo, él apartó a los enfermeros mediante un gesto enérgico de la mano. No quería que lo volvieran a marginar. No podía quitarse de la cabeza las imágenes de sus compañeros, allí en la ciudad bajo sitio y esperándolo. Estaba furioso y, al igual que muchos de sus camaradas rangers, quería venganza. Recordó a Stebbins, que había tomado su puesto en el helicóptero, y se volvía loco ante la idea de que el secretario estuviera allí en su lugar. Tenía que ir. ¿Qué era lo que retrasaba la marcha? Estaba dando vueltas alrededor de los Humvees preparados cuando se acercó un chico D y preguntó:

—¿Alguien conoce a Alfabeto?

Sizemore dijo que él lo conocía. Atravesaron juntos la puerta de entrada, pasaron por delante del hospital de campaña y llegaron al parque de bomberos. Detrás de él, una sábana blanca cubría el minibúnker hecho con sacos de arena por el sargento Rymes. El sargento levantó la sábana. Dentro yacía el cadáver de Kowalewski con la RPG todavía clavada en el pecho.

—¿Es Kowalewski? —preguntó el chico D.

Sizemore asintió con un gesto de la cabeza, por lo menos creía que era él. Estaba anonadado. El chico D volvió a formular la pregunta.

—¿Es Kowalewski?

—Sí, es él.

El larguirucho Steve Anderson intentaba darse ánimos para volver a salir de la base. Ya se había ido a regañadientes la primera vez. Los acontecimientos de la jornada habían despertado en él una serie de sentimientos confusos, entre los que predominaba la ira. Hasta aquel día, Anderson había sido tan patriota como el resto de los muchachos, pero en aquellos momentos, después de ver a los muertos y heridos, se sentía utilizado y estúpido. Habían puesto su vida en peligro y arrastrado a

una situación donde tenía que disparar y matar a personas para sobrevivir... y resultaba difícil comprender la razón. ¿Cómo podían unos políticos de Washington tomar a unos hombres como él y ponerlos en una situación semejante, tipos que eran jóvenes, ingenuos, patriotas y estaban ansiosos por hacer lo correcto, y aprovecharse de todo esto sin una buena razón?

Oyó la historia de uno de sus compañeros, el soldado Kevin Matthews, que había estado en la columna pequeña de Humvees cuando mataron a Pilla y luego regresó con el primer convoy de rescate. Matthews contaba lo del hombre que había matado en la calle unas horas antes, de cómo se había retorcido cuando le metió en el cuerpo cinco, diez, quince proyectiles, y Anderson tuvo la sensación de que Matthews fanfarroneaba. Salvo que, a medida que lo escuchaba, se dio cuenta de que el joven soldado estaba trastornado y que hablaba y hablaba porque necesitaba desahogarse y contar lo que había ocurrido. Estaba temblando. Necesitaba que le asegurasen que había hecho lo correcto.

—¿Qué otra cosa podías haber hecho? —le dijo Anderson.

Este último había hablado la víspera con sus padres en Illinois, y les había dicho que todo iba bien, que no pasaba nada y que probablemente así seguiría. Y ahora, aquello...

Hubo que llevar a cabo un examen especial para identificar a los hombres que podían conducir los camiones de cinco toneladas con los aparatos de visión nocturna. Las gafas de visión nocturna bloqueaban toda la visión periférica y escocían los ojos. Hacía falta tiempo para acostumbrarse a conducir con ellas. Como el especialista Peter Squeglia, el armero de la compañía, tenía experiencia en conducir una moto con los aparatos de visión nocturna, uno de los tenientes le pidió que se hiciera cargo de uno de los camiones.

—Señor, si usted me pide que conduzca un camión, lo haré. Pero nunca he conducido un camión.

La idea de que le rechinasen las marchas y de que se le calase el motor en medio de un tiroteo, donde un vehículo parado podía atrasar una columna entera o, peor, quedarse rezagado, le aterrorizaba. El teniente hizo una mueca y se alejó en busca de otro. Squeglia volvió de nuevo a la tarea de reunir las armas de los muertos y heridos para limpiarlas y repararlas más tarde. De momento, se limitó a amontonar aquella pila de acero manchado de sangre junto a su cama. La expresión del teniente hizo que Squeglia se sintiera humillado y culpable. Todo el mundo estaba asustado. Algunos tenían unas ganas frenéticas de unirse a la lucha, mientras que otros buscaban el modo de evitarla. El estaba, diríamos, en un punto medio. Después de lo que había visto del convoy perdido, una parte de él tenía la impresión de que volver a aquella ciudad era lo mismo que suicidarse. Era una locura, pero tenían que hacerlo. Iban a cargar a los rangers detrás de los camiones para transporte protegidos con sacos de

arena, y los vehículos no se iban a detener bajo ningún concepto para llevarlos por aquellas calles donde todos aquellos escualidos y cabronazos somalíes los esperaban para matarlos, ¿y para qué? Los malasios tenían por lo menos vehículos blindados. Squeglia iba a participar. Iba a cumplir con su parte, pero no pensaba hacer nada insensato, como aprender a conducir un camión grande en medio de un tiroteo.

Cuando llegó el momento de subir a bordo, Squeglia recogió su pistola y su CAR-15 que había manipulado para añadirle un lanzagranadas M-203. Procuró subir al camión después de que lo hicieran otros muchos. Se imaginaba que el lugar más seguro, si había alguno en el camión de transporte, era hacia el extremo posterior, donde sobresalían la rueda de recambio y el silenciador de escape. Se acurrucó detrás. Tal vez eso parara los tiros. Con toda certeza los sacos de arena no lo harían.

Justo antes de que el convoy abandonara la base, el especialista Chris Schleif se precipitó a los barracones, rebuscó entre la pila de armas de Squeglia y sacó el M-60 y la munición de Dominic Pilla. Tanto el riñe como los cargadores estaban manchados con la sangre y la masa cerebral de Pilla. Schleif se deshizo de su propia arma y se subió al Humvee con la de Pilla.

—No ha podido matar a nadie con ella —explicó Schleif al especialista Brad Thomas, quien, al igual que Schleif, se dirigía a la ciudad por tercera vez—. Yo lo haré en su nombre.

Eran las 21:30 cuando la fuerza de rescate salió del aeropuerto y se dirigió hacia el norte, al Puerto Nuevo, para reunirse allí con los malasios y los paquistaníes. Gran parte de los Ranger, todos los chicos D, los SEAL, los controladores bélicos de la fuerza aérea ilesos y las dos compañías de la 10.^a División de Montaña formaban un ejército de casi quinientos hombres. Los esperaban los vehículos malasios blindados para transporte de tropas, los llamados «Condor» de fabricación alemana, con aspecto de contenedores de acero rodantes de color blanco y con un conductor al frente y una portilla detrás para el artillero. Estaban pensados para transportar seis hombres cada uno. Los tanques paquistaníes eran M-48 de fabricación estadounidense. A pesar de que los blindados estaban alineados y listos para ponerse en marcha cuando llegó el largo convoy de camiones y Humvees, haría falta más tiempo para coordinar los movimientos de esta extraña colección de vehículos, que el teniente coronel David llamaba «la jodida manada».

Se concentró en ello. Extendió un plano sobre el capó de su Humvee y, rodeado de soldados que le iluminaban con linternas, improvisó un plan. Con gran alivio, casi todos los oficiales malasios y paquistaníes hablaban inglés. No hubo grandes discusiones. Al principio, a los oficiales malasios no hizo ninguna gracia que se retirara a su infantería de los camiones blindados, pero cedieron cuando David aceptó dejar en cada vehículo al conductor y al artillero. Como las diferentes unidades no contaban con radios compatibles, hubo que instalar radios estadounidenses en los

vehículos. Elaboraron sistemas para controlar los tiroteos, medidas para evitar dispararse entre ellos, códigos de llamadas, la ruta y un montón de asuntos críticos.

David era consciente de la urgencia, pero no quería que ésta predominase. Sabía que había soldados en estado grave en el lugar del primer helicóptero siniestrado para quienes cada minuto era importante. Por otra parte, aquel convoy era definitivo. Si fallaban, si no conseguían llegar a ese lugar, o quedaban divididos o bloqueados, ¿quién iba a acudir en su ayuda? Resultaría trágico que uno o dos soldados muriesen durante la espera, pero rescatar a los otros noventa y siete hombres, y que ellos mismos fueran y volvieran sanos y salvos, tenía que ser prioritario.

A los rangers y a los soldados de la 10.^a División de Montaña que veían los Condors por primera vez les pareció que eran como ataúdes con ruedas. Escoger entre éstos vehículos blindados y los camiones de cinco toneladas con sacos de arena era lo mismo que intentar escoger el propio veneno: detrás de un camión de transporte de tropas se corría el riesgo de ser acribillado a balazos, pero en la torreta o dentro de uno de aquellos vehículos se podía acabar quemado por una granada. Al cabo de una hora después de haber llegado al Puerto Nuevo, los hombres empezaron a subir, de mala gana, a los Condors. Como sólo había unas pequeñas mirillas en los lados, la mayoría de la fuerza no iba a poder ver nada. Y la idea de que les llevara un malasio todavía les deprimía más.

Los rangers veían transcurrir las horas sin que se pasara a la acción y la impaciencia les carcomía. Según ellos lo percibían, se retrasaban por culpa de aquel ejército regular que carecía de agilidad, se regía demasiado por los reglamentos y no comprendía la urgencia de la situación. Para los que estaban hacia atrás en la columna, parecía que no se hacía nada. Algunos jóvenes de la 10.^a División dormitaban en los vehículos. ¡Durmiendo! El sargento Ranger Raleigh Cash no podía contenerse. ¡Sus compañeros morían en la ciudad y aquellos tíos se dedicaban a echar una cabezadita! ¿Por qué demonios no se movían? Había hecho las paces consigo mismo al acompañar al «Convoy de los cocineros» en aquella abortada misión para rescatar a Durant y su tripulación. Si le tocaba morir aquel día, pues que así fuera. La lealtad le tiraba más que la voluntad de sobrevivir. Había reflexionado sobre ello muy a fondo. Llevaba chaleco antibalas; por consiguiente, si le alcanzaba un proyectil, sería en los brazos o las piernas, y había enfermeros para atenderlo. Le dolería, pero ya sabía lo que era estar herido. Si le disparaban en la cabeza, entonces moriría. No sentiría dolor alguno. La vida se escaparía de su cuerpo. Así de sencillo. El final. Sus amigos se ocuparían por él de su familia. Si moría significaba que era eso lo que había de ocurrir.

Cuando se enteró de que Smith había muerto, que se había desangrado esperando la ayuda que no había llegado, Cash perdió los estribos. Desahogó su ira e impaciencia en un oficial de la 10.^a División de Montaña. Le dijo que antes de que

los rangers hubieran tenido que cargar con su unidad no habían tenido problemas para encontrar la batalla.

—Escucha, nosotros no estamos retrasando nada —protestó el oficial—. Estamos tan preparados para marchar como vosotros. Pero has de confiar un poco más en tus superiores.

—Estamos tardando demasiado —replicó Cash en un tono alto y teñido de rabia—. ¡Mis amigos se están muriendo allí afuera! ¡Tenemos que ponernos en marcha de inmediato!

Se acercó el jefe de su pelotón y trató de calmarlo.

—Escucha, todos estamos deseando ponernos en movimiento.

Hacia las 23:00, David tenía a su «jodida manada» lista para la marcha, y se sentía bastante satisfecho del resultado. Veía el esfuerzo que había realizado para organizarlo todo como uno de los logros más importantes de su vida. Los tanques paquistaníes iban a guiar al convoy por la ciudad. Detrás de ellos, cada pelotón contaba con cuatro vehículos blindados entremezclados con los camiones y los Humvees. Los helicópteros de combate Cobra de la QRF proporcionarían apoyo aéreo. Debían desplazarse hasta un punto determinado en la calle Nacional, desde donde la mitad de la fuerza se dirigiría al sur hacia el lugar donde se había estrellado el *Súper Seis Cuatro* de Durant, y la otra se desviaría al norte, hasta el *Súper Seis Uno* de Wolcott, donde se hallaba atrapado el grueso de la unidad especial. Habían establecido conexiones comunes, había oficiales de enlace repartidos por el convoy... Estaban listos para ponerse en marcha.

Pero entonces acudió corriendo un oficial paquistaní. Su comandante no estaba de acuerdo en que los tanques encabezaran el convoy, lo que constituía un problema porque los tanques debían abrir el camino a través de las enormes barricadas (zanjas, carrocerías de automóviles y camiones, piedras amontonadas, neumáticos en llamas y diversos escombros) que los somalíes habían levantado para bloquear los caminos principales que salían de las instalaciones de Naciones Unidas. Como el Puerto Nuevo era la base de los paquistaníes, quienes habían propuesto la ruta hasta el punto de desvío, se llegó a un compromiso. Los tanques encabezarían el convoy hasta la rotonda K-4 y luego se colocarían un poco más arriba de la columna.

Aparecieron nuevos problemas. No era difícil comprobar que, cuando había muchos comandantes, una batalla podía llegar a convertirse en una derrota. Después de discutirlo con sus superiores, los malos dijeron que les habían ordenado que no sacaran los vehículos blindados de las calles principales, por la misma razón que Garrison había afirmado anteriormente que Mogadiscio era un lugar inadecuado para los blindados. A los tanques y a los vehículos blindados les resultaba harto difícil maniobrar en el complejo entramado de calles estrechas y callejones que había en la ciudad. Los vehículos grandes eran vulnerables cuando circulaban despacio por unas

calles donde el enemigo podía acercarse sigilosamente y arrojar granadas desde las azoteas y los árboles, o disparar de cerca proyectiles susceptibles de atravesar el blindaje.

David volvió a bajar de su Humvee y parlamentó de nuevo con los oficiales.

—Escucha, Drew —le dijo al capitán Meyerowich—, así están las cosas. Necesito que tu compañía nos abra el camino para entrar en la ciudad.

Los paquistaníes aceptaban encabezar el convoy hasta la rotonda K-4, el límite del territorio de Aidid. En ese punto, la compañía de Meyerowich, que en su mayoría iba en los Condors, debían tomar la delantera.

Eran las 23:23.

Cuando el capitán Steele oyó las detonaciones del convoy gigante cada vez más próximo, supo que había llegado el momento más peligroso de la noche. La luna estaba alta y casi había cesado el tiroteo en la zona que rodeaba el lugar del primer helicóptero siniestrado. Se oían algunas detonaciones de vez en cuando. La atmósfera se había despejado de humo y de pólvora. Sólo quedaba aquel hedor a almizcle típico de Somalia, el rastro del polvo del desierto en el aire y el ligero regusto de las pildoras yodadas que había en las cantimploras. Inexplicablemente, los *sammies* deambulaban calle arriba justo en medio del perímetro. Los chicos D los dejaban avanzar hasta que llegaban a una zona de fuego cruzado y entonces los derribaban con disparos rápidos. De vez en cuando, se oía retumbar a los Little Birds que soltaban un cohete y repartían fuego de metralleta. Pero en aquellos momentos, el ruido que preocupaba a Steele era el intenso fragor de las armas cada vez mayor a medida que la columna de rescate se acercaba a su posición. Con todo aquel tiroteo, con dos elementos de soldados inquietos a punto de juntarse en una ciudad caótica a oscuras, la mayor amenaza para los hombres atrapados eran sus rescatadores.

—*Romeo Seis Cuatro* [Harrell], aquí *Julieta Seis Cuatro* [Steele], ¿Qué hacemos, nos arriesgamos a salir corriendo o nos morimos aquí dentro ahumados?

—*Quieren que marquéis vuestra posición con una luz estroboscópica IR. Si tienes alguna duda, indícales el lugar con una linterna roja.*

Calle arriba, el capitán Miller tenía sus propias preocupaciones.

—*De acuerdo, y dime, esta unidad especial está formada por malasios, ¡y quién mási Cambio.*

—*Malasios y estadounidenses. También llevan rangers, cambio.*

—*Está bien, en ese caso todos los vehículos deben de llevar algún equipo de visión nocturna para poder identificar la luz estroboscópica* —añadió Miller en tono esperanzador—. *Cambio.*

—*Estas son las órdenes, cambio.*

Luego, minutos más tarde, el helicóptero de mando tranquilizó a Miller:

—*Sí, se están moviendo. El elemento de cabeza cuenta con aparatos de visión nocturna y, por consiguiente, deberían poder detectar vuestra luz estroboscópica IR, Scotty, cambio.*

También informaron a Miller de que la columna iba a ser conducida por miembros de la unidad Delta, entre ellos el mayor James Nixon, John Macejuna, Matt Rierson y Chuck Esswein, lo cual supuso un gran alivio tanto para él como para los otros jefes del equipo Delta.

El convoy de rescate procedía del sur. Por el ruido que hacía, realizaba la misma ruta que los rangers y los chicos D habían tomado la tarde anterior, por el este del

Hotel Olympic, lo que significaba que la primera posición a la que iban a llegar era la de Steele. Se acercaban sin pausa pero despacio y, por los sonidos que se propagaban, iban disparándole a todo. Eran las dos menos diez de la madrugada. Sin los aparatos de visión nocturna no podían ver la calle hasta tan lejos. Lo único que debían hacer era permanecer escondidos, esperar y confiar en que el convoy no se abriese camino por su calle a base de explosiones.

—*Romeo Seis Cuatro, aquí Julieta Seis Cuatro. Vamos a colocar luces estroboscópicas IR frente al edificio donde estamos. También pensamos arrojar una bengala roja para señalar dónde están los heridos. Cuanto más se acerquen los vehículos blindados a estas luces, más fácil será el traslado de los heridos, cambio.*

—*Roger, pero será preferible que vayáis con cuidado al poner esas luces rojas, o los malos van a empezar a disparar sobre ellas.*

—De acuerdo, pero has dicho que todos los chicos llevan aparatos de visión nocturna, ¿no es así?

—Hay hombres en el elemento de cabeza que los llevan, y deberían bombardear estas luces estroboscópicas IR, cambio.

Qué gran tensión. Desde que le habían dicho a Steele que el convoy llegaría a su altura al cabo de veinte minutos, había transcurrido casi una hora.

—*Romeo, aquí Julieta. Creo adivinar que ahora han girado hacia el norte. La fuerza terrestre de reacción viró al norte. ¿Cuentan con un tiempo aproximado de llegada a esta posición?*

—*No, se mueven despacio, tomándose su tiempo. Van a tardar un poco, Mike. Probablemente de quince a veinte minutos, según dónde estén, cambio.*

—De acuerdo. Aquí estamos más o menos seguros. Creo que esas batidas de los Little Birds han aplacado los ánimos de los espíritus rebeldes, cambio.

Hacia las dos, se oyó un aviso procedente del helicóptero de mando.

—*Bien, empezad a prepararos para salir de ahí, pero siempre con las cabezas agachadas. Es un mal momento.*

—Roger, recibido. Marcamos posiciones ahora mismo. Estamos preparados para salir —dijo Steele.

—*Roger, tened mucho cuidado, porque llegan con artillería pesada.*

—Espero que así sea, cambio.

—El enlace es inminente —informó Steele a Perino—. Quiero que todo el mundo salga de los patios y permanezca alejado de puertas y ventanas.

Y los rangers se recogieron como tortugas en sus conchas y aguzaron el oído. Todos sentían un miedo cerval por la 10.^a División de Montaña, a quienes consideraban unos tontainas del Ejército Regular muy mal preparados, a sólo un escalón por encima de los totalmente incompetentes civiles.

Pasaron cinco minutos. Pasaron diez minutos. Pasaron veinte minutos. Luego,

otra llamada procedente del helicóptero de mando.

—Queremos poneros al corriente de la situación. Todavía están en aquella curva en forma de U. Han tenido un pequeño problema sobre la dirección entre ellos. Pero están a punto de volver a ponerse en marcha. Os avisaremos tan pronto como empiecen a desplazarse hacia el norte.

Perino llamó al capitán Steele.

—¿Dónde están? —preguntó.

—A pocos minutos —fue la respuesta del capitán.

Los dos hombres se rieron.

El capitán Drew Meyerowich estaba con los operadores Delta que encabezaban la sección del convoy de rescate que se dirigía hacia la posición de Steele y de Miller. La mayor parte del trayecto se había convertido en una batalla campal. Dos conductores malasios habían tomado una calle equivocada y llevando con ellos a unos treinta hombres de Meyerowich en dirección errónea. Habían caído en una emboscada y se reían envueltos en un tiroteo intenso; además, uno de sus hombres, el sargento Cornell Houston, estaba mortalmente herido.

Gracias a toda su cuidadosa planificación, el especialista Squeglia acabó en un Humvee. El estallido de las armas de fuego era constante, la mayoría procedente del propio convoy que se extendía tanto en ambas direcciones que el especialista no podía ver ni la cabeza ni la cola. Los faros no estaban encendidos pero los fogonazos y las explosiones iluminaban la fila completa. La luz reflejada le dejó ver dos burros muertos al borde de la calle, todavía sujetos a sus respectivos carros. Los gases de diésel impregnaban el aire y, a través de la ventanilla abierta del Humvee, Squeglia notaba la pólvora de su arma mezclada con el olor de neumáticos y basura quemados y el hedor general, acre y podrido, de la propia Somalia.

Estaba en plena acción.

En medio de una descarga repentina de armas de fuego, una RPG rebotó en el techo. La explosión posterior, a escasos metros de distancia, sonó como si alguien hubiera arrojado un contenedor vacío de basura desde una azotea. A Squeglia le dio la impresión de que le explotaba el pecho, luego olió el humo. Todos se habían agachado ante el estallido.

—¡Mierda! ¿Qué ha sido esto? —gritó el especialista David Eastabrooks, el conductor.

—¡Cielos! —exclamó el sargento Richard Lamb, que iba sentado junto a David—. Creo que me han dado.

—¿Dónde te han dado? —preguntó Squeglia.

—En la cabeza.

—¡Dios mío!

Uno de los hombres se apresuró a sacar una linterna roja y alumbraron con ella a Lamb. Un hilo de sangre le bajaba por el rostro y, en medio de la frente, tenía un pequeño y nítido agujero.

—Creo que no es nada —dijo Lamb—. Por lo menos te estoy hablando.

Él mismo se vendó la cabeza. Más tarde, los médicos explicarían que un fragmento de metralla se le había alojado entre los lóbulos frontales del cerebro, que no habían sido afectados los tejidos vitales por fracciones de milímetro en las dos direcciones. Estaba bien, sólo tenía la sensación de haberse dado un golpe en la

cabeza. Le dolió mucho más cuando, unos minutos después, le alcanzó una bala en el dedo meñique de la mano derecha y le quedó la punta colgando de un trozo de piel. Lamb soltó un taco, colocó la yema del dedo en su sitio, envolvió éste con un trozo de cinta adhesiva y siguió trabajando con la radio.

El especialista Dale Sizemore no había dejado de usar el arma desde que salieran de la base. Se había quitado la escayola del brazo para unirse al combate y, por fin, estaba allí. Los aparatos de visión nocturna le proporcionaban a él y a toda la inmensa columna una ventaja enorme sobre los somalíes. El especialista estaba tumbado boca abajo en la parte posterior del Humvee y buscaba a quien disparar. Cuando no encontraba objetivos móviles, tiraba a ventanas y puertas. La mayoría de las veces no sabía si había acertado o no. Las gafas nocturnas restringían la visión periférica. Aunque, a decir verdad, no quería saberlo. No quería pensar todavía en ello.

En un momento dado, le llovieron chispas en la cara. Se volvió y descubrió un agujero del tamaño de un puño en la carrocería del Humvee a sólo unos centímetros de su cabeza. No había notado nada. Cuando una RPG alcanzó a uno de los camiones de delante, los hombres acudieron corriendo calle abajo en busca de un espacio en los Humvees, mientras las balas trazadoras volaban. Uno de ellos, el especialista Eric James, enfermero, se acercó a la puerta abierta donde estaba Sizemore con una manta Kevlar.

—¿Tenéis sitio? —preguntó con una expresión atónita y asustada.

Sizemore y el soldado Brian Conner le hicieron sitio junto a ellos.

—Ven aquí y ponte la manta sobre la cabeza, verás como no te pasa nada —le tranquilizó Sizemore, quien pensaba que siempre era bueno tener un enfermero cerca.

James tenía la sensación de que Sizemore le acababa de salvar la vida.

El especialista Steve Anderson viajaba en un Humvee que iba cerca del de Sizemore en la columna. Estaba sentado detrás en el lado izquierdo con los ojos pegados al visor de visión nocturna de su SAW. Cada vez que la columna se detenía, lo que ocurría a menudo, los hombres debían bajar en tropel y velar por ponerse a cubierto. La primera vez que pararon, Anderson titubeó. No quería dejar las extremidades fuera del vehículo como tenía que hacer para saltar al suelo. Antes de aquel destino, había empezado a tomar clases de paracaidismo de estilo y, de repente, en aquel momento, el miedo específico a que le disparasen en las extremidades le dejaba inmovilizado; porque, además, ya contaba con una herida leve en las piernas como consecuencia de una misión anterior. En su país, acababa de realizar el primer salto de caída libre. Había sido tan emocionante... ¿Qué pasaría si le arrancaban un pie de un tiro y no podía volver a saltar nunca más? Aunque de mala gana, hizo un esfuerzo para salir del vehículo.

En una de estas paradas, él y Sizemore estuvieron fuera durante lo que les parecieron horas, observando la ventana de un edificio de tres plantas, atentos a

cualquier signo de que hubiera allí un tirador. Llevaban allí un buen rato cuando Anderson notó una abolladura y un arañazo en el techo del Humvee, muy cerca de ellos. Una bala había rebotado allí.

—¿Lo habías notado antes? —le preguntó a Sizemore.

Éste no había advertido nada. Tampoco estaba allí cuando salieron del vehículo. Lo cual significaba que había pasado una bala entre ellos, no les había tocado de milagro y ni se habían enterado.

Así era como Anderson se sentía la mayor parte del tiempo. En tinieblas. Veía las balas trazadoras y había veces en que el tiroteo hacía tanto estruendo que la noche parecía pronta a estallar, pero no podía en ningún momento decir de dónde procedía, o distinguir a quién debía disparar. Sizemore, en cambio, gastaba las municiones a la misma velocidad con que cargaba el arma. Anderson admiraba la seguridad y la falta de interés por la vida que mostraba su amigo, y ello le inspiraba y acomplexaba a la vez.

Sizemore descargó lo que parecía corresponder a un cargador entero de proyectiles a la fachada de un edificio situado a quince metros de distancia. Acto seguido, Anderson vio balas brillar y estallar en el suelo donde su compañero había disparado, lo que significaba que le había dado a alguien. Cuando los proyectiles tocaban en la tierra, o impactaban en el suelo o en un edificio, solían desviarse. Pero cuando tocaban carne, brillaban durante unos instantes.

—¿No los habías visto? —preguntó Sizemore a Anderson—. Había un grupo enorme allí que nos estaba disparando.

Anderson no lo había advertido. Se sentía fuera de su elemento. Minutos después, observó otra abolladura y unas rayas encima del Humvee, al lado de las anteriores. Confiaba en que su compañero hubiera silenciado al arma que lo había hecho.

En otra parada, esta vez en una calle amplia, Anderson y los demás hombres de su Humvee se apostaron cerca de una casa de dos plantas, y entonces llegó un vehículo blindado malasio cuyo artillero abrió fuego con la ametralladora a seis metros por detrás de ellos. Disparaba al tejado del edificio junto al que se hallaba Anderson. Como las balas trazaban líneas rojas en la oscuridad, Anderson pudo seguir su trayectoria, y todas rebotaron en el edificio junto a él. La pared era de piedra irregular. Cualquier bala habría podido desviarse hacia él. No podía hacer más que mirar. Uno de los proyectiles dio en el edificio y luego trazó un arco cruel al otro lado de la calle como una decoración festiva.

El especialista Dale Sizemore no había dejado de usar el arma desde que salieran de la base. Se había quitado la escayola del brazo para unirse al combate y, por fin, estaba allí. Los aparatos de visión nocturna le proporcionaban a él y a toda la inmensa columna una ventaja enorme sobre los somalíes. El especialista estaba tumbado boca abajo en la parte posterior del Humvee y buscaba a quien disparar. Cuando no

encontraba objetivos móviles, tiraba a ventanas y puertas. La mayoría de las veces no sabía si había acertado o no. Las gafas nocturnas restringían la visión periférica. Aunque, a decir verdad, no quería saberlo. No quería pensar todavía en ello.

En un momento dado, le llovieron chispas en la cara. Se volvió y descubrió un agujero del tamaño de un puño en la carrocería del Humvee a sólo unos centímetros de su cabeza. No había notado nada. Cuando una RPG alcanzó a uno de los camiones de delante, los hombres acudieron corriendo calle abajo en busca de un espacio en los Humvees, mientras las balas trazadoras volaban. Uno de ellos, el especialista Eric James, enfermero, se acercó a la puerta abierta donde estaba Sizemore con una manta Kevlar.

—¿Tenéis sitio? —preguntó con una expresión atónita y asustada.

Sizemore y el soldado Brian Conner le hicieron sitio junto a ellos.

—Ven aquí y ponte la manta sobre la cabeza, verás como no te pasa nada —le tranquilizó Sizemore, quien pensaba que siempre era bueno tener un enfermero cerca.

James tenía la sensación de que Sizemore le acababa de salvar la vida.

El especialista Steve Anderson viajaba en un Humvee que iba cerca del de Sizemore en la columna. Estaba sentado detrás en el lado izquierdo con los ojos pegados al visor de visión nocturna de su SAW. Cada vez que la columna se detenía, lo que ocurría a menudo, los hombres debían bajar en tropel y velar por ponerse a cubierto. La primera vez que pararon, Anderson titubeó. No quería dejar las extremidades fuera del vehículo como tenía que hacer para saltar al suelo. Antes de aquel destino, había empezado a tomar clases de paracaidismo de estilo y, de repente, en aquel momento, el miedo específico a que le disparasen en las extremidades le dejaba inmovilizado; porque, además, ya contaba con una herida leve en las piernas como consecuencia de una misión anterior. En su país, acababa de realizar el primer salto de caída libre. Había sido tan emocionante... ¿Qué pasaría si le arrancaban un pie de un tiro y no podía volver a saltar nunca más? Aunque de mala gana, hizo un esfuerzo para salir del vehículo.

En una de estas paradas, él y Sizemore estuvieron fuera durante lo que les parecieron horas, observando la ventana de un edificio de tres plantas, atentos a cualquier signo de que hubiera allí un tirador. Llevaban allí un buen rato cuando Anderson notó una abolladura y un arañazo en el techo del Humvee, muy cerca de ellos. Una bala había rebotado allí.

—¿Lo habías notado antes? —le preguntó a Sizemore.

Éste no había advertido nada. Tampoco estaba allí cuando salieron del vehículo. Lo cual significaba que había pasado una bala entre ellos, no les había tocado de milagro y ni se habían enterado.

Así era como Anderson se sentía la mayor parte del tiempo. En tinieblas. Veía las balas trazadoras y había veces en que el tiroteo hacía tanto estruendo que la noche

parecía pronta a estallar, pero no podía en ningún momento decir de dónde procedía, o distinguir a quién debía disparar. Sizemore, en cambio, gastaba las municiones a la misma velocidad con que cargaba el arma. Anderson admiraba la seguridad y la falta de interés por la vida que mostraba su amigo, y ello le inspiraba y acomplejaba a la vez.

Sizemore descargó lo que parecía corresponder a un cargador entero de proyectiles a la fachada de un edificio situado a quince metros de distancia. Acto seguido, Anderson vio balas brillar y estallar en el suelo donde su compañero había disparado, lo que significaba que le había dado a alguien. Cuando los proyectiles tocaban en la tierra, o impactaban en el suelo o en un edificio, solían desviarse. Pero cuando tocaban carne, brillaban durante unos instantes.

—¿No los habías visto? —preguntó Sizemore a Anderson—. Había un grupo enorme allí que nos estaba disparando.

Anderson no lo había advertido. Se sentía fuera de su elemento. Minutos después, observó otra abolladura y unas rayas encima del Humvee, al lado de las anteriores. Confiaba en que su compañero hubiera silenciado al arma que lo había hecho.

En otra parada, esta vez en una calle amplia, Anderson y los demás hombres de su Humvee se apostaron cerca de una casa de dos plantas, y entonces llegó un vehículo blindado malasio cuyo artillero abrió fuego con la ametralladora a seis metros por detrás de ellos. Disparaba al tejado del edificio junto al que se hallaba Anderson. Como las balas trazaban líneas rojas en la oscuridad, Anderson pudo seguir su trayectoria, y todas rebotaron en el edificio junto a él. La pared era de piedra irregular. Cualquier bala habría podido desviarse hacia él. No podía hacer más que mirar. Uno de los proyectiles dio en el edificio y luego trazó un arco cruel al otro lado de la calle como una decoración festiva.

El soldado Ed Kallman estaba en algún otro lugar del convoy gigantesco y conducía también en esa ocasión. El espectáculo de luces le tenía asombrado. El brazo izquierdo y el hombro estaban llenos de morados a causa de la RPG que no había explotado cuando le dio en la puerta del Humvee la tarde anterior y le golpeó. Se sentía bien, de nuevo excitado y razonablemente a salvo entre aquella fuerza masiva. Había largos ratos de relativa calma, luego, de pronto, la noche explotaba con luz y ruido. Un par de disparos procedentes de las casas o callejones oscuros a uno u otro lado de la calle desencadenaba la violenta explosión cuando la columna abría fuego a su vez. Arriba y debajo de la fila surgían salpicando las balas trazadoras, eran literalmente miles de balas en segundos que se limitaban a regar manzanas enteras de casas. Los aparatos de visión nocturna enmarcaban la escena en un círculo y ofrecían poca profundidad de percepción. También despedían calor a cinco centímetros del rostro, lo cual le causaba molestias en los ojos al cabo de un rato. Entonces descansaba un poco y miraba de frente o de soslayo.

Al final se detuvieron y se quedaron esperando en el mismo lugar varias horas. Le ordenaron a Kallman que hiciera retroceder el Humvee hasta aproximadamente media manzana, y él así lo hizo, pero apenas se hubo puesto en movimiento, una RPG explotó en lo que parecía el lugar que acababa de abandonar. Tanto él como otros hombres del vehículo se echaron a reír. Una explosión en la pared de encima provocó una lluvia de escombros que cayó sobre ellos. Ningún herido. Kallman avanzó el Humvee un par de metros sólo para asegurarse de que no había quedado inmovilizado.

Se pasó el resto de la noche escuchando la radio, en un intento de encontrarle sentido al constante parloteo, de discernir lo que ocurría. Delante de ellos en la larga columna, todo aquel tiroteo tenía muy impresionado al sargento Struecker. Antes de abandonar la base, había oído que un sargento mayor de la 10.^a División de Montaña decía a sus hombres: «Esto va en serio, así que disparad a todo bicho viviente».

También había advertido a su artillero que escogiese con mucho cuidado los blancos. El sargento explicó: «Cuando se dispara la calibre cincuenta, la ráfaga parece que continúa de por vida». Era evidente que el resto del convoy no tomaba semejantes precauciones. No paraban de lanzar plomo en aquella parte de Mogadiscio.

Aquel mismo día, muy temprano, los helicópteros estadounidenses habían atacado el garaje de Kassim Sheik Mohamed, un hombre de negocios alto y corpulento de rostro redondo que se pavoneaba al andar y tenía una sonrisa de perdonavidas. Bombardearon el garaje de Kassim porque, como era un somalí acaudalado, tenía a muchos hombres vigilándolo. En el punto álgido de la batalla, todo grupo grande y bien armado de somalíes en las inmediaciones de la lucha era un blanco. El bombardeo no iba tan mal desencaminado. Kassim era un miembro activo del clan Habr Gidr y partidario de Mohamed Farah Aidid.

Cuando se inició el bombardeo, Kassim corrió hasta el hospital más cercano, pues imaginaba que sería el lugar que los estadounidenses no iban a atacar. Permaneció allí dos horas. Cuando regresó al garaje, era una ruina en llamas. Una de las explosiones lanzó al aire un Land Rover blanco de Naciones Unidas hasta una altura de casi cuatro metros y permanecía derecho en lo alto de un montón de cajas de embalaje, como si alguien lo hubiera aparcado allí arriba. El equipo para el levantamiento de tierras quedó destruido. Su amigo y contable, Ahmad Sheik, de cuarenta y dos años, estaba muerto, así como uno de sus mecánicos, Ismael, de treinta y dos.

Era a última hora de la tarde y, como según la ley islámica había que enterrar a los muertos antes de que se pusiera el sol, Kassim y sus hombres llevaron los cuerpos al cementerio Trabuna. Durante el trayecto, un helicóptero descendió en picado sobre ellos y disparó unos proyectiles que dieron alrededor del coche, pero ellos se mantuvieron ilesos.

El cementerio estaba abarrotado de gente que sollozaba. Allí, en medio de la oscuridad, mientras se escuchaban las detonaciones del combate a lo lejos, la multitud cavaba tumbas en todos y cada uno de los espacios libres. Kassim y sus hombres se dirigieron con el coche hasta el único rincón tranquilo. Sacaron las palas y los dos cadáveres de la parte posterior de los automóviles y empezaron a transportarlos. Pero como otro helicóptero estadounidense los sobrevoló muy bajo y los asustó, soltaron los cuerpos, las palas y echaron a correr.

Se escondieron detrás de una tapia hasta que el helicóptero se hubo alejado y, acto seguido, salieron de nuevo, cogieron los cuerpos envueltos en sábanas y continuaron con el traslado. Otro helicóptero pasó zumbando a baja altura sobre ellos. De nuevo, soltaron los cuerpos y las palas y corrieron hasta la tapia. En esta ocasión, abandonaron los cuerpos de Ahmad Sheik e Ismael Ahmed y se marcharon en el coche, después de convenir que volverían por la noche para enterrarlos.

Cuatro de sus hombres volvieron a medianoche. Las detonaciones todavía sonaban en la ciudad. Subieron los cuerpos hasta una pequeña elevación y empezaron a cavar. Apareció otro helicóptero estadounidense que quedó suspendido a baja altura

e iluminó la escena. Los hombres de Kassim echaron a correr y dejaron los cuerpos en el suelo.

Regresaron a las tres de la madrugada y, por fin, pudieron enterrar a Ahmad Sheik y a Ismael Ahmed.

La mitad del convoy de rescate se dirigía hacia el sur, al helicóptero siniestrado de Durant, pero se habían detenido en las inmediaciones de un lugar parecido a un gueto de cabañas de tela y hojalata donde el *Súper Seis Cuatro* se había estrellado. En la oscuridad, el laberinto de senderos que no aparecían en el plano y que conducían a ese lugar daba la impresión de ser mortales en potencia, como meterse en la boca del lobo. Con la ayuda de los aparatos de visión nocturna y guiándose a ojo hacia la aldea y donde estaba el helicóptero abatido —donde horas antes se había terminado la misión para sus compañeros Randy Shughart y Gary Gordon—, el sargento John Mazo Macejunas, el rubio y temerario operador Delta, para quien aquel era ya su tercer viaje a la ciudad, se deslizó del Humvee donde viajaba y, a pie, condujo a una pequeña fuerza.

Alrededor del helicóptero siniestrado encontraron charcos y regueros de sangre, trozos de ropa rota y casquillos vacíos, pero ni armas ni señal de sus compañeros Shughart y Gordon, tampoco de Durant ni de los otros tripulantes. Con la ayuda de un intérprete, los soldados miraron en las cabañas de las inmediaciones en busca de información sobre los estadounidenses accidentados, pero nadie se brindó a ayudarlos. A pesar del riesgo de atraer disparos, se pusieron a gritar en la noche los nombres de los seis hombres: ¡Michael Durant! ¡Ray Frank! ¡Bill Cleveland! ¡Tommie Field! ¡Randy Shughart! ¡Gary Gordon! Sólo les respondió el silencio.

Macejunas supervisó entonces el emplazamiento de las cargas de demolición en el helicóptero. Permanecieron allí hasta que el *Súper Seis Cuatro* se convirtió en una bola de fuego blanco, luego regresaron al convoy.

La mitad del convoy, la que tomó dirección norte y a cuyo mando estaba Meyerowich, se retrasó debido a una enorme barricada levantada en la avenida Hawlwadig cerca del Hotel Olympic, y los conductores malasio se negaron a pasar por encima. En el pasado esas barricadas habían estado llenas de minas.

Meyerovich fue a recabar ayuda con el oficial de enlace.

—¡Dícales que el fuego de las armas ligeras no sirven contra ellas!

En un par de ocasiones, bajó del Humvee y se dirigió al vehículo blindado de cabeza y, mediante gestos de lo brazos, instó al vehículo a seguir avanzando. Pero los conductores de los Condors se negaron en redondo. Así que el convoy tuvo que esperar hasta que unos soldados desmantelaran la barricada a mano.

Meyerovich y los chicos D decidieron no esperar a que se solucionara el problema con la barricada. Se pusieron a correr arriba y abajo de la columna de vehículos, a golpear las puertas y a gritar a los hombres que bajaran enseguida de los vehículos. Sabían que estaban a tan sólo unas manzanas de los hombres atrapados.

—¡Salid! ¡Salid! ¡Americanos, salid!

Uno de los que emergió con gran cautela fue el especialista Phil Lepre. Un rato antes, mientras circulaban y el fuego se intensificaba y las balas producían un ruido metálico al chocar con los laterales de los vehículos blindados, Lepre sacó una foto de su hija que llevaba en el casco y le dio un beso de despedida. «Cariño, espero que tengas una vida feliz», dijo. Salió a la noche de Mogadiscio, corrió hasta una pared con otros dos soldados y apuntó su M-16 al callejón. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, vio a un grupo de somalíes a unas manzanas de distancia que se encaminaban hacia él.

—¡Se acercan unos somalíes! —dijo.

Como uno de los chicos D le dijo que disparase, Lepre abrió fuego en dirección al grupo. Primero lo hizo sobre las cabezas pero cuando vio que no se dispersaban les disparó al cuerpo. Vio varias caídas. Los otros se arrastraron hasta estar fuera del callejón.

En el cruce, los soldados desmontaban la barricada pieza a pieza bajo un intenso fuego. Lepre se desplazó un par de veces calle arriba con el resto de los hombres. En aquel momento estaban desplegados a ambos lados de un callejón a pocas manzanas por delante de los vehículos blindados. Avanzaban, se detenían, esperaban, luego en movimiento de nuevo, partes de un acordeón humano que se deslizaba furtivamente hacia el este. En uno de los lugares donde se detuvieron, desde una casa cercana les empezaron a disparar con gran intensidad. Los soldados corrieron a ponerse a cubierto y encontraron una posición estratégica todavía más ventajosa.

—Eh, toma mi posición —le ofreció Lepre al soldado y fusilero, James Martin, un joven de veintitrés años.

Este último, después de hacerse sitio sin más ceremonias, se acurrucó detrás del muro. Lepre se había desplazado apenas dos pasos a la derecha cuando una bala le dio a Martin en la cabeza y le tumbó de espaldas. Lepre vio un agujero en su frente.

—¡Enfermero! —gritaron Lepre y los otros—. ¡Necesitamos un enfermero!

Un enfermero se precipitó para atender al herido y como primera medida le aflojó la ropa a fin de evitar una conmoción. Examinó a Martin unos minutos, luego se volvió a Lepre y a los otros:

—Está muerto.

El enfermero junto con otros soldados arrastraron el cuerpo de Martin para dejarlo en un lugar protegido, pero les sorprendió un tiroteo. Uno de los hombres volvió corriendo y desafió el fuego disparando él a su vez con una mano mientras con la otra ayudaba a arrastrar a Martin. Cuando estuvieron cerca, otros salieron a darles una mano y juntos metieron el cuerpo en la callejuela.

Lepre estaba a cubierto a unos metros de distancia y observaba el cuerpo de Martin. Se sentía fatal. Había dicho al soldado que tomara su posición y éste había muerto de un disparo. Al ser arrastrado, se le habían deslizado los pantalones hacia

abajo y los tenía en aquellos momentos a la altura de las rodillas. Eran pocos los chicos que usaban calzoncillos con aquel calor tropical. Lepre no pudo soportar ver a Martín tumbado medio desnudo. Por consiguiente, a pesar del tiroteo, salió al callejón para subirle los pantalones y proporcionarle así algo de dignidad. Dos balas dieron en el pavimento cerca de donde se detuvo y Lepre, aunque a regañadientes, regresó gateando hasta que estuvo a cubierto.

—Lo siento, amigo —murmuró.

El helicóptero de mando seguía intentando convencer a la fuerza para que se reuniese en el lugar del primer helicóptero siniestrado.

—*La tropa de a pie está guiando a la fuerza de los vehículos* —comentaron, y añadieron luego dirigiéndose al convoy cuando éste se aproximaba a un giro a la izquierda—: *Estáis ahora a treinta metros al sur de los nuestros. Están a una manzana más pequeña de lo habitual al norte y a vuestra derecha. Si el vehículo blindado de cabeza sigue circulando puede girar a la izquierda en la calle siguiente y seguir una manzana, cambio.*

Steele oyó a los vehículos doblar la esquina. Afuera, sus hombres distinguieron el contorno difuso de los soldados. Steele y sus hombres se pusieron a gritar:

—¡Ranger! ¡Ranger!

—¡Décima División de Montaña! —fue la respuesta.

—*Roger, conexión hecha con el elemento Kilo y Julieta, cambio.*

Steele asomó la cabeza por la puerta.

—Soy el capitán Steele. El comandante de los Ranger.

—Roger, señor, somos de la 10.^a División de Montaña —replicó un soldado.

—¿Dónde está vuestro comandante? —preguntó Steele.

Hicieron falta horas para sacar a Elvis del helicóptero. Fue un trabajo desagradable. La columna de rescate había llevado consigo una sierra manual para cortar el fuselaje metálico del aparato y poder así liberar el cuerpo del muerto, pero la cabina estaba forrada con una capa de Kevlar que se tragaba la hoja de la sierra. Intentaron a continuación desmontar el Black Hawk atando unas cadenas en los extremos anteriores y posteriores, respectivamente. Unos cuantos rangers que observaban la escena a cierta distancia vieron que los chicos D utilizaban los vehículos para abrir los restos del helicóptero y sacar el cuerpo del piloto. Algunos desviaron la vista asqueados.

Colocaron al muerto en el techo de un vehículo blindado y a los heridos dentro. Goodale salió cojeando en medio de un gran dolor y se dejó caer en el vehículo de lado en el suelo.

—Tienes que ir sentado —le dijeron.

—Escucha, tengo una bala en el culo. No puedo sentarme.

—Pues apóyate o haz algo, pero necesitamos sitio.

En el patio donde estaban Miller y sus hombres, primero trasladaron a Carlos Rodríguez, quien llevaba unos pantalones hinchables de goma. Luego se ocuparon de los otros heridos. Stebbins se encontraba bastante bien. Veía por la ventana a los chicos de la 10.^a División de Montaña arriba y debajo de la calle, había muchos. Protestó cuando acudieron a por él con una camilla.

—Estoy bien —les dijo—. Puedo sostenerme sobre una pierna. Sólo tenéis que ayudarme a llegar al camión. Todavía tengo el arma.

Se apoyó sobre el pie bueno y, dando saltos y ayudado por uno de los chicos, se metió en el camión blindado.

Wilkinson se encaramó a la parte posterior del mismo vehículo. Todos confiaban en que no tardarían en ponerse en movimiento; sin embargo, los tuvieron mucho rato allí sentados. El interior de aquel receptáculo cerrado de acero era como una sauna y, además, apestaba a sudor, orín y sangre. ¡En qué pesadilla se había convertido aquella misión! Cada vez que creían que se había acabado, que ya estaba, se producía algo peor. Los heridos que estaban en los vehículos no podían ver lo que ocurría fuera, y no sabían a qué achacar el retraso. Todos suponían que, cuando llegara el convoy, se irían pitando a la base. Estaban a sólo cinco minutos en coche del aeropuerto. Eran ya las tres de la madrugada. Dentro de un par de horas saldría el sol. De vez en cuando, alguna bala daba en los laterales y producía un sonido metálico. ¿Y si les alcanzaba una RPG?

Se produjo un breve motín en el Condor donde iba Goodale.

—¿Por qué no nos movemos? —preguntó éste.

—Sí, eso me pregunto yo —replicó uno que iba apretujado contra él.

Como Goodale era el que estaba más cerca de la cabina, se puso en pie y se inclinó sobre el conductor malasio.

—¡Eh, tío, vámonos! —le dijo.

—¡No, ni hablar! —protestó el conductor—. ¡No nos moveremos hasta que nos lo digan!

—¡Maldita sea, no nos vamos a quedar aquí! ¡Haz el favor de sacar este trasto de aquí!

—¡No, no! ¡No nos movemos!

—¡No entiendes nada! ¡Nos van a disparar! ¡Nos van a joder aquí dentro!

También los mandos se estaban impacientando.

—Scotty [Miller], dime lo que está pasando —preguntó el teniente coronel Harrell.

Aparte de breves regresos a la base para repostar, Harrell y el comandante de las Fuerzas Aéreas Tom Matthews llevaban toda la noche en el Black Hawk C2 sobrevolando la ciudad.

—Roger. *Están intentando abrirlo, sin suerte hasta el momento* — contestó Miller.

—Roger. Os queda poco más de una hora antes de que empiece a clarear.

En el interior y alrededor de aquellas dos manzanas de Mogadiscio, había más de trescientos estadounidenses, la vanguardia de un convoy que se extendía a lo largo de ochocientos metros hacia la calle Nacional, lo que proporcionaba una sensación de seguridad entre las tropas de la 10.^a recién llegadas, pero que no compartían ni los rangers ni los chicos D que se habían pasado la noche luchando. La agotada fuerza de asalto observaba atónita a los muchachos del Ejército Regular, que se repantigaban contra las paredes, fumaban y charlaban en voz alta en la misma calle donde ellos habían sufrido la tormenta del fuego enemigo. En opinión de Howe, el jefe del equipo Delta y a quien los rangers tanto habían decepcionado, aquellos hombres parecían estar fuera de lugar. La espera para que ellos sacasen el cuerpo de Elvis empezaba a preocupar a todo el mundo.

Una explosión zarandeó el camión blindado donde estaba Stebbins y los hombres se pusieron a gritar furiosos.

—¡Joder, sácanos de aquí! —exclamó uno de ellos.

Rodríguez no dejaba de gemir. Stebbins y Heard se turnaban para sostener la bolsa que contenía el gota a gota para el artillero. Estaban encajados en el espacio reducido como piezas de un puzzle. Poco después de la explosión, se abrió de golpe la enorme puerta metálica del blindado y subieron en una litera a un soldado de la 10.^a que había sido herido en el codo. Gritó de dolor cuando lo dejaron en el suelo.

—¡No puedo creerlo! —exclamó.

El conductor malasio se volvía de vez en cuando, en un intento de calmar los ánimos.

—Dentro de nada, hospital —decía.

Después de haber instalado como mejor pudieron al recién llegado, Wilkinson se apoyó en la pared y vio, a través de una mirilla, que la oscuridad se iba desvaneciendo en el este. La intensidad de fuego empezaba a incrementarse. Se oían más sonidos metálicos en el lateral del camión blindado.

Los heridos que tanto habían deseado subir a los grandes vehículos blindados rezaban ahora para salir de ellos. Se sentían como blancos en una caseta de tiro. Goodale sólo contaba con una mirilla pequeña para mirar afuera. Hacía tanto calor que empezaba a marearse. Se quitó el casco y aflojó el chaleco antibalas, pero no sirvió de mucho. No podían hacer otra cosa que permanecer sentados en aquel espacio reducido, mirarse en silencio los unos a los otros, y esperar.

Una hora antes del amanecer, el helicóptero C2 pasó un informe de la situación al Centro de Operaciones:

—Esencialmente, están desmontando el tablero de instrumentos del helicóptero para liberar el cuerpo. No saben lo que pueden tardar todavía.

—*Está bien, ¿podrán sacar el cuerpo de allí?* —preguntó Garrison—. *Necesito una estimación honesta y real, nada de tonterías, del jefe del pelotón o del hombre de mayor edad allí presente. Cambio.*

—Roger —contestó Miller—. Hemos de calcular veinte minutos para sacar el cuerpo.

—*Roger, sé que están haciendo lo que pueden* —replicó Garrison—. *Vamos a esperar hasta que terminen. Cambio.*

Cuando el cielo clareó al este, el sargento Yurek se quedó atónito ante la carnicería que era la habitación donde habían pasado la noche. La luz del sol iluminó los charcos y las manchas de sangre que había por todas partes. Cuando asomó la cabeza por la puerta del patio que daba a la calle, vio cuerpos de somalíes diseminados arriba y abajo de la calle hasta donde le alcanzaba la vista. Uno de los cuerpos, el de un hombre joven, parecía haber sido atropellado varias veces por uno de los vehículos que se estaban usando para partir el helicóptero en dos. A Yurek le dio pena observar, en una esquina de la calle Marehan, el cadáver del burro al que había visto el día anterior cruzar milagrosamente la calle arriba y abajo en medio de todo el tiroteo. Seguía sujeto al carro.

Howe advirtió entre los cuerpos amontonados sobre los vehículos blindados las suelas de un par de botas de asalto que eran más pequeñas de lo normal. Sólo había un muchacho en la unidad con unas botas tan pequeñas. Earl Fillmore.

Todos sabían que el respiro estaba a punto de llegar a su fin. Con la luz del día los *sammies* volverían a salir a la calle. El capitán Steele estaba fuera de la puerta que

daba al patio y consultaba el reloj de forma compulsiva. Debía de haberlo mirado cientos de veces. No podía creer que no se movieran todavía. El horizonte empezaba a volverse de color rosa. Poner a trescientos hombres en peligro para recuperar el cuerpo de un hombre podía ser un gesto noble, pero no sensato. Por fin, a la salida del sol, quedó finalizado el macabro trabajo.

—*Adam Seis Cuatro* [Garrison], aquí *Romeo Seis Cuatro* [Harrell] Se disponen a ponerse en movimiento ahora, cambio... Colocamos las cargas y estaremos listos para marcharnos.

Luego llegó la siguiente sorpresa desagradable para los rangers y los chicos D que llevaban luchando catorce horas. En los vehículos no había suficiente espacio para ellos. Apenas los soldados de la 10.^a División de Montaña subieron de nuevo a aquéllos, los ansiosos conductores malasio arrancaron y dejaron al resto de la fuerza detrás. Iban a tener que correr detrás por las mismas calles por donde habían tenido que abrirse camino a tiros.

Eran las 5:45, del lunes 4 de octubre. El sol estaba ya sobre los tejados.

Y se pusieron a correr. La idea inicial consistía en que debían hacerlo a la altura de los vehículos para estar a cubierto, pero los conductores malasios iban demasiado deprisa.

Aún con la radio colgada a la espalda, Steele corría junto a Perino. Había ocho rangers aislados detrás de ellos. Y más atrás, el resto de la Fuerza Delta, el equipo CSAR, todos. Ocurrió tan deprisa que los hombres que estaban al extremo de la fila se sorprendieron cuando doblaron a la derecha en lo alto de la cuesta y descubrieron que los demás ya se habían marchado.

Yurek corría con el equipo de Smith. Nadie quería tocarlo. Parecía el reconocimiento de que se había ido. Toda la tropa seguía la ruta que tomaba la fuerza principal al llegar, se detenían en cada cruce para abrir fuego de cobertura mientras uno a uno lo atravesaban corriendo. El tiroteo se reanudó apenas se pusieron en movimiento, y era casi tan intenso como la tarde anterior. Los rangers disparaban a ventanas y puertas, así como a cada calleja que atravesaban. Steele notaba las piernas pesadas como plomo y, a pesar de que corría tan deprisa como podía, tenía la impresión de que se movía a una fracción de su velocidad normal.

Cuando llegaron a la altura de la posición original de bloqueo, se produjo un tiroteo arrollador en el amplio cruce que precedía al Hotel Olympic. El sargento Randy Ramaglia vio que los proyectiles se estrellaban en los laterales de los vehículos blindados que iban unas manzanas más adelante. «¿Vamos a tener que cruzar por ahí?» Era la misma mierda que el día anterior. Había llegado al cruce cuando notó un golpe seco en el hombro, como si alguien le hubiera dado con un martillo. Pero no le derribó. Sólo se quedó paralizado. Necesitó algunos segundos para recuperar el sentido. Al principio pensó que le había caído algo encima. Levantó la vista.

—¡Sargento, le han dado! —gritó el especialista Collett, que corría junto a él.

Ramaglia se volvió hacia él. Collett tenía los ojos abiertos de par en par.

—Ya lo sé.

El sargento respiró profundamente varias veces y trató de mover el brazo. Podía moverlo. Además, no le dolía.

El proyectil le había dado en la parte posterior del hombro derecho y se le había llevado un trozo de carne del tamaño de una pelota de golf. La bala había rozado a continuación el omóplato y rasgado la manga del sargento, arrancando al mismo tiempo la bandera estadounidense que allí se había cosido.

—¿Estás bien? —le gritó un enfermero Delta desde el otro lado de la calle.

—Sí —contestó Ramaglia.

Y echó a correr de nuevo. Estaba furioso. Toda aquella escena le parecía surreal.

No daba crédito al hecho de que un jodido jilipollas *sammy* le hubiera disparado, al sargento Randal J. Ramaglia del regimiento Ranger de Estados Unidos. O salía con vida de aquella ciudad o se llevaba la mitad con él. Empezó a disparar a todo lo que se le ponía por delante, cosa o persona. Corría, sangraba, sudaba y gritaba. Ventanas, puertas, callejas... en especial la gente. Todo lo echaba abajo. Se había convertido en el caos. Toda semejanza con una retirada ordenada se había desvanecido. Todos se limitaban a abrirse paso como mejor podían.

* * *

El sargento Nelson, todavía sordo como una tapia, corría junto al soldado Neathery, herido en el brazo derecho la tarde anterior. Portaba su M-60 y también llevaba colgada a la espalda la M-16 de Neathery. Corrían tan deprisa como podían y Nelson disparaba a todo lo que veía. Jamás había estado tan asustado, ni siquiera en pleno fragor de la batalla el día anterior. Tanto él como Neathery iban casi al final de la columna y tenían miedo de que, en medio de aquel maratón salvaje, se quedaran rezagados o separados de los demás. Como el herido tenía problemas para seguir el ritmo de los otros, los retrasaba a todos. Cuando llegaron a la altura de uno de los grupos que proporcionaban fuego de cobertura, en lugar de detenerse y, según lo previsto, cubrir a su vez al grupo mencionado conforme éste avanzaba, atravesaron corriendo sin más.

Howe abrió de una patada una puerta que encontró a su paso y su equipo entró por ella atropelladamente para cargar las armas y recobrar el aliento. Entró el capitán Miller respirando con dificultad, y les dijo que debían seguir avanzando. Después de que Howe recorriera la estancia para comprobar el estado de los hombres y las municiones, volvieron a salir en tropel a la calle. Disparaba una CAR-15 y una escopeta. Un poco más adelante, los artilleros de los vehículos blindados abrían fuego sobre todo lo que se pusiera en su camino.

El soldado Floyd corría y sus pantalones rasgados se agitaban a su paso; como iba prácticamente desnudo de cintura para abajo, se sentía vulnerable y ridículo. Junto a él, el enfermero Strous desapareció en medio de un resplandor seguido de una explosión, que a su vez dejaron a Floyd inconsciente en el suelo. Cuando recobró el conocimiento y buscó a Strous, sólo vio una bola de humo que se desvanecía. Ni rastro del enfermero.

El sargento Watson tocó a Floyd en el hombro. El soldado tenía el casco torcido y los ojos idos.

—¿Dónde demonios está Strous?

—Ha volado, sargento.

—¿Ha volado? ¿Qué diantre quieres decir con que ha volado?

—Ha volado.

Floyd señaló el lugar donde había visto al enfermero por última vez. Éste, después de surgir repentinamente de entre un montón de hierbajos, se sacudió la ropa y se enderezó el casco. Bajó la mirada hasta Floyd y echó a correr. Un proyectil había dado en una granada detonadora que Strous llevaba en el chaleco, había explotado y, como consecuencia del impacto, el hombre perdió el equilibrio y fue a parar a unas matas. Estaba ileso.

—¡Muévete, Floyd! —gritó Watson.

Siguieron corriendo todos, corrían y disparaban en medio de aquel amanecer cada vez más luminoso, en medio del tableteo de los tiros, de la lluvia de piedras que caían de las paredes acribilladas, de repentinas ráfagas de viento caliente procedente de una explosión que a veces los derribaba y los dejaba sin aire en los pulmones, del sonido de los helicópteros que retumbaban sobre ellos, y del ruido seco y tan desapacible, parecido al desgarrar de una tela gruesa, que producían sus armas. Corrían en medio del olor empalagoso de la ciudad y de sus propios cuerpos, con el sabor a polvo en sus bocas ya secas, con las quebradizas y oscuras manchas de sangre en los uniformes de campaña y el recuerdo fresco de sus amigos muertos o mutilados de forma indecible, en aquella terrible pesadilla que se había vuelto insoportablemente larga, sin poder creer que el poderoso y temido ejército de Estados Unidos de América los hubiera metido en aquella hecatombe, abandonándolos a su suerte y permitiendo que pasaran por los mismos peligros para poder salir. ¿Cómo podía ser que ocurriera eso?

Ramaglia apuraba de forma desesperada su última y escasa reserva de adrenalina. Corrió, disparó y juró hasta que empezó a oler su propia sangre y a sentirse mareado. Por primera vez sintió unas punzadas de dolor. Sin embargo siguió corriendo. Cuando se aproximaba al cruce de la avenida Hawlwadig con la calle Nacional, a unas cinco manzanas al sur del Hotel Olympic, vio un tanque, la hilera de vehículos blindados y Humvees y una masa de hombres vestidos con el uniforme de campaña. Corrió hasta caer desplomado, feliz.

En el Hospital Volunteer de Mogadiscio, el cirujano Abdi Mohamed Elmi estaba agotado y cubierto de sangre. Los compatriotas heridos o muertos habían empezado a llegar la tarde anterior. A pesar de la intensidad del tiroteo, al principio sólo fue un goteo. Como no se podía circular por las calles, la gente llevaba a los heridos en brazos o metidos en carretillas. Había barricadas en llamas por toda la ciudad y los helicópteros estadounidenses la sobrevolaban a baja altura en medio de un gran estruendo. La mayor parte de los ciudadanos no se atrevían a salir de casa.

Antes de que se iniciara la batalla, en el Hospital Volunteer apenas había pacientes. Estaba ubicado en la parte baja de la ciudad, junto al aeropuerto, cerca de la base estadounidense. Cuando empezaron los problemas con los estadounidenses muchos somalíes tenían miedo de llegar hasta allí. Al final de aquel día, lunes, 4 de octubre, las quinientas camas del hospital iban a estar ocupadas. Otros cien heridos se hacinarían en los pasillos. Y el Volunteer no era el mayor hospital de la ciudad. El número era todavía superior en el Digfer. La mayor parte de los que tenían heridas abiertas en el estómago acabarían muriendo. Como tardaron en llevarlos al hospital (llegaron más el segundo día que el primero), las infecciones se habían extendido tanto que los antibióticos, que escaseaban ya en el hospital, no hacían efecto.

En la sala de operaciones del Volunteer, donde trabajaban simultáneamente en tres camillas, no habían parado en toda la noche. Elmi formaba parte de un equipo formado por siete cirujanos, los cuales trabajaron sin pausa. Al amanecer, había intervenido en dieciocho operaciones de importancia, y los pasillos se llenaban rápidamente con más víctimas, docenas, cientos. Era una ola gigantesca de sangre.

Salió un momento del quirófano a las ocho de la mañana. El hospital resonaba con los agudos chillidos y gemidos de personas destrozadas y desmembradas que se desangraban y agonizaban en medio de dolores espantosos. En un intento de abarcarlo todo, los médicos y las enfermeras corrían de una cama a la otra. Elmi se sentó en un banco y encendió un cigarrillo. Una mujer francesa que lo vio sentado se acercó furiosa.

—¿Por qué no ayuda usted a esta gente? —le espetó gritando.

—No puedo —contestó él.

Ella se alejó a grandes zancadas. El cirujano permaneció sentado hasta que hubo acabado de fumar el cigarrillo. Luego se puso en pie y regresó al quirófano. Seguiría sin dormir por espacio de otras veinticuatro horas.

Abdi Karim Mohamud abandonó la casa de su amigo por la mañana cuando los estadounidenses se hubieron marchado. El día anterior, en la embajada estadounidense donde trabajaba, lo enviaron a casa antes de hora y él corrió a presenciar el combate que se desarrollaba en torno al mercado Bakara. Aquél resultó ser tan cruento, que se pasó toda aquella larga noche sin dormir, tumbado en el suelo de la casa de su amigo, sin dejar de escuchar el intercambio de tiros y observando las explosiones que iluminaban el cielo.

Los disparos arreciaron de nuevo con violencia al amanecer, mientras los rangers se abrían paso para salir de la ciudad. Luego el tiroteo cesó.

Se arriesgó a abandonar su refugio al cabo de aproximadamente una hora. Vio a una mujer muerta en medio de la calle. La habían alcanzado unos proyectiles arrojados desde un helicóptero. Se podía saber porque las armas de éstos dejaban a las personas destrozadas. El estómago y las entrañas estaban esparcidos por la calle. Vio a tres niños pequeños a quienes la muerte había vuelto rígidos y grises. Había un anciano tumbado boca abajo cuya sangre se había convertido en un charco seco a su alrededor y, junto a él, su burro también muerto. Abdi contó las balas en el cuerpo del anciano. Tres, dos en el pecho y una en la pierna.

Bashir Haji Yusuf, el abogado, advirtió al amanecer que la lucha se reanudaba. Había conseguido dormir unas cuantas horas y se despertó. Cuando cesó el tiroteo le dijo a su mujer que iba a salir para ver cómo estaba la situación. Se llevó la cámara fotográfica. Quería documentar lo que había pasado.

Vio burros muertos en la calle, daños de envergadura en los edificios que rodeaban el Hotel Olympic y hacia el este. Había manchas de sangre en las paredes de los edificios y en las calles, daba la impresión de que hubiera pasado por allí una fiera enorme y devastadora. Sin embargo se habían llevado la mayor parte de los cadáveres. Tomaba fotografías conforme caminaba por una de las calles que habían abandonado los soldados cuando vio el esqueleto del primer Black Hawk que se había estrellado, todavía ardiendo sin llamas después de que los rangers le prendieran fuego. También observó más adelante los restos calcinados de un Humvee, otro aún en llamas, así como varios vehículos blindados.

Bashir oyó entonces un gran revuelo, gente cantando, vitoreando y gritando. Corrió a ver qué ocurría.

Llevaban a un estadounidense muerto en una carretilla. Le habían arrancado la ropa menos los calzoncillos negros, yacía desplomado boca arriba y arrastraba las manos por el suelo. Tenía el cuerpo cubierto de sangre; sin embargo, la expresión del rostro era sosegada, distante. Había balas en el pecho y en el brazo. El cuerpo se sujetaba mediante cuerdas y un trozo de hojalata ondulada cubría a medias su cuerpo.

A medida que unos cuantos arrastraban la carretilla por las calles, más gente se iba sumando al grupo. Escupían, zarandeaban y daban patadas al cuerpo.

—¿Por qué habéis tenido que venir? —gritó una mujer.

Bashir, horrorizado, siguió la oleada de gente. Pensó que era espantoso. El islam exigía un tratamiento reverente y que se enterrase de inmediato al muerto, no aquella escena grotesca. Bashir quería detenerlos, pero la turba estaba desmandada. Eran primitivos, miembros del gueto, y estaban de celebración. Si, como a Bashir le hubiera gustado hacer, los abordaba y les preguntaba qué estaban haciendo en un intento de avergonzarlos, corría el riesgo de que se volvieran contra él. Hizo unas cuantas fotos y siguió a la muchedumbre. ¡Había muerto tanta gente la noche anterior, por no hablar de los heridos! Las calles estaban llenas de una muchedumbre cada vez más furiosa, más cruel. Un festival de sangre.

Hassan Adán Hassan formaba parte de un grupo que arrastraba a otro estadounidense muerto. Hassan trabajaba a veces como traductor para los periodistas estadounidenses y europeos, y quería ser periodista. Siguió a sus compatriotas por la rotonda K-4, donde el grupo aumentó de forma considerable hasta convertirse en una turba. Arrastraban el cuerpo por la calle cuando aparecieron los vehículos de una escuadra de soldados de Arabia Saudí que les excedían en número y en armas. Si bien estaban con Naciones Unidas, los somalíes no consideraban enemigos a los saudíes e incluso aquel día no atacaron sus vehículos. Lo que vieron aquéllos les enfureció.

—¿Qué estáis haciendo? —exclamó uno de los soldados.

—Tenemos a Monstruo Howe —contestó un joven somalí armado, uno de los cabecillas.

—Es un soldado estadounidense —dijo otro.

—Si está muerto, ¿qué le hacéis? ¿No sois seres humanos? —le preguntó el soldado saudí al cabecilla, y sonó como un insulto.

Uno de los somalíes apuntó el arma al soldado saudí.

—Vamos a matarte —dijo el hombre armado.

—¡No os metáis! ¡No os metáis! Estas personas están furiosas. Podrían mataros a vosotros —gritó alguien de entre el gentío a los saudíes.

—¿Pero por qué lo hacéis? —insistió el saudí—. Podéis combatir y ellos pueden combatir, pero este hombre está muerto. ¿Por qué lo arrastráis así?

Otras armas apuntaron al saudí. Los asqueados soldados se marcharon en sus vehículos.

Abdi Karim estuvo con la turba que arrastraba al estadounidense muerto por las calles. La siguió hasta que temió la llegada de un helicóptero estadounidense para bombardearlos. Se apartó de la muchedumbre y se fue a casa. Sus padres sintieron un gran alivio al verlo con vida.

Los malasios condujeron al convoy a un estadio de fútbol situado en el extremo norte de la ciudad y que era una base paquistaní de operaciones. La escena era surrealista. Como si fueran a asistir a un partido de fútbol o de béisbol en su propia casa, los exhaustos rangers cruzaron la enorme entrada de la fachada principal, pasaron por las sombras de cemento bajo las tribunas e irrumpieron en la amplia arena cegados por el sol y rodeados por las hileras de bancos que se erguían al cielo. Los soldados de la 10.^a División de Montaña ocupaban filas y filas de los primeros niveles y, mientras en el campo los médicos atendían a los heridos, ellos fumaban, hablaban, comían y se reían.

El doctor Marsh se había apresurado a acudir al estadio junto con otros dos médicos para supervisar los primeros auxilios. A diferencia de las primeras víctimas que habían llegado en el convoy perdido, éstos habían recibido los primeros auxilios en el campo de batalla por parte de enfermeros. A pesar de ello, al doctor Bruce Adams le pareció una escena infernal. El solía curar una o dos heridas a la vez.

Allí tenían un campo de fútbol cubierto de cuerpos sangrantes y destrozados. El oficial de vuelo del *Súper Seis Uno*, Ray Dowdy, se acercó a Adams y levantó una mano a la cual le faltaban casi dos dedos enteros. El doctor no pudo evitar rodearlo con un brazo y decirle:

—Lo siento.

Para los rangers, incluso el trayecto desde el punto de encuentro en la calle Nacional hasta el estadio había sido traumático. Persistían todavía los disparos y, como apenas había espacio en los Humvees para dar cabida a todos los hombres que habían salido corriendo del centro de la ciudad, se tuvieron que amontonar los unos sobre los otros. Uno de los chicos D ayudó a subir al soldado Jeff Young, que se había torcido el tobillo mientras corría, y lo sentó sin más ceremonia sobre su regazo. El soldado George Siegler había trepado esperanzado a la puerta de uno de los vehículos blindados justo cuando una voz gritaba desde dentro que sólo podían aceptar a uno más. El teniente Perino ya tenía una pierna en la puerta. Por el rabillo del ojo, Perino percibió la desesperación en el rostro del hombre más joven.

—Sube, soldado, sube —dijo en un tono donde la impaciencia quedaba encubierta por la amabilidad.

Mientras, bajó la pierna de la puerta. El teniente habría podido pasarlo por alto. A Siegler le conmovió tanto el gesto que en aquel momento decidió volver a alistarse.

Nelson subió a un Humvee donde había cuatro bidones llenos de munición calibre 60, y se lo pasó en grande todo el camino de vuelta disparando a todo bicho viviente. Si había alguien en la calle y él lo veía, abría fuego. Estaba a punto de salir de aquella pesadilla con vida e iba a hacer lo imposible para que así fuera.

Mientras salían de la ciudad, Dan Schilling, el técnico de control en combate que había vivido la sangrienta carrera del convoy perdido y que luego había vuelto con el de rescate, vio en la carretera a un anciano somalí de barba blanca que llevaba un niño pequeño en los brazos de unos cinco años, cubierto de sangre y parecía estar muerto. El hombre caminaba en apariencia ajeno al tiroteo que todavía seguía en torno a él. Dobló un lado de la montaña y desapareció calle arriba.

En opinión de Steele, el peor momento del combate se producía cuando se alejaban de la calle Nacional. El capitán observaba la fila de vehículos blindados mientras los hombres subían a ellos y vio a Perino en el extremo de aquélla que saltaba al suelo para dejarle sitio a Siegler, y entonces los vehículos se pusieron en marcha. ¡Todavía quedaban hombres, Perino y otros! Sacudió furiosamente los hombros del conductor y le gritó:

—¡Tengo hombres abajo todavía!

Pero el conductor llevaba un casco de camión-tanque y, fingiendo no haber oído a Steele, siguió avanzando. El capitán conectó con la emisora de mando. Se oía tan mal dentro del vehículo blindado que apenas pudo escuchar la respuesta, pero él transmitió la alarma mediante frases entrecortadas.

—Nos quedamos rezagados en la calle Nacional... Los vehículos paquistaníes tenían que llevarnos a la base, a los soldados de a pie...

Y hemos subido, pero deben de quedar todavía quince o veinte que han de caminar. Han arrancado y nos han dejado. Hay que mandar a alguien a buscarlos.

—*Roger, captado* —contestó Harrell—. *Pensaba que todos habían subido a los vehículos. He recibido tres llamadas. Me han dicho que todos habían sido cargados. ¿En qué parte de la calle Nacional están?*

—*Romeo, aquí Julieta. Estoy mandando esto a ciegas. ¡Necesito que recojan a esos soldados en la calle Nacional de inmediato!*

Si bien era cierto que Perino y los otros habían sido recogidos, no había sido sin cierta peripecia. El teniente, junto con otros seis hombres, rangers y chicos D, eran los últimos que quedaban en la calle cuando se acercó lo que parecía ser el último vehículo. Los agotados soldados gritaron y les hicieron señas con los brazos, pero el conductor malasio no les hizo caso hasta que uno de los chicos Delta se adelantó y le apuntó con un CAR-15. Se detuvo. Y los hombres se amontonaron sobre los otros ya apretujados en el interior.

Steele no se enteró de todo esto hasta que llegó al estadio. Algunos Humvees se habían ido directamente a la base, por lo que hizo falta una última media hora cargada de tensión para hacer el recuento. Al final, alguien del Centro de Operaciones le leyó una lista de todos los rangers que habían vuelto. No fue hasta entonces cuando el capitán miró largo y tendido a su alrededor y empezó a captar la magnitud de lo sucedido.

El teniente coronel Matthews, quien había pasado las últimas quince horas, salvo unas cortas pausas para repostar, a bordo del helicóptero de mando, salió del aparato y estiró las piernas. Se había llegado a acostumbrar tanto al sonido de los rotores que en aquellos momentos percibía la escena que tenía delante en medio de un gran silencio. Los heridos estaban tumbados en camillas y ocupaban la mitad del campo, les habían conectado bolsas de gota a gota, iban vendados y cubiertos de sangre. Los médicos y los enfermeros se agolpaban sobre los más graves y trabajaban frenéticamente. Vio al capitán Steele sentado solo sobre los sacos de arena en la base de un mortero con la cabeza entre las manos. Detrás de él, los muertos ordenados en filas perfectas y metidos en unas bolsas para restos humanos provistas de cremalleras. Fuera en el campo de juego, un soldado paquistaní iba de herido en herido con una bandeja que contenía vasos de agua fresca. Una toalla blanca envolvía el brazo del hombre.

Los que no estaban heridos caminaban entre las camillas por el campo de fútbol, con los ojos empañados en lágrimas, con aspecto agotado y miradas vacías y lejanas. Unos helicópteros, los Hueys de la época de Vietnam con el emblema de la Cruz Roja pintado en ellos, iban y venían para trasladar a los que estaban preparados al hospital situado junto a la base. El soldado Ed Kallman, quien con anterioridad se había entusiasmado ante la oportunidad de participar en el combate, observaba en aquellos momentos a un enfermero que repartía las camillas a medida que las sacaban de los vehículos como un capataz en un muelle de carga y descarga. «Qué traéis aquí? Bien. Muerto en aquel grupo de allí. Vivo en este grupo de aquí.» El sargento Watson se paseaba despacio entre los heridos y hacía recuento. Como los enfermeros y los médicos les habían retirado las ropas ensangrentadas y sucias, y las heridas habían quedado expuestas, el horror al completo era mucho mayor. Había muchachos que tenían enormes y amoratados agujeros en el cuerpo, miembros destrozados, al pobre Carlos Rodríguez una bala le había atravesado el escroto; Goodale y Gould con los traseros vendados y desnudos al aire; Stebbins acribillado de metralla; Lechner con una pierna aplastada; Ramaglia, Phipps, Boom, Neathery... y la lista seguía.

El especialista Anderson, a pesar de lo reticente que se había mostrado a la hora de unirse al último y principal convoy, había regresado ileso. Estaba deseoso de encontrar a su compañero de paracaidismo el sargento Keni Thomas con vida e ileso, pero aparte de esto no sentía emoción alguna. Rehuía la monstruosidad que representaba la escena, los heridos, los cadáveres. Cuando llegó el vehículo blindado con el cuerpo del copiloto del *Súper Seis Uno*, Toro Briley, Anderson tuvo que volver el rostro. El cuerpo había perdido el color. Estaba amarillo naranja y, a través de la profunda raja que tenía en la cabeza, veía la masa cerebral que también se desparramaba por el lateral del vehículo. Cuando los enfermeros se acercaron en busca de ayuda para bajar el cuerpo, Anderson se alejó con la cabeza gacha. No

habría podido soportarlo.

Goodale estaba tumbado en medio del gran estadio con los pantalones desgarrados y miraba al cielo azul y despejado. Un enfermero se inclinó sobre él y le tiró ceniza del cigarrillo que fumaba mientras le clavaba la aguja para el gota a gota en el brazo. Y, aunque hacía sol y probablemente estaban cerca de los cuarenta grados de temperatura, a Goodale le castañeaban los dientes. Se le había metido el frío en los huesos. Un enfermero le dio té caliente.

Así lo encontró el sargento Cash. Éste acababa de llegar con la cola del convoy de rescate y se paseaba con mirada horrorizada por el campo en busca de sus amigos. Al primer golpe de vista pensó que Goodale, pálido y presa de violentos temblores, estaba agonizando.

—¿Estás bien? —le preguntó Cash.

—Me pondré bien. Sólo tengo frío.

Cash le hizo señas a un enfermero y éste cubrió a Goodale con una manta y luego lo arropó bien. Después intercambiaron información. Goodale le contó a su amigo lo de Smith, y enumeró a los heridos. Por su parte Cash le explicó lo que había visto en la base cuando llegó el convoy perdido. Le habló de Ruiz, de Cavaco, de Joyce y de Kowalewski.

—A Mac le han disparado también —prosiguió, refiriéndose al sargento Jeff McLaughlin—. No sé dónde está Carlson. He oído que ha muerto.

Rob Phipps se dejó caer por la puerta del vehículo blindado apenas éste se detuvo en el estadio. Después de estar tantas horas encerrados en aquel habitáculo apestoso junto con todos los otros heridos, se produjo un repentino forcejeo para respirar aire en cuanto se abrió la puerta. Phipps se dio un golpe al caer, pero el aire fresco era tan reconfortante que no le importó el daño recibido. Descubrió que no podía ponerse de pie y un soldado al que no conocía lo levantó y lo llevó hasta los enfermeros. Le estaban poniendo suero intravenoso en el brazo cuando se acercó uno de los muchachos de su unidad y le contó lo de Cavaco y Alfabeto.

Floyd saltó por encima de la barandilla y, después de subir varias filas de bancos, llegó hasta un grupo de la 10.^a División de Montaña y pidió un cigarrillo. Mientras bajaba de nuevo, el sargento Watson le indicó mediante un gesto que se reuniera con el resto de su escuadra, que todavía no se había instalado. En tono sombrío, Watson le hizo una relación de los muertos. A Floyd le impresionó especialmente lo de Pilla. Smith y Pilla eran sus amigos más íntimos.

Cuando por fin se abrió la puerta del vehículo blindado, Stebbins dio una larga bocanada de aire fresco para oxigenarse un poco. Después de ayudar a algunos a que bajaran, subieron una camilla para él. Se arrastraba hacia ella cuando un sargento de la 10.^a de Montaña gritó:

—¡No dejéis que vaya gateando, chicos!

Y de repente, aparecieron manos desde todos los lados y lo levantaron con suavidad. Desnudo de cintura para abajo, lo dejaron en medio de un grupo de camaradas. El sargento Aaron Weaver le llevó una taza de café.

—Dios te bendiga, hijo —dijo Stebbins—. ¿Tienes un cigarrillo?

Weaver no tenía ninguno. Stebbins fue preguntando a todo el que pasaba por su lado, sin suerte. Al final, le agarró el brazo a un soldado de la 10.^a y le suplicó:

—Escucha, amigo, ¿puedes ir a buscarme un maldito cigarrillo?

Uno de los conductores malasios, el tipo al que todos los de su vehículo (Stebbins incluido) habían estado gritando una hora antes, se acercó y le dio un cigarrillo. Luego se inclinó para encendérselo y le ofreció el resto del paquete. Stebbins quiso devolvérselo pero el malasio, después de tomarlo, se lo introdujo en el bolsillo de la camisa.

Se acercó Watson.

—Stebby, he oído que has hecho un buen trabajo. Buen chico —le dijo según se agachaba y le colocaba sobre los genitales un trozo de tela de unos veinticinco centímetros que arrancó de los ya destrozados pantalones del herido.

Los dos hombres se echaron a reír.

Dale Sizemore estaba impaciente por encontrar a los chicos de su grupo. Deseaba de forma desesperada que supieran que él no se había resistido a seguir luchando cuando había vuelto a la base, que había ido a por ellos, dos veces. Era importante que supieran que él había ido a buscarles.

Al primero que encontró fue al sargento Chuck Elliot. Cuando se vieron, los dos se echaron a llorar, felices de estar con vida, de volverse a ver. Entonces Sizemore empezó a contarle a Elliot que había rangers muertos y heridos en el convoy perdido. Lloraban, hablaban y observaban cómo los cadáveres eran cargados en los helicópteros.

—Ahí va Smitty —dijo Elliot.

—¿Cómo dices?

—Es Smith.

Sizemore vio dos pies que colgaban por debajo de una sábana. Uno iba todavía calzado con la bota, el otro estaba descalzo. Elliot le explicó que él, Perino y el enfermero se habían turnado durante horas para meter los dedos dentro de la herida pélvica en un intento de apretar la arteria femoral. Le habían cortado tanto los pantalones como la bota de una pierna y fue así como supo que se trataba de Smith. Se quedó sin habla y se echó a llorar. Seguidamente Sizemore encontró a Goodale, con el trasero al aire. —Me han dado en el culo —informó Goodale.

—Te lo tienes bien merecido, Goodale, no tenías que haber huido —le dijo Sizemore.

Steele se quedó impresionadísimo cuando se enteró de que la mayor parte de sus

hombres estaban muertos. El sargento que se lo dijo no tenía aún la cifra exacta, pero pensó que podían ser tres o cuatro rangers. ¿Cuatro? Hasta que llegó al estadio, Steele sólo había tenido la certeza de la muerte de Smith. Se alejó un poco a fin de estar solo. Tomó una botella de agua y se sentó a beber, absorto en sus pensamientos. Sentía una tristeza insoportable, pero no se atrevía a derrumbarse delante de sus hombres. En torno a él no había nadie de su graduación, nadie con quien desahogarse. Algunos de sus hombres lloraban, otros hablaban por los codos como si les fuese a faltar tiempo para contar sus historias. El capitán se sentía extraño, demasiado despejado. Era la primera vez en casi un día entero que podía dejarse ir por un minuto, relajarse. Todas y cada una de las imágenes y de los sonidos de aquella escena tan activa que tenía delante le impactaban de lleno, como si sus sentidos hubieran estado finamente afinados durante tanto tiempo que no pudiera retraerse a ellos. Encontró un sitio donde sentarse en el borde de la base de un mortero, colocó el rifle sobre el regazo, respiró profundamente, se enjuagó la boca con agua fría y trató de analizar todo lo ocurrido. ¿Había tomado las decisiones adecuadas? ¿Había hecho cuanto había podido?

El sargento Atwater, el operador radiofónico del capitán, tuvo ganas de acercarse y decirle algo, ofrecerle algún tipo de consuelo. Pero tuvo la impresión de que no habría sido apropiado.

Uno a uno, cargaron a los heridos en los helicópteros y los llevaron al hospital militar en la embajada estadounidense o al de la base.

El trayecto en helicóptero tuvo un efecto tranquilizador para Sizemore, se dejó envolver en las sensaciones tan reminiscentes de todos aquellos días en Mogadiscio antes de la batalla, los vuelos de prueba, las excitantes seis primeras misiones donde todo había ido sobre ruedas. Al sentir el viento que entraba por las puertas abiertas y observar desde arriba aquella miseria de abajo ya tan familiar, así como el océano que se extendía hacia el oeste, parecía que las cosas volvían a la normalidad. Era una advertencia de cómo estaban tan sólo un día antes, llenos de alegría y con tantas ganas de librar una batalla. Esto era sólo veinticuatro horas antes. Nada volvería a ser de esta manera para ellos. No se oía ninguna conversación en el Black Hawk que los llevaba de vuelta a la base. Los soldados guardaban silencio.

Nelson se fijó en un barco de la flota de Estados Unidos que surcaba a lo lejos las profundas aguas azules. Parecía que estuviera viéndolo todo a través de unos ojos ajenos. Los colores le parecían más brillantes, los olores más vivos. Tuvo la impresión de que aquella experiencia le transformaba de una forma fundamental. Se preguntó si algún otro compañero sentía lo mismo, pero resultaba extraño porque no sabía cómo explicarlo o cómo preguntarles.

Conforme el helicóptero se elevaba, Steele observó que la enrevesada maraña de calles que se había cerrado en torno a ellos la tarde anterior se despejaba de nuevo

para convertirse en un panorama más amplio, y le asombró lo pequeño que era el espacio en el que habían luchado y eso le recordó lo remoto y pequeño que era Mogadiscio dentro del inmenso mundo.

Cuando subieron al sargento Ramaglia a un helicóptero, un enfermero se inclinó sobre él y dijo:

—Tío, no sabes cuánto lo siento por todos vosotros.

—Deberías sentirlo por ellos —dijo el sargento—, porque les hemos dado su merecido.

Después de haber dispuesto tanto a los muertos como a los heridos, los chicos D se apresuraron a subir a los helicópteros para volar de vuelta a la base. Tanto el sargento Howe como sus hombres se prepararon para salir de nuevo y volver sin más preámbulo al trabajo. Estaban preparados para funcionar sin dormir durante días y, por consiguiente, se sentían en un lugar familiar, un sitio al que llamaban la «zona continua», un punto en el cual el cuerpo supera los dolores menores y se vuelve insensible al calor y al frío. En aquella zona continua, se movían con un nivel intensificado de percepción, no pensante, como si circularan con el piloto automático. A Howe no le gustaba aquella sensación, pero estaba acostumbrado a ella.

Algunos rangers e incluso algunos de sus amigos pertenecientes a la unidad actuaban como si les hubieran vencido, lo cual sacaba de quicio al fornido sargento. Tenía la seguridad de que él y sus hombres habían causado mucho más daño del recibido. Habían sido puestos en una terrible encrucijada y, no sólo habían sobrevivido a ella, sino que habían destrozado al enemigo. No tenía idea de la cifra aproximada de muertos, pero cualquiera que fuera sabía que acababan de participar en una de las más desiguales batallas en la historia de Estados Unidos.

Se quitó el chaleco Kevlar empapado de sudor, así como el resto del equipo y lo dejó todo extendido sobre su camastro. Acto seguido, fue desmantelando de forma metódica cada una de sus armas, las limpió, las lubricó y concluyó cada proceso verificando función por función. Cuando lo tuvo todo listo y guardado, se quedó mirándolo con una gran y profunda satisfacción. Su equipo, y la forma tan precisa con que lo había preparado, le había sido de utilidad y quería recordar con exactitud cómo estaba todo para la próxima vez. Lo único que habría hecho diferente era llevarse los aparatos de visión nocturna. Los guardó en la mochila. Jamás volvería a salir para una misión sin ellos, de noche o de día.

Howe se sentía sorprendido de estar aún con vida. Le asustaba la idea de volver enseguida a la lucha, pero el temor no era nada comparado con la lealtad que sentía por los hombres abandonados en la ciudad. Algunos de los suyos estaban todavía allí, como Gary Gordon, Randy Shughart, Michael Durant y la tripulación del *Súper Seis Cuatro*. Vivos o muertos, volverían a casa. Aquella batalla no acabaría hasta que todos ellos estuvieran de vuelta. «¡Maldita sea, volvamos allí y matemos a algunos somalíes!» Así fue como se mentalizó.

Y si tenían que volver, lo iban a pagar bien caro.

Sizemore no se enteró de que su compañero Lorenzo Ruiz había muerto hasta que regresó a la base.

—Supongo que ya sabes lo de Ruiz —le dijo el especialista Kevin Snodgrass.

Sizemore supo de inmediato lo que había sucedido y se echó a llorar. Cuando un rato antes por la tarde habían embarcado a Ruiz en un avión para llevarlo a un hospital alemán todavía estaba con vida. Poco después de despegar, les llegó la noticia de que había muerto. Ruiz había querido entregarle a Sizemore el paquete de cartas para sus padres y personas queridas antes de la misión, pero aquél le había dicho que no hacía falta. Y Ruiz estaba muerto. Sizemore no podía creer que fuera su amigo y no él quien estuviera muerto. Estaba casado y tenía un niño. ¿Por qué le había tocado a Ruiz y no a él? Le parecía hartamente injusto. En un intento de consolarle y que no se sintiera culpable, el sargento Watson pasó largo rato con él. ¿Pero qué podía decirle?

El sargento Cash había visto a Ruiz poco antes de que fuera evacuado.

—Te pondrás bien —le dijo.

—No, no creo —fue la respuesta de Ruiz, al que apenas le quedaban fuerzas para articular las palabras—. Ya sé que estoy perdido. No os preocupéis por mí.

El capitán Steele obtuvo la lista final cuando regresó a la base. El sargento primero Glenn Harris lo esperaba en la puerta. Saludó.

—Los Rangers abren el camino, señor.

—Todo el camino —replicó Steele devolviéndole el saludo.

—Señor, aquí tiene la situación —dijo Harris conforme le entregaba una hoja de papel verde.

Steele se quedó horrorizado. La lista de nombres abarcaba toda la longitud de la página. Había más de cuatro hombres muertos. En aquella lista había trece víctimas. Seis habían desaparecido en la zona donde se había estrellado el segundo helicóptero y se suponía que estaban muertos. De los tres hombres heridos de gravedad y ya de camino a un hospital en Alemania, Griz Martin, Lorenzo Ruiz y Adalberto Rodríguez, el segundo había muerto. La cifra de heridos ascendía a setenta y tres. Entre los muertos, seis eran hombres de Steele —Smith, Cavaco, Pilla, Joyce, Kowalewski y Ruiz—. Treinta heridos eran rangers. Harris había empezado a escribir una segunda columna que llegaba también casi hasta el final de la página. Un tercio de la compañía de Steele estaba entre los muertos y los heridos.

—¿Dónde están? —preguntó Steele.

—La mayoría en el hospital, señor.

El capitán se quitó el equipo y se encaminó al hospital de campaña. Hacía un gran esfuerzo para mantener como mínimo una fachada de resistencia emocional, pero la

escena del hospital le trastocó. Era espantoso. Los muchachos yacían por todas partes, sobre camas plegables, en el suelo... Algunos seguían envueltos en los improvisados vendajes que les habían puesto durante el combate. Balbució algunas frases entrecortadas de ánimo a cada uno mientras contenía el gran dolor que lo atenazaba. El último soldado que vio fue Phipps, el ranger más joven del helicóptero CSAR. Daba la sensación de que lo hubieran golpeado con un bate de béisbol. Tenía la cara hinchada el doble de lo normal y de color negro azulado. Un grueso vendaje le cubría la espalda y la pierna y se veían en aquél manchas del pus que rezumaban las heridas. Steele le alargó la mano.

—¿Phipps?

El soldado se agitó. Cuando abrió los ojos, vio que éstos estaban enrojecidos.

—Ya verás como te pones bien —le dijo su superior.

Phipps levantó un brazo y agarró al capitán.

—Señor, dentro de un par de días estaré bien. No se marchen sin mí. Steele hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y abandonó la estancia.

Al soldado David Floyd le llamó la atención lo vacía que estaba la base. Se dirigió despacio a su catre y se quitó el equipo. Pero en lugar de sentirse aliviado, notó que le invadía un gran peso y una enorme tristeza. A su alrededor, los chicos no paraban de hablar. Daba la sensación de que intentaban elaborar toda la peripecia. Hablaban en nombre de todos. Había una historia que contar de cómo, cuándo, dónde y por qué para cada uno de los muertos y de los montones de heridos. En algunos casos, los relatos diferían. Uno decía que Joyce había estado aún con vida cuando iba en el camión, mientras que otro aseguraba que había muerto al instante. Alguien pensaba que había sido Diemer quien había arrastrado a Joyce fuera de la línea de fuego, pero otro insistía en que había sido Telscher. Stebbins se había caído cuatro veces. No, discutió alguien, fueron sólo tres. Hablaron de la larga e inútil lucha por mantener a Jamie Smith con vida. Lloraban sin pudor.

Nelson, uno de los últimos en volver a la base, encontró al sargento Eversmann bañado en lágrimas.

—¿Qué pasa? —le dijo, pero luego, al recordar que su amigo Casey Joyce formaba parte de la tiza de Eversmann, preguntó—: ¿Dónde está Joyce?

Eversmann le miró sorprendido, demasiado emocionado para hablar. Nelson entró corriendo en la base y buscó al teniente Perino, quien le dio la mala noticia. También le contó que Pilla, su compañero de parodias, había muerto. Nelson se derrumbó.

La muerte de Joyce le afectó de forma particular. Tenía una disculpa pendiente con él. Hacía unos días, harto de tener que montar guardias con todo el traje de batalla, Nelson dijo a los hombres de su equipo que podían hacer caso omiso de la orden. Les dijo que se pusieran el casco y el chaleco antibalas, éste sobre los pantalones cortos y la camiseta. Si ello suscitaba algún problema, él se haría

responsable. Sin embargo, actuó de forma algo frívola porque, cuando llegó la bronca, ésta no recayó sobre él sino sobre Joyce, que era por rango su superior. A Joyce le habían reprendido por no haber sido capaz de controlar a sus hombres.

Nelson había estado haciendo guardia el domingo de madrugada, entre las tres y las siete de la mañana, y Joyce se había levantado de la cama para salir y charlar con él. Llevaban juntos desde la época de la instrucción básica y tenían una relación especial, casi familiar. De hecho, ya se conocían antes de alistarse en el Ejército. Había sido una curiosa casualidad. El hermanastro de Nelson compartía piso con el hermano mayor de Joyce en Atlanta, y los dos habían coincidido allí un par de veces de pequeños. Nelson admiraba a Joyce. Nunca lo había visto decir algo fuera de lugar. Cualquiera en un momento dado había ligado en un bar o había fumado droga en secreto, o criticado a otro, o intentado hacer algo que iba en contra del reglamento. Pero no Casey Joyce. Para Nelson, Joyce era el tío más íntegro que jamás había conocido, genuino hasta la médula. Joyce había obtenido los galones de sargento primero, si bien los dos sabían que Nelson no iba a tardar en tenerlos también. A Joyce le resultaba extraño ser el superior de Nelson. Eran amigos. Habían planeado con Pilla y otros compañeros que, cuando regresaran, irían hasta Austin en coche y se quedarían unos días en casa de la hermana de Joyce. Nelson se sentía mal por haber metido a su amigo en líos. Hacía sólo veinticuatro horas, estaban juntos bajo una luna casi llena, sentados detrás de una ametralladora y rodeados de sacos de arena. La garita estaba construida sobre un cono que había sido clavado sobre otro para proporcionar un punto estratégico. Todo estaba tranquilo. Los tejados bajos de Mogadiscio se extendían ante ellos desplegándose pendiente arriba en dirección norte. A lo lejos, oían las explosiones rítmicas de unos generadores pequeños que mantenían aquí y allí una o dos bombillas encendidas. Aparte de esto, la ciudad estaba envuelta en la pálida y azul luz de la luna.

—Escucha, estoy tan harto de esa mierda de engranaje jerárquico como tú —le dijo Joyce a Nelson—. Pero hazme un favor. Pase lo que pase, no hagas nada que pueda poner al sargento primero Harris y al sargento del Estado Mayor Eversmann contra mí. Hagamos lo que tengamos que hacer para poder salir de aquí. Que todo esto no interfiera entre nosotros.

Joyce no lo había puesto a parir, a lo que tenía todo el derecho y lo que habría hecho la mayoría. Le estaba simplemente pidiendo algo, de hombre a hombre, de amigo a amigo. Lo correcto por parte de Nelson habría sido disculparse, y tenía las palabras en la punta de la lengua, pero no las expresó. Le molestaba aquella regla, que le parecía inútil y estúpida, y no se quiso tragar el orgullo. Ni siquiera por su amigo. La disculpa seguía aún allí en la punta de la lengua la tarde anterior cuando ayudó a su amigo a pertrecharse. Como Joyce era jefe de pelotón y tenía que estar el primero en el helicóptero, Nelson siempre le ayudaba. Había estado a punto de

pedirle perdón, pero en cambio dejó marchar a su amigo. Ya no tendría una nueva oportunidad de hacerlo.

Le pidieron que llevara a cabo el inventario del equipo de su amigo. Encontró el chaleco de Joyce, el que le había ayudado a ponerse el día anterior. Tenía un agujero en la parte posterior, justo en el centro y arriba. Rebuscó en los bolsillos del chaleco, pues muchos jóvenes guardaban fotos, cartas de amor y otros objetos. En la parte frontal del chaleco encontró la bala. Debió de haber atravesado el cuerpo de su amigo hasta frenarse en el Kevlar de delante. Guardó el proyectil en una lata. Entre las pertenencias de Pilla, encontró una bolsita que contenía los petardos que su amigo solía meter en los cigarrillos de los demás.

El sargento Watson fue al depósito de cadáveres para ver a Smith por última vez. Abrió la cremallera de la bolsa que envolvía su cuerpo y observó el rostro demacrado, pálido y sin vida de su amigo. Luego se inclinó y le dio un beso en la frente.

Estados Unidos despertó el lunes por la mañana (ya era la tarde en Mogadiscio) con la noticia de que había habido una batalla muy reñida en Somalia, un lugar que la mayoría no sabía dónde localizar y para lo cual tuvo que acudir al atlas. No era la noticia más importante. El presidente ruso Boris Yeltsin mantenía a raya un golpe de estado. A Washington le preocupaba el desarrollo de los acontecimientos en Moscú.

No obstante, emparedadas entre los dramáticos informes de Rusia, iban llegando noticias cada vez más inquietantes procedentes de Somalia. Las informaciones apuntaban a que habían muerto como mínimo cinco soldados y que había «varios heridos». Incluso estas cifras indicaban el drama vivido en el peor día en Mogadiscio desde que Estados Unidos desplegara allí sus tropas diez meses atrás. Más tarde, aquel mismo lunes, aparecieron las imágenes grotescas de una muchedumbre furibunda que arrastraba a varios soldados estadounidenses muertos por las polvorientas calles de la ciudad.

El presidente Clinton estaba en su habitación de un hotel de San Francisco cuando vio estas imágenes. Unas horas antes le habían informado de que en Mogadiscio se había llevado a cabo con éxito un asalto, pero que los rangers habían tenido problemas. Según cuenta Elisabeth Drew en su libro *On the Edge*, las imágenes de la televisión le horrorizaron y le enfurecieron.

—¿Cómo ha podido suceder una cosa así? —preguntó.

El goteo de las noticias supuso una forma peculiarmente moderna de tortura para los familiares de los hombres desplegados en Somalia. Stephanie Shughart, la mujer del sargento Delta, Randy Shughart, recibió una llamada telefónica el domingo por la noche a las diez. Estaba sola en casa, pues ella y Randy no tenían hijos. Una de las esposas de Fort Bragg le dio una terrible noticia, imprecisa y escalofriante.

—Ha muerto uno de los muchachos —anunció.

Uno de los muchachos.

Stephanie había hablado con Randy el viernes por la noche. Como de costumbre, él no le contó lo que estaba pasando, sólo que hacía mucho calor, que comían bien y que se estaba poniendo moreno. También le dijo que la quería. Era un hombre encantador. A ella siempre le había parecido incongruente la forma en que se ganaba la vida. Al principio, cuando se conocieron, él no le dijo en qué trabajaba. Unos amigos bien relacionados le habían dicho que Randy era «operador». Ella se imaginó que trabajaba en la telefónica.

Uno de los muchachos.

En un dormitorio del estado de Tennessee, justo al otro lado del límite con el estado de Kentucky, en cuyo borde se hallaba la base de los Cazadores Nocturnos en Fort Campbell, Becky Yacone visitaba a Willi Frank. Sus respectivos maridos, Jim

Yacone y Ray Frank, eran pilotos de helicópteros Black Hawks, y sabían que dos de ellos habían sido abatidos en Mogadiscio. Un capellán y un comandante de la base habían ido a visitar a Willi de madrugada. Ella supo de inmediato por qué los hombres estaban en su puerta. Había pasado por lo mismo tres años antes, cuando el helicóptero de Ray se estrelló durante una misión de *ejercicios*. Conoció a Ray el día de su cumpleaños veintidós años atrás, cuando ella regentaba un bar en Newport News. Los empleados la sorprendieron con un pastel y todo el mundo comió salvo Ray. Ella le preguntó la razón y él le dijo, como si fuera algo que sabía todo el mundo que tuviera un poco de sentido común, que cuando se bebía cerveza no se podía comer pastel. Se casaron en Las Vegas ese mismo año.

—Ray ha desaparecido en acto de servicio —le dijeron los hombres.

—¿Cuánto tardaremos en saber con certeza lo que ha sucedido? —preguntó ella.

Ellos se mostraron sorprendidos ante la pregunta.

—La última vez lo supimos al cabo de dos horas —explicó Willi.

En aquella ocasión iba a hacer falta más tiempo. Aparecieron las mujeres de otros dos hombres de la unidad; también Becky, la cual era asimismo piloto de Black Hawks. Conoció a su marido cuando eran compañeros de clase en West Point. Tampoco tenía noticias de Jim. Todas convinieron que si alguien podía salir con vida de aquella catástrofe, abatidos en las calles de una ciudad hostil africana, eran sus maridos.

Luego aparecieron las imágenes en la televisión. La primera llegó justo después de mediodía. Eran imágenes de estadounidenses muertos. Las fotos habían sido tomadas de lejos y desde unos ángulos tan extraños que resultaba imposible identificar a los hombres muertos.

—Aquél tiene las uñas sucias —dijo una de las mujeres—. Debe de ser un oficial de vuelo.

Discutieron sobre el asunto. De hecho los cuerpos estaban rodeados de suciedad.

—Todos están sucios —dijo otra mujer.

A nadie en casa de Willi se le ocurrió grabar el programa para verlo después. Tal vez resultaba demasiado macabro. Además, no les hacía falta grabarlo. La CNN mostraba las mismas imágenes cada media hora. En estos cortos intervalos, cesaba la conversación y las mujeres se agolpaban ansiosas alrededor del aparato.

—Ese es Ray —dijo Willi.

La manera en que yacía el cuerpo, la forma de los hombros y de los brazos...

—No, Ray es más alto —afirmó Becky.

Sabían que Randy Shughart y Gary Gordon habían desaparecido, y los dos eran mucho más bajos que Ray.

—No —añadió Willi—. Sé que es Ray.

Decía que lo era, pero de hecho no estaba segura. Tenía un mal presentimiento,

pero no quería perder la esperanza.

En la base de Mogadiscio, los hombres, al igual que todo el mundo, observaban las imágenes de la turba somalí que abucheaba y exhibía a sus camaradas muertos. Los hombres que llenaban la sala de la televisión las veían pasar una y otra vez. Nadie abría la boca. Algunos abandonaron la estancia. Los capitanes Jim Yacone y Scott Miller estaban juntos delante del aparato e intentaban discernir si el cuerpo que veían era el de Randy Shughart o el de Ray Frank. Los dos tenían la misma constitución física y el cabello gris. A Ray se le había vuelto el cabello cano prácticamente de la noche a la mañana. Contrajo una enfermedad extraña cuando apenas tenía treinta años y se volvió alérgico al pigmento de su propio cabello. Se le cayó y el que le creció de nuevo era blanco como la nieve. Ray también tenía unas cicatrices en el pecho, producto de la complicada operación a la que había sido sometido después del accidente anterior que tuvo con un Black Hawk. Los chicos D estaban convencidos de que se trataba del cuerpo de Randy. Resultaba mortificante ver a los *skinnies* pavonearse en torno a los cuerpos, golpearles con rifles, arrastrarlos. ¿Qué bestia habría podido...?

Los pilotos querían volar sobre toda aquella turba y borrarla de la faz de la tierra, acabar con ella. A la mierda con ellos. Luego aterrizar y recuperar los cuerpos. Eran soldados estadounidenses. Sus hermanos.

Garrison y Montgomery dijeron que no. Había muchísima gente alrededor de los cuerpos. Sería una masacre.

Mazo, sargento Macejunas, volvió a la ciudad. Era la tercera vez que el operador rubio salía al campo de batalla durante las últimas veinticuatro horas. Su coraje ya se volvió legendario después de haber conducido a los hombres de a pie hasta el helicóptero de Durant porque los vehículos ya no podían acercarse más. En aquella ocasión, fue solo, vestido de civil, haciéndose pasar por periodista.

Los chicos D habían contactado con una ONG local para que les ayudasen a encontrar a los seis hombres todavía desaparecidos en las inmediaciones del segundo aparato abatido: Durant, Frank, Field, Cleveland, Shughart y Gordon. Macejunas era el contacto.

A todos los hombres del destacamento especial les horrorizaba la perspectiva de volver a la ciudad, sin embargo estaban dispuestos a hacerlo, con el *máximo de armamento, blindaje y munición que pudieran llevar*. Pero Mazo se marchaba hacia allí sin nada. Iba a buscar a sus hermanos, vivos o muertos. Los rangers que lo vieron partir se admiraron del valor y de la sangre fría de ese hombre.

Los carceleros de Durant le preguntaron si estaría dispuesto a grabar un vídeo.

—No —contestó él.

Le sorprendió que se lo preguntaran. Si querían hacer un vídeo, igualmente lo iban a hacer, pero como lo habían preguntado...

Durant había recibido la formación adecuada para saber cómo debía comportarse en cautividad. Cómo evitar ser de utilidad sin mostrar una actitud de confrontación. El piloto sabía que si salía de aquello con vida, iban a examinar su conducta. Era más seguro no ponerse abiertamente a hablar al mundo de su cautividad.

De todas formas, aparecieron por la noche con un equipo de cámaras. Habían transcurrido más de veinticuatro horas desde que se había estrellado y la enfurecida turba somalí lo había estado arrastrando por las calles. Tenía hambre, sed y miedo; una fractura de pronóstico reservado en la pierna derecha, una vértebra aplastada y heridas de bala y de metralla en el hombro y el muslo. Además, tenía el rostro ensangrentado e hinchado a causa de los porrazos que le habían dado con la culata de un rifle. El cabello oscuro, que el sudor, la porquería y la sangre habían apelmazado, se le erizaba en lo alto como la representación del miedo en los dibujos animados.

El equipo estaba formado por diez hombres jóvenes. Encendieron focos. Sólo le dirigió la palabra un joven que hablaba bien inglés. Durant sabía que la clave para salir con bien de una situación semejante estaba en ofrecer la menor información pertinente como fuera posible, mostrarse reservado, pero evitar la confrontación.

Existía un código de conducta que indicaba lo que podía decir y lo que no podía decir, y Durant estaba decidido a atenerse a él. Los interrogatorios no eran muy hábiles. Le habían estado haciendo preguntas durante todo el día, en un intento de que les contara más sobre su persona y sobre lo que la unidad hacía en Somalia. Cuando pusieron la cámara en funcionamiento, el que le interrogaba empezó a insistir sobre los mismos puntos. Para los somalíes todos los estadounidenses del destacamento especial eran Rangers.

—No, yo no soy Ranger, soy piloto —les dijo Durant.

—Tú matar personas inocentes —insistió el hombre.

—No es bueno que mueran personas inocentes —replicó Durant.

Esto fue lo máximo que le sacaron. Fueron éstas las palabras que la gente del mundo entero oyó al día siguiente por televisión. Durante las semanas que precedieron a la batalla, Somalia había sido una noticia de relleno. Ninguno de los periódicos o cadenas de televisión relevantes de Estados Unidos tenía siquiera un corresponsal en Mogadiscio. Pero de pronto aquella ciudad costera del este de África se había convertido en noticia de primera plana. El golpe de Estado abortado en Moscú y las imágenes de la turba somalí ensañándose con los cuerpos de los

estadounidenses habían llamado la atención del mundo, y ultrajado a Estados Unidos. El rostro hinchado y ensangrentado de Durant, con aquella mirada salvaje y asustada enfrentada a la cinta de vídeo, estaría pronto en los periódicos y en las portadas de los noticieros de todo el mundo. Era una imagen de la impotencia estadounidense. Más de un estadounidense se hacía la misma pregunta que había formulado el presidente Clinton: «¿Cómo pudo haber sucedido? ¿No hemos ido a Somalia para alimentar a unas gentes hambrientas?»

Willi Frank se puso a gatas y miró detenidamente la televisión.

Trataba de ver más allá de los rincones de la pantalla. Estaba segura de que, si tenían a Durant, debían de tener a otros miembros de la tripulación. Tal vez hubieran apresado también a Ray. Quizá estaba sentado junto a Mike, ¿fuera de la pantalla!

A Durant no le desagradó la entrevista. Cuando se fue el equipo de filmación, apareció un médico. Era amable y hablaba bien inglés. Le explicó a Durant que se había graduado en la Universidad de Carolina del Sur. Se disculpó por el limitado material que traía consigo, sólo unas aspirinas, un poco de solución antiséptica y de gasa. Con la ayuda de los fórceps, gasa y la solución, examinó despacio la herida de la pierna, donde el fémur roto había atravesado la piel, y limpió el extremo del hueso y el tejido que lo rodeaba.

Aunque fue muy doloroso, el piloto sintió cierto alivio. Tenía cierta idea sobre heridas y sabía que una infección de fémur era algo relativamente común y mortal, incluso con simples fracturas. Y la suya era grave, porque había estado tumbado sobre un suelo sucio durante toda una noche y todo un día. Pidió al médico noticias sobre su tripulación y los chicos D, pero él le dijo que no sabía nada.

Cuando se marchó el médico, sacaron al piloto del cuarto donde se había despertado aquella mañana y, en la calle, oyó ruido de pájaros y de niños. Lo metieron de mala manera en el suelo de un coche y lo taparon con una manta. Sentía muchísimo dolor. Luego dos hombres subieron al coche y se sentaron sobre él. La pierna se le movía de un lado al otro. Se le había hinchado mucho y el mínimo movimiento era una tortura.

Lo llevaron a un apartamento y lo dejaron al cuidado de un hombre desgarbado y corto de vista al que conocería bien durante los siguientes diez días. Se trataba de Addullahi Hassan, al que llamaban «Firimbi» y que era el ministro de propaganda del jefe del clan, Mohamed Farrah Aidid.

El piloto no lo sabía, pero el señor de la guerra había pagado un rescate por él.

Estados Unidos iban a tener que negociar con Aidid si querían recuperar a Durant.

Garrison y el destacamento especial estaban dispuestos a ello, pero Washington no tenía ganas de pelea.

El martes 5 de octubre, el ex embajador de Estados Unidos en Somalia, Robert Oakley, asistía a una recepción en la embajada siria de Washington cuando le llamaron de la Casa Blanca. Era Anthony Lake, el consejero para la Seguridad Nacional del presidente Clinton.

—Tengo que verte mañana a primera hora —dijo Lake.

—¿Por qué tanta prisa, Tony? —replicó Oakley—. Hace seis meses que estoy aquí.

Oakley, un intelectual adusto y llano con una distinguida carrera dentro de la diplomacia, había sido en la época del presidente George Bush el civil de mayor autoridad en Mogadiscio durante la misión humanitaria que se había iniciado en diciembre. Una vez superada la carestía y dada la nueva administración en Washington, abandonó la ciudad en marzo de 1993, en la misma época en que su viejo amigo el almirante Jonathan Howe se hizo cargo de la mayor responsabilidad de Naciones Unidas en Somalia.

Desde su regreso, Oakley observaba consternado el curso de los acontecimientos en Somalia. Conversaba frecuentemente con ex colegas del Departamento de Estado, y sin embargo, a pesar de su larga experiencia allí, ningún alto oficial de la Administración se dignó consultarle. No se sentía ofendido, pero le preocupaban las perspectivas para el proceso de formación de gobierno que él había ayudado a poner en marcha. Observó con inquietud creciente que los acontecimientos y las resoluciones de Naciones Unidas llevaban a Aidid a desviarse del proceso de paz, y consideraba que la idea de intentar apresar al líder del clan como si fuera un proscrito no podía llegar a buen fin. Pero nadie le había pedido su opinión.

—¿Puedes venir a desayunar mañana a las siete y media? —preguntó Lake.

Claro, tenían problemas. El día siguiente a la batalla del 3 de octubre, los miembros del Congreso, muy enfadados, sometieron al secretario de Defensa Les Aspin y al secretario de Estado Warren Christopher a un duro interrogatorio. ¿Cómo había ocurrido aquello? ¿Por qué había soldados estadounidenses muriéndose en la lejana Somalia cuando se suponía que la misión humanitaria había terminado meses atrás? Habían muerto quinientos somalíes, y había miles de heridos. Durant estaba todavía prisionero. La gente de la calle sentía indignación, y el Congreso exigía la retirada.

El senador Robert C. Byrd, presidente democrático del Comité de Asignaciones, pidió que finalizaran de inmediato aquellas «operaciones de policías y ladrones».

—Clinton tiene que traerlos a casa —dijo el senador John McCain, un

republicano miembro del Comité de los Servicios Armados y ex prisionero de guerra en Vietnam.

Arriba y debajo de la jerarquía, se percibían fallos de información.

En Mogadiscio, la violencia creciente entre el Habr Gidr y las fuerzas de Naciones Unidas se percibía como incidentes individuales, no como acciones inquisidoras de una determinada fuerza enemiga. En Washington, a los oficiales del Pentágono, de la Casa Blanca y del Congreso, les asombró la envergadura, el alcance y la ferocidad del contraataque de Aidid el 3 de octubre. Mirado de forma retroactiva, cuando en septiembre el general Montgomery solicitó tanques y vehículos blindados Bradley y no hubo reacción por parte de Aspin, pareció evidente que se las tenía que haber con una administración que se había dormido en los laureles, algo que los legisladores republicanos podían utilizar para sacudir a la Administración Clinton.

La batalla era también un golpe para una administración que ya era poco popular a causa del sistema militar. Hacía que diera la sensación de que Clinton carecía de interés por el bienestar de los soldados estadounidenses. Al presidente le habían informado de antemano sobre las misiones del destacamento especial Ranger. La última había sido organizada tan deprisa que no le habían advertido. Clinton se quejó enérgicamente a Lake. Tenía la sensación de que lo habían dejado al margen, y estaba enfadado. Quería respuestas a una amplia serie de preguntas, desde problemas políticos hasta tácticas militares.

El miércoles, alrededor de la mesa del desayuno dispuesto en el ala este, estaban Lake y su ayudante, Samuel R. Berger, y la embajadora de Estados Unidos para Naciones Unidas Madeleine K. Albright. Charlaron, pero de manera informal, sobre lo que había ocurrido, y luego llevaron a Oakley a la Sala Oval donde se reunieron con el presidente, el vicepresidente, Christopher, Aspin, el presidente de la Junta de Jefes de Estado, y algunos otros consejeros.

La reunión duró seis horas, y la base fue: ¿y ahora qué hacemos? Permanecer en Mogadiscio para perseguir a Aidid estaba totalmente descartado, incluso aunque el almirante Howe y el general Garrison ardieran en deseos de hacerlo. Éstos creían que Aidid había recibido un golpe mortal y que con poco esfuerzo se podría terminar el trabajo. Si la información de los espías era correcta, algunos de los miembros más poderosos del clan de Aidid habían huido de la ciudad porque temían el inevitable contraataque por parte de los estadounidenses. Los arsenales de RPG habían quedado seriamente mermados. Otros lanzaban insinuaciones de paz y se ofrecían a convencer a Aidid para que evitase más derramamiento de sangre. Pero lo que resultaba claro al escuchar la discusión de aquella mañana en la Casa Blanca era que Estados Unidos no tenía intención de iniciar ninguna otra acción militar en Somalia.

Estados Unidos iba a retirarse. La reunión concluyó con la decisión de reforzar el destacamento especial Ranger, llevar a cabo una demostración de supremacía militar,

pero abandonar todo esfuerzo para capturar a Aidid y a sus lugartenientes. Después de enviar a Mogadiscio suficientes tanques, hombres, aviones y barcos para allanar la ciudad, las fuerzas se limitarían a hacer simplemente acto de presencia allí durante un tiempo. Se iban a reanudar las negociaciones para conseguir un gobierno somalí estable que contaría con Aidid, pero Estados Unidos, hacia marzo de 1994, se retiraría de forma digna. El señor de la guerra no lo sabía aún, pero su clan se acababa de apuntar un buen tanto. Sin el pulso de Estados Unidos no había forma de que Naciones Unidas pudieran imponer un gobierno en Somalia sin la cooperación de Aidid.

Mandaron a Oakley a Mogadiscio para transmitir este mensaje y para que se ocupase de la liberación de Durant.

Descartada toda negociación con Aidid para liberar a Durant, Oakley recibió instrucciones para transmitir un mensaje escueto. El presidente de Estados Unidos quería al piloto libre. De inmediato.

Firimbi era un hombre alto para la media somalí, y tenía brazos largos y manos grandes. Lucía barriga y entornaba los ojos detrás de unas gafas gruesas, ahumadas y con montura negra. Se sentía orgullosísimo de su posición | en la Alianza Nacional Somalí. Cuando Aidid les compró a Durant a los bandidos que lo habían secuestrado, le dijo a Firimbi:

—Cualquier cosa que le pase al piloto te pasará a ti también.

Cuando Durant llegó aquella noche, Firimbi supo que estaba colérico, asustado y que sufría de fuertes dolores. La actitud hosca del piloto rivalizaba con su propia y clara hostilidad. Estados Unidos acababa de provocar una masacre en su clan, y consideraba responsables a hombres como aquel piloto. Resultaba difícil no estar enfadado.

Durant no sabía adonde lo trasladaban. Durante el trayecto por la ciudad, iba en el asiento posterior bajo una manta. Tal vez lo habían sacado de la ciudad para matarlo. Los hombres que lo habían llevado, le hicieron subir unas escaleras, atravesar un pasillo y lo dejaron en una habitación.

Firimbi le saludó, pero al principio el piloto no le dirigió la palabra. Durant hablaba un poco de español y Firimbi, como la mayoría de las personas cultas en Somalia, dominaba el italiano. Dado que los dos idiomas tenían cierta semejanza, podían comunicarse mínimamente. Después de haber pasado juntos y solos unas cuantas horas, se decidieron a hablar un poco y establecer esta base para unas limitadas conversaciones. Durant se quejó del dolor que le producían las heridas. A pesar de los esfuerzos del médico que lo atendió en el otro lugar, se habían hinchado y reblandecido, además estaban infectadas. Aunque a desgana, Firimbi le ayudó a lavarlas y se las volvió a vendar. Informó de que Durant necesitaba un médico.

Aquella noche, la del lunes 4 de octubre, Durant y Firimbi oyeron que unos helicópteros sobrevolaban la zona, y divulgaban unos mensajes de forma repetida.

«Mike Durant, no te abandonaremos.»

«Mike Durant, no hemos dejado de estar contigo.»

«No pienses que te hemos abandonado, Mike.»

—¿Qué dicen? —preguntó Firimbi.

Durant le explicó que sus amigos estaban preocupados por él y que lo estaban buscando.

—Pero nosotros te tratamos muy bien —dijo su carcelero—. Está dentro de nuestra tradición no hacerle nunca daño a un prisionero.

En la hinchada y apaleada cara de Durant apareció una sonrisa.

Para Jim Smith, el padre del cabo Jamie Smith, la pesadilla dio comienzo el lunes por la tarde, mientras estaba en una reunión en la sala del banco de Long Valley donde trabajaba. La mujer de su jefe entró de pronto en la sala y, después de pedir excusas por la interrupción, se volvió a Smith.

—Me acaba de llamar Carol —dijo—. Tienes que telefonar a tu casa. Era evidente que su mujer, Carol, había indicado que se trataba de algo urgente. Como durante la reunión no habían atendido ninguna llamada, Carol telefoneó al domicilio particular del jefe a fin de averiguar cómo podía contactar con su marido.

Smith llamó a su mujer desde un despacho contiguo a la sala.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Jamás olvidaría las palabras siguientes.

—Han venido dos oficiales. Jamie ha muerto. Ven, por favor. Cuando abrió la puerta de su casa, Carol le dijo: —Quizá se han equivocado, Jim. Tal vez Jamie esté sólo desaparecido. Pero Smith sabía que no era así. Él había sido capitán Ranger en Vietnam, donde había perdido una pierna en combate. Sabía que en una unidad hermética como los rangers, no salía una notificación de muerte hasta que no tenían el cuerpo.

—No, si dicen que está muerto es que están seguros —le dijo a su mujer en voz baja.

Al cabo de una hora empezaron a llegar periodistas con cámaras. Cuando hubo informado de la desgracia a los más allegados, Smith salió al porche para contestar a las preguntas.

Le molestaron tanto la actitud de los periodistas como el tipo de preguntas que formularon. *¿Cómo se sentía? ¿Cómo creían que podía sentirse?* Les dijo que se sentía orgulloso de su hijo y profundamente triste. *¿Creía que su hijo había recibido la instrucción apropiada y que lo habían dirigido bien? Sí, su hijo contaba con una instrucción impecable y siempre le habían conducido muy bien. ¿A quién echaba la culpa? Qué se suponía que debía decir: ¿Al Ejército de Estados Unidos? ¿A Somalia? ¿A él mismo, por encauzar los intereses de su hijo hacia los rangers? ¿A Dios?*

Smith les dijo que no sabía aún lo suficiente sobre lo que había ocurrido para culpar a nadie, que su hijo era un soldado y que había muerto al servicio de su patria.

Dos días después llegó un telegrama con un escueto mensaje firmado por un coronel que no conocía. Si bien adivinó su contenido antes de leer las palabras, le conmovió profundamente. Le introdujo en un triste ritual tan viejo como la propia guerra y que le unió a todas las personas que desde el principio de los tiempos perdieron a alguien en combate.

POR LA PRESENTE QUIERO CONFIRMAR PERSONALMENTE LA NOTIFICACIÓN QUE EN SU MOMENTO LE HIZO UN REPRESENTANTE DE LA SECRETARÍA DE LAS FUERZAS ARMADAS, QUE SU HIJO, SPC JAMES E. SMITH, MURIÓ EN MOGADISCIO, SOMALIA, EL 3 DE OCTUBRE DE 1993. EN CASO DE QUE TENGA ALGUNA PREGUNTA DEBE DIRIGIRSE A SU OFICIAL DE LA SECCIÓN DE INCIDENCIAS. POR FAVOR, ACEPTÉ MI MÁS SINCERO PÉSAME.

Stephanie Shughart tuvo noticias sobre su marido, Randy, aquel mismo lunes por la mañana. Había estado despierta toda la noche después de que le hubieran dicho que «uno de los muchachos» había muerto. Como estaba a la espera de más noticias, llamó a su jefa y le dijo que, debido a un problema familiar, no podría ir a trabajar. Las familias de Bragg se preparaban para lo que estaba por venir. Una familia como mínimo iba a recibir el golpe.

La jefa de Stephanie sabía que Randy estaba en el Ejército y que a veces realizaba trabajos peligrosos. También sabía que no era típico de Stephanie quedarse en casa y no ir a trabajar. Por consiguiente, cogió el coche y se dirigió a casa de los Shughart.

Las dos mujeres bebieron café y miraron la CNN. Cuando se emitieron los primeros informes sobre lo que había ocurrido en Mogadiscio, a Stephanie le corroía la incertidumbre. Ella y su jefa estaban hablando cuando vislumbraron dos siluetas fuera de la puerta.

Stephanie abrió a dos hombres de la unidad de su marido. Uno era un íntimo amigo. «Lo que me imaginaba, está muerto», pensó ella.

—Randy ha desaparecido en acción —dijo uno de los hombres.

Así que era una noticia mejor de lo que había esperado. Stephanie había decidido no dejarse llevar por la desesperación. A Randy no le iba a pasar nada. Era el hombre más competente del mundo. Se imaginaba que Somalia era una jungla. Veía a su marido en un claro de bosque llamando a un helicóptero por señas. Cuando el amigo le dijo que Randy había desaparecido con Gary Gordon, se sintió todavía más aliviada. «Están luchando por su vida en algún lugar», pensó. Si alguien podía salir con vida de aquello, eran ellos dos.

Durante los siguientes días, las noticias, todas malas, se fueron sucediendo de forma trepidante. Se supo de las muertes de Earl Fillmore y Griz Martin. Además estaban aquellas imágenes espantosas de un soldado muerto al que arrastraban por las calles. Luego llegó la noticia de que habían encontrado el cuerpo de Gary.

Stephanie estaba desesperada. Cuando aseguraron que Durant estaba vivo y que lo tenían prisionero, recobró la esperanza. Sin duda también tenían a Randy. Pero no lo habían sacado en la cinta. Rezaba y rezaba. Al principio rezaba para que Randy estuviera con vida, pero a medida que transcurrieron los días y su esperanza se desvanecía, empezó a rezar para que no sufriera y para que, si debía morir, pudiera hacerlo deprisa. A lo largo de la semana siguiente, asistió a varios funerales. Lloraba junto con otras mujeres. Al final, todos los hombres salvo Shughart aparecieron. Todos estaban muertos, y sus cuerpos terriblemente mutilados.

Stephanie pidió a su padre que se quedara con ella. Sus amigas se turnaron para hacerle compañía. Así estuvieron días enteros. Un infierno.

Lo supo cuando vio que un coche ocupado por varios oficiales y un sacerdote se acercaba por el sendero.

—Ya están aquí, papá —murmuró.

—Los somalíes han devuelto un cuerpo, que ha sido identificado como Randy —dijo uno de los oficiales.

—¿Están seguros? —preguntó ella. —Sí —dijo él—, estamos seguros.

La disuadieron de ver el cuerpo de Randy. Y ella, como era enfermera, imaginaba la razón mejor que nadie. Mandó a un amigo a Dover, Delaware, adonde habían llevado el cadáver. Cuando regresó, ella le preguntó: —¿Has podido comprobar que era él? El sacudió la cabeza. No podía decirlo con certeza.

DeAnna Joyce se sentía afortunada. El viernes por la noche, dos días atrás, en casa del teniente al cargo del puesto en Fort Benning, se sorteó el turno de llamadas para establecer cuándo le iba a tocar a cada esposa hablar con su marido. Hacía meses que no habían visto a los hombres, desde que partieran para la instrucción en Fort Bliss a principios de verano. Dieciocho podrían disfrutar de una llamada telefónica el sábado por la noche, otras dieciocho el domingo y las dos últimas el lunes. A DeAnna le tocó el lunes, pero como tenía que irse de viaje lo cambió con otra esposa y, por consiguiente, pudo hablar con Casey el sábado por la noche. Después, se cancelaron todas las llamadas del domingo y del lunes.

Casey siempre tuvo una sonrisa optimista. Se conocieron en un centro comercial de Texas. DeAnna era dependienta en una cadena de tiendas de ropa, The Limited, y otro chico que conocía se acercó para preguntarle algo sobre una muchacha. Él le presentó a Casey. No debieron de intercambiar más de tres palabras.

—Hola.

—¿Cómo estás?

Así. Posteriormente supo, sin embargo, que mientras salían de la tienda, Casey le dijo a su amigo: «Voy a casarme con esa chica».

Empezaron a salir, e incluso Casey dejó la Universidad de Texas para inscribirse en la Universidad del Norte de Texas, a fin de asistir a la misma que ella. Él estudiaba periodismo, pero no le gustaba ir a clase y le iba bastante mal. Un día de 1990 le dijo que tenía previsto dejar la universidad y alistarse en el Ejército. O se lo consultó. Ella le dijo que lo que él decidiera le parecería bien. Tuvo que pasar por lo elemental antes de ingresar en la escuela de aviación, donde le pusieron aquel tatuaje espantoso en el hombro derecho; tenía el tamaño de un puño y, aunque parecía más un gato montés representaba un rottweiler que lucía el gorro marrón de la unidad aerotransportada. Luego decidió ir más lejos y se inscribió en el programa de instrucción Ranger.

El padre de Casey, un coronel retirado, jamás llegó a conseguir la charretera Ranger, por consiguiente era algo que Casey no sólo quería hacer, sino que debía hacer. No fue fácil. Tanto él como su amigo Dom Pilla estuvieron a punto de abandonar (Casey llegó incluso a llamar a DeAnna para preguntarle si le parecería mal, y ella le dijo que no), pero luego lo volvieron a considerar hablando entre ellos y se quedaron. Los dos lo consiguieron. Volvió a casa hecho un ranger y haciendo planes para cambiar el gorro marrón del tatuaje por el negro de los rangers. Se casaron el 25 de mayo de 1991.

DeAnna se echó a llorar cuando habló con él por teléfono el sábado por la noche, y no podía parar. También Casey se emocionó.

Y se limitaron a decirse entre sollozos lo mucho que se querían. Ella se moría de

ganas de que volviera a casa.

El domingo, el teniente reunió en su casa a todas las esposas, donde se enteraron de que la compañía se había visto envuelta en un tiroteo. Todos, los cocineros incluidos. Todas las mujeres fueron presa del pánico, pero DeAnna se sentía afortunada. Las mujeres con mayor experiencia explicaron que, para los heridos, recibirían una llamada de teléfono. Para los muertos llamarían a la puerta. DeAnna permaneció toda la noche despierta pensando en ello.

Hubo una llamada a la puerta a las seis y media de la mañana. Ella se puso apresuradamente la bata y corrió a la puerta. Iba pensando que Casey había muerto. Pero cuando abrió la puerta, lo que había delante no eran unos soldados, sino los dos niños de la vecina.

—Anoche murió el abuelo y nos tenemos que ir. ¿Podrías ocuparte del perro?

Mientras ella se vestía para ir a la casa contigua, se maldecía por haber pensado aquello tan morboso y terrible sobre Casey. «¿Cómo puedes siquiera pensar en ello?» Se dirigió a la casa vecina a fin de recibir las instrucciones pertinentes sobre el cuidado del perro y consolar a su amiga, cuyo padre había muerto en otro estado. Mientras estaba allí, otra vecina allí presente dijo haber oído que habían muerto once rangers en Somalia.

Cuando volvió a casa encontró un mensaje de su suegro, Larry Casey, en el contestador; le pedía que lo llamara. Larry sabía que DeAnna sería la primera en enterarse si algo ocurría, y la telefoneó después de ver las noticias en la televisión. Ella llamó.

—El presidente Clinton ha aparecido en televisión y ha expresado sus condolencias a las familias —le explicó el suegro.

El presidente había utilizado la expresión «pérdidas desafortunadas», y declaró su claro y continuado apoyo a la misión.

DeAnna le dijo que nadie le había dicho nada y los dos convinieron que ello significaba tal vez buenas noticias. Luego, estaba ella a punto de hacer otra llamada cuando llamaron a la puerta.

Se encaminó escaleras abajo a la vez que se imaginaba que serían de nuevo los vecinos con nuevas instrucciones para el perro, pero en esta ocasión eran tres hombres uniformados.

—¿Es usted Dina? —preguntó uno de ellos.

—No, no soy yo —contestó ella conforme se disponía a cerrar la puerta.

Los hombres empujaron la puerta con suavidad.

—¿Es usted la señora Joyce?

En un momento de aquella primera semana llena de conmociones y dolor, DeAnna recibía una muestra de afecto de Casey pues llevaban con ellos una carta que él había escrito justo antes de partir para la misión fatal. Ella era consciente de que la

experiencia en Somalia había trastornado a su marido y que durante los meses que llevaba fuera había estado dándole vueltas a unos problemas menores de su relación.

«Te echo tanto de menos»... —decía la carta que hablaba desde más allá de la tumba—. Seguramente lo he repetido miles de veces, pero quiero que las cosas cambien, y sé que así será. ¡Te quiero tanto! No puedo decirlo de una forma más tajante. Y deseo que me quieras con todo tu corazón. Creo que ya es así, pero te lo digo sólo para demostrarte que me lo merezco. No pienso volver a casa y ser un carca blandengue, y espero que entiendas lo que quiero decir, sino que voy a ser yo mismo. Te voy a convertir en la persona más importante de mi vida. Siempre tendré esto en cuenta. Quiero que sepas que quiero envejecer contigo. Quiero que me comprendas porque yo no puedo hacerlo todo solo. Soy consciente de que la mayor parte de los problemas son por mi culpa y quiero cambiar. Quiero ir a la iglesia. Quiero que seamos felices. En todos los aspectos, y no me cansaré de decirlo, pero quiero empezar a trabajar en ello. No puedo hacer nada al respecto hasta que esté en casa... Cuando recibas esta carta tal vez esté ya de camino, o incluso muy cerca.»

Al cabo de unos días de estar prisionero, Durant dejó de tener miedo a ser ejecutado o torturado. Después de haber sido el centro de aquella turba enfurecida el día en que se estrelló, lo que más temía era que lo descubriesen los somalíes de la calle. Firimbi compartía su temor.

El ministro de propaganda le había cogido simpatía. Durant había contribuido a ello, pues formaba parte de la instrucción de supervivencia. Hacía un esfuerzo para ser amable. Aprendió las palabras somalíes «por favor», *pil les an*, y «gracias», *ma hat san-e*. Los dos hombres estuvieron juntos día y noche durante una semana. Compartían lo que parecía ser un apartamento pequeño. Afuera había una terracita, lo cual a Durant le recordaba un motel estadounidense.

La dueña de la casa donde se encontraba Durant insistió en prepararle una comida especial, como es costumbre con los invitados en Somalia. Sacrificó una cabra y preparó un plato a base de carne de este animal y pasta. La comida estaba deliciosa y era abundante. Durant pensó que el trozo de carne y hueso que había en su cuenco podía haber alimentado a cinco personas. Pero al día siguiente tanto el piloto como su carcelero tuvieron diarrea. Firimbi ayudó a que el piloto, postrado en la cama, se mantuviera limpio, una tarea incómoda y violenta a la vez para los dos hombres.

Firimbi no paraba de hacer esfuerzos para animar al piloto.

—¿Qué quieres? —repetía.

—Quiero un billete de avión para Estados Unidos.

—¿Te gustaría una radio?

—Claro —contestó Durant.

Y le proporcionaron una pequeña radio negra de plástico cuyo volumen era tan bajo que tenía que pegársela al oído. La radio se convirtió en algo vital para su supervivencia. Podía escuchar la emisora internacional de la BBC, BBC World Service, donde emitían informaciones sobre su cautiverio. Era maravilloso oír aquellas voces inglesas procedentes de su propio mundo.

Durante los días sucesivos, reían y bromeaban entre ellos por las flatulencias remanentes del trastorno. La atmósfera de su cautiverio se aligeró. Aunque le habían entablillado la pierna, todavía la tenía hinchada y le dolía. Permanecía tumbado en la pequeña cama día y noche. En ocasiones reinaba el silencio durante horas. A veces charlaban los dos. El macarrónico «itañol» con el que se comunicaban mejoró.

Durant le preguntó a Firimbi cuántas esposas tenía.

—Cuatro esposas.

—¿Y cuántos hijos?

Firimbi mintió.

—Veintisiete —dijo.

—¿Cómo puedes mantener a tantos? —quiso saber el piloto.

—Soy un hombre de negocios —le explicó Firimbi—. Tuve una fábrica de harina y pasta —añadió, y en esta ocasión no mentía.

Le dijo también que contaba con hijos ya mayores que se habían marchado de Somalia y les mandaban dinero. (En realidad, Firimbi tenía nueve hijos.)

Durant le contó que tenía esposa, una, y un hijo.

Firimbi trató de que entendiera por qué los somalíes estaban tan enfadados con él y con los otros rangers. Le habló del ataque a la casa de Abdi, que desde los helicópteros habían matado a muchos de sus amigos y compañeros de clan. Firimbi se lamentó de todas las personas inocentes que habían matado los estadounidenses, mujeres y niños. Dijo que eran cientos, tal vez miles. Le explicó que Aidid era un jefe importante y brillante en su país, y no alguien a quien Naciones Unidas o los estadounidenses pudieran calificar de proscrito y llevárselo sin más ni más. Por lo menos, no sin que mediara una lucha. Firimbi consideraba a Durant prisionero de guerra. Creía que si trataban al piloto de forma humana, iban a mejorar la imagen de Somalia en Estados Unidos cuando fuese liberado. Durant le seguía la corriente a su carcelero, le hacía preguntas, cedía a sus caprichos. Por ejemplo, a Firimbi le encantaba el *khat*. Un día le entregó dinero a un guardia y lo mandó a por más. Cuando el hombre regresó, se puso a dividir la planta en tres porciones iguales, una para él, otra para Firimbi y la tercera destinada al otro guardia.

—No —dijo Firimbi—, haz cuatro.

El guardia le lanzó una mirada interrogadora. Firimbi señaló a Durant mediante un gesto. Éste adivinó de inmediato las intenciones de su carcelero. Hizo un gesto de asentimiento en dirección al guardia para indicarle que cortase un pedazo para él.

Apenas el guardia abandonó la estancia, Firimbi le guiñó el ojo a Durant y, con una enorme sonrisa, recogió los dos montones para él.

Firimbi se identificó tanto con el piloto que cuando éste rechazaba la comida, él también lo hacía. Si Durant no podía dormir a causa del dolor, su carcelero tampoco descansaba. Hizo prometer a Durant que, cuando lo liberaran, le contaría a todo el mundo lo bien que lo habían tratado. Durant prometió que diría la verdad.

Después de cinco horribles días de cautiverio, Durant recibió una visita. De repente, limpiaron el cuarto y cambiaron las sábanas. Firimbi ayudó al piloto a lavarse, le volvió a vendar las heridas, le proporcionó una camisa limpia y lo envolvió de cintura para abajo con un *ma-awis*, la falda suelta que llevaban los hombres somalíes. Rociaron perfume por la habitación.

Durant pensó que lo iban a liberar. Por el contrario, Firimbi dejó pasar a una visita. Se trataba de Suzanne Hofstadter, una noruega que trabajaba para la Cruz Roja Internacional. Durant tomó su mano y se la estrechó con fuerza. No le habían permitido llevar consigo más que hojas de papel donde él pudo escribir una carta. En

ella, Durant describió las heridas de que estaba aquejado e indicaba que había recibido tratamiento médico. Le decía a su familia que estaba bien y les pedía que rezaran por él y los demás. Aún no sabía la suerte que había corrido su tripulación o los chicos D, Shughart y Gordon.

Escribió que se moría por una pizza. Luego le preguntó a Firimbi si podía escribir otra carta a sus compañeros de la base, y aquél le dijo que de acuerdo. Escribió que estaba bien, y les dijo que no tocasen la botella de Jack Daniels que había en su mochila. No tenía mucho tiempo para inspirarse. Trataba de expresar de una forma intrascendental que estaba bien, a fin de aligerar la preocupación que sentían por él. Al final de la nota, escribió:

CNNA.

Luego, los oficiales de la Cruz Roja, ante el temor de violar su neutralidad estricta pasando lo que podía ser un mensaje codificado, tacharon las siglas.

Cuando Hofstadter se fue, entraron dos reporteros: Briton Mark Huband del *Guardian* y Stephen Smith del periódico francés *Libération*. Huband encontró al piloto tumbado de espaldas, con el pecho desnudo y con signos claros de estar herido y de tener dolores. Durant estaba todavía impresionado por la sesión con Hofstadter. No quería verla marchar y le estrechó la mano hasta el último momento.

Huband y Smith llevaban una grabadora consigo. Le dijeron que no tenía que decir nada. Los reporteros se compadecieron de él y trataron de tranquilizarlo. Huband le explicó que había hecho muchos reportajes en Somalia y que por ello tenía un sexto sentido para saber cuándo las cosas iban mal y cuándo iban bien. Le dijo que su sexto sentido le decía que aquella gente no quería hacerle daño.

Durant sopesó si debía hablar con ellos y llegó a la conclusión de que era preferible comunicarse con el mundo exterior que no hacerlo. Aceptó comentar sólo lo que le había sucedido desde el accidente. Así, con la grabadora en marcha, describió en pocas palabras el accidente y su captura. Entonces Huband preguntó por qué se había llegado a la batalla y por qué había muerto tanta gente. Durant dijo algo de lo que posteriormente se iba a arrepentir:

—Han muerto demasiadas personas inocentes. La gente aquí está enfadada porque ven morir a civiles. Quien no vive aquí no puede comprender lo que pasa. Los estadounidenses van con buenas intenciones. Hemos intentado ayudar. Pero las cosas han salido mal.

Fueron las últimas palabras «las cosas han salido mal» las que le atormentaron cuando se hubieron marchado los periodistas. ¿Quién era él para pronunciar un veredicto sobre la misión estadounidense? Habría debido limitarse a decir que él era un soldado y hacía lo que le mandaban.

Se deprimió. Él creía sinceramente que las cosas habían salido mal, pero tenía la sensación de que había sobrepasado una frontera que no debía al decirlo.

Estuvo de mal humor hasta que, al día siguiente, oyó la voz de su mujer, Lorrie, en la BBC. Había hecho unas declaraciones a la prensa. Durant escuchó atentamente su voz. Al final de la declaración, Lorrie dijo cuatro palabras que llenaron de lágrimas los ojos del piloto. Lo que dijo fueron las cuatro palabras cuyas iniciales él había escrito al final de su carta, todavía visibles a pesar de la tachadura de la Cruz Roja. Era el lema de su unidad, el 160.º Regimiento de Operaciones Especiales Aéreas.

Lorrie dijo:

—Como tú siempre dices, Mike, «los cazadores nocturnos nunca abandonan».
Su mensaje de desafío había llegado.

Durante la semana que siguió a la batalla, los hombres del destacamento especial Ranger experimentaron un gran abanico de emociones a la vez que se preparaban para otro combate. Estaban furiosos con los somalíes y les embargaba el dolor por la muerte de sus camaradas. Les molestaba que la prensa no dejase de mostrar las imágenes espantosas de los soldados muertos humillados en la ciudad, a poco más de un par de kilómetros de donde estaban. Vieron llegar con frustración a un pelotón Delta y a una compañía Ranger y, aunque todos y cada uno de los hombres estaban preparados y esperaban que los volvieran a enviar a la ciudad, aceptaron a regañadientes situarse en segundo plano. Con la cansada mirada de la experiencia, observaron a los recién llegados pavonearse y presumir de forma despreocupada. Sabían que si localizaban a Durant, iban a lanzarse contra ellos con más fuerza de la que Mogadiscio había visto nunca. La idea de entablar esa lucha era a la vez terrorífica e inexorablemente necesaria. Era una perspectiva que temían y deseaban a la vez. Resultaba extraño que las dos emociones pudieran ir de la mano. Por consiguiente, los hombres que habían salido ilesos de la batalla intentaban tener sus armas, vehículos, mentes y corazones preparados.

Dos días después de la batalla, una ráfaga de mortero somalí cayó justo fuera de la base y mató al sargento Matt Rierson, el jefe del equipo Delta que había tomado por asalto la casa objetivo y capturado a los somalíes miembros del clan de Aidid, y cuya determinación y experiencia habían contribuido a apuntalar el convoy perdido durante lo peor de la batalla. Parecía hartamente injusto haber salido de la pesadilla ileso para morir mientras charlaba tranquilamente fuera de la base dos días después. Junto con Rierson, también resultó gravemente herido el doctor Rob Marsh, el cirujano Delta. Consciente a pesar del gran dolor que sentía y de la mucha sangre que perdía, Marsh fue guiando a los enfermeros que le dieron los primeros auxilios.

Los Rangers hacían esfuerzos para aceptar todas aquellas pérdidas. No había duda de que habían resistido como los mejores en la batalla. ¿Qué otro grupo de noventa hombres habría sobrevivido una tarde larguísima y una noche entera sitiado por los habitantes violentos y bien armados de una ciudad de más de un millón? Y, a pesar de ello, cada muerto desafiaba su tradicional bravuconería y su apetito por la batalla. Toda una generación de soldados estadounidenses había ejercido su carrera sin vivir el horror de una lucha sin cuartel. Pero otra generación lo estaba experimentando. Había esa toma de conciencia en los rostros de los supervivientes, una sabiduría ganada con mucho esfuerzo.

Como seguiría haciendo años después, el sargento Eversmann repetía mentalmente todos y cada uno de sus movimientos durante la batalla, desde el momento en que se le cayeron de forma accidental los auriculares en el Black Hawk

suspendido, pasando por el momento en que encontró al soldado Blackburn herido e inconsciente en la calle, cuando fue viendo que sus hombres eran alcanzados, uno después de otro, hasta aquel largo y sangriento viaje en el convoy perdido. ¿Por qué los había dejado en la calle cuando el tiroteo se intensificó tanto? ¿No habría debido ordenarles que forzasen una puerta y que se pusieran a cubierto? ¿Cómo llegaron a perderse de aquella forma en el camino de vuelta? Perdió a Casy Joyce durante aquel trayecto. No habría podido hacer nada para evitarlo. Se decía que los doctores podrían salvar el pulgar de Scotty Galentine. Habían cosido la mano de Galentine con el pulgar dentro del estómago, con la esperanza de activar la regeneración de los vasos sanguíneos que necesitarían para volver a juntarlo posteriormente. Y parecía ser que Blackburn también iba a salvarse. Si bien no recordaba la caída ni nada de lo que ocurrió en la calle, había recobrado el conocimiento. Se iba a recuperar, pero jamás sería el muchacho que sus compañeros recordaban antes de la caída. El resto de los heridos no estaban graves. Pero a Eversmann sólo le quedaban seis de sus muchachos.

En la Tiza Uno, la que estaba al mando del capitán Steele y del teniente Perino, habían perdido a Jamie Smith, cuya agonía cerca del primer helicóptero siniestrado atormentaba a Perino y al sargento Schmid, el enfermero Delta que había abierto la herida en un intento de salvarlo. La muerte de Smith se convirtió en la más controvertida de la batalla, porque era la única vida que habría podido salvarse si se hubiera rescatado antes a la tropa que estaba en las inmediaciones del helicóptero siniestrado de Wolcott. Carlos Rodríguez, el ranger al que habían alcanzado en el escroto cuando estaba en el lugar antes mencionado, también iba camino de recuperarse. Dale Sizemore había mandado al diablo a los médicos que todavía querían enviarlo a casa por el codo. Se paseaba por la base en busca de otra oportunidad para vengar a sus amigos. Steve Anderson era presa de un sentimiento de culpabilidad. ¡Había tantos muertos y heridos! ¿Por qué había él escapado sin un rasguño? No estaba seguro de qué le ponía más furioso, si el rechazo que había sentido para participar en el combate, o los políticos de Washington que habían llevado a la muerte o a la mutilación a sus amigos por querer capturar a un señor de la guerra de Somalia. Cuanto más pensaba en ello, más rabia le daba y, a medida que pasaban los días, le fue dominando la desconfianza por el sistema que había prometido defender al alistarse en el Ejército. Mike Goodale, con el muslo y el trasero debidamente vendados y en vías de curación, iba a regresar a su casa en Illinois con su amiga Kira antes de finalizar la semana. La primera vez que habló con ella por teléfono desde Alemania, le preguntó si quería casarse con él. Se había dado cuenta de lo efímera que podía ser la vida y había decidido no volver a aplazar algo tan importante. El teniente Lechner tenía por delante una larga recuperación, pues los médicos del hospital del Ejército Walter Reed, con muy buen criterio, decidieron

intentar estimular el crecimiento del hueso para curar el agujero que le había hecho una bala de AK-47 al atravesarle la espinilla. Soportando prácticamente el mismo proceso en la cama contigua, estaba el sargento John Burns, al que una bala había destrozado la parte inferior de la pierna cuando iba en el convoy perdido. Stebbins iba a estar en casa con su mujer antes de que terminase la semana. Al parlanchín secretario de la compañía le iban a conceder la Estrella de Plata por su valiosa aportación, e iba camino de convertirse en una leyenda en la compañía, como ejemplo de que también quienes realizaban los trabajos menos espectaculares eran rangers.

El convoy terrestre había sido diezmado. Sólo la mitad de los cincuenta hombres que habían salido el 3 de octubre estaban todavía en la base. Sus vehículos estaban destrozados. Casi todos los jefes estaban heridos y, por consiguiente, los habían mandado a casa en avión, entre ellos el teniente coronel Danny McKnight. Clay Othic y su compañero Eric Spalding volaron a casa desde Alemania dentro de la misma semana, aunque el primero fue durante todo el largo viaje con el brazo derecho vendado y en cabestrillo. Othic garabateó un último párrafo en su diario de Mogadiscio con la mano izquierda: «A veces uno caza al oso; a veces el oso te coge a ti». Al cabo de unos días, él y Spalding, con las heridas vendadas y en vías de curación, regresaron a su casa en Missouri, pues se habían prometido no perderse por lo menos el final de la temporada de caza del venado. Mientras pasaban de un estado al otro en la furgoneta de Spalding, oyeron de vez en cuando alguna noticia relativa al problema inacabado en Mogadiscio, un lugar a un millón de kilómetros de distancia.

Peor suerte corrió el pelotón Delta, el cual perdió al piadoso Dan Busch, al joven Earl Fillmore, a Randy Shughart, a Gary Gordon, Griz, y después Rierson. Brad Hallings, el francotirador Delta que perdió la pierna dentro del *Súper Seis Dos*, iba a aprender a caminar tan bien con una pierna artificial que pudo volver a formar parte de la unidad. Paul Leonard, que perdió la pantorrilla de la pierna izquierda mientras manejaba una Mark-19 en el convoy perdido, iba a acabar haciendo una larga recuperación y rehabilitación en el Hospital Walter Reed junto con Burns, Lechner, Galentine y otros muchachos también heridos de gravedad. El presidente Clinton los visitó dos semanas después de la batalla. Acudió sin fanfarria y, al verse enfrentado con las consecuencias sangrientas de la lucha, se mostró impresionado y, al contrario que de costumbre, poco hablador. Instruyeron a los hombres de forma poco delicada que, de ser negativa, se guardaran la opinión sobre Clinton para ellos. Galentine posó para una foto con el presidente, con una camiseta puesta sobre la mano cosida a su abdomen. En la instantánea los dos hombres parecían igualmente asombrados de estar el uno en compañía del otro.

Sin embargo, la guerra en Mogadiscio no había terminado. Los soldados que habían salido ilesos esperaban que la situación empeorase en lugar de mejorar. Ellos

hicieron lo que pudieron para rendir homenaje y seguir adelante. En los días que siguieron a la batalla, los Cazadores Nocturnos erigieron un monumento provisional delante del Centro de Operaciones en memoria de los hombres que habían perdido. El general Garrison reunió a todos los hombres en un oficio conmemorativo, y despertó sus sentimientos de tristeza, miedo y determinación con el famoso discurso marcial de Enrique V en la obra de Shakespeare:

«Quien no tenga las agallas para esta lucha, que se marche. Dadle dinero para apresurar su partida porque no queremos morir en compañía de un hombre semejante. Quien sobreviva al día de hoy y regrese a casa sano y salvo despertará cada año en este día, mostrará las cicatrices a sus vecinos y contará historias adornadas sobre todas sus grandes hazañas de la batalla. Predicará estas historias a su hijo y desde este día hasta el día final seremos recordados. Nosotros esos pocos, nosotros esos felices pocos, nosotros un grupo de hermanos; pues quien haya derramado su sangre conmigo será mi hermano. Y aquellos hombres que han tenido miedo de ir se considerarán menos hombres cuando oigan cómo hemos luchado y muerto juntos.»

Willi Frank tuvo noticias sobre su marido justo una semana después de haber sido declarado desaparecido. Fue una semana espantosa. Las que no habían recibido información definitiva sobre la suerte de sus hombres habían seguido escudriñando las fotos y los vídeos de los muertos que aparecían en las noticias.

Una de las fotos que más habían circulado, la de un cuerpo arrastrado por las calles, con la pierna izquierda doblada hacia arriba de una forma poco natural, pertenecía a Tommie Field. El otro cuerpo arrastrado, el que más había aparecido en la televisión, era de Randy Shughart. La foto conmovedora de un cuerpo tumbado boca arriba sobre una carretilla y envuelto en algo parecido a una sábana, correspondía a Bill Cleveland. No había confirmación oficial por parte del Ejército, pero la familia lo sabía.

Willi asistía al funeral por Cliff Wolcott y oyó unos zumbidos procedentes de dispositivos electrónicos tipo busca en distintos puntos de la iglesia. Dos de estos buscas pertenecían a miembros de la unidad de apoyo.

Después del oficio se la llevaron a un lado. Willi pensó que la acompañaban para que estuviera unos minutos con Chris Wolcott. Pero, en cambio, le dijeron que el cuerpo de Ray había sido identificado.

—¿Cómo sabéis que se trata de Ray? —les preguntó ella—. ¿Tiene el cabello gris?

Le dijeron que no le quedaba nada de cabello en el cuerpo y le describieron los restos. El cuerpo llevaba ropa. Les pidió que le indicaran cómo eran los pantalones, los calzoncillos. Ray se había ido con tanta precipitación que Willi no pudo ponerle la ropa interior militar por estar todavía mojada, sino que le puso en la maleta los calzoncillos de civil. Cuando le dijeron cómo eran los que llevaba, ella lo supo.

En la segunda semana de cautiverio, trasladaron de nuevo a Durant, en esta ocasión a lo que tenía visos de ser una residencia particular rodeada por una valla. Le dieron una caja con presentes de la Cruz Roja. Uno de ellos era una Biblia de bolsillo.

Una de las técnicas que había aprendido en la instrucción para la supervivencia era la de mantener la noción del tiempo. Los prisioneros de guerra de Vietnam descubrieron que el hecho de tener cierto sentido del tiempo transcurrido y ordenar lo que sucedía cada día, por muy trivial que fuera, les ayudó a no perder la cabeza. Mantener una relación detallada era un acto de fe. Implicaba que uno iba a ser liberado tarde o temprano y que tenía que contar la historia vivida.

Aunque Durant no era un hombre especialmente religioso, encontró un uso propio para la Biblia. Empezó a reconstruir los detalles de su cautiverio en los márgenes, para ello utilizaba palabras clave y empezó con el accidente. Escribió:

«*Bumba*», que le recordaba la sensación que tuvo cuando le alcanzó la RPG.

«Vueltas.»

«Horizonte», por la forma en que se enturbiaron la tierra y el cielo cuando el helicóptero empezó a descender dando vueltas.

Y así sucesivamente. Fue avanzando hasta que acabó reconstruyendo las secuencias de su cautiverio casi hora a hora. Sus apuntes empezaron a llenar los márgenes de la Biblia.

Firimbi veía al piloto estudiar y tomar notas en la Biblia y dedujo que se trataba de un hombre muy religioso.

—Si te conviertes al islam, te pondrán en libertad —le dijo el carcelero.

—Reza a tu Dios y yo rezaré al mío, y tal vez nos liberen a los dos —bromeó Durant.

En la radio tocaban piezas de música que le gustaban a este último.

Durante una de las noches de cautiverio tuvo un sueño. Soñó que era un ranger y que tenía que subir a un helicóptero con la Tiza Cuatro. Pero, en cambio, dio un traspie a ciegas mientras preguntaba dónde estaba la Tiza Cuatro. Dónde estaba la Tiza Cuatro. No reconocía los rostros de la gente a la que preguntaba. De pronto, la gente del sueño desapareció. Encima de él, un helicóptero se elevó en el cielo y se alejó volando, y él se quedó solo en tierra.

Cuando Robert Oakley llegó a Mogadiscio el 8 de octubre, Aidid seguía escondido. Hicieron falta algunos días para organizarlo, pero al final logró reunirse con el clan del señor de la guerra. Les dijo a los dirigentes del Habr Gidr que la operación militar de Estados Unidos contra Aidid había sido finalizada y que la misión para la cual originariamente se había desplegado al destacamento especial Ranger había llegado a su fin. Los somalíes se mostraron escépticos.

—Con el tiempo, comprobarán por sí mismos que es cierto —dijo Oakley.

Luego les dijo que el presidente Clinton quería que Durant fuese liberado de inmediato, sin condiciones. Los somalíes no daban crédito a lo que oían. Los Rangers se habían apoderado de sesenta o setenta dirigentes del clan. Los principales, entre ellos los dos hombres más importantes de entre los secuestrados el 3 de octubre, Omar Salad y Mohamed Hassan Awale, estaban retenidos en una cárcel improvisada en una isla situada a la altura de la costa de Kismayo. La posible liberación de Durant estaba sujeta como mínimo a un canje. Así actuaban los somalíes.

—Haré lo que pueda para que esta gente sea liberada, pero no puedo prometer nada —dijo Oakley, además de poner de manifiesto que los somalíes, técnicamente, estaban bajo la custodia de Naciones Unidas—. Intercederé con el presidente, pero sólo una vez hayan liberado a Durant. —Acto seguido, el ex embajador transmitió un mensaje escalofriante cuyo significado estaba claro—: Esto no es una amenaza. No tengo planes para ello, y haré todo lo posible para evitarlo, pero ¿qué ocurrirá si transcurren unas semanas y el señor Durant no es liberado? No sólo perderán ustedes el crédito que puedan tener ahora, sino que tomaremos la decisión de rescatarlo. Les garantizo que no vamos a pagar o comerciar por él de ninguna forma o modo... Por consiguiente, lo que decidiremos es que debemos rescatarlo, y acertemos o no con el lugar, nadie nos librará de una lucha con su pueblo. Apenas se vuelva a abrir fuego, desaparecerá toda restricción por parte de Estados Unidos. No tienen más que echarle una ojeada a lo que está llegando. Un portaaviones, tanques, helicópteros de combate... de todo. En cuanto empiece la contienda, todo el odio reprimido saldrá a la luz. Quedará destruida toda esta parte de la ciudad, hombres, mujeres, niños, camellos, gatos, perros, cabras, burros, todo... Sería muy trágico para todos nosotros, pero eso es lo que ocurrirá.

Los somalíes transmitieron este mensaje a Aidid en su escondite, y el señor de la guerra supo ver lo juicioso del consejo dado por Oakley. Se ofreció a entregar a Durant de inmediato.

Como no quería que su viejo amigo, el almirante Howe, quedara eclipsado, el ex embajador les pidió que esperaran unas horas para que él tuviera tiempo de abandonar el país. Les dijo que entregaran al piloto a Howe y subió a un avión para

regresar a Washington.

Firimbi dijo a Durant que al día siguiente lo iban a poner en libertad. El ministro de propaganda estaba muy contento de poder dar esta noticia, pero también muy nervioso. Estaba contento por su amigo y por sí mismo. Bromeaba diciendo que los dos iban a ser puestos en libertad. Firimbi podría volver a su vida normal. Opinaba que soltar a Durant sin mediar condición alguna era una demostración asombrosa de la generosidad de Aidid y del Habr Gidr. Se emocionaba al hablar de ello. Comentó luego que este gesto iba a anular de golpe el efecto causado por las terribles imágenes de la turba mutilando a los soldados estadounidenses muertos, una escena que indignaba tanto a Firimbi como a los otros hombres cultos de su clan. No dejaba de instarle a Durant para que le prometiese que iba a contarle al mundo lo bien que lo habían tratado durante su cautiverio.

Se trataba de una decisión tan acertada que Firimbi temía que surgiera algo que lo echara a perder. ¿Qué pasaría si los términos del acuerdo llegaban a oídos de alguna facción iracunda de somalíes y aparecían en busca de Durant para matarlo? ¿Y si eran los propios estadounidenses quienes los instaban a ello? Podían mandar a alguien para matar a Durant y el mundo entero creería que lo habían hecho Aidid y el clan Habr Gidr. Firimbi pidió más protección y el clan mandó a unos hombres armados para que rodearan la residencia donde tenían prisionero a Durant.

Aquella mañana, Firimbi ayudó a Durant a lavarse. Ese día, en lugar de ser arrojado detrás de un coche y que alguien se sentara encima, llegaron unos hombres con una camilla, lo colocaron en ella con delicadeza y lo instalaron en un camión de transporte de tropa. Durant supo que la pesadilla había terminado. No estaría tranquilo hasta que llegara a manos estadounidenses, pero Firimbi se mostraba tan contento y excitado que intuyó que era cierto.

Lo llevaron a un recinto amurallado y esperaron. Llegaron unos funcionarios de la Cruz Roja entre los que había un médico militar que lo examinó. Quiso darle una pastilla para el dolor, pero Firimbi dijo que ni hablar. Tenía miedo de que el médico envenenara a Durant.

Lo entregaron sin mayor ceremonia. Los funcionarios de la Cruz Roja le dieron una carta de Lorrie y otra de sus padres que no habían podido remitirle antes. El médico que lo examinó salió del recinto y les dijo a los periodistas que el piloto tenía una pierna rota, un pómulo aplastado, una fractura en la espalda y unas heridas de bala relativamente leves en la pierna y en el hombro, pero que sus carceleros lo habían tratado bien.

—La pierna estaba entablillada, pero como no la habían fijado bastante le dolía mucho —explicó el médico.

A continuación se lo llevaron los funcionarios de la Cruz Roja. Durant estrechaba

la carta contra el pecho y de sus ojos brotaban lágrimas mientras pasaban entre los reporteros y lo conducían a la base aérea de los rangers, desde donde había despegado once días antes.

Todos los estadounidenses que sobrevivieron a la batalla de Mogadiscio estuvieron en casa antes de finalizar el mes. A la mayoría le desagradó la decisión de suspender su misión. Si había sido tan importante y se había cobrado dieciocho muertos, setenta y tres heridos, sin mencionar a los somalíes muertos o heridos, ¿cómo podía ser suspendida al día siguiente del combate? Durante las semanas que siguieron a la liberación de Durant, los marines estadounidenses (siguiendo instrucciones de Oakley) proporcionaron protección a Aidid para que éste pudiera asistir a las renovadas negociaciones de paz. El presidente Clinton aceptó la súplica de Oakley en nombre de los dirigentes somalíes. Unos meses después, quedaron en libertad Ornar Salad, Mohamed Hassan Awale y todos los hombres capturados por el destacamento especial de los rangers.

Este destacamento especial reforzado esperaba a Durant a su llegada al aeropuerto. Se habían dispuesto en formación, era en aquellos momentos una fuerza de más de mil hombres, vestidos con uniformes color caqui y sombreros flexibles de campaña, y estaban contentos de poder al fin celebrar algo. Formaron un pasillo que iba desde la base hasta la plataforma del avión de transporte que lo iba a llevar hasta Alemania, donde ya lo esperaba Lorrie. Todos los hombres tenían en sus manos vasos de papel con un trago de whisky estadounidense que, evidentemente, procedía de la botella de Jack Daniels que el piloto había metido en la mochila y sobre el que había advertido a sus compañeros, en la carta escrita desde el cautiverio, que mantuviesen la manos alejadas.

Era un día de alegría y de gran alivio, pero también un día triste. Durant se enteró entonces de que él iba a ser el único hombre de la tripulación del *Súper Seis Cuatro*, y del equipo Delta formado por los dos valerosos hombres que los habían defendido, que volvía con vida. Conforme atravesaba el pasillo tumbado en una camilla, con el gotero intravenoso en el brazo y estrechando la gorra roja de la unidad entre las manos, sonrió y se tragó las lágrimas que pugnaban por salir.

Los hombres lo vitorearon y, cuando la camilla se aproximaba a la rampa del avión, se pusieron a cantar. Al principio, la canción empezó con timidez en un par de puntos, luego se extendió a todas y cada una de las voces.

Cantaban Dios Bendiga a América.

EPÍLOGO

La batalla del Mar Negro, o como los somalíes la llaman, *Ma-alinti Rangers* (El día de los rangers), es una contienda que Estados Unidos ha preferido olvidar. Las imágenes que de ella resultaron, la muchedumbre desmadrada que arrastraba a los soldados muertos por las calles de Mogadiscio, están entre las más espantosas y molestas de nuestra historia, empeoradas por las buenas intenciones que habían impulsado nuestra intervención. No hubo periodistas estadounidenses en Mogadiscio durante los días 3 y 4 de octubre de 1993, y al cabo de aproximadamente una semana de frenética atención, otros sucesos mundiales no tardaron en requerir el interés de aquellos en otros lugares. La decisión del presidente Clinton, tan sólo unos días después del combate, de dar por finalizada la misión del destacamento especial Ranger en Somalia, alcanzaba el objetivo que se proponía: cerrar la puerta al episodio. En Washington, un atisbo de fracaso basta para que se extienda la amnesia. Hubo una investigación por parte del Senado y dos días de vistas en el Congreso, que dieron como resultado un informe partidista que echaba la culpa al presidente y al secretario de Defensa, Les Aspin, que dimitió dos meses después, pero eso fue todo.

Incluso en el ámbito de las Fuerzas Armadas, donde uno podía esperar encontrar gran interés profesional por la mayor contienda en la que se habían visto implicados soldados estadounidenses desde Vietnam, no parece que se haya hecho mucho por un detallado *postmortem*. Se rindió el debido homenaje a los muertos, se honró formalmente el heroísmo de muchos soldados, pero más allá de esto, a juzgar por lo que dicen los veteranos condecorados de la batalla, éste es un capítulo cerrado.

Cuando en 1996 empecé a trabajar en el proyecto, mi objetivo se basaba únicamente en escribir un relato dramático de la batalla. La intensidad del combate y la idea de noventa y nueve soldados estadounidenses sitiados y atrapados en una antigua ciudad africana luchando por sus vidas, me obsesionaba. Me disponía a contribuir captando en palabras la experiencia del combate a través de los ojos y las emociones de los soldados implicados, combinando su perspectiva indispensable y humana con una visión militar y política de su peripecia. Salvo por grandes relatos de ficción y varias biografías bien escritas, las historias reales de la guerra moderna que había leído habían sido relatadas principalmente por historiadores. Yo pretendía combinar la autoridad de una narración histórica con la emoción del recuerdo, y escribir una historia que se leyera como ficción pero que fuera cierta. Como iniciaba mi trabajo tres años después de la batalla, contaba con que la parte histórica de la tarea ya estuviera hecha. Seguro que, en algún lugar del Pentágono o de la Casa Blanca, debía de haber un grueso volumen de informes sobre la acción y de pruebas donde se detallaba la contienda y se criticaba la actuación de nuestras Fuerzas Armadas. Creía que el reto consistía en luchar para obtener el mayor material desclasificado posible. Estaba equivocado.

No existe un volumen semejante. Si bien la batalla del Mar Negro podía muy bien

ser el incidente más exhaustivamente documentado en la historia militar de Estados Unidos, ante mi sorpresa nadie había siquiera empezado a reunir toda aquella información en bruto en un relato definitivo. Por consiguiente, en lugar de limitarme a escribir una versión más viva de la historia, me tuve que colocar en la afortunada y excitante posición de abrir caminos nuevos.

En los meses que siguieron a la publicación de este libro en forma de entregas en el periódico *The Philadelphia Inquirer*, hablé con cientos de oficiales militares estadounidenses en activo a quienes conocí en conferencias o seminarios, o que se pusieron en contacto conmigo para obtener copias de los capítulos publicados en la prensa o una información más detallada de ciertos aspectos del combate.

Entre este gran número de personas, había profesores de las academias militares y del Army War College en Carlisle, Pensilvania, del National Defense Analysis Institute, miembros de la Military Operations Research Society, oficiales de la base de instrucción Marine Corps en Parris Island, participantes en el programa Security Studies del MIT, e incluso miembros del Central Command de Estados Unidos, adonde su comandante, el general Anthony Zinni, me invitó a participar en un seminario con su equipo en la base MacDill Air Force de Tampa, en Florida. Todo esto me resultaba halagador, pero también me sentía incómodo ante la idea de que nuestras Fuerzas Armadas recurrieran a un periodista sin antecedentes militares para informarles sobre una batalla que habían librado muchos hombres que seguían en servicio activo. Como observó el ex jefe de un equipo Delta después de haberse enterado de otra de las muchas invitaciones que yo recibía: «¿Por qué no nos preguntan a nosotros?».

Una de las razones por las cuales no se ha estudiado la batalla con seriedad es que las unidades implicadas, sobre todo la Fuerza Delta y los rangers, operaban en secreto, y por consiguiente mucha información oficial con respecto a ella sigue siendo reservada. Según parece, las Fuerzas Armadas son muy buenas guardando los secretos que las atañen. Sin embargo, yo sospecho que el motivo principal es el mismo que hizo que los políticos se pusieran a cubierto. Más allá de la comunidad de las operaciones especiales, la batalla del Mar Negro se percibió como una derrota.

Pero no lo fue, por lo menos en términos estrictamente militares. El destacamento especial Ranger aterrizó en un atestado mercado del corazón de Mogadiscio en medio de una ajetreada tarde de domingo y arrestaron a dos lugartenientes del señor de la guerra Mohamed Farrah Aidid. Se trataba de un trabajo difícil y peligroso y, a pesar de los terribles reveses y de las pérdidas, y contra viento y marea, se cumplió la misión.

Era por supuesto una victoria pírrica. En principio, la misión debía de durar una hora. En cambio, una gran parte de la fuerza de asalto se quedó atrapada durante una larga noche en una ciudad hostil, rodeados y teniendo que luchar por sus vidas. Dos

de sus helicópteros Black Hawks MH-60 de alta tecnología se estrellaron en la ciudad, y otros dos tuvieron que realizar aterrizajes forzosos en la base. Cuando a la mañana siguiente un enorme convoy internacional de rescate logró sacar de allí a la fuerza, habían muerto dieciocho estadounidenses y había docenas de heridos graves. A uno de estos últimos, Mike Durant, el piloto de un Black Hawk, lo arrastró una enfurecida turba somalí por las calles, y luego estuvo prisionero por espacio de once días. Las noticias de las víctimas y las imágenes de los somalíes jubilosos humillando los cadáveres de unos estadounidenses provocaron repugnancia e indignación en la patria, pusieron a la Casa Blanca en una situación embarazosa y levantaron tantas objeciones en el Congreso que se suspendió de inmediato la misión contra Aidid. Los hombres del general de división William F. Garrison habían tal vez ganado la batalla pero, como él mismo había pronosticado, habían perdido la guerra.

La victoria fue todavía más falsa para Somalia, si bien ni siquiera cinco años después está claro cuánta gente lo entiende así. La propia batalla careció de organización alguna. El número de muertos en su bando fue enorme. Según cálculos conservadores, las víctimas se cifran en mil, entre ellas quinientos muertos. Aidid pudo, y así lo hizo, proclamar que su clan había ahuyentado a la máquina militar más poderosa del mundo. El Habr Gidr había logrado resistirse a la intención de Naciones Unidas de obligarlo a compartir el poder. Para el clan el 3 de octubre es fiesta nacional (si una cosa semejante es posible donde no hay nación). Meses después de la batalla, las nuevas fuerzas estadounidenses allí desplegadas abortaron el intento por parte de Naciones Unidas de establecer allí un gobierno estable de coalición. Aidid, una víctima de las disputas entre facciones que Naciones Unidas habían intentado solucionar, murió en 1996 sin haber unificado Somalia bajo su dominio. Su clan sigue en pugna con sus rivales en Somalia, atrapados en el *mismo* clima sangriento y anárquico. Cuando en verano de 1997 hablé con los dirigentes de los clanes en esa ciudad destruida, tuve la sensación de que piensan que el mundo sigue observando con ansiedad sus progresos. Durante la mayor parte de mi estancia allí, el fotógrafo Peter Tobia y yo fuimos los únicos huéspedes del Hotel Sahafi. Fuimos los primeros y únicos estadounidenses que regresaron a Mogadiscio en un intento de componer exactamente lo que había ocurrido. Dije a los dirigentes del Habr Gidr, que se mostraban hostiles a nuestro proyecto, que con toda probabilidad no iban a tener otra oportunidad de contar su versión de la historia, porque no había ni periodistas ni intelectuales haciendo cola en la frontera. El gran mundo había dejado a Somalia en el olvido. El gran buque de la buena voluntad internacional había zarpado. Los sangrientos enredos de los clanes políticos de Somalia no nos preocupan. Sin recursos naturales, ni ventajas estratégicas, o incluso un mercado potencialmente lucrativo para productos susceptibles de ser exportados, no es probable que Somalia vuelva a tener la oportunidad que les ofreció la UNOSOM para obtener la paz y reconstruir el

país. Equivocados o no, se han quedado como un símbolo perdurable de la ingratitud y la terquedad del Tercer Mundo, de lo inútil que resulta intentar resolver la animosidad local con el poder internacional. A efectos prácticos, se han borrado ellos mismos del mapa.

Nadie ganó la batalla de Mogadiscio, pero al igual que todas las batallas importantes, cambió el mundo. El elevado precio que se pagó por la captura de dos oscuros funcionarios de aquel clan, llamados Omar Salad y Mohamed Hassan Awale, indignó con toda razón al presidente Clinton, quien, según se afirma, se sintió traicionado por los consejeros y el equipo militares, en gran medida como el también inexperto presidente Kennedy se sintió en 1961 después de «bahía de Cochinos». La batalla de Mogadiscio tuvo como consecuencia la dimisión del secretario de Defensa Les Aspin y arruinó la prometedora carrera del general Garrison, al mando del destacamento especial Ranger. Acabó con un intento esperanzador y sin precedentes por parte de la ONU para ayudar a un país sumido en la anarquía y en guerras civiles donde millones de ciudadanos se morían de hambre. Acabó con el breve y emocionante período de inocencia que siguió a la Guerra Fría, una época en que Estados Unidos y sus aliados creían poder barrer del planeta a los dictadores corruptos y a la violencia despiadada de forma tan fácil y relativamente incruenta como lo habían hecho con Hussein en Kuwait. Mogadiscio tuvo una influencia profunda e instructiva en la política militar, la cual ha cambiado desde entonces.

—Marcó un hito en la historia —dice un oficial del Departamento de Estado (que ha pedido que no mencionemos su nombre porque su forma de pensar es contraria a nuestra política extranjera actual)—. Antes se creía que estos países terribles eran terribles porque unos dirigentes malvados y belicosos oprimían a gente buena, honesta e inocente. Somalia cambió esta idea. Tenemos aquí un país donde a casi todo el mundo le alcanza el odio y las rivalidades. Si uno para a una anciana por la calle y le pregunta si quiere la paz, ella dirá que sí, por supuesto, que cada día reza por ello. Dice todo lo que uno espera que diga. Pero si a continuación uno le pregunta si estaría dispuesta a que su clan compartiese el poder con otro a fin de obtener esa paz, ella contestaría: «¿Con esos asesinos y ladrones? Antes prefiero morir». La gente de estos países, y Bosnia es un ejemplo más reciente, no quieren la paz. Quieren la victoria. Quieren el poder. Los hombres, las mujeres y los jóvenes. Somalia supuso una experiencia que nos enseñó que la gente de estos lugares es en gran medida responsable de que las cosas sean como son. El odio y las matanzas continúan porque ellos lo quieren así. O porque no desean tanto la paz que detuviera estas actuaciones.

Y fue así como, para bien o para mal, una semana después del combate en Mogadiscio, mediante un «disturbio» instrumentado y formado por menos de cien haitianos, no se permitió que el barco estadounidense *Harlan County* amarrase en los muelles de Puerto Príncipe. El Gobierno de Estados Unidos (y la ONU) fue testigo

del arranque genocida que costó la vida a un millón de personas en Ruanda y Zaire, una atrocidad que se sumaba a la existente en Bosnia. En la Casa Blanca y en el Congreso, después de la batalla de Mogadiscio, se adaptó la postura cínica de no volver a poner tropas estadounidenses bajo el mando de la ONU, cuando todo el mundo implicado comprendía perfectamente bien que el destacamento especial Ranger, e incluso la QRF estuvieron siempre bajo el mando directo de Estados Unidos. Además, fue el Departamento de Estado estadounidense el que tomó la decisión de elegir como blanco a Aidid. La persona que con más fuerza abogó por la misión del destacamento especial Ranger en Mogadiscio fue el almirante Jonathan Howe, un ex diputado del Consejo Nacional de Seguridad durante el mandato de Bush, que era el oficial de la ONU con mayor rango *in situ* en Mogadiscio. Aquel destacamento especial Ranger fue una producción totalmente estadounidense.

El Congreso se apresuró a repartir las culpas. ¿Acaso no había Aspin rechazado la petición inicial del destacamento especial de un helicóptero de combate AC-130, y luego, tan sólo unas semanas antes de la fatídica incursión, rehusó otra demanda de tanques Abrams y vehículos blindados Bradley hecha por el general Montgomery, comandante de la QRF? Parece bastante obvio que una tropa de infantería ligera atrapada en una ciudad hostil habría estado mejor preparada para salir de allí con vehículos blindados, y que pocas plataformas aéreas de fuego son tan mortalmente efectivas como los Spectre AC-130. Muchos de los hombres que lucharon en Mogadiscio creen que algunos de sus compañeros, si no todos, no habrían muerto en la misión si la Administración Clinton hubiera estado más preocupada por la protección de la fuerza que por mantener una postura política correcta. El propio Aspin, antes de ceder su puesto, reconoció que su decisión con respecto a las peticiones de la Fuerza había sido errónea. El Comité de Servicios Armados del Senado, que investigó la batalla en 1994, llegó a la misma conclusión. Fue el teniente coronel Larry Joyce, retirado del Ejército de Estados Unidos y padre del sargento Casey Joyce, uno de los rangers muertos, quien presentó los análisis iniciales de la batalla al comité en un lapidario informe.

«¿Por qué les negaron fuerzas blindadas a esta tropa? De haber habido fuerza blindada, de haber estado allí los Bradleys, probablemente mi hijo estaría hoy aún con vida, porque él, al igual que las otras víctimas que cayeron durante la fase inicial de la batalla, murieron yendo desde la casa blanca del asalto hasta donde se hallaba el helicóptero abatido, el primero de ellos. Creo que hubo una estructura bélica inadecuada desde el principio.»

Ésta fue la línea que adoptó David Hackworth, el coronel retirado del ejército de Estados Unidos que hizo una segunda *carrera escribiendo* sobre las Fuerzas Armadas. Hackworth dedica un capítulo del libro que publicó en 1996, *Hazardous Duty*, a la batalla. Después de expresar la decepción que sentía por no haber sido

invitado a observar la acción con los rangers, dice de Garrison que es un «inepto» y acusa a la Casa Blanca y a los jefes militares de «tomar posturas heroicas» pero de no poner «sus sistemas armamentistas donde ponen sus palabras». Hackworth calculó que la presencia de tanques hubiera evitado seis muertos y treinta heridos. Existen inexactitudes en el relato del militar retirado, y tampoco pretende ser imparcial, sin embargo la crítica implícita contribuyó a que se comprendiese la batalla tanto dentro como fuera de los ámbitos militares. Garrison es el blanco de su ataque. Sugiere, aunque de forma errónea, que el general dirigía la batalla desde un helicóptero, e incluso cita a uno de los sargentos al mando de un pelotón en tierra que dice haber tenido ganas de tener una «Stinger» para derribar al general (todos lo que participaron en el combate librado en Mogadiscio aquel día sabían que Garrison no estaba en el helicóptero de mando). Hackworth concluye que Garrison se negó a dirigir la operación cuando el primer grupo de la Fuerza quedó diezmado. Cita a Joyce con las siguientes palabras: «Al principio, le di a Garrison el beneficio de la duda, pero cuanto más he ido hablando con los rangers, más claro he visto que no tuvo ninguna buena razón para lanzar la incursión tal y como lo hizo. La táctica fue completamente errónea. Garrison hizo el papel de un vaquero que iba a por su tercera estrella a expensas de los muchachos».

Es una terrible acusación, incluso procediendo de un hombre que perdió a su hijo en la contienda.

Yo carezco de la autoridad para criticar las decisiones militares tomadas por Garrison y sus hombres aquel día, pero el trabajo que he realizado en *Black Hawk derribado* me capacita para informar con imparcialidad acerca de los recuerdos, los sentimientos y las opiniones de los hombres que lucharon. He entrevistado a más rangers, soldados Delta y pilotos implicados en la batalla que ninguna otra persona, y todavía tengo que conocer a un solo hombre que exprese las opiniones que ha transmitido Hackworth sobre la misión o sobre Garrison. Los hombres que llevaron a cabo el asalto del 3 de octubre confiaban en las tácticas empleadas, así como en su propia preparación, y estaban a favor de su objetivo. Aunque muchos han criticado de forma incisiva las decisiones, grandes o pequeñas, tomadas antes y durante el combate, y difieren sustancialmente de sus mandos en algunos puntos, están orgullosos de haber concluido la misión con éxito. Resulta sorprendente que haya muy poca amargura entre los hombres que pasaron por esta experiencia penosa. La rabia está más relacionada con la decisión, tomada al día siguiente de la batalla, de suspender la misión que con lo que hubiera ocurrido durante aquélla. Los informes muestran que en las semanas que precedieron a esta incursión, Garrison se llevó más reprimendas por mostrarse demasiado cauto en cuanto a lanzar misiones que por hacerlo de forma tan temeraria. Los hombres que sirvieron bajo su mando tienen en alta estima al general, quien se retiró en 1996 después de haber dirigido la Escuela

JFK del Arte de la Guerra en Fort Bragg.

Garrison asumió toda la responsabilidad del resultado de la batalla mediante una carta manuscrita dirigida al presidente Clinton al día siguiente de la batalla. Los detractores del general han dicho que esa carta no era más que una estrategia; sin embargo, un servidor se esfuerza por ver qué podía haber ganado al escribirla. Se trata de un documento que habla sencillamente por sí mismo, un acto honorable de un hombre honorable que, claramente afirma que, no se avergüenza ni de su comportamiento ni del de sus hombres en la contienda.

I. La potestad y responsabilidad de la operación recae aquí en Mogadiscio en el destacamento especial de los rangers, no en Washington.

II. Se disponía de información fidedigna sobre el blanco.

III. Las tropas conocían la zona como resultado de seis operaciones previas.

IV. Se conocían todas y cada una de las situaciones: proximidad del mercado Bakara (plaza fuerte del ANS); tiempos anteriores de reacción del enemigo.

V. La planificación de la operación era completa. Los asaltantes confiaban en que se trataba de una operación realizable. El comandante del destacamento especial Ranger retuvo la aprobación del plan.

VI. La técnica, la táctica y el procedimiento eran los adecuados para la misión/blanco.

VII. Se previeron fuerzas de reacción para las contingencias: CSAR preparados para acción inmediata (UH60 con enfermeros y seguridad).

VIII. La pérdida del primer helicóptero requirió ayuda. El piloto atrapado en el fuselaje presentaba problemas.

IX. La caída del segundo helicóptero requirió respuesta de la 10.^a División de Montaña, QRF. La zona del accidente era tan mala que los de la ANS se acercaron al lugar de inmediato, nosotros no pudimos llegar al lugar a tiempo.

X. Los rangers del primer helicóptero siniestrado no quedaron inmovilizados. Podían seguir luchando. Nuestro credo no nos permitía abandonar el cuerpo del piloto atrapado en el fuselaje.

XI. Una fuerza blindada de reacción habría podido ayudar, pero el número de víctimas podía o no podía haber sido diferente. No se habría podido impedir que el

tipo de hombres que formaba parte del destacamento especial no prestasen asistencia a los camaradas caídos.

XII. La misión fue un éxito. Se capturó a los individuos blanco del asalto y se les sacó del edificio asaltado.

XIII. En el caso de este blanco en particular, el presidente Clinton y el secretario Aspin no tienen ninguna responsabilidad sobre la elección.

WILLIAM F. GARRISON.

MG

Comandante

Mientras que en términos generales los hechos respaldan el informe de Garrison, creo que en esta carta se equivoca en varios puntos. Los hechos sólo demuestran parte de los puntos IV y VII. Se conocía bien la táctica de Aidid, y el plan del destacamento especial era efectivo, pero hasta cierto punto. Quedó probado que los helicópteros Black Hawks eran más vulnerables a las RPG de lo previsto. Una vez se hubieron estrellado dos de ellos (otros tres quedaron dañados pero lograron llegar a territorio seguro), se forzaron más allá de sus propios límites «la técnica, la táctica y el procedimiento» del destacamento especial. Quedó claro que la fuerza de reacción disponible era insuficiente para rescatar a los pilotos y a la tripulación del *Súper Seis Dos*, del helicóptero de Michael Durant. El helicóptero CSAR resultó ser de vital importancia para el primer aparato accidentado. Se trataba de un helicóptero bien provisto, con muchas horas de vuelo e iba lleno de rescatadores expertos y soldados de infantería. Se desplegaron minutos después de haberse estrellado el *Súper Seis Uno* de Cliff Wolcott, y fueron un instrumento eficaz para rescatar a una parte de la tripulación y para recuperar los cuerpos de Wolcott y del copiloto Donovan Briley. Pero cuando se estrelló el Black Hawk de Durant veinte minutos más tarde, no había una fuerza de rescate a mano. Durant y su tripulación tuvieron que esperar (con trágicos resultados) la llegada de la fuerza terrestre de rescate.

Antes de la misión, Garrison avisó a la 10.^a División de Montaña, la QRF, pero decidió dejar que se quedaran en el recinto de la ONU, al norte de la ciudad, en lugar de desplazarlos a la base aérea del destacamento especial. Los llamaron apenas fue abatido el Black Hawk de Wolcott, pero como tuvieron que llegar a la base de los rangers por una ruta alternativa (para no tener que cruzar la ciudad), llegaron cincuenta minutos después de que se estrellara el primer helicóptero (casi media hora después de haber caído el de Durant). Por consiguiente, durante los primeros treinta minutos en que Durant y su tripulación estuvieron en tierra, la única fuerza de rescate

que pudo reunir Garrison fue un convoy organizado de prisa y corriendo compuesto en su mayoría por personal de apoyo, todos soldados bien entrenados, pero hombres a los que no se pensaba lanzar al combate. Al final, ni este convoy ni la QRF pudieron abrirse camino para entrar en la ciudad. Les impidieron el paso unas barricadas y emboscadas que los milicianos de Aidid tuvieron mucho tiempo para preparar. El destacamento especial era consciente de que podían tener problemas si tardaban más de treinta minutos en entrar y salir de la casa a asaltar, pero no previeron cuántas RPG iban a aportar a la lucha los combatientes de Aidid. El precio se pagó con los Black Hawks abatidos.

El punto X de Garrison también es discutible. Los hombres que he entrevistado y que pasaron la noche en las inmediaciones del primer Black Hawk abatido dicen que sí estaban inmovilizados. En términos estrictamente militares, estar inmovilizado significa que una tropa no puede hacer nada. Discutible, si los mandos del destacamento especial Ranger hubieran querido sacar a la Fuerza de la ciudad habrían podido hacerlo. Estaba disponible un apoyo aéreo más intensivo en forma de los helicópteros de ataque Cobra, en poder de la QRF. Pero como no se tomó esta decisión, desde la perspectiva de los hombres en tierra, estaban inmovilizados. Así opinan todos los entrevistados, desde los oficiales de alta graduación hasta los soldados rasos. Si bien habría sido posible seguir luchando hasta llegar a la base a pie, los hombres creen que habrían soportado un número terrible de pérdidas. Los hombres que iban en el convoy perdido tuvieron un cincuenta por ciento menos de víctimas desplazándose motorizados por las calles. Los soldados del lugar donde estaba el aparato siniestrado habrían tenido que cargar con los muertos y los heridos. Los hombres que se habían refugiado con el capitán Steele en el extremo sur del perímetro en la calle Marehan se resistieron a desplazarse una manzana en lo más crudo de la batalla. No cabe duda de que los hombres de Garrison, si así se les hubiera ordenado, habrían intentado salir de allí, pero se quedaron llevados por unas razones que iban más allá de la lealtad hacia el cuerpo atrapado del suboficial jefe Cliff Wolcott. Defender lo contrario proporciona un toque noble al suceso, pero no corresponde a la realidad.

El resto de las afirmaciones de Garrison coincide con los hechos. El presidente y el secretario de Defensa son, por supuesto, los últimos responsables de toda acción llevada a cabo por las Fuerzas Armadas de Estados Unidos, pero sin la ventaja de haber sabido de antemano lo que iba a ocurrir, sus decisiones con respecto al despliegue del destacamento especial Ranger son justificables. En especial parece ser así el hecho de haber eliminado el helicóptero de combate solicitado por el destacamento, pues existía una creciente presión por parte del Congreso para mandar a las tropas de Somalia de vuelta a casa. El propio Garrison consideraba que el helicóptero de combate no sólo resultaba innecesario, sino que era probable que fuera

una plataforma aérea menos eficaz, sobre una zona urbana densamente poblada, que los Little Birds AH-6. Si los dos, estos últimos y los helicópteros de combate hubieran estado juntos en el aire, uno u otro se habría visto muy limitado. Los aparatos pequeños, que hubieran tenido que volar por debajo del otro, habrían tenido que apartarse para no estar en la trayectoria de los proyectiles de aquél. En el terreno, los Little Birds proporcionaron un apoyo aéreo muy positivo durante la batalla. Todos sin excepción, los soldados inmovilizados por los alrededores del primer avión siniestrado, reconocen que los pilotos de los Little Birds realizaron una tarea valiente y profesional para mantener a raya a la turba somalí. Los combatientes somalíes que hemos entrevistado en Mogadiscio coinciden con ellos. Creen que los helicópteros evitaron una derrota aplastante y total de la fuerza inmovilizada. Es comprensible que los soldados atrapados allí ansiaran la devastadora potencia de fuego del AC-130, que habría podido formar un pasillo de fuego para que ellos pudieran escapar. Pero es legítimo que los mandos quisieran limitar el daño colateral. El pasillo de fuego deseado por los hombres en tierra habría pulverizado una amplia extensión de la ciudad, y con toda probabilidad habría matado a más inocentes que combatientes de Aidid. Entre los altos cargos, el apoyo fue poco entusiasta, pues el general Colin Powell durante las últimas semanas en su cargo de presidente de la Junta de Jefes del Estado Mayor aceptó sin quejarse la decisión. Cuando se le entrevistó para este libro, Powell dijo que si bien él respaldó la petición del destacamento, incluso desde un punto de vista retroactivo, no podía criticar la decisión de Aspin de no entregar el helicóptero de combate.

El destacamento especial Ranger de Garrison jamás solicitó o siquiera previo blindados como parte de su equipo. Su táctica consistía en atacar por sorpresa y con celeridad y, hasta aquel 3 de octubre, funcionó de esta forma. Es justo que los expertos militares critiquen las decisiones de Garrison, pero no que se acuse a Aspin de rechazar una petición que el destacamento especial no hizo nunca. El general Montgomery solicitó vehículos Bradley y tanques Abrams a finales de septiembre para sus QRF, y la petición fue rechazada, también a causa de la presión existente en Washington para reducir, no aumentar, la presencia militar estadounidense en Somalia. Parece fácil desechar estas presiones por considerar que son preocupaciones nimias, pero para mantener cualquier despliegue militar es vital un fuerte apoyo del Congreso. En nuestro sistema de gobierno, todo requiere hacer malabarismos. En este punto, cualquier medida que pareciese estar intensificando el compromiso de Estados Unidos a la opción militar en Mogadiscio, debilitaba su apoyo. Aunque Montgomery hubiera conseguido sus Bradleys, queda la duda de la influencia que habrían tenido en la batalla. No es seguro que hubieran podido llegar antes del 3 de octubre. Además, como hubieran sido destinados a la 10.^a División de Montaña, no habrían formado parte de la fuerza de reacción terrestre Ranger. El teniente coronel Joyce

argumenta que los Bradley habrían podido salvar la vida de su hijo, pero es difícil ver cómo, pues los blindados hubieran sido enviados a una unidad apostada al otro lado de la ciudad y que no intervino en la contienda hasta después de haber muerto el sargento Joyce. La fuerza de rescate que por fin liberó a los hombres atrapados en el lugar del siniestro llegó con blindados, tanques paquistaníes y vehículos blindados malasios. Tal vez habría llegado antes si la QRF hubiera estado equipada con los Bradley, sin duda superiores, pero el único soldado que murió mientras esperaban el rescate, el cabo Jamie Smith, se desangró a primera hora de la noche. La columna de rescate debería haberse puesto en camino cuatro o cinco horas antes de cuando lo hizo para salvar su vida, y ello asumiendo que los cirujanos hubieran podido mantenerlo vivo, lo cual no es en absoluto seguro. De nuevo, la falta de acuerdo está en la petición de Garrison, no con respecto a unos políticos pusilánimes que regatearon fuerzas en el terreno. Tal vez Garrison, el general Wayne Downing, el general Joseph Hoar, el general Powell y el resto de los mandos militares habrían debido insistir en los blindados y el AC-130 desde el principio. No lo hicieron. Yo creo que es un asunto sobre el que difieren los militares bienintencionados. Pero fue, como el general indica en su carta, una petición suya.

Cuando me sugirieron que Garrison y sus hombres habrían podido negarse a luchar si no obtenían todo lo que había solicitado la Fuerza, me vino a la mente el general George McClellan, cuyo ejército de la Unión no se atrevió a entrar en combate y permaneció sin correr riesgos acampados durante años mientras exigían más y más recursos. Al final el presidente Lincoln lo echó por padecer un caso terminal de flema. Los hombres del destacamento especial Ranger eran unos soldados audaces y ambiciosos. Era más propio pensar en trabajar con lo que tenían que negarse a hacerlo hasta que consiguieran todo lo que querían.

En términos de batallas, la de Mogadiscio fue un compromiso menor. El general Powell indicó que la muerte de dieciocho soldados estadounidenses en Vietnam ni siquiera habría sido objeto de una conferencia de prensa. Tal vez algunos soldados de una generación se hayan incluso quejado del alboroto armado por este combate, pero dice mucho a favor de Estados Unidos que haya descendido de forma tan significativa el límite aceptable para soldados muertos y heridos. Esto no quiere decir que ninguna acción militar merezca el peligro y el precio. Nuestras Fuerzas Armadas volverán a ser requeridas para intervenir en oscuras partes del mundo (como lo han sido en Bosnia). Es probable que haya unos estudios más importantes que éste como preparación para estas misiones del siglo XXI.

Los errores en Mogadiscio no se cometieron porque las personas al mando fuesen descuidadas o estúpidas. Resulta demasiado fácil sacarse las equivocaciones de encima echándoles la culpa a los comandantes. Es como presumir que existe un cuadro de oficiales brillantes que conocen todas las respuestas incluso antes de que se

planteen las preguntas. ¿Cuántos grupos de rescate aerotransportado habría debido haber? ¿Uno para cada Black Hawk y cada Little Bird en el cielo? Algunos de los fallos merecen un análisis exhaustivo. Durante la batalla, los esfuerzos para dirigir al convoy perdido desde el aire se convirtieron en una comedia negra. Incluso a riesgo de caer en un tópico, diré que cómo es posible que una nación capaz de colocar un cochecito de niño sin tripular en la superficie de Marte no pueda guiar a un convoy a lo largo de cinco manzanas por las calles de Mogadiscio. ¿Por qué tardó la QRF cincuenta minutos en llegar a la base del destacamento especial cuando la situación empezó a complicarse? ¿No habría debido estar mejor situada desde el principio? Pero todas estas preguntas sólo son evidentes retrospectivamente. Lo cierto es que el destacamento especial Ranger llegó unos minutos después de llevarse a cabo la misión el 3 de octubre. Si el Black Hawk *Súper Seis Uno* no hubiera sido alcanzado, las decisiones «malas» de Garrison se habrían convertido en audaces. Jamás sabremos si el almirante Howe tenía razón al creer que se hubiera podido conseguir una paz duradera en Somalia si se hubiera capturado a Aidid o se hubiese desmantelado su clan como fuerza militar. No parece probable. Durante los años transcurridos desde la muerte del señor de la guerra, no es mucho lo que ha cambiado en Somalia. El Habr Gidr es un clan grande y poderoso con profundas raíces en el pasado de Somalia y en la cultura política actual. Pensar que cuatrocientos cincuenta excepcionales soldados estadounidenses pudieran eliminarlo violentamente, es, como dice el general Powell, «un estallido de democracia jeffersoniana». Al final, la batalla de Mogadiscio es otra lección de los límites de lo que puede lograr la fuerza.

Empecé a trabajar en esta historia unos dos años y medio después de haberse librado la batalla. Me intrigaron los primeros relatos del combate, como ciudadano y escritor a la vez. No cabía duda de que era un episodio trascendental y fascinante, con consecuencias trágicas para muchos y con implicaciones duraderas para la política exterior de Estados Unidos. Debido a la naturaleza violenta aunque limitada del tiroteo (una pequeña fuerza de estadounidenses atrapados durante toda una noche en una ciudad africana), consideré que era posible contar toda la historia. La tarea me intimidaba. Yo no tenía ni fuentes ni antecedentes militares, y por lo tanto suponía que alguien que contase con ambos podría relatarlo mucho mejor que yo.

Sin embargo, sentía mucha curiosidad y leí todos los relatos que pude sobre el incidente. Me intrigaban en especial los esfuerzos subsiguientes del presidente Clinton para hacer frente al problema. Particularmente patéticos fueron los artículos de prensa que leí sobre los encuentros de Clinton con los padres de los hombres muertos en la batalla. Larry Joyce y Jim Smith, el padre del cabo Jamie Smith, según parece acosaron a preguntas al presidente en uno de estos encuentros. Me preguntaba cómo habrían sido las visitas informales que hizo el presidente a los soldados heridos en Mogadiscio que se recuperaban en el Hospital Walter Reed. ¿Qué sentían esos

hombres al tener frente a frente al hombre que les había enviado a la misión, para luego suspenderla? Leí que en la ceremonia de la medalla de honor para los dos soldados Delta, el padre del postumamente condecorado sargento Randy Shughart insultó al presidente y le dijo que no era apto para ser comandante en jefe.

Cuando *The Philadelphia Inquirer* me pidió que realizara un reportaje para el dominical sobre el presidente Clinton al presentarse éste a la reelección, intenté contestar a algunas de estas preguntas. Estuve entrevistando a varias familias para que me contasen cómo había sido la visita a la Casa Blanca, y una tarde de primavera viajé hasta Long Valley, en Nueva Jersey, para visitar a Jim Smith, un capitán retirado del ejército estadounidense y ex ranger que había perdido una pierna en Vietnam. Jim y yo estuvimos varias horas charlando en su estudio. Me describió el encuentro con Clinton, y luego estuvo hablando largo rato sobre su hijo Jamie, de cómo se había sentido al perderlo, y de lo poco que sabía sobre la batalla y de la forma en que había muerto su hijo. Salí de aquella casa decidido a descubrir más sobre el asunto.

Mis peticiones iniciales a la oficina de comunicación del Pentágono fueron ingenuas y no llegaron a ninguna parte. Rellené formularios según la ley del derecho a la información para unos documentos que, dos años después, no he recibido. Me dijeron que los hombres a quienes quería entrevistar estaban en unidades fuera de los límites de la prensa. La única forma que tenía de encontrar a los soldados de infantería que quería era preguntar por los nombres de cada uno, y sólo sabía un puñado de ellos. Estudié lo poco que se había escrito sobre la batalla, y sometí los nombres que allí encontré, pero no recibí respuesta alguna. Entonces Jim Smith me envió una invitación. El Ejército iba a dedicar un edificio en Pixatinny Arsenal, cerca de su casa, a la memoria de Jamie. Dudé si debía ir hasta allí o no. Me ocuparía todo el día y, con el poco éxito que estaba teniendo, la historia había perdido prioridad para mí. No obstante, la conversación con Jim me había conmovido. Tengo hijos que sólo son unos años más jóvenes que Jamie. No podía concebir la idea de perder a uno de ellos, y mucho menos en un tiroteo 'in lugar como Mogadiscio. Hice el viaje.

Y allí, en aquella ceremonia había alrededor de una docena de rangers que lucharon con Jamie en Mogadiscio. Jim me los presentó y se desvaneció el recelo habitual que los soldados sienten hacia los periodistas. Los hombres me dieron sus nombres y organizamos las entrevistas. Aquel otoño, en Fort Benning y durante tres días, realicé mis primeras doce entrevistas. Todos tenían a su vez nombres y números de teléfono de otros que habían luchado aquel día, muchos de los cuales ya no estaban en el Ejército. A partir de ahí mi red se fue extendiendo. Casi todos estaban deseosos de hablar. En el verano de 1997, el *Inquirer* nos mandó, a Peter Tobia y a mí, a Mogadiscio. Guiados por Ibrahim Roble Farah, un hombre de negocios de Nairobi y miembro del clan, pasamos siete días en la ciudad, no mucho pero lo suficiente para recorrer las calles donde se había librado la batalla y entrevistar a

algunos hombres que habían luchado contra los soldados estadounidenses aquel día. Nos enteramos de cómo los somalíes habían percibido las tácticas, a veces brutales, de aquel verano de 1993, cuando las tropas de la ONU encabezaron una torpe caza de Aidid, de que era una idea extendida que habían llegado a odiar la intervención humanitaria. Peter y yo nos fuimos de allí con una imagen del lugar y de la inutilidad de sus políticos locales, y con una cierta idea de por qué los somalíes lucharon de forma tan violenta contra los soldados estadounidenses aquel día.

Durante los meses que siguieron a mi regreso, estuve con oficiales militares que deseaban vivamente oír lo que yo pudiera contarles sobre el aspecto somalí, y sobre la batalla. Gracias a mi trabajo de campo conseguí por fin un tesoro de información oficial. Las quince horas de batalla habían sido grabadas desde distintos ángulos, por consiguiente iba a poder comparar los hechos, que con tanto esfuerzo había montado en mi cabeza mediante las entrevistas, con imágenes de la propia lucha. Se habían grabado y transcrito las horas de tráfico radiofónico durante la batalla. Ello iba a proporcionar el diálogo habido en medio de la acción y era inestimable para ayudar a ordenar la secuencia precisa de los sucesos. También expresaban, con una aterradora inmediatez, su horror, el sentimiento de unos hombres que luchaban por conjurar el pánico y mantenerse con vida. Otros documentos explicaban el desarrollo de la información sobre el asalto, exactamente lo que sabía el destacamento especial Ranger y lo que éste trataba de llevar a cabo. Ninguno de los hombres que estaban en tierra, totalmente atrapados en su pequeño rincón de lucha, tenía una completa visión de la batalla. Pero lo que recuerdan, combinado con este material documental, que incluye una cronología precisa y los relatos escritos de los operadores Delta y los SEAL, hicieron posible que yo pudiera reconstruir todo el suceso. Creo que este material me ha proporcionado la mejor oportunidad que jamás haya tenido un escritor para contar la historia de una batalla de forma completa, precisa y adecuada.

Todas las batallas son dramas que se representan al margen de problemas más amplios. Los soldados no pueden implicarse con las fuerzas que los llevan a la lucha, ni con su situación posterior. Confían en que sus jefes no los pongan en peligro por demasiado poco. Una vez iniciada la batalla, luchan tanto para sobrevivir como para ganar, para matar antes de que los maten. La historia del combate es eterna. Ocurren casi las mismas cosas, en Troya o en Gettysburg, en Normandía o en la Drang. La naturaleza extrema y terrible de la guerra afecta a algo esencial que es el ser humano, y a los soldados no siempre les gusta lo que aprenden. Para quienes salen con vida, vencedores o vencidos, la batalla vive en sus recuerdos y en sus pesadillas, y en el dolor sordo de las viejas heridas. Sobrevive en calidad de cientos de recuerdos privados y punzantes, recuerdos de derrota y de triunfo, vergüenza y orgullo, luchas que todo veterano debe volver a librar cada día de su vida.

No importa con cuánto sentido crítico la historia registre las decisiones políticas

que llevaron a este combate, porque nada puede poner en entredicho la profesionalidad y la dedicación de las unidades de Rangers y de Boinas Verdes que lucharon aquel día. Los Boinas Verdes demostraron en Mogadiscio por qué es importante que las Fuerzas Armadas tengan e instruyan a unos soldados altamente motivados, capaces y expertos. Cuando la situación en las calles se convirtió en un infierno, fueron en gran medida los hombres del cuerpo Delta y del SEAL quienes mantuvieron la unidad de la tropa y consiguieron evacuar con vida a la mayor parte de la fuerza.

Muchos de los jóvenes estadounidenses que lucharon en la batalla de Mogadiscio son ahora civiles. Están empezando a formar familias y a hacerse un porvenir, y exteriormente no difieren de los millones de jóvenes de veintitantos de su generación. Son jóvenes de la cultura pop que crecieron cantando junto con los personajes de *Barrio Sésamo*, yendo y viniendo de la guardería, y guiando a la hiperadolescencia actual a través de los peligros de las drogas y del sexo inseguro. Su experiencia en las batallas, a diferencia de cualquier otra generación de soldados estadounidenses, consistió en años de ver la sangre vivida de las películas de acción producidas en Hollywood. Durante las entrevistas llevadas a cabo con los que libraron lo más crudo de la batalla, observaban una y otra vez que tenían la sensación de estar «en una película», y que tenían que recordarse a sí mismos que aquel horror, aquella sangre, aquellas muertes, eran reales. Dicen haberse sentido extrañamente fuera de lugar, como si no les correspondiera estar allí, y que luchaban contra sentimientos de incredulidad, rabia y una sensación poco definida de haber sido traicionados. Muchos llevaban unas pulseras negras de metal con los nombres de sus amigos muertos, para acordarse todos los días de que fue real. Son pocos los que en la actualidad muestran signos externos de que un día, no hace mucho tiempo, arriesgaron sus vidas en una antigua ciudad africana, mataron por su patria, fueron alcanzados por una bala o vieron morir a su mejor amigo de un disparo. Regresaron a un país al que no le importaba lo que había ocurrido o que no quiso recordar. Su lucha no representó ni un triunfo ni una derrota, daba igual. Parecía que su batalla hubiera sido una extravagante aventura de un par de días, una experiencia extrema allende los mares, donde la situación se hubiera descontrolado y hubieran muerto unos cuantos muchachos.

Yo he escrito este libro para ellos.

- FIN -

AGRADECIMIENTOS

Quisiera dar las gracias a mis amigos Max King y Bob Rosenthal del periódico *The Philadelphia Inquirer* por su excepcional visión de futuro y su inestimable ayuda. *Black Hawk derribado* empezó como un proyecto periodístico y es el tipo de historia que ningún otro periódico estadounidense habría publicado. Max y Bob supieron ver sus posibilidades desde el principio, y fomentaron mi propia ambición con respecto al proyecto. David Zucchini, que me ayudó a convertir el primer borrador de esta historia en fascículos para el periódico, fue el responsable de su primera publicación y contribuyó en gran manera a la configuración final de este libro. Le debo mucho al fotógrafo Peter Tobia, que me acompañó en el difícil viaje que hice a Mogadiscio el verano de 1997, y volvió con una colección asombrosa de trabajo que documenta esa ciudad maldita.

Durante el proceso de plasmar esta historia he hecho varios amigos para siempre. Como yo no contaba con experiencia militar, los últimos dos años he tenido que hacer un curso acelerado de terminología, táctica y ética marciales. He aprendido mucho del teniente coronel L.H. Burrus, retirado del Ejército de EE.UU., un gran soldado y buen escritor, que tuvo la amabilidad de contactarme y ofrecerse como primer lector y consejero experto. El sargento de Estado Mayor Paul Howe y Dan Schilling, un ex técnico de control en combate de las Fuerzas Aéreas, también fueron útiles lectores que hicieron sugerencias atinadas de gran ayuda. No habría podido siquiera empezar esta historia sin la ayuda de Jim Smith, un ex capitán ranger cuyo hijo, Jamie, murió en Mogadiscio. Jim tuvo la amabilidad de presentarme a algunos de los compañeros rangers de su hijo. Walt Sokalski y Andy Lucas de la oficina de relaciones públicas del Comando de Operaciones Especiales de EE.UU., organizaron los primeros encuentros, base de este proyecto, con los rangers y con los pilotos de helicópteros del 160° SOAR. Gracias a Jack Atwater del Museo de Artillería del Ejército de EE.UU. por el curso rápido sobre Armas 101 que me dio. Estos no son más que unos pocos de los cientos de militares que han compartido generosamente conmigo su tiempo y sus conocimientos, de entre los cuales algunos me han pedido que no mencione sus nombres. Mi agradecimiento a Ibrahim Robles Farah por ayudarnos a Peter y a mí a salir de Somalia.

Gracias de nuevo a mi paciente esposa, Gail, y a nuestra familia, Aaron, Anya, B.J., Danny y Ben, que me permiten vivir y trabajar de una forma que, a menudo, complica sus propias vidas. Mi agente, Horda Weyr, ha vuelto a demostrar que su juicio es infalible al presentarme a Morgan Entrekin, al que tengo la suerte de poder llamar mi editor y mi amigo, y a Amy Hundley, su ayudante de redacción. Junto con

el resto del equipo de Grove/Atlantic, sin duda inteligente y de gran éxito, han creado uno de los mejores sistemas de atención y estímulo para los escritores actualmente con vida.

FUENTES

Dado que muchos de los soldados que lucharon en esta batalla han aceptado contarme su historia, la mayoría de los incidentes que se relatan aquí han sido descritos por varios de ellos. Por regla general, donde había discrepancias, la memoria de uno de los hombres mejoraba la de los otros. En algunos casos, comparar las historias servía para enriquecerlas. La mayoría de los hombres que entrevisté me parecieron en extremo cándidos. Habían pasado por aquella experiencia y se habían entregado a ella. Algunos se mostraban tan francos que llegaron a revelar cosas sobre ellos mismos que podríamos calificar de turbadoras o embarazosas. En un par de ocasiones, cuando no pude corroborar una historia presioné a la persona en cuestión y ella se retractaba y se excusaba por haber repetido algo de lo que ella no había sido testigo directo. No he utilizado las anécdotas que me han contado terceros.

Salvo raras excepciones, los diálogos que aparecen en el libro proceden de grabaciones radiofónicas o de palabras de uno o más hombres. Desde el principio, mi objetivo ha sido recrear la experiencia del combate a través de los ojos de los implicados; habría sido imposible conseguirlo sin sacar a la luz los diálogos. Claro que nunca el recuerdo sobre lo que dijeron es perfecto. Me he guiado por los más claros recuerdos de los involucrados. Si había discrepancias en el diálogo, normalmente mínimas, preguntaba una y otra vez hasta dejarlos claros. En varias ocasiones he informado sobre diálogos y afirmaciones oídos por terceros que estaban presentes. En general se trataba de más de un testigo o pertenecen a relatos escritos durante los días que siguieron a la batalla.

Por razones fáciles de entender, fueron pocos los operadores Delta con un papel muy importante en la batalla que quisieron hablar conmigo. Por razones políticas y por tradición jamás hablan sobre su profesión. A riesgo de que sus antiguos colegas le reprobaran haber hablado conmigo de forma tan abierta, el sargento mayor Paul Howe, ahora ya fuera de la unidad, obtuvo un permiso oficial para la entrevista. Algunos miembros que todavía pertenecían a la unidad encontraron también la forma de comunicarme sus impresiones. A todos ellos estoy muy agradecido. Asimismo, recibí relatos escritos de varios miembros clave de la fuerza de asalto Delta. Me permitieron transmitir una imagen, cosa poco frecuente, de estos consumados soldados en acción desde su propia perspectiva. Sin embargo, esta contribución representa una parte mínima, la historia está más influida por las perspectivas de Howe y de los otros de lo que a mí me habría gustado.

ENTREVISTAS

Hassan Yassin Abokoi; Abdiaziz Alí Aden; Aaron Ahlfinger, ahora policía del Estado en Colorado; Chris Atwater; W.F. «Jack» Atwater; Abdikadir Dahir Alí; Steve Anderson; Abdi «Qeybdid» Awale; Mohamed Hassan Awale; Addullahi Ossoble Barre; Alan Barton, que recibió la Estrella de Bronce por méritos al valor y ahora trabaja en una oficina de correos de Fénix; DeAnna Joyce Beck; general de división E.R. «Macho» Bedard, Infantería de Marina de Estados Unidos; John Belman, que recibió la Estrella de Bronce por méritos al valor y ahora trabaja para un periódico de Cincinnati; Antón Berendsen, que recibió la Estrella de Bronce al valor y ahora está estudiando en la universidad de Georgia; Matthew Bryden; John Burns, merecedor de la Estrella de Bronce al valor y ahora también en la universidad de Georgia; teniente coronel L.H. «Machito» Burruss, retirado del ejército de Estados Unidos; Tory Carlson, que recibió el Corazón Púrpura, la condecoración otorgada a los heridos de guerra y ejerce ahora como electricista en Florida; SSGT Raleigh Cash, del ejército de EE.UU. y todavía sirviendo en el regimiento Ranger; John Collett; coronel Bill David, del ejército de EE.UU., y en la actualidad comandante de guarnición en Fort Bragg; David Diemer, que recibió la Estrella de Bronce al valor y se dedica a la construcción junto con su padre en Newburgh, Nueva York; capitán Tom DiTomasso, del ejército de EE.UU., que recibió la Estrella de Plata y sigue sirviendo en el regimiento Ranger; Coronel Peter Dotto, Infantería de Marina de EE.UU.; general Wayne Downing, retirado del ejército de EE.UU.; suboficial Michael Durant, del ejército de EE.UU., todavía con el 160° SOAR, y que recibió la Cruz al Mérito Aéreo y la Estrella de Bronce; Abdullahi Haji Elia; Abdi Mohamed Elmi; Mohamed Mahamud Elmi; sargento de Estado Mayor Matt Eversmann, que recibió la Estrella de Bronce al valor y que todavía sirve en el regimiento Ranger; Abdi Farah; Halima Farah; Hussein Siad Farah; Ibrahim Roble Farah; Mohamed Hassan Farah; David Floyd, que estudia en la universidad de Carolina del Sur; Willi Frank; Scott Galentine, que recibió un Corazón Púrpura y está ahora en un centro universitario para una carrera corta en Auburn, Georgia (los cirujanos cosieron su pulgar del que tiene un uso parcial); Hobdurahman Yusef Galle; Jefe John Gay, de la Marina de EE.UU., que está todavía en el SEAL; suboficial jefe Mike Goffena, del ejército de EE.UU., que recibió la Estrella de Plata y murió en febrero de 1998 en un accidente de helicóptero; Kira Goodale; Mike Goodale, que recibió el Corazón Púrpura y la Estrella de Bronce al Valor y vive ahora con su mujer Kira en Illinois y está terminando los estudios para ser profesor de estudios sociales en un instituto (sirve aún en la Guardia Nacional); Gregg Gould, que trabaja ahora de oficial como policía en Charleston, Carolina del Sur; Jim Guelzow; Ali Gulaid; sargento primero Aaron Hand, ejército de EE.UU.; Abdullahi «Firimbi» Hassan; Bint Abraham Hassan;

Hassan Adán Hassan; Mohamed Alí Herse; almirante Jonathan Howe, armada de EE.UU., retirado; sargento de Estado Mayor Paul Howe, ejército de EE.UU., que recibió la Estrella de Bronce al valor; Mark Huband; Abdullahi Mohamed Hussein; Ali Hussein; Mark Jackson; Ornar Jess; suboficial jefe Ketih Jones, ejército de EE.UU., que recibió la Estrella de Plata y que todavía vuela con el 160.^a SOAR; teniente coronel Larry Joyce, ejército de EE.UU., retirado; sargento de Estado Mayor Ed Kallman, ejército de EE.UU.; Jim Séller; Michael Kurth, que está trabajando como camarero en Huston, Texas; Abdizirak Hassan Kutun; sargento primero Al Lamb, ejército de EE.UU., que recibió la Estrella de Plata y está todavía con los Boinas Verdes en Tampa, Florida; Anthony Lake, ahora profesor en la universidad de Georgetown; capitán James Lechner, ejército de EE.UU., que recibió el Corazón Púrpura (los médicos consiguieron estimular el crecimiento del hueso y le salvaron la pierna), ahora en Hawai; Phil Lepre, que en la actualidad trabaja en una agencia de publicidad cerca de Filadelfia; sargento primero Steven Lycopulus, que trabaja como instructor jefe en Fort Lewis, Washington; sargento primero Bob Mabry, ejército de EE.UU.; mayor Rob Marsh, doctor en medicina, ejército de EE.UU., retirado; coronel Thomas Matthews, ejército de EE.UU.; teniente coronel David McKnight, fallecido; sargento Jeffrey McLaughlin, ejército de EE.UU.; teniente James McMahan, ejército de EE.UU., retirado; capitán Drew Meyerowich, ejército de EE.UU., distinguido con la Estrella de Plata; Yousuf Dahir Mo'alim; Elmi Aden Mohamed; Kassim Sheik Mohamed; Nur Sheik Mohamed; Sharif Alí Mohamed; Abdi Karim Mohamud; Jasón Moore, actualmente trabajando en una compañía inversora de Nueva Jersey; sargento artillero Chad D. Moyer, Infantería de Marina; Shawn Nelson, el cual trabajó como guía en el parque nacional Grand Tetons antes de casarse y trasladarse a Atlanta; embajador Robert Oakley; Clay Othic, que recibió la Estrella de Bronce al valor y el Corazón Púrpura y ahora trabaja como agente para el Servicio de Inmigración y Naturalización de Wichita, Kansas; capitán Larry Perino, ejército de EE.UU., distinguido con la Estrella de Bronce al valor y que todavía sirve en el regimiento Ranger; Rob Phipps, que recibió el Corazón Púrpura y vive ahora en Augusta, Georgia; Benjamín Pilla; general Colin Powell, ejército de EE.UU., retirado; Randy Ramaglia, que recibió la Estrella de Bronce al valor y ahora es el manager de un grupo de rock en Columbus, Georgia; sargento primero Carlos Rodríguez, ejército de EE.UU., Fort Lewis, Washington; Ornar Salad; Daniel Schilling, que trabaja en la administración de la Universidad de Fénix en Provo, UTA, y está además terminando su licenciatura; sargento primero Kurt Schmid, ejército de EE.UU., destinado en Japón; teniente coronel Mike Sheehan, ejército de EE.UU., retirado; Stephanie Shughart; sargento de Estado Mayor George Siegles, que está todavía con el regimiento Ranger; Dale Sizemore; capitán Jim Smith, ejército de EE.UU., retirado; Eric Spalding, que es agente para el Servicio de Inmigración y Naturalización de

Arizona; teniente Scott Spellmeyer, ejército de EE.UU.; Peter Squeglia, ejército de EE.UU., distinguido con la Estrella de Plata; mayor Mike Steele, ejército de EE.UU., que recibió la Estrella de Bronce al valor y ahora forma parte del 82.º Regimiento de Tropas Aerotransportadas; mayor David Stockwell, ejército de EE.UU.; sargento Jeff Struecker, ejército de EE.UU., que fue condecorado con la Estrella de Bronce al valor y todavía está en el regimiento Ranger (en 1997, ganó además el codiciado premio «Mejor Ranger»); Osman Mohamud Sudi; Abdi Tahalil; Keni Thomas, que recibió la Estrella de Bronce al valor y ahora trabaja con niños delincuentes y toca en un grupo de rock en Columbus, Georgia; Lance Twombly; sargento primero John Waddeü, que está haciendo las prácticas para convertirse en enfermero de los Boinas Verdes y que con toda probabilidad ingresará en la facultad de medicina; sargento primero Sean Watson, ejército de EE.UU., distinguido con la Estrella de Bronce al valor; sargento Tim Wilkinson, que recibió la Cruz de las Fuerzas Aéreas y todavía está en el cuerpo de paracaidistas de rescate destinado en Hurlburt Field, Florida; Jason Wind; teniente Damon Wright, ejército de EE.UU.; capitán Becky Yacone, ejército de EE.UU., retirado; capitán Jim Yacone, ejército de EE.UU., retirado, que se distinguió con la Estrella de Plata y que ahora trabaja para el FBI; Jeff Young; sargento de Estado Mayor Ed Yurek, ejército de EE.UU., que todavía sirve en el regimiento Ranger de Fort Benning; Bashir Haji Yusuf; general de brigada Anthony Zinni, Infantería de Marina de EE.UU., que ahora es general al mando del USCENTCOM (Comando Central).

LIBROS

Hazardous Duty, del coronel David H. Hackworth del ejército de Estados Unidos, Avon Books, 1997. El autor continúa aquí su guerra contra el statu quo del ejército de Estados Unidos, y ofrece un breve pero bastante preciso relato de la batalla en el Capítulo Seis, «Víctimas inoportunas». Hay imprecisiones (como se observa más adelante y en el Epílogo) y algunos argumentos evasivos, pero el relato muy porfiado de Hackworth es básicamente correcto y su lectura es ágil.

Losing Mogadiscio, de Jonathan Stevenson, Naval Institute Press, 1995. Tenemos

aquí una crítica de toda la operación ONU/EE.UU. en Somalia y también el ejercicio típico de resumir los errores políticos vistos de forma retrospectiva, lleno de «interpretaciones falsas y flagrantes» y planteamientos «claramente erróneos», lo cual es el más fácil de todos los ejercicios académicos. La batalla en sí queda despachada sin extenderse demasiado en ella.

Mogadishu, Heroism and Tragedy!, de Kent Delong y Steven Tuckey, Bergin & Garvey, 1994. Un intento irreflexivo y sincero de recrear la batalla en base a unas entrevistas con unos cuantos participantes, la mayoría pilotos. Está lleno de equivocaciones, desde escribir erróneamente los nombres de los soldados hasta cambiar el orden de los sucesos, pero es bienintencionado y se aleja de la vieja tendencia triunfalista de los reportajes militares.

On the Edge, de Elisabeth Drew, Simón & Shuster, 1994. El libro de Drew relata los primeros años del presidente Clinton y es el que ofrece una idea más clara sobre la decisión tomada (o la falta de la misma) que llevó a la batalla, y la reacción posterior del gobierno.

Out of America, de Keith Richburg, New República Book, Basic Books, 1997. El autor es un periodista del *Washington Post* que escribió sobre los sucesos de Somalia mientras éstos se producían. El autor, en su calidad de afroamericano, describe su creciente desilusión por África después de haber viajado y trabajado como reportero allí durante varios años. Algunas referencias sobre Aidid y la situación que provocó la batalla son excelentes, si bien, aunque de forma comprensible, quedaron bastante coloreadas por la ira que sentía tras las muertes brutales de Dan Eldon y Hos Maina a manos de una turba somalí el doce de julio.

The Road to Hell, de Michael Maren, The Free Press, 1997. Se trata de un libro bien escrito sobre la política internacional que llevó al colapso completo de Somalia, y finalmente a la intervención de la ONU y a la batalla. Maren ofrece una visión fresca sobre el papel, en ocasiones destructivo, que interpretó la buena intención internacional.

Savage Peace: Americans at War in the 1900's, de Daniel P. Bolger, Presidio, 1995. Este libro me impresionó y me pareció muy preciso. El Capítulo Siete está dedicado a Somalia, «Abatido entre los hombres muertos» es lo mejor que he leído sobre la batalla y toda la intervención desde un punto de vista militar. Se puede decir que la versión de Bolger es justa y precisa.

Somalia and Operation Restore Hope, de John L. Hirsh y Robert B. Oakley, United States Institute of Peace Press, 1995. Tenemos aquí la versión oficial sobre la intervención de la ONU y de EE.UU. en Somalia, gran parte vivida directamente por el propio Oakley (fue embajador de los EEUU en Somalia, así como enviado especial del presidente Clinton después de la batalla).

The United Nations and Somalia, 1992-1996, The United Nations Blue Books

Series, Volumen III, Department of Public Information, ONU, 1996. Se trata del libro básico para entender la intervención de la ONU en Somalia.

ARTÍCULOS

«Experiencias de un oficial ejecutivo de la Compañía Bravo, 3er Batallón, 75.º Regimiento Ranger y Destacamento Especial Ranger durante la batalla de Mogadiscio los días tres y cuatro de octubre de 1993, en Somalia», por el capitán Lee Arysewyk (publicado internamente por la Combined Arms and Tactics División, Escuela de Infantería del ejército de Estados Unidos, en Fort Benning, Georgia). Una buena visión de conjunto sobre la batalla que incluye el horario oficial de las operaciones.

«Cuerda rápida al infierno», de Dale B. Cooper, *Soldier of Fortune*, julio de 1994. Un relato ágil del combate lleno de arrojo y gloria basado en las entrevistas con los paracaidistas (PJs) de la Fuerza Aérea Fales y Wilkinson.

«Héroes en Mogadiscio», de Frank Oliveri, *Air Forcé Magazine*, junio 1994. Un relato sobre las acciones realizadas por unos miembros de la Fuerza Aérea, Wilkinson, Fales y Bray.

«Misión en Somalia», de Patrick J. Sloyan, *Newsday*, del cinco al nueve de diciembre de 1993. Un análisis soberbio sobre cómo y por qué tuvo lugar la batalla, con algunas buenas pinceladas sobre la propia batalla.

«Mogadiscio, octubre 1993»: El relato personal de una Compañía de Fusileros», del capitán Charles P Ferry, *Infantry*, octubre de 1994. Un relato bastante aburrido sobre la actuación de la 10.ª División de Montaña.

«La incursión malograda», de Rick Atkinson, *The Washington Post*, 30 de enero de 1994. Un relato excelente y asombrosamente preciso sobre la batalla desde la perspectiva de los dos adversarios, los estadounidenses y los somalíes.

«El rescate de los rangers», de Ed Perkins, *Waterdown Daily Times*, 2 de octubre 1994. Un relato muy ambicioso, de fácil lectura y preciso sobre la actuación de la 10.ª División de Montaña.

«La pesadilla de un soldado», de Philip F. Rodees, *Night Flyer*, 1994. Otro relato

sobre las experiencias de Fales, también publicado en forma de fascículos bajo el título «Coraje bajo el fuego» en *Airman*, mayo 1994.

«Operaciones del Destacamento Especial Ranger en Somalia durante los días 3 y 4 de octubre de 1993», del USSOC (Comando de las Operaciones Especiales de EEUU) y de la Oficina de Historia del USSOC, 1 de junio de 1994 (sin publicar). El resumen oficial sobre la batalla, compuesto de doce páginas, y con cincuenta y seis páginas adicionales de relatos breves sobre el heroísmo individual.



MARK BOWDEN. Escritor y periodista americano, ha trabajado para medios como *Men's Journal*, *Rolling Stone*, o *Vanity Fair*.

La obra más conocida de Bowden es *Black Hawk derribado*, una novela sobre el ejército americano en Somalia, que fue adaptada al cine por Ridley Scott en 2001. Ha escrito también *Matar a Pablo Escobar*.

Notas

[1] *Tiza (chalk)* hace aquí referencia a un grupo de soldados. (N. de la T.) <<

[2] Vengadores en español. (*N. de la T.*) <<